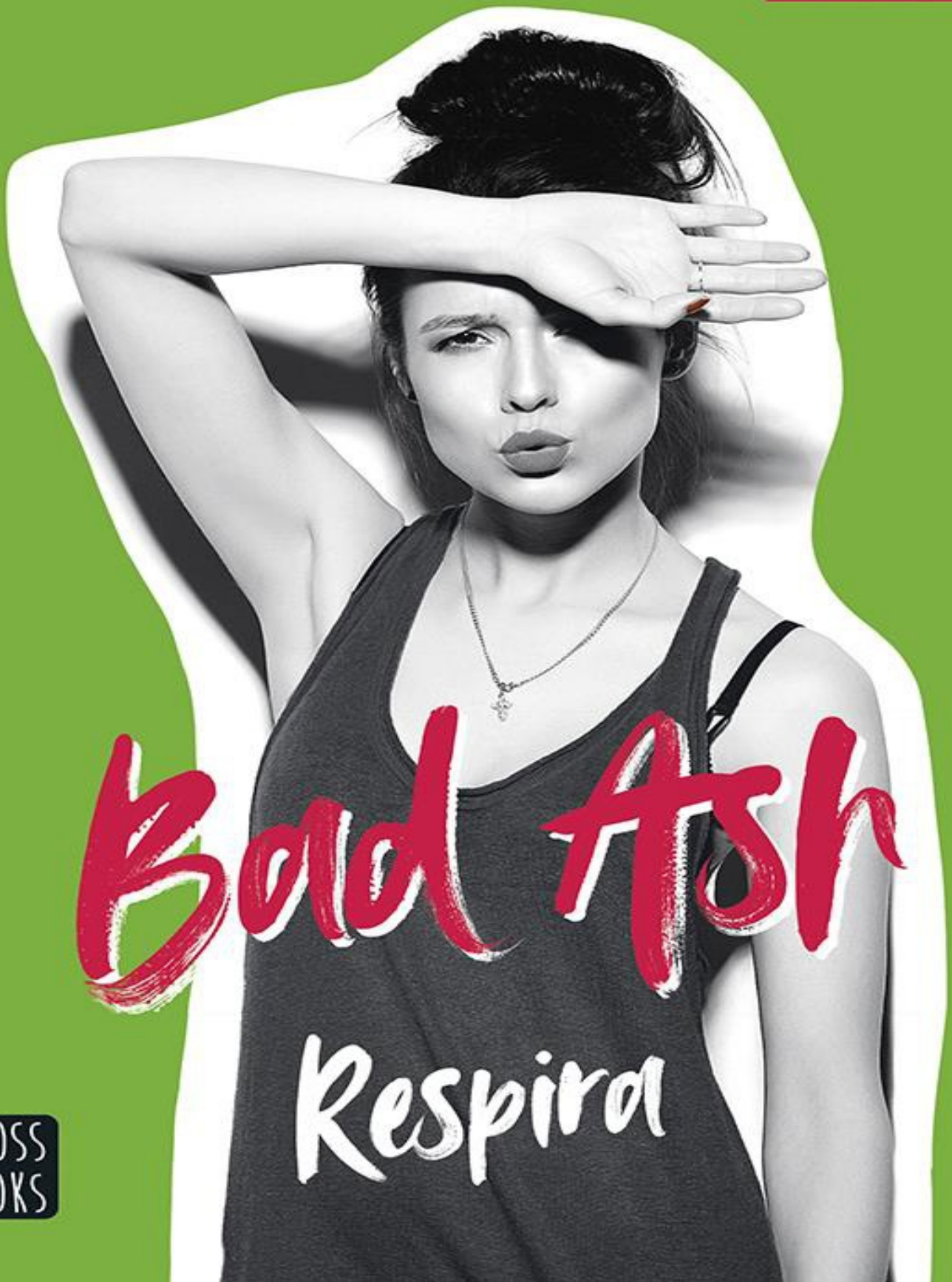
ALINA NOT

NUEVO TALENTO CROSSBOOKS



Bad Ash

Respira

CROSS BOOKS

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
1. Blank space
2. Come back, be here
3. You are not sorry
4. Haunted
5. Stay beautiful
6. Come in with the rain
7. Cold as you
8. Clean
9. All you had to do was stay
10. If this was a movie
11. Ours
12. Breathless
13. Superman
14. Safe and sound
15. Bad blood
16. Innocent
17. Out of the woods
18. You are in love
19. I know places
20. Beautiful eyes
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

El mundo de Ashley Bennet se ha vuelto completamente del revés. Ella, que por fin pensaba que había conseguido al chico perfecto… renunció a lo que tanto había deseado porque se enamoró sin haberlo planeado. Y ahora está sola. Y va a tener que descubrir quién es ella realmente. Tal vez, en los últimos años, olvidara que lo más importante siempre fue quererse a sí misma.

Cameron Parker ha perdido esa seguridad que derrochaba a cada paso. Tiene que hacer frente a las consecuencias de sus actos, y asegurarse de que no hiere a nadie más por el camino… aunque quien acabe con el corazón roto sea él.

¿Lograrán Ash y Cam reconciliarse con ellos mismos para poder encontrarse de nuevo?



Lectuepubgratis.com

1

Blank space

Ropa. Calzado. Llaves del coche. Gafas de sol. Vale, sigue con ello. Céntrate en las cosas pequeñas. Paso a paso. Poco a poco. Cosas que puedes controlar. Con la mente focalizada en el momento presente. El pasado no importa. El futuro es impredecible. El presente es lo único que cuenta.

Voy repitiendo mi mantra mientras bajo la escalera a saltitos hasta llegar a la entrada. Paso directamente al garaje y me monto tras el volante del coche de mi padre. Estoy a punto de arrancar el motor, tras pulsar el botón del mando a distancia que abre la puerta de salida, cuando me lo pienso mejor. Enciendo la lucecita del techo y rebusco en mi bolso. Pintalabios rojo. A la mierda con todo. Me pinto los labios con mucho cuidado, mirándome en el espejo retrovisor. Para cuando termino de dejarlos con la intensidad adecuada de rojo, la puerta del garaje ha vuelto a cerrarse sola. Me paso la lengua por la superficie de los dientes para asegurarme de que no se han manchado de color. Vuelvo a pulsar el botón del mando y me bajo las gafas de sol de lo alto de la cabeza para protegerme los ojos. Mientras hago rodar el coche hacia el exterior cambio la carpeta de mi reproductor de música. A la mierda con Taylor Swift.

She's kinda hot, de 5 Seconds of Summer. Quizá yo también lo soy, ¿no? Quizá estoy buena en cierta manera. A mi propia manera. Y, desde luego, que soy la maldita reina del roto panorama actual. Esté como esté la cosa ahora mismo. Pongo la canción en *repeat* durante todo el tiempo que me lleva recorrer la distancia que me separa de la cafetería del barrio de Emily, donde nos sirve los cafés el camarero más guapo de todo Sacramento. Porque, de vez en cuando, nos gusta alegrarnos la vista, y eso está bien, ¿verdad?

—¡Joder, nena! —grita Emily mientras me acerco hacia la mesa en la que Mia y ella están sentadas en el exterior del local.

Y ese grito hace que todas las personas que hay sentadas a su alrededor también se giren para mirarme. Intento no agachar la cabeza y hacerme pequeñita para que dejen de prestarme atención, porque eso es precisamente lo que más odio de mí misma. Me gustaría estar segura de mí. Pisar fuerte con tacones. Aunque vaya en zapatillas. Mantengo el paso y la media sonrisa

orgullosa que se me ha quedado en la cara al conseguir aparcar el coche en solo un par de maniobras, en paralelo y en un hueco bastante ajustado.

Llego a su altura y me quito las gafas de sol antes de apartar una silla para poder sentarme con ellas.

—¡Cuidado! Me estás deslumbrando con la mirada —se burla Mia.

Yo solo hago una mueca en respuesta.

—Labios rojos, escote, pantalones de roquera salvaje —recuenta Emily mirándome de arriba abajo—. ¿Qué te ha pasado? Esto me suena a crisis de las gordas. No te veía esa cara de decisión desde que salimos del estudio de tatuajes. No me digas que estás en transición otra vez —casi suplica—. Porque eso significa que las cosas ayer terminaron mucho peor de lo que nos dijiste —se teme.

—Ha mandado un SOS al grupo, Em —le recuerda Mia burlonamente—. Las cosas terminaron peor de lo que nos contó.

—¿Y Grace? —pregunto, y entorno los ojos para tratar de ver el interior de la cafetería a través del cristal.

—Está pidiendo los cafés y coqueteando con el señorito labios carnosos —me pone al día Emily—. Has mandado el mensaje en el momento justo en que ella también tenía su propia crisis personal. Acababa de colgar el teléfono con Joe y, por lo que hemos oído, no parecía nada bonito —cotillea, y Mia niega varias veces con la cabeza dando veracidad a su relato—. No ha soltado prenda. A ver si ahora habla... Te iba a pedir un *latte*, espero que a la nueva tú de labios rojos no le haya cambiado el gusto por el café —se burla—. Voy a echarle una mano.

Se levanta y se adentra en la cafetería. Nos deja solas. Y yo miro a Mia y ella tiene sus ojos azules clavados en mí, también.

—¿Estás bien? —pregunta, tras dos segundos de silencio—. Normalmente, que te vistas para impresionar significa que no te sientes demasiado impresionante. —Desmonta mi fachada.

—Ya —admito, y sonrío levemente, mordiéndome el labio inferior—. Voy a necesitar que tú y yo nos sentemos a hablar a solas, algún ratito de estos —digo, antes de que me acobarde y lo deje pasar dando por supuesto que las cosas se arreglarán solas.

Esta vez no quiero que las cosas sean así. Necesito que aclaremos todos los malos rollos que ha habido entre nosotras últimamente. No puedo dejarlo pasar. Necesito recuperar a mi amiga. Pero de verdad.

—Me parece perfecto —responde ella, sin apartar su mirada de mis ojos—. Yo también lo necesito bastante.

Grace deja en el centro de la mesa una bandeja con cuatro platos, cada uno con un croissant de chocolate. Y no tiene cara de estar teniendo el mejor día de su vida cuando me dice «Hola, Ash». El chocolate solo lo confirma. Deja un café en vaso de cartón delante de Mia. Y Emily reparte el resto antes de que las dos se sienten, completando nuestra mesa.

—¿Qué ha hecho ahora el jodido rey del baile? —casi gruñe Grace, enfadada con el mundo.

Pero, justo en este momento, tengo mucha más curiosidad por saber qué es lo que le ha pasado a ella. Yo pensaba que las cosas con Joe iban bien. Pero, claro, hace tres semanas que no tengo la confianza suficiente con ella como para que acuda a mí, si lo está pasando mal por algo.

—Tú primero. —Cedo la palabra, señalándola con mi vaso de café—. ¿Qué te pasa?

—Eso —me apoya Emily—. ¿Qué te pasa? —repite en el mismo tono exacto que he usado yo.

Grace coge una de las piezas de bollería del centro de la mesa y le da un mordisco furioso, manteniéndonos a la espera mientras mastica y traga la dosis necesaria de azúcar para poder compartir con la humanidad su drama personal. Se apoya en el respaldo de la silla y coge su móvil para buscar algo en él. En unos segundos lo pone en el centro de la mesa para que todas nos asomemos a mirar. Es una foto de Instagram que publicó un amigo de Joe anoche. De madrugada. Y en ella aparecen unos cuantos chicos del equipo de béisbol de fiesta por ahí. Pero me imagino que no es eso lo que no le gusta a Grace. Me imagino que lo que no le gusta ni un pelo es la chica que aparece pegadita como una lapa a Joe Richardson. La señala con el dedo índice.

—Su ex.

Es lo único que dice, y nosotras nos quedamos unas décimas de segundo en completo silencio, antes de hablar las tres a la vez.

—¡Qué me cuentas! ¿Estaba pendoneando por ahí con su exnovia a las tantas de la madrugada? —se indigna Emily.

—A ver, a lo mejor así, sacado de contexto, parece peor de lo que es —trato de razonar yo.

—¿Esa es su ex? Chica, ha subido un par de peldaños contigo. —Es lo primero que se le pasa por la cabeza a Mia.

Seguimos hablando todas a la vez y cada una más alto que la otra, para hacernos escuchar, durante unos segundos. Luego, doy un golpe en la mesa, para frenar la locura, y mis tres amigas me miran sorprendidas. Pues sí. La verdad es que yo no soy mucho de dar golpes en las mesas. Pero a veces una chica tiene que hacer lo que tiene que hacer.

—Vamos a tranquilizarnos un momento —les pido, cuando he captado su atención—. Primero, no juzguemos a esa chica por su aspecto físico en comparación con Grace, ¿vale? —empiezo, al tiempo que miro a Mia significativamente—. Las chicas ya tenemos bastante con que la sociedad nos imponga unas malditas medidas, como para encima atacarnos entre nosotras —opino—. Y, aparte de eso, es una foto en la que salen uno junto al otro, sí. No podemos pensar automáticamente que eso significa que aún hay algo entre ellos...

—No. Si el problema no es ese, Ash —me corta Grace. Apaga la pantalla de su móvil y lo guarda de nuevo—. El problema es que, cuando le he mandado un mensaje y le he preguntado qué tal anoche, me ha respondido que siempre lo saco todo de quicio, que a ver si no puede llevarse bien con sus exnovias y que deje de controlarlo. ¡Que deje de controlarlo! —grita, llevándose una mano al pecho como si acabaran de dispararle—. ¡Yo! Que ni siquiera le

pregunté dónde pensaba ir anoche o con quién había quedado. Y cuando lo he llamado para preguntar a qué venía eso, lo que ha dicho el tío es que lo estoy agobiando. ¡Que yo lo agobio! —repite una vez más.

—¿Y tú qué le has dicho? —pregunta Emily.

—Yo le he dicho que si lo que quiere es que no lo agobie nadie, que no se preocupe. Que yo lo dejo desagobiarse todo lo que necesite. Yo no le pienso agobiar ni un poquito, vaya —deja claro, con expresión decidida y rezumando mala leche.

A veces me gustaría ser un poquito como Grace. Decir: «Si dice que necesita espacio, que no se preocupe que yo le doy todo el espacio del mundo», como forma de decir que ahí se queda. Una manera sutil de mandar a alguien a la mierda. Pero yo no quiero mandar a Cam a la mierda. Me doy cuenta, por mucho que odie hacerlo, de que yo solo quiero ser la chica paciente que le da lo que necesita, que le da el espacio justo y el tiempo que él precise, hasta que se dé cuenta de que soy la chica perfecta. Que soy atenta, amorosa y abnegada. Que me entrego por completo y que solo quiero hacer su vida más fácil. Y es una mierda. ¿Cómo he llegado a pensar así? ¿Por qué no soy como Grace? ¿Por qué yo no soy capaz de ponerme a mí primero? En el fondo lo sé. Lo tengo claro. Y es porque Cam tenía toda la razón: porque el problema ahora mismo no es que yo no le guste a él; el problema es que no me gusto a mí misma.

No gustarte a ti misma es un asco. Y ni siquiera sé por qué. No sé de dónde salen mis inseguridades. No sé de dónde me viene esta maldita manía de compararme con todas las demás y verme siempre como la perdedora. No sé por qué veo a Vanessa tan preciosa y yo me siento tan poca cosa a su lado. Obvio que Vanessa es preciosa. Esa no es la parte que falla en todo mi razonamiento. Y sé que Mia es preciosa, y lo era incluso cuando ella no se veía así. Y sé que Grace es todavía más impresionante por toda esa confianza que tiene en sí misma. Y sé que Emily se ligaría a cualquiera con los ojos cerrados, aunque ella esté empeñada en que no tiene el cuerpo que le gustaría tener, pero es que es un bombón y derrocha desparpajo, la tía. Y luego estoy yo. Bueno, luego está la manera en la que yo me veo. Y por eso no me creo que Cameron Parker de verdad quiera estar conmigo. Aunque ahora no sé muy bien qué es lo que se supone que quiere. He leído muchos libros sobre psicología, he intentado aprender mucho del porqué del comportamiento humano. Pero aún sigo sin tener ni idea de por qué yo soy como soy. De por qué no me creía que pudiera hablar con cierta gente hasta que Cam apareció en mi vida y me enseñó que ellos no eran más que yo. De por qué, a pesar de todo, me sigo sintiendo insignificante cuando me coloco en la balanza al otro lado de cualquiera. De Vanessa. De Blair. De Jessica. No puedo buscar el origen de mi falta de autoestima en un problema de falta de afecto en la infancia. Mis padres son los padres más increíbles del mundo. Mi madre se merece un diez como madre y nunca me ha enseñado otra cosa que no fuera que todos los seres humanos somos igualmente valiosos. Siempre ha resaltado mis virtudes. Siempre ha creído en mí. Siempre me ha dejado más que claro que estaba orgullosa de mí. Y mi padre... mi padre no siempre estaba en casa, pero es

que eso no ha impedido que yo me sintiera la persona más especial del mundo para él en todo momento. Siempre me he sentido querida por mi familia. Muy querida.

Pero en algún momento mi autoestima se torció. Y, en vez de crecer conmigo, se fue quedando pequeñita en un rincón. Y creo que sé cuándo empecé a sentirme especialmente insegura. Creo que fue al empezar el instituto. Bueno, no exactamente por empezar el instituto. Fue por Tyler. Todo ha sido siempre por Tyler. Por un Tyler que me dio mi primer beso para luego desaparecer. Desaparecer e ignorarme. Cuatro años pensando que lo único que podía hacerme feliz en la vida era que él quisiera estar conmigo. Cuatro años pensando que estaba con todas esas chicas con las que salía porque eran mejores que yo. Porque, la verdad, podría haberme tenido a mí siempre que hubiera querido, pero prefería tenerlas a ellas. Prefería tener otras chicas, sí, pero también otros amigos. Amigos más populares. Amigos más guapos. Amigos más guais. Así que cuatro años compitiendo por la atención de alguien y perdiendo todas y cada una de las veces. Me imagino que eso puede machacarle la autoestima a cualquiera. Pero no es culpa de Tyler, claro. Nunca lo fue. Tenía que haberme dado cuenta antes de que debería ponerme a mí primero. Debería haberme valorado por mí misma y no por la atención que me prestara Tyler Sparks. Debería haberme dado cuenta yo y no tener que esperar a que llegara Cameron Parker y me dijera eso de «si a Tyler no le gusta cómo eres, que le den por culo». Eso es lo que debería haber hecho. Qué pena haber tardado cuatro años en darme cuenta. Y qué pena haber pasado de repente de necesitar la reafirmación de Tyler Sparks a mendigar por la de Cameron Parker. Mierda, él tenía razón. Y realmente daba igual que me dijera un millón de veces que soy preciosa si mi mente siempre va a responder con un «es mentira». Mi problema es el mismo que tan fácilmente pude ver en Tyler aquella noche en el parque, cuando me di cuenta por primera vez de que yo no podía salvarlo. Mi problema es que no voy a poder tener una relación sana hasta que aprenda a quererme a mí misma. Y eso es algo que tengo que hacer yo sola. Supongo.

—Ey, Ash. —Grace me saca de mis profundos pensamientos—. Paso de seguir poniéndome de mala leche por ese idiota. Así que vuelve a bajar a la tierra y cuenta, ¿qué te ha pasado?

Y yo, que estaba a puntito de tener una revelación personal sin precedentes, ya he perdido el hilo de mis pensamientos y me atacan otros mucho menos provechosos. En concreto, la notita que Cam ha dejado en mi mesilla al salir a hurtadillas de mi cama.

—Perdona, ¿te ha dejado una notita después de dormir en tu cama? —repite Mia cuando yo termino de resumirles lo que pasó desde el último mensaje que les mandé anoche—. ¡Madre mía! Es lo más cobarde que he visto desde que Emily vio una araña en el coche de su madre y dejó de conducir durante un mes —exagera.

—¡La araña era enorme! —se defiende Emily cuando nos ve a Grace y a mí sonreír un poco con el recuerdo de aquella anécdota—. Y no me puedo creer algo así de Cam —murmura tristemente, retomando el tema—. Scott dice que...

—Scott es el novio de mi mejor amiga y amigo mío —pongo yo sobre la mesa—. Sería raro

que Cam le dijera algo malo sobre mí, ¿no?

Emily lo piensa por un momento, moviendo los ojos a uno y otro lado, y mordisqueándose visiblemente la parte interna de la mejilla.

—Sí, bueno, supongo —tiene que admitir—. No le diría cosas malas, pero tampoco tendría por qué decirle cosas tan buenas si no las pensara de verdad, Ash.

—Ahora mismo la verdad es que me ha dejado una nota diciendo que necesita espacio —expongo, volviendo a centrar el tema—. ¿Qué se supone que significa eso?

—¿Sabes lo que significa eso? —interviene Grace, blandiendo su vaso de café como si fuera una espada láser, prácticamente—. Significa que pueden irse a la mierda. El de los agobios y el del espacio. —Se muestra firme, decidiendo ella solita nuestro destino—. Si lo que quiere es espacio, le puedes dar todo el maldito estado de California para él solito. Y si se pierde mientras lo recorre, mejor. Que tú no necesitas a ese tipo para nada para ser feliz —determina, como si fuera capaz de leer mi destino en el poso de mi *latte*—. Nos tienes a nosotras.

—Nos tenéis a nosotras, chicas —se muestra de acuerdo Mia, incluyendo a Grace como receptora del mensaje.

Pone una mano en el centro de la mesa y Emily se apresura a poner una suya encima, mirándonos significativamente a las dos restantes.

—Nos tenéis a nosotras —repite.

Y Grace une la mano derecha al montón y las tres me miran en espera de que me una a la exaltación de la amistad colectiva que está teniendo lugar en la mesita de esta cafetería. Lo hago. Y las cuatro dejamos las manos juntas, descansando ahí por un momento, antes de que Grace nos avise con un gritito de que no nos movamos en absoluto porque va a sacarnos una foto para Instagram. Maneja el móvil como puede con la mano izquierda, y cuando por fin ha tomado la instantánea, cada una recuperamos nuestra mano para poder seguir viviendo.

—Esto significa que haremos lo del fin de semana, ¿no? —pregunta Emily.

—¿Qué es lo del fin de semana? —quiero saber yo, porque creo que ya vale de sentirme excluida.

Para cuando termino de formular la pregunta, Grace ya ha levantado la mano y anunciado que se apunta, sin titubear.

—Los amigos de Scott han alquilado una casita en Point Reyes para el fin de semana —explica mi mejor amiga—. Parece ser que el plan A era irse con Melanie y sus dos amigas empollonas, pero entonces Melanie cortó con Damon sin previo aviso, o eso es lo que dice él. —Lo pone en duda—. Y se quedaron sin sección femenina. Y Scott me dijo que si queríamos ir nosotras.

—Un fin de semana con baboso Eddie y compañía, yupi —dice Mia, dejando bastante claro con su tono irónico lo que piensa de los amigos de Scott.

Emily abre la boca, demostrando su indignación ante tal comentario. Pero es que la verdad es que el tal Eddie es un poquito baboso y eso lo tiene que reconocer, por muy amigo de su novio

que sea el muchacho.

—Puede que Eddie sea un poco baboso —repite, y menos mal que lo admite—. Pero con Scott no te metas, que te mato, ¿eh? —amenaza, señalándola con un dedo.

Mia no se toma demasiado en serio la amenaza porque se limita a reírse, ahí, delante de sus narices.

—Yo no sé si me apetece un fin de semana de... —empiezo yo, sobre todo para frenar la discusión en la que pueden enredarse esas dos.

Grace y Emily me callan chistando a la vez y señalándome. Hasta me encojo un poco en mi asiento. ¡Qué compenetración! Y empiezan a dar todas las razones por las que ese viaje es justo lo que necesito. Me convencen en el momento en que dicen que, si Cam necesita espacio, no puedo hacer menos que darle unos ciento cincuenta kilómetros, a ver cómo le sienta eso. Pues sí. A ver cómo le sienta eso.

—¿No pensarás quedarte en casa llorando todo el fin de semana? —me acusa Grace.

Y con eso ya me deja más que claro que ella no piensa verter ni una lagrimita por Joe Richardson ni por nadie. Ojalá yo fuera un poquito más como Grace.

—Chica, yo creo que te vendría bien cambiar un poquito de aires —insiste también Emily—. Será como un retiro espiritual.

—Será como una desintoxicación —interviene Mia, para mi sorpresa—. Estás demasiado enganchada a Cameron Parker, Ash —opina—. Tómatelo como una terapia. Fin de semana por ahí, y vuelves limpia de droga Parker en las venas —me tienta.

—Si fuera tan fácil... —casi bufo yo.

Y si quisiera desengancharme, claro. Porque ahora mismo lo último que quiero es desengancharme de Cam. De hecho, preferiría tener sobredosis de él en mi organismo en este preciso instante. Pero eso no lo digo en voz alta.

—Fin de semana de limpieza. —Grace sonríe, de acuerdo con la idea.

—Ya me habíais convencido hace un rato, así que parad de una vez, por favor —casi suplico, con media sonrisa—. Le preguntaré a mi madre. —Pongo esa condición.

—Mia —llama Emily, y las tres nos volvemos para mirar a la aludida. Alza las cejas, pero no dice nada—. Solo faltas tú —le avisa.

—Pasadlo bien, chicas —nos desilusiona ella.

Protestamos todas a la vez. Y muy alto. Por un momento, tengo miedo de que la razón por la que Mia no quiere unirse al fin de semana sea porque yo sí que voy a ir. Pero se supone que vamos a arreglar las cosas, ¿no? Y me parece una buena ocasión ese viaje para que las cosas puedan por fin volver del todo a la normalidad con mis amigas. Con las tres.

—Prometo que Scott se encargará de que Eddie no te babee —pacta Emily, con una sonrisita traviesa.

—Ugg —se limita a responder la otra.

—Vamos, tía. Tenemos a la mitad del grupo en crisis sentimental, ¿no te parece suficiente

razón para aguantarte el asco que te da Eddie *el babas* y venir con tus amigas por ahí de finde? —sigue mi mejor amiga.

Un argumento irrebatible. Lo mires por donde lo mires. Mia hace una mueca al verse acorralada de esa manera.

—Vale —cede con un suspiro—. Está bien. Iré.

Grace hasta le silba, como si acabara de anotar el tanto de la victoria en un partido o algo así. Emily saca su móvil en un movimiento prácticamente visto y no visto.

—¡Voy a decírselo a Scott!

Y así es como termina nuestro desayuno, que había empezado con desengaños amorosos, planeando una escapada de fin de semana con Scott y sus cuatro amigos a la costa. Y no era para nada lo que me esperaba de esta mañana. Pero no suena mal del todo. Nada mal.

Emily se apiada de mí y de mi solitaria situación con la casa vacía y me invita a comer con ella. Considero que me viene mejor estar acompañada y distraída, para no darle vueltas a la maldita nota de Cam y a lo que querrá decir exactamente con eso de «un poco de espacio», así que acepto su propuesta sin dudar ni un segundo.

A media tarde, ella ha quedado con Scott, y unirme a ellos en plan sujetavelas no es lo que más me apetece, ni siquiera en mi situación desesperada. Supongo que mi madre y Eric tampoco tardarán ya tanto en volver. No estoy muy segura de que quiera enfrentarme a mi madre ahora mismo. Porque va a saber que algo ha pasado solo con verme la cara. Es que estoy segurísima. Y un interrogatorio de mamá acerca de esto es mucho más de lo que me veo capaz de aguantar hoy.

Me monto al volante del coche de papá, aparcado frente a la casa de mi mejor amiga, y pienso por unos segundos adónde debería ir. Consulto el móvil, una vez más, y no tengo ninguna notificación nueva. Silencio desde el otro lado. Supongo que de eso precisamente va el espacio, ¿no? Y no pienso ser yo quien mande el primer mensaje. Al fin y al cabo, el que tiene que decidir hasta dónde necesita alejarse es él. Vaya. Ya estoy dándole vueltas a lo mismo otra vez y solo hace dos minutos que le he dicho adiós a Emily. Hay muchas cosas en mi vida aparte de Cameron Parker. Muchísimas. Y a lo mejor ya es hora de que empiece a ocuparme un poquito de ellas. Así que escribo un mensaje rápido y lo envío antes de que pueda arrepentirme.

¿Tienes un rato? ¿Crees que ahora es un buen momento?

Su respuesta llega de inmediato.

Tan bueno como cualquier otro. En mi casa no hay nadie ahora, si quieres venir.

Envío un «ok» a secas, antes de arrancar el motor y girar el coche para avanzar por el otro sentido de la calzada. Sí. Un momento tan bueno como cualquier otro.

Cuando llego a casa de Mia, ella está sentada en el escalón del porche comiendo cucharadas de un enorme bote de helado que reposa sobre los tablones del suelo.

Me acerco hasta llegar a su altura y, en vez de saludar, me tiende una cucharilla que ha sacado para mí. La tomo, dedicándole una sonrisa, y me siento justo al otro lado del bote. Cojo una cucharada llena de helado de chocolate con nueces y me la llevo a la boca, antes de atreverme a iniciar esta conversación. Está espectacular este maldito helado. Totalmente adictivo. El chocolate es definitivamente mi punto débil.

—Tengo que decir que lo siento. —Rompo por fin el silencio.

—No. No hace falta, Ash —me corta mi amiga—. No te preocupes, da igual...

—No da igual —le llevo la contraria, firmemente—. Tú eres mi amiga y las cosas entre nosotras, todo lo que haya entre tú y yo, es totalmente independiente de con quién te acuestes. Y me volví completamente irracional cuando me dijiste que con quien te querías acostar era con Blair Wells. Culpa mía. Aunque puedes entender que flipara un poco, ¿no? —trato de bromear.

La veo sonreír mientras rasca la superficie del helado con la cucharilla para llenarla. Asiente lentamente con la cabeza.

—Entiendo que fliparas, Ash —concede—. Y yo tengo mucha culpa de todo lo que ha pasado últimamente, por querer acostarme con Blair. Y lo siento. Sé que rompo esa regla no escrita de que los enemigos de nuestros amigos son nuestros enemigos, aunque, si te tengo que ser sincera, considero a Blair bastante más enemiga que amiga. No confío nada en ella en la mayoría de las cosas. Pero, bueno, eso no es de lo que estamos hablando ahora. Y yo también tengo que decir que lo siento, porque no debería haber dejado que mis apetitos sexuales se interpusieran entre tú y yo. Eso es rastrero y una absoluta traición, si quieres verlo así. Así que lo siento —repite.

—Yo tenía que haber intentado hablar de esto contigo de forma calmada —sigo, aligerando su parte de culpa—. Reaccioné muy mal, como una auténtica imbécil egoísta. Y solo pensé que si a mí no me caía bien esa tipa, deberíais estar todas por completo de mi parte, pero eso es ser muy egoísta —admito—. Y no intenté ni por un solo momento ponerme en tu lugar. Eso es lo que tendría que haber hecho en vez de mostrarme enseguida a la defensiva.

—Yo no me enfadé porque te pareciera mal que me acueste con Blair. Y no me enfadé porque no lo entendieras. Podrías haberme pedido que no me acostara con ella y me habría planteado el aguantarme las ganas y pasar de un par de polvos buenísimos. Eso no es más importante que tú —dice a media voz, y yo intento buscar sus ojos, pero los esconde de los míos demasiado bien —. Lo que me sentó mal fue que me diste a entender que, si yo quería acostarme con Blair Wells, tú ya no podías fiarte de mí. Lo que me dolió fue que insinuaras que yo pondría a una chica cualquiera por delante de nuestra amistad, o que sería capaz de contarle cosas sobre ti. Porque yo nunca haría eso, Ash. Me dolió que no confiaras en mí.

Me quedo callada por unos segundos, intentando digerir lo que me dice. No es como si no lo supiera. En el fondo, sí que es eso lo que acabé insinuando, aunque no fuera lo que de verdad pensaba.

—Tienes razón —digo, al final—. Quiero que sepas que no pensé ni por un momento que tú te fueras a dedicar a contarle a ella cosas de mi vida. Pero Blair es una bruja y tenía miedo de

que, después de todo en lo que se había metido, se metiera también en mi relación con Cam. No quería desconfiar de ti, Mia. Y siento haber dicho lo que dije y darte esa impresión. Y también siento haber sido una cobarde al día siguiente, y al siguiente y al siguiente, y no haberte pedido perdón hasta ahora, porque empecé a arrepentirme de cómo se habían quedado las cosas entre nosotras desde el primer día. No sé si me creerás, pero te he echado de menos —me permito añadir.

La oigo suspirar y, cuando me giro hacia ella, veo que deja la cucharilla y el helado a un lado y clava sus ojos azules en los míos.

—Claro que te creo, Ash. Porque yo también te he echado de menos —corresponde—. Ahora, ¿podemos dejar de pedir perdón y olvidarnos de todas estas tonterías? Quiero que las cosas sean como antes.

—Y yo también —me apresuro a decir.

—Aunque puede que me siga acostando con Blair Wells... —insinúa luego con una sonrisa pícara.

—Y puede que yo la siga llamando bruja, pero no pienso interferir en tus orgasmos —medio bromeo y, cuando ella sonríe, le copio el gesto.

—Menos mal. Me pongo de muy mala leche cuando me dejan a medias. —Me río ante su tono y se ríe conmigo—. Ahora, cuéntame —pide, tras darme una palmadita en el muslo—. ¿Qué parte de todo lo que te contó Jessica Harris ayer sigues pensando que puede ser verdad?

Y aún sigo dándole vueltas a qué maldita parte de todo lo que me contó la maldita Jessica Harris puede ser verdad. Porque ayer terminé convenciéndome de que ninguna. Y eso fue más o menos lo que me dio a entender Cam. Pero también apareció por la noche en mi casa diciendo que no paraba de pensar en mí y luego desapareció dejando solo una nota en la que decía que necesitaba espacio. Eso le resta un poco de credibilidad. ¿O tal vez no? Vuelvo a estar hecha un lío. Lo estoy, porque después de este tiempo con Cameron no puedo explicarme que ahora lo que él necesite sea estar lejos de mí. No entiendo que no me deje apoyarlo. Que se largue así y llevar todo el día sin saber de él. «Se ha estado riendo de ti, Ashley.» Eso es lo que no para de repetirme la vocecita de mi cabeza. Soy yo misma. Y qué odiosa soy a veces.

Cam no ha dado señales de vida, como digo. En cambio, Grace ha escrito al grupo de nuestras amigas esta tarde, mientras yo aún estaba con Mia, para decir que «el gusano» había ido a su casa arrastrándose para pedir perdón. Una mala resaca para Joe Richardson. Supongo que, si Grace puede perdonarlo, nosotras también, aunque ya hayamos restado un punto a su marcador de novio aceptable para nuestra amiga.

Para cuando vuelvo a casa ya veo el coche de mamá aparcado en la entrada. Paro detrás y respiro hondo antes de entrar. No quiero que mamá note que algo va mal. No tengo ganas de dar explicaciones ahora.

—¿Ashley? —La oigo llamar desde el piso de arriba en cuanto cierro la puerta.

—Sí —respondo, y empiezo a subir los escalones lentamente—. Eh, idiota, ¿qué tal la

competición? —le pregunto a Eric al pasar por delante de la puerta abierta de su habitación.

—¡Bien! —responde, sin parar de revolver en el armario, a saber lo que estará buscando—. No sé si lo sabías, pero tu hermano es el mejor karateca del país. Ve corriendo la voz —alardea.

Pongo los ojos en blanco y voy a contestar llamándolo fantasma cuando mi madre aparece delante de mí y me dedica una sonrisa muy amplia. Frunzo un poco el ceño, porque no sé qué bicho le ha picado.

—¿Qué tal por aquí sin nosotros? —me pregunta—. Y ¿de dónde vienes, jovencita? —añade, antes de darme tiempo a responder.

—Pues... vengo de casa de Mia. Y parece que la casa sigue en pie y no la he incendiado, así que yo diría que me he apañado bastante bien —trato de bromear.

—Ya. Y supongo que esta noche habrás dormido sola, ¿verdad? —prueba.

Ah. Ahora lo entiendo. Hasta ahí quería llegar ella.

—Pues sí. Claro —miento con descaro—. ¿Con quién iba a dormir? —pregunto retóricamente, como si de verdad no se me viniera ningún posible candidato a la mente.

—Ah, ya. Con quién. —Mamá sonríe de medio lado.

Aparto la mirada y trato de dar un paso a un lado para ir hasta mi habitación. Si me quedo aquí dos segundos más, va a mirar dentro de mi alma y se va a dar cuenta. Y si se da cuenta, ya puedo darme por jodida. No necesito llorar delante suyo. No. Es lo último que necesito ahora mismo.

—Ashley —me llama, y me doy cuenta de que ya es demasiado tarde—. ¿Qué pasa? Ha pasado algo, ¿verdad?

—Pues sí. Las chicas me han invitado a ir el fin de semana a Point Reyes con los amigos de Scott —decido decir, alejando el tema hacia alguno menos espinoso—. ¿Me dejas ir?

Suficiente tema de conversación para esta noche.

Hace ya exactamente veintiséis horas desde que me encontré la notita de Cam en la mesilla. Y ya he decidido que tengo que hacer algo con mi vida. Cambiar algo. Crecer como persona. Madurar. Aprender. Así que estoy en la biblioteca. ¿En serio, Ashley? ¿Acabaste el instituto el viernes y el lunes por la mañana ya estás metida en la biblioteca? Empollona. Bueno, pues sí. Aquí estoy. Pero no he venido a estudiar. He venido a ayudarme a mí misma. Y busco en la sección de psicología hasta encontrar cualquier cosa con la que pueda conseguirlo. Trabajar la autoestima. Tengo que hacerlo yo. Tengo que hacerlo por mí.

Salgo casi a la hora de comer, con un par de libros muy gordos cargados en mi brazo izquierdo, y la cabeza dándole vueltas a la lista de mis puntos fuertes que acabo de elaborar, siguiendo los trabajos propuestos por uno de los autores, para trabajar la autoestima.

—Oye, guapa —me sobresalta una voz justo a mi espalda—. ¿Vienes a menudo por aquí?

Me giro para encontrarme a Mia, apoyada en la pared junto a la puerta de la biblioteca. Se

levanta las gafas de sol mientras mastica un chicle con la boca abierta, en plan chica sexy y peligrosa, y me mira de arriba abajo dándome un buen repaso. Tengo que reírme porque, de verdad, se está currando la pose.

—¿Es así como ligáis las lesbianas? —me burlo, y paso mi peso de uno a otro pie, como si tuviera prisa y me incomodara su insistencia.

—Eh, no juzgues a la ligera. Llevo casi media hora esperando para poder hacerte el teatrillo —bromea—. Pasaba por aquí y he visto tu coche. Pero no pensaba que ibas a tardar tanto. Eres una rata de biblioteca, Ash.

—¿Me esperabas para invitarme a un café? ¿O solo para meterte conmigo? —me quejo por su último comentario.

—Te esperaba para decirte algo que tal vez te interese —aclara, y se acerca hasta quedar casi pegada a mí—. Blair me ha llamado para decirme que se ha enterado de que hay una movida con Jessica y con Cam. Me ha dicho que está dispuesta a hablar contigo y a contarte todo lo que ella sabe sobre Cameron Parker, si te interesa. Y dice que, si se lo pides por favor, también estaría dispuesta a indagar un poquito para ver si puede averiguar más.

Me muerdo el labio mientras pienso por un momento en lo que acaba de proponerme. Bueno, puede que Blair sepa bastantes cosas, al fin y al cabo, la tía es muy cotilla. Pero también tiene muy mala leche. Y yo nunca he sido su persona favorita. Y es una mentirosa patológica, ¿o no?

—¿Crees que, diga lo que diga, podría fiarme de ella? —consulto con mi amiga.

Mia se encoge de hombros, como toda respuesta.

—Bueno, tú dirás, Ash —mete un poco de presión para que me decida—. ¿Quieres hablar con Blair Wells?

Lectuepubgratis.com

2

Come back, be here

Que si quiero hablar con Blair Wells. La respuesta a esa pregunta hubiera sido más que obvia si me la hubiesen formulado hace poco más de un mes. Y debería seguir siéndolo. Nunca me ha traído nada bueno estar cerca de la bruja. Para nada. Pero mientras mamá me llena el plato con la cena, y un pequeño apartado de mi mente está pensando en cómo voy a comerme todo eso si tengo el estómago cerrado, el resto de mis neuronas está trabajando a toda máquina para tratar de decidir si escuchar a Blair es la peor idea del mundo, o solo una idea medio mala. Y estoy casi segura de que es la peor idea del mundo. Pero cada vez que pienso que ya me he decidido, vuelvo a escuchar su voz diciendo aquello de «ten cuidado con los traidores, mira bien a quién tienes al lado, no se te vaya a colar uno en tu cama». No se te vaya a colar un traidor en tu cama, Ashley. ¿Lo ha hecho? ¿He dejado que me pasara? ¿Que me engañaran así? No. No puede ser. Hay algo dentro de mí que me está gritando que no sea tan idiota, que nada es verdad. Porque no puede ser. Cam no.

—Ashley —me llama mi madre, y reacciono y cojo el plato que me tiende, que debe de llevar esperándome unos cuantos segundos a juzgar por cómo me mira—. ¿Estás bien? —pregunta.

Y sé que la sospecha no le viene solo de ahora y que ya lleva desde ayer con la mosca detrás de la oreja. Desde que le cambié de tema radicalmente. Ayer me lo dejó pasar. Pero hoy no voy a tener tanta suerte.

—Sí, ¿por? —Me hago la tonta, porque a veces hay que agarrarse a un clavo ardiendo cuando estás al borde de un precipicio.

—Estará pensando en Cam y en los besitos que le quiere dar. Muac, muac, muac —se burla mi hermano, inclinándose hacia mí y poniendo morritos.

Lo aparto de un empujón, con más mala leche de la habitual. A él parece que le da igual y se sigue riendo. Idiota. ¿Por qué pensarían mis padres que ampliar la familia era una buena idea? Con lo bien que estaba yo sola.

—Eric —lo regaña mi madre, y eso sí que me sorprende, debo de tener muy mala cara si mamá se pone de mi parte en esto—. Cállate y come, anda —le ordena.

Y eso es lo que yo hago. Estar callada y comer, haciendo el esfuerzo de masticar y tragar a pesar de no tener hambre en absoluto. Cuanto antes acabemos con los platos, antes podré recoger la mesa y volver a encerrarme en mi cuarto a seguir leyendo sobre la «autoeficacia». Y me libraré de la mirada inquisidora de mamá. Esa parte también me gusta.

—Ah, Ashley —habla de nuevo mi madre, y ya me temo lo peor—. Respecto a lo de este fin de semana...

Levanto la vista de golpe para clavarla en ella. Si saca el tema es que ha tomado una decisión. Y, desde que ayer mostró su reticencia a dejarme ir de fin de semana con mis amigas y los colegas de Scott, tengo muchas más ganas de ir. De hecho, ahora me parece de vital importancia. Una manera de «limpiarme», como dijeron las chicas. Porque, a lo mejor, yo también necesito algo de espacio. A lo mejor yo también necesito alejarme un poquito. O a lo mejor no, pero necesito mostrarme a mí misma que tengo la suficiente independencia como para organizar una escapada y pasármelo bien sin contar con Cameron Parker. Quizá me he pasado tres semanas dependiendo demasiado de él porque sentía que no tenía a nadie más en ese momento. Pero eso no es verdad.

—¿Vas a dejarme ir? —pruebo antes de darle tiempo a decir más.

—Bueno, he estado hablando con la madre de Emily, que previamente había hablado con la madre de Scott. —Me pone en antecedentes—. Me ha dado buenas referencias de los chicos. Y dice que vais a aprender mucho de naturaleza y que haréis mucho deporte recorriendo la reserva natural —medio bromea—. Tienes que prometerme que te vas a portar bien y que vas a tener cuidado.

—¡Claro! —me comprometo al instante.

Mi madre se ríe, suave, y niega lentamente con la cabeza como si desaprobara mi actitud.

—Está bien, puedes ir —me da permiso por fin.

Yo sonrío y le doy las gracias y trato de manejar el móvil y mandar un mensaje al grupo de mis amigas sin que ella se dé cuenta. Pero me pilla enseguida, claro, y me pide que deje el móvil mientras estamos en la mesa. Sacarlo del bolsillo ha sido muy mala idea, de todas maneras. Porque no me ha dado tiempo a mandar un mensaje, pero sí a comprobar, una vez más, que tampoco he recibido ninguno.

—La pregunta más importante ahora es: ¿con qué coche pensáis ir? —retoma el hilo de la conversación.

—Ah, pues los chicos van en el coche de Scott —le cuento lo que sé de los planes que tienen hasta ahora—. Y nosotras, en principio, íbamos a ir en el coche de Grace, pero ya sabes que es un poco viejo y a veces le da por hacer tonterías —le recuerdo—. Así que había pensado que podíamos ir en el Audi.

Un par de segundos de silencio y ya me espero que mi madre se vuelva medio loca, que se eche atrás en lo de darme permiso para ir, o que me retire el permiso de conducir hasta que esté

segura de que no pienso salir de Sacramento al volante de ningún coche. Pero ella me sorprende, una vez más.

—Me parece una buena idea. —Y casi tengo que cerrarme la boca con la mano cuando estoy a puntito de dislocarme la mandíbula—. No me mires así —me pide, con una risita—. Si a ti no te pareciera una buena idea no lo habrías dicho, ¿no? El Audi es un coche muy seguro y tú eres una buena conductora. Ten cuidado en la carretera y conduce despacio, eso sí. —Vuelve a su papel de madre.

—Claro —la tranquilizo.

—Y ahora cuéntame algo más de los chicos esos con los que vais —me pide—. De Scott no, que a ese ya lo conozco bien —señala, con media sonrisa divertida.

Me dispongo a hacerle un breve resumen de la biografía de los cuatro amigos de Scott que han organizado este viaje. Y la verdad es que conozco los datos más básicos de sus vidas y los tengo muy vistos, pero en realidad no sé demasiado de ellos. Hemos coincidido muchas veces porque, saliendo uno de ellos con una de nosotras durante los últimos tres años, resultaba difícil no hacerlo. Sobre todo, al principio, cuando Scott y Emily empezaron a salir y mi mejor amiga quería ir todo el tiempo a los sitios donde sabía que lo encontraría a él. Son unos chicos bastante majos, pero, sinceramente, si nosotras hemos pasado desapercibidas en el instituto la mayor parte del tiempo, ellos todavía más. Y en la época en que más coincidíamos, al menos dos de los cuatro, Jeff y Caleb, tenían más interés por los videojuegos que por las chicas. Creo que ahora tienen interés por las chicas, pero no demasiado éxito. La cuestión es que apenas nos hablaban por aquel entonces, porque no compartíamos sus aficiones de *nerds*. Damon, por su parte, sí tenía interés por las chicas, o eso creo, pero siempre ha sido un chico demasiado tímido. Más incluso que yo. Más incluso que Mia. Antes. Que Mia antes. Yo no la catalogaría como tímida ahora mismo. Y luego, claro, está Eddie *el babas*, bautizado con ese apodo por Mia, porque no paraba de irle detrás y de insinuarle cosas que quería hacer con ella. Cosas que no sonaban tan sensuales como él se creía, eso seguro. Así que, en realidad, no sé demasiado de ninguno de los cuatro. Y este viaje va a ser el momento de conocerlos mejor. Por lo que parece.

—Pues, a ver, está Damon, que iba al cole con Emily y conmigo —empiezo, y mamá asiente como si solo ese nombre ya le hubiera proporcionado toda la información que necesita saber.

—Ah, sí, sí. El pequeño Damon que se metió un lápiz por la nariz cuando no levantabais dos palmos del suelo —recuerda—. Vale, sé quiénes son sus padres. Chequeado. —Finge marcar un tic en un papel imaginario con la mano en el aire.

Niego con la cabeza al verla.

—No creo que esa sea la anécdota que él cuenta cuando le piden que comparta algo de su vida —me burlo—. Luego está Caleb, que es el hijo de los que tienen la farmacia al lado del instituto —sigo con el recuento, centrando todos mis esfuerzos en relacionar a cada uno con sus padres, que parece que es la referencia que mamá está buscando.

—Vale. Los Braxton —se refiere a ellos por el apellido—. Chequeado —repite palabra y

gesto.

Pongo los ojos en blanco, antes de seguir.

—Eddie vive en la calle paralela a esta, como tres casas más allá. —Intento acordarme de su apellido, pero es inútil.

Vaya mierda de compañera de instituto soy. Y eso que he coincidido con Eddie en más de dos clases este último año. Mamá mueve los labios, apretados, a uno y otro lado de la cara como si eso le permitiera pensar mejor para llegar a descubrir quiénes son los padres del tal Eddie.

—Y luego está Jeff. Creo que su madre tiene una tienda de informática —suelto, casi segura de que es verdad, pero sin haber verificado mis fuentes.

—¿Doris Roberts? —prueba mamá—. Sí, sí, creo que tenía un hijo ahora que lo dices. ¿Jeff dices que se llama?

—Sí, Jeff —repito yo—. Chequeado —la imito, burlona.

Hace una mueca en respuesta a mi parodia. Y luego sigue preguntando. De eso no se cansa nunca. Pregunta un montón de cosas que yo no sé, como, por ejemplo, qué quieren estudiar los chicos, si van a ir o no a la universidad, qué les gusta hacer en su tiempo libre. Yo contesto lo que sé, y lo que no sé me lo invento. Porque es que, vamos, parece que esta mujer se piensa que, si fueran alcohólicos o drogadictos, yo se lo iba a confesar ahora. Para que me prohibiera el viaje. Pero, bueno, que no pasa nada, porque no lo son. Creo. Al menos, que yo sepa.

Terminamos de cenar y yo ya veo la luz al final del túnel. No deja de resultarme raro que mi madre no haya nombrado a Cam ni una sola vez en todo el día. Ni siquiera hace un ratito mientras hablábamos con papá. Normalmente es uno de sus temas favoritos. Pero prefiero pensar que los astros se han alineado a mi favor, en vez de atribuirlo a que sus sospechas sobre lo que está pasando entre nosotros le hacen mantener la boquita cerrada. Eso quiero pensar, que tengo suerte. Y me aferro a ese pensamiento positivo hasta que mamá me hace un gesto para que no me levante de la mesa al mismo tiempo que despacha a mi hermano.

—Eric —llama su atención—, si no quieres postre puedes irte. Ya recoge Ashley hoy. —Me carga encima con toda la tarea.

Mi hermano es un poco cotilla, pero no es tonto, por muchas veces que yo le diga que lo es, así que sale disparado y se encierra en el salón a buscar algún programa basura en la tele.

Miro a mamá sin moverme del sitio. Sin hacer amago de recoger, porque sé que es inútil. Que no me va a dejar ir muy lejos. Alzo una ceja, en espera de la pregunta.

—¿Qué te pasa?

No he tenido que esperar mucho. No ha tardado demasiado en llegar. Aparto la mirada y me encojo de hombros, para que mi lenguaje corporal ya le vaya dando una ligera idea de las pocas ganas que tengo de hablar del tema.

—No me pasa nada. Estoy bien. —Lo intento, luchando hasta el último momento.

—No me mientas tan descaradamente, que soy tu madre y te conozco —me recuerda. La miro de reojo—. Te conozco desde que no tenías ni los brazos formados y tu cerebro era más diminuto

que un cacahuete —da más detalles—. Sé que ha pasado algo con Cam. Porque te lo veo en la cara. Porque no has dicho ni una palabra sobre él en dos días y porque no os he oído hablar por teléfono ni hoy, ni anoche. ¿Me lo vas a contar o voy a tener que adivinarlo? —Mete un poco de presión—. ¿O lo llamo a él a ver si me lo cuenta? —Y eso ya es una amenaza en toda regla.

Y sé que no tengo escapatoria. Sé que no me queda mucha salida. Sé que voy a acabar hablando por mucho que intente resistirme. Supongo que no tiene mucho sentido alargarlo más.

—Mamá —digo por fin, y me muerdo el labio inferior, intranquila sobre lo que voy a decirle —. ¿Tú crees que a Cam le gusto de verdad?

Uf, qué patética. Pégate un cartel de «insegura» en la frente, Ashley.

—¿Qué? —Mamá parece genuinamente sorprendida—. ¿Qué tontería es esa, Ash? —sigue, hablándome con tanta dulzura como si yo tuviera cinco años y ella tuviera que explicarme por qué papá no está aquí el día de mi cumpleaños—. No es que «crea» que le gustas a Cam. No lo creo, lo sé. Lo sé segurísimo y sin ninguna duda desde el primer día que se quedó en esta casa a cenar y vi cómo te miraba.

—Ya —suspiro, porque ya me esperaba que dijera algo así.

—¿Qué ha pasado? —insiste, la muy cotilla.

Dudo de hasta dónde puedo o quiero contarle a mi madre. Ya está al día de todo lo que pasó entre Cam y yo desde que me propuso el descabellado plan de los juicios de Salem hasta ahora, más o menos, así que supongo que tampoco tengo que dar demasiadas explicaciones si digo la verdad.

—Hay una chica que dice que Cam está jugando conmigo —lo digo, y noto mi corazón protestar bastante alto, al volver a contemplar esa posibilidad—. Que todo lo que ha pasado formaba parte de su plan desde el principio y que solo me está utilizando para hacerle daño a Tyler... o para darle celos a su exnovia —añado también esa posibilidad, y soy consciente de que estoy mirando a mamá como un cachorrillo en busca de una caricia o, en este caso, de que me diga lo que yo quiero oír.

Mi madre se toma su tiempo para contestar y creo que, manteniendo su mirada fija en mí y con su silencio, lo que está intentando es que sea consciente por mí misma de que lo que acabo de decir no tiene ningún sentido. Pero tira la toalla cuando se da cuenta de que yo no voy a cambiar mi expresión.

—Muy bien. Vamos a analizar esto despacio, ¿vale, Ash? —propone—. Primera pregunta, ¿quién es esa chica?

—Una chica —suspiro, sin querer darle detalles sobre la insufrible Jessica Harris.

—¿Una chica de fiar? —pregunta entonces y esboza media sonrisa al ver el gesto de repulsa que debo de estar mostrando—. No. No es de fiar —dice ella por mí—. Déjame adivinar..., ¿una admiradora de Cam? —medio bromea—. Ya. Una de esas chicas que se dedicaron a empapelar el instituto con tu cara —sigue, al ver que no digo nada.

Mierda. ¿Soy transparente? ¿Puede leerme la mente? ¿O es que pienso en voz alta y nunca

nadie me ha advertido de ello? Algunas veces he tenido mis sospechas al respecto, pero, en fin. Tengo que acordarme de sumarlo a mi lista de debilidades, que no para de crecer.

—Eso no tiene nada que ver con esto —aviso, para que no descarte totalmente el mensaje basándose solo en los antecedentes del mensajero.

—No. Vale. Lo que tú digas —concede, de mala gana—. ¿Quién es la exnovia de Cam? ¿La conozco?

—Vanessa —digo, y creo que hasta suelto un suspiro, en plan envidioso, con solo mencionar su nombre.

—Vanessa —repite mamá—. ¿Vanessa es la exnovia de Cam?

Asiento, casi pongo los ojos en blanco ante su incredulidad.

Sí, claro. Normal que flipe. Porque es preciosa. Y haber tenido una chica como ella para luego acabar saliendo con una chica como yo es como el colmo de las bajadas de listón amorosas.

—Yo no soy tan guapa como Vanessa, mamá —me lamento, y bajo la vista a mis manos que están entrelazadas encima del mantel.

—Bueno, Vanessa es una chica preciosa, Ashley, eso es verdad —admite mamá, y tengo que mirarla, al borde de la indignación más absoluta, porque si mi madre dice que es mucho más guapa que yo, ya puedo tirarme un puñito de tierra por encima como modo de abrir la veda para que me entierren en vida—. Pero tú eres una chica preciosa también —se apresura a añadir—. Y, si me ha sorprendido que sea ella, no es porque no sea muy guapa o porque no hagan buena pareja esos dos. —Mi mirada casi se torna asesina, pero ella sigue hablando como si nada—. Es porque cuando estuvieron los dos aquí el día que ibais a aquella fiesta, no me pareció que tuvieran el más mínimo interés amoroso el uno en el otro. Sabes que soy una mujer observadora, querida mía. Soy periodista, estudié años para fijarme en todos los detalles por insignificantes que parezcan. Y, cuando os vimos al pie de la escalera esa tarde, las dos estabais guapísimas, pero Cam no la miró a ella ni una sola vez. Solo tenía ojos para ti. De eso era bastante difícil no darse cuenta —termina, y dibuja una sonrisa tierna, sin despegar sus ojos de los míos.

—¿Qué vas a decir tú, que eres mi madre? —bufo, casi hasta enfadada.

Porque quiero creérmelo, pero no lo consigo. Esta lucha conmigo misma es agotadora. Realmente agotadora.

—Ashley, en toda relación hay algún momento en que se tienen dudas —me alecciona—. Dudas sobre tu pareja, dudas sobre que no haya algo mejor, o dudas sobre ti misma. Al final, todo es una cuestión de confianza.

—Ya. Pero es que le pregunté a Cam si algo de lo que Jessica me había dicho era verdad y se enfadó muchísimo. Y dice que no confío en él y que ahora no puede invertir el esfuerzo que supone hacerme feliz —resumo, obviando la parte del embarazo de Jess—. Que no me va a perseguir. —Y suspiro, porque esa es una de las cosas que peor me sientan.

—¿Has intentado ponerte en su lugar? —prueba mamá, y yo alzo las cejas al mirarla—. ¿Has pensado en cómo te sentaría que él dudara así de ti? —Y con esa pregunta ya sé que mi madre

está totalmente de su parte. Como siempre.

—Tampoco es que él haya sido el señor Sinceridad todo este tiempo, ¿eh, mamá? —casi le gruño.

—¿Y tú? Cariño, yo no conozco a Cam como lo conoces tú. Y hablo desde lo que he visto y desde lo que tú me has contado. Por lo que sé, lo que yo creo es que ese chico está bastante colado por ti. —Sonríe de medio lado al decir esto—. Pero, como te digo, tú lo conoces mejor. Fíate de lo que te diga tu corazón y no de lo que digan los demás —aconseja—. Confiar en alguien es arriesgado, ya lo sé. Puede que le des tu confianza a alguien que al final acabe no siendo para nada lo que parecía y te rompa el corazón. Puede pasarte con un chico, puede pasarte con una amiga, o con cualquiera, Ashley. Pero no por eso debes encerrarte en ti misma y alejar a los demás para que no te hagan daño. Cuando confías en alguien te arriesgas, y cuando te enamoras de alguien te arriesgas mucho más. Pero tienes que pensar que hay veces en las que arriesgarse merece la pena, ¿o no?

—Supongo que sí —tengo que admitir.

Y si tuviera que arriesgarme por alguien, la verdad es que no encuentro a ningún candidato más adecuado que Cameron Parker.

—De eso va el amor, pequeña —determina ella filosóficamente.

De eso va. Sí. Eso es lo que parece. Y entiendo que Cam se enfadara. Entiendo que esté agobiado con todo lo que ha pasado últimamente. Aunque no termine de entender que me aparte a un lado. Al menos, hay algo en lo que he tomado una decisión: no quiero hablar con Blair Wells. No necesito hablar con Blair Wells. Voy a confiar en Cam. Es lo que me pide mi corazón. Es lo que me está ordenando a gritos. Y creo que no tengo más opción.

—¿Has sabido algo de Cam? —pregunta Mia al tiempo que roba una patata del plato de Joe, que hace un mohín con los labios, pero no dice nada.

—No. Nada —digo con desgana mientras abro mi hamburguesa y saco el pepino para dejarlo en el plato de Grace.

Ella sonríe al verlo y se lo come inmediatamente, de un solo bocado.

Es martes a mediodía y he quedado con mis amigas y con los novios de Grace y de Emily para comer. Por lo menos, cuando estoy con ellas no me paso los minutos comprobando el teléfono para ver si Cam ha llamado. O si ha mandado un mensaje. Cosa que no hace, por cierto. Bueno, es mentira. No he sido del todo sincera con ellos tras la pregunta de Mia. Ayer por la noche recibí un mensaje de Cam. Una foto de los resultados de sus pruebas de enfermedades de transmisión sexual. Y escribió: «Todo ok. Por si pensabas que esto también era mentira». Menudo mensajito. Y no sé muy bien si el tono que yo le doy es el mismo que pretendía darle él. Pero es de lo más desagradable. Después de todo, no entiendo que me ataque así. No le contesté. Tampoco sabía qué decir.

—¿No? —Scott es el primero en reaccionar a mis palabras.

Lo miro y alzo una ceja.

—Yo he hablado con él esta mañana —dice.

—No me jodas —decimos las cuatro a la vez.

—¿Qué pasa? —se extraña Joe al escucharnos, e intercambia una mirada con Scott como si nos hubiéramos vuelto locas.

—No, no, no, chicos —se pronuncia Grace—. No os hagáis tan amiguitos entre vosotros. Necesitamos poder cotillear entre nosotras de vosotros y luego poder contarle a nuestro novio lo buenos o malos que son los novios de las demás sin que tengáis la posibilidad de contrastarlo —bromea.

—Vamos a ver, Scott. ¿No te había dejado suficientemente claro lo de mis fantasías con Cameron Parker? —bromea Emily.

—¡Oye! —exclamamos Scott y yo, al unísono.

—Oh, mierda. Mis fantasías me hacen engañar a mi novio y a mi mejor amiga a la vez. Qué mala persona soy —se burla de nosotros—. Habla de una vez —pide, tras darle un codazo a su chico—. ¿Qué ha dicho Cam?

—Bueno, nada —le quita importancia—. Le he pegado un toque para ver cómo estaba y si le apetecía tomar algo hoy, pero ha dicho que tenía entrenamiento hasta tarde —cuenta, y se encoge de hombros—. Nada más.

—¿Nada más? —suspira Emily—. Vaya mierda de información.

No es mucha información, a decir verdad, pero ya es más de lo que sabía yo. Todo el domingo sin saber absolutamente nada de él después de despertarme con la cama vacía y una fría nota en la mesilla. Ayer ese mensaje tan escueto. Y después de eso, silencio de nuevo. Y no sé hasta cuándo va a continuar así. Lo peor es no saber lo que estará pensando. O lo que estará sintiendo. O lo que estará sufriendo. Tampoco sé si ha vuelto a hablar con Jessica, aunque supongo que habrá tenido que hacerlo. No soporto estar tan lejos de él.

—Pues se está pasando un poco con el rollo del espacio, ¿no? —opina Mia, que es, de lejos, la que más enfadada está con Cam por portarse así conmigo—. Una cosa es no perseguirte y otra desaparecer —gruñe, antes de morder su bocadillo.

—Si esto fuera una peli, diría que no piensa perseguirte, pero luego aparecería en la última escena haciendo una superdeclaración. ¿Sabes? Casi me espero algo así de él después de toda vuestra historia —sueña despierta Emily—. ¿Te imaginas? Yo me muero...

—Deja de ver comedias románticas, anda, Em, que se te están subiendo a la cabeza —se burla Mia.

—¡Me gustan mucho los nuevos galanes de Hollywood! —se defiende mi mejor amiga.

—Te gustan mucho todos —se mete Grace con ella, con una risita.

—Todos menos yo —protesta Scott en tono de broma.

Emily se ríe y le coge la cara entre las manos para llenarla de besos y demostrarle que eso no

es del todo cierto.

—¿Sabéis que es muy injusto que tengamos que ser nosotros los que os estemos persiguiendo siempre? ¿Y los que tengamos que arrastrarnos? —protesta Joe—. A nosotros también nos gusta que nos demuestren las cosas, de vez en cuando.

Veo a Grace entornar los ojos y apretar los labios tras esas palabras, pero creo que nadie más se ha dado cuenta. Me da la impresión de que no ha terminado de perdonar del todo a Joe, por mucho que lo haya incluido en la invitación a esta comida.

—Sí —se muestra de acuerdo el otro hombre del grupo—. Y, si esto fuera una película, Cam diría que no va a perseguirte, pero lo haría, ¿no? Ya que esto no es una peli..., ¿por qué no lo persigues tú, Ash?

Las palabras de Scott se quedan dando vueltas en mi cabeza durante toda la tarde. «¿Por qué no lo persigues tú?» Supongo que porque me ha pedido espacio, ¿no? Pero ni siquiera contesté a su mensaje de ayer. ¿Eso será demasiado espacio? ¿O aún no es suficiente? Y tampoco tengo muy claro si el espacio lo necesita porque no quiere que esté cerca de verdad o porque, como dijo al borde de la montaña, ahora mismo no se ve capaz de hacerme feliz, de esforzarse al máximo.

Sea como sea tengo que hacer algo antes de que el tiempo que pasa termine de volverme loca. Así que me presento en el entrenamiento cuando ya es casi hora de que empiece a caer el sol. Mamá me ha acercado hasta el aparcamiento. Solo hay dos coches aquí y el de Cam es uno de ellos. Supongo que el otro es el del entrenador.

Me acerco al campo, escondida entre los hierros de las gradas, no quiero que me vea y desconcentrarlo. Aún está en medio del campo, haciendo carreras cortas a toda velocidad mientras el entrenador le da indicaciones. Lleva todo el equipo, hasta el casco. Y el número dieciséis a la espalda. Tardan un rato más en dar por finalizada la sesión. Cuando pasa por el pasillo hacia los vestuarios, lo veo quitarse el casco. Tiene todo el pelo empapado en sudor y pegado a la frente. Y, aun así, está guapo. ¿Qué ha hecho este tío conmigo? No paro de suspirar por él como si fuera su fan número uno. Probablemente lo soy.

Espero a que se duche y se cambie, apoyada en la puerta del copiloto de su coche. El entrenador se ha ido hace unos minutos. De manera que, cuando veo a Cam acercarse, con su bolsa de deporte colgada del hombro derecho, somos los únicos que quedamos en este aparcamiento. No es difícil darse cuenta de cuándo se percata de mi presencia, porque se para en seco y tarda un par de segundos en recuperar el ritmo normal y terminar de recorrer la distancia que nos separa.

—Ash, ¿qué haces aquí? —dice, a modo de saludo.

—Pasaba por aquí y se me ha ocurrido parar a saludar —respondo, en tono irónico—. ¿A ti qué te parece? No sé, desapareciste con una nota en plan dramático, llevo tres días sin saber de ti. Tú me dirás.

Abre la puerta trasera del lado izquierdo y tira la bolsa dentro, poniendo así su cuerpo al otro

lado del vehículo, bien lejos de mí.

—¿Recibiste mi mensaje? —Es lo único que se le ocurre decir.

—Sí, recibí tu mensaje. Me alegro de que saliera todo bien —digo, en tono más suave—. Parece que perdimos un poco el tiempo para nada —insinúo, medio en broma, para quitar hierro a la conversación.

—Volvería a hacer lo mismo. Ya te dije que no correría ningún riesgo contigo —suspira—. Da igual. Estoy cansado, Ash. No es un buen momento.

—¿Para qué? —presiono.

—¿Necesitas que te lleve a casa? —ofrece, sin hacer caso a mi pregunta.

—Necesito hablar contigo —aclaro, empiezo a desesperarme un pelín.

Pero él ya está acomodándose detrás del volante. Me monto a su lado y lo miro. Él no me devuelve la mirada. Tampoco pone la llave en el contacto. Apoya la cabeza en el respaldo del asiento y cierra los ojos por unos segundos antes de girarse ligeramente para mirarme.

—No quiero que tengas que pasar por esto —dice, al fin, con un hilo de voz—. No es que... No es que no quiera estar contigo. —Y oírlo hablarme así, en ese tono tan tierno, me estruja el corazón—. Pero ahora mismo soy un puto gruñón y un amargado. Tengo un montón de problemas y la cabeza hecha una mierda. No soy la compañía más agradable.

—No me importa. He venido para decirte que estoy aquí, Cam. No hace falta que me persigas —digo, tiernamente, mientras estudio sus ojos verdes—. Ya estoy aquí. Y no pienso irme a ninguna parte.

Por un momento pienso que va a besarme. Sus ojos se alternan entre los míos y mis labios, lentamente, por unos segundos. Es casi una tortura. Pero, luego, se gira de golpe para mirar al frente y arranca el motor antes de ponerse el cinturón, sin decir nada. Conduce en silencio durante unos minutos. Y yo ya no sé qué más puedo decir. Entiendo que todo lo que ha pasado últimamente lo haya superado. Bueno, a mí también. Pero la cuestión es que yo quiero desesperadamente estar con él a pesar de todo, pase lo que pase. Y no estoy tan segura de que él sienta lo mismo.

—Necesito un poco de tiempo, ¿vale? —Rompe el silencio de pronto, sorprendiéndome.

No digo nada y me limito a suspirar y perder la vista por la ventanilla. Porque lo entiendo, pero no lo entiendo. Si él sintiera lo mismo que yo, querría estar a mi lado, sobre todo en un momento como este. En los momentos difíciles. Pero también me acuerdo de Vanessa contándome cómo Cam ni siquiera le habló de la separación de sus padres. Y eso fue lo que dejó claro que su relación estaba bastante acabada. ¿Está pasando lo mismo con nosotros, sin ni siquiera haber empezado? El espeso silencio entre los dos solo está roto por la voz de un locutor en la radio. Ni siquiera escucho lo que dice. Hace unos cuantos días que desvinculamos mi móvil de su reproductor para escuchar la música que él llevaba en el coche y ahora casi me arrepiento. Echo de menos algo que nos conecte, aunque sean unos dispositivos electrónicos. Porque no sé si alguna vez volveremos a estar conectados. Estamos a medio camino de mi casa, y cuanto más

disminuye la distancia, más aumentan mis ganas de llorar. Tenía la esperanza de que ir a buscarlo terminara de una forma diferente. De que él me necesitara y dejara que me dedicase a cuidarlo como él me ha cuidado a mí en el pasado. Pero lo que él necesita es espacio. Y tiempo.

—Cam —digo, cuando algo llama mi atención al borde de la carretera—. Espera, para. ¿Qué es eso?

—¿El qué? —pregunta, ya reduciendo la velocidad.

—Creo que es un gato. —Caigo en la cuenta. El sol está muy bajo y la penumbra no me permite distinguirlo con claridad—. Para —insisto.

Él obedece y se detiene en el arcén, poniendo las luces de emergencia. Me bajo del coche de un salto y lo oigo venir detrás de mí, llamándome y preguntando qué narices me pasa y qué estoy haciendo. Yo me agacho junto al pequeño bulto que hemos dejado unos metros atrás. Es un gato. Negro, con una mancha blanca en el pecho. Parece muy joven y está hecho una bolita. Por un momento pienso que está muerto, pero veo un ligero movimiento en su abdomen. Así que respira.

—¿Qué pasa? —pregunta Cam una vez más, al llegar a mi altura.

No contesto. Acaricio la cabeza del animal con un dedo y este abre un poco los ojos y emite un maullido muy quedo, como si no pudiera hacer nada más. Tiene restos de sangre a un lado de la boca e intenta levantarse para alejarse de mí, pero parece que no tiene fuerza y le falla una de las patitas traseras.

—¿Crees que lo han atropellado? —consulto con Cameron, que ya tiene su mano puesta sobre el lomo del animal para evitar que se mueva y se haga más daño.

—No lo sé.

—Está helado —observo, al acariciar una de sus orejas—. No podemos dejarlo aquí —casi suplico.

—Espera.

Cam sale corriendo hacia el coche de nuevo mientras yo me encargo de que el gatito no se mueva demasiado. Tampoco es que pueda hacerlo. Enseguida está de vuelta con una sudadera en la mano y la utiliza para envolver al animal con ella, con mucho mimo.

—Así estás mejor, pequeño —lo oigo decirle, con mucha ternura. Lo coge en brazos con muchísimo cuidado y camina hacia el coche. Me lo pasa cuando llegamos—. Cógelo con cuidado.

De manera que vamos directos al veterinario más próximo y yo tengo que avisar a mamá de que voy a llegar tarde.

Dos horas después, vuelvo a estar en el asiento del copiloto de su coche con un gatito envuelto en una sudadera en mi regazo. El veterinario ha dicho que parecía un atropello, pero que se pondría bien. Tiene una patita rota y una fisura en la mandíbula, pero el resto de las pruebas no han revelado ninguna lesión más aparte de unas cuantas contusiones. Lo peor ha sido que el golpe lo había dejado tanto tiempo allí tirado que tenía la temperatura bajísima. Así que

seguimos intentando mantenerlo calentito y ya se lo ve mucho más espabilado; de hecho, no para de intentar moverse y salir de la sudadera. Es un macho de unos seis meses, según nos ha dicho el veterinario, y no tiene ningún tipo de identificación, lo que significa que nadie debe de estar buscándolo.

—No puedo llevarlo a mi casa —le recuerdo a Cam, sin dejar de mirar al animalito tristemente.

—No. Lo llevaré a la mía —ofrece él—. ¿Te importa venir hasta allí para que no se mueva y se haga daño?

—Claro —digo, sin añadir nada más.

Para en un semáforo y acaricia la cabeza del gatito suavemente. En un momento dado su mano roza la mía y entonces se apresura a apartarla rápidamente, como si acabara de darle un calambre.

—Lo malo es que como mi madre le ponga un nombre, se lo quedará —bromea, supongo que para cortar la tensión.

—Entonces deberíamos ponerle un nombre —decido, y lo veo sonreír de medio lado. Me pongo a pensar mirando los enormes ojos verdes del gatito que tengo en los brazos. Se me ocurre, y sonrío—. ¿Qué te parece *Salem*?

Cam suelta una carcajada bajita. Giro la cara para mirarlo sin poder reprimir una sonrisa también.

—Me gusta —dice, mucho más serio.

Nos quedamos atrapados en los ojos del otro y, cuando me muevo levemente para acercarme a él, veo que hace exactamente lo mismo que yo. Está tan cerca que noto su aliento cálido sobre mis labios, dándome ganas de mucho más. Pero, justo entonces, el coche de detrás pita y Cam se aparta de golpe, para poner el coche en marcha y pasar el semáforo, que, una vez más, se ha puesto en verde mientras él me miraba a mí.

—Pero ¿qué es esto? —pregunta su madre nada más vernos atravesar la puerta con el pequeño *Salem* entre los brazos—. ¿De dónde habéis sacado un gato? Hola. Hola, pequeño —habla con el animal.

Le explicamos brevemente la historia. Y, mientras, no para de hacerle carantoñas al animalito que sigue en mi regazo. Cam tenía razón. Su madre es una apasionada de los gatos.

—¿Y tiene algún nombre? —pregunta, como si nada.

Cam y yo intercambiamos una mirada divertida.

—Ashley dice que tiene cara de querer llamarse *Salem* —se burla él, con los ojitos chispeantes mientras no deja de mirarme a mí.

—*Salem* —repite su madre—. ¡Me gusta! Hola, *Salem* —vuelve a hablar con el gatito—. Es como el de la bruja esa —dice, lo que consigue hacerme reír—. Seguro que estás muerto de hambre, ¿verdad, amiguito? Creo que quedó una caja entera de latitas en la despensa, son para gatos viejos, pero no creo que les hagas ascos. Tráelo, Ashley —me pide que la siga a la cocina

—. Vamos a ver qué tenemos para él. Cameron —le dice entonces a su hijo—. ¿Puedes buscar la camita de *Sir Roger*? La última que le compramos, la de cuando empezó con la artrosis. Seguro que necesita un sitio blandito para esta pata.

Sigo a la señora Parker a la cocina, lanzando una mirada más a Cam, que me sonríe en respuesta.

—¿Os lo vais a quedar? —Puedo adivinarlo, ya en la cocina, mientras la veo rebuscar en la despensa.

—¿Y dónde va a ir, pobrecito? No lo vamos a dejar en la calle —deja claro, y yo río ante sus palabras—. Mira, ¿lo ves? Hambriento —señala cuando pone un platito con la lata desmigada sobre la mesa y el animal empieza a lamer la comida—. Ashley —dice en voz más baja—, espero que no te importe que te pregunte esto, pero ¿qué es lo que está pasando entre Cameron y tú?

Creo que hasta me pongo roja cuando clava sus ojos en mi cara estudiando mi reacción. Mierda, ¿qué debería decir? ¿Que no pasa nada? ¿Que ya no estamos juntos? ¿Que no sé ni cómo estamos? Esa es la verdad. No sé si seguimos juntos o no. Apenas sé muy bien lo que ha pasado. Ni tampoco lo que va a pasar. Eso mucho menos.

—Nada —decido decir, pero las dos notamos al instante que es mentira—. Bueno, no... No lo sé muy bien —confieso al fin.

—No sé lo que habrá hecho. —Se pone de mi parte poniéndome una mano sobre el brazo—. Los chicos siempre meten la pata de una u otra manera —acusa—. Pero, Ashley, ten un poco de paciencia con él, por favor. Cameron es muy buen chico. Y nunca lo había visto tan feliz como en este tiempo contigo. Sé que no lleváis mucho juntos y no quiero presionarte. Solo quería que supieras que le gustas mucho. Bueno, muchísimo. Esas cosas una madre las sabe. —Casi habla como mamá, y no puedo evitar que se me escape una sonrisa—. Sé que ha pasado algo porque lleva unos días bastante mal, aunque a mí no me cuente nada. Y míralo esta noche, no puede borrar la sonrisa cada vez que te mira. Si tú...

Oímos los pasos de Cam volviendo hasta donde nosotras estamos y se calla de golpe. Me guiña un ojo cuando su hijo le enseña la camita acolchada que ha recuperado y pregunta qué demonios pasa y por qué estamos tan calladas.

El trayecto hasta mi casa en el Honda vuelve a estar dominado por el silencio. No es que me incomode viajar en silencio al lado de Cameron, pero no quiero volver a despedirme de él sin saber qué va a pasar después de esto. Él no apaga el motor al parar frente a mi puerta. Y ya sé lo que significa eso. Aun así, lo miro antes de hacer ni siquiera amago de bajar del coche.

—Oye, Cam, no sé si lo he dejado suficientemente claro o no ya, pero lo que quería decirte es que no me voy a ir a no ser que me lo pidas. Y que a lo mejor si me lo pides voy a perseguirte un poquito —medio bromeo—. No me asusta tu amargura, ni si eres un maldito gruñón, ni lo mierda que esté hecha tu cabeza —repito lo que ha dicho él esta tarde—. Lo único que te pido es que no me apartes.

Pone su mano derecha en mi nuca y me acerca de un tirón. Su boca explora la mía con desesperación, como si llevara días sin beber agua y acabaran de ponerle una botella justo delante. Noto cómo quiere aferrarse a mí, aunque sus brazos no me retengan. Acaricio sus labios con mi lengua y gruñe suavemente en mi boca, intentando acercarme más. Esta vez soy yo la que deshace el beso primero. No quiero dejar que se nos vaya de las manos sin saber qué es lo que pasa entre nosotros o cómo estamos. Y creo que está bastante claro que la pelota está en su tejado, ahora.

—Llámame —susurro, aún cerca de su boca. Luego abro la puerta y salgo sin mirar atrás, hablándole por encima del hombro—: Buenas noches, Cam.

Lectuepubgratis.com

3

You are not sorry

«Llámame.» Es que es eso lo que dije, ¿no? Y lo dije bastante claro. Y lo de «no me apartes» también lo dije asegurándome de vocalizar perfectamente para que no se me pudiera acusar de no haber hablado claro. Pero si hablé tan claro como yo recuerdo, entonces... ¿por qué no ha llamado? ¿Por qué no ha mandado ni un solo mensaje en dos días? Y lo que es peor, ¿ha decidido hacer justo la única cosa que le pedí que no hiciera? ¿Incumplir mi única condición para estar a su lado y apoyarlo y ser la sufrida novia que cumple con el prototipo de la sociedad machista? La abnegada. La comprensiva. La entregada. La que sostiene a su chico sin querer llevarse el mérito cuando él está en una situación difícil. Bueno, tampoco es eso lo que yo quiero ser. ¿Habría intentado ser para Cam justo lo que le dije a Tyler una vez que no podía ser para él? Él ya ha decidido por mí. Y en el fondo no llevarme a eso es hacerme un favor, ¿no?

Pero, por otra parte, él podría haberme llamado y no haberme pedido eso. No haber manejado condiciones. No limitarse a permitirme estar a su lado para comerme todos sus malos rollos. Podría haberme llamado y pedirme que esté con él en esto. Juntos. Como iguales. Un apoyo mutuo que creo francamente que a ambos nos vendría muy bien en la situación en la que estamos ahora mismo. Eso era lo que yo esperaba que hiciera. De verdad. Era justo lo que esperaba de él.

Al final, la cuestión es que ha vuelto a apartarme. Está ignorándome y eso es algo que ya no puedo obviar. Ni justificar. Yo expuse claramente las condiciones. Un quiero estar contigo y estoy dispuesta a estarlo, pero tú tienes que poner algo de tu parte. Cameron no está cumpliendo su parte. Creo que él ya sabía que no lo haría incluso antes de besarme. Y ahora ¿qué?

Estoy en casa después de una mañana intensa con las chicas preparando cosas para el viaje. Nos vamos mañana después de comer y yo aún no sé ni qué ropa llevarme. He tenido que abandonar nuestra reunión de preparativos antes de tiempo, porque mi menstruación ha decidido aparecer y matarme de dolor, por si no tenía ya bastante.

—Anda, nena, échate un poco en el sofá. ¿Seguro que no quieres comer nada? —dice mi preocupada madre, y saca una mantita del armario del salón para echármela por encima y que no me quede fría.

—No, no quiero nada —repito, una vez más, mientras me enrosco formando un ovillo frente al televisor.

Eric está en el otro sofá, leyendo un cómic. Ni ha levantado la vista cuando yo he entrado agonizando de puro dolor. Supongo que, cuando ves un espectáculo así cada mes, es inevitable que llegue un punto en que ya ni te afecte. Por mucho que idolatres a tu hermana, como él debería hacer conmigo.

—Eric, pon la mesa. Venga, vamos a comer tú y yo.

Mejor. Que me dejen sola. Así es como quiero estar. Sola y tranquila. Como los perros cuando van a morir. Sí, además de sufrir físicamente, también lo hago psicológicamente, ¿vale? Soy un torbellino hormonal ahora mismo. Eso es lo que soy. Menos mal que me ha pasado esto hoy y no mañana. Porque mañana tengo que conducir hasta Point Reyes y paso de estar hipersensible y dolorida delante de los amigos de Scott. Por lo menos, hoy puedo acurrucarme en el sofá y sufrir en silencio. O en voz alta. Y llorar si me da la gana. No sería la primera vez que eso es lo que me da por hacer. Loco mundo femenino. Tengo la televisión de fondo, pero no escucho ni lo que dicen. Tengo los ojos cerrados y los brazos presionando mi bajo vientre y solo quiero dormir un rato. Y entonces oigo el móvil sonar encima de la mesita. Una. Dos. Tres veces. Tres mensajes. Seguidos. Estiro la mano para cogerlo y desbloqueo la pantalla con solo un ojo abierto.

Un número desconocido. No lo tengo guardado entre mis contactos, pero sé quién es. ¡Como para olvidarme!

Blair Wells.

Los dos primeros mensajes son dos fotografías y el tercero dice: «¿Seguro que no quieres que hablemos tú y yo?».

Descargo las fotos porque, si algo hay que reconocerle a la bruja, es que sabe crear expectación. Y despertar tu curiosidad. Y joderte aún más en tu día más devastadoramente sensiblero del mes. Porque las dos imágenes son de Cam. De Cam andando por la calle *con* Jessica Harris. De Cam subiendo a su coche *con* Jessica Harris. Ha tenido la bondad de marcar en ellas la hora en que han sido tomadas. Son de hace poco más de una hora.

No respondo a su mensaje. Dejo el móvil sobre la mesa de nuevo con un golpe seco. Ya estaba enfadada con Cam. Bastante enfadada. Ignorarme es lo peor que podría hacerme ahora mismo y es justo lo que ha decidido hacer. Así que la sensación de rabia aumentando en la boca de mi estómago no es nueva. Pero es que, además de ignorarme a mí, está pasando su tiempo con ella. Con ella. Y no me hace falta más de un segundo para saberlo. Sí. Esta va a ser una de esas veces. Uno de esos meses en los que el primer día de mi menstruación lo paso llorando.

Mamá sabe perfectamente que he estado llorando cuando se sienta en mi mismo sofá después de comer y pone mis piernas encima de su regazo, para que no tenga que incorporarme, pero tiene la delicadeza de no hacer leña del árbol caído. Supongo que también sospecha que no es solo por las hormonas. Aun así, no dice nada. Debería ser mejor hija de vez en cuando, hay veces

que hasta yo pienso que es la mejor madre del mundo. Y eso demuestra ser cuando me propone pasarnos la tarde tal y como estamos, sin movernos del sofá y viendo películas o alguna serie que yo quiera ver. Supongo que es el mejor plan al que puedo aspirar.

Pero para cuando casi está cayendo la noche, mi situación no ha mejorado demasiado. Y mi ánimo, mucho menos. Ceno algo rápido, sin esperar a que mi hermano y mi madre tengan hambre también. Es mejor irme a la cama. Mañana será otro día. O eso es lo que dicen. Eric se ha pasado la tarde revoloteando por ahí, sin querer ver nada con nosotras, porque, según él, solo queríamos ver «cosas de chicas». Al menos ha sido considerado con mi situación y ha preferido ignorarme antes que meterse conmigo o molestarme. Me da lo mismo. Hoy podría haber dicho todas las tonterías que le diera la gana. Yo ya he tenido suficiente.

El móvil suena justo cuando lo conecto al cargador, en mi mesilla, y me estoy metiendo en la cama. Lo consulto ya entre las sábanas. Un par de mensajes en el grupo de mis amigas. Emily dice que me acuerde de recuperar mi altavoz inalámbrico, para llevarlo. Mia dice que ya tiene hecha la maleta y que controlemos lo que nos llevamos si queremos caber en el coche. Emily está escribiendo de nuevo y, cuando su mensaje llega, es para preguntar cómo estoy. Respondo rápido y les digo que he tenido una tarde de mierda, pero que sobrevivo. Y que ahora mismo le escribo a Vanessa, para ver si puedo pasar mañana a por el altavoz que le presté. Y que luego me voy a dormir, que ya hablamos mañana.

Tal y como he prometido, le escribo a Vanessa para recordarle que tiene mi altavoz y lo quiero de vuelta. Me dice que puedo pasar a por él a la hora que quiera porque, en principio, mañana por la mañana no tiene planes y estará en casa.

Después me acurruco debajo de las sábanas. Aún no es de noche del todo al otro lado de la ventana. Pero no me preocupa despertarme demasiado temprano. Dormir por las mañanas, por mucho que haya dormido ya antes, es mi actividad favorita. Una de ellas. Bueno, supongo que besar a Cameron Parker ahora ya no cuenta.

Estoy casi dormida cuando me parece oír, en mi duermevela, el sonido del timbre. La voz de mi madre me llega lejana desde la entrada. Y hay alguien más. Una voz más grave que la de mamá. Una voz conocida. Muy conocida. Y abro los ojos del todo, despertando a la consciencia de golpe. Joder. Hasta me incorporo en la cama mientras el corazón empieza a golpearme en pleno esternón sin ninguna consideración. Es Cam. Es la voz de Cam. No tardo mucho en oírlos más cerca. Pasos por la escalera. Y lo único que se me ocurre es encogerme bajo las sábanas. Mis latidos deben de oírse desde el rellano, pero estoy dispuesta a llevar mi farsa hasta las últimas consecuencias. Y hacerme la dormida. Sí. Genial. Muy maduro, Ashley. Vale, sí, pero no puedo enfrentarme a él ahora. No puedo pensar en sus malditas fotos de esta misma mañana con la maldita Jessica. Y no quiero oír excusas. Ni aunque sean para justificar por qué lleva dos días sin dar señales de vida. Además, me he pasado la tarde durmiendo en el sofá, comiendo chocolate y viendo la tele y, ah, también llorando. Debo de tener la cara hinchada, los ojos rojos, el pelo hecho un desastre, y llevo un pijama de perritos. No es el momento de lidiar con esto.

—Ashley. —Oigo a mi madre, que abre la puerta de mi cuarto despacio, pero sin llamar ni nada—. Cariño, ha venido Cam.

No respondo. Ni me muevo. Concentro todos mis esfuerzos en mantener los ojos cerrados. Está ahí. Casi es de noche, pero hay la suficiente luz, contando con la que se cuela desde el pasillo, para que pueda verme. Y yo noto su presencia. Todo mi cuerpo es consciente de lo cerca que está. Puedo oler su colonia y el champú que usa cuando se ducha tras el entrenamiento.

—Ashley —insiste mi madre.

Y no parece captar las señales telepáticas que estoy intentando enviarle para que me deje tranquila y saque a Cameron de aquí. Es él quien salva mi actuación.

—Déjala, Julia —lo oigo decir con voz queda, como si no quisiera molestarme—. No la despiertes. Tranquila.

Qué considerado. Ahora. Después de volver a desaparecer cuando yo le había pedido que no lo hiciera. ¿De qué va? Y aún es peor. Porque oigo sus pasos. Y no se va. No, qué va. Se está acercando. A mí. A mi cama. Lo oigo dejar algo sobre la mesilla. Y luego noto que se agacha justo frente a mí. Tiene que estar oyendo mi maldito corazón delator como si estuviéramos en la imaginación de Edgar Allan Poe. Seguro. Siento sus dedos apartándome el pelo de la frente, con mucha delicadeza, y mi cuerpo responde como si no se acordara de lo enfadada que estoy. Pero me mantengo quieta. Intento controlar mi respiración. Hago todo lo que puedo. Y entonces sus labios. Sus labios sobre la piel desnuda de mi frente, donde acaba de apartarme el flequillo.

—Lo siento, princesa —susurra, justo contra mi oído.

Después, se levanta y se va. Como si no pasara nada. Como si no acabara de alterar todo mi organismo al completo. Como si no me estuviera dando motivos para llorar. Como si un «lo siento» fuera suficiente para mí.

En cuanto oigo la puerta cerrarse y a mamá hablando con él de nuevo al otro lado, abro los ojos. Ya no están aquí. Ya no está, pero todavía siento como si lo estuviera. Su caricia y el calor de sus labios se han quedado pegados a mi frente para que pueda conservarlos un ratito. Aunque sea pequeño. Me llevo la mano a la boca y ahogo un sollozo, por si acaso aún pueden oírme. Estoy segura de que no pueden. No tardo mucho en oír la puerta principal de nuevo. Y eso significa que ya se ha ido.

Y a lo mejor llorar hasta quedarme dormida no es el mejor plan del mundo. Probablemente. Pero es el único plan que tengo ahora mismo.

Hasta que despierto por la mañana, ni me acuerdo de que Cameron dejó algo en la mesilla en su fugaz visita de anoche. Cuando un rayo del sol me incide directamente sobre el ojo derecho, me revuelvo incómoda y me tapo la cara con las manos. Me da la impresión de que es temprano. Debe de serlo. Con los ojos entornados a causa de la luz, recupero el móvil y consulto la pantalla. Son las ocho y media. Y tengo unos cuantos mensajes en el grupo de mis amigas. Grace preguntando si se lleva algún vestido o nos vamos a pasar todos los días paseando entre la maleza como los salvajes. Ay, esta Grace, qué urbanita es. Y luego me vuelvo y lo veo. Algo en

la otra mesilla. Y me acuerdo. De todo. De su voz, de sus pasos, de sus dedos y de sus labios. Y también de ese susurro, rozando mi oreja. «Lo siento.» ¿Que lo siente? Y una mierda. Si tanto lo sintiera se habría molestado al menos en mandar un mensaje.

Me incorporo y compruebo lo que ahora hay en la mesilla que no estuviera anoche cuando me metí en la cama. Un montón de chocolatinas. Muchas. Creo que todas mis favoritas de entre las que se pueden encontrar en una tienda cualquiera del barrio. Y algo más. Un DVD. Cam se pasó anoche por mi casa para traerme chocolatinas y una película. ¿Qué...? Lo cojo entre mis manos y siento cómo se me hace un nudo en la garganta al ver la portada. *Mientras dormías*. Esa vieja comedia romántica de Sandra Bullock que yo le confesé en nuestra primera cita que había visto unas cien veces cuando era pequeña, porque mi madre la tenía grabada en una cinta VHS. El reproductor se rompió hace años. Y yo no había vuelto a verla. Una de mis películas favoritas. Una de las películas más especiales para mí. Y él se ha acordado. No solo se ha acordado. Se ha acordado, la ha buscado, la ha comprado y me la ha traído. Pero ni llama ni escribe. No. ¿Para qué? El señor Cameron Contradicciones Parker ha vuelto a aparecer. Y me gustaba mucho más el Cam a secas.

Oigo a mi madre salir de su habitación y bajar la escalera. Se levanta más tarde de lo habitual hoy. Será que ya no le queda demasiado para terminar con la columna que tiene que entregar mañana, me imagino. Ahora hará café y se encerrará un rato en su despacho a trabajar. Si es que la dejamos. No para de quejarse de que, cuando Eric y yo estamos de vacaciones, no puede trabajar tan tranquila como debería.

Me levanto y voy al baño antes de bajar. Siento todo el cuerpo entumecido de pasar tantas horas acurrucada conmigo misma, y me duele el hombro derecho. Me vendrá bien un poco de ese café de cafetera que mamá debe de estar preparando. Voy con mi pijama de perritos y mi cara de dormida, porque eso es lo mejor de no tener instituto: poder remolonear con el pijama todo lo que quiera.

—Ah, Ashley. ¿Qué tal estás, cariño? —pregunta, en cuanto pongo un pie en la cocina—. ¿Cómo es que te levantas tan pronto?

—Llevo once horas en la cama, mamá —respondo, en tono burlón—. ¿Puedo tomar un café? —pido, al ver que ella ya se sirve una taza casi llena.

—Claro, ¿poco café, mucha leche? —pregunta, como si realmente necesitara que le respondiera—. ¿Has dormido bien? —vuelve a hablar sin darme tiempo a decir nada.

Hago un sonido afirmativo. Luego, tengo que rechazar su oferta de prepararme algo de comer, porque es mejor esperar a que se levante Eric que tener que preparar el desayuno dos veces, y sé que ella quiere encerrarse a trabajar un poquito con su café, antes de que le entre el hambre y se prepare algo medio decente. Pone mi taza, con el mensaje «Sé diferente. Sé tú» y el dibujo de una oveja negra entre las blancas, delante de mis manos en la mesa y se sienta enfrente con la suya.

—Puedes irte a trabajar si quieres. —La libero. Revuelvo el azúcar que ella ha echado, con la

cucharilla—. Ya preparo yo unos huevos o algo cuando se levante Eric —me ofrezco.

—Ya tengo la columna terminada —confiesa—. Solo tengo que revisarla y hacer los últimos cambios. ¿Estás mejor? ¿Has descansado? —insiste.

—Que sí —suspiro, y me contengo para no poner los ojos en blanco porque entiendo que es mi madre, y que ser un poco pesada y preocuparse es una cuestión epigenética que modificó su estructura cerebral tras el parto—. Mamá —llamo luego, y ella me mira interesada tras darle un sorbo a su café—. ¿Cam estuvo aquí anoche? —Y lo pregunto, pero lo podría afirmar.

Ella sonríe levemente. Deja la taza sobre la mesa y asiente con la cabeza un par de veces.

—Vino a traerte chocolatinas y una película para intentar hacerte sentir mejor —dice y, por su tono, parece que para ella es el acto más adorable del mundo.

Como si unas chocolatinas y una película romanticona fueran más que suficiente para compensar la última semana.

—¿Y cómo sabía que yo estaba mal? —planteo, con sospechas hasta sobre mi propia madre —. Llevaba dos días sin hablar con él.

Mi madre frunce el ceño. Mucho. Porque eso de que llevaba dos días sin hablar con él es nuevo para ella, y creo que pensaba que en el fondo no estaba la cosa tan mal. Al menos, lo debía de creer después de haberme dejado el martes en el campo de fútbol y que yo volviera a casa cuatro horas más tarde, en el coche de Cam, y contando una historia sobre un gato que habíamos encontrado en la carretera. En aquel momento yo también lo creía. Lo de que íbamos a estar mejor. Pero la realidad es la que es.

—Creía que las cosas se habían arreglado después del martes —dice, la inocente de mi progenitora, apenada.

—Bueno, sí y no —respondo yo vagamente—. Es complicado —suspiro, sin ganas de dar explicaciones ahora mismo—. ¿Hablaste tú con él antes de que viniera? —pregunto, porque acusar sin preguntar primero está muy feo.

—No, yo no —niega.

—¿Y qué te dijo cuando vino? —interrogo.

Me muero por saber lo que dijo, lo que hizo, cómo iba vestido y, sobre todo, si parecía arrepentido por lo que ha pasado. Si parecía triste y miserable sin mí.

—Bueno, tampoco hablamos mucho. Me preguntó por ti, le dije que te habías acostado hacía un ratito, me dijo que traía algo por si te hacía sentir mejor —me cuenta—. Me pareció muy mono —reconoce, con una sonrisita. Por favor, mamá—. Y le dije que entrara y subiera porque igual aún estabas despierta. Me preguntó si estabas bien, pero no me imaginaba que se refería a si estabas bien desde hacía dos días. Me contó que venía de entrenar —cotillea—. La verdad es que antes de irse, cuando le comenté que me alegraba de que se hubiera pasado porque hacía días que no lo veía, me pareció que estaba un poco triste —reconoce.

Un poco triste. Eso me estruja un pelín el corazón. Duele a la vez que me alegra. Qué emociones tan extrañas las mías. Y es que verlo triste siempre me ha mordido un pelín el

corazoncito, pero tampoco quiero que no lo esté tal y como están las cosas entre nosotros.

—Y, si tú no le dijiste nada, ¿cómo sabía Cam que yo estaba en situación de chocolatinas y peli? —pregunto, finalmente, intrigada.

Hay un topo entre mis personas de confianza y necesito saber quién es.

—Se lo dije yo. —Me sorprende mi hermano pequeño entrando en la cocina despreocupadamente.

Va con el pijama y el pelo revuelto. Parece que él también piensa que es el *look* más adecuado para las mañanas cuando el colegio ya ha acabado.

—¿Qué? —digo, aunque en realidad no necesito que me lo repita.

Aparta una silla y se sienta tan tranquilo después de coger el paquete de cereales del armario. Se come un puñado, así, sin leche ni nada. Y tengo que esperar a que trague para escuchar una explicación mejor de todo este asunto.

—Yo le dije a Cam que estabas con la regla y moribunda en el sofá y llorando como una idiota —reconoce, muy falto de remordimientos por tener la boca tan grande—. Él me preguntó cómo estabas y mamá dice que no debería mentir —explica, y se encoge de hombros.

Escondo la cara entre las manos y me tomo unos segundos para intentar pensar. No entiendo muy bien de qué va esto. Ni por qué mi hermano habla con Cam. Ni por qué él le tiene que preguntar a Eric cómo estoy en vez de mandarme un mensaje directamente a mí.

—¿Y tú por qué estabas hablando con Cam ayer? —elijo como primera pregunta del largo interrogatorio que pretendo hacerle.

—Porque es mi colega y nos mandamos mensajes de vez en cuando —dice, como si fuera lo más normal del mundo. En primer lugar, ¿quién pensó que era una buena idea regalarle un móvil a mi hermanito por su cumpleaños? En fin—. Le envié un vídeo de béisbol que me acababa de mandar Leroy y él me contestó y me preguntó que qué tal estaba y que cuándo quería echar un partidito de béisbol, y luego me dijo que estaba a punto de irse a entrenar y, después, me preguntó que qué tal estabas tú. Así que le contesté. Si hablaras tú con tu novio, no tendría que hacerlo yo —termina, burlonamente.

—Ya. Quiero ver esa conversación —exijo.

—De eso nada. Yo no puedo leerte el móvil a ti, así que tú a mí tampoco. ¿Verdad, mamá? —Busca ayuda.

Veo a mi madre dudar, un par de segundos. Sé que está preocupada por lo que pasa entre Cam y yo y por cómo me afecta eso y, por ese lado, le gustaría obligar a su hijo a enseñarme la conversación. Pero eso puede sembrar un precedente muy peligroso acerca de la legitimidad para violar la intimidad de los miembros de la familia en relación con sus dispositivos electrónicos. Y no creo que mi madre quiera hacer eso.

—Eric tiene razón, Ash. Si la conversación es entre Cam y él, pues es cosa de ellos dos. No tiene que enseñártela si no quiere.

Gruño. Pero no digo nada. Sé que tiene razón. Y leer esa conversación no va a dar paz a mi

alma, de todas maneras.

Cuando estoy de vuelta en mi habitación, recupero mi teléfono y me paso unos largos diez minutos decidiendo si debería escribirle o no y, en su caso, qué es lo que debería decir. Finalmente, le envío un mensaje.

Gracias por el chocolate y por la peli. No hacía falta. Siento que hicieras el viaje y me encontraras dormida, no había tenido un buen día.

Me da tiempo a darme una ducha y vestirme antes de que me llegue su respuesta. Ya pensaba que ni iba a molestarse en contestar. Me siento a los pies de mi cama deshecha para poder leerlo.

Eso tenía entendido. El otro día vi la peli con mi madre, es buena. Me declaro fan de Joe Jr., un tío grande. ¿Te encuentras mejor?

Tecleo mi respuesta enseguida. A lo mejor demasiado rápido. Quizá debería esperar para que no piense que estoy desesperada por hablar con él, ¿no? Pero es que estoy desesperada por hablar con él. Esa es la verdad. Y ya me da un poco igual ser patética.

Estoy bien. ¿Crees que podemos quedar para hablar?

Responde enseguida. Pero no es la respuesta que yo espero. Más bien, no es la respuesta que yo quería. Ni mucho menos.

Pásalo bien este fin de semana, Ash.

Y ya está. Ese es todo su mensaje.

Muy bien. Pues eso es precisamente lo que pienso hacer. Eso es lo que debería hacer. Pasarlo bien este fin de semana. Y no pensar ni un poquito en Cameron Parker. Por difícil que parezca.

Es casi la hora de comer cuando meto la última bolsa del supermercado en el maletero del coche de Scott. Emily, Mia y yo hemos venido con él para comprar las cosas que faltaban de cara a nuestra escapada. Ahora parece que ya lo tenemos todo. Y yo estoy tranquila, relajada, riendo con mis amigos y muy orgullosa de mí misma por conseguir apartar a Cam de mi mente durante más minutos de lo habitual. Eso es que voy por buen camino. Y, además, antes de que Scott pasara a recogerme con el coche, he conseguido preparar mi maleta y completar el «árbol de la autoestima». Tareas difíciles para mí. Así que sí, estoy orgullosa de mí esta mañana. Algo tiene que cambiar y va a empezar a cambiar hoy. Voy a ponerme a mí primero. Antes que nada. Bien por Ashley la valiente.

Una vez que volvemos a estar dentro del coche, le mando un mensaje a Vanessa para avisar de que voy a pasar por su casa a recoger mi altavoz. Me responde con un simple «ok». Así que le

doy la dirección a Scott para que conduzca hasta allí.

—Vamos a tener que llegar a un acuerdo con la música que escuchamos durante el viaje —dice Mia, a mi lado en el asiento trasero—. Me niego a pasarme dos horas de mi vida encerrada en un coche escuchando a Taylor Swift —medio bromea, con cara de circunstancias.

—No llevo a Taylor en mi coche. La he mandado de vacaciones —respondo, con una media sonrisa—. Ahora llevo a unos chicos australianos.

—Me gustan los chicos australianos —entra Emily en el juego, girándose hacia nosotras desde el asiento de copiloto.

—¿No habíamos quedado en que no hablarías de otros tíos delante de mí? Me hieres en mi hombría —protesta Scott, que consigue hacernos reír a las tres.

—¿Qué? Tú no tienes de eso —se burla mi mejor amiga, al mismo tiempo que le hace caricias en la nuca mientras él conduce.

—¿Estás segura de que te gustan las mujeres? —pregunta él, mientras mira a Mia por el retrovisor—. Sois bastante retorcidas... —dice, en tono de broma.

—Pero muy suaves —responde Mia, del mismo modo.

Me acaricia el hombro y la parte superior de la espalda, como tratando de comprobar su propia teoría, y me guiña un ojo, coqueta. La aparto de un manotazo mientras nos reímos y luego me quejo porque me duele el hombro al hacerlo.

—¿Estás segura de que te va a ir bien conducir durante dos horas con tu tirón del hombro, Ash? —se preocupa Emily.

—Estoy bien —la tranquilizo. Muevo el brazo para aliviar el dolor—. Necesito coger el coche y conducir bien lejos —añado luego, un poco más seria.

—No te vayas a pasar de estado, Ashley —se burla Scott al oírme—. Tú sígueme a mí y no te pierdas, que una panda de mujeres en un coche son un peligro para sí mismas y para el resto de la humanidad —bromea.

Las tres protestamos enérgicamente tras sus palabras y él se ríe bien alto, por haber conseguido molestarnos.

Aún seguimos metiéndonos con él como castigo por sus bromas machistas cuando para el coche justo delante del pequeño jardincito que bordea la enorme casa de los Miller.

—Ash... —me llama Mia la atención.

Y no hace falta que diga más, porque entonces yo también lo veo. Vanessa está sentada en un columpio de madera en el porche. Y, a su lado, ni más ni menos que el desaparecido Cameron Parker. Pues qué bien.

—¿Quieres que vaya yo? —se ofrece Emily.

—Claro que no —me planto, e intento aparentar más seguridad en mí misma de la que siento.

Algunos dicen que funciona, que la actitud lo es todo, ¿no? Tiro de la manilla de la puerta y, en ese preciso momento, el móvil empieza a sonar en el bolsillo trasero de mis vaqueros cortos. Lo consulto al tiempo que bajo del coche y veo que es Grace. Estoy a punto de colgarle, pero

enseguida me lo pienso mejor. Seguro que, si no lo cojo, luego lo pondrá de excusa para justificar por qué se lleva dos maletas al viaje en vez de una.

—Hola —contesto, cierro la portezuela del coche y echo a andar hacia la casa de Vanessa, sin mirar a Cam ni por un momento... o eso intento.

—Ash, en serio, no me caben las cosas. Necesito llevar el neceser aparte. Te lo juro, es necesidad vital. Tu Audi tiene el maletero grande, cabemos seguro.

Qué bien la conozco.

—Ni de coña, ¿me oyes? Ni de coña —repito con más énfasis—. Una sola pieza de equipaje de mano, Grace. Tenemos el maletero de Scott lleno de bolsas y más de la mitad tienen que ir en mi coche, así que ni lo sueñes. Si no te la aceptan en cabina en un vuelo local, aquí tampoco —medio bromeo—. Y menos si quieres meter a *Blue* en el coche también.

Y eso es un poco injusto, porque en realidad he sido yo la que ha insistido para que nos llevemos con nosotros al perro de Grace. Pero necesito cualquier arma que pueda utilizar para frenar su locura de equipaje, ahora mismo.

—Pero es que... —vuelve a empezar.

—No —repito firmemente—. Tengo que dejarte. Te llamo luego —me disculpo antes de colgarle sin más.

Y es que ya estoy con un pie en el escalón del porche de mi amiga. Cam está como a dos metros de mí, y no quiero mirarlo, pero puedo sentir sus ojos verdes bien clavaditos en mi cara, como si a él no le estuviera resultando incómodo este encuentro después de pasar de mí durante días.

—Hola —saludo, pero solo miro a Vanessa.

—¡Hola, Ash! —saluda ella alegremente—. Sí, sí, lo tuyo —dice, al tiempo que me señala con un dedo—. Voy a cogerlo.

Ya está de pie y camina decidida hacia la puerta de entrada a la casa. Y a mí me tiemblan las piernas solo con tener a Cam tan cerca. Mi tensión está subiendo peligrosamente y mi corazón no sabe si va a dar mucho más de sí, si no dejo de maltratarlo de esta manera.

—Te acompaño —me apresuro a decir.

Buenos reflejos, Ashley. Ahora mismo no necesito quedarme a solas con él. Ahora mismo estoy muy enfadada con el chico de los ojitos verdes. Y tengo que ponerme a mí en primer lugar. Los dos sabemos jugar al maldito juego de ignorar, ¿o no? Tampoco se me ha pasado por alto que él ni ha abierto su boquita para responder a mi saludo.

—Eh..., bien —dice mi amiga.

Parece un poco incómoda. Supongo que, aunque yo no haya hablado mucho con ella últimamente, Cam ya ha debido de ponerla al día de cómo están las cosas entre nosotros. Si se muere de curiosidad por saber cómo me estoy tomando yo los acontecimientos de la pasada semana, no lo demuestra. No habla de nada comprometedor mientras la sigo hasta su habitación,

aunque no deja de parlotear. Me pregunta por los detalles de nuestra escapada de fin de semana y me da las gracias por los altavoces. Poco más. Yo tampoco tengo muchas ganas de charla.

Cam no se ha movido del sitio en el que estaba cuando nosotras volvemos a salir al porche. Me esfuerzo para no mirar hacia donde está y sigo mi camino de vuelta al coche con mi altavoz en la mano.

—Pasadlo bien. Ya me contarás qué tal —dice Vanessa a modo de despedida—. ¿Vuelves el domingo?

—Sí, el domingo —confirmo yo—. Ya te contaré —prometo—. Hasta luego. Hasta luego, Cam —añado luego, lo más despreocupada que puedo y bajando de un salto los escalones del porche, sin volverme a mirarlo.

No oigo su respuesta, probablemente porque no hay ninguna. Y yo sigo avanzando hasta el coche, pensando que, si logro dar todos esos pasos que me faltan para llegar de nuevo junto a mis amigas, habré ganado una batalla y todo irá bien. Pero no he llegado a pisar la acera cuando oigo su voz justo detrás de mí.

—Ash —me llama.

Y yo siento una corriente eléctrica recorriendo mi columna vertebral sin que me haya tocado siquiera. Esto es una mala noticia para la Ashley valiente que estaba a punto de ganar la batalla. Sobre todo, porque mi corazón da un saltito solo con el sonido de su voz, y no quiero que esto me pase. Ahora no. Giro la cabeza para mirarlo. Está más cerca de lo que me esperaba y en solo un paso se ha plantado junto a mí. Alzo una ceja en espera de lo que quiera decirme. Y me da la impresión de que no va a decir nada. De que no sabe qué. Se lleva la mano derecha a la nuca y se frota el pelo corto de esa parte, como si estuviera nervioso. Como yo. No es la primera vez que veo ese gesto. Y me parece tan tierno como siempre. Tengo que regañarme a mí misma por pensar así.

—¿Qué tal estás? —me pregunta por fin, y me mira entre los mechones negros que le caen sobre los ojos.

—Estoy bien —respondo, firme y con el tono más frío que soy capaz de encontrar.

No me importa que se me note lo enfadada que estoy, aunque sepa que él está pasando por un mal momento. Ahora yo voy en primer lugar. Y no tengo que culparme por sentirme como me siento. Estoy enfadada. Es así. Y tengo derecho a estarlo.

—¿Y tú? —pregunto, cordial, al ver que no dice nada más.

—Bueno... —deja en el aire.

Sin concretar y escondiendo la mirada. Pero yo no puedo hacer nada para hacerle sentir mejor si él no me deja.

—Tengo que irme, Cam —me disculpo, intentando sonar indiferente.

Vuelve a mirarme. A clavar sus ojos en los míos de esa forma que desmonta todas mis defensas en un solo segundo.

—Estás enfadada.

Casi me dan ganas de aplaudirle por ser tan observador. Me limito a sostenerle la mirada, en espera de algo más.

—Lo entiendo —asegura—. Lo siento.

Niego con la cabeza. No. Sentirlo no va a servir de nada. No cuando ayer me dijo lo mismo al oído mientras me hacía la dormida y esta mañana ha hecho como que no leía el mensaje en el que le pedía que habláramos.

—No —digo con voz firme.

—¿Te encuentras mejor que ayer? —me sorprende con el repentino cambio de tema.

Me está mirando como si quisiera cuidarme cada día de mi vida. Y eso es todavía peor que si se hubiera quedado sentado en el jodido columpio sin ni siquiera decirme adiós.

—Estoy bien —insisto—. Tengo una contractura en el hombro de tanto dormir en mala postura, pero sobreviviré —añado despreocupadamente, al tiempo que muevo el brazo hacia atrás para estirar el músculo.

Cameron estira su mano hacia mí y me toca. La pone en mi hombro e intenta masajearme la zona dolorida suavemente. El contacto de su piel con la mía me enciende los receptores táctiles muy rápido y en cascada. Mi cuerpo ya está cobrando vida y mi mente suplicando por un poquito más. Así que me aparto bruscamente, con un movimiento seco que me provoca un pinchazo agudo de dolor y me hace soltar un taco en voz baja. Él aparta la mano mucho más lentamente. Y parece muy muy triste cuando mis ojos vuelven a encontrar los suyos.

Mis amigas han bajado las ventanillas y me están llamando a voces para que me dé prisa en cuanto han visto que el capullo intentaba tocarme. Emily hasta acaba de tocar el claxon un par de veces.

Le doy la espalda para caminar de vuelta al coche, pero me lo pienso mejor cuando he dado un solo paso y vuelvo a mirarlo a la cara. No ha despegado sus ojos de mí y tampoco ha cambiado para nada la expresión. Mamá tenía razón: sí que parece triste.

—Cam, ¿puedo darte un consejo? —pregunto, y él asiente tan levemente que casi dudo de que sea consciente de haberlo hecho—. Hazte un favor y mírate un poquito el brazo, de vez en cuando. —Señalo su antebrazo derecho, donde tiene el tatuaje.

Me voy sin decir adiós otra vez. No trata de detenerme. Él no dice nada más.

Emily y Mia hablan en voz baja, pero atropelladamente, cuando vuelvo a subir al coche. Scott toca el claxon una vez y agita su mano para despedirse de Cam, mientras yo aseguro a las chicas que estoy bien. Que no pasa nada. Aunque no sea verdad. Dilo hasta que te lo creas, Ashley.

Casi hasta me alegro cuando dejamos a mis amigas en sus respectivas casas y yo ocupo el asiento del copiloto al lado de Scott para que me acerque a casa y pasar las bolsas al maletero de mi coche. No necesito seguir oyendo cómo hablan de Cam y de mí como si yo no estuviera presente. Con sus dispares opiniones y sus bienintencionados consejos. Por lo menos Scott se calla lo que piensa. Y eso está bien, porque sé que piensa que Cam es el mejor tío que voy a encontrar. Estoy segura de eso. Se han hecho muy amiguitos, estos dos.

Me despido también de él cuando hemos terminado de repartir la carga entre los dos coches. Lo hago deprisa, porque mi madre ya me ha llamado para ver si voy a tardar mucho en volver. Qué impaciencia. Quedamos en que recogeré a las chicas y conduciré hasta su casa sobre las cuatro, para salir con los dos coches desde allí. Ojalá saliéramos ya mismo. Necesito este viaje y necesito alejarme.

Entro en casa y llamo a mi madre para anunciarle que ya estoy aquí.

—Ah, cariño —responde ella a mi saludo, desde el salón—. Ya estás aquí. Qué bien, porque tienes visita —me sorprende.

Me acerco hasta la puerta para ver quién demonios viene a verme y está en mi salón de charla con mi madre. Me quedo paralizada en el marco cuando veo la figura que está de espaldas a mí. Sentada en mi sofá. Charlando amigablemente con mi madre. Hasta solo su cogote me da mal rollo. De verdad. Pelo moreno, largo y liso. Y entonces se vuelve. Me mira directamente y me dedica una sonrisa. Una jodida sonrisa. Ni siquiera le pega con esa cara que tiene.

Blair Wells.

Me cago en la leche.

Lectuepubgratis.com

4

Haunted

—Me imagino que no te has dejado caer por aquí para saludar y ver cómo me va la vida —ironizo en el momento en que mi madre nos deja a solas.

Blair tiene su culo de bruja en mi puñetero sofá. Voy a tener que quemarlo. Qué lástima.

—Vaya. Y yo que tenía entendido que tú siempre veías la parte buena de las personas y no pensabas en lo peor. Qué decepción —suspira dramáticamente, y señala el hueco que hay a su lado—. Siéntate. Seré rápida —promete.

Dudo un par de segundos antes de dar dos pasos y quedar frente a ella, pero sin sentarme.

—No sé qué parte de mi silencio a tus mensajes no has entendido, Blair. No me interesa lo que tengas que decirme.

—Claro que te interesa. —Sonríe con superioridad. Como si supiera lo que yo pienso mejor que yo misma—. No te hagas la estrecha, anda. Siéntate —insiste, y da unas palmaditas en el cojín que hay a su lado.

Me siento, con cara de cabreo. De verdad que no sé por qué narices esta tía se piensa que puede venir a mi casa así. Como si fuéramos amigas o algo.

—Si tienes que decirme algo que no tenga que ver con Cam o con Jessica, adelante —doy permiso—. Si no, ya puedes irte por donde has venido. No quiero escucharlo.

—¡Qué enamorada que estás! —exclama, y suelta una carcajada—. Está bien —cede, y levanta las manos en son de paz—. Dejaré esa parte para el final. Porque no es lo único que venía a decirte. Te recuerdo que estamos en una tregua, Ashley, y durante las treguas no está permitido apuñalarse por la espalda. No he venido a joderte, aunque ese sea uno de mis pasatiempos favoritos. He venido para ofrecerte mi ayuda.

Me apoyo en el respaldo del sofá y me cruzo de brazos, expresando mi incredulidad con mi lenguaje corporal.

—¿Tú? ¿Ayudarme a mí? Eso sí que es gracioso —digo sin sonreír siquiera—. No sabía que tuvieras sentido del humor. ¿Por qué ibas a querer tú ayudarme?

—Porque necesito que tú me ayudes a mí también —confiesa.

Alzo una ceja. La maldita Blair Wells está consiguiendo lo que quería. Empieza a interesarme lo que quiera que haya venido a contarme. La última vez que me pidió un «favor» no ofreció un «hoy por ti y mañana por mí», precisamente. Esto es nuevo.

—Ashley, estoy dispuesta a olvidar quién eres y lo que hiciste y enterrar el hacha de guerra aún un poquito más profunda —sigue.

Suelto una carcajada. Me sale sola. De verdad. Casi hasta me asusto a mí misma. Pero es que eso de que va a olvidar lo que hice me suena muy gracioso. Desde el punto de vista de la más pura ironía, claro.

—¿Lo que hice yo? —repito—. ¿Qué hay de lo que hiciste tú?

—Joder, tía, si nos vamos a poner así de tiquismiquis no acabaremos con esto ni pasado mañana —gruñe.

Se me escapa una sonrisa de verdad. Porque oír a Blair Wells diciendo «tiquismiquis» es seguramente lo más surrealista que me ha pasado hoy. Ya tiene mérito.

—Muy bien —cedo en parte—. Supongamos que enterramos el hacha de guerra un poquito más profunda —repito sus palabras—. ¿Qué es lo que saco yo de todo esto? ¿Y qué es lo que quieres tú de mí?

Se acomoda en su sitio para mirarme más directamente. Parece satisfecha con el rumbo que está tomando esto ahora mismo.

—Verás, Jessica y yo no nos llevamos mucho últimamente. Ya sabes, a mí ella me venía bien, a ella yo le venía bien y bla, bla, bla —resume—. Es en lo que se basan las relaciones humanas, al fin y al cabo, ¿no? Pero luego ella a mí dejó de venirme bien porque, pactando una tregua contigo, ya no necesitaba refuerzos. Y ella ya no podía contar mucho conmigo en la guerra contra ti. Hace tiempo que no hablamos. Pero podría volver a hablar con ella en cualquier momento —me tienta—. Podría hablar con ella y podría saber de primera mano todo lo que a ti te interesara. Ya sabes, sobre Cam. Por lo que sé, se ven mucho últimamente. En cambio, el principito te ve muy poquito a ti, ¿no, Ash? ¿No quieres saber lo que está pasando entre esos dos? Sí, sí, ya lo sé. Ella, embarazada... Supongo que él dice que se trata solo de eso, ¿no? Pero ¿no te mueres por saber si es verdad? ¿No te mueres por saber si se están acercando más de la cuenta ahora que tienen algo tan importante en común?

—Si tu fuente de información al respecto va a ser Jessica, dudo que vaya a poder creerme nada de lo que me digas —la desilusiono.

—Si tu fuente de información es Cam, también dudo bastante que puedas creerle —responde ella al instante.

Me quedo callada por un momento. Yo esto ya lo tenía decidido. Yo ya tenía claro que confiar en Cam es lo único que puedo hacer. Pero vuelven a asaltarme un poco las dudas. Solo un poco. Tal y como se está portando ahora...

—¿En qué puedo ayudarte yo a ti, Blair? —pregunto, para alejar los pensamientos negativos de mi mente.

Ahora es ella la que se queda seria. Juguetea con el piercing que tiene en la lengua rozándolo con los dientes una y otra vez. Casi creo que no va a hablar ya, pero entonces me mira decidida.

—He cometido una estupidez —empieza, a media voz—. Lo peor que podía haber hecho. Y casi sin darme cuenta. Si pudiera volvería atrás, pero no puedo. Mierda, soy tan penosa... —murmura, y tengo dudas de haber entendido bien—. Estoy jodida. Bien jodida. Y, por muy patético que sea pedirte esto a ti, de verdad que me vendría bien tu ayuda.

—Suena como si fueras a pedirme que te ayude a deshacerte de un cadáver —aviso, solo medio en broma—. ¿Qué has hecho?

Pero, cuando me mira, creo que ella está firmemente convencida de que es aún peor que eso. Un cadáver no sería un problema para Blair Wells.

—Me he enamorado de Mia.

Y menos mal que estoy sentada. En serio.

—¿Perdona? —digo, cuando por fin consigo hablar—. Tienes que estar vacilándome.

—Ya. Ojalá —gruñe la bruja—. Lo digo en serio, Ashley. Y, créeme, esto me jode a mí mucho más que a ti.

Lo cierto es que parece atormentada. Y cansada. Eso también. Como si llevara tiempo luchando consigo misma. Casi hasta me da un poco de pena. Porque yo sé que Mia no siente lo mismo por ella.

Carraspeo mientras busco las palabras más adecuadas que decir en un momento como este.

—No sé cómo crees que puedo ayudarte con eso —confieso, al fin.

—Ella no va a querer tener nada serio conmigo mientras piense que a ti no te parece bien. No vamos a ser amigas tú y yo —deja claro, antes que nada—, pero necesito que intentemos llevarnos bien.

—Vale. Sí —digo, desconfiada, con media sonrisa—. ¿Dónde está la cámara?

—Hablo en serio —insiste, y puedo notar que se está cabreando por momentos—. Oye, mira, sé que he sido una cabrona contigo, ¿vale? Lo sé. Aunque tienes que reconocer que te lo merecías un poco. Si tengo que pedirte perdón, lo haré —se rebaja.

Mierda. Es que llegados a este punto sí que me da un poco de lástima. Es que la bruja está en mi salón ofreciéndose a pedirme perdón. Debo de estar flipando. Alguien me ha echado alguna sustancia ilegal en el café esta mañana. O, si no, no me lo explico. A no ser que sea verdad. Es que la tía más chunga que he conocido en mi vida se ha enamorado de Mia. De la dulce Mia. Quizá ya no tan dulce, pero aun así. Son el maldito yin y el yang. Totalmente opuestas. Pero ¿serán complementarias? Me muero. Entiendo muy bien a Emily ahora mismo, porque es que me muero del todo. Y sí que me da un poquito de lástima, pero no la suficiente como para perder esta oportunidad.

—Pues sí —digo, en tono firme—. Sí que tienes que pedirme perdón, Blair —exijo, antes de seguir con esta conversación.

—No me jodas —suspira ella—. ¿No te vale con lo que me estoy rebajando ahora mismo?

¿Con venir aquí a contarte esto? ¿Con la tregua? ¿Con ofrecerme a ayudarte a descubrir lo que esconde Cam?

—No. No me vale —respondo.

—Te recuerdo que me robaste a Tyler. —Trata de librarse con todas sus armas.

—Yo no te robé nada —dejo claro, sin desviar la mirada de sus ojos—. Las personas son libres de elegir con quién quieren estar.

—No me vengas con lecciones morales —protesta.

—¿Vas a pedir perdón o hemos acabado ya con esto? Porque yo tengo hambre y se me hace tarde —comento, despreocupada.

Blair sonríe de medio lado al oírme.

—Eres malvada, Ashley —suspira, pero suena a piropo y eso me sorprende—. Si lo llego a saber antes, puede que hasta me hubieras caído bien. Ahora no, claro. Ya es tarde para eso.

—Hasta luego, Blair. —Hago amago de levantarme del sofá.

Me sujeta por la muñeca para impedir que me vaya y, cuando habla, hasta parece que le cuesta formar las palabras.

—Lo siento, ¿vale? —dice, por fin—. Siento lo que pasó en el lago Tahoe, siento lo del trío Bennet y siento todo lo que hice antes del baile. Sobre todo, lo de Mia. Soy una cabrona y creo que eso ya lo sabes. ¿Ya estás contenta? —bufa.

—Siento lo de Tyler. —Me sorprendo hasta a mí misma, contagiada por el momento de arrepentimiento—. La verdad es que siempre fue mi intención que él te dejara —me veo obligada a confesar.

—Ya. Algo sospechaba —medio bromea ella—. Eso ya da igual. Tyler no era la persona con la que realmente queríamos estar ninguna de las dos.

Clavo mis ojos en los suyos cuando oigo eso. En el fondo tiene razón, pero supongo que para ella también hubo un momento en el que pensó que sí que lo era. Yo lo pensé durante cuatro largos años.

—Vamos, Ashley. —Me saca de mis pensamientos—. Aprovéchate de que estoy blandita ahora mismo —dice, burlonamente—. No sé cuántas oportunidades vas a tener. Sé que hay cosas que quieres saber. Pregunta.

No quiero, pero sí que quiero. En el fondo, sí. Hay cosas que necesito saber.

—¿De dónde sacaste el vídeo de Cam y yo en el lago Tahoe? —pregunto, en primer lugar.

—Me lo pasó Jessica —responde, sin dudar.

—¿Sabes de dónde lo sacó ella?

—No me lo dijo. —Se encoge de hombros—. Me imagino que de Vanessa. Esa tía sí que es la mano que mueve los hilos. —Y da la impresión de que le parece admirable—. Y todos como marionetas, a su son.

—Si no lo sabes no hagas conjeturas —pido, firmemente—. Tus suposiciones no me valen de nada.

Levanta las manos de nuevo, excusándose por hablar de más. Parece divertida al ver mi cambio de actitud hacia ella.

—¿Qué más quieres saber?

—¿Por qué me dijiste que tuviera cuidado de no meter a un traidor en mi cama? —me atrevo a preguntar.

—No quieres que haga conjeturas —repite mis palabras.

—Blair... —le pido, porque quiero que se lo tome en serio.

Asiente.

—Tengo que confesar que Cam no me ha caído bien nunca. Creo que el sentimiento es mutuo —admite con una sonrisita—. Lo vi discutir con Tyler un par de días antes de irnos al lago Tahoe. Nada demasiado fuera de lugar, solo un par de palabras más altas de lo normal —me cuenta—. Cuando le pregunté a Tyler qué había pasado, no quiso darme explicaciones, pero me dijo que Cam sabía muy bien cómo joderle si quisiera hacerle daño, o algo así. En ese momento no sabía a qué se refería. No lo supe seguro hasta que lo vi miraros a los dos en la fiesta de Troy Cruz, después de tu beso lésbico —añade, como con desprecio—. No sé si lo sabes, pero Cam y tú estabais hablando y os mirabais como si os sobrara la jodida fiesta. Y Tyler os estaba mirando a vosotros. Y ahí lo supe. Que lo único con lo que Cam podía joder de verdad a Tyler era contigo. Y lo ha hecho, ¿no? Lo que no sé es si traicionó a su mejor amigo por ti, o si te traiciona a ti por joderle a él.

—¿No lo sabes? ¿Y qué piensas?

Me arrepiento al momento de haber dicho eso, pero ya no puedo retirar la pregunta. Sobre todo, porque ella parece más que dispuesta a responder.

—Yo creo que hay un poco de las dos cosas —elige decir—. Creo que a estas alturas ya te has dado cuenta de que me fijo mucho en los detalles —medio bromea—. Tyler y Cam nunca paran de competir, por muy amigos que fueran, es como si se amaran y se odiaran a partes iguales. Y, por otro lado, no creas que me perdí cómo te miraba Cam en el lago Tahoe, y a veces Tyler ni siquiera estaba delante. Jessica tenía motivos para estar celosa —suelta, con una risita—. Lo está, por cierto. Loca de celos. Tan loca que sería capaz de cualquier cosa. Y ahora lo tiene más fácil que nunca...

—Cam no quiere estar con ella —digo, intentando sonar firme en vez de tan patética como me siento diciendo esto.

Blair alza las cejas al mirarme y sonríe burlonamente.

—Puede que no —reconoce—. Pero ni tú eres tan inocente. Los tíos son fáciles de manipular, y Jess tiene bastantes armas como para hacerlo. No subestimes a Jessica Harris, Ashley. Yo misma soy un claro y penoso ejemplo de que una chica enamorada es capaz de cualquier cosa. Y si hay algo que puedo asegurarte al cien por cien, es que Jess está jodidamente enamorada de Cameron Parker.

Conduzco en silencio, concentrada en no perder de vista el coche de Scott, lo que me obliga a pisar el acelerador un poquito más de lo que a mí me gustaría. Miro por el retrovisor antes de poner el intermitente para hacer un adelantamiento, cuando el coche de los chicos lo hace. El retrovisor central está ocupado con la imagen de unos ojos oscuros y el morro alargado de un pastor alemán, con la lengua colgando a un lado. Qué guapo es este *Blue*.

—*Blue*, tío, acabas de poner tu pataza encima de mi mano, muévete un poco, no me dejas ni respirar. Este se sigue pensando que tiene tres meses como cuando lo conocimos, y no que pesa cuarenta kilos —va protestando Mia, en el asiento de atrás, donde ella y Grace viajan con el perro de esta última entre las dos.

—Pesa cuarenta kilos y es un baboso —critica también su propia dueña—. Ashley insistió en que viniera. Cúlpala a ella y no a un inocente perro y su humana.

—Su cabezón es todo lo que veo por este retrovisor —me uno a las críticas contra el pobre *Blue*, en tono de broma.

Grace y Mia empiezan entonces una lucha con el can para intentar que se tumbe y no obstaculice mi visión, a pesar de que les aseguro que no hace falta. Sonrío al oírlas quejarse y reír, porque *Blue* responde con lametones a cada intento de moverlo.

—Menos mal —murmura Emily, a mi lado en la parte delantera. La miro de reojo en espera de que siga hablando—. Menos mal que sonríes, digo —insinúa, y se mira las uñas como si la cosa no fuera con ella.

Hago un mohín con los labios, centrando de nuevo la vista en la carretera.

—Estoy bien —digo, en voz baja.

Creo que es como la décima vez que pronuncio esas palabras hoy. Y eso que antes de salir de casa me he colocado toda la fachada de chica segura. Rímel, pintalabios borgoña, uñas a juego. Sé que estoy más guapa que en un día cualquiera. Y también sé que es precisamente por eso por lo que mis amigas saben que no estoy bien para nada, por mucho que lo diga.

—Finges estar bien, que no es lo mismo —me acusa mi amiga—. Cam se está portando como un idiota últimamente, Ash. Tienes derecho a estar enfadada, a no estar bien y a tener dudas. Dudar ahora mismo, tal y como están las cosas, no es una traición.

—Em, no necesito hablar de esto ahora —pido—. Estoy conduciendo.

—Muy bien —cede—. Pero intenta desconectar este fin de semana, ¿vale? Ni siquiera Cameron Parker merece tus lágrimas. Tú vales mucho más que eso. Y estamos todas juntas y vamos a pasarlo bien. ¿O me vas a obligar a contar chistes de «se abre el telón» todo el día? —amenaza.

Y no puedo evitar que se me escape la sonrisa. Niego varias veces con la cabeza, porque mi querida mejor amiga es la persona que peor cuenta los chistes en este mundo. En serio. Horroroso.

—Niñas, ¿podéis dejar de dar guerra? —regaña a Mia y a Grace, que siguen entretenidas con

el perro en el asiento de atrás—. Si seguís así vamos a parar y os dejaremos en la carretera.

Entonces siento cómo el coche pierde un poco de estabilidad. Reduzco la velocidad y sujeto firmemente el volante para no perder el control. No pasan ni dos segundos antes de que emita un pitido y se encienda un chivato en el panel electrónico.

—¿Qué pasa? —pregunta Grace mientras intenta asomarse entre los asientos.

—Mierda. —Es mi única respuesta.

—¡Joder, Ash! ¿Qué has hecho? —acusa Emily, se sienta bien de nuevo y trata de asomarse para ver qué es lo que dice el coche.

—¡Yo no he hecho nada! —me defiendo.

—¡Sabía que no teníamos que dejarla conducir! —exclama Mia, en tono de broma—. ¿Qué has roto?

—¡Que yo no he hecho nada! —insisto.

—¡Para! ¡Para! —exige Emily cuando el coche vuelve a pitar.

—Estoy en ello, no querrás que frene de golpe en medio de la interestatal —trato de razonar.

—Pero ¿qué pasa? —pregunta Grace, justo detrás de mí.

—Es la presión de los neumáticos —les cuento—. Creo que hemos pinchado.

Estoy bastante tranquila para lo poco que mis amigas están ayudando en esta situación. Bien por mí.

—Voy a llamar a Jeff para que paren —decide Emily, saca el móvil y busca el número del amigo de Scott en la agenda.

—Pon las luces de emergencia —me recuerda Mia, como primer comentario útil entre el caos.

—Intenta seguir un poco más, ellos están parando —me indica Emily con el teléfono pegado a la oreja.

—Ni de coña, te vas a cargar la llanta —aporta Grace, como si supiera algo de coches, o de ruedas.

—No se va a cargar la llanta —responde la otra, en tono despectivo.

—No me hables así o le digo a mi perro que se mee en tu maleta.

—¿Podéis ayudar un poquito por aquí? —las frena Mia—. Gracias —murmura cuando se callan—. ¿Puedes seguir, Ash? —consulta conmigo.

—Creo que sí, no han podido llegar muy lejos.

—Sabía que hoy iba a pasar algo. Esta mañana me he echado sal en el café. Eso significa que ya todo el día va a salir torcido —se lamenta Grace.

—¡Joder! Pues no haber venido —protesto—. Nos has gafado el viaje.

—No es culpa mía, no me he echado sal a propósito. ¿Sabes lo asqueroso que es un café con sal?

—¿Sabes lo jodido que es que por tu culpa hayamos pinchado en medio de la interestatal? —sigue la broma Mia.

—Eeeeeh..., sí, ¡sí! Ya os veo —dice Emily, aún al teléfono.

Yo también acabo de verlos. El coche de Scott está parado en el arcén con las luces de emergencia y los cinco chicos se han bajado y están al borde de la carretera en el campo que la rodea. Paro justo detrás y Emily es la primera en bajarse mientras Caleb y Scott ya se acercan a mirar los neumáticos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Scott, en cuanto yo me bajo y rodeo el coche comprobando las ruedas, también.

El idiota de él está grabando con el móvil en vez de ayudar.

—Que Grace se ha echado sal en el café esta mañana —bromeo, me levanto las gafas de sol y me aparto con ellas el flequillo para sujetarlo en lo alto de mi cabeza y poder ver mejor.

—Deberíamos haber cogido a *Blue*, y a ella dejarla en casa —la pica Mia.

—Os lo dije —canturrea Emily, uniéndose al frente contra la pobre Grace.

—¡Bah! Que os den —resuelve la aludida—. Vamos, *Blue*.

Engancha la correa al collar del perro, que trota alegremente a su lado alejándose de la carretera, en busca del mejor lugar para hacer pis.

—Cuatro mujeres en un coche. No digáis que no lo advertí —oigo que le dice Scott a la cámara de su móvil.

Estoy a punto de decir algo, pero me callo, porque Emily ya está protestando por mí, y porque Caleb y yo acabamos de encontrar el problema. Es la rueda delantera derecha. Y tiene pinta de estar pinchada. No hay duda.

—¿Llevas rueda de repuesto? —me pregunta el amigo de Scott cuando me agacho a su lado.

—Supongo —tengo que responder.

Porque la verdad es que no tengo ni idea de si llevo una maldita rueda de repuesto o no. Pero me imagino que mi padre no será tan descuidado como para no llevar una en su coche, ¿no? En eso debo confiar. Caleb hace una mueca, como si fuera una decepción que no sepa lo que llevo en mi propio coche, pero luego me dedica una sonrisa tranquilizadora.

—Vamos a ver —propone.

Vaya. Parece simpático. Y es bastante guapo. No sé por qué demonios es esto lo que estoy pensando ahora mismo, pero es que me lo parece. Sonrisa bonita, pelo y ojos oscuros. Ha cambiado bastante desde que se dejaba toda la paga en los recreativos cuando teníamos catorce años.

Lo sigo hasta el maletero y tenemos que vaciarlo por completo para poder acceder a la parte inferior y comprobar si hay o no hay rueda de repuesto en el lugar donde debería llevarla.

—Bingo —dice él, al encontrarla. Y vuelve a sonreír—. Y es de las buenas. Has tenido suerte, por esta vez —medio bromea—. Coge esto —pide, y me pasa el gato y un pequeño maletín con herramientas.

Luego él saca la rueda y la hace rodar hacia la parte delantera del vehículo.

—¿Quién va a cambiar la rueda? ¿Tú? —Damon se burla de su amigo, apoyado en el maletero del coche de Scott.

—¿Quién, si no? —se la devuelve el otro—. Soy experto, chaval. Mi tío es mecánico —explica, como si la buena mano con los coches fuera una condición genética heredable.

—¿Tu tío, el chino? —pregunta Damon.

—Mi madre es malasia, gilipollas —bufa Caleb, y eso hace reír a todos sus amigos al completo.

Parece que es una broma recurrente entre ellos el hecho de que Caleb tenga rasgos asiáticos. Le sientan de miedo, a decir verdad.

—La rueda voy a cambiarla yo —intervengo.

Por un lado, para no pensar en si Caleb es guapo o no lo es y, por otro lado, porque ahora soy la Ashley que confía mucho en su propia valía y me siento plenamente capaz de cambiar la rueda de mi propio coche. Creo.

Scott se ríe y mis amigas se llevan las manos a la cabeza. Literalmente. Menudo apoyo. Caleb me mira y alza una sola ceja.

—¿Sabes cómo? —consulta.

—Solo dime lo que tengo que hacer —le pido en voz baja para que no me oiga todo el mundo.

Suelta una carcajada y a mí me duele un pelín el corazón. Bueno, mucho. Porque esa clase de carcajada me recuerda a Cam y acordarme de Cam en este momento es lo peor que puede pasarme.

—Vamos allá —me anima Caleb, y me guiña un ojo e inmediatamente me tiende la llave para poder aflojar las tuercas de la rueda pinchada.

Pasa un ratito antes de que me ayude a colocar el gato para poder elevar el coche. Me empeño en hacerlo todo yo. Así, la próxima vez que me pase esto, sabré hacerlo yo sola. Es importante ser autosuficiente. Dicen que la única persona que siempre va a estar a tu lado eres tú misma, así que invertir en mí es invertir en mi futuro, de alguna manera. Me imagino el aspecto que debo de tener, luchando con el gato, con las gafas de sol en la cabeza y los mechones del flequillo escapándose de ellas cada vez más; con los labios y los ojos pintados, en plan diva, pero empapando la camiseta negra que llevo en sudor. Y cada vez me es más difícil mantener el ritmo de subida del gato, porque, la verdad, ya se me están cansando un poco mis pobres bracitos. Soy una floja. Eso es lo que dicen todos. Pero tengo que demostrarme a mí misma que puedo con ello. Así que sigo, a pesar de que Emily está prácticamente suplicando que me rinda y deje que lo hagan los hombres.

—Mis historias de Instagram estaban esperando una joya como esta —oigo burlarse a Scott, y de nuevo me enfoca con su móvil—. Señoras y señores, han pasado cinco días desde que las chicas pincharon, y Ashley Bennet sigue intentando cambiar la rueda —narra, con voz de documental.

—Que te den —mascullo, uso el pie y todo mi peso para conseguir otro giro de la palanca del gato.

—¿Qué dices, Ash? —me pica.

—Déjalo, tía —se une Grace a Emily, con *Blue* sentado a su lado—. Si alguna vez necesitas cambiar la rueda, súbete un poco la falda y enseña pierna, ya verás como algún tío para y te la cambia encantado —medio bromea.

—Sí, haz eso y comparte el destino de Grace, que echa sal en el café y acabará asesinada por cualquier psicópata en el arcén de una autopista —se mete Mia con ella.

—No parece que te hayan enseñado mucho esos cachitas del equipo de fútbol —oigo también a Eddie.

Aprieto los dientes para no contestar a eso. Es mejor que me calle si quiero pasar el fin de semana en paz, y no de uñas con Eddie *el babas*.

—Venga, Ashley. Tres vueltas más y lo tienes —me anima Caleb, y comprueba cuánto se ha alzado la rueda, una vez más.

Menos mal que está él aquí. No es que ninguno de los otros esté siendo de demasiada ayuda, si tengo que ser sincera.

—Por favor, hagan sus apuestas, ¿conseguirá Ash cambiar la rueda antes de que caiga la noche y nos acechen los coyotes? —pregunta Scott a sus seguidores de Instagram.

—¿Habéis visto *Las colinas tienen ojos*? —pregunta Damon, antes de que Scott guarde el teléfono por fin.

—¿Os podéis callar un poco? —pide Caleb, levantando la voz—. Por aquí intentamos solucionar el problema mientras vosotros no paráis de protestar —acusa.

Lo que decía. Menos mal que está aquí.

Tardo más de media hora en terminar con el cambio de rueda, pero, cuando por fin bajamos el coche al suelo y Caleb termina de comprobar que todos los tornillos de seguridad estén bien ajustados, estoy muy orgullosa de mí misma. De verdad. Mucho. No tengo ni la mitad del mérito, en realidad, porque he tenido un apuntador chivándome cada paso que debía dar. Pero el caso es que lo he hecho. Lo he conseguido. Y, cuando Scott me graba para terminar de relatar lo ocurrido en su Instagram, le dedico una sonrisa engreída a su móvil y le enseño el dedo medio de mis dos manos a la vez.

Llegamos a la casa de alquiler para el fin de semana cuando ya han pasado las siete de la tarde. Los chicos ya tenían bastante claro el reparto de habitaciones y lo único que cambia respecto a sus planes anteriores es que Damon ya no comparte habitación con su novia y, a cambio, la que estaba destinada a ellos pasa a ser para Scott y Emily. Eddie comparte una de las habitaciones con dos camas con Jeff, y la otra la ocupan Damon y Caleb. Y nosotras nos quedamos con la habitación que sobra, que tiene una cama de matrimonio y en la que el propietario ha colocado, muy amablemente, una cama extra, de esas plegables, antes de nuestra llegada. Tampoco tenemos que darle demasiadas vueltas a cómo vamos a dormir nosotras tres, porque también

tenemos que contar con un perro que pesa prácticamente tanto como Mia, y que tiene la manía de subirse a la cama de su dueña en mitad de la noche. A mí no me importa dormir con él, claro, pero Grace se ofrece a ocupar la presumiblemente más incómoda cama supletoria, para que *Blue* no despierte a nadie más ocupando todo el colchón de madrugada. Mia se pide el lado derecho de la cama y yo cedo. Pienso que las veces que he dormido con Cam lo he hecho en el lado izquierdo, excepto aquella primera vez en el viaje al lago Tahoe. Mierda. Ashley, deja de pensar en él de una vez.

Pero entonces, cuando cuelgo el teléfono con mi madre, me da por consultar Instagram sin pensar antes en las consecuencias. Veo las historias de Scott, menudo idiota. Y ha puesto dos vídeos cortos fijos en su perfil. El primero soy yo empujando la palanca del gato con el pie mientras él dice eso de «hagan sus apuestas...». Y se me acelera el corazón peligrosamente cuando veo que Cameron Parker ha dejado un comentario. Dice: «¿Y tienes dudas, Scott? Toda mi fortuna al sí». El otro vídeo soy yo haciéndole un doble corte de mangas a la cámara. Y Cam ha indicado que le gusta, aunque no haya comentado nada esta vez.

He huido de Sacramento y me he alejado de la situación. Le he dado un montón de espacio, y me lo he dado a mí. Pero no ha cambiado nada más. No me siento inmune de repente al señor Contradicciones. No se me ha aligerado nada el peso en el corazón que llevo arrastrando una semana ya, cada vez que pienso en él. Y me viene a la mente otra vez ese «me gustaría, princesa» que me dijo cuando le pedí empezar de cero. Ese tono triste que daba a entender que ya no era posible, aunque fuera lo que los dos más deseáramos en el mundo.

He tomado la decisión de ponerme a mí primero. Y de no pensar demasiado en Cam. Voy a pasarlo bien este fin de semana. Eso seguro. Pero sé que, por mucho que lo intente, el maldito fantasma de su recuerdo no va a dejarme sola ni un momento.

—¡Ashley! ¡Vamos a dar un paseo hasta el borde del océano!, ¿vienes o qué? —me grita Mia desde la entrada de la casa.

Me guardo el móvil en el bolsillo y salgo de la habitación para reunirme con el resto. No he venido hasta aquí para quedarme encerrada con mis rayadas mentales.

El sitio es precioso y la casa no podría estar mejor situada, esa es la verdad. Hay una caminata como de un cuarto de hora hasta el borde del océano, y un poquito más para poder bajar a tocar el agua por un caminito que parte de los acantilados hasta una playa pequeñita. Un buen lugar para poder respirar. La gente que me acompaña tampoco me deja mucho tiempo para ponerme melancólica. Y me dedico a bromear y reír y a hacer el tonto con mis amigas sin cortarme ni un pelo. Y, si además tenemos en cuenta que he conseguido cambiar una rueda, podría decirse que la balanza se inclina hacia lo positivo en el día de hoy.

Después de cenar nos sentamos en el exterior de la casa a beber unas cervezas. Estos chicos no han comprado tanto alcohol como en el viaje al lago Tahoe y, en el fondo, lo agradezco. Resulta que los amigos de Scott son bastante más divertidos de lo que yo recordaba. Y no se nos agota la conversación. Son un grupo curioso, cuando menos. Parecen tan distintos que no se

puede entender bien lo que tienen en común para ser amigos. Quizá solo que se consideran a sí mismos una pandilla de frikis. Eddie *el babas* es rubio y lleva el pelo largo hasta la altura de los hombros y unas gafas de moderno que no engañan a nadie. Damon es afroamericano y el más atlético de los cinco. Cortó con su novia hace apenas una semana, pero no me da la impresión de que esté tan afectado como cabría esperar, después de más de un año de relación. Jeff es, de todos ellos, el que parece seguir siendo más tímido, pero, no sé por qué, es el que más confianza me transmite, aparte de Scott. Y luego está Caleb, que se ha convertido en un tipo muy guapo sin que yo me diera cuenta. Muy guapo. Ashley, ¿qué te pasa en la cabeza?

Caleb sale de la casa y se sienta a mi lado con una lata de cerveza en una mano y el móvil en la otra. Creo que me ruborizo un poco cuando su brazo roza el mío, al acomodarse a mi lado. En cuanto guarda su teléfono, el mío emite una vibración corta, a mi lado sobre la madera del suelo del porche, donde estoy sentada. Lo cojo para consultarlo, distraídamente. No digo nada, pero sé que él me está mirando de reojo. Es una notificación de Instagram y dice que Caleb Braxton ha comentado mi publicación. Hace apenas unos minutos que he subido una foto que me ha hecho Mia, al borde del acantilado, con las rocas y el océano de fondo. Y, casi en primer plano, *Blue* y yo, los dos con la lengua fuera y mirando a cámara. He marcado la ubicación y he escrito «Mi colega *Blue* y yo en el fin del mundo». Hace apenas unos minutos que la he colgado, como digo, pero ya hay unos cuantos comentarios y bastantes corazoncitos. El primer comentario ha sido de Vanessa y decía «¡Bellezas!», y luego Ryan ha comentado preguntando si he visto *Soy leyenda* porque Will Smith también vive en el fin del mundo con un pastor alemán; enseguida le he respondido que por supuesto, que yo he visto todas las pelis apocalípticas conocidas y por conocer. Y luego Grace, exigiendo derechos de imagen de su perro. Y otras muchas tonterías. Y ahora Caleb ha comentado y lo miro de reojo antes de pulsar para poder leer lo que ha puesto. Lo veo sonreír divertido.

«Estos americanos os creéis que todo acaba al borde de vuestros dominios, te aseguro que hay vida al otro lado del Pacífico.»

Tengo que reírme suavemente y niego un poco con la cabeza cuando mi mirada se encuentra con la suya. Inclina la lata de cerveza hacia mí, como invitándome a brindar. Así que cojo mi propia cerveza y la hago chocar con la suya suavemente.

—*Touché* —murmuro, con media sonrisa.

—Cuando quieras te lo demuestro —susurra.

Luego se aparta un poco de mi lado, sin darme tiempo a contestar. ¿Qué...? ¿Qué ha sido eso? Acomodo mi postura, como si eso me sirviera para calmar la incomodidad emocional que acaba de producirse en mi organismo. Caleb es un tío guapo, está siendo encantador conmigo desde que ha empezado este viaje y estaba muy a gusto con él. Hasta ahora. Quiero decir, que sí que me atrae un poquito, como podría atraerme cualquier chico guapo y encantador del mundo. Pero es que no es Cam. Y por mucho que yo haya venido aquí a poner distancia física y emocional con mi chico de ojitos verdes, no hay ninguna posibilidad de que pueda interesarme otro. Ni en

un millón de años. No sé si Caleb está coqueteando, pero acaba de darme esa impresión y no quiero que se lleve la idea equivocada.

—Oye, Ashley —me llama Eddie *el babas* quien, por cierto, se había sentado muy cerca de Mia antes de que ella se disculpara para ir al baño y al volver se sentara en otro lado—. He visto que eres amiga en redes sociales y vida real de la reina del baile —comenta, como sin darle importancia.

—Si te refieres a Vanessa, sí —aclaro yo.

Eso de «reina del baile» y «chicos del fútbol», y todas esas etiquetas que no para de usar me están poniendo un poco nerviosa.

—Mira a ver si le puedes dar unos consejitos a Jeff sobre cómo te ligaste tú a los reyes del instituto —sigue, en tono burlón, y coge al aludido por los hombros mientras el otro se revuelve incómodo y protesta débilmente—. Lleva enamorado de esa chica desde primero.

—Cállate —le pide Jeff, y le da un codazo.

Por el color que han tomado sus mejillas, yo diría que sí, que es verdad. Que lleva enamorado de Vanessa Miller media vida, pero que lo último que quería en el mundo es que sus amigos lo fueran pregonando por ahí. Me da un poco de pena ver su actitud. Me recuerda a mí cuando babeaba por Tyler en los pasillos del instituto y hasta tartamudeaba si tenía que saludarlo. Y salta a la vista que no es el más guapo de sus amigos. Imagino que compararse con Cam o con Troy Cruz ha sido bastante dañino para su autoestima. Joder, cómo lo entiendo.

—Vanessa es un amor —digo, con una sonrisita al pensar en mi amiga—. Deberías ir y hablar con ella. Es mucho más normal de lo que parece —animo a Jeff.

—Sí, claro. Ir y hablar con ella —casi bufa él.

—Algún día tendrás que hacerlo. Irte a San Francisco detrás de ella porque va a ir allí a la universidad, como un acosador, no creo que sea la solución —lo pica Damon.

—No me voy a San Francisco por ella, voy a estudiar Informática, imbécil —se defiende.

Sonrío al oír la discusión. Cuatro años enamorado de Vanessa Miller y pensando que no existe ninguna posibilidad de acercarse a ella. No sé a qué me suena eso...

—¿Qué pasa con su novio? —me pregunta Scott, entrando también en la conversación.

—Pues que están muy enamoraditos —tengo que reconocer. Me encojo de hombros—. Pero eso no quiere decir que no hable con otros chicos —me burlo—. Deberías hablar con ella, a lo mejor lo haces y te das cuenta de que no es como tú creías o lo que esperabas. O, a lo mejor, te das cuenta de que es mucho mejor. Pero, en cualquier caso, hablar con ella es lo primero que tienes que hacer cuando te gusta una chica —medio bromeo, hablando de nuevo con Jeff.

—Déjalo, que ya lloramos bastante cuando ella empezó a salir con Cameron Parker —interviene Caleb, a mi lado—. Ha sido el tipo más odiado en este grupo, Ashley. Lo siento, supongo —añade, burlón, con una mueca al mirarme—. Ahora el traidor de Scott dice que es colega suyo, pero en fin... a lo mejor tenemos que desterrarlo del grupo —amenaza al novio de mi amiga, que se limita a hacerle un corte de mangas.

—¿Sabes lo que te digo, Jeff? —habla Scott—. Que, si yo me ligué a un bombonazo como Emily Davis, no hay nada imposible en esta vida —dice, abraza a mi amiga y hace una pedorreta en su cuello que la hace reír.

Menudo par. Por mucho que Emily me haga pensar a veces que Scott merece un monumento, son como el ideal de pareja para mí.

Soy la primera, de las tres que compartimos habitación, en meterme en la cama. Mia está en el baño y Grace se ha quedado dando una vuelta con *Blue* por los alrededores de la casa por si quería hacer el último pis antes de entrar. Y yo estoy pensando en Jeff y en lo que siente por Vanessa y en cómo lo gestiona. Me doy cuenta, viéndolo a él, de lo mucho que he cambiado yo en lo que respecta a las relaciones. No hace tanto que me sentía igual. Así que, aunque me cueste verlo, he mejorado mucho conmigo misma y con mi autoestima en los últimos meses. Gracias a Cam en buena parte, supongo. Pero sobre todo gracias a mí, ¿no? Aún tengo que seguir trabajando, pero es importante darme cuenta de mis logros, también. Y si el problema es que pasé de estar loca por un tío que me hacía sentir insegura, a estar loca por otro tío que no logra hacerme sentir segura por mucho que se esfuerce, a lo mejor debo plantearme que la única manera de llegar a donde yo quiero es pasando algo de tiempo sola y haciendo las cosas por mí y por nadie más.

Mi móvil emite una vibración corta, en la mesilla, conectado al cargador. Justo en el momento en que Mia entra en la habitación y corre para saltar sobre la cama, a mi lado.

Entro en mis notificaciones y se desata la guerra, una vez más, tras mis costillas.

«A Cameron Parker le ha gustado tu publicación.»

—Ash, no sé si te has dado cuenta de que Caleb está a saco detrás de tu culito —comenta Mia, como si dijera que la cama es bastante cómoda, y me devuelve a la realidad en un segundo —. Lo digo porque como eres bastante pardilla para estas cosas y nunca te enteras de nada... — se mete conmigo.

Me giro de golpe para mirarla, abandonando el móvil sobre la mesilla. Mierda. Así que no eran imaginaciones mías.

—Ay, Mia —murmuro, y enfrento mi cabeza a la suya, apoyadas sobre la almohada—. ¿Y qué hago?

—¿Echar una canita al aire? —sugiere, y me parece que no es del todo una broma—. No lo sé, Ash. Pero Cam se ha largado y se está portando como un idiota. Creo que eres libre de hacer lo que más te apetezca. No te creas que no me he dado cuenta —insinúa.

—¿De qué? —pregunto, casi indignada.

—De que te mola un poquito —me acusa, y coloca su dedo índice y pulgar a muy poca distancia como modo de representar cuánto es ese poquito.

—Me parece guapo —admito en un susurro—. Pero nada más, tía, no te vuelvas loca. Y hablando de volverse loca —añado, cuando ella levanta las manos como dándose por vencida en

este tema—, ¿te he dicho ya que Blair Wells se ha presentado esta mañana en mi casa para decirme que se ha enamorado de ti? —suelto, sin paños calientes.

Mia abre sus ojos azules bastante más de lo normal, de la impresión, me imagino. Parece confundida y veo cómo se le va frunciendo el ceño poco a poco. Por un momento, me siento culpable de habérselo soltado así, a bocajarro.

—¿Perdona?

Me pide que se lo repita.

—Blair ha venido a decirme que quería llevarse bien conmigo, porque se ha enamorado de ti —le cuento, dando algo más de información—. Y debo decirte que me ha dado toda la impresión de que el amor no la hace precisamente feliz.

—¿Me estás vacilando, Ash? ¿Vas en serio? —pregunta, y parece bastante ansiosa porque le dé una respuesta.

—No te estoy vacilando —dejo claro—. Eso es lo que ella ha dicho. Mia, ¿qué...?

No sé muy bien cómo sería la expresión que se me quedó a mí cuando Cam me gritó a la cara que se había enamorado de mí, en medio del aparcamiento del instituto, pero creo que debió de ser bastante parecida a la que tiene Mia ahora mismo. Creo que hasta se habría quedado pálida si no tuviera la piel tan blanquita, ya de por sí. Y esto no me gusta nada. Oh, no.

—Mia, no me jodas... —susurro, casi en *shock*, igual que ella.

Oímos las patitas de *Blue* acercándose por el pasillo y, cuando Grace empuja la puerta de la habitación, Mia se pone un dedo sobre los labios para pedirme silencio sobre este tema.

Joder.

Lectuepubgratis.com

5

Stay beautiful

Me despierto al notar cómo se eleva ligeramente el colchón a mi lado, cuando desaparece el peso del cuerpo de Mia sobre la cama. Está dando vueltas por la habitación y, por la tenue luz que se cuela por detrás de las cortinas, yo diría que aún es bastante temprano.

—*Blue*, vamos, chico —la oigo susurrar, al tiempo que abre la puerta para salir del cuarto.

El perro salta al suelo en un segundo, desde la cama de su dueña, y Grace se da media vuelta, pero creo que ni se ha despertado. Qué bendición. Ella que puede dormir. Ella que no sabe que Mia ha flipado con el tema de Blair Wells. Qué afortunada.

Me quedo en la cama cerca de un minuto, aún decidiendo si seré capaz de poder volver a dormirme. Pero no. Seguro que no. Tengo que hablar con Mia. Ella no ha dormido apenas nada esta noche. Y yo tampoco.

Me levanto y rebusco entre mi maleta, alumbrando el contenido con la luz de la pantalla del móvil. Me cambio el pantalón del pijama por unos leggins, me pongo una sudadera y me calzo mis deportivas, antes de salir sigilosa de la habitación. La casa está en silencio, todos están durmiendo, justo lo que debería estar haciendo yo. No son ni las siete de la mañana. Salgo al exterior y presto atención al horizonte, esperando ver una figura humana y otra canina, por las cercanías. Pero no hay ni rastro de ellos. Me bajo las mangas de la sudadera para cubrirme las manos, no es que haga mucho calor a estas horas. Lo único que se oye por los alrededores es el romper de las olas, allá lejos, al borde del acantilado, algunos pájaros que cantan en el bosque cercano y el graznido de las gaviotas. Qué diferencia con despertar en medio de la ciudad, con el sonido de los coches, las sirenas de las ambulancias y el alboroto de la gente. Me quedaría a vivir aquí. Pagaría por poder despertar a esto todas las mañanas. Entonces me acuerdo de la azotea del segundo edificio más alto de la ciudad, sus vistas, y los brazos y los labios de Cam, y pienso que a lo mejor Sacramento tampoco está tan mal.

Un par de ladridos me sacan de mis pensamientos. Pensamientos que no debería tener en el fin de semana de desconexión, por otra parte. Si mis sentidos no me fallan, provienen del bosque que se extiende por detrás de la casa. Así que rodeo el edificio y sigo el camino que se adentra

entre los árboles siguiendo los pasos de mi amiga y el ladrador *Blue*. Él me ve a mí antes de que yo los vea a ellos y aparece por mi derecha para pegarme un lametón en la mano y darme un susto de muerte. Luego, en cuanto lo acaricio detrás de la oreja, sale corriendo de nuevo para explorar los alrededores.

—¿Mia? —llamo, mientras paseo la vista entre los alargados troncos de los pinos.

—¡Joder, Ashley! —Oigo su voz, unos metros a mi izquierda—. ¡Qué susto me has dado! ¿Qué haces aquí a estas horas? —interroga, y se acerca hasta donde yo estoy, con una mano en el pecho.

Qué exagerada.

—Pues lo que hago aquí es venir a hacerte a ti esa misma pregunta —respondo—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Se encoge de hombros y le da una patada a una piedrecilla antes de volver a retomar el paso, obligándome a ponerme en marcha para seguirla.

—No podía dormir. Necesitaba un poco de aire —reconoce, sin mirarme—. No quería despertarte —se disculpa.

—No, si no estaba dormida del todo —la tranquilizo—. Casi no he pegado ojo porque no has parado de dar vueltas en toda la noche —la acuso después—. Imagino que tú tampoco has dormido mucho... ¿Me lo vas a contar ya? ¿O he salido de la cama a estas horas para nada?

Mia suelta un suspiro muy largo. Demasiado como para que ahora pueda decir que no le pasa nada. Ya se ha delatado. Aunque tampoco hacía falta. Y, de todas formas, ya sé lo que es. Pero necesito oírselo decir en voz alta. Porque es que yo estaba completamente convencida del punto en el que ella estaba, después de nuestra conversación del domingo. Y ahora... Ahora sé que interpreté mal sus palabras. Que dijo que la ve más como enemiga que como amiga, pero eso no significa que no la vea desde otro ángulo que no sea el de la amistad, tampoco. Joder, Blair Wells. Es que yo alucino, de verdad.

—¿Qué te dijo Blair exactamente? —pregunta mi amiga, con la mirada clavada en el suelo y sin dejar de caminar.

Blue llega hasta nosotras con un palo en la boca y lo deja a mis pies, soltando luego un solo ladrido, para que se lo lance bien lejos. Lo recojo y cumplo sus deseos, antes de hablar.

—Dijo que quería ayudarme porque ella también necesitaba mi ayuda. Y dijo que se ha enamorado de ti y que necesita llevarse bien conmigo porque, si no, tú nunca vas a querer nada con ella, o algo así —le resumo.

—¿Dijo «enamorada»? —pregunta Mia, con un hilo de voz.

—Dijo «enamorada», Mia. La maldita Blair Wells me dijo que estaba enamorada de ti. Enamorada y jodida. Como todas —mascullo yo—. Pero lo importante ahora no es lo que dijera ella. Lo importante es lo que tienes que decir tú —aclaro, y tiro de su brazo para hacer que se pare.

Me pongo delante. *Blue* vuelve a estar a nuestro lado con el palo en la boca y meneando la

cola, pero ninguna de las dos le hace caso mientras nos sostenemos la mirada. Mia parece asustada, con sus ojos azules mostrando un millón de dudas, y se muerde el labio como si así consiguiera contener las palabras que no quiere decir.

—Te has enamorado de ella. —Vuelvo a hablar yo al ver que no se atreve a decir nada.

Blue ladra un par de veces, con el palo entre sus patas delanteras y clavando los ojos en mí, a ver si hay suerte y le hago caso. Pero yo busco los ojos de mi amiga una vez más. Esto es fuerte.

—Claro que no —bufa, y aparta la mirada hacia el perro—. No estoy enamorada de Blair, Ash. Eso es absurdo. Yo no... Yo nunca... Blair no es el tipo de persona de la que yo podría enamorarme. Es...

No termina la frase. Creo que porque no puede seguir engañándose a sí misma. Y a mí tampoco. No es la primera que no es capaz de admitir lo que siente por alguien. Creo que ya hemos pasado por esto antes.

—Vale. Entonces, ¿qué es lo que sientes? —tanteo.

—No lo sé —dice, en voz baja, pero su tono es tan desesperado que es prácticamente como si gritara.

—¿No lo sabes o no quieres saberlo? —presiono un poquito más.

Mia da un paso atrás, para tomar algo de distancia y recoge el palo de *Blue* y se lo tira bien lejos, antes de echar a andar de nuevo, sin contestar. La sigo también en silencio, porque a lo mejor lo que ella necesita es pensar y no la estoy dejando hacerlo.

—Da igual. No es esto lo que quiero, Ashley. —Me sorprende de pronto—. Estábamos muy bien sin meter sentimientos de por medio. Eso solo lo va a estropear. Yo nunca estaría con ella. No vamos a tener una relación. Es absurdo. Es imposible. —Habla tan rápido que casi me cuesta seguir su monólogo—. Tú la odias. Ella te odia a ti. Pero tú la odias más. A Em y a Grace tampoco es que les caiga bien, precisamente. No puedo estar con alguien a quien odian todas mis amigas. No tiene sentido.

—A mí lo único que me importa es que seas feliz, Mia —digo suavemente, y ella se para en seco y se gira para mirar mis ojos. Le sonrío levemente—. Quiero verte feliz. Y si es con Blair Wells, pues ya me compraré unas cruces de madera y echaré sal en su silla cuando salgamos por ahí a cenar —medio bromeo, y Mia sonríe de medio lado—. Ya me he alejado de ti por esto una vez y no voy a volver a hacerlo —le dejo claro.

—Gracias, Ash —murmura, y me coge de la mano—. Pero es mucho más complicado que todo eso —se lamenta—. No me había parado a pensar en ningún momento si Blair me hace sentir algo o no. Es que ni lo había pensado. Supongo que a lo mejor es porque no quería darme cuenta de que ya no es solo sexo. No importaba, porque las dos habíamos dejado claro que eso era lo único que teníamos. Y ayer me dijiste eso y... ahora estoy confundida. No estoy enamorada de ella —vuelve a decir—. No. No es eso. Eso lo tengo claro.

—No lo estás. Pero ¿podrías llegar a estarlo? —planteo.

—No lo sé —repite, una vez más—. A lo mejor. Puede que..., puede que sí —admite, y

vuelve mirarme a los ojos, con los suyos llenos de dudas.

Asiento. Tengo que intentar demostrarle que lo entiendo, que la apoyo en esto. Aunque no lo entienda. Ni un poquito. Porque es que, a ver, ¿Blair Wells? Ugg.

—¿Y por qué no te das la oportunidad de averiguarlo? —sugiero, usando el tono de voz que usaría si tuviera que hablar con un niño asustado.

Mi amiga vuelve a apartarse de mí y niega varias veces con la cabeza.

—No —dice firmemente—. No. No puedo, Ash. Una chica como Blair no encaja en mi vida. No encaja en mis planes. Era solo una diversión. Solo sexo y nada más. Y eso está bien. No puedo cambiarlo todo ahora. No puedo hacerla encajar con vosotras, es que es más que imposible. Y todo el mundo sabe cómo es Blair. Todo el mundo sabe que no se puede confiar en ella, ¿no? Sería como apostar a un caballo cojo —ejemplifica.

—Los caballos cojos también se merecen una oportunidad —medio bromeo. Y no me puedo creer que sea precisamente yo la que esté diciendo esto. Si es que hablamos de la maldita bruja, de verdad—. Confiar en alguien es arriesgado. Cuando te enamoras de alguien te arriesgas. Pero hay veces en las que arriesgarse merece la pena, supongo. —Tomo prestadas las palabras de mamá. Es por una buena causa.

Y si estoy aquí, plantada en medio de un bosque a las siete de la mañana, y diciéndole a Mia que puede que merezca la pena arriesgarse y confiar en Blair Wells, eso significa que, o me he vuelto loca de remate, o acabo de darme cuenta de que mi madre tiene razón. De que, para ganar, hay que arriesgarse a perder. De que tengo que confiar también yo. Si Mia puede jugársela por Blair Wells, yo puedo jugármela por Cam mucho más, ¿no? Quiero decir, ¡Blair Wells, por Dios! Cam es la apuesta segura. Como tener todos los comodines en una partida de cartas.

—Supongo. Hay veces que sí —imagina ella. Luego me mira con una expresión muy triste—. Pero me temo que esta no es una de esas veces, Ash —murmura.

Silba para llamar la atención de *Blue* y, en cuanto este acude corriendo a nuestro lado, se da media vuelta para emprender el camino de regreso a la casa. Y yo no tengo nada más que decir. Así que la sigo en completo silencio.

Cuando llegamos aún no se ha levantado nadie. Nos entretenemos en preparar algo de desayuno para todos y un par de cafeteras. Justo la clase de sonidos y olores que se necesitan para despertar a alguien.

Son ya más de las nueve cuando Grace me tiende la correa de *Blue*, en el porche de la casa, como manera de decirme que ha pasado a ser mi responsabilidad mientras ella pasa el día relajándose en la playa.

—¿En serio no queréis venir? —pregunto, incrédula.

—No —responde ella, tan tranquila—. Llévate a *Blue* y asegúrate de que no se pierda —medio bromea.

—Sabes perfectamente que no voy a ponerle la correa. —Me rebelo contra las normas, colgándomela del cuello—. No me puedo creer que queráis perderos esto. ¿Sabéis que hay gente

que viene hasta aquí solo para ver el túnel de los cipreses? —insisto un poco más.

—¡Qué bucólica es esta chica! —se burla Eddie *el babas*—. Mientras tú caminas una hora hasta allí, nosotros haremos un castillo de arena en la playa. Con foso y todo —añade, como si eso fuera todo un logro.

Miro a Grace, esperando que ella tenga un plan mejor que ese para la mañana que tenemos por delante.

—Yo pienso tumbarme en la playa y tostarme al sol durante las próximas... —Mira la pantalla de su móvil para calcular—. Tres o cuatro horas —estima.

—No olvides echarte crema —advierto, con un suspiro.

¿De verdad que hemos venido hasta esta maravillosa reserva natural para que se tumbe al sol como puede hacer en la piscina de mi casa? Como yo decía, resulta que Grace es una urbanita. Ya me lo podía haber esperado de ella. Lo que me indigna un poco es que los demás tengan tan poco interés en acompañarme como está demostrando ella.

—Sí, mamá —replica, burlona.

—Flipo con vosotros. —Me rindo, al final, echo a andar y llamo a *Blue*.

No he dado ni cuatro pasos cuando oigo a alguien venir detrás de mí.

—Espera, Ash. —Es la voz de Caleb, y yo me detengo y lucho un solo segundo con mis sentimientos encontrados—. Yo voy contigo.

Me giro para mirarlo y no puedo evitar devolverle media sonrisa de la que él me ofrece. Luego, clavo mis ojos en Mia suplicando con la mirada. No creo que sea una buena idea irme sola con él. No quiero que se lleve la impresión equivocada y llegar a un momento incómodo.

—Bien, veo que alguien es razonable aquí —me pronuncio, sin dejar de mirar a mi amiga—. ¿Alguien más se apunta? Vamos, aguafiestas, ¿para qué habéis alquilado una casa en medio del maldito Point Reyes, si no?

—Creo que Ashley tiene un poco de razón por una vez en su vida —bromea Scott al tiempo que se pone de pie—. ¿Por qué no vamos con ellos, Emily? —la anima.

—Eeeeeeh..., ¿porque hay una hora y pico de caminata de ida y lo mismo de vuelta? —prueba mi amiga como si fuera obvio—. ¿No se puede ir en coche? —gruñe, y pone los ojos en blanco al ver cómo la miramos y levanta las manos, rindiéndose—. Está bien. Iré —cede, de mala gana.

Mia se hace la tonta para librarse de acompañarnos. Pero ya tampoco tengo por qué insistir tanto. Ya no voy a ir sola con Caleb, que era lo que más me preocupaba.

Vamos un poco más lento de lo que yo planeaba, porque Emily no para de decir que no ha nacido para hacer deporte y que se le va a salir el corazón por la boca y que si a nadie se le ha ocurrido llevar una botella de oxígeno para cuando empiece a hiperventilar. Así que los cuatro mantenemos un ritmo moderado y *Blue* solo se aleja para curiosear las orillas del caminito que seguimos.

—Una maravilla de la naturaleza —ironiza Emily cuando llegamos a la estrecha carreterita bordeada por los árboles—. ¿Ya podemos sentarnos a recuperar el aliento?

No espera a obtener respuesta antes de dejarse caer a un lado del camino y tirar del brazo de Scott para que se siente con ella. Yo pongo los ojos en blanco y ella me responde con un corte de mangas.

—Voy a recorrerlo hasta la estación de radio —les pongo al corriente de mis intenciones—. Luego vuelvo a por vosotros, perezosos.

En cuanto digo la última palabra me viene a la mente la imagen del perezoso que Cam me envió el día que fuimos de compras, cuando le pedí que retrasáramos la hora de encuentro del sábado por la mañana. Se me escapa una sonrisita sin que pueda evitarlo. Ahí aún ni siquiera sospechaba lo fácil que era enamorarse de Cameron Parker. Parece que haya pasado un año y no han sido ni tres meses. Pero, vaya, menudos tres meses. Intensos, creo que esa es la palabra.

Blue me sigue trotando en cuanto yo reemprendo el camino. Me adelanta enseguida, olisqueando entre los troncos y moviendo la cola de un lado a otro, sin descanso. Y no es el único. No es el único que me sigue, quiero decir. Caleb se planta a mi lado, amoldándose a mi paso y me tiende un botellín de agua. Lo cojo dándole las gracias a media voz.

—Tenías razón, el sitio es chulo —reconoce—. Merecía la pena la caminata. Sobre todo porque, si hubiésemos venido en coche, nos habríamos perdido las vistas por el camino, que también son una pasada.

Cierro el tapón del botellín y se lo tiendo de nuevo, después de saciar la sed. Lo coge enseguida y roza mis dedos con los suyos al hacerlo. No sé si ha sido intencionado o no pero, sea como sea, me ha producido un cosquilleo nada desagradable que ya me está haciendo sentir culpable. Culpable, ¿por qué? Ni siquiera he hecho nada, ni pienso hacerlo, y Cam no ha dejado para nada claro si quiere estar conmigo o no. Supuestamente no somos nada..., ¿o sí? Nunca hemos hablado de exclusividad, ni nada parecido, aunque tengo que confesar que yo lo daba por supuesto y me imaginaba que él también. No tenía ninguna duda sobre ello. Eso es lo que pasa cuando estás enamorado de alguien, que solo quieres estar con esa persona. Yo no quiero que Cam esté con nadie más. Y menos con la maldita Jessica Harris, con la que seguro que está ahora mismo, llevándola en coche, o hablando de qué va a pasar con ese bebé o... ¿quién sabe? Menuda mierda.

Caleb es un tío guapo. Parece estar interesado en mí. Y es agradable el modo en que me siento estando con él. No es que haya fuegos artificiales ni nada. Ni chispas. Ni mariposas en el estómago. Todo eso es territorio exclusivo de Cam desde hace un tiempo ya. Pero me siento cómoda y me hace ruborizarme un poquito. Supongo que no pasa nada por disfrutar de esa sensación solo por un par de días. Y ha sido Cam el que ha pedido espacio, de todas maneras.

—¿Estás bien? —vuelve a hablar mi acompañante, una vez que he separado los dedos de los suyos como si acabara de pincharme.

—Sí, claro —me apresuro a decir—. ¿Por qué no iba a estarlo? —Me hago la tonta.

Lo miro y veo que sonríe de medio lado, con la botella de agua pendiendo de su mano derecha.

—Porque hace un par de días vi el coche de Cameron Parker cruzando mi barrio y no eras tú la que iba en el asiento del copiloto —suelta, como si nada.

Aparto la mirada y sigo andando, con la mandíbula tan apretada que casi hasta me duele un poco. No me hace falta preguntar para saber quién ocupaba ese asiento. Está más que claro. Pero cada vez que pienso en ello, me siento peor. Sé que los celos no son buenos, y ojalá no me sintiera así. Ojalá pudiera ser racional. Ojalá. Pero no.

—Lo siento. —Se da mucha prisa en decirlo, y precisamente por eso sé que no está siendo sincero. Sabía perfectamente lo que decía y para qué—. Scott dice que ya no estás con él...

—Eso no es verdad —gruño, y me arrepiento al instante de haber sonado tan agresiva, pero Caleb no dice nada—. Bueno, no... No lo sé —tengo que reconocer tras unos segundos de silencio—. No sé muy bien cómo estamos.

Avanzamos unos cuantos metros más en silencio. Y no sé por qué he dicho nada, o por qué me ha parecido necesario darle explicaciones a este tío con el que apenas había cruzado unas cuantas palabras en mi vida. Estoy tentada de darme la vuelta y regresar junto a Scott y Emily, pero entonces él vuelve a hablar.

—No quiero meterme donde no me llaman, Ash —empieza, y es más que obvio que es mentira. Porque sí quiere meterse. Quiere meterse mucho y eso que no lo llama nadie en absoluto —. Pero no entiendo lo tuyo con ese tío. Esa panda de populares son todos unos... Él es un capullo —especifica al final, dejando a los demás de lado—. Y tú eres... Tú no eres la clase de chica que se deja engañar por un capullo como ese —termina.

Sonrío un poco. Porque casi me dan ganas de decirle que sí, que Cam es un auténtico capullo. El capullo más adorable que he conocido nunca. Y que yo soy la clase de chica a la que le gustan los capullos. Ya lo dijo mi favorito en una notita en clase de biología.

—Cam no es así —rebato en tono tranquilo—. No es ninguna de esas cosas que se cuentan por ahí sobre él —lo defiendo—. Tú no lo conoces.

—Puede que no —cede enseguida—. Pero hay que ser muy capullo y muy estúpido para llevar a Jessica Harris en su coche, pudiendo llevarte a ti.

Su tono es muy dulce y, cuando lo miro de reojo, veo que tiene sus ojos clavados en mí, sin dejar de caminar. Noto el calor encendiéndome un poco las mejillas, otra vez. Me aclaro la garganta y lo veo sonreír, satisfecho con el efecto que ha logrado en mí.

—Yo no necesito que nadie me lleve en su coche. Tengo coche y permiso de conducir, aunque no sea una experta en cambiar ruedas —bromeo.

Él suelta un par de carcajadas y a mí se me vuelve a encoger un poco el corazoncito, porque echo de menos la risa de Cam como echaría de menos el aire para respirar. Y sé que la maldita Jessica Harris tampoco ha podido disfrutar de ella, por mucho que haya tenido el culo en el asiento de su Honda, y eso no me hace sentir mejor sino aún peor. Que Cam no se ría es una gran pérdida para la humanidad, un puñetero desastre natural, peor que la sequía más devastadora que haya podido existir.

—Vale, ese corte me lo he ganado —concede Caleb, divertido—. Eres una chica independiente, eso está claro. No solo eres una cara bonita que casi llega a reina del baile, no. También sabes cambiar una rueda, al menos ahora ya sí —bromea—. Eres inteligente, una media de notas envidiable. Y eres una gran conversadora y una chica divertida —continúa con sus elogios—. Por eso no debe extrañarte que me pregunte qué demonios ha visto alguien como tú en un tío como Parker.

—Si te lo preguntas es que nunca has hablado con él, o no te has molestado en conocerlo más allá de la fama que lo precede —acuso.

—¿Es por el rollo de jugador de fútbol? —prueba en tono burlón—. ¿Porque tiene el doble de brazo que yo? ¿Por los ojitos verdes? —va preguntando.

Y no quiero, pero la verdad es que, al final, la forma en la cual lo pregunta y su manera de moverse a mi alrededor, termina por hacerme sonreír.

—Para ya —exijo.

—Eh, oye, Ash, los chicos del club de ciencias también tenemos bíceps, aunque estén un poquito más escondidos debajo de toda esta piel fofa y un pelín de grasa —bromea doblando el brazo justo delante de mis ojos para marcar músculo.

Le golpeo el brazo con la palma abierta para que lo aparte de mi vista y freno la marcha al darme cuenta de que hemos llegado al final del camino, a los edificios que componen la estación de radio. Silbo para llamar a *Blue*, que no está en ningún lugar a la vista, y giro sobre mis talones para emprender el camino de vuelta.

—Tu piel fofa no me ha impresionado tanto como tú te esperabas —lo pico, con la sonrisa de medio lado y dejándolo atrás.

Se da mucha prisa en alcanzarme de nuevo. *Blue* llega hasta nosotros como un rayo y da un par de vueltas a mi alrededor, como buen perro pastor, antes de volver a adelantarse por el camino.

—Tengo otros músculos bastante más desarrollados —insinúa con voz pícara, y yo suelto un bufido en respuesta—. ¡Eh! Me refería al cerebro y al corazón, mal pensada. —Se ríe cuando yo lo hago y da un saltito para plantarse delante y cortarme el paso—. A lo mejor tú tampoco te has parado a conocerme más allá de la fama que me precede —insinúa, clavando sus ojos rasgados en los míos. Y son bastante sexys.

—¿Tu fama de friki? Y el cerebro no es un músculo, chico de ciencias —me burlo, con una sonrisa divertida.

Hace una mueca, pero enseguida vuelve a sonreír.

—Mi fama de gigoló —aclara, mientras alza las cejas intermitentemente.

Yo suelto una carcajada y me aparto a un lado empujando su hombro con el mío al pasar y llamándolo «fantasma».

—A mí no me importaría conocerte a ti más allá de tu fama de heroína de las chicas de clase media que suspiran por los principitos, Ashley —dice a mi espalda. Y suena muy serio esta vez

—. De hecho, lo estoy deseando.

No me giro a mirarlo, pero siento cómo mi corazón pierde levemente el ritmo. Mierda. Yo no quería llegar hasta aquí. No quería llegar a esto para nada. Y en un mundo paralelo esto habría sido perfecto. En otra realidad, Caleb podría ser un chico por el que yo me colara, fácilmente. En una realidad sin Cameron Parker, claro. Pero no es el caso.

—Mejor que volvamos —me decido a decir, como si no hubiera escuchado lo que acaba de confesar él—. Si no, al ritmo de Emily, nos perderemos la comida.

—Pillo el mensaje, Ash. —Es más directo, tranquilizándome. Vuelve a ponerse a mi altura y me mira insistentemente hasta que yo vuelvo la vista hacia él, con las mejillas más que probablemente sonrojadas—. Tranquila. No pasa nada. Soy un tío paciente —asegura.

Me guiña un ojo y acelera el paso, obligándome a correr un poco para seguirlo. Pero no digo nada más. Y él tampoco.

Me paso el resto del día intentando evitar quedarme a solas con Caleb. Mis amigas no ayudan mucho a mi propósito porque Emily se pasa el rato bien pegadita a Scott; Grace está tonteando descaradamente con Damon, sin acordarse mucho de Joe Richardson, al parecer, y Mia ya tiene bastante con sus propios pensamientos de tormento y huyendo de Eddie *el babas*, quien, o bien no se ha enterado aún de que es lesbiana, o se lo ha tomado como un reto. Así que busco un nuevo aliado en Jeff ofreciéndole un poquito de conversación acerca de su tema favorito: Vanessa. El tío está patéticamente colgado de ella, pero, gracias a nuestra charla, descubro que es lo único patético que hay en él. Aunque, bueno, ¿quién no es un poco patético en esto del amor? Resulta que Jeff Roberts es un chico muy inteligente, con un gusto exquisito para las series de televisión y amante de la lectura, y de esos quedan pocos. Además, tiene sentido del humor. Lo que pasa es que es bastante difícil llegar hasta él porque es tímido, inseguro, y se pasa media vida pegado a su ordenador y a su PlayStation. Un auténtico *nerd*.

Después de la cena nos sentamos fuera para jugar a un juego de cartas que ha traído Scott. Empezamos todos juntos, pero vamos perdiendo gente por el camino, a medida que la partida se alarga y va haciéndose más y más tarde. Jeff es el primero en retirarse a su habitación, y supongo que es probable que no vaya a dormir, sino a leer un rato un libro de ciencia ficción; por lo que me ha contado antes, va por la mitad de uno muy interesante. Luego desaparece Damon, que dice estar harto ya de este juego. Y, poco después, Grace, que lleva ya un rato diciendo que le duele la cabeza de tanto sol. Me da la impresión de que Mia no tardará mucho en abandonarnos también si Eddie *el babas* no se aleja de ella de una vez.

Estamos en lo más emocionante de la partida actual cuando nos interrumpe el tono de un teléfono móvil. Es el de Scott, que está sentado a mi lado y lo tiene sobre la mesa, y el sobresalto de esa interrupción me lleva a echar un vistazo a la pantalla casi inconscientemente. Nada más lejos de mi intención que cotillear, claro está. Pero hay cosas que son inevitables. Como lo es que se me revuelva el estómago y me duela el corazón al leer el nombre que identifica la llamada entrante.

Cam.

Miro a mi amigo y él me mira a mí a los ojos, casi con la disculpa escrita en ellos, como si fuera una traición que hablara con él. Coge el móvil y descuelga antes de alejarse de nosotros, llevándoselo a la oreja.

—Ey, tío —saluda, en voz baja, supongo que para que yo no me entere de lo que hablan—. ¿Cómo vas...? No, no pasa nada, tranquilo. ¿Estás bien? Sí, bien, bien. Todo bien. —Lanza una mirada rápida a donde yo estoy y luego se apresura a alejarse unos cuantos metros más.

Genial. Esto es sencillamente genial. Que Cam llame a Scott por teléfono casi de madrugada, pero a mí no me mande ni un mísero mensaje para preguntar cómo estoy, es de lo más frustrante que podría estar pasándome ahora mismo. Está claro que Scott no quería que me enterara de que era él quien llamaba. Y también imagino que Emily sabe perfectamente que esos dos mantienen las vías de comunicación abiertas, muy al contrario de lo que hacen conmigo. Pero nadie me ha dicho nada. Y saber que Cam está al otro lado de ese maldito teléfono que Scott tiene pegado a la oreja es demasiado para mí. Es que está oyendo su voz ahora mismo. ¿Y yo? Yo tengo que seguir sentada en esta silla, fingiendo que no me importa no saber nada de él. Fingiendo que me da igual que no me llame. Fingiendo que estoy bien. A ver si al final me lo creo.

Me levanto y anuncio que voy al baño, pero con la voz destilando tanta mala leche, que no creo que nadie tenga dudas de que mi necesidad más vital ahora mismo no es vaciar mi vejiga, sino alejarme de todo por un ratito. Oigo a Emily pronunciar mi nombre a mi espalda, pero no me detengo y tampoco tengo la impresión de que ella quiera venir detrás de mí.

Me miro al espejo durante un rato largo, intentando controlar las lágrimas que se me agolpan detrás de los párpados. No voy a llorar. Esta vez no. No este fin de semana. No he venido hasta aquí para esto. Respiro hondo y me concentro en recuperar una expresión tranquila, clavando los ojos en las pupilas de mi reflejo. Muy bien. Mantente tranquila. Respira. Mantén la compostura, Ashley.

Cuando abro la puerta para volver al pasillo y al exterior de la casa, me encuentro a Caleb apoyado en la pared de enfrente, como si me estuviera esperando. Me sonríe de medio lado al ver mi cara de sorpresa.

—No he oído la cadena, ¿eres de esas ecologistas que no tiran cuando hacen pis para ahorrar agua? —bromea—. O es que no has venido al baño para hacer pis, Ashley.

—Lo que haga o no haga dentro del baño es algo bastante íntimo, ¿no te parece? —Se la devuelvo, mucho más seria que él—. ¿Y tú? ¿Has venido a usar el baño o estabas dando un paseo?

—He venido a ver si estabas bien, porque se ha generado mucho mal rollo en esa mesa con la llamadita que ha recibido Scott —comenta despreocupadamente—. ¿Estás bien?

—Claro que sí —respondo, con altivez.

—Ah, vale —acepta.

Me coge del brazo cuando voy a avanzar hacia la salida y tira de mí haciendo que mi cuerpo

se apoye contra la pared y cortándome la retirada.

—Soy paciente, Ashley. Pero no quiero esperar más para que sepas que yo no llevaría a la jodida Jessica Harris en mi coche si pudiera llevarte a ti; y no llamaría a Scott teniendo tu número —añade, muy serio, con los ojos clavados en los míos y a unos escasos centímetros de mi boca.

Aparto la mirada y bajo la cabeza, para clavar los ojos en el suelo, pero solo llegan hasta el verde de la camiseta que él viste. Estoy intentando pensar qué debería contestar para dejarle muy claro que esto no va a pasar, pero siento que la cabeza me da vueltas y mis conexiones neuronales han perdido bastante cobertura. Pone una mano en mi mentón y levanta mi cara hasta que vuelvo a encontrar sus ojos. Casi ni me doy cuenta de que sus labios están sobre los míos hasta que siento su lengua recorrer mi labio inferior, dulcemente. Tiene los labios fríos y húmedos y sabe a cerveza. A cerveza helada. Y mi boca responde sin que yo le dé permiso, entreabriéndose y permitiéndole el paso. Le devuelvo el beso casi sin saber por qué, con la cabeza animándome con un «a la mierda todo» y el corazón protestando a gritos de «no es así como debería ser». No besa como Cam; no huele como Cam, y no sabe como Cam. Claro, porque no es Cam, y por lo tanto no es a quien yo quiero besar. Me aparto bruscamente mientras mi organismo sigue con su lucha interna entre cabeza y corazón; ahora ya han pasado de la guerra fría a la maldita guerra mundial y casi puedo sentir cañonazos aumentando la ansiedad en mi pecho. Estoy a punto de gritar que no, que pare, que no puedo más, que esto no tiene que ser así. Pero entonces oigo la voz de Scott desde la puerta de entrada. Y estoy más que segura de que ha visto lo que acaba de pasar.

—Caleb.

Llama a su amigo, y no a mí. Yo empujo a Caleb para poder alejarme de su lado y paso junto a Scott con la mirada baja, sin atreverme a separarla del suelo. Mia y Emily hablan a la vez cuando me ven aparecer de nuevo, pero yo les hago una seña para indicar que no quiero hablar y que necesito un momento para estar a solas y me alejo adentrándome en la oscuridad, caminando hacia los acantilados.

Un cuarto de hora de caminata, y ni siquiera lloro, pero no me siento capaz de parar la marcha o empezaré a hacerlo como una idiota. Mierda. No podría cagarla más. Si es que es imposible. Y hay alguien que no ha respetado mi súplica por un poco de intimidad y camina bien pegadito a mi pierna, por si me pierdo. Llego al borde del acantilado y me siento en la hierba abrazando el cuello ancho y peludo de *Blue* cuando él se coloca a mi lado. Me da un lametón en la mejilla y tengo que sonreír levemente. Ni siquiera me salen las lágrimas. Paso un rato contemplando el reflejo de la luna en el batir de las olas, hasta que oigo pasos acercarse por mi espalda. *Blue* es el primero en levantar la cabeza, tumbado a mi lado en el suelo, y suelta un gruñido bajito. Pero luego reconoce al intruso y mueve la cola un par de veces antes de acomodarse de nuevo.

—Ash —dice Scott, de pie a mi espalda.

Ni siquiera lo miro, y no digo nada. Él no pide permiso para sentarse a mi lado y darme una

palmadita cariñosa en la pierna.

—Em quería venir a buscarte, pero ya sabes lo miedica que es —se mete con su novia—. He tenido que hacerme el valiente y adentrarme en la oscuridad yo solito. Menos mal que has seguido la línea recta —medio bromea—. Bueno, he venido yo y no ella por eso y porque soy yo el que tiene algo que decirte —explica, cuando le respondo solo con silencio.

—No hace falta que me des explicaciones —lo tranquilizo, acariciando rítmicamente la cabeza de *Blue* entre las orejas—. Cam es tu amigo y hablas con él. No importa. Da igual. Y yo tampoco voy a darte ninguna explicación, Scott. No sé lo que has visto, pero...

—Mejor no te relajes mucho con Caleb —aconseja, y yo giro la cabeza para mirarlo, sorprendida por sus palabras—. Es mi amigo, pero es un cabroncete mujeriego —me cuenta, y si hay algo que no esperaba oír sobre Caleb es eso, precisamente—. Venía aquí con la idea de tirarse a alguna de las amigas de Melanie. Y, ahora, te ha visto a ti que eres un bombón, como dice Em, y ha cambiado de objetivo. Eddie me ha dicho que ayer le apostó veinte pavos a que era capaz de ligarse a la chica del capitán del equipo de fútbol este fin de semana.

—Pues qué bien —mascullo, cabreada.

Cabreada, pero también un poquito dolida en mi autoestima. Porque pensar que un chico guapo como Caleb iba detrás de mí era un puntito de subidón para mi ego, pero ahora se está desinflando bastante rápido.

—Tú no eres ningún trofeo, Ash —dice mi amigo, con cariño—. Solo asegúrate de rodearte de gente que te merezca, anda.

No digo nada y me empuja un poquito con el hombro como para sacarme de mi introversión.

—Y respecto a Cam... —empieza, tras unos segundos de silencio.

—No tienes que decir nada, Scott.

—No te preocupes, no voy a decirle lo que he visto antes.

Me da la impresión de que casi lo dice en broma.

—A Cam no le importa lo que hayas visto o dejado de ver. Eso está más que claro —gruño entre dientes.

—¿Ah, no? —me lleva él la contraria—. No debemos estar hablando del mismo Cam, entonces —dice, y lo veo sonreír, con el rabillo del ojo.

—Es posible —le doy la razón—. Últimamente siento que no lo conozco.

—No seas tan dura con él. —Vuelve a sorprenderme—. Está muy jodido ahora mismo. Y no está manteniéndote a raya para joderte, aunque te joda —trata de aclarar. No digo nada, así que continúa—: Me llamaba para preguntarme cómo estás tú.

Me giro para mirarlo. Sus palabras no mejoran las cosas. Para nada. Hacen que se agrande un poquito más el nudo de rabia que lleva toda la semana anidado en mi estómago.

—¡Qué detalle! —ironizo—. Podría llamarme a mí y preguntar y así saberlo de primera mano y, ya de paso, podría preguntarle yo cómo está él. ¿No es más fácil que tenerte a ti de intermediario?

—Para él, no. No quiere que sepas que está mal. No quiere preocuparte, ni cargarte con eso —explica, como puede.

—No soy una niñita, Scott. —Me enfado con él, tanto como lo estoy con Cam—. No necesito que un tío que se cree un caballero con armadura me proteja de nada. Y se lo he dicho. Lo único que le pedí es que no me apartara de su lado. Pero mira cómo estamos —protesto—. Así que no vengas ahora a defenderlo porque te llama para preguntar cómo estoy. La próxima vez dile que si quiere saber algo de mí me lo pregunte directamente, y, si no, que se vaya olvidando de que existo, porque parece que ahora se cree que soy una muñequita de porcelana —me exalto.

Scott levanta las manos en son de paz y hasta se aleja un poco de mi lado, como si le estuviera asustando.

—Eh, no mates al mensajero —medio bromea—. Estoy seguro de que Cam sabe que no eres de porcelana, chica, no hace falta que te pongas así —advierte, con una sonrisita divertida—. Es solo que tiene muchas cosas encima ahora mismo y no sabe muy bien cómo gestionarlas, creo. Dale un respiro —intercede por él.

—No me jodas. ¿Un respiro? ¿Eso qué quiere decir exactamente? Parece que cuando las cosas se han torcido un poco, me he vuelto una molestia en vez de una ayuda...

—Eso no es así, no saques las cosas de quicio —pide Scott, con voz suave.

Saca el teléfono móvil del bolsillo de sus vaqueros cortos y se pone a toquetear la pantalla, mientras yo miro al horizonte con los dientes apretados, más cabreada que antes. Me pone el aparato delante de la cara y me insta a cogerlo con un movimiento insistente de la mano.

—¿Qué? —pregunto, con desgana.

—Esto es de anoche. Puedes leerlo —me anima.

Cojo el móvil entre las manos y compruebo la pantalla. Es su chat con Cam y me deja ver justo el primer mensaje que recibió de él anoche. A las nueve y once minutos.

Ey, tío, ¿qué tal? Ya estáis en la casa, ¿no? ¿Todo bien?

Todo bien. Y yo estoy de maravilla, gracias por preguntar.

Sabes que ya no puedo vivir sin saber de ti. Deberías haberme escrito al llegar.

Ojalá pudiera creerte.

¿Cómo está Ash? ¿Está bien?

Está bien. Pero ¿por qué no se lo preguntas tú mismo? ¿No crees que estás llevando demasiado lejos esto de no mezclarla en tus movidas?

Estaría mejor si no pensara que pasas de ella, tío.

Ella no piensa eso.

No, claro. Bueno, no te preocupes, este fin de semana va a estar entretenida. No le dejaremos pensar en ti, si es eso lo que quieres.

¿Qué tal con las chicas? ¿Están bien? Ash las echaba mucho de menos.

Ellas también la echaban de menos y deja de preocuparte, están bien, como si nunca hubieran dejado de hablarse.

[Vídeo.]

Míralas.

Está preciosa.

Pues sí. Se arregla mucho más desde que está cabreada contigo.

No necesita maquillaje para estar preciosa.

Espera que me está llegando la arcada de vómito arcoíris que acabas de enviarme.

Ja, ja. ¿La cuidas por mí?

Se sabe cuidar solita, colega. Y ha cambiado la rueda del coche, está más orgullosa que el día que me dio una paliza a las damas.

Ya sabes lo que quiero decir. Solo quiero que esté bien. No quiero que pierda esa sonrisa. Dile que se mantenga así.

O también puedes llamarla y decírselo tú.

Tengo que arreglar un par de cagadas primero.

Date prisa con eso.

Hago lo que puedo, pero es complicado. ¿Me irás contando cómo está?

Cuando quieras.

Gracias, tío. Recuérdale que estoy loco por ella, si puedes, pero no le digas que eso lo he dicho yo.

Le devuelvo el móvil a Scott sin apagar la pantalla y sin terminar de leer la conversación. Si es que ya no quiero saber más. Porque Scott piensa que esto va a servirme de algo, pero no. Cree

que va a calmar mis dudas y mi alma atormentada, pero no lo hace. Porque diga lo que diga, sigue sin decírmelo a mí. Sigue alejándome cada vez que intento acercarme. Y eso me está matando. Así que unas cuantas palabras no cambian nada cuando sus actos me están demostrando que ya no me quiere a su lado. Al menos, no ahora mismo.

Y el idiota de Scott le envió un vídeo en el que estábamos preparando la cena y Emily y yo estábamos cantando *Perfect* de One Direction con todo nuestro sentimiento. Sin pedir permiso ni pagarnos derechos de imagen ni nada de nada. Tampoco es que me dé vergüenza que Cam me vea cantando con una cuchara de madera a modo de micrófono, a estas alturas, pero en fin.

—Esto no cambia nada, Scott —digo al final, tristemente.

—Está loco por ti —me recuerda mi amigo.

—Eso dice —lo dudo yo, y me pongo en pie. *Blue* se levanta de un salto a mi lado, dispuesto a seguirme—. Gracias por venir a verme y por contarme esto. —Le doy un apretón en el hombro —. Creo que necesito irme a dormir.

—Ha sido un día largo —se muestra de acuerdo él, y se levanta también para seguirme.

Caminamos en silencio de vuelta a la casa, con *Blue* siempre unos pasos por delante. Ninguno de los que quedaban en la mesa del porche se han movido de allí, y yo cruzo una mirada con Caleb, que aparta la suya enseguida. Tampoco es que fuera a decirle nada. No vale la pena.

—Me voy a dormir —anuncio, en general—. Buenas noches.

—Yo también voy. —Se une Mia.

Entramos juntas en la casa tras recibir el «buenas noches» de los demás, y *Blue* se viene con nosotras, dispuesto a dormir a pata suelta en la cama con su dueña. Pero cuando entramos en la habitación, con todo el sigilo posible, resulta que Grace no está en su cama.

—Iba a preguntarte si estás bien —confiesa Mia, tras encender la luz para comprobar que no son imaginaciones suyas lo de la cama vacía—. Pero ahora mismo me parece más urgente preguntarte dónde se ha metido Grace —medio bromea.

—Ya. Pues no tengo ni idea —tengo que reconocer.

Nos damos media vuelta y salimos de nuevo al pasillo, para comprobar el baño, las dos a la vez. La puerta está abierta y el baño vacío, pero, justo cuando nos estamos mirando entre nosotras, cada vez más preocupadas, oímos una puerta que se abre con sigilo y nos asomamos a cotillear. Es la de la habitación de Damon y Caleb. Y es Grace la que sale al pasillo, despacio y en silencio, y cierra la puerta muy lentamente tras de sí. Lleva el pelo bastante alborotado y la camiseta de tirantes del pijama mal colocada. Para en seco, y pierde todo el color que había conseguido darle a su piel con las horas de sol, en un segundo, cuando nos ve. Y nosotras también tenemos que habernos quedado con cara de tontas. Seguro que sí.

—¿Qué coño...? —empieza Mia, en un susurro bastante alterado.

—Grace, ¿qué...? —lo intento también yo.

Ella acaricia la cabeza de *Blue* y luego extiende los brazos para obligarnos a retroceder hasta entrar en nuestra propia habitación. En cuanto estamos allí, cierra la puerta y nos mira con cara

de extrema culpabilidad.

—Chicas, esto no puede salir de aquí —advierte.

Y yo que pensaba que en este día ya había pasado de todo.

Lectuepubgratis.com

6

Come in with the rain

Son las seis de la mañana y *Blue* y yo estamos viendo salir el sol desde el borde del acantilado. Bueno, lo cierto es que él se pasea de un lado a otro olfateando todo lo que hay a su alcance y haciendo pis aquí y allá. Y yo estoy apoyada en una valla de madera sencilla, que protege la caída desde el acantilado en el punto más escarpado, unos cuantos metros a la izquierda del caminito que llega hasta aquí desde la casa.

No he dormido absolutamente nada esta noche. Nada de nada. Porque después de pasarnos horas cuchicheando, las tres acurrucadas en la cama de matrimonio y con *Blue* a nuestros pies, se nos hicieron casi las cuatro de la madrugada. Al principio solo hablaba Grace, mucho y muy alterada, y Mia y yo nos limitábamos a introducir alguna pregunta para ahondar en ciertos aspectos, de vez en cuando. Luego Mia se interesó por lo que me había pasado a mí, pero se calló que el día tampoco había sido fácil para ella y no se atrevió a narrar su propio drama interno. Al final, acabé por contarles yo también lo que había pasado con Caleb y cómo me sentía en ese momento. Espero que ellas me entendieran, porque yo aún sigo sin entenderme a mí misma. Y, después de eso, cuando Grace y *Blue* se cambiaron de cama y Mia y yo nos dimos las buenas noches, tampoco podía dormir. Me he levantado pasadas las cinco. Y el perro pastor tenía que controlar a cualquier oveja descarriada del rebaño, así que no ha dudado para nada si debía saltar de la cama y venirse conmigo.

Hace frío a estas horas y, aunque he salido con mi sudadera más gruesa, lo noto llegándome hasta los huesos. No es que eso me importe. Mi cabeza da tantas vueltas en torno a tantas cosas, que no tengo tiempo para preocuparme por mi temperatura corporal. Y, de todas formas, no pasará mucho tiempo hasta que el sol empiece a calentarme la espalda.

Tengo el móvil en el bolsillo delantero de la sudadera, pero no sé para qué me he molestado en cogerlo. Ya sé que él no va a escribir. Y no solo porque sean las seis de la mañana. La hora no es lo importante. Mi fin de semana de desintoxicación de Cameron Parker se ha ido tal y como llegó. Sin una mejoría notable. O sin mejoría en absoluto. Bueno, he tenido un poco de todo: he aprendido a cambiar una rueda, he besado a un completo idiota y he visto el túnel de cipreses.

Algo es algo. Lo he pasado bien y mal a partes iguales. Supongo. He hablado con Mia. He flipado con Grace y su aventura de anoche. Al menos, no soy la única que no tiene las cosas claras. ¿Quién tiene las cosas claras a los diecisiete, al fin y al cabo?

Oigo un murmullo a mi espalda y, cuando me vuelvo, veo a Mia y a Grace llegar juntas, cogidas del brazo y muy pegaditas, protestando por el frío. *Blue* las saluda meneando la cola y enseguida vuelve a ocuparse de sus propios asuntos, mientras ellas llegan a mi altura. Mia parece preocupada, pero Grace me mira más bien con reproche.

—Joder, Ashley. ¿No podías irte más lejos? ¿Ni más temprano?

Mia se suelta de su brazo para rodearme a mí los hombros y estrujarme contra su pequeño cuerpo.

—¿Estás bien? —pregunta, más empática que nuestra amiga común.

Grace se coloca a mi otro lado y también se apretuja contra mí, creo que más para mantener su propio calor que para reconfortarme emocionalmente.

—No podía dormir —me limito a decir, como si eso ya lo explicara todo y no hubiera ningún otro motivo para estar en medio de la nada, mirando el océano con el sol saliendo a nuestra espalda, a estas horas.

—¡Qué pena! Yo dormía plácidamente hasta que Mia me ha despertado porque no estabas —refunfuña Grace.

—A ti ni te pesa la mala conciencia —se burla Mia, que niega con la cabeza—. ¿Creéis que se puede ser más desastre que nosotras ahora mismo? —medio bromea—. El día que acababa el instituto estuvimos chuleando de nuestras hazañas amorosas, y miradnos ahora. Y ni siquiera ha sido la graduación todavía.

Grace apoya la cabeza en mi hombro y suelta un suspiro muy largo y muy alto.

—La he cagado, chicas. La he cagado mucho —se lamenta.

—¿Con qué narices la has cagado y por qué mandáis un SOS cuando ni ha salido el sol? —nos sobresalta la voz de Emily a nuestra espalda.

—Ha sido Mia —se libra Grace de toda culpa.

—Ashley había desaparecido —justifica la aludida.

—El sol lo tienes justo detrás de ti, Em —me burlo yo, señalando el horizonte.

Mi mejor amiga tiene cara de dormida. Y también parece un poco enfadada. Pero solo un poco. Suelta un gruñido bajito en respuesta a mi observación y se acomoda al otro lado de Mia, uniéndose a la piña que formamos frente al océano.

—¿Qué es lo que me he perdido? —pregunta.

—Anoche me acosté con Damon —confiesa Grace, a media voz.

—¿Que qué? —Emily eleva la voz, y Mia y yo chistamos, para que hable más bajo, cuando su voz se propaga en forma de eco—. Estaba yo ya muriéndome del todo con la historieta que me contó anoche Scott sobre Ashley y, ahora, ¿tú, qué? ¿Cómo? ¿Qué? ¿Cuándo? ¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué? ¿Cómo coño...?

—No nos des detalles sobre el cómo, por favor —se burla Mia, con una risita.

La pobre Emily. Ya está hiperventilando. Eso le pasa por dormir en una habitación con su novio mientras todas las demás ocupamos otra todas juntas. Todo el mundo sabe que los cotilleos de madrugada en una fiesta de pijamas de chicas son los más jugosos. Y lo de Grace anoche es mucho más que eso. Una locura. No me atreveré a juzgarla, por muy en contra que esté de las infidelidades. Bastante mal me siento yo por un beso robado. Me imagino que Grace se está sintiendo aún peor. En el fondo sé que tiene conciencia.

—No sé cómo pasó —suspira, y esconde la cara tras las mangas de su sudadera, que le cubren las manos—. Simplemente pasó y ya está. Yo salí del baño, él estaba entrando a su cuarto, me preguntó si quería que me pasara el disco de un grupo del que habíamos estado hablando en la cena. Y, de repente, nos estábamos enrollando. ¡Es que os juro que no sé cómo!

Yo entiendo que a veces las cosas se nos pueden ir de las manos, pero lo de no entender cómo acabas enrollándote con un tío en su cama me parece exagerado, la verdad. Creo que los dos estaban más que predispuestos a lo que pasó, después de pasarse el día tonteando con todo el descaro del mundo. Y, mientras los veía tontear, pensaba que a Grace le venía bien ese jugueteo porque, aunque no ha vuelto a decir nada sobre su pelea con Joe del fin de semana pasado, yo ya me había dado cuenta perfectamente de que seguía un poquito enfadada. Pensé que lo de Damon estaba siendo totalmente inocente, solo un poco de coqueteo inofensivo. Y tampoco pasa nada por eso, ¿no? Pero de ahí a no saber cómo has acabado en la cama con alguien..., en fin.

—¡Y yo no sé cómo no he caído fulminada de un infarto ahora mismo! ¡A las seis de la mañana! —sisea Emily, seguramente para que no volvamos a regañarla por hablar demasiado alto—. Grace, ¿estás loca? ¡Literalmente loca! ¿En qué estabas pensando? ¡Con Damon! ¡Dios mío! ¿Y Joe? —pregunta, sin parar ni siquiera para tomar aliento.

—¡No lo sé! ¿Vale? —responde Grace en el mismo tono—. No lo sé. Yo solo... Sabéis que, esta semana, no terminaba de estar bien con Joe, tenía la cabeza hecha un lío. Y Damon ayer estuvo todo el día detrás de mí y pensé que no pasaba nada por coquetear un poco, que me iría bien... tomar aire, darme cuenta de que hay más tíos en el mundo... Yo no había planeado que terminara así. Si llego a pensar que acabaría así, no lo habría empezado. Pero, al final, una cosa llevó a la otra y se me fue de las manos. Y no estaba pensando nada, ¿vale, Em? No estaba pensando, porque si llego a estar pensando, esto no habría pasado. Pero pasó. Pasó y no me paré a pensar hasta que ya había pasado y no había marcha atrás. Y ya me siento yo bastante mal como para que vengáis a decirme que qué pasa con Joe y si no tengo conciencia —advierte—. Tengo. Tengo conciencia y me siento fatal. Quiero a Joe. Lo quiero, chicas, y no quiero que esto estropee lo que tengo con él. Porque no ha sido nada, ha sido una tontería. —Y, por cómo lo dice, no sé si trata de convencernos a nosotras o a sí misma—. No me gusta Damon. Ha sido un polvo sin importancia y nada más. Sexo sin sentido. Por favor, juradme que esto no va a salir de aquí. Por favor. Joe no puede enterarse de esto —suplica, y alterna la mirada entre los ojos de las tres.

—Yo no voy a decir nada, Grace —la tranquiliza Mia.

—Yo tampoco —me uno al pacto de silencio—. Pero, como ya te dije anoche, creo que deberías decírselo tú —insisto.

Ella no dice nada, pero es obvio que con mi compromiso de callarme lo que sé ya le vale. Lo de contárselo ella a su novio ya se lo recordará su conciencia cada vez que esté con él. O eso me imagino yo. A mí me pasaría. Seguro. Ya estoy dándole vueltas sin parar a si debería contarle a Cam lo de mi beso con Caleb o no, así que no quiero ni pensar lo que me pasaría de estar en la situación de Grace.

—Yo tampoco voy a decir nada —dice finalmente Emily—. Pero el problema no somos nosotras, tía. ¿O te crees que Damon no les va a decir nada a sus amigos? —cuestiona—. Ya te contaré lo que tarda Scott en venir a preguntarme por esta historia —se teme.

—Emily, por favor, tienes que convencer a Scott de que no le diga nada a Joe. —Se preocupa entonces nuestra amiga—. ¡No fue nada! Llevo tres meses con Joe. A veces es un poco gilipollas y, a veces, yo también lo soy. Pero lo quiero de verdad. De verdad, no puedo joderlo todo por algo como esto...

—Dime que usasteis un condón, anda —suplica Emily, con una mueca y voz de paciencia, dando a entender que se encargará de que Scott sea una tumba al respecto.

—Claro que sí —bufa Grace, como si le indignara que pudiéramos dudar de algo como eso.

—Vaya con Damon —dice Mia, con una sonrisita—. Lo acaba de dejar su novia, pero va con condones en los bolsillos, por lo que pueda surgir —insinúa, pícaramente.

—No eran suyos. Los cogió de la bolsa de Caleb —aclara Grace.

Y las tres tontas clavan sus ojitos en mí como si fuera yo la culpable de que Caleb llevara una caja de preservativos en su equipaje y, por lo tanto, tuviera mi parte de culpa en la infidelidad de nuestra amiga de ayer por la noche.

—¿Por qué me miráis a mí, idiotas? —me indigno.

—No, nada. Nada, nada —repiten al unísono, al tiempo que desvían la mirada hacia el horizonte.

Suspiro y niego con la cabeza. Vaya panda de payasas. Seguro que están pensando que debería haber sido yo la que anoche gastó uno de esos preservativos. Casi puedo leerles la mente.

—Y, ahora, cuenta... ¿cómo la tenía? —pregunta Emily, para centrar la atención en Grace y haciendo que las demás protestemos—. ¿Qué pasa? Por lo menos, te lo pasarías bien, ¿no? Dinos que tanta mala conciencia y tanto secretismo no son en vano. —Busca el lado positivo.

—Si digo que fue un polvazo, sería como poner los cuernos dos veces. —Le entran los remilgos. A buenas horas.

—O sea, que lo fue. —Sonríe mi mejor amiga, satisfecha tan solo con eso.

—Por lo menos se te habrá pasado ya el cabreo con Joe, ¿no? —medio bromea Mia.

—No tiene gracia. El tema acaba aquí. Y no hablemos de esto nunca más —impone Grace, muy seria.

Nos quedamos calladas por unos segundos. Creo que tiene razón. Si ella prefiere olvidar, no tenemos por qué seguir dándole vueltas al tema. Por muy fuerte y jugoso que sea.

Pienso en cómo me sentiría en su situación. Inmediatamente me ataca el convencimiento de que yo nunca estaría en su situación. Pero racionalmente sé que eso es solo mi mente autoprotegiéndose con la idea de que yo soy muy buena persona. En realidad, nunca sabes dónde te va a llevar la vida o lo que te va a pasar en un momento dado. Y me imagino que si ayer mismo le hubiera preguntado a Grace si ella sería capaz de engañar a su novio, habría dicho que no con el mismo convencimiento que siento yo ahora mismo. En cualquier caso, en el momento actual, estoy más que segura de que yo no sería capaz de hacerle algo así a Cam. Por mucho que ayer le devolviera el beso a Caleb por unas décimas de segundo. Vale, unos segundos enteros. Joder. Pero luego también pienso en lo que pasó con Tyler durante el viaje al lago Tahoe, mientras él aún estaba con Blair. Y, bueno, yo no estaba saliendo con nadie en ese momento, pero sabía perfectamente que él sí. ¿Hasta qué punto eleva eso mi parte de culpa?

—Decidme, chicas, ¿vosotras perdonaríais una infidelidad? —planteo.

Y sé que Grace ha dicho que no quiere hablar más del tema, pero son las seis de la mañana y estamos las cuatro aquí con *Blue*, mirando el océano mientras charlamos. Me parece el ambiente más apropiado para plantear cuestiones tan filosóficas como esta.

—Ni de coña —dice Emily en primer lugar, totalmente convencida—. Ya le podéis ir diciendo a Scott que, si alguna vez se le ocurre tocar a otra, no volverá a tocarme a mí por el resto de su vida —sentencia—. Y ya sé que siempre hablo de mis fantasías con los tíos buenos del mundo y bromeo con eso de ser la amante de Cameron Parker, pero yo jamás le haría algo así a Scott. Y si alguna vez lo hago, por favor, pegadme un tiro porque no mereceré seguir viviendo —exagera.

—Gracias, Em —murmura Grace, molesta.

—Hablo de Scott y de mí, tía —aclara rápidamente—. No quiero decir que en tu caso merezcas la muerte. Ni mucho menos. Si no, ya te habríamos lanzado acantilado abajo —bromea.

—Pues yo no sé qué deciros —sigue Mia con el hilo de nuestra conversación—. Supongo que todo depende de las circunstancias —deja en el aire, sin decidirse por el sí o el no—. No todo es tan sencillo como parece. Y supongo que, dentro de una pareja, todavía menos. Así que depende del caso. Me imagino que tendría que valorar la relación que tengamos la otra persona y yo, y si yo he sido la pareja perfecta, y si ha sido una cosa casual y sin sentido, como dice Grace, o ha sido algo más buscado. No lo sé. Es complicado.

—Estoy de acuerdo —la apoya la aludida—. Si me lo llegáis a preguntar ayer, habría dicho que no. Pero hoy me ha cambiado un poco la perspectiva. Todo el mundo puede equivocarse alguna vez.

—¿Y tú, Ash? —me devuelve la pregunta Emily—. ¿Perdonarías?

Me permito pensarlo durante un momento, aunque haya sido yo la primera en plantear la

cuestión.

—No lo sé —tengo que decir también—. Supongo que sería capaz de perdonar, en función de las circunstancias. Lo que no tengo tan seguro es que fuera capaz de olvidar.

—¿Para esto has salido de la cama cuando aún no había amanecido y nos has hecho venir a todas hasta aquí? ¿Para pensar en si perdonarías o no una infidelidad? —me pregunta Mia—. ¿O es que hay más cosas que te preocupan?

Niego con la cabeza, con media sonrisa que expresa más culpabilidad que otra cosa.

—No quería angustiaros, chicas, de verdad —me disculpo—. Simplemente no podía dormir y he pensado salir a ver el amanecer. Yo estoy bien. O, al menos, no peor de lo que estaba ayer. —Decido ser un poco más sincera.

—Ya. Pues Scott dice que te vio besando a Caleb y, perdóname, pero si eso no es estar mal, yo soy la maldita Beyoncé. Con pelazo, culazo y piel azabache —aclara Emily, en broma—. ¿Qué pasa con Cam? —pregunta, más suave.

—Sí, eso —respondo yo, irónica—. ¿Qué pasa con Cam? Creo que tu novio y tú sabéis más de eso que yo —le recuerdo—. Y, en realidad, Caleb me besó a mí. Tampoco hay mucha historia que contar detrás —casi gruño—. Siento no haber conseguido aprovechar este fin de semana para volver como una persona nueva, libre de droga Parker en las venas —repito lo que ellas dijeron—. Pero aún me duele que estemos así, aún sigo sin saber lo que va a pasar, y no me he olvidado de lo que siento por él. No ha cambiado nada.

Mia me estruja un poco más los hombros y me besa el pelo, antes de hablar.

—No importa, Ash. Nadie esperaba que te olvidaras de él en un fin de semana —reconoce burlonamente.

—¡Chicas! —chilla Emily, de pronto, y señala hacia algún punto en el océano—. ¡Mirad eso! ¿Los veis? ¿Los veis?

Intentamos seguir la dirección en la que apunta su dedo índice. Y yo soy la primera en verlos, después de ella. Delfines. No demasiado lejos de la costa y saltando por encima del agua como si siguieran una coreografía muy bien sincronizada. Hay un montón. Y verlos es una pasada. Ojalá hubiéramos traído unos prismáticos o algo. Pero no somos unas chicas tan previsoras, por lo que parece. Mia ahoga una exclamación cuando los localiza también. Y Grace tarda un poco más, pero finalmente también disfruta del espectáculo. Y nos quedamos un buen rato viendo a esa familia de cetáceos, disfrutando y jugando entre las olas. Las cuatro bien juntitas, apretujadas para conservar el calor. Nosotras también somos una familia. Eso es lo que se dice de los amigos de verdad, ¿no? Que son la familia que uno elige. Y ellas son la familia que he escogido yo.

Es ya primera hora de la tarde cuando cargamos los coches para emprender la vuelta a Sacramento. Las cuatro nos hemos pasado la mañana durmiendo, Emily apretujada con Mia y conmigo en la cama de matrimonio mientras Grace compartía cama con *Blue*, que no ha querido

marcharse por ahí con los chicos. Antes de volver a la cama hemos desayunado, claro. Uno de los grandes placeres de la vida. Desayunar y volverse a la cama. Y, al final, el fin de semana ha sido perfecto si tenemos en cuenta que me ha permitido recuperar a mis amigas justo como éramos antes de toda la tontería de mi pelea con Mia por culpa de la bruja. Bueno, quizá la culpa no fue de la bruja. Pero yo prefiero pensarlo así. La cuestión es que ahora me siento integrada nuevamente, como si nada hubiera pasado. Y eso sí que era algo que venía necesitando desesperadamente. Mucho más de lo que necesito desintoxicar mis venas de droga Parker.

—Vale, ¿lo tenemos todo? —pregunta Scott, una vez que hemos terminado de llenar los maleteros.

—Todo —confirma Grace, antes de meter medio cuerpo en mi coche para enganchar el arnés de *Blue* al cinturón de seguridad.

—Aquí quedan unos restos de snacks —señala Jeff con una bolsa en la mano—. ¿Queréis llevároslos vosotras?

—Pues ¿sabes qué? Que sí —decido yo, avanzando hacia él para coger la bolsa.

La Ashley insegura y tonta del pasado se habría callado y habría dejado que se los comieran ellos por el camino, pero como ahora ya no soy esa Ashley es el momento de empezar a ser asertiva, y de dejar de ser tonta.

—Ya podemos irnos entonces —dice Damon, y da una palmada para ponernos en marcha.

No he podido evitar fijarme en lo relajado y sonriente que parece él en este día. Todo lo contrario que Grace, a decir verdad. Pero no ha intentado acercarse a ella ni una sola vez. Y ni que decir tiene que ella lo está evitando tanto como puede. Al menos, parece que está claro que para ambos significa lo mismo lo que pasó: una aventura de una noche y nada más.

—Procura no pinchar una rueda esta vez, ¿eh, Bennet? —se burla Eddie *el babas*.

Me limito a hacer una mueca y no contesto. Es hora de irnos.

—Ashley. —Oigo que Caleb me llama en voz baja cuando paso a su lado, al caminar de vuelta a mi coche.

Giro la cara para mirarlo, en espera de lo que tenga que decir. Me sorprende que tenga algo que decir, si tengo que ser sincera. Es obvio que él ya sabe que Scott me ha contado cuáles eran sus verdaderas intenciones. Y todo el mundo sabe que ya lo sé. Preferiría dejar las cosas como están y no tener nada más que ver con él. Pero parece que va a decir algo y es de mala educación dejarlo con la palabra en la boca.

—Oye, sé lo que te dijo Scott, pero quiero que sepas... —empieza, hablando en voz muy baja.

—Ahórratelo, anda —digo, con media sonrisa burlona.

—No, espera —me pide, y hace amago de sujetar mi brazo, pero finalmente no llega a tocarme—. Puede que no viniera aquí con las mejores intenciones. Pero necesito que sepas que mi opinión ha cambiado —murmura, y da la impresión de que le preocupa mucho que lo escuchen los demás—. Que lo de ayer no fue parte de ningún juego tonto. Iba en serio, Ash. Fue de verdad. Creo que vales la pena —termina, bajo mi atenta mirada.

Espero un segundo, para ver si tiene intención de seguir hablando, pero parece que no. Así que le sonrío y asiento.

—Claro que sí —me muestro de acuerdo con él. Pero yo no modero para nada mi tono de voz. Me alejo hacia mi coche mientras sigo hablando con él, en voz bien alta—. ¿Sabes qué, Caleb?: valgo bastante más de veinte dólares —le dejo claro.

Me monto al volante de mi coche y mis amigas se apresuran a subir también, alabándome y burlándose de mí a partes iguales por mi declaración de principios.

El viaje transcurre sin incidencias esta vez. Bueno, no más incidencias que las que provocan las minidiscusiones que se generan cuando volvemos a hablar del tema tabú de Grace, a pesar de tenerlo prohibidísimo. Y me entristece un poco que Mia no hable de su propia situación tan abiertamente como lo hacemos las demás. No ha querido contarle a ninguna de nuestras amigas la conversación que tuvimos ayer por la mañana en el bosque. Pero sé que, aunque no quiere hablar de ello, no para de darle vueltas.

Cuando llegamos a Sacramento está lloviendo. Vale, afirmar simplemente que está lloviendo es quedarse corto. Muy corto. Está diluviando. Es como una de esas típicas tormentas de verano en las que parece que el mundo se va a acabar, pero que duran muy poco tiempo. Y eso que todavía no estamos oficialmente en verano. Supongo que el calor asfixiante que hace tiene que ver con este fenómeno. Y la lluvia no consigue refrescar el ambiente. Dejo a Grace y a *Blue* en su casa, en primer lugar. Y, en cuanto ella se baja del coche, nos dedicamos a hablar de su lío con Damon durante todo el camino hasta casa de Mia. Demasiado jugoso como para no hacerlo. Emily es la última a la que acerco a casa y me hace prometer que la llamaré en cualquier momento del día o de la noche si la necesito. Y que nos veremos mañana. Y que voy a estar bien. Es un poco pesada, a veces. Pero hay que quererla tal y como es.

Lo primero que hago cuando llego a casa es llamar a mamá para decirle que ya estamos de vuelta, que hemos llegado todos vivos y que puede dejar de preocuparse y centrarse en qué tal lo hace su hijo en la competición de kárate. Ella me dice que en un par de horas estarán en casa y que está deseando que le dé todos los detalles del fin de semana. Acabo de dejar a una Emily para encontrarme con su versión adulta. Pero a esta también la tengo que querer, no hay más remedio. Lo último que me advierte, antes de colgar, es que más me vale tener la maleta deshecha y la ropa para lavar en el cubo antes de que ella llegue. Eso demuestra que ella sigue siendo la madre y yo, la hija.

Llevo ya cerca de una hora en casa, poniendo mis cosas en orden, y no para de llover. Y, además, con la misma fuerza que antes. Y yo que pensaba que era una tormenta pasajera de verano. No me molesta ahora que estoy a salvo en casa. De hecho, me gusta. Si no tengo que estar conduciendo, con los limpiaparabrisas a toda velocidad, y estresada por la cantidad de gente inútil que coge el coche cuando llueve, todo bien. Me gusta ver la lluvia caer desde la ventana. Y el sonido. Siempre que no me moje. Y si tengo un libro entre las manos, mejor. Cojo uno de los volúmenes que saqué de la biblioteca de la estantería de mi habitación y bajo hasta el salón para

acercar la butaca a la ventana y leer un rato, mientras haya paz en la casa. Pero cuando empujo el mueble hasta la posición en la que quiero ponerlo, no puedo evitar echar un vistazo afuera. Y lo veo. Alguien sentado en el bordillo de la acera, justo delante de la puertecita del jardín. Mi corazón lo reconoce primero y se desboca sin ningún cuidado, antes de que mi cabeza tenga tiempo de procesar lo que estoy viendo. Es Cam. Está de espaldas, con las rodillas flexionadas y los codos sobre ellas, mientras se echa el pelo mojado hacia atrás con las dos manos. Lleva unos pantalones cortos de deporte y una camiseta ajustada. Su ropa de salir a correr. Y está de espaldas, pero es que no tengo ninguna duda de que es él. Al menos mi corazón no la tiene. Y sigue reaccionando como quiere, a punto de colapsarme el resto del organismo. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Por qué está sentado en mi calle debajo de la lluvia? Es que se está empapando. Bueno, ya está empapado. Aunque no parece que le importe mucho.

Salgo de casa a toda prisa, dejando la puerta abierta. Y es que, como decía, mi corazón está siendo mucho más rápido que mi cabeza hoy, y eso no me permite tomar decisiones racionales. De lo contrario no estaría caminando debajo de la lluvia, con los pantalones cortos del pijama y una camiseta de tirantes gris. Y aún menos en zapatillas de estar por casa.

—Cam —lo llamo, al llegar a su altura.

Se sobresalta con el sonido de mi voz. No me ha oído llegar. Cuando levanta la vista hacia mí, esos ojitos verdes casi me cortan el aliento. Mierda. Sí que estoy tonta con este chico. Casi me da la impresión de que está llorando, pero está empapado de la cabeza a los pies, y eso no me permite discernir si hay lágrimas o solo gotas de lluvia recorriendo sus mejillas.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás loco? Está diluviando —consigo decirle, como si él solito no pudiera haberse dado cuenta.

Aparta la mirada y se pasa una mano por la frente, para eliminar el exceso de agua sobre sus ojos.

—Lo siento, Ash. No debería estar aquí —se disculpa.

Lo dice en un tono tan bajo que tengo que hacer un esfuerzo para poder escucharlo. Luego, se pone de pie y me da la espalda, como si estuviera dispuesto a marcharse ya. Pongo mi mano en torno a su muñeca derecha y tiro de él para que vuelva a girarse hacia mí y poder verle la cara. Pero solo realiza un cuarto de giro y me mira de medio lado.

—Ashley, entra en casa, por favor —me pide, esta vez más alto—. Te estás empapando y vas a coger un resfriado.

Suelto una risita irónica al oír eso. ¿Es que no se ha echado un buen vistazo a sí mismo? Tiro de su muñeca un poco más hasta que consigo que ceda y me mire de frente. Las gotas de lluvia que resbalan y caen desde los mechones de pelo de su flequillo son casi hipnóticas. Está irritantemente guapo y parece más vulnerable que nunca. Una mala combinación para una chica enamorada como yo.

—¿Yo me estoy empapando? —repito, en tono burlón—. ¿Tú te has visto? Vamos, ven conmigo —propongo—. Te dejaré una toalla y puedes esperar a que deje de llover.

Intento caminar de vuelta hacia mi casa, tirando de su muñeca, pero encuentro un poco de resistencia al otro lado.

—No. No. Es mejor que me vaya a casa —decide, y da un paso atrás cuando me vuelvo a mirarlo.

Yo no lo suelto y su brazo se queda extendido, cubriendo la distancia entre nosotros.

—Cam... —protesto—. No seas tan cabezota. Vamos —insisto, a la vez que tiro suavemente de su mano, una vez más.

—Entra de una vez —me dice, sin hacer caso a mis palabras—. Te vas a poner mala.

Suelto su muñeca y doy un paso hacia él para quedar más cerca de su cuerpo. Lo miro a los ojos, decidida, elevando mi cara hacia la suya, pero noto cómo él evita el contacto visual tanto como puede.

—No voy a entrar en casa si no vienes conmigo. —Busco la mejor manera de convencerlo.

Me recojo al pelo a un lado de la cabeza para escurrirlo con ambas manos y que sea consciente de lo muchísimo que me estoy mojando. Luego, me cruzo de brazos, esperando su decisión.

Cameron gruñe bastante alto. Me coge del brazo y me arrastra con él hasta llegar al umbral de la puerta abierta de casa. En cuanto estamos bajo el tejadillo del porche, sacudo el brazo bruscamente para conseguir que me suelte.

—¡Suéltame! —exijo, enfadada—. ¿Qué coño te pasa? Eres tú el que ha venido hasta aquí y se ha sentado debajo de la lluvia como un perro abandonado —acuso.

Cam da un paso atrás. Se pasa las dos manos por la cara, frotándola, y luego sacude la cabeza hacia un lado, para eliminar el exceso de agua del flequillo y apartarlo de los ojos. No sé si es consciente de que eso le da aún más imagen de perro abandonado. Pero eso me lo callo.

—Lo siento, no tenía que haber venido —repite—. He salido a correr y..., de repente, estaba aquí —murmura, como si no tuviera realmente ni idea de cómo ha llegado hasta la puerta de mi jardín—. No tenía que haber venido.

—Deja de decir eso. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué me estás haciendo esto? —exploto, mirándolo con rabia—. Un día apareces y otro desapareces, un día lo sientes y al siguiente vuelves a ignorarme. ¿Quieres que me quede? ¿O quieres que me vaya? —planteo directamente buscando sus ojos—. Dímelo de una vez.

Clava sus ojos en los míos, pero no dice nada. Y paso unos segundos perdida en el verde de su mirada hasta que es él el primero en apartarla. Sigue sin contestar.

—Tú ya no quieres estar conmigo —murmuro, tristemente.

Hundo los hombros y doy otro paso atrás, alejándome más de él. Y es que veo claro el final. Lo veo tan cerca y tan real, que mi corazón ya se está resquebrajando, poco a poco, como se rompe una fina capa de hielo al pisarlo. No va a decir nada. Y, si no dice nada ahora, no creo que vayan a quedarnos más oportunidades para hacerlo.

—Eso no es verdad, princesa.

Me sorprende oír su voz. Suena probablemente igual de triste que la mía. Y no añade nada más. Cuando busco sus ojos los tiene clavados en mí, pero no parece que tenga mucho más que decir.

—Quieres —concedo, de acuerdo a lo que ha dicho—. Pero no vas a hacerlo —adivino, y él no cambia para nada su expresión—. Es lo mismo para mí —decido, derrotada, me encojo de hombros y bajo la mirada al suelo.

—No es lo mismo —corrige él rápidamente—. No es lo mismo, Ash. Para nada —insiste, con mucha más pasión en la voz de la que se ha permitido mostrar hasta ahora.

—¡Pues si no lo es, quédate! —le grito, frustrada, con las lágrimas quemándome detrás de los párpados—. Quédate. Entra conmigo. —Señalo la puerta de mi casa—. Cuéntame lo que pasa y déjame estar contigo en esto. —No parece muy convencido mientras me escucha hablar—. Solo te he pedido una cosa, Cam. Solo una cosa. Y es que no me apartes, que no me dejes a un lado. Voy a volver a pedírtelo ahora, pero ya no te lo voy a pedir más —me planto, para lo que tengo que tragarme el nudo de mi garganta—. ¿Te quedas o te vas? —pregunto, intentando que mi voz suene lo más firme posible al plantearle las dos opciones.

—No soy como tú crees, Ashley —habla, con la vista clavada en la calle—. No soy perfecto, ni mucho menos. No soy un caballero. Ni un novio perfecto. Ni tan romántico. Ni tan adorable. Ni tan fuerte —enumera, con la mandíbula tensa.

—No necesito que lo seas —aclaro, interrumpiéndolo.

Me mira de nuevo y se me atascan las palabras en la garganta cuando me reflejo en sus pupilas.

—Solo soy un capullo —aclara, y casi puedo adivinar un atisbo de sonrisa cuando dice esa palabra.

—Me gustan los capullos —me apresuro a decir, solo medio en broma.

Niega con la cabeza suavemente, como si le costara mucho mantener esta conversación conmigo. Supongo que tampoco le estoy poniendo las cosas fáciles con mis continuas réplicas.

—Si alguna vez has pensado que no eras suficiente para mí, no podrías estar más equivocada —sigue, tiernamente—. El que no está a la altura soy yo. Necesito arreglar eso. Necesito sentir que te merezco, y ahora no lo hago.

—Las cosas no funcionan así —le dejo claro, sin dejarme ablandar por sus palabras—. Los problemas hay que trabajarlos juntos. Y di lo que quieras, cuéntame mil historias o llama a Scott y que me las cuente él —lo acuso, con una mueca—. Las palabras no me valen cuando tus actos dicen justo lo contrario. Quédate —pido, una vez más, con mayor énfasis esta vez.

—No puedo —murmura, con la vista clavada en el suelo.

—Cam... —suplico, diciendo su nombre casi en un sollozo.

—Tengo que irme —repite, una vez más, de nuevo en el punto inicial de esta conversación—. Lo siento, Ash. Lo siento. Por favor, déjame hacer esto. Déjame arreglarlo, ser quien tú quieres que sea. Solo necesito un poco más de tiempo...

—Yo quiero que seas tú —corrijo—. Quédate.

Baja los escalones del porche y vuelve a caminar bajo la lluvia, alejándose de mí. Miro su espalda, con las lágrimas nublándome la vista. Salgo detrás de él, pero paro cuando estoy casi alcanzándolo.

—No te vayas —pido, una última vez.

Se vuelve, como reacción al sonido de mi voz.

—Necesito poder darte lo que mereces —murmura.

—¡Pues ven aquí y dámelo! —le grito, con toda mi rabia, cansada de esta maldita montaña rusa emocional.

Mi pelo está chorreando agua, tengo el flequillo pegado a las pestañas, pero tampoco puedo abrir del todo los ojos debido al torrente de agua que cae sobre nosotros. La camiseta está completamente pegada a mi torso, dejando poco a la imaginación y el pantalón de pijama adherido por completo a la parte superior de mis muslos. Y ni siquiera me importa. Menudo espectáculo para los vecinos.

Cam está justo frente a mí. Y se mueve en respuesta a mi grito. Da dos pasos decididos hacia mí y su cuerpo choca contra el mío con fuerza, como si no hubiera calculado bien la distancia. Mi pecho queda completamente pegado a la parte alta de su abdomen y siento su brazo izquierdo en mi espalda, reteniéndome justo así, mientras su mano derecha se posa en mi mandíbula. En consonancia, su boca se muestra exigente al buscar la mía, más rudo de lo que ha sido nunca, me parece. Y es justo lo que necesitaba. Justo así. Sin cuidado. A la mierda la ternura. Me adapto a sus labios y busco su lengua con la mía, impaciente. Responde enseguida y, en cuanto lo hace, yo me agarro a su cintura con el brazo izquierdo y pongo la mano derecha sobre su costado. Gruñe contra mí y yo le muerdo el labio inferior sin molestarme en ser delicada. Vuelve a profundizar el beso y esta vez es su lengua la que explora mi boca. Me tiemblan las piernas. Menos mal que su brazo me sostiene con firmeza. Y las mariposas de mi estómago deben de ser la especie de mariposa más grande que existe en el maldito mundo, y baten las alas a una velocidad digna de récord.

Jadeo cuando se aparta, tan brusco como ha comenzado. Y lo oigo gruñir por lo bajo, pero no soy capaz de entender nada de lo que dice. La cabeza me da vueltas. Y mantengo el equilibrio a duras penas cuando nuestros cuerpos dejan de tocarse. Me da la espalda sin ni siquiera dedicarme una mirada más, y se aleja. Primero lento, dando pasos cortos. Luego, un poco más deprisa.

—¡Cam! —lo llamo, con la voz más alta que puedo sacar de mi interior. No hace caso y sigue adelante—. ¡Cam! —lo vuelvo a intentar, gritando esta vez.

En cuanto pisa la acera, echa a correr. Como si nunca hubiera interrumpido su sesión de deporte. Como si no hubiera dejado de correr para sentarse enfrente de mi casa, para mirarme a los ojos, para besarme.

—¡Cam! —llamo por última vez, y esta vez mi grito desesperado me desgarra la garganta.

Pero ya no quiere escucharme. Y, en apenas unos segundos, su figura ya se ha perdido calle

arriba, debajo de la lluvia que me sigue empapando.

Yo ya no la noto.

Lectuepubgratis.com

7

Cold as you

—Te lo juro, tía, tal y como te lo estoy contando —digo, al teléfono con mi mejor amiga—. Y me he pasado toda la mañana estornudando —exagero.

—¡Estaba diluviando, Ash! ¿Y él estaba ahí? ¿Sentado debajo de la lluvia? ¿En la puerta de tu casa? —vuelve a insistir en ese punto.

Pongo los ojos en blanco, a pesar de que no pueda verme. Emily solo oye lo que quiere oír. En lo que respecta a Cameron Parker es casi, casi como mi madre. Siempre se quedan con lo bueno. Y, después de contarle todo lo que pasó ayer por la tarde en nuestro encuentro, pues a ella lo único que se le ha grabado a fuego en la mente es que el chico estaba bajo la lluvia fuera de mi casa. Mojándose. Bueno, pues sí. Yo también me mojé, y no parece que eso la impresione tanto.

—Diluviaba, sí. Y él estaba sentado en la calle, justo en la puerta de mi jardín, debajo de la lluvia. ¿Has escuchado algo más de lo que te he dicho? —Lo pongo en duda.

—Que sí, que sí —asegura ella para calmarme—. Pero ¿te das cuenta de lo romántico que suena? Estaba ahí, calado hasta los huesos, solo por estar cerca de ti. En la puerta de tu casa —insiste—. Si no te parece romántico es que, hija, yo ya no sé qué va a tener que hacer un tío para impresionarte —medio bromea.

—No necesito que me impresione, Em. Necesito que esté conmigo. Necesito que quiera estar conmigo y que no salga corriendo cada vez que nos besamos y desaparezca durante días. A saber cuándo voy a volver a saber algo de él —me lamento.

Noto de nuevo un picor en la nariz y me aparto el teléfono para poder estornudar sin dañarle los tímpanos. Aunque me parece que se lo merece un poco.

—Salud, chica —se burla al escucharme.

—¿Lo ves? —me hago la víctima un poco más—. Lo único que me faltaba es ponerme mala ahora y tener que ir con la nariz roja y el moco colgando a la ceremonia de graduación —protesto.

—¿Qué más da? Si vamos a tener que ir con toga y birrete —suspira, decepcionada con el vestuario del jueves—. A lo mejor a tu amiga Vanessa le sienta bien porque, ya sabes, es como la

maldita Kendall Jenner: da igual lo que se ponga que siempre le sienta de lujo. Pero las demás vamos a estar todas feas. No creo que nadie se fije especialmente en tu nariz mocosa —me pica.

—Gracias, tu apoyo me conmueve —aseguro en tono divertido y ella hace un sonido de afirmación al otro lado de la línea—. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? —Vuelvo a centrar el tema—. Creo que ha dejado bastante clara su postura. Le dije que no iba a volver a pedirle que no me aparte. Y, aun así, escogió irse.

—Escogió irse, pero solo para poder arreglar ciertas cosas y poder volver a tu lado al cien por cien. Te estás perdiendo en los detalles y olvidando lo importante —lo defiende.

Niego con la cabeza lentamente y me dejo caer de espaldas en la cama, donde estaba sentada, para clavar la vista en el techo de mi habitación mientras intento pensar.

—Tú te estás perdiendo en los detalles y olvidando lo importante —rebato—. Las palabras se las lleva el viento —recito—. Y lo único que él me está dando ahora mismo son palabras. Bueno, la mayor parte del tiempo ni siquiera eso —reconozco—. Eso no me vale.

—Tú estás pensando en el corto plazo y él, en el largo, Ash —intenta enfocarlo desde otra perspectiva—. Tú quieres tenerlo ahora, bien o mal. Él lo que quiere es poder tenerte bien a largo plazo. A lo mejor merece la pena que le des un poco de tiempo si eso va a suponer que lo vuestro después sea mejor, más fuerte o más duradero —imagina.

—Lo nuestro nunca podrá ser fuerte si cada vez que hay una dificultad el tío sale corriendo a buscar una solución él solito —suspiro—. Creía que éramos un equipo. Él me lo dijo una vez, que éramos un equipo y que en un equipo tienes que poder confiar en tus compañeros. Pero ahora ha decidido ir en solitario y no confía en mí para contarme lo que le pasa, o cómo se está sintiendo. No me está dejando ayudarle. Se supone que cuando estás con alguien, estás en lo bueno y en lo malo, ¿no?

Emily se queda en silencio por un momento al otro lado de la línea. No sé si está sopesando lo que yo acabo de decirle o se está dedicando a cualquier otra cosa, sin prestarme atención.

—No sé —se pronuncia, por fin—. Claro que tú tienes tu parte de razón. Pero tenemos que intentar verlo también desde su perspectiva. Y lo que le ha pasado con Jessica es muy fuerte...

—No me lo recuerdes —pido—. Ni siquiera sé nada sobre eso, no me ha vuelto a decir ni una palabra. No sé si han pensado en lo que va a pasar o si han decidido lo que van a hacer, o cómo lo van a hacer...

—¿Por qué no le preguntas a Vanessa? Seguro que ella sabe algo y a lo mejor te lo puede contar —sugiere mi mejor amiga.

Pienso en esa posibilidad por un momento. Pero no termina de convencerme. Primero, porque Jessica es la mejor amiga de Vanessa, y Cam, su mejor amigo. Por muy bien que le caiga yo, estoy más que segura de qué lado se inclinan sus lealtades. Así que no puedo esperar ir a cotillear y que esos dos no se enteren, y eso en caso de que la jefa de animadoras me contara algo en vez de guardar el secreto de sumario. Y, por otra parte, hace bastante tiempo que no hablo tanto con Vanessa.

—No sé, Em —retomo la conversación—. Hace un tiempo que no hablo con Vanessa. No hemos hablado de lo de Jessica o de lo que me está pasando con Cam. Tampoco quiero meterla a ella en medio de una guerra, ni nada. Es amiga de todos, pero de ellos un poco más —admito.

—¿Y si le pides a Mia que le pregunte a Blair? —sugiere entonces, como sin darle importancia.

Yo me pongo un poco tensa al oír eso. No he hablado con Mia desde ayer, excepto por un par de mensajes. Y me ha dicho que estaba bien y que no tenía novedades. Pero sé que va a ver a Blair en algún momento, seguramente hoy o mañana.

—Blair es una mentirosa patológica —medio bromeo, y espero que no se me note que yo sé algo que ella no sabe—. No podría fiarme de su palabra, creo. Y, además, por lo que yo sé ya no tiene mucha relación con Jessica.

—Bueno, yo le preguntaré a Scott, a ver si puede enterarse de algo. Pero me parece que Cam y él no hablan sobre el tema «Jessica». Es un poquito tabú, según parece. Me da la impresión de que Cam no lo lleva demasiado bien.

—Claro que no lo lleva bien —doy por supuesto—. ¿Cómo iba a hacerlo? Es una putada.

—Una putada —repite Emily en el mismo tono que he usado yo.

Me sobresalto ligeramente cuando oigo que alguien llama a la puerta de mi habitación y me incorporo para quedar sentada en la cama de nuevo, justo cuando mi madre asoma la cabeza.

—Ashley —dice. Frunce el ceño al verme con el móvil en la oreja—. ¿Aún estás hablando con Emily? Vas a empezar a pagarte tú la factura del móvil, jovencita —avisa.

—Un momento, Em —pido paciencia al otro lado, pero no me molesto ni en tapar el micrófono mientras hablo con mamá—. Tenemos tarifa plana, mamá —le recuerdo, y pongo los ojos en blanco, porque eso ella ya lo sabe perfectamente—. ¿Qué pasa? —le pido que vaya al grano con el motivo de su interrupción.

—Eric y yo nos vamos. Lo llevo a casa de Leroy y luego tengo que pasarme por el periódico un rato. Si vas a salir cierra con llave, y a la hora de cenar aquí, ¿vale?

—¡Dile a tu madre que ceno en tu casa! —me chilla Emily, tan alto que tengo que apartarme el móvil de la oreja y ya no me hace falta retransmitir el mensaje.

—Muy bien, Emily. —Sonríe, divertida—. Pórtate bien —me dice luego a mí—. No incendies la casa —bromea.

—Descuida. —Sonrío un poco y me despido con la mano cuando me lanza un beso, antes de cerrar la puerta.

—Ash, te dejo, Scott está abajo. Hablamos esta noche. Cenamos y luego nos encerramos en tu cuarto para que me des todos los detalles de lo que pasó ayer con Cam —decide mi amiga.

—¿Otra vez? Ya te lo he contado absolutamente todo —aseguro.

—Bueno, pues otra vez, por si en las tres primeras se te ha olvidado algún detalle —explica. Y lo peor de todo es que no bromea—. Voy a ver qué me cuenta Scott de la versión de Damon sobre los cuernos del año. —Me siento un poco mal por estar hablando de Grace así, a sus

espaldas, pero, bueno, tampoco la estamos criticando ni nada, solo cotilleando un poquito—. Esta noche te cuento.

—Perfecto —me uno al salseo—. Oye, ¿y cuándo dijo Grace que iba a ver a Joe? ¿Era esta tarde?

—No sé, tía. Ahora mismo mando un mensaje al grupo para preguntarle. ¿Tú qué vas a hacer esta tarde? —se interesa—. ¡Ya voy! —grita, seguramente en respuesta al aviso de su madre de que Scott la está esperando—. ¿Vas a estar en casa?

—Pues sí, no tengo ningún plan especial —reconozco.

Miro el reloj del despertador que hay encima de mi mesilla, aún no son ni las cinco de la tarde. Supongo que me dedicaré a meterme de lleno en la lectura de mis libros. O a ver alguna serie en Netflix.

—Vale, pues si vas a estar ahí, me paso cuando Scott se vaya a recoger a su hermana —planea—. Te veo luego.

—Hasta luego —me despido yo también antes de colgar.

Miro a mi alrededor pensando con qué entretenerme, ahora que estoy sola en casa. No tardo mucho en coger el libro que ayer ni llegué a tocar y ponerme a leer un poco. Así, por lo menos, mantendré mi mente distraída en vez de dejarla vagar por todos los acontecimientos de ayer por la tarde. Especialmente por ese beso. No me viene bien rememorarlo tanto.

Ha pasado como media hora y yo sigo con mi libro. Bajo la escalera con él abierto en la mano y voy leyendo mientras me paseo por la casa, hasta la cocina, para buscar una manzana para comer. Estoy deshaciendo el camino, de vuelta a mi cuarto, sujetando el libro con una mano y la manzana con la otra y dándole pequeños mordisquitos, cuando me sobresalta el sonido del teléfono. Del teléfono fijo. Me pilla en la entrada. Casi me cuesta identificarlo. Nunca nadie jamás llama a ese teléfono. Excepto para preguntar si estamos satisfechos con nuestra compañía o queremos cambiarnos a una con mejores ofertas, pero mi madre tiene todos esos números ya en la lista negra. Tanto me sobresalta ese sonido estridente casi desconocido que se me cae el libro al suelo. Suelto una palabrota en voz baja y me agacho a recogerlo, asegurándome de que no me lo haya cargado, porque la semana que viene tengo que devolverlo a la biblioteca. Luego, me olvido del libro y corro a por el teléfono. Y es que, hoy en día, que alguien llame a un fijo solo puede indicar malas noticias. Lo primero que pienso es que le ha pasado algo malo a mi abuela, pero luego pienso en mi padre y aún me asusto más.

—¿Sí? —respondo al descolgar, con el corazón latiéndome a toda velocidad.

—¿Ashley? ¿Eres tú? —Oigo una voz de mujer al otro lado de la línea que, en principio, no logro identificar.

—Eh, sí, ¿quién es? —pregunto, prudente.

—Oh, hola, cariño, soy la madre de Cameron —se identifica.

Y el alivio momentáneo que había sentido al no oír la voz seria de quien trae malas noticias, se desvanece enseguida. ¿La madre de Cam llamando a mi casa? Eso es porque ha pasado algo,

¿no? Ha pasado algo. Ay, madre, ¿y si le ha pasado algo a Cam? Me muero. Tengo el corazón en un puño cuando logro hablar de nuevo.

—Hola, señora Parker —saludo, educadamente—. ¿Pasa algo? —Me obligo a preguntar intentando sonar tranquila.

—No tenía tu teléfono móvil, cielo, y he buscado el fijo en la guía, aún sirven para algo esos viejos trastos —bromea—. Llamaba para pedirle a tu madre tu teléfono, pero, mira, si estáis ahí mucho mejor. ¿Me puedes pasar a Cameron, por favor?

Frunzo el ceño al escucharla. Muy sorprendida. De verdad. Porque es que ni siquiera ha preguntado «¿Está Cameron por ahí?». No, no. La mujer me ha pedido que se lo pase, toda convencida, como si no tuviera ninguna duda de que su hijo está conmigo en este preciso momento. Y no sé muy bien qué debería decir, porque a lo mejor decir la verdad mete a Cam en un lío. Pero es que no puedo pasárselo si resulta que no está aquí.

—Pues... —dudo por unos segundos—. No. No. Es que él no está aquí —tengo que confesar, porque es que no me queda más remedio.

—¿No está contigo? —pregunta, y parece incluso más sorprendida que yo—. Me ha dicho que iba a pasar la tarde contigo.

—Lo siento —suspiro. Me muerdo el labio, un poco incómoda con toda esta situación—. No lo he visto hoy.

¿Por qué demonios iba Cam a decirle a su madre que está conmigo si llevamos más de una semana sin vernos apenas? O sea, que no quiere ni verme, pero me pone de excusa para no decirle a su madre adónde va de verdad. Supongo que tendrá algo que ver con Jessica, ¿cómo no?

—Me habré confundido yo —intenta arreglarlo, al oír mi tono. Ella sí que debe de estar pensando que ha metido la pata y que acaba de descubrirme una mentira de su hijo—. Me diría que iba a otra parte y lo entendí mal.

Mentiras piadosas para situaciones desesperadas.

—Seguramente. ¿Estará entrenando? —sugiero.

—No, no. Esta semana estaba entrenando por las mañanas porque el entrenador no podía por las tardes.

Pero, tal y como lo dice, me da la impresión de que su intención es la de recordármelo y no la de proporcionar información nueva, como si yo eso ya tuviera que saberlo.

—Ah.

Y se me tiene que notar que yo no tengo ni idea de lo que es de la vida de su hijo, últimamente. Pero ella no dice nada. Esto ya es suficientemente incómodo como para empeorarlo más.

—Es que se ha ido y se ha dejado aquí el teléfono —me explica—. Y se ha llevado su coche, claro. Y el mío está en el taller. Me acaba de llamar el veterinario para cambiar la cita de la revisión de *Salem*, porque mañana tiene una cirugía complicada y están despejando el día.

Necesitaba que me llevara. ¿Dónde se habrá metido? —pregunta, y creo que lo dice más para sí misma.

Y todo lo que me está contando, creo que lo hace solo porque no sabe qué más decir después de pensar que ha metido la pata. Pero el caso es que el pobre *Salem* no tiene la culpa de lo que pase entre el idiota ese que vive en su casa y yo.

—Siento no poder ayudar con eso. La verdad es que no tengo ni idea de dónde está Cameron. Pero si quiere puedo pasarme por ahí y acercar a *Salem* al veterinario con el coche —me ofrezco.

—No, por favor, Ashley, no quiero molestarte —empieza a protestar al otro lado de la línea.

—No es molestia, de verdad —aseguro—. No me cuesta nada, y tengo ganas de ver a *Salem*. Puedo estar ahí en diez minutos. ¿A qué hora es la cita?

Y ya de paso, a lo mejor puedo enterarme de algo más de lo que pasa últimamente por la vida de Cameron Parker. Pero eso no lo digo, claro.

En menos de un cuarto de hora ya estoy parando el coche enfrente de la casa de la madre de Cam. Y, justo cuando me bajo, ella abre la puerta y se asoma. Parece que se alegra de verme, pero, al mismo tiempo, me da la impresión de que hay algo que la tiene preocupada. Creo que piensa que ha causado problemas entre su hijo y yo al llamarme y descubrir su mentira. Si ella supiera...

—Ay, Ashley. Gracias por venir, cariño. De verdad que no hacía falta... Me siento fatal por molestarte así —empieza a disculparse una vez más.

—No pasa nada, de verdad. Estaba en casa aburrida. Ver a *Salem* me alegrará el día. —La tranquilizo con una sonrisa al llegar a su altura.

Me sorprende dándome un abrazo, corto pero afectuoso, y se aparta de la puerta para dejarme pasar.

—¿Me ayudas a meterlo en el trasportín? Creo que no le apetece mucho ir de excursión.

Me río suavemente y asiento. Enseguida veo al pequeño gatito, con su pata trasera vendada, pero aun así subido en la mesa del salón, como si no le hubiera costado ningún esfuerzo saltar hasta allí.

—Hola, *Salem* —saludo, al tiempo que me acerco y me agacho frente a él.

Viene hasta mí enseguida en busca de caricias. Y yo cedo a sus deseos porque los animales y los Parker parecen ser mi punto débil. Y este tiene las dos cosas en uno. Lo cojo en brazos cuando ya está totalmente entregado al ronroneo tras unas cuantas caricias en la mandíbula y las orejas. Me vuelvo hacia la señora Parker, que ya tiene el trasportín preparado y mantiene la puertecita abierta para que yo pueda empujar al gatito dentro. Se resiste un poco y maúlla para dejarnos claro que esto va totalmente en contra de su voluntad, pero conseguimos meterlo y cerrar la portezuela sin mayores problemas.

—Listo. —Sonrío, y cargo con el peso para llevarlo al coche y así dejar que ella vaya a por su

bolso.

—Eres un ángel, Ashley —exagera.

Me hace un gesto indicando que la espere un momento y desaparece por la puerta del despacho que hay en el piso inferior. Vuelve en menos de un minuto, con todas sus cosas preparadas y lista para salir de casa. Salimos juntas y en silencio, y ella se queda atrás para cerrar la puerta con llave mientras yo avanzo hasta el coche para colocar a *Salem* con mucho cuidado en el asiento de atrás. Espero que no huela demasiado a perro y eso lo estrese. *Blue* tuvo el culo en este mismo asiento ayer por la tarde y no me ha dado tiempo a pasar el aspirador para quitar los pelos y limpiar bien el coche. ¿He dicho que no me ha dado tiempo? Bueno, más bien no he tenido ganas. Pero, en fin, son casi sinónimos.

—Ten —dice la señora Parker justo a mi espalda cuando cierro la puerta y me dispongo a abrir la del conductor para montarme al volante.

Me vuelvo hacia ella y me está tendiendo una figurita de madera de un gato, pequeña y pintada en los colores exactos de *Salem*. Un mini *Salem* de bolsillo. Tiene una cuerdecilla en la parte superior para poder colgarla. Es una monada, la verdad.

—No... Señora Parker, no hace falta que... —empiezo a protestar.

—Por favor —insiste—. Tú has venido hasta aquí para hacerme un favor y lo menos que puedo hacer es darte un detalle a cambio. —Se refugia en sus buenas formas—. Lo he hecho yo, no me hagas el feo de no aceptarlo. Y deja lo de señora Parker ya, anda —añade, con media sonrisa—. Llámame Sandra y trátame de tú. Cuando te estás divorciando, lo que menos quieres es que todo el mundo siga conociéndote por tu nombre de casada —medio bromea—. Voy a tener que cambiármelo pronto. ¿Vas a cogerlo? —Presiona un poco más, poniéndome el gato en la mano—. ¿No te gusta?

—No, no es eso. Claro que me gusta —me apresuro a complacerla, cerrando el puño en torno a la figurita para que ella pueda soltarla—. Es precioso. Muchas gracias, pero de verdad que no hacía falta.

Me sonríe y yo me veo obligada a devolverle el gesto. Me da una palmadita cariñosa en el brazo, antes de rodear el coche para montarse en el asiento del copiloto.

—Vamos a dejar de decirnos que no hacía falta y que no teníamos por qué y de darnos las gracias —propone—. Vamos a llevar a este gato a su revisión.

—Claro —acepto.

Y yo también me monto al volante. Lo primero que hago es colgar la figurita del mini *Salem* del retrovisor y, con el rabillo del ojo, veo a la artista sonreír satisfecha de hasta dónde ha llegado su creación. Me pongo el cinturón y arranco sin decir nada. Oigo al *Salem* de verdad maullar en el asiento trasero y la madre de Cam se pone a contarme cosas sobre el gato, empezando por lo mucho que vocaliza. Se ve que es un chico muy hablador. Y, aunque no para de quejarse sobre él, me doy cuenta perfectamente de que está encantada con su nueva mascota. Y es una loca de los gatos. De eso no hay duda.

Me indica el desvío que tenemos que tomar para llegar a la consulta de su veterinario de toda la vida y luego me da las indicaciones para conducir hasta la puerta. Todo recto hasta el final de la calle y luego a la izquierda hasta llegar a la tercera bocacalle.

—Ashley —me llama después, cuando solo hemos pasado unos segundos en silencio—. No quiero meterte en medio de nada, ni ponerte en un compromiso, pero tengo que preguntarte algo —me avisa.

Yo la miro de reojo, pero no digo nada en espera de su pregunta.

—¿Qué está pasando con Cameron estos últimos días? ¿Hay algo que yo debería saber? ¿Está metido en algún lío?

La manera en que lo pregunta y el ligero temblor en su voz me permiten hacerme una idea de lo preocupada que está. Supongo que es normal. Es su madre, y Cam no debe de estar siendo muy agradable de tratar. No lo está conmigo..., me imagino que tampoco estará mucho más alegre en casa. Pero tengo muchas dudas acerca de lo que debería decir. No puedo explicar a su madre que Cam ha dejado embarazada a Jessica y que de ahí todos los malos rollos que tiene en su vida últimamente. No, eso no lo puedo decir. Y tampoco quiero irme de la lengua y meter la pata si le digo que, por lo que parece, ya no estamos juntos. Puede que, al igual que hoy, Cam me haya puesto de excusa en otras ocasiones para ir a sitios o hacer cosas que no quiere que su madre sepa. El problema es que tampoco tengo ninguna mentira piadosa que contar, ni ninguna manera de hacerle creer que yo sé mucho más que ella, porque no tengo ni idea de lo que ha estado haciendo él en la última semana. Y si intento mentirle sé que me va a pillar. Y si me pilla mintiendo a mí sobre las actividades de su hijo, aún va a preocuparse más.

—La verdad es que Cameron y yo no nos vemos apenas estos días. —Intento maquillar la realidad un poquito—. No creo que sepa mucho más sobre eso que tú. Lo siento —me disculpo por no poder ser de más ayuda.

Y no la veo, porque no quiero apartar mi vista de la carretera, pero no me hace falta mirarla para saber que está frunciendo el ceño, y mucho. Lo noto en la forma en que su mirada casi me está atravesando. Me muerdo el labio, incómoda con la situación. Sobre todo porque pasan unos segundos muy largos en los que ella no dice nada en absoluto.

—Así que no han mejorado las cosas desde el martes cuando trajisteis a *Salem* a casa —murmura, pensativa—. Sabía que algo le pasaba contigo. Lo sabía. Pero él decía que todo iba bien y que iba a verte al salir de entrenar y que... ¿No ha estado contigo este fin de semana? —sospecha, y yo aprieto los labios porque no sé cómo salir de esta encerrona—. Puedes ser sincera, Ashley. Al final, me voy a enterar, tarde o temprano. Preferiría que fuera por él, pero, en fin, no se puede tener todo —se resigna, un poco enfadada.

—Este fin de semana no he estado en Sacramento —digo, porque no puedo mentir descaradamente, y, además, yo no tengo por qué hacerlo—. Me fui con unos amigos a la reserva natural de Point Reyes —le cuento.

Esta vez sí que tengo que mirarla. Tengo que hacerlo porque se queda muy muy callada. Está

muy seria, y cuando su mirada se cruza con la mía, por un segundo, parece preocupada. Me pone una mano sobre el brazo, como para darme apoyo, cuando yo devuelvo la vista a la calzada.

—Lo siento, cariño —me dice, en tono dulce—. No quiero que esto parezca un interrogatorio. A lo mejor estoy metiendo demasiado la pata, ¿no? No me digas que estoy también creando problemas entre vosotros porque es lo último que querría —asegura.

—No, Sandra —la tranquilizo enseguida—. Para nada. No te preocupes por eso.

—¿Ya no estáis juntos? —pregunta, y me da la impresión de que lo hace de forma muy prudente, como si temiera que a mí me fuera a incomodar la pregunta, cosa que hace, por cierto, o como si temiera que a ella no le fuera a gustar la respuesta que puedo dar.

—Bueno, no sé muy bien cómo contestar a eso —reconozco, con media sonrisa triste, al tiempo que hago el último giro para enfilar la calle donde está la clínica—. Supongo que estamos teniendo una semana... complicada. —Elijo con cuidado la palabra que debería utilizar.

La madre de Cam suspira y, cuando empiezo a maniobrar para aparcar cerca de la puerta del local adonde nos dirigimos, veo que tiene la vista perdida por la ventanilla. Puedo adivinar que no es precisamente que se le hayan acabado las preguntas, sino que probablemente siente que no debería hacérmelas a mí. Y casi se lo agradezco. Es mejor así. Aunque no deje de ser un poco incómodo.

Cuando apago el motor y me quito el cinturón, se vuelve hacia mí una vez más y clava sus ojos grises en los míos.

—No voy a pedirte que me cuentes nada —deja claro en primer lugar—. No deberías ser tú quien lo haga. Pero, cielo, si hubiera cualquier cosa que debiera saber acerca de lo que le está pasando a Cameron, como su madre, ¿me lo dirías? —casi parece que suplica—. Estoy preocupada. No sé lo que le pasa, no habla conmigo, y sé perfectamente que no está bien. ¿No estará metido en problemas? ¿No estará juntándose con malas compañías? ¿O haciendo el tonto, probando cosas que no debe?

—No —le digo, con mucha firmeza, y cojo una de sus manos entre las mías, porque es que me da pena verla sufrir tanto, de verdad—. Claro que no. Nada de eso. Cameron es muy inteligente, Sandra. Y es un buen chico. No tienes que preocuparte por eso. Nunca se le ocurriría hacer tonterías así —lo defiendo.

Aunque en lo de juntarse con malas compañías creo que ha acertado del todo, no me imagino una compañía peor que Jessica Harris.

—¿Estás segura? —pregunta, más esperanzada, mientras estudia mis ojos.

—Muy segura —digo suavemente, y le doy un apretón en la mano—. No sé por qué te habrá dicho que estaba conmigo hoy, o si te dijo que lo estaba el fin de semana. Lo más probable es que no quiera preocuparte con esto, y seguro que al final nos arreglamos —miento. Pero es una mentira piadosa, para que esté tranquila—. Sé que está muy agobiado con la prueba para el equipo de la semana que viene. Se mete demasiada presión con eso. No creo que deba preocuparte nada más. —Intento alejar tanta sospecha.

Lo último que quiero es que la madre de Cam se entere del embarazo de Jessica. Y me imagino que él tampoco quiere que se entere, claro. Al menos hasta que decidan qué van a hacer al respecto. Si es que no lo han hecho ya.

Sandra asiente. Me acaricia el dorso de la mano con su pulgar y me sonríe levemente, sin separar sus labios.

—Vale. —Parece ceder—. Vale. Tienes razón. Pero nadie le va a librar de una buena bronca por lo de hoy.

Yo me río bajito en respuesta. Y luego nos bajamos del coche y sacamos a *Salem* para entrar con él en la consulta. Tenemos que esperar cerca de un cuarto de hora hasta que el veterinario está libre para atendernos. Y yo también entro a la consulta porque Sandra Parker insiste en que lo haga.

—Vamos a ver —habla el hombre de la bata blanca mientras abre el trasportín y deja que *Salem* decida por su cuenta si sale o no. Lo hace enseguida, es un tío valiente—. Así que tú eres *Salem*, jovencito —dice, al tiempo que lo acaricia—. Has caído en un muy buen sitio. Vas a ocupar el trono de *Sir Roger* como rey de la casa —le asegura.

Con solo eso y dos caricias ya lo ha conquistado, y *Salem* ronronea mientras frota la cabeza contra su mano. Es un gato muy facilón.

—Bueno, de momento lo mimamos mucho porque tiene la patita mal, luego ya no será para tanto —se defiende la madre de Cam, pero el veterinario se atreve a soltar una risita irónica que indica que no se cree mucho sus palabras—. Y, por cierto, esta es Ashley, que es quien lo encontró y lo rescató y la que le puso el nombre. Así que, en realidad, el gato es más suyo que nuestro, solo que yo pongo la casa y lo alimento, y soy la que pagará la factura —bromea.

Estoy a punto de emocionarme un poco por cómo le habla de mí al veterinario. Menuda tontería. Pero es que caerle bien a la madre del chico del que estoy enamorada es importante. O puede que no tanto. O puede que ya no.

Salem se deja hacer de todo mientras lo examinan y le hacen todas las pruebas que consideran necesarias. Es un gato buenísimo y no me puedo explicar qué hacía solito vagando por las calles para acabar atropellado en la cuneta de la carretera. ¿Cuál será su historia? Bueno, supongo que lo importante es que ahora está en un buen sitio y que tiene un hogar para siempre. Lo que cuenta es un buen final. Se lo llevan a otra sala para hacer una radiografía de la pata y, cuando vuelven, hasta el veterinario está sorprendido de lo manso que es. Aunque nos dice, eso sí, que es gatito muy activo y que está más que seguro de que no nos vamos a aburrir con él. Las conclusiones finales son que todo parece normal, que se lo ve sano y fuerte, y que los huesos de la patita están empezando a soldar en la posición correcta. Ya parece que apenas le duele, así que reduce la cantidad de analgésicos que tiene que tomar y se despide de *Salem* y de Sandra hasta dentro de un par de semanas. De mí también, pero yo estoy bastante segura de que no voy a volver.

En el camino de vuelta hacia casa de Cam, su madre y yo hablamos de cosas mucho menos serias que al venir. Espero que no quiera volver a sacar el tema de si estamos juntos o no lo

estamos, y que no me pregunte sobre lo que ha pasado o sobre lo que yo quiero hacer.

Por suerte, no lo hace. Así que, cuando paro el coche justo delante de su puerta de nuevo, estoy bastante más relajada. A eso también contribuye que el coche de Cam siga sin estar aquí, claro.

—Sé que te he dicho que ya estaba bien de tanto darnos las gracias, pero gracias —dice la mujer, en tono ligeramente divertido, cuando apago el motor—. Anda, cariño, ¿por qué no entras y me ayudas a sacar a la fiera? Así puedo prepararte un pedazo de la tarta de manzana que he estado haciendo esta mañana para que te lleves de postre para la cena. No sé por qué la sigo haciendo de vez en cuando, la verdad. Es que a su hermano le encanta, pero a Cameron no le gusta en absoluto. Al final, tendré que tirar la mitad o llevarla al trabajo, y creo que mis compañeros no se merecen que les lleve cosas ricas tan a menudo —bromea.

Sonrío y digo que sí, claro. Solo porque me parece de mala educación negarme. Así que me bajo con ella y me empeño en cargar con *Salem* yo, una vez más, para que ella pueda tener las manos libres para abrir la puerta. Liberamos al gatito enseguida, pero no parece que nos guarde demasiado rencor por haberlo secuestrado así durante un rato y llevarlo a que lo manosearan y le hicieran un montón de pruebas, y viene detrás de nosotras en cuanto vamos hacia la cocina. Lo primero que hace Sandra al entrar en esa estancia es coger un montón de ropa que hay sobre una silla y meterlo en una sala contigua, que supongo que será el cuarto de la colada. Esta casa está distribuida de forma parecida a la mía, como todas las del barrio, así que casi me resultaría raro que no lo fuera. Y ha recogido todo rápido, pero no lo suficiente como para que a mí no me diera tiempo a reconocer un par de camisetas de Cam entre el montón. No he reconocido todas las prendas, pero tenían pinta de ser suyas, la verdad.

—Este Cameron tiene la manía de dejarlo todo tirado por medio —protesta al volver a mi lado—. ¿Qué le costaría echar la ropa al cesto? Son dos pasos más.

Ay, es igualita que mi madre en algunas cosas, por lo que veo. Y supongo que tiene razón, porque los hijos adolescentes tendemos a ser insufribles a veces y un poco vagos la mayor parte del tiempo.

Me prepara un paquetito con un trozo enorme de tarta de manzana, que la verdad es que tiene una pinta increíble. Me aseguro de dejarle eso claro y hacerle un poco la pelota, mientras jugueteo con *Salem*, que no para de intentar trepar por mi pierna.

Acabo de coger la bolsa con mi recompensa por haber hecho de taxista esta tarde, y ya me estoy despidiendo del gato y de la humana, cuando oímos el sonido de la puerta. Como para no oírlo. Ha sido un portazo en toda regla. De esos que no puedes achacar solo a una corriente de aire.

—¡Mamá!

Nos llega la voz de Cam desde la entrada.

Sandra me dedica una mirada casi de disculpa, con cara de circunstancias. Ella es la primera que sale hasta donde está él, pero yo la sigo solo un paso por detrás. Lo hago exclusivamente

porque no me queda más remedio. Porque no me ha dado tiempo a decir que mejor salgo por atrás y huir por la puerta de la cocina y rodear la casa hasta mi coche. A ver, tengo ganas de ver a Cam. Claro. Como siempre. Tengo muchas ganas. Y sobre todo después de cómo se quedó la cosa ayer. Pero es que, también, precisamente por cómo se quedó la cosa ayer, me da un poco de miedo encontrármelo de frente. Y, además, es más que obvio que no viene de buen humor. Pero supongo que también es bastante improbable que no se haya dado cuenta de que mi coche está aparcado en la puerta.

Cuando lo tenemos enfrente, me mira exclusivamente a mí. Y no parece contento de verme. Para nada. No da tiempo a que su madre diga ni una palabra antes de dirigirse a mí.

—¿Tú qué haces aquí? —pregunta, de malos modos.

Vaya. Nunca pensé que volvería a oír a Cameron Parker hablarme en ese tono. Parecido al que usó cuando fui a buscarlo al gimnasio el primer día de instituto tras mi cita con Tyler. O con el que me pidió que me fuera cuando me asomé a la enfermería del campo de fútbol el día del partido.

—¡Cameron! —lo regaña su madre, sin darme tiempo a mí a reaccionar—. No le hables así. ¿Qué demonios te pasa? ¿Y se puede saber de dónde vienes? Ashley está aquí porque la he llamado yo —lo pone al día, librándome de toda culpa—. Porque era imposible localizarte a ti y necesitaba tu coche. ¿Dónde has estado? —insiste en ese punto.

Cam aparta la mirada rápidamente. Resulta más que evidente que no quiere responder a eso. Y creo que no se ha preparado ninguna buena excusa por el camino. Porque pensaría que no necesitaba ninguna. Que su madre se iba creer que había estado conmigo y ya está.

—Eh, yo mejor me voy ya.

Decido decir algo antes de que sea demasiado tarde y me sea imposible escapar. Lo último que me faltaba es verme envuelta en una discusión madre-hijo que no tiene nada que ver conmigo, y no poder encontrar el momento de interrumpir para irme a mi casa. Es mejor quitarme de en medio cuanto antes.

—Sí —se muestra de acuerdo Sandra, y me mira con cariño—. Gracias, Ashley, y perdona que te haya molestado, de verdad. Espero que te guste la tarta —desea, con una sonrisa leve.

—Seguro. Gracias —digo en respuesta.

Menos mal que ya no nos íbamos a dar las gracias más. Camino decidida hacia la puerta. Y hace falta mucha decisión, porque Cam está justo en medio de mi camino. No me dejo amedrentar por su presencia y paso junto a él. Da un paso a un lado para despejarme el espacio y yo abro la puerta y salgo sin decirle nada en absoluto. Ni siquiera lo miro a la cara. Digo un «hasta luego» generalizado, pero en realidad va más para su madre. Él ni se lo merece. Encuentro resistencia cuando intento cerrar la puerta desde fuera y, al mirar, veo que Cam está sujetando el borde y que parece tener toda la intención de venir detrás de mí.

—Cameron... —oigo advertir a su madre, impaciente.

—¿Puedo hablar un momento con Ashley, mamá? —dice él, y su tono deja ver que está muy

irritado.

Sandra no dice nada y supongo que eso significa que sí, pero a mí eso no me viene nada bien porque si Cam ahora encima me echa la bronca por haberme presentado en su casa, puede que tenga que enfadarme con él muchísimo más de lo que ya lo estoy. Y no quiero enfadarme tanto que luego me resulte difícil perdonar. Porque, sí, aún sigo pensando que en algún momento volverá y pedirá perdón por esto.

Camino hacia mi coche a buen ritmo, como si no fuera consciente de que me está siguiendo los pasos de cerca. He oído la puerta cerrarse a mi espalda, así que su madre ya no puede escucharnos. Supongo que no estará espiando, como haría la mía. Estamos solos.

—¿Qué haces aquí, Ash? —vuelve a preguntar Cam, aunque no tan brusco como la primera vez.

—Tranquilo, no he venido a verte a ti —escupo, sin ni siquiera volverme.

—No deberías estar en mi casa —suelta, tan tranquilo.

Yo siento que la rabia vuelve a entrar en ebullición en la boca de mi estómago y, aunque estoy ya al lado del coche, tengo que abortar mi retirada y me giro para enfrentarme a él.

—Tu madre necesitaba un coche, y *Salem* tenía que ir al veterinario —le resumo—. A lo mejor si no me utilizaras de excusa para no tener que decirle a tu madre dónde coño te metes en realidad, no tendría que haber venido. Yo tampoco tenía ninguna gana de verte a ti, no te creas. —Me hago la dura, en respuesta a su actitud—. Ya estaba a punto de irme.

Me está mirando, pero no con la intensidad que siempre me corta el aliento. Lo noto más distante que ayer. Mucho más. Incluso aunque ayer no parara de decir que tenía que alejarse.

—¿Dónde estabas? —pregunto, sin poder morderme la lengua, al ver que él no va a hablar—. ¿Estabas con Jess? —le doy un tono bastante despectivo al diminutivo.

—No.

No añade nada más. Y su tono es muy frío. Cortante. No parece que tenga muchas ganas de charlar conmigo acerca de lo que ha estado haciendo esta tarde.

—Pues ¿dónde estabas? —vuelvo a insistir—. Si me vas a utilizar de excusa cada vez que...

—He ido a un centro de planificación familiar —me cuenta, en voz baja—. A informarme.

Lo dice como si me estuviera contando que se ha ido al cine con Ryan o algo igual de inocente. Sin nada de emoción en la voz. Con un tono completamente vacío.

—A informarte... ¿sobre qué? —sigo indagando, cautelosa, porque sé que en cualquier momento va a mandarme a la mierda y a cortar la conversación.

—Sobre el aborto.

Frunzo el ceño y espero que dé alguna explicación más. Pero, por supuesto, no lo hace.

—¿Jessica ya ha decidido...?

—No —me corta—. No, aún no hay nada decidido. He ido yo solo, por mi cuenta. Solo quería saber —confiesa.

—Podría haberte acompañado si me lo hubieses pedido —digo, intentando mostrarle mi

comprensión y apoyo.

—No quería que vinieras —me deja claro, duramente, y mira por encima de mi hombro, más allá de donde estoy yo.

Pero ¿qué narices pasa con este tío? ¿De qué va? ¿Y por qué se está comportando así? O lo que es peor, ¿por qué yo estoy dejando que se comporte así conmigo?

—¿Qué mierda te pasa? —gruño, frustrada—. ¿Por qué tienes que portarte así conmigo?

—Ya te lo dije, Ash. Ahora no soy la mejor compañía —me recuerda—. Mejor aléjate.

—¿Sabes cuál es el problema, Cam? —Me planto, cruzándome de brazos delante de él—. Que a lo mejor si me alejo ya no vuelvo más —aviso. Y no quiero que suene como una amenaza, pero necesito hacerlo reaccionar.

Pero es que el tío no mueve ni las pestañas. Está plantado ahí, como si no tuviera sangre en las venas. O como si la tuviera congelada. Casi siento frío emanando de su piel, y eso que hace temperatura de verano hoy en Sacramento.

—Tienes que hacer lo que sea mejor para ti, princesa —murmura.

Es como un puñal que diga eso de «princesa» sin su tonito burlón o sin el toque tierno a los que me ha acostumbrado. Que lo diga sin emoción es como quitarle al mote todo lo especial que tenía hasta ahora. Toda la historia. Toda nuestra historia.

Estoy a punto de coger el coche y marcharme sin decir nada más. Ni siquiera adiós. Pero es que no me puedo ir así. Necesito hacerlo reaccionar. Necesito ver que aún queda un resquicio del Cam que me vuelve loca ahí, dentro de ese cuerpo perfecto. Necesito saber que todavía siente algo por mí. Algo. Lo que sea. Algo que no sean solo palabras. Un beso perfecto como el de ayer, pero sin arrepentimientos. Que sea consciente de que no puede hacer conmigo lo que quiera. De que no puede seguir sin contar conmigo más. De que me puede perder. Es que tiene que saber que a lo mejor cuando quiera volver yo ya no estaré aquí. Que le estoy dando todas estas oportunidades para hacer las cosas de otra manera porque puede que luego ya no haya más.

—Caleb me besó el otro día —digo, casi sin pensar en las consecuencias de contarlo.

Clava sus ojos en los míos inmediatamente. Al menos ahora me presta atención de verdad. Por lo demás, no cambia mucho la falta de expresión de su rostro. Ni siquiera parece sorprendido, en realidad.

—Te besó —repite—. ¿Y tú? ¿Lo besaste a él?

Me muerdo el labio, indecisa sobre lo que debería responder. Bueno, la verdad es que sí, aunque dejé de hacerlo enseguida. Y me arrepentí desde el principio. Fue más bien un acto reflejo, si puede verse de esa manera.

—Un poco —decido decir, al final.

Cam no dice nada por un momento. Se queda ahí callado, y esta vez soy yo la que evita su mirada. No habla hasta que mis ojos vuelven a tropezarse con los suyos, tímidamente.

—No puedo pedirte que me esperes —dice, con toda la calma que no debería estar guardando a estas alturas de la conversación—. No tengo derecho a pedirte eso.

—¡Joder, Cam! —levanto la voz, frustrada.

Le pego con la mano abierta en el pecho, con fuerza, pero a él parece que no le duele. Me sujeta por la muñeca y mantiene mi palma pegada a su pectoral, por unos segundos, antes de soltarme.

—¿Sabes qué? —vuelvo a hablar, intentando sonar tan tranquila como él, tras mi arrebato—. Que yo tampoco voy a perseguirte más —anuncio, tristemente.

Me trago un sollozo cuando le doy la espalda, y rodeo el coche para montarme al volante. No vuelvo a mirarlo directamente, pero soy perfectamente consciente de que él no se mueve en absoluto hasta que arranco y me alejo de su casa.

8

Clean

Salgo del despacho del director del instituto con los niveles de cortisol muy por encima de las cifras normales en mi organismo. Ahora resulta que soy un plan B. Y no es que quiera ser un plan A, ni mucho menos. De hecho, ya me estresa bastante ser un plan B. Pero es que, aun así, me siento un poco como un segundo plato. Como tantas veces antes. Menos mal que estoy trabajando en mi amor propio.

Resulta que el director me ha llamado esta mañana para decirme que necesitaba hablar conmigo. Ya pensaba que iba a decirme que no me graduaba, que se habían dado cuenta de que se habían equivocado con mis notas finales, o algo igual de catastrófico. Y, por si fuera poco con mis propios nervios por tener que presentarme en el despacho más temido cuando ya pensaba que nunca volvería a pisar estos pasillos, mis amigas no han parado de hacer apuestas por el grupo que compartimos sobre qué fatídica noticia iba a encontrarme al llegar aquí. Menudo apoyo el de mi familia de elección. La realidad ha sido terrible. Quizá incluso peor de lo que esperaba. El director quiere que escriba un discurso para el día de la graduación. Por supuesto que hay alguien más brillante que yo para hacerlo, pero, al parecer, ese alguien sufre de miedo escénico y no están del todo seguros de que vaya a ser capaz de decir una sola palabra al micrófono, delante de todo el mundo, en el acto de graduación. Así que soy el plan B. El maldito plan B. Tengo que escribir un discurso y, probablemente, leerlo delante de todo el mundo el jueves por la mañana. Y estamos a martes. Son las cinco de la tarde. ¿De verdad? ¿Y no podía habérmelo dicho antes? He estado muy tentada de decir que no. Y de recurrir a la excusa de mi propio miedo escénico. Porque un poco de miedo sí que me da. Pero todos esos autores que me han estado contando cosas sobre la autoestima y el crecimiento personal y la confianza en uno mismo, me han susurrado a la vez en un solo segundo que este reto puede ayudarme. Puede que sí. O puede que haga el ridículo delante de todo el mundo. Aunque también puede que a nadie le importe.

Salgo por la puerta principal del instituto y me pongo las gafas de sol mientras tecleo rápidamente en mi móvil para saciar la curiosidad de mis impacientes amigas. Les cuento lo que ha pasado. Que tengo que escribir un maldito discurso para dentro de menos de cuarenta y ocho horas. Y ahora estoy segura de que me van a dar muchas ideas inútiles para que las utilice. Qué

cruz. Grace está escribiendo, pero dudo que le preocupe mucho mi drama personal ahora mismo, cuando ella ha quedado con Joe en una hora. No lo ha visto desde antes de irnos de fin de semana, así que me imagino que su conciencia no la deja estar demasiado tranquila. Creo que al final va a acabar confesando. Y, seguramente, antes de lo que ella misma cree.

—¡Ey, Ashley! —oigo una voz que me resulta conocida, llegando desde mi derecha.

Me vuelvo para ver quién reclama mi atención, sin que me dé tiempo a leer la respuesta de Grace. Y me guardo el móvil en el bolsillo trasero de mis vaqueros cortos cuando veo a Lucas Jackson trotando hacia mí.

—Hola, Lucas —saludo, al tenerlo a mi altura.

No es que tenga mucha confianza con este chico, por mucho que acudiera a una fiesta en su casa una vez, como para que vayamos más allá de decirnos hola y adiós, si nos cruzamos por la calle, así que asumo que debe de querer algo en concreto esta vez.

—¡Qué casualidad! —dice, con una sonrisa bastante amplia—. Y qué suerte verte justo ahora. Cam se ha dejado esto en los vestuarios —va directo al grano, como yo esperaba que hiciera.

Levanta la mano derecha justo frente a mí y deja resbalar de ella una cadena de plata hasta tenerla sujeta por un extremo. Esa cadena de plata con una placa colgando de ella que he visto llevar a Cam encima de la ropa, o escondida bajo la camiseta, más de una vez. La que llevaba el día del concierto del hermano de Gina cuando lloré en su coche. La misma que me rozó la mejilla con su tacto frío cuando él me abrazó.

—Acabo de encontrarla y no he querido dejarla ahí hasta mañana porque en esos vestuarios puede entrar todo el mundo y no sería la primera vez que desaparece algo —justifica su acción —. Pero seguro que tú lo ves antes que yo, últimamente no coincidimos nunca. Toda tuya. —Se libra, dejándola resbalar sobre la palma de mi mano—. Y dile a Cam que me debe una, ¿eh? Es su maldito bien más preciado —asegura—. Bueno, aparte de ti, princesa —añade luego, burlonamente, y me guiña un ojo antes de dar un paso atrás.

—Claro —bufo yo, pero él se ríe como si mi tono fuera solo en respuesta a su broma y no a que lo que acaba de decir suena bastante irónico ahora mismo—. Gracias —le digo, cuando ya se aleja.

—Hasta luego, Ash. Nos vemos el jueves —se despide, y se va corriendo hacia su coche, que no está muy lejos en el aparcamiento.

Yo camino hacia mi coche también, pero más despacio. Voy apretando esa cadenita tan fuerte en mi puño, que, para cuando me monto tras el volante y abro la mano, ya tengo un montón de marcas de los eslabones por toda la palma. Le doy un par de vueltas entre mis manos y luego giro la plaquita para leer la inscripción que tiene en la parte trasera. Pone su nombre. Cameron. Y, debajo, lleva grabada su fecha de nacimiento. 1/4/1999. Acaricio el relieve del grabado con la yema del pulgar unas cuantas veces.

El móvil vibra en mi bolsillo sacándome de mi ensimismamiento y haciendo que me dé cuenta de que me he sentado sobre él. Lo saco y lo consulto. Son las chicas, claro. Y, como yo

suponía, están diciendo tonterías que debería añadir al discurso. Incluso Grace. Que hable de los gofres de los jueves en la cafetería, escribe. Emily dice que tengo que incluir un «me muero del todo, literalmente», en su honor. Y Mia, que debería basar todo mi discurso en la evolución del bigote a lo largo de los años de nuestro profesor de francés. Mejor voy a ignorarlas, por el momento.

Utilizo la cámara del móvil para hacerle una foto a la cadena, dejando la placa sobre mi muslo, de manera que se vea el nombre y la fecha que hay grabados en ella. Luego selecciono esa imagen y la envío a mi chat con Cam. Que lleva parado desde que me deseó que lo pasara bien el fin de semana. Hace cuatro días. Escribo un mensaje, a continuación:

> Acabo de cruzarme con Lucas y me ha dado esto para ti. Te lo has dejado en el vestuario. ¿Vanessa o Scott? Elige intermediario o, si lo prefieres, te lo puedo enviar por correo.

Espero que capte el tono que yo pretendo darle a esa última frase. No quiero verlo. Bueno, sí que quiero, claro. Pero sé que no debería querer. No después de todo. De lo del domingo. De lo de ayer. Creo que ya me vale de ser idiota por este tío.

Debería haberle dicho a Lucas que se lo diera él mismo, que es más que seguro que yo no voy a verlo pronto próximamente. Pero no me ha dado tiempo a reaccionar. Ni siquiera he podido pensar. Aunque, siendo sincera, de haber tenido tiempo para valorar esto, seguramente tendría la cadena entre mis manos ahora mismo, igualmente. Es algo que me une a él. Y eso es lo que mi corazoncito y mi subconsciente no paran de buscar. Pasando totalmente de mi parte racional.

El móvil vibra con la entrada de un mensaje y se me sube el corazón a la garganta anticipando que será su respuesta. Pero cuando lo miro, no es él. Es solo Emily. Abro su chat esperando encontrarme más propuestas absurdas para mi discurso de graduación.

> Ashley, Cam está ahora mismo hablando con Scott en su casa. Me ha jodido una cita, espero que sea importante. Ayer, mientras yo cenaba en tu casa, quedaron para tomar algo. Y ahora están juntos otra vez. Cam está en casa de Scott AHORA MISMO.

Releo el mensaje unas cuantas veces. Está en casa de Scott hablando con él. Tampoco es que eso signifique mucho, ¿no? En realidad, no significa nada. Esos dos se han hecho demasiado amiguitos. Seguramente esto no tiene nada que ver conmigo.

El móvil vibra una vez más justo cuando bloqueo la pantalla. Será un «Me muero, tía. El culo de Cameron Parker en el sofá de mi novio», o algo parecido.

No.

Es Cam.

Me tiemblan un poco los dedos cuando pulso la pantalla para abrir de nuevo nuestra conversación.

Guárdamelo tú, por favor.

¿Guárdamelo? ¿Qué quiere decir con eso? Que se lo guarde. ¿Hasta cuándo? ¿Para qué?

Cojo la cadena con las dos manos y me la coloco en torno al cuello, delicadamente. Acaricio la placa una vez más y luego la cuelo por el escote de mi camiseta. El borde inferior de la placa me queda a la altura de la boca del estómago, un poco por debajo del pecho. Pongo la mano justo encima de la tela de la camiseta en ese punto y la aplasto contra mi piel hasta que alcanza la misma temperatura a la que está mi cuerpo. Es un poco como tenerlo aquí. Es tenerlo un pelín más cerca.

Unos brazos me rodean por detrás y me zarandean mientras yo busco a mis amigas con la mirada al llegar al lugar de la ceremonia de graduación. Sé que es Mia antes de volverme a mirarla, y nos sonreímos cuando nuestros ojos se encuentran.

—Vaya, vaya, menudo bombón con toga y birrete —bromea con voz seductora—. ¿Nunca has pensado en cambiar de acera? Sentaría la cabeza por ti, nena, ya que sabemos que tenemos labios compatibles.

—¡Cállate! —le pido, entre risas—. Tú también estás muy guapa, pero dudo de que vayas a sentar la cabeza alguna vez —me burlo—. Solo te dedicarías a romperme el corazón como haces con todas.

Suelta una carcajada. Parece bastante orgullosa de ser una ligona. Porque no es la bruja de Blair la única que va detrás del culito de Mia. ¿Quién nos lo iba a decir?

—Hablando de romper corazones —dice, baja un poco la voz y comprueba que nuestras familias están a una distancia suficiente para no oírnos—: ¿Qué pasa con Cam? ¿Has sabido algo de él?

No hace falta que diga nada porque, en cuanto me ve la cara, vuelve a hablar.

—Gilipollas —lo insulta—. ¿Dónde está? Voy a decirle cuatro cosas.

La sujeto del brazo para que se calme cuando empieza a estirar el cuello para buscar entre las caras de la gente.

—No lo he visto —tengo que admitir. Le doy un apretón en la muñeca, que rodeo con mi mano, para que me preste atención y vuelvo a hablar cuando me mira a los ojos—: ¿Y tú qué? ¿Has hablado con Blair?

Hace una mueca. Vale, puede que se lo haya preguntado una o dos veces cada día desde el domingo, pero es que creo que mi interés está más que justificado.

—No. Lleva llamándome toda la semana, pero le he dado largas —admite, al tiempo que aparta la mirada.

—Al menos deberías hablar con ella —aconsejo—. No puedes ignorarla y pensar que así lo que quiera que haya entre vosotras desaparecerá solo. ¿O es que quieres ser como Cam, tú también? —intento bromear.

—Eso nunca. Sabes que no soporto a ese tío —dice, en tono de broma, con una media sonrisa —. A lo mejor después... o mañana.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —recito, con voz cantarina e intentando sonar lo más irritante posible.

Mia se ríe y me da un golpecito suave en el brazo, para que me calle. No dice nada, pero hace una leve inclinación de cabeza que me da a entender que sabe que tengo razón. Otra cosa es que me vaya a hacer caso.

—¡Chicas! —Emily aparece a nuestro lado, dando saltitos—. ¡Ahora sí que es literalmente el fin de una era! ¡Me muero con vuestros gorros! ¡Estáis muy ridículas!

Solo unos minutos después, estoy escuchando las últimas palabras del discursito emocionado de mi madre antes de ir a buscar mi lugar entre mis compañeros, cuando la veo prestar atención a algo o a alguien a mi espalda. La ceremonia está a punto de empezar. Podría liberarme de una vez.

—¡Vaya! Qué guapo estás, Cam.

¿Cam? Mierda.

—Iba a decir exactamente lo mismo —coquetea él con mi madre, una vez más. Menudo par.

El cuerpo se me ha quedado rígido en un momento. Solo el sonido de su voz ya ha conseguido que me tiemblen las piernas y me palpite el corazón como si no tuviera suficiente sangre. Y no quiero darme la vuelta. Tengo que respirar hondo y asegurarme de no girarme. Porque, si lo veo, a lo mejor los pedacitos de mi corazón terminan por fundirse y desaparecer. Soy una maldita niñata enamorada. Pobre de mí.

—¿Cómo estás? —le pregunta mamá—. Hoy es un día muy importante, ¿eh? Miraos los dos, graduándoos en el instituto. Creo que es más emocionante para mí que para vosotros —sigue la muy cotorra.

Con el rabillo del ojo, veo la mano de Cam chocando la de mi hermano y le oigo preguntarle qué tal le va, llamándolo «colega».

—No tengo ni idea de qué hago aquí —protesta Eric, de mal genio por tener que tragarse este rollo de ceremonia. Y en el fondo, lo entiendo.

—Ya. Eso mismo digo yo —bromea Cam.

La señora Parker aparece delante de mí, sin que casi la vea venir, y me da un abrazo y me llama «cariño». Bueno, chúpate esa Cameron Parker, ahora no soy la única que tiene una madre que se ha dejado deslumbrar por el otro. Mamá y ella enseguida se presentan, que si yo soy la madre de Cameron, que si yo soy la madre de Ashley, que si encantada de conocerte, que si Cameron es un gran chico, que si Ashley es una chica encantadora. Y todo eso.

A mí se me escapan los ojos y se encuentran con unos de color verde que esquivan mi mirada en menos de un segundo. Y si no quiere ni verme, ¿para qué demonios viene a saludar a mi familia? Parece bastante alicaído y soy muy consciente de que su padre no está por aquí. Por si no tenía bastante. Me trago mi orgullo y doy un paso hacia él para poder hablarle en voz baja.

—Ey —saludo—. ¿Tu padre no va a venir? —Probablemente no es la mejor forma de romper el hielo, pero no creo que tengamos mucho tiempo, así que hay que ir al grano.

—No creo —murmura él—. No hay nada que le guste más que dejar una silla vacía —afirma amargamente.

—¿Cómo lo llevas? —me atrevo a preguntar.

Pero antes de que le dé tiempo a contestar, Jessica se materializa a nuestro lado y lo coge del brazo, sin molestarse en saludarme a mí. Lo arrastra con ella hacia las sillas de la parte delantera y le dice algo al oído al tiempo que me dedica una mueca de pésame por la derrota.

Genial. Lo único que me faltaba para hacer inolvidable el día de mi graduación. Ver a Cameron Parker colgado del brazo de Jessica Harris.

Enseguida soy yo la que va del brazo de alguien, y cuando giro la cara, sorprendida, para descubrir quién me ha rescatado del más absoluto y devastador abandono que nunca haya sufrido, me encuentro nada más y nada menos que con los bonitos ojos rasgados de Caleb Braxton.

—Esta jugada no te va a salir bien, Caleb. Y menos en un día como hoy. Tengo cosas más importantes en las que pensar —advierto, y me libro de su brazo rápidamente.

—Lo que deberías pensar es que yo nunca llevaría del brazo a Jessica Harris, si pudiera llevarte a ti —vuelve a insistir. Y parece que esa clase de afirmación es la marca de la casa Braxton.

Pero, vaya, que yo eso ya no me lo creo. Ni por un momento.

—Espera —le pido, doy un paso adelante y me planto frente a él.

Meto el brazo por la ancha manga de mi toga y rebusco en el bolsillito de la falda con vuelo que tiene el vestido que llevo debajo. Saco un billete de veinte dólares, le cojo la mano y le estampo en la palma el billete.

—Me dio la impresión de que ibas necesitado de pasta —me burlo—. Así no tienes que hacer más apuestas. El juego puede convertirse en un problema grave, a la larga —advierto.

Me doy media vuelta y camino decidida para alejarme de él y buscar mi sitio entre la gente. Pero me ha dado tiempo de ver la media sonrisa que se le ha dibujado en la cara. Y en cuanto doy dos pasos, veo a Cam. Está lejos y sigue al lado de Jessica, con Vanessa y con Troy, pero está mirando muy fijamente hacia donde yo estoy.

—Cada vez me gustas más, Ashley Bennet. —Oigo la voz de Caleb, bastante alto, detrás de mí—. Si voy a tener algún problema de adicción, déjame decirte que dudo de que vaya a ser el juego —insinúa.

Pero ni siquiera me vuelvo. Justamente lo que necesito ahora. Una declaración estúpida de un idiota, a todo volumen, delante de todo nuestro curso.

Grace se une a mí y, mientras caminamos entre el gentío buscando nuestro lugar, el director se nos planta delante y nos corta el paso. Mierda. Justo cuando iba a preguntarle a mi amiga qué pasa con Joe Richardson y si ya se ha decidido a hablar con él acerca de lo del fin de semana.

Porque, en contra de todas mis predicciones, Grace ha conseguido mantener el piquito cerrado con su novio desde que volvimos. Y parece que su mala conciencia por lo sucedido va a menos en vez de a más.

—Bennet —dice el director, dejando claro que esto va solo conmigo y no con mi amiga—. Vas a tener que subir tú a leer el discurso.

Y solo oír eso ya me ha elevado los niveles de estrés hasta límites casi incompatibles con la vida humana. En el fondo, me había convencido a mí misma de que no iba a tener que hacerlo. O sea, llevo casi dos días encerrada en casa, dándole vueltas al maldito discurso y hasta lo he ensayado delante del espejo, pero siempre con la tranquilidad de quien se autoconvence de que nunca va a tener que llevar sus ensayos a la vida real.

—Dime que tienes algo preparado, por favor. —Vuelvo a oír esa voz grave.

Grace sigue a mi lado, y noto que me mira con los ojos abiertísimos como transmitiéndome un «menudo marrón», sin palabras. Vaya ayuda. Debo de llevar más de un par de segundos medio en *shock*, y de ahí el tono que está utilizando el pobre hombre. Y mira que soy muy sensible con los problemas de confianza, los miedos y otras trabas psicológicas de la gente de a pie. Pero el miedo escénico me está resultando un auténtico fastidio ahora mismo. Mucho más para mí que para quien realmente lo sufre.

—Eh, sí, sí —me apresuro a contestar, cuando veo la expresión del director pasar de una leve preocupación a un estado previo al pánico—. Lo tengo. Solo debo...

—Bien. Bien. Pues coge ese discurso y prepárate —me avisa, sin darme tiempo a terminar de exponer mis circunstancias.

Joder. Y creía que ya no me podía pasar nada más en el día de mi graduación. Como si no tuviera bastante con Cam. Y con Caleb. Y con la maldita Jessica Harris.

Tengo que darme media vuelta y dejar que Grace se vaya sola entre el gentío. Y yo camino deprisa hasta donde está mi madre para recuperar las hojas en las que está escrito el dichoso discursito, que ella está custodiando, y que ya pensaba que no iba a necesitar. Esa señora que dice que me dio la vida se vuelve medio loca. Dice que está orgullosísima, sin ni siquiera saber ni de lo que voy a hablar. Y ya está buscando la cámara de vídeo para grabar mi discurso completo y que papá no se pierda nada. En serio, una cámara de vídeo. ¿Qué clase de teléfono móvil anticuado tiene esta mujer, que necesita una cámara para poder grabar? Me voy a morir de vergüenza. Y es que, además, si hago el ridículo, va a quedar inmortalizado para siempre. En la maldita cámara de vídeo de mi madre.

No me entero de nada de lo que se dice durante la primera parte de la ceremonia. Vamos, es que además me da igual. Solo quiero bajarme de ese escenario de una vez. El problema es que, para eso, voy a tener que subir primero. Vale, Ashley, tú puedes hacerlo. Total, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Que se rían de mí? Que se descojone todo el instituto. «Las gilipolleces de instituto se olvidan en dos días. Nadie se va a reír de nadie eternamente.» ¿De verdad es la maldita maravillosa voz del maldito maravilloso Cameron Parker lo mejor que mi mente es

capaz de encontrar ahora mismo para darme valor? Estoy jodida. Porque pensar en Cam no me relaja, precisamente. Y no me doy cuenta de que estoy jugueteando con la cadenita de plata que llevo al cuello, que no me he quitado desde hace dos días, ni siquiera para dormir, hasta que me llega el momento de ponerme a hablar delante de toda esa gente.

Los profesores están sentados en la parte trasera del escenario. ¡Tan relajados! Claro, porque no son ellos los que tienen que pronunciar unas palabras ahora mismo. En cuanto el director presenta el discurso de graduación y dice mi nombre, se oye a mucha gente gritar y silbar. Se supone que pretenden darme ánimo, ¿no? Pero están consiguiendo justo lo contrario. La señorita Edwards me sonríe para transmitirme confianza cuando yo avanzo hacia el atril. Pero, aun así, el corazón me está palpitando a tanta velocidad que tengo miedo de que se oiga a través del micrófono. Coloco mis papeles en el lugar designado para ello y respiro hondo con disimulo antes de empezar a hablar. Solo tengo que conseguir controlar la voz y que no me tiemble. Eso sería desastroso. Intento no mirar a nadie de todos esos rostros conocidos que tengo delante, y procuro verlos como una masa borrosa, algo que no dé miedo. Algo sin ojos y sin oídos. Pero, justo cuando voy a decir la primera palabra, mis ojos se clavan en Emily. Está sonriendo tanto que estoy segura de que le tiene que doler la mandíbula. Y levanta los dos pulgares hacia mí. Y sé que, pase lo que pase ahora mismo, ella va a decir que está, literalmente, lo más orgullosa que ha estado nunca de nadie en su vida. Ah, pero que yo estaba un poco ridícula con toga y birrete. Así que le sonrío de vuelta, levemente.

—Buenos días a todos —comienzo, con la voz más firme que tengo en mi colección—. No sé muy bien por qué el director me ha pedido a mí que prepare un discurso para esta ocasión. Debe de ser porque así no tenía que esforzarse demasiado en presentarme. Creo que todos me conocéis y recordaréis bien esta cara de otras ocasiones, como fotos por los pasillos o vídeos virales en vuestros teléfonos móviles —digo, en tono de broma—. Gracias, Blair —añado, en un tono más quedo y fingiendo una tos mal disimulada. La gente se ríe, y eso ya es todo un logro. Encuentro la cara de Blair entre las demás y ella me hace un gesto, como quitándole importancia, un «por ti volvería a hacerlo, colega» y me guiña un ojo. Qué lejos ha llegado esto de la tregua—. Pero, bueno, hoy no estamos aquí para hablar de mí. Para eso existe Twitter —ataco de nuevo, y se oyen más risas—. Hoy estamos aquí porque esto se acaba. Para decir adiós, en cierta manera. Y algo que hace cuatro años nos parecía tan grande como el instituto, se queda un poquito más pequeño y vamos a dejarlo atrás. Ahora vienen cosas grandes de verdad. Seguro que hay mucha gente por ahí que estaba deseando que el instituto se acabara de una vez. Cada uno con sus propias razones. Pero lo que no podéis negar ninguno de vosotros es que estos cuatro años nos han enseñado mucho. No me refiero a las asignaturas, lo siento —me disculpo con los profesores, girándome un poco hacia ellos—. Me refiero a cosas importantes de verdad. Como a no mandar notitas en clase, por ejemplo, gracias señor Woodward —bromeo—. No sé vosotros, pero yo he aprendido este último año más que en los años anteriores. Y espero que todos vosotros también o, al menos, que os sirva lo que he descubierto yo.

»He aprendido que los prejuicios sobran y que puedes encontrar personas que merecen mucho más la pena de lo que jamás habrías llegado a pensar, hasta en los sitios más insospechados. También he aprendido que no somos tan diferentes, ¿no? Por mucho que nos guste hablar de «clases sociales» que conviven por los pasillos. ¿Sabéis qué? Todos esos que pensamos que están por encima del bien y del mal, también se sienten, muchas veces, insuficientes para los demás; también tienen problemas, en sus casas, con sus familias, con sus parejas, con sus amigos. Todos tenemos inseguridades, y yo de eso sé bastante. Nadie es más que nadie, ni aquí ni en ninguna parte. Y a menudo somos nosotros mismos los que nos ponemos las etiquetas. ¿Qué tal si dejamos de hacerlo? Ahora que esto se acaba, podemos empezar desde cero. Cada uno puede ser quien es y quien quiera ser. Dentro de todos nosotros hay infinitas posibilidades y solo depende de cada uno hasta dónde las quiera explorar. Es hora de ser valientes. De aceptarnos. De sacar lo mejor de nosotros.

»Hablando de ser valientes, yo no estaría hoy aquí delante de todos vosotros, soltándoos este rollo, si no fuera porque alguien me empujó a serlo. A no tener miedo. Pero hasta a los que predican eso por ahí se les olvida alguna vez. Intentad recordarlo. Muchas veces hace falta serlo. Pero lo que os aseguro es que muy pocas veces hay que serlo solos. Que siempre va a haber alguien ahí para recordártelo, para sujetarte si resbalas, o levantarte si te caes. Y por eso tengo que dar las gracias a un montón de personitas que están, las que siempre han estado, las que acaban de llegar, y las que llegarán. Todos sois importantes. Todos lo sois para alguien. Pero lo más importante es que todos debéis serlo para vosotros mismos.

»Este año he aprendido mucho. He estudiado un montón, pero lo más importante me lo habéis enseñado vosotros. Todos y cada uno. Los que compartís vídeos virales, y los que creáis *hashtags*, también. Algunos muy ingeniosos, por cierto, seréis grandes *community managers* algún día. Me habéis enseñado que todas las cosas tienen una importancia relativa, justo la que cada uno quiere darles. He aprendido que hay chicos malos que no saben cuánto valen detrás de esa fachada. —Busco a Tyler con la mirada y, cuando mis ojos lo encuentran, tiene los suyos clavados en mí—. He aprendido que hay abejas reinas con fama de venenosas que son incluso más guapas por dentro que por fuera. He aprendido mucho de alguien muy especial, a quien su fama no le hace justicia, y que os conoce a todos por nombre y apellido, igual que vosotros a él. Me han enseñado que en Netflix hay un montón de joyas por descubrir —digo, rebajando el tono emocional, y se oyen risitas entre el gentío—. Pero, eh, por cierto, tengo que decirlo: no he aprendido nada en absoluto de fútbol americano. Lo siento, Eagles —me disculpo, con una sonrisa, y ahora más gente ríe—. Creo que lo más importante que he aprendido este año es a valorar a la gente que te quiere. Y eso aún estoy aprendiendo a ponerlo en práctica, porque es más difícil de lo que parece. Y debería empezar por los más cercanos, ¿no? Los que siempre están, incluso cuando no te lo mereces. Mamá, gracias por estar. Por ser tú, por ser muy pesada, por preguntar qué me pasa, por castigarme y por levantarme el castigo, por quererme, aunque sea muy mala hija algunas veces, y por estar orgullosa de mí. Yo estoy orgullosa de ti, también. —

Casi tengo lágrimas en los ojos, pero es que mi madre está llorando sin ningún disimulo, directamente—. Os quiero a los tres, más que a nada.

»Si alguien me ha enseñado algo en estos cuatro años, sin duda sois vosotras, chicas. He aprendido que los amigos están ahí para hacerte fuerte cuando tú no puedes. Para ayudarte a mostrar al mundo tu verdadera cara sin importar lo que pensarán de vosotros. Para darlo todo por ti cuando estás en lo más alto, pero también cuando estás en lo más bajo. Incluso cuando te portas como una idiota y no tienes razón. Y para morirse de felicidad contigo, literalmente, en tus mejores momentos. Estoy muy orgullosa de vosotras, de llamaros hermanas, de teneros en mi vida. Porque me habéis enseñado de qué va todo esto en realidad; lo que importa y lo que no. Y que no importa a quien quieras, mientras quieras.

»Antes he dicho que en el fondo somos todos iguales, ¿verdad? Pero es que, en realidad, lo perfecto de todo esto es que cada uno es diferente a su propia manera. Cada uno de vosotros es especial. Y ahora es el momento de explotar al máximo esa esencia propia que os hace únicos. No paran de hablar de universidad, ¿no? ¿No os da esa sensación? ¿Soy solo yo? Pero la verdad es que no importa si vais a la universidad. ¿Me oís? No importa que vayáis a la mejor universidad, o si no habéis entrado en la que queríais, o si vais a buscar un trabajo, o si os queréis ir todo el año a recorrer Europa. Acepto invitaciones a ese tipo de viajes, por cierto —propongo, y vuelven a reír—. ¿Sabéis qué? A la mierda la universidad. ¿Se puede decir «mierda» en el discurso? —consulto, volviéndome hacia el director—. ¿No? Lo siento. Haced lo que os vaya a hacer felices, porque al final eso es lo único que importa. Valéis mucho más de lo que creéis, solo por ser quienes sois. Cada uno de forma diferente; cada uno siguiendo su camino. Estoy segura de que vais a ser todos grandes. Creedlo a partir de ahora. Vamos a quedarnos con lo bueno del instituto. Con las personas. Con vosotros.

»Tengo que terminar este discurso haciendo esto. Tengo que hacerlo. Lo siento, chicas. Lo siento, mamá —digo, en tono de broma—. Pero es que tengo que acabar citando a Taylor Swift. —Nada más decir eso, mis ojos se quedan atrapados en los de Cam y lo veo sonreír de medio lado. Parece bastante orgulloso, diría yo. Y hacía tiempo que no veía esa sonrisa, así que media ya me deja casi sin aliento—. Sé que todos lo sabéis, solo tenéis que creerlo. Tenedlo claro: “En vuestra vida haréis cosas más grandes que salir con el chico del equipo de fútbol”. Enhorabuena a todos.

Mis últimas palabras prácticamente no se oyen porque la mayoría de la gente está aplaudiendo y silbando, como si estuviéramos en un concierto, o algo así.

Bajo del escenario, mucho más relajada de lo que he subido. Al menos, me he quedado a gusto. He dicho lo que quería decir. Y los que están sentados a mi alrededor me felicitan en voz baja y alaban mi discurso. Espero que les haya gustado. Pero, si no, tampoco importa tanto, ¿verdad?

Recoger los diplomas, medallitas, hacerse fotos y todo eso que se hace en las ceremonias de graduación. Ya todo me da bastante igual. Yo ya he hecho lo que tenía que hacer. Ya puedo

relajarme. ¿He dicho relajarme? Sí, claro. Eso es hasta que la llamada de los alumnos llega a la «P», de Parker, y lo veo subir al escenario. Lo primero que hace, en cuanto recoge su diploma, es mirarme a mí. Menos mal que estoy sentada porque me tiemblan las piernas. ¿Cómo hemos podido llegar hasta aquí? ¿Por qué tengo que echarlo tanto de menos que duele? ¿Y por qué esos ojitos verdes no dejan de hacerme sentir como si fueran lo único que quiero poder mirar cada día? En mi vida voy a hacer cosas mucho más grandes que salir con el chico del equipo de fútbol. ¿O no?

Cuando la ceremonia termina, hay un pequeño ágape para todos los alumnos y los familiares que nos han acompañado. Ni siquiera puedo llegar a comer nada, ni llegar a donde mis amigas ya están reunidas, porque algunos de los profesores me interceptan para felicitarme por mis palabras. De ahí, paso por unos cuantos alumnos que hacen lo mismo. Y, finalmente, tengo que atravesar la barrera de mi madre, que esa sí que va a ser difícil de derribar. Además, no está sola. ¿Por qué iba a estarlo? ¿Por qué... cuando puede tener a mi hermano aburrido a su lado mientras ella parlotea con Sandra Parker como si fueran amigas de toda la vida? Mamá me abraza un montón. Y muy fuerte. Y luego suelta un par de lagrimitas más. Al final, tengo que pedirle que pare y deje de avergonzarme delante de todos mis compañeros, pero la tía se lo toma a broma. Y la madre de Cam también se toma la confianza de darme un abrazo bastante apretado, mientras me felicita por el discursito. Antes de alejarme, aprovecho para quitarme la toga, que ya casi nadie lleva, y se la doy a mamá para que la guarde ella, mientras la señora Parker pregunta dónde demonios se ha metido su hijo y mira alrededor. Lo localizo yo antes que ella. Está relativamente cerca de nosotras, pero hay mucha gente entre medio. Y está con Ryan y con Joe, y también con mi hermano, que ha debido de escaparse de nuestro lado sin que nos diéramos cuenta para unirse a esa panda de chicos y hablar de béisbol. Es que estoy más que segura de que están hablando de eso. Y quizá mi hermanito esté alardeando de ser un gran karateca, y de que este fin de semana tienen que volver a irse para competir en la final. Se lo señalo a su madre, y le digo a mamá que vigile a su hijo. Y luego pido permiso para irme con mis amigas, que creo que ya es hora.

No he avanzado ni cuatro pasos, cuando alguien me abraza por detrás, con mucha efusividad. Sonrío un poco y rodeo sus brazos antes de volverme y ensanchar mi sonrisa al encontrarme con la suya.

—¿Soy la abeja reina venenosa? —Es lo primero que dice Vanessa, con los brazos en jarras, pero sin borrar su expresión de alegría.

—Eso dicen —la pongo al día, divertida.

—Tú sí que eres guapa, por dentro y por fuera, Ash —asegura, antes de volver a abrazarme —. ¿Cómo estás? Siento que hace un siglo que no hablamos —exagera—. Tu discurso ha sido una pasada, tía. Me ha encantado.

—Estoy bien, creo —digo, solo medio en broma—. Y gracias. Me alegro de que te haya gustado.

—Hay una minifiesta luego. Solo unos cuantos. No sé si la haremos en mi casa o en casa de

Ryan, al final. ¿Por qué no te vienes? —me invita—. No te vemos nunca desde hace ya demasiados días —me regaña.

—Ya. Sí, lo sé. Pero no sé... Ya sabes cómo están las cosas —suspiro, sin revelar demasiado —. Además, he quedado para comer con las chicas, nuestras madres querían organizar algo para las cuatro juntas.

Vanessa asiente, comprensiva. Pero veo perfectamente en sus ojos que no va a darse por vencida tan fácilmente.

—Lo entiendo. Pero, bueno, lo nuestro se alargará bastante, seguro. Pásate después, o por la noche. O cuando sea —insiste—. No sé, tampoco me quiero meter donde no me llaman, pero Cam viene, y a lo mejor... —Hago una mueca, y ella se muerde el labio—. La verdad es que no sé cómo están las cosas —reconoce, en respuesta a mi comentario anterior—. Él no habla conmigo tampoco, Ashley.

No digo nada. Tampoco sé que decir. No voy a explicarle ahora a Vanessa todo lo que ha pasado en las últimas dos semanas. Y no voy a unirme a su minifiesta. Necesito estar lejos de Cam ahora mismo. Eso es lo que dice mi parte racional, aunque el resto de mí no esté de acuerdo. Tengo que hacerle caso, porque hacer caso solo a mi corazón durante los últimos días no me ha ido demasiado bien. Y no creo que él tenga muchas ganas de tenerme allí, de todas maneras.

Me quito la cadena que llevo al cuello con cuidado, bajo la atenta mirada de la jefa de animadoras, y luego le cojo la mano para ponérsela en la palma.

—¿Me puedes hacer el favor de devolverle esto a Cam?

Me da un poco de pena separarla de mi piel. Me había acostumbrado a su tacto y a su peso. Y a sentir, de algún modo, que tenía una parte de él conmigo. Pero está claro que esto no me pertenece. Y menos cuando él lleva a Jessica del brazo por ahí.

Vanessa observa la placa durante un par de segundos, antes de devolver la mirada a mis ojos. Parece muy sorprendida y hasta frunce un poco el ceño.

—¿Yo con esto en la mano? Si con solo tocarla se puede contaminar —dice, en tono irónico, y me da la impresión de que conoce bien el colgante—. Nunca en la vida me ha dejado casi ni tocarla. La placa que le regaló su padre el día que nació, por favor —sigue con el mismo tono—. ¿Cómo es que la tienes tú? ¿Te la ha dado él? —pregunta, y alza una ceja, recelosa.

—Larga historia. —Me libro de tener que dar explicaciones—. ¿Puedes dársela, por favor?

Ella asiente, y me dedica una sonrisa triste. Yo le sonrío, intentando aparentar estar un poco más alegre, porque lo último que quiero es parecer una pobrecita víctima delante de Vanessa Miller y amargarle a ella el día de graduación. Le doy las gracias y la abrazo de nuevo, antes de disculparme para poder reunirme con mis amigas. Vanessa insiste con lo de la fiesta de luego cuando ya me estoy alejando, pero esta vez no me molesto en contestar.

—¡Tía! ¡Has estado supergenial! ¡Mira! ¡Los pelos de punta! ¡Ha sido, literalmente, el mejor discurso de la historia! —chilla Emily, en cuanto llego a su lado—. ¡Estamos superorgullosas!

¿Verdad, chicas? —busca apoyo.

—Verdad, chica —se muestra de acuerdo Grace.

—Más que orgullosas, chica —medio bromea Mia.

Y las tres se me echan encima para envolverme en un abrazo grupal. Pero el orgullo les dura poco y pronto empiezan a criticar. Que si el birrete era ridículo. Que no he dicho nada de gofres ni de bigotes. En fin. Las cosas normales en este grupo de amigas.

Mientras hablo con ellas, veo a Tyler escaparse de entre la multitud y abandonar el evento antes de tiempo. Apenas lo he visto esta mañana y, desde luego, no ha estado con su grupo de amigos. Me arrepiento de no haber intentado buscarlo antes. Ya sé que no quiere hablar conmigo y que me pidió que mantuviera las distancias, pero hace ya casi un mes y apenas lo he visto en todo este tiempo. No tiene pinta de que las cosas vayan muy bien por su casa, a juzgar por cómo se oyen las broncas desde la mía. Pero creo que la mayor parte del tiempo ni siquiera está allí. Y me preocupa un poco. Bastante.

Un ratito después, Grace está proponiendo que nos vayamos ya las cuatro juntas en su coche hacia el lugar donde vamos a comer, cuando alguien interrumpe nuestra conversación, hablando justo a mi espalda.

—Bonito discurso.

Mis amigas lo miran y me miran, alternativamente, unas cuantas veces, sin que yo me dé la vuelta.

—Eh, te esperamos en el coche, ¿vale, Ash?

Me sorprende que sea Emily la que reaccione primero para dejarnos a solas. Debe de ser solamente porque es la que más de su parte está en este grupo. Empuja un poco a Grace y se van las tres juntas, cuchicheando entre ellas.

Yo me giro para encontrarme con esos ojitos verdes. Y estamos completamente rodeados de gente, pero a la vez estamos completamente solos. No sé ni qué se supone que debería decir ahora, así que opto por la cordialidad.

—Me alegro de que te haya gustado —se lo agradezco, fríamente.

—Has estado increíble, Ash —alaba, y sonríe con los labios sellados—. Ojalá tuviera derecho a decirte que estoy orgulloso. Y estás preciosa hoy.

Oh, oh. Alarma de Cameron encantador. Cuidado, Ashley. No sé muy bien qué esperarme ya de este tío.

—Ya. Pues gracias. Tengo que irme, Cam —empiezo a disculparme.

Pero me dan muchas ganas de decirle que él sí que está increíblemente guapo, con ese traje que lleva. Me muerdo la lengua, claro.

Antes de que pueda dar ni siquiera un paso atrás, él saca algo de su bolsillo y lo sostiene en alto en su mano izquierda para que pueda verlo. Es la cadena y la placa que le he dado hace un ratito a Vanessa.

—Parece que has elegido intermediario por mí —señala, y suena un poco triste al decirlo—.

Me gustaba más poder pensar que lo tenías tú —reconoce.

—Cam, ¿qué quieres? —voy directa al grano, molesta.

—Hablar contigo.

Me sorprende. Tiene los ojos clavados en mis pupilas y parece sincero. Quizá incluso un poquito arrepentido.

—¿Podemos vernos esta tarde? ¿Esta noche? —va probando, al ver que yo no varío mi expresión—. Cuando tú quieras, princesa.

—No me llames princesa —advierto, irritada—. No quiero hablar. Ni esta tarde, ni esta noche —lo desilusiono—. Me estoy alejando, que era lo que tú querías.

Cierra los ojos, por un momento, al escucharme y niega suavemente con la cabeza.

—Nunca ha sido eso lo que quiero —corrige.

—Tengo que irme —insisto, y doy dos pasos atrás antes de volverme para darle la espalda de nuevo.

—Ash —me llama.

Yo me limito a girar un poco la cabeza en espera de lo que tenga que decir.

—Espero ser para ti algo más que el chico del equipo de fútbol —confiesa, haciendo referencia a mi discurso.

—Lo has sido —aseguro. Pero doto mi respuesta de una nota triste y la duda de si ese tiempo ya ha pasado.

Me alejo con la sensación de que mi corazón es un ovillo de lana con el extremo anudado a su brazo, justo por encima del tatuaje. Y, cuanta más distancia nos separa, más se deshace, estirando una fibra que no sé hasta dónde podrá dar de sí.

9

All you had to do was stay

Sé que es mucho pedir ahora mismo, pero hay algo que necesito decirte. ¿Crees que podemos quedar para hablar? Cuando tú quieras, donde tú quieras y con tus condiciones. ¿Podemos?

Es ya el tercer mensaje que me manda hoy, desde que me he ido del lugar de la ceremonia. No he contestado a los anteriores, que venían a decir básicamente lo mismo, con algunas disculpas incluidas. Le paso mi teléfono a Emily, que está de pie a mi lado, apoyada en la barra de la sala de fiestas en la que estamos tomando algo. Mi amiga lo coge rápidamente para leerlo, menuda cotilla está hecha, es que le ha faltado tiempo.

—Habla con él, Ash. No seas tonta, lo estás deseando —me recuerda, con media sonrisa burlona, mientras me tiende el móvil de vuelta.

Me guardo el teléfono de nuevo en el bolso y niego con la cabeza al tiempo que sorbo un poco de mi refresco a través de una pajita. Son más de las diez de la noche y estoy segura de que Cam sigue con sus amigos, probablemente en casa de Vanessa. Estoy más que segura, porque la jefa de animadoras me ha mandado unas cuantas fotos en el último par de horas, insistiendo en que me pasara un rato, y en todas ellas estaba él. Aunque no se lo veía tan integrado y feliz como a Ryan o a Troy. Y, además, también está allí Jessica. Ugg.

—Le he dado muchas oportunidades estas dos semanas —defiendo mi postura—. Ha decidido ignorarme cada vez. ¿Me vas a asegurar tú que, si ahora quedo con él y vuelvo a caer como una tonta, mañana no le va a dar por ignorarme otra vez? —la reto.

—Scott dice... —empieza mi amiga, y tengo que poner los ojos en blanco, exasperada.

—Deja de decirme lo que dice Scott —le pido, casi en un gruñido—. Scott solo repite lo que dice Cam, como un lorito, pero eso no significa que sea verdad.

—Bueno, es el que más ha hablado con él en los últimos días de todos nosotros, así que... si no quieres tomar eso en cuenta, tú me dirás qué información prefieres manejar.

—Me dejó una nota pidiéndome espacio después de dormir en mi cama; me besó en su coche y luego me ignoró cuando yo le pedí expresamente que no lo hiciera; se presentó en mi casa para traerme chocolatinas y una peli, y al día siguiente pasó de mí cuando le pedí que habláramos;

llama a Scott para preguntarle por mí en vez de marcar mi maldito número; se presenta en mi puerta debajo de la lluvia solo para largarse corriendo después de besarme; se comporta como el maldito hombre de hielo cuando me ve en su casa, y ahora, de repente, dice que quiere hablar. Esa es la información que prefiero manejar. —Me muestro firme, enfadada.

Emily se encoge de hombros, con sus ojos marrones clavados en mí y sorbiendo de su propia pajita, como si estuviera absorta en la pantalla del cine, o algo parecido. Eso es mi vida ahora para mi mejor amiga, una jodida película. Y parece que la tiene muy enganchada.

—Vale, lo pillo —concede, y sonríe de medio lado, como si supiera algo que yo no sé—. Llevas dos semanas detrás de él y se ha estado portando como un idiota, así que te debes a ti misma aferrarte un poquito a tu orgullo. Lo entiendo. Hazte la dura un poquito, está bien. Que suplique. Te aseguro que lo hará —termina, totalmente convencida.

Mia y Grace vuelven a nuestro lado, tras haber ido al baño. Han tardado un ratito, así que tiene pinta de estar bastante concurrido. Llegan parloteando acerca de una chica muy borracha que había en uno de los cubículos, vomitando. Qué agradable es siempre la conversación de mis amigas. Y Emily enseguida pregunta de dónde habrá sacado el alcohol, porque ella tampoco le haría ascos a un chupito. No digo nada y me limito a escucharlas hablar. Lo bueno de esta noche es que hemos decidido salir solo las cuatro. Nada de novios. Creo que nos merecemos un respiro. Acabamos de graduarnos y nos lo hemos ganado. Lo hemos hecho juntas desde el principio, así que casi nos sobran todos los demás. Sospecho que Grace no tenía muchas ganas de tenernos a nosotras y a Joe en el mismo sitio al mismo tiempo, además. Eso solo puede avivar su mala conciencia, sabiendo que nosotras sabemos lo que pasó y su inocente novio no tiene ni idea. Y Mia ha dicho que tal vez hablaría hoy con Blair, pero creo que mi consejo de esta mañana no ha conseguido evitar que caiga en la procrastinación, una vez más. Emily ve a Scott todos los días, así que no creo que le importe mucho prescindir de él por una sola noche.

Y yo no tenía a nadie a quien invitar a nuestra reunión, de todas maneras. Pienso en lo que Emily acaba de decirme. Puede que sí, que sea mi orgullo lo que me impide largarme ahora mismo hasta donde Cam está y aclarar las cosas de una vez. Pero alguna vez hay que poder mantenerlo, ¿no? No es que haya tirado mucho de orgullo últimamente, o a lo largo de toda mi vida, en realidad. Me debo a mí misma el ponerme ahora en primer lugar; el dejarle claro a él que las últimas dos semanas tienen consecuencias, y que no soy una chica tan fácil, aunque me ablanden muy rápido esos ojitos verdes. Sí, necesito dejarle claro que, si yo estoy dispuesta a perseguirlo, él tiene que poner lo mismo de su parte, también.

Vuelvo a recuperar el móvil para contestar a su mensaje.

Pásalo bien esta noche, Cam.

Justo como él me contestó cuando fui yo la que le pedía hablar. A veces, hay que echarle una mano al universo en esto de equilibrar el karma. La vida suele ser un poco lenta en cuanto a estos menesteres.

No me ha dado tiempo ni a guardar el teléfono en el bolso cuando vibra con la respuesta.

Vale, me lo merezco. ¿Puedo volver a preguntártelo mañana? No digas que no, voy a preguntarlo todos los días hasta que me digas que sí, aunque sea solo por aburrimiento. Pásalo bien con las chicas, princesa.

Suspiro, y me arrepiento al instante de haberlo hecho, porque, de repente, tengo todas las miradas puestas sobre mí.

—¿Es Cam otra vez? —pregunta Grace—. ¿Por qué no hablas con él de una vez? —propone, al igual que Emily—. Si lo estás deseando, tonta.

Hago una mueca como respuesta a su comentario y vuelvo a guardar el móvil.

—Oye, Ash, sabes que me cae fatal ese tío —bromea Mia, con su frase favorita de los últimos días. Menos mal que sé que en el fondo no es verdad—. Pero hasta un caballo cojo se merece una oportunidad —se burla de mis valiosos consejos.

—¿Qué dice esta ahora de un caballo? ¿Qué se ha metido en los baños? —le pregunta Emily a Grace, en tono divertido.

—El caballo no está cojo, solo se hace el cojo cuando le conviene —sigo yo con la metáfora.

—Bueno, supongo que todo el mundo se merece una segunda oportunidad y que hay algunas veces en las que merece la pena confiar, ¿no? —deja Mia en el aire, y me dedica una sonrisa cómplice.

Siento la vibración del móvil, pegado a mi cadera, una vez más. Casi me dan ganas de apagarlo. Casi. Porque también tengo muchas ganas de saber lo que dice. Y estoy segura de que es él.

Una última cosa más, por hoy: sé que el otro día estaba bastante gilipollas y siento si te di la impresión equivocada, la verdad es que no quiero que beses al jodido Caleb. Ni a él, ni a nadie más. Solo a mí. Eres libre de hacer lo que quieras, por supuesto, pero solo quería dejar eso claro. No quiero que lo hagas. Me mata que lo hagas. Quiero esos labios solo para mí.

Se me encoge el estómago y se me tensa el vientre solo con leer sus palabras. Yo también quiero esos labios solo para mí. Solo para mí.

—Oye, si no vas a mover tu culo para ir a hablar con él, por lo menos deja el teléfono y vuelve con nosotras —pide Grace.

Eso consigue cortar el inadecuado rumbo de mis pensamientos. No debería estar pensando en las horribles ganas que tengo de besarlo ahora mismo. No. Debería estar enfadada con él. Estoy enfadada. Sigo estándolo. No puedo dejarme ablandar tan fácilmente.

Quito la vibración de mis notificaciones de mensajes para dejar el móvil mudo y lo guardo en lo más profundo del bolso. Levanto las manos para que mis amigas vean que ya estoy centrando

en ellas mi plena atención.

Ninguna vuelve a decir nada sobre Cam. Mejor. Esta noche hemos salido para divertirnos. Así que nos movemos juntas hacia el centro de la pista para ponernos a bailar.

Habrá pasado algo más de media hora cuando Emily me pide que la acompañe al baño. Y, mientras la espero sujetando la puerta de su cubículo, que tiene el pestillo roto, me da por consultar mi móvil. Solo como mero acto reflejo. Lo que hace cualquier chica cuando le toca esperar, ¿no? Tampoco es que esté esperando que haya algún otro mensajito de Cam ni nada parecido. Qué va. Aunque, a pesar de no estar esperándolo, me decepciona un poco que no lo haya, la verdad. Lo que sí hay en la barra de mis notificaciones es una llamada perdida. Vanessa, hace cerca de un cuarto de hora. Qué raro. ¿Para qué iba a llamarme Vanessa a estas horas? Si hemos hablado por mensajes durante gran parte de la noche, además.

Mi mejor amiga sale por fin del baño y volvemos hasta la pista de baile. Mia y Grace no se han movido de ahí y bailan dándolo todo, y casi se oyen sus voces por encima de la música, al cantar.

—Chicas —llamo la atención de todas—, acabo de ver que me ha llamado Vanessa. Voy a salir a llamarla para ver qué quería, ¿vale?

—¿Quieres que te acompañe? —se ofrece Emily, al instante.

—No, qué va —la tranquilizo—. Vuelvo enseguida.

Y me abro paso entre la multitud hasta la puerta del local. Tengo que alejarme unos cuantos metros calle abajo, porque justo en la salida también hay bastante gente que habla demasiado alto. Pulso sobre la llamada de mi amiga para devolvérsela y me llevo el aparato a la oreja para escuchar los tonos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

—¡Ashley!

Prácticamente lo grita, y solo con oír cómo dice mi nombre ya sé que está borracha. Sonrío de medio lado y niego lentamente con la cabeza, para mí misma.

—Ey, ¿qué pasa? Acabo de ver tu llamada, pensaba que te pasaba algo —le echo en cara.

—Sí. Sí, sí, sí —repite, arrastrando las palabras—. Me pasa que no estás aquí y deberías estar aquí. Deberías estar aquí, Ashley. Troy está enganchado a un partido de baloncesto en su móvil, Jess no bebe, Cam es un rollo cuando tú no estás... Ryan y yo te echamos de menos, queremos que vengas a beber tequila.

—¡Tequila! —oigo gritar a Ryan al otro lado de la línea—. Ashley, ven a beber tequila.

—Ssssh —le chista Vanessa—. Que Cam no se entere de que estamos hablando con ella —sisea.

Oigo ruidos a través del teléfono, como si esos dos se estuvieran peleando por el control del móvil de Vanessa. Me queda claro quién gana cuando oigo su voz mucho más clara.

—Ash, vente para aquí y quítale la tontería de encima a ese imbécil de un polvazo —dice Ryan, en tono de broma—. Desde que os peleasteis va por ahí como alma en pena. ¿No ves que

es un pobre tonto enamorado? Estáis haciendo mucho el idiota los dos... Venga..., si todo el mundo sabe que queréis estar juntos. No es tan difícil...

No digo nada. Me muerdo el labio, procesando las palabras de Ryan. El problema es que estoy segura de que él no sabe toda la historia. Que no sabe que, desde que nos peleamos, no he parado de intentar arreglar las cosas con ese pobre tonto enamorado. Pero resulta que él no ha querido tenerme a su lado. Y ya van casi dos semanas.

—Pasa de Ryan, tía. —Vuelvo a oír a Vanessa, de nuevo al aparato—. Yo quiero que vengas a beber tequila. A Cam que le den —casi gruñe—, no te merece. ¿Me oyes? Lo quiero mucho, tía, pero es un capullo de primera. Pasa de él y vente a beber con nosotros —propone, una vez más.

Sonrío levemente al escuchar cómo lo dice. Nunca habría llegado a pensar, ni por un momento, que Vanessa Miller se pondría de mi parte cuando la cosa está entre ser leal a Cam o serlo conmigo. Pero está muy borracha, así que tampoco puedo tomarla demasiado en serio.

—Lo siento, chica —me pronuncio por fin—. Aunque llegara allí en cinco minutos nunca podría beber tanto ni tan rápido como para alcanzar vuestro nivel de borrachera —me burlo—. Me quedo con las chicas, pero gracias por la invitación. Os juro que otro día bebemos tequila los tres. —Tengo que decirlo, para que se queden contentos—. Cuidado con los chupitos.

Me cuesta tres intentos poder despedirme de ella y colgar el teléfono. Al final, he tenido que dejarla casi con la palabra en la boca, porque no paraba de darme razones por las que debería dejar tiradas a mis amigas ahora mismo y mover mi culo hasta su casa. En fin, seguro que mañana ni se acordará de esta llamada.

Guardo el teléfono en el fondo del bolso, una vez más, y me doy media vuelta para caminar hasta el local de nuevo. He dado solo dos pasos cuando alguien me silba desde la escalera que sube a la entrada de una floristería. No es un silbido bonito. No. Más bien, como si llamaran a un perro. Miro hacia allí casi como un reflejo y la veo. Blair Wells. Lleva pantalones negros de cuero con unas botas negras de estilo militar, y una camiseta negra rasgada en varios puntos y con una calavera dibujada en la parte delantera. Lleva la larga melena negra más lisa que de costumbre, y se ha pintado la cara con un estilo bastante gótico, también. Lo que yo decía, una bruja. Es justo lo que parece. Está fumando y le da una calada relajada a su cigarrillo sin apartar los ojos de mí. No me dice nada más, pero hasta me parece mal saludarla con la cabeza y marcharme sin más, así que me acerco hasta llegar a su altura. Su móvil y su paquete de tabaco están a su lado en el escalón en el que está sentada. Los aparta a un lado, como si estuviera haciéndome sitio para sentarme. ¿De verdad voy a sentarme con ella?

Lo hago. No sé muy bien por qué.

—¿Qué tal, Ashley? —saluda—. Me ha gustado mucho tu discursito de motivación. Sobre todo, cuando me has mencionado a mí —asegura con una media sonrisa irónica—. Ah, y lo de que vas a hacer cosas mucho más grandes que salir con el chico del equipo de fútbol. Eso sí que me ha encantado.

No estoy muy segura de si lo dice en serio o no. Su tono es bastante indiferente.

—La frase no es mía, pero supongo que es perfectamente aplicable a la situación —admito.

—Perfectamente aplicable —repite, y suelta el humo muy lentamente, mientras mueve el cigarrillo entre los dedos, con la mirada clavada en la parte incandescente.

—¿Estás bien, Blair? —me veo obligada a preguntar.

Me arrepiento al instante, porque esta necesidad de dejar fluir toda mi empatía con las personas que menos se lo merecen ya me pasó una vez, hace dos semanas, y no me gustó demasiado lo que escuché en respuesta, la verdad.

—Bien. Bien. Sí, claro que estoy bien. Estaba ahí dentro y necesitaba salir a fumar un cigarro.

—¿Estás sola?

—Me imagino que te imaginas que no tengo demasiados amigos. —Sonríe, pero no es una sonrisa agradable, ni mucho menos—. Tampoco me hacen falta, pero alguno tengo. He venido con un colega. Pero mi colega ha encontrado a alguien con quien entretenerse y... Bueno, yo también he encontrado a alguien con quien me quiero entretener. Pero no me he atrevido a acercarme. Lleva dándome largas toda la semana —reconoce amargamente—. Creo que no tiene muchas ganas de verme. He pensado que mejor os dejaba tranquilas y fumaba un rato.

Me muerdo la parte interna de la mejilla mientras pienso cómo debería contestar a eso. Es más que obvio que habla de Mia, y que no está llevando demasiado bien que mi amiga la haya estado ignorando esta última semana.

—Opino que deberías intentarlo otra vez —digo al final.

Blair gira la cara hacia mí y su expresión me indica que está genuinamente sorprendida con lo que acaba de oír.

—Oye, yo no puedo decirte nada, ¿sabes? No voy a decirte nada. Ya sabes que yo no cuento cosas por ahí que mi amiga no quiere que cuente —medio bromeo, con aquel audio que Blair tiene de mí—. Solo digo que, si es verdad lo que me dijiste, si te has colado por ella, adelante. Mi madre dice que no puedes conformarte hasta asegurarte de que has hecho todo lo que estaba en tu mano para estar con la persona a la que quieres.

—Las madres dicen muchas gilipolleces —me corta ella, con un gruñido, y devuelve su vista al frente.

Nos quedamos en silencio por unos segundos después de sus palabras. Sí, lo cierto es que Blair Wells no es una chica muy agradable de tratar. No sé qué demonios es lo que habrá visto Mia en ella, de verdad.

Me sorprende al tenderme el cigarrillo que tiene a medias en la mano. Yo dudo bastante de si cogerla o no, pero finalmente le hago un gesto con la mano para rechazar su ofrecimiento.

—Anda, va. No te hagas la estirada a estas alturas, Bennet —dice, en tono burlón—. Si estás aquí sentada conmigo, es porque tú tampoco estás a pleno rendimiento hoy. Dale una calada, no va a matarte. Fuma un cigarro conmigo y que les jodan.

Mierda. Puede que tenga razón. ¿Puede ser que yo piense, incluso por un solo momento, que

la maldita bruja tiene razón? ¿Qué me está pasando? Creo que mi vida está yendo cuesta abajo demasiado deprisa, últimamente.

Cojo el cigarrillo, sin darme más tiempo a pensar. Tiene la marca del pintalabios oscuro de Blair alrededor del filtro. Y yo pego los labios a esa parte, solo un milímetro por debajo, para dar una calada. Intento hacerlo bien, como una auténtica chica mala y tragarme el humo, a la mierda todo. Lo hago de miedo. Hasta que me pongo a toser. A punto de morir ahogada. La risa de Blair no ayuda mucho. Y tampoco es que supiera que esta chica era capaz de reír, pero, en fin, me alegro de que mi inminente muerte le esté alegrando la noche. Me quita el cigarrillo de entre los dedos, sin preocuparse lo más mínimo por mi integridad.

—Joder, Ashley, menuda pringada —se mete conmigo, y da una calada larga como si nada, tapando con su tono oscuro la marca de mi pintalabios rosa—. Por lo que he visto y oído en la ceremonia de esta mañana, parece que las cosas siguen sin ir muy bien con el príncipe azul —deja caer, en cuanto yo me recupero de mi ataque de tos.

—Bueno, no es que sea mucho de tu incumbencia, pero se puede decir que Cam y yo no estamos en nuestro mejor momento —reconozco, bajando un poco la voz.

—Tienes como doscientos años. —Me sorprende con una risita—. «No es que sea de tu incumbencia» —me imita, en tono pedante—. Yo más bien diría que no me importa una mierda. Y es verdad. No me importa una mierda, pero de algo tenemos que hablar mientras nos terminamos este cigarro y nos fumamos el que voy a encender ahora mismo... ¿Qué ha pasado? ¿Algo nuevo además de pasearse por ahí del brazo de Jess?

Sé que solo dice eso de Jess y su maldito brazo para cabrearme un poquito y que acabe explotando. Es que lo sé. Estoy segura. Pero lo consigue con demasiada facilidad, aun así.

—Tu amiga Jessica es lo peor —gruño.

—Es lo peor, pero no es mi amiga —corrige ella antes de tenderme el cigarro de nuevo.

—Pero la culpa no es suya en el fondo —tengo que decir, muy a mi pesar—. Cam lleva dos semanas ignorándome, pasando de mí cuando lo único que le he pedido es que no me aparte y que se quede. Nada más. Ni una condición. Y, ahora, cuando a él le apetece, va y dice que quiere hablar.

No sé por qué le estoy contando esto a la bruja de Blair. Ni idea, de verdad. Pero es que siento que una vez que he dicho la primera palabra ya no puedo parar. Me muerdo el labio al final, como si así pudiera contener mi verborrea y borrar las palabras que ya se me han escapado.

—Todos iguales —responde Blair, mientras me observa dar una nueva calada—. ¿Sabes por qué? Porque mientras saben que estás ahí no les importas, pero cuando decides largarte es cuando se dan cuenta de que la han jodido. Si la ha jodido, ahora que se joda él. Sé que vas a acabar volviendo como un perrito, porque eres bastante patética y él es Cameron Parker. Pero hazle sufrir un poco. Que le quede claro. Debería haberse quedado cuando se lo pediste. Que le jodan.

Yo solo he tosido un poquito con la nueva calada, así que voy mejorando. Y las palabras de

Blair no son precisamente bonitas, por la parte que me toca, pero es que tiene mucha razón. Debería haberse quedado. No debería haberme apartado. Eso era todo lo que tenía que hacer. Para tenerme, para que yo ceda y hable con él cuando lo pide; es que solo tenía que haberse quedado. Ahora es tarde para eso.

—Hablando de tíos que son iguales a todos los tíos. —Me sorprende que Blair hable de nuevo, tras terminar ella el cigarro y aplastar los restos de la colilla con su bota en el escalón inferior—. ¿Has visto a Tyler? Me lo he cruzado ahí adentro —me cuenta—. Está con sus mejores amigos, ya sabes, esos que son tan buena influencia —ironiza—. Ahora que ya no estoy yo para echarme la culpa, a ver a quién culpáis tu amorcito Cam y tú de que Tyler sea un gilipollas...

—Tampoco es que tú fueras muy buena influencia, ¿no? —decido recordarle—. Y puede que siempre haya sido un poco gilipollas, pero cuando empezó a salir contigo lo elevó al cubo —acuso.

—Ah, es eso. ¿Sabes? También hubo un momento en que yo quería salvar a Tyler, en cierta forma. Cam no se molestó demasiado en averiguar lo que le pasaba a su amigo, era más fácil echarme la culpa a mí y ya está. Pero a Tyler le pasaban un montón de cosas cuando empezamos a salir. Puede que la coincidencia en el tiempo me hiciera parecer bastante culpable, pero te aseguro que se habría hundido igual en la mierda, conmigo o sin mí. De hecho, ahí lo tienes, hundiéndose en la mierda más que nunca. Y la última que tuvo la responsabilidad de salvarlo fuiste tú, no yo —me recuerda.

Para cuando volvemos a entrar en la sala de fiestas, ya hemos fumado otro cigarrillo y Blair me ha hecho dudar de si en realidad el plan de Cam para quitarla de en medio era tan justo como parecía. ¿Y si es verdad lo que dice? ¿Y si el hecho de que Tyler desapareciera, bebiera, faltara a los entrenamientos e hiciera tanto el idiota no fuera la consecuencia de salir con Blair, sino simplemente coincidente en el tiempo? Bueno, tampoco es que ellos estuvieran hechos para estar juntos, y eso es más que obvio.

Blair murmura una despedida, con voz queda, y empieza a alejarse en cuanto divisamos a mis tres amigas, pidiendo algo en la barra. La agarro del brazo y me mira sorprendida. Alzo las cejas y hago una seña con la cabeza, en dirección a Mia.

—Habla con ella —aconsejo.

Esta noche estoy demasiado blandita, por lo que parece. No queda mucho de aquella nueva Ashley que era implacable con sus enemigos. Qué pena. A veces me gustaría ser así de verdad.

La bruja duda un par de segundos y, finalmente, me sigue los pasos hasta la barra.

—Eh, rubia —la llama.

Mia se gira de golpe, como si acabaran de tocar su botón de activación.

—¿Podemos hablar?

Mi amiga enseguida desvía su vista hacia mí. Me mira como si esto fuera culpa mía. Quizá lo sea, ¿no? Me inclino hacia su oído, para que Blair no pueda oír lo que voy a decirle.

—Habla con ella —digo, en el mismo tono que he utilizado antes con Blair—. A un caballo cojo le cuesta bastante más dar coces —medio bromeo.

Mia clava sus ojos en los míos. Y hasta me sonríe un poco. Luego se va detrás de Blair y, cuando se han alejado un par de metros, me parece ver que la bruja coge a mi amiga de la mano. En fin, que sea lo que tenga que ser, ¿no? Hay cosas contra las que yo no puedo luchar.

—¿Dónde te habías metido? —pregunta Emily, tras agarrarme del brazo—. Hay un tío buenísimo en la pista de baile. Si quieres pasar un buen rato esta noche date prisa, antes de que Grace se te adelante —pica a nuestra amiga, en tono burlón.

Grace le pega en el brazo y derrama parte del refresco que Emily acaba de pedir, mientras protesta bastante alto por su insensibilidad con un tema tan delicado.

No vuelvo a ver a Mia. Y espero que eso sea bueno para ella, pero no sé muy bien qué es lo que estará pasando entre esas dos. De todas maneras, yo tampoco me quedo mucho más tiempo con Emily y Grace. Porque, de repente, veo a Tyler pasar tan solo a unos centímetros de mí. Él no me ha visto, o, si lo ha hecho, lo está disimulando muy bien. Pero no va solo. Va con uno de los tíos con los que estuvo consumiendo cocaína en la fiesta en casa de Lucas. Y me viene la voz de Blair a la cabeza en un segundo: «Se junta con Peterson y Foster y es todo una juerga». Mierda. ¿No irá a hacer ninguna tontería?

Me despido de las chicas con otro «ahora vuelvo» que no sé si seré capaz de cumplir y salgo corriendo detrás de la figura de Tyler, que ya está abandonando el local. Menos mal que es tan alto, eso me ayuda a no perderlo de vista. Pero cuando llego a la calle, no lo veo por los alrededores de la puerta. Me cuesta unos cuantos segundos localizarlo, caminando junto a ese otro tío en la dirección opuesta a la que yo he utilizado para buscar tranquilidad y poder hablar con Vanessa antes. Les sigo los pasos sin saber muy bien lo que voy a hacer cuando lo alcance. Y lo mío no es la improvisación, pero algo se me ocurrirá. Se meten en un callejón, y mis sandalias con cuña no están ayudando mucho en la persecución, pero intento darme prisa en llegar al cruce. Hay una puerta abierta que da a una escalera. El corazón me va bastante deprisa y la cabeza no para de repetirme que no es buena idea cuando decido empezar a subir por ella. Pero tengo que hacer algo por él. Toda esa tontería de que me mantuviera alejada para no cabrear más a Cam no tiene ni pies ni cabeza. Esto no tiene nada que ver con Cam. Y Tyler sigue siendo alguien muy importante para mí. Es mi amigo. Es el chico al que he querido durante mucho tiempo de mi vida. Y si Blair tiene razón, y ahora se está hundiendo en la mierda más que nunca, tengo que hacer algo para sacarlo de ahí.

Oigo voces a un lado del pasillo que me encuentro en el primer piso. Reconozco una de ellas. No es Tyler, pero sí el tío con el que iba. Estoy a punto de asomarme al lugar de donde provienen cuando un tío enorme aparece por mi espalda y me coge del brazo haciendo que me gire y quede de frente a él.

—Pero, bueno, ¿qué haces tú por aquí, bonita? —pregunta, y su tono de voz y ese apodo, que no es la primera vez que me dedica, hacen que me dé un escalofrío.

No debería estar aquí. Y he venido yo solita. Como una idiota.

—Estoy buscando a Tyler —acierto a decir, con la voz temblorosa.

—Qué pena que no pueda ayudarte. Pero me has encontrado a mí, que soy mucho más divertido.

No es muy difícil darse cuenta de que está colocado. Retrocedo un paso y tropiezo con la pared. El frío yeso se pega a mi espalda. Y debería agradecerlo, con lo calurosa que es la noche, pero es que ahora mismo estoy helada.

—Estábamos hablando de salir a buscar a unas chicas para divertirnos un poco —dice el tipo, con una sonrisa torcida—. Pero, mira qué bien, la chica ha venido a nosotros...

—No —digo, con la voz tan firme como soy capaz—. Yo ya me iba...

Intento dar un paso a un lado, pero él pone el brazo en la pared, dando un golpe seco y cortándome la retirada. Hace lo mismo con el otro brazo cuando intento deslizarme en el sentido contrario. Y ahora me tiene completamente atrapada. Y yo ya estaba nerviosa, y un poquito asustada, pero es que ahora tengo miedo de verdad. Miedo de ese que te corta la respiración y te bloquea por completo. El tío es mucho más alto que yo, y muchísimo más fuerte. Sé que no puedo hacer nada para salir de aquí.

—No tengas tanta prisa. Si nos lo podemos pasar muy bien, tú y yo.

Se inclina un poco y pienso que va a intentar besarme así que giro la cara hacia un lado, rápidamente. Él suelta una risita que me hiela la sangre y pasa la punta de su nariz por mi cuello mientras inhala.

—Qué bien hueles, bonita —murmura, pero su tono es bastante burlón.

—Déjame —pido, e intento apartar su brazo para marcharme.

Empuja mi cuerpo con el suyo y me pega aún más contra la pared. Apenas puedo respirar y noto su dedo jugueteando con el tirante de mi vestido.

—Vas muy guapa para venir a un sitio como este...

—No. —Intento frenarlo y le pego en la mano, para que la aparte de mí.

Vuelve a reírse y trata de bajarme el tirante por el brazo. Intento apartarlo de mí con todas mis fuerzas, pero no soy capaz de moverlo. Por lo menos, no le pongo las cosas demasiado fáciles, no soy muy peligrosa, pero sí un poco molesta. Forcejeamos mientras yo repito que «no», una y otra vez. Me rompe el tirante del vestido y la tela resbala dejando a la vista parte de mi sujetador. Me duele la garganta y tengo los ojos llenos de lágrimas. Pero eso a él le da igual, claro.

De repente, ya no lo tengo encima. De pronto, estoy libre, y lo único que he sentido es un golpe seco y el sonido del mismo. Intento enfocar la vista. Parece que alguien le ha hecho un placaje en toda regla. Tyler. Es Tyler, y me pasé cuatro años de mi vida loca por él, pero creo que nunca me había alegrado tanto de verlo.

—La señorita ha dicho que no. —Oigo su voz.

Tiene al tipo contra la pared, con el brazo apretando el cuello del otro sin piedad, y su mandíbula está muy tensa. Mucho. Como siempre que se deja llevar por la ira.

—Ey, tío, no seas egoísta y compártela —aún es capaz de decir su supuesto amigo, con la voz ahogada.

Tyler lo suelta y da un paso atrás. Pero solo para pegarle un puñetazo en plena mandíbula con la mano derecha que lo hace caer al suelo.

—Ash —me llama, pasa por encima del cuerpo del otro en el suelo y me sujeta por los brazos —. ¿Estás bien?

Yo asiento con la cabeza, como puedo. Creo que soy incapaz de hablar ahora mismo. Pero Tyler no me exige que lo haga. Utiliza el brazo izquierdo para rodearme con él y estrujarme contra su cuerpo y me hace avanzar hacia la escalera por la que he subido.

—Vámonos de aquí —me anima.

No afloja su abrazo ni un poquito mientras bajamos la escalera, ni cuando salimos al callejón. Me lleva prácticamente en volandas, cargando con todo mi peso, mientras yo intento seguir el ritmo que marca y caminar, pero es que casi ni toco el suelo. Me deja un poco más de espacio cuando estamos llegando a la calle principal y, al llegar a la esquina, me suelta y me coge de la mano para seguir guiándome. No para la marcha hasta que estamos casi en la puerta del local del que hemos salido hace apenas unos minutos, cerca de la gente que se congrega en la entrada. Yo intento torpemente sujetar el tirante del vestido para no ir enseñando mi sujetador azul pastel por toda la calle. Tyler se planta justo delante de mí y coge mi cara entre las manos para obligarme a mirarlo a los ojos.

—¿Estás bien? —insiste.

Y yo, en vez de contestar, me pongo a llorar. No porque el tío me haya hecho daño, ni porque no pueda decir que estoy bien. Solo porque me he asustado tanto que mi cuerpo no encuentra otra forma de sacar la tensión acumulada que con el llanto.

—Joder, Ashley —oigo murmurar a mi amigo.

Y me envuelve con sus brazos y me permite refugiarme en su ancho pecho durante unos segundos. Luego, me aparta de nuevo y vuelve a poner sus manos en mis mejillas, para buscar mis ojos.

—¿Qué te ha hecho? ¿Ha llegado a hacerte algo? ¿Te ha tocado? —pregunta rápidamente—. Te juro que lo mato —amenaza, aprieta los dientes y marca la línea de la mandíbula de una forma muy atractiva.

Yo niego con la cabeza, varias veces, mientras intento serenarme y sorbo por la nariz. Muy poco elegante. Pero tampoco estoy para pensar en eso.

—Estoy bien —consigo decir al fin.

—¿Qué coño estabas haciendo ahí? —pregunta, pero a pesar de la palabrota, su tono es muy suave y dulce.

—Iba a buscarte —confieso—. Te he visto salir y pensaba que...

No termino la frase porque él suelta un gruñido y aparta la mirada, como si le molestara que lo haya estado persiguiendo. Bueno, dicho así, parece normal que le moleste, ¿no? Pero mi

intención era buena.

—Joder, me has hecho largarme sin mis cosas —me acusa—. Y ya les había pagado...

—Pues mejor.

A saber lo que estaría comprando. Cocaína, seguramente. Él me mira con cara de pocos amigos cuando me oye decir eso, pero enseguida suaviza la expresión cuando nuestros ojos se encuentran.

—Te acompaño a buscar a tus amigas —ofrece, y da un paso atrás.

Yo niego rápidamente con la cabeza. No puedo volver ahí dentro. No con la cara llena de lágrimas y el vestido roto y enseñando el sujetador.

—No voy a volver dentro. —Niego.

Tyler asiente. Parece que acaba de darse cuenta del aspecto que tengo.

—Muy bien —concede—. Venga, te llevo a casa.

Vuelve a protegerme con su cuerpo, poniéndome un brazo sobre los hombros y me hace caminar hasta donde está su moto.

—Tyler, no puedo ir a casa así —digo, mientras intento limpiarme las lágrimas con las dos manos y me paso el dorso de la mano por la nariz.

Él me tiende su casco de ligar, sin hacer nada que demuestre que ha oído lo que acabo de decir. Lo cojo porque, vayamos donde vayamos, lo voy a necesitar.

—Sube —me ordena, al tiempo que encajo el casco en mi cabeza—. Voy a sacarte de aquí.

Se pone su propio casco y yo me monto detrás de él sin preocuparme del decoro, o de si se me levanta el vestido por la parte de atrás, al sentarme a horcajadas en el sillín.

Conduce durante un rato. Y el alejarnos de ese lugar, la brisa que me pone la piel de gallina a la velocidad a la que vamos y el contacto de la espalda de Tyler contra mi cuerpo consiguen serenarme bastante para cuando aparca en el exterior de un local en el que yo nunca había estado. Normal, está bastante lejos de cualquiera de los sitios que suelo frecuentar. Se quita el casco y se peina antes de bajar de la moto. Yo hago lo mismo y acepto su mano, para que me ayude a bajar sin descolocarme aún más el vestido.

—Espera —me pide paciencia mientras rebusca en sus bolsillos.

Saca la cartera y revuelve todo su interior hasta encontrar lo que busca. Un imperdible que une varios papeles que lleva ahí dentro. No sé de qué son. Pero tampoco importa. Porque él los suelta antes de guardarlos de nuevo, y utiliza el imperdible para sujetar con él el tirante de mi vestido. Lo hace con mucho mimo y tiene la cara muy cerca de la mía. Nuestros ojos se encuentran cuando termina su trabajo, y me sonríe con cariño, antes de apartarse de mí.

—Gracias —murmuro.

Niega con la cabeza, como dando a entender que no debería darlas, y me coge de la mano, otra vez, para hacer que lo siga hasta el interior de esta especie de cafetería donde me ha traído. Me lleva hasta una mesa que hay en una esquina, medio escondida tras una columna. No hay apenas clientes.

—Te traeré algo caliente —ofrece.

Ya se ha ido cuando me doy cuenta de por qué lo ha dicho. Tengo las manos heladas. Y eso que no siento frío, para nada. De hecho, hace calor dentro del establecimiento. Pero mis dedos están casi congelados. No debo de tener muy bien la circulación.

Tyler regresa en un par de minutos y me pone una taza justo delante antes de dejar otra sobre la mesa y sentarse frente a mí. Miro el líquido. Es una infusión.

—Es una infusión relajante —dice, verbalizando justo lo que yo pensaba—. Bebe, te sentará bien —me anima.

—Gracias, Tyler —repito, y lo veo hacer una mueca como si fuera una pesada—. Siento lo que ha pasado, tal vez no debería haberte seguido, pero tenías pinta de ir a hacer alguna tontería y...

Me muerdo el labio, para contener mis palabras. Tal vez no tenga derecho a decir esto, ¿no? Y tal vez no tenga derecho a meterme en si él quiere hacer tonterías o no. No es asunto mío, él lo dejó muy claro hace ya un mes, tras la fiesta de Vanessa y su pelea con Cam.

—No. No deberías haberme seguido —se muestra de acuerdo conmigo—. Pero no ha sido culpa tuya. Yo... Mierda, Ash, no deberías haberte metido allí sola, y menos así vestida...

—¿Perdona? —me indigno—. ¿Y qué tiene que ver que lleve un vestido o un traje de buzo? ¿Quieres decir que por llevar un vestido los tíos ya os creéis que tenéis derecho a meter la mano por debajo de la falda?

—No —se apresura a calmarme—. No, no quería decir eso, lo siento. Tienes razón. Es solo que...

—Nada —lo interrumpo—. No me puedo creer que por ser una mujer no pueda ir tranquila por la calle, o que no pueda vestirme como me dé la gana, o que tenga que tener cuidado de dónde me meto o a quién miro —gruño.

—¿Me han dado una infusión relajante o un jodido Red Bull extra fuerte? —intenta bromear Tyler.

Yo hago una mueca, pero me relajo un poco. Él no se merece la bronca. La culpa no es suya. Y se ha ocupado de salvarme el culo y de sacarme de allí.

Me acuerdo de Emily y de Grace y de que les he dicho que volvía enseguida, y me doy prisa en enviar un mensaje al grupo para decirles que me he ido, que estoy con Tyler y que estoy bien, que no se preocupen.

Cuando vuelvo a centrar la atención en mi acompañante, él me está mirando muy fijamente, mientras bebe de su taza que, por como huele, contiene café. En cuanto ve que lo he pillado absorto en mí, aparta la mirada y saca su propio teléfono y desbloquea la pantalla.

—¿Sabes qué?, mejor voy a llamar a Cam, para que venga a recogerte —dice, y empieza a deslizar el dedo por la superficie del móvil, supongo que para buscar el número en la agenda.

Me lanzo hacia él, medio tumbándome sobre la mesa, y le quito el teléfono de las manos.

—No. No, de eso nada. —Me niego, con el aparato en mi poder.

Hace un lance para recuperarlo, pero lo pongo fuera de su alcance rápidamente.

—Ashley... —protesta, con cara de pocos amigos.

—No vas a llamar a Cam, Tyler —le dejo claro, muy seria—. ¿O de qué coño va esto? «Mejor voy a llamar a Cam» —lo imito—. ¿Qué pasa? ¿Que Cam es mi dueño? ¿Que tienes que avisarle de que has encontrado a la Ashley que ha perdido para que venga a recogerla? —me indigno de nuevo.

—Yo no he dicho eso —suspira Tyler, pero se le escapa una media sonrisa—. Joder, me estoy luciendo con el machismo esta noche, ¿eh? —bromea.

Me relajo un poco y sonrío de medio lado yo también. Le devuelvo el teléfono y él lo deja encima de la mesa, boca abajo, como si eso demostrara sus buenas intenciones y que no va a utilizarlo.

—Bueno, te perdono —concedo, e inclino la cabeza y lo miro con el rabillo del ojo como si le estuviera perdonando la vida.

Él se ríe bajito. Y yo siento que ya puedo relajarme del todo. Cada vez me acuerdo menos del miedo que he sentido, y me parece más lejano todo lo que ha pasado.

—No quería insinuar nada con lo de llamar a Cam —insiste en su defensa—. Solo pensaba que, ya que no quieres ir a tu casa, a lo mejor querrías estar con él después de lo ocurrido. Y apuesto a que él también querrá asegurarse de que estás bien cuando lo sepa. Y no creo que le haga mucha gracia que estés aquí conmigo, tampoco.

—Tyler —lo corto, con la mirada fija en él—, prométeme que no vas a contarle a Cam nada de lo que ha pasado hoy —exijo.

—¿Qué? Ashley... —empieza a protestar.

—Prométemelo —insisto—. No ha pasado nada. Estoy bien. Y quiero olvidarme de esto, ¿vale? Por favor, vamos a hacer como si esta noche no hubiera pasado.

No parece nada convencido, pero finalmente asiente. Supongo que solo porque sigo suplicando bastante con la mirada y eso ha conseguido ablandarlo.

—Muy bien, no diré nada —accede, de mala gana.

—Y, solo para que quede claro, me importa una mierda si a Cam le hace gracia o no le hace gracia que esté a solas contigo. Él no tiene derecho a decidir a quién veo y a quién no. La verdad, creo que él tiene eso bastante claro, pero tú no tanto —lo acuso.

Tyler sonríe irónicamente.

—Cam no va a decirte que no quiere que me veas. Y tampoco va a decirme a mí que no me acerque a ti. Claro que no. Pero eso no significa que no le moleste. Y que no se cabree conmigo, un poquito más, cada vez que me cruzo contigo —exagera.

—Vamos a dejar de hablar de Cam, por favor —digo, y escondo la mirada.

No es precisamente esto lo que necesito. Esta noche se supone que iba a pasármelo bien con mis amigas. Y a olvidarme un ratito del señor ojitos verdes, que bastantes vueltas les he dado a esos ojitos durante las dos últimas semanas. Pero esto no ha salido exactamente como yo

planeaba. Lo único bueno de esta noche es que estoy a solas con Tyler Sparks después de que haya pasado un mes rehuyéndome. Y es hora de hablar con él de eso. Pero él no parece estar de acuerdo con mi última petición.

—¿Qué es lo que te pasa con él? —se interesa.

—Nada —contesto, al instante.

Demasiado rápido como para que suene a verdad. Y me doy cuenta perfectamente de que él no se lo ha creído, al ver cómo alza una ceja al mirarme. Casi parece que se está aguantando una sonrisa.

—Oye, no sé lo que pasa. Y no quiero meterme donde no me llaman —dice, antes de nada—. Pero en cualquier relación es normal tener dudas, o... lo que sea. Si te sirve de algo, diré que Cam y yo hemos sido amigos desde los catorce, lo conozco bastante bien —alardea—. Y, a pesar de todo lo que ha pasado entre nosotros últimamente y de que ahora estemos como estamos, él sigue siendo la única persona en todo el mundo a la que confiaría mi vida —asegura, y parece totalmente sincero—. Es un tío en el que se puede confiar.

—Ya. No se trata de eso —digo, sin muchas ganas de explicarme.

Tyler se queda en silencio. Y yo también. Clavo la vista en lo que queda de mi infusión. Y, al final, vuelvo a hablar porque el silencio me está poniendo nerviosa.

—No estoy muy segura de si Cam quiere estar conmigo, últimamente —digo, sin pensar antes de hablar—. Creo que él tampoco lo tiene muy claro...

—Ash, por favor —suspira Tyler, y yo levanto la vista hacia él inmediatamente al percibir su tono—. ¿Has escuchado lo que he dicho de Cam y yo siendo amigos desde los catorce? —me recuerda, y yo asiento levemente—. Una amistad profunda, no un colegueo cualquiera. Un amigo con el que hablas de todo, con el que cuentas siempre, de esos por los que darías la vida —sigue—. Así que créeme cuando te digo que él y yo no nos habríamos dado de hostias por cualquiera.

Cuando clavo mi vista en él, tiene media sonrisa triste dibujada en la cara.

—No quiero hablar de Cam —repito.

—Muy bien —cede Tyler esta vez.

Para cuando apaga el motor de la moto en la entrada del garaje de su casa, faltan diez minutos para la una de la madrugada. Hemos pasado mucho tiempo en esa cafetería a la que me ha llevado, hablando de cosas sin importancia casi todo el rato. Mejor, porque, aunque mi madre me había dado permiso hasta las dos, a estas horas ya estará dormida y no me verá llegar con un imperdible en el tirante del vestido y el maquillaje echado a perder. Si lo hace, seguro que este fin de semana no se va con mi hermano para que dispute la final de kárate. Ni este fin de semana ni nunca. Se convertiría en mi sombra para siempre. Y es mejor que nadie lo sepa. Ahora ya estoy tranquila, como si nada hubiera pasado. Tyler me ha ayudado mucho a poder reponerme.

Me bajo de la moto y me quito el casco. Él también se quita el suyo y recoge el que le tiendo.

—Gracias por lo de esta noche, Tyler.

Asiente. Yo me inclino y le beso la mejilla suavemente. Me pone una mano en la cintura cuando voy a apartarme y yo aborto la retirada y nuestras caras quedan bastante cerca mientras clavamos los ojos en los del otro. Enseguida baja la mirada a mis labios y mi corazón se acelera, lo que hace que la sangre me suba rápidamente a las mejillas y a la cabeza. Me muerdo el labio y me retiro, solo un poco, para evitar que intente besarme. Aunque no me desagradaría. Bueno, es normal. Joder. Es Tyler Sparks. Él aparta la mano de mi cintura inmediatamente y me sonríe un poco, como avergonzado.

—Buenas noches —digo, con las mejillas ardiendo.

—Buenas noches, Ash —responde a media voz.

Me doy media vuelta y voy hasta la puerta de casa. Me giro a mirar cuando ya la tengo abierta. Él sigue sobre la moto, vigilando que llegue sana y salva. Cuando nuestras miradas se cruzan, aparto la mía y entro en casa, y cierro la puerta suavemente detrás de mí.

Me despierto bien entrada la mañana. Mis amigas me han llenado el teléfono de notificaciones preguntando qué demonios pasa con Tyler, por qué estaba con él y si eso significa que no pienso volver a hablar con Cam jamás. Qué dramáticas son. Les doy las explicaciones justas, para que no se monten la película ellas solas. Y les digo que por supuesto que esto no tiene nada que ver con lo que pase o no pase con Cam. Pero que aún estoy enfadada con él.

Antes de levantarme de la cama, le mando un mensaje en privado a Mia para preguntar qué pasó al final con Blair. Cuando me contesta me dice que está con ella, pero que está mucho más confundida que antes y que ya me contará.

—¡Ashley! —me llama mi madre desde el salón, cuando yo bajo la escalera y estoy a punto de entrar en la cocina.

Espero a que se asome a la puerta y me diga lo que quiere, porque yo ahora lo que quiero es desayunar. Ella aparece ante mi vista enseguida y me dedica una sonrisa. Se la devuelvo igual.

—¿Qué tal anoche? ¿Lo pasasteis bien?

—Sí, muy bien, mamá —respondo, para dejarla tranquila.

Pero no borra su sonrisa ni me deja en paz, no. En vez de eso, la ensancha aún más, con cara de saber algo que yo no sé.

—¿Qué? —pregunto, intrigada.

—Han traído algo para ti esta mañana —anuncia, y me hace un gesto con la mano para que la siga al interior del salón, al tiempo que yo frunzo el ceño.

Entro y veo un enorme ramo de flores encima de la mesa. Mi madre ya se ha encargado de ponerlas en un jarrón con agua, claro. Hay varios tipos de flores conformándolo y es muy bonito, esa es la verdad.

—Es el ramo más bonito que he visto nunca —exagera ella, y toquetea algunas flores con cuidado.

—¿Es para mí? —trato de asegurarme, incrédula.

Mamá asiente varias veces con la cabeza.

—Ya habrás leído la tarjeta... —digo.

—Claro que no. No me acuses de cotilla —se indigna—. Además, no me hace falta. Ya sé perfectamente de quién son —asegura, con una sonrisita.

Niego con la cabeza, dándola por imposible. Me acerco y cojo el pequeño sobre que hay en el ramo. Lo abro y saco la notita. Está doblada en cuatro. Y es su letra.

Enhorabuena por el mejor discurso que he oído en mi vida. Eres absolutamente increíble. Y tenías razón: es el momento de ser valiente. Siento haber sido un capullo cobarde. Eres tú quien me hace fuerte. ¿Hablamos? — C.

—Un hombre solo manda un ramo de flores así si está empezando una relación con alguien de quien está locamente enamorado, o si ha hecho una estupidez muy gorda —dice mamá, despreocupadamente—. Espero que sea lo primero —medio bromea.

—Sí —me limito a decir, y le sonrío un poco, para que no sospeche.

Las flores son preciosas y sus palabras me enternecen un poquito el corazón, pero es que esto no lo compensa todo. Ni mucho menos.

Estoy vistiéndome en mi habitación después de darme una ducha cuando oigo los gritos desde la casa de los vecinos. Otra bronca más de Tyler con sus padres. Otra más.

Intento llamarlo por teléfono cuando dejo de oír los gritos, pero rechaza mi llamada enseguida. Vuelvo a intentarlo unos minutos después, mientras me acerco a la ventana. Lo veo, está en el jardín de su casa, pero, cuando mira la pantalla de su móvil y ve que soy yo, pulsa el botón de rechazar, otra vez.

Suspiro y escribo un mensaje para él.

Ey, Tyler, ¿estás bien?

No veo cuándo lo lee, porque ya ha salido del jardín y se ha alejado calle abajo. Pero su respuesta no tarda demasiado en llegar.

Ayer me pediste que hiciera como si lo de anoche no hubiera pasado. Haz lo mismo tú también por mí, Ashley.

10

If this was a movie

—Hemos venido porque venía todo el mundo, porque va a ser muy divertido y porque Ashley necesita mucho alcohol —responde Mia una vez más al lamento de Grace cuando ve a un tío del equipo de baloncesto, medio desnudo, tirándose una cerveza por encima.

Es sábado por la noche y aquí estamos, en la fiesta de celebración de fin de curso. No sé ni cómo los organizadores han conseguido que nos dejen el terreno que se extiende tras el instituto, sobre todo con la cantidad de alcohol que estoy viendo circular. Pero el caso es que aquí es donde es.

Y yo no tengo muchas ganas de fiesta, pero mis amigas no me han dejado tranquila hasta que he accedido a venir. Dicen que tengo que aprovechar, ya que en mi casa no hay nadie para controlar la hora a la que vuelvo. Y que tengo que salir para olvidarme de Cam. Eso también. Y es que no ha vuelto a dar señales de vida desde el ramo de flores de ayer por la mañana. Y ya van bastantes más de veinticuatro horas sin noticias. Me alegro de no haberme dejado ablandar el jueves por la noche, cuando me mandaba mensajitos. Su interés por hablar conmigo le ha durado menos de un día, y ahora no sé por cuánto tiempo desaparecerá esta vez. Y, como efecto rebote a ese arrepentimiento pasajero de Cameron Parker, mis amigas están más enfadadas con él que nunca. Y dicen que le pegarán una paliza si es necesario, solo con que yo dé la orden. Las quiero, pero a veces son demasiado intensas.

—Vale, Scott dice que ellos están a la izquierda del escenario —nos pone al día Emily, tras consultar su teléfono móvil—. ¿Cogemos algo de beber y vamos para allá? —propone.

—Ya. Sí. Ni de coña. —Es Grace la primera en contestar.

—¡Eh, vamos! Yo no tengo la culpa de que os volvierais locas el fin de semana y no pararais de ligar —se burla mi mejor amiga—. ¿Os vais a dedicar a evitar a gente toda la fiesta? Porque creo que hemos venido al sitio menos indicado para eso.

Extiende los brazos a los lados del cuerpo, como si quisiera hacernos conscientes de la cantidad de gente que hay aquí. La verdad es que sí. Hay muchísima gente.

—Yo solo voy si Scott me promete que mantendrá al «babas» lejos de mí —pone condiciones Mia.

—Yo solo voy si Scott me promete que mantendrá a Caleb lejos de mí —me uno a su

iniciativa.

—Pues yo solo voy si Scott me promete que mantendrá a Damon bien lejos de Joe —aporta Grace su propia versión.

—Muy bien. Le trasladaré vuestras peticiones, aunque creo que él también venía a esta fiesta a pasarlo bien y no a hacer de niñero de nadie —ironiza nuestra amiga, mientras teclea muy rápido en su teléfono móvil.

No tarda más de unos segundos en decirnos que Scott accede a todos nuestros ruegos y que además también se encargará de que nunca nos falte una copa en la mano, según sus propias palabras.

—Perfecto, pero para empezar vamos a coger algo de beber nosotras mismas, por si nos falla el esclavo, que me parece que le hemos dado mucha tarea —bromea Mia.

—No creo que sirvan alcohol en la barra, ¿no? —opina Grace.

—Tendremos que averiguarlo —anima Mia—. Me parece que hay alguien por aquí que necesita una copa.

Y me señala a mí varias veces con la cabeza, como si yo no pudiera verla. Y eso que ya les he dejado claro lo que pensaba de esta fiesta.

—Yo no voy a beber —repito una vez más—. No podría caer ya más bajo que acabando esta noche como una borracha lacrimógena —aseguro.

—¡Nada de lágrimas! —advierte Emily, y tira de mi mano entre la gente—. Hemos venido a divertirnos.

Es en ese justo momento cuando llegamos a una enorme barra que han montado pegada a la pared del gimnasio. Y nos topamos de frente con Vanessa y con su prima Gina, que están coqueteando con un camarero. Las dos tienen cerveza en la mano así que parece que el coqueteo ha surtido efecto.

—¿He oído la palabra diversión? —dice Vanessa inmediatamente con una amplia sonrisa—. Ey, bombón, ¿puedes servirles algo de beber a mis amigas? —pide al chico que está tras la barra.

Vaya tía. Qué manera de usar sus armas de mujer. A saber dónde estará Troy. Pensar en Troy me lleva inmediatamente a pensar en Cam y si estará por aquí. Miro alrededor un poco nerviosa pero no veo a ningún chico del equipo de fútbol por las inmediaciones. No es que yo haya contestado a sus intentos para quedar y hablar conmigo, pero es que tampoco ha insistido tanto, ¿no? Y, a estas alturas, prácticamente doy por supuesto que lo que sea que hubiera entre nosotros se ha acabado. Que en cierta manera hemos roto, aunque no estuviéramos saliendo oficialmente. Al menos ninguno de los dos habíamos hablado de formalizar nada.

Cuando el camarero me pregunta qué quiero, me giro para prestarle atención. El chico es muy guapo. Debe de tener los veintiuno recién cumplidos y unos ojos azules grisáceos bastante increíbles. Casi me atraganto antes de poder hablar cuando nuestros ojos se encuentran y me dedica una sonrisa de dientes perfectísimos y blanquísimos. Pido una cerveza y la sirve del grifo en un vaso demasiado grande. Me pregunto por un momento cómo será el tacto de la barba de

dos días que le cubre las mejillas. Y entonces vuelve a dolerme el corazón y echo de menos a Cam.

—Toma, preciosa —dice el camarero con una voz grave muy varonil—, y si quieres cualquier otra cosa, por favor, ven a pedírmela a mí —añade.

Yo siento cómo me sonrojo al instante. Y me pongo a rebuscar en mi bolso para pagarle la consumición, pero su voz me frena enseguida.

—Invita la casa. Me está prohibido vender alcohol a menores así que mejor te la regalo —bromea, y me guiña un ojo antes de alejarse para atender a otra persona.

—Vaya, vaya, yo intentando camelármelo desde hace horas y solo hacía falta que apareciera la señorita Bennet para ligárselo —me pica Vanessa, pasa un brazo por mis hombros y me abraza junto a ella.

Veo que, justo detrás, Mia y Gina están hablando y riéndose bien juntitas. Parecen una expareja muy bien avenida.

—Está bien bueno, Ash —aporta Emily, que estira el cuello para mirar el culo del camarero al otro lado de la barra—. Y tú tienes la casa vacía esta noche —insinúa con voz pícara.

Sí, eso. Otro consejo recurrente de mi grupito de amigas para esta noche. Parece que la solución para olvidar a Cam, según ellas, consiste en emborracharme y llevarme a casa a un tío cualquiera. Incluso Grace ha llegado a insinuar que podría ser Caleb. De verdad, no sé cómo hemos llegado hasta esto. Yo he intentado dejarles claro que eso no va a pasar. En absoluto. Así que, al final, no es que me importe tanto que mi madre esté o no esté. Lo único bueno de eso, en las circunstancias actuales, es que no tengo hora de llegada a casa. Pero tampoco tengo ganas de quedarme hasta las tantas.

—Sé de uno al que eso no le haría ni una pizquita de gracia —interviene Vanessa—. Pero, tal y como se está portando últimamente, que le jodan. —Ni siquiera dice su nombre, pero siento un nudo en la garganta igualmente. Ella aprieta mis hombros un poco más—. ¿Cómo lo llevas, Ash? —pregunta, empática—. Tranquila, no está aquí —añade al ver que miro alrededor—. Se supone que venía, pero no sé si lo hará más tarde, no hay quien le sonsaque nada últimamente. Mira qué pandilla, estamos bajo mínimos: no ha venido Jess, no ha venido Tyler, y Cam puede que no aparezca tampoco —recuenta.

—Ya. Pues mejor —opina Emily.

Vanessa me mira a mí con pena cuando la escucha a ella.

—Estoy bien —aseguro antes de que pueda hacer la pregunta.

Pero mis tres amigas sueltan una risita irónica. Las tres. A la vez. Cabronas.

—¿Sabes qué? —dice Vanessa—. Cam es mi amigo y lo quiero un montón, de verdad. Pero creo que es mejor así.

—¿Y eso qué se supone que significa exactamente? —pregunto.

—Vamos a bailar, anda —me anima, y me da una palmadita en la espalda antes de alejarse.

Emily y yo intercambiamos una mirada suspicaz. Pero enseguida mi mejor amiga me coge del

brazo y tira de mí, pegando saltitos para intentar contagiarme el espíritu de la fiesta. Al fin y al cabo, hemos venido para pasarlo bien, ¿no?

Vanessa y Gina se unen a nosotras cuando vamos hasta el lado izquierdo del escenario para encontrarnos con Scott y su panda de amigos. La jefa de animadoras manda un par de mensajes con el móvil por el camino y, para cuando llegamos allí, Ryan y Troy están llegando a ese punto también, desde el otro lado de la fiesta.

Lo primero en lo que me fijo es en la reacción de Jeff cuando nos ve llegar con su amor platónico riendo con nosotras, como si fuera una más del grupo. Tengo que sonreír de medio lado al ver cómo la mira. Pues sí. Es totalmente cierto y muy obvio: el tío está coladito por mi amiga. Decido darle un poco de tiempo para que se acostumbre a su presencia antes de presentarlos. Podría ser demasiado para él hacerlo todo de golpe.

—Ey, Ash —me saluda Scott inmediatamente, me toma por los hombros y me aparta un poco del grupo, después de que Ryan me dé un abrazo—. Oye, ¿ya has hablado con Cam? —pregunta directamente.

Me aparto de su abrazo empujando su costado y lo miro alzando una ceja. ¿También Scott? ¿Es que ha venido a vacilarme?

—¿Que si he hablado con Cam? —repito, con cara de pocos amigos—. Me parece que Cam no tiene muy claro si quiere o no quiere hablar conmigo —gruño.

—¿Qué? —Scott parece bastante sorprendido por mi respuesta, a decir verdad—. La que no tiene muy claro si quiere hablar con él eres tú, ¿no? —me acusa—. Por lo que he oído no has contestado a ninguno de sus mensajes, ni nada.

—Bueno, pues así estamos empate —rebato, y me cruzo de brazos—. Y tampoco es que haya insistido mucho, de todas maneras...

Scott suelta una risita y yo tengo que alzar la cara para mirar la suya con la indignación reflejada en mis facciones.

—Vale, así que es eso. Necesitas que te «persiga» —adivina en tono burlón, y pone comillas con los dedos y todo—. Deberíais dejaros de tonterías y hablar de una vez. Me parece que lo necesitáis bastante los dos.

—Scott, sé que estás de su parte porque ahora es como tu colega del alma, pero siento decirte que Cam lleva demasiados días apareciendo y desapareciendo —me lamento—. Si ayer te dijo que se moría por hablar conmigo, puede que hoy ya haya cambiado de idea. No hay quien lo entienda, y yo paso de perderme en sus jueguecitos.

—Si no lo entiendes es porque no quieres —insiste mi amigo—. Está más que claro lo que pasa. Cam está intentando protegerte. Y puede que esté equivocado y que tú no necesites para nada esa clase de protección, pero si está haciendo todo lo que hace es para que tú estés bien. Eso es lo que él piensa, no hay más. Tranquila, ya se lo he explicado yo. Es increíble que el maldito Cameron Parker piense que no está a la altura de una pequeña pringada del montón como tú... sin ánimo de ofender —se apresura a añadir, pero ya me ha ofendido, así que llega tarde—. Me he

pasado toda la semana hablando con él. Todos los días. Y, ah, gracias por decirle lo de Caleb, has conseguido ponerlo celoso hasta límites insospechados. Y, lo siento, pero te aseguro que no quiero tener que intervenir en esa pelea para salvar la vida del idiota de mi amigo —medio bromea.

—Muy bien, pues enhorabuena, eres muy afortunado, parece que contigo sí que quiere hablar todos los días —digo entre dientes, obviando la parte de los celos.

—Lo último que quiere Cam en el mundo es hacerte daño, Ash —prueba a ablandarme, una vez más, con un tono de voz muy suave.

Lo miro a los ojos y Scott me sostiene la mirada, sin amedrentarse ni un poquito. Parece que está plenamente convencido de que tiene toda la razón.

—Eso es lo que dices tú —suspiro tristemente.

Doy un paso para alejarme de él y volver al centro del grupo, que está solo a un par de metros de nosotros. Pero su voz a mi espalda me hace parar.

—Eso es lo que dice él —corrige.

Me vuelvo a mirarlo, y me enseña la pantalla de su teléfono móvil. Parte de su conversación con Cam. No sé de qué hablaban exactamente antes del extracto que me muestra, pero Scott le preguntaba qué pasaba conmigo y Cam respondía justamente eso. Sí. Eso. «Lo último que querría es hacerle daño a Ash.» Ya. Pues se está luciendo.

Niego con la cabeza y vuelvo al grupo. Esta clase de conversaciones no es lo que yo necesito para pasarlo bien en una fiesta como esta. Me niego a pasarme la noche dándole vueltas al tema de Cam. Porque siempre acabo igual. Necesito una distracción. Veo que Caleb se acerca a mí, pero me escabullo rápidamente hasta plantarme al lado de Vanessa. No esa clase de distracción... creo.

—Ven, quiero presentarte a alguien —le digo a mi amiga.

Acabo de ver que Troy está ocupado haciendo equilibrios con un vaso de plástico en la frente. Muy maduro. Y Ryan soplando para desequilibrarlo. No me pronunciaré al respecto de sus entretenimientos. Pero el caso es que eso, y que Gina sigue tonteando con Mia descaradamente, deja a la pobre Vanessa un poco apartada del resto. Menos mal que yo tengo la solución.

—Ey, Jeff —llamo la atención del chico, al llegar a su altura.

Noto cómo se pone rojo al instante cuando ve con quién me acerco y esconde la mirada y creo que, si pudiera, escondería toda la cabeza bajo el suelo, o tal vez saldría corriendo.

—¿Qué tal, Ash? —me saluda.

Casi me dan ganas de felicitarlo por ser capaz de hablar. Y sin tartamudear ni nada. Es mucho mejor de lo que yo era con Tyler hace un año, o menos. Eso sí, me dedica una mirada rápida de las que podrían llegar a matar. Pero yo respondo con una sonrisa.

—Vanessa, ¿te acuerdas de que el otro día me decías por mensajes que estabas a punto de tirar el ordenador por la ventana porque estaba haciendo mucho el tonto? —le recuerdo.

—Debe de tener un virus —suspira ella.

—Tranquila, porque Jeff es tu hombre —señalo, con una sonrisa inocente, y dotando la frase de todo el doble sentido posible—. Es el tío que más sabe de ordenadores de toda esta fiesta. A lo mejor te puede echar una mano si lo invitas a tomar algo —propongo.

Vanessa me mira con suspicacia, pero en cuanto cruza la mirada con Jeff, le sonríe con simpatía.

—Vale, estas no son la clase de cosas que se solucionan en una fiesta, pero una bebida a mi cuenta a cambio de poder contarte mi drama y, si resulto demasiado molesta y/o si consigues darme una solución, después te invito a otra —ofrece.

Coge a Jeff del brazo y tira de él en dirección a la barra, para pedir sus consumiciones. Él se aleja con ella dócilmente y se vuelve una sola vez para mirarme. Le lanzo una sonrisa y le guiño el ojo. Es bastante evidente que no va a ligarse a Vanessa Miller esta noche. Y menos con Troy delante, claro. Pero estoy segura de que tan solo el hecho de hablar con ella ya supone un gran paso adelante para él.

Me acerco a Emily y a Grace de un saltito y cotilleo un poco para ver de qué están hablando. De Mia y Gina, claro. Siempre aprovechando cuando alguna de nosotras se despista para hablar de ella y su vida amorosa. Que ahora mismo no me haya tocado a mí es solo producto de la novedad. Y la verdad es que yo tampoco sé muy bien qué está pasando entre esas dos. Mia dice que las cosas con Blair siguen igual que antes. La bruja no ha llegado a confesarle que se ha enamorado de ella. Al menos, no así, con esas palabras. Y ella sigue sin saber qué debería hacer. Pero me da la impresión de que esta noche va a dedicarse por entero a Gina, aunque solo sea para sacarse a Blair de la cabeza. A lo mejor debería hablar con ella. O, a lo mejor, debería dejar que cada uno haga lo que le dé la gana, sin preocuparme de nada más que de beber y bailar hasta que todo deje de tener importancia.

Y eso hago. Beber y bailar, sin apenas prestar atención a los cotilleos de mis amigas. Vanessa y Jeff ya han vuelto, y siguen hablando entre ellos. Es curioso como otra vez el grupito de los populares y el nuestro están juntos, como si fuera lo más normal del mundo. Pero se echa un poco de menos la presencia de Tyler. Y a Cam. A Cam lo sigo echando terriblemente de menos cada minuto, por mucho que baile o que mis amigas me hagan reír.

Y es que, aunque un rato después todo el mundo está un poco pendiente de mí, y lo disimulan muy mal, mis amigas tienen aquí a sus novios. Emily está haciendo manitas con Scott, aunque los dos me vigilan de vez en cuando para ver si lo paso bien, como si se creyeran mis padres o algo. Grace se ha marchado con los amigos de Joe en cuanto él ha aparecido por donde estamos, imagino que para mantenerlo bien alejado de Damon, asegurándose antes de que yo estoy bien y no sufro por la indiferencia del desaparecido Cam. Y Mia y Gina son más que una expareja bien avenida porque ya las he visto besarse en los labios más de una vez. Estas chicas modernas, yo ni siquiera sé qué significa tener una relación abierta. Bueno, tampoco lo que es una relación a secas, en realidad.

—Vaya, por fin puedo acercarme a ti, aunque sea por la espalda y a traición. —Me sobresalta

de pronto la voz de Caleb, cerca de mi oído izquierdo.

Me vuelvo de golpe y me encuentro sus ojos transformados en líneas muy finas, por la sonrisa que tiene pegada a los labios. Busco a Scott con la mirada, disimuladamente, y veo que ya no está besuqueándose con mi amiga, sino hablando con Eddie *el babas*, mientras Emily bromea con Damon. Ya lo sabía yo. Que Scott no era capaz de cumplir con su cometido al cien por cien. Demasiado trabajo para un solo tipo.

—¿No te di veinte pavos el otro día para que te largaras y te compraras algo bonito? —me burlo, al centrarme de nuevo en el sonriente Caleb, sin copiarle el gesto.

—No quiero veinte pavos, quiero una oportunidad —dice, sin casi dejar que yo termine de hablar.

—Eres muy insistente, Caleb —suspiro, y hago un mohín con los labios.

Él no borra su sonrisa y pasea sus ojos por mis labios, sin tratar de disimular.

—Paciente e insistente. Sí, te lo dije. Soy un dechado de virtudes —alardea, en tono burlón.

—Guárdatelas para alguien que vaya a apreciarlas —aconsejo, con media sonrisa irónica.

—Podría darte el mismo consejo, Ash —me la devuelve, y se encoge de hombros cuando ve que ha captado mi atención—. No veo a Cameron Parker por aquí esta noche —insinúa.

—Ashley —oigo entonces que me llama Scott.

Cuando lo miro señala con la cabeza detrás de mí. Me giro al instante, con el corazón latiendo a toda prisa, y lo veo. Es Cam. Como si Caleb acabara de invocarlo con su comentario. Y está caminando justo hacia donde nosotros estamos. Pantalones negros, camiseta blanca y esa cadena de plata con su plaquita al cuello, igual que en aquel concierto del hermano de Gina. Es casi como tener un *déjà vu*. Y está tan irresistiblemente atractivo como aquella noche. Doy un paso al frente para dejar a mis amigas detrás de mí.

—¡Mira, el desaparecido! —exclama Ryan, se adelanta hacia él y choca la mano—. ¿Qué tal vas, tío?

Cam no contesta. Le da una palmada en el hombro y termina de acercarse hasta el grupo.

—Hola —saluda en general. Luego se gira hacia mí y clava sus pupilas en las mías—. Hola, Ashley.

No contesto.

—¿Puedo hablar contigo? —pide, casi suplicando con sus ojitos verdes.

Cruzo los brazos sobre el pecho para enfrentarme a él.

—No.

Cierra la boca como si no se lo esperara para nada. ¿No se lo esperaba? A lo mejor se cree que puede hacer conmigo lo que quiera. Que cuando le dije que estaba aquí, aunque no me persiguiera, también había dicho que estaría aquí, aunque me ignorara y se largara por ahí del brazo de Jessica Harris. Eso es lo que se ha debido de creer. A mi negativa le siguen unos segundos de incómodo silencio. Mucho más incómodo teniendo en cuenta que todos los

presentes están pendientes de nosotros sin cortarse ni un pelo. Y no se me pasa por alto la breve mirada que él le dedica a Caleb, que sigue casi a mi lado.

—Por favor —dice por fin Cam, en voz más baja—. He venido hasta aquí solo para hablar contigo. —Trata de ablandarme.

—Entonces ya puedes irte otra vez, siento que hayas perdido el tiempo. —Me mantengo firme.

Suelta aire por la nariz como si hubiera estado conteniendo la respiración, y hunde los hombros pero no aparta la mirada.

—Diez minutos, Ash —insiste un poco más.

Acomodo la postura de mis brazos cruzados e inclino la cabeza ligeramente hacia un lado, como si así pudiera estudiarlo mejor.

—Por tu cara diría que no has dejado de estar amargado, ni de tener la cabeza hecha una mierda —le recuerdo sus propias palabras—. ¿Qué pasa? ¿Que de repente has cambiado de idea?

—Hay cosas que no han cambiado —admite—. He hecho muchas estupideces en mi vida. Y si hubiera sabido que algún día iba a encontrarme a alguien como tú, habría intentado mantenerme a la altura. Pero eso ya no lo puedo cambiar. Lo único que puedo hacer es hacerlo mejor ahora. Quiero merecerte, princesa.

—No me llames princesa —le pido, ligeramente irritada—. No voy a conformarme, Cam. Y no quiero tenerte a medias. No... no puedo tenerte a medias —corrijo después, y, ahora, me tiembla un poquito la voz.

Cam da un paso hacia mí, pero yo retrocedo para seguir manteniendo la distancia. Me mira a los ojos con mucha intensidad.

—Soy todo tuyo. Aunque no te gusten para nada los jodidos posesivos —añade después, con voz suave y un amago de sonrisa—. He venido a buscarte —dice, como si eso fuera a cambiar las cosas.

—¿Sí? Espera, llegas como... —Miro el reloj y luego vuelvo a mirar sus ojos, duramente—. Cinco días tarde —recuento.

—Lo siento —dice, y extiende los brazos a los lados de su cuerpo—. Lo siento. Lo siento. Me he equivocado, ¿vale? La he jodido.

—Cam... —le advierto que pare.

—Diez minutos. Dame diez minutos —insiste—. Es lo único que te pido. Dime qué puedo hacer para que me dejes explicarme, lo que sea...

—No estaría de más que suplicaras un poquito, Cam —me sorprende la voz de Emily, justo detrás de mí.

Cam desvía sus ojitos verdes hacia ella por un segundo y parece muy sorprendido por la interrupción, como si ya se hubiera olvidado de todo el público que tenemos. Vuelve a conectar su mirada con la mía, pero yo no cambio mi expresión. Extiende los brazos a los lados, y se deja

caer de rodillas, justo delante de mí. De golpe. Y se ha tenido que hacer daño, pero no parece que le importe.

—Por favor, Ash.

Descruzo los brazos y doy un paso hacia él, un poco avergonzada por el numerito que estamos montando.

—Joder... —oigo decir a Vanessa.

Estamos dando un maldito espectáculo delante de nuestros amigos. Aunque supongo que eso ya no es algo nuevo para nosotros.

—Cam, ¿qué haces? Levántate de ahí —exijo—. Venga, levanta —insisto al ver que no parece tener intención de hacerlo.

Lo agarro del brazo y tiro de él. Se levanta obedeciendo lo que mi cuerpo le manda hacer y se asegura de quedar de pie muy cerca de mí. Aparto la mirada, pero siento su respiración demasiado cerca como para mantener la compostura tan bien como debería.

—Voy a decirte esto —habla de nuevo—. Me da igual que me oigan. Si no quieres venir conmigo, pues entonces te lo diré aquí —decide—. Me he portado como un capullo. Te echo de menos.

Sus últimas palabras suenan tan sinceras y transmiten tanto dolor que siento como si me desgarraran el alma. Pero se ha pasado días y días sin apenas dar señales de vida, ignorando mis llamadas. Llevando del brazo a Jessica Harris.

Así que suelto una carcajada al escucharlo, aun con los ojos llenos de lágrimas, y luego unas cuantas más, tristes.

—¿Me echas de menos? ¿Y mañana vas a dejarme una nota en la almohada y vas a desaparecer otros tres días? —pruebo, y ya a mí también me da igual que me oigan—. ¿Sabes qué? Que sí, que todo lo que dije es verdad. Que quiero estar contigo. Pero así no, Cam. Así no —repito para dar más énfasis a mis palabras.

Luego giro sobre mis talones y me alejo mientras noto cómo las lágrimas ya rebosan el borde de mis párpados. Mia y Emily vienen detrás a toda prisa. No sé qué haría sin ellas. Yo lo único que quiero es irme a casa, pero ellas me dirigen hacia los baños de la zona del gimnasio, que han abierto para la ocasión. Se me ha escapado alguna que otra lagrimita, pero he llorado ya tanto por Cameron Parker que consigo controlarme bastante bien. Estoy enfadada. No tiene derecho a plantarse aquí y hacer como si nada hubiera pasado. Como si no llevara dos semanas pasando de mí y manteniéndome al margen del todo. Incluso después de pedirle explícitamente que no lo hiciera.

—Eh, ¿qué ha pasado? —oigo la voz de Grace, que se une al grupo cuando ya estamos llegando a la entrada del baño.

—Cam suplicando, se ha puesto de rodillas y todo —chismorrea Emily.

—Ya cotilleáis luego, chicas, ¿vale? —las interrumpe Mia, y me pone una mano en el hombro.

Se colocan las tres detrás de mí, mientras yo me apoyo en uno de los lavabos, justo enfrente del espejo.

—Los tíos son un asco, te lo digo yo. Pásate al otro lado, por lo menos somos más suaves —oigo una voz conocida a nuestras espaldas.

Me encuentro con una mueca divertida de Blair Wells reflejada en el espejo cuando levanto la vista.

—No estás ayudando mucho por aquí, Blair —advierte Mia—. Lárgate, anda.

—Eso lo dices porque te apetece meterte en las bragas de la mulata esta noche, pero ya volverás, rubita —se burla la otra, mientras ya camina hacia la puerta—. Ah, Ashley, no me digas que no te advertí sobre lo de meter a traidores en tu cama, ¿eh?

Me guiña un ojo, divertida. Y luego se va.

Yo estoy harta de ser la pobrecita. La víctima. La que sale corriendo y se esconde a llorar en los baños cada vez que pasa algo. Se acabó. Rebusco en mi bolso y saco el rímel para arreglarme un poco el desastre de las lágrimas.

—Quiero volver a esa fiesta —anuncio a mis amigas con toda mi seguridad.

Intento mantenerme lo más lejos que puedo del grupillo de los populares. Porque Cam sigue ahí. Tiene un vaso en la mano y, de entre toda la gente que lo rodea, habla con Scott. Pero no para de pasear su mirada por la fiesta, supongo que para buscarme a mí. Y me encuentra cada vez. Por más que yo no quiera dejar que nuestros ojos se tropiecen.

Mis amigas se quedan conmigo, pasando de todo lo demás. Y yo me acerco al oído de Mia, porque no soy la única que está teniendo una noche rara, creo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

Ella se aparta, solo unos centímetros, para mirarme a la cara. Me interroga con los ojos, como si realmente no supiera de lo que le estoy hablando.

—No te hagas la tonta. Gina y tú —digo claro—. ¿Qué es eso? ¿Y qué hay de la bruja de Blair? —interrogo, sin poder evitar el apodo.

—Sabes que me gusta mucho Gina —dice, a modo de defensa.

—También sé que te gusta mucho Blair —recuerdo—. No pierdas algo que puede valer la pena por lo que piensen los demás —alecciono.

—Podría enamorarme de cualquiera de las dos —dice Mia, y me mira con los ojos llenos de dudas—. Estoy segura de que podría. Tengo que elegir la opción que más me convenga...

—Lo que más te conviene es escuchar a tu corazón y no a tu cabeza. —Intento ayudarla a ampliar la perspectiva.

Mia asiente y me sonríe un poco, como intentando decir que ella sabe lo que hace. Pero no estoy tan segura.

—Bueno, estoy en un punto en el que tú estuviste hace un tiempo, Ash —dice, sin elevar mucho la voz para que Emily y Grace, que cotillean sobre Cam y sobre mí sin tratar de ser discretas, no puedan oírla—. Tú tenías a Tyler y a Cam, y elegiste a Cam, ¿no?

—No te equivoques —aclaro, con media sonrisa—. Yo no pude elegir. No tenía nada que hacer. Para cuando me di cuenta, estaba enamorada de Cam como una tonta y ya no había vuelta atrás.

—Entonces, supongo que yo he pillado esto más a tiempo que tú —se limita a decir.

Y se encoge de hombros, despreocupada. Sé que no debo insistir. Es ella la que debe tomar sus propias decisiones. Y, de todas maneras, ¿qué hago yo defendiendo a la bruja en una situación como esta?

Gina no tarda en venir a preguntar si estoy bien, pero solo como excusa para poder acercarse a Mia otra vez y secuestrarla un ratito. Me quedo con las amigas cotillas que, a pesar de que ahora estoy prestándoles toda la atención, no paran de hablar sobre mí y sobre Cam de rodillas en el suelo, como si yo no estuviera delante.

Estoy intentando ayudar a Grace a limpiar una mancha de bebida que acaba de caerle en la camiseta cuando alguien me pone un vaso de cerveza delante de la cara, estirando el brazo desde detrás de mí. Me giro y me sorprendo al encontrarme los ojos rasgados y la sonrisa engreída de Caleb Braxton.

—Hola, otra vez. He usado el dinero que me diste para algo bueno. ¿Una cerveza? Invitas tú —ofrece, con un tono muy burlón.

—¿Es que nunca te das por vencido? —casi bufo, cansada de su insistencia.

—Un dechado de virtudes, Ash —me recuerda, y vuelve a poner el vaso delante de mi cara.

Miro de reojo hacia donde he visto a Cam por última vez. Tiene la vista clavada en mí sin ningún disimulo e, incluso desde aquí, puedo ver cómo todo su cuerpo está en tensión. ¿Celoso, Cameron Parker? Se lo tiene merecido.

—Entre mis múltiples virtudes también está la de poner celosos a los tíos que se lo merecen —vuelve a hablar Caleb.

Esa frase hace que centre mi atención en él de nuevo. Ensancha su sonrisa. Y es incluso más engreída que antes. ¿Y si tiene razón? A lo mejor no le estaría mal a ese idiota ponerse un poquito celoso. Pero sigo sin saber si Caleb es una buena opción, aunque solo sea para eso.

—No me fío nada de ti, Caleb —le aviso.

Pero cojo el vaso de cerveza y le doy un trago, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Aprovéchate, Ash. No suelo ponerme en oferta muy a menudo —medio bromea—. Utilízame. Así estaremos en paz. No me importa, en serio, siempre que el tío no vaya a darme una paliza, claro.

Yo me río suavemente al oír eso. Niego con la cabeza despacio. No creo que Cam vaya a darle una paliza. Ni que fuera Tyler...

—No puedo prometerte nada —digo, en tono burlón, para meterle un poquito de miedo.

—Bueno, ¿sabes qué? Merecerá la pena. Me la juego —decide.

Me arregla el pelo del flequillo, con media sonrisa traviesa. Y yo bebo de mi vaso aguantándome mi propia sonrisa. Vaya canalla y liante se ha vuelto este Caleb, jamás lo hubiera

dicho cuando lo conocí.

En unos minutos ya me doy cuenta de que mis amigas se han alejado para darnos intimidad. ¿Qué se creen que va a pasar aquí? Y, aunque intento por todos los medios no mirar, siento los ojos de Cam vigilando a cada segundo. Por cómo los noto, clavándose en mi espalda, diría que ni pestañea.

No sé cuánto tiempo ha pasado, cuando Eddie *el babas* aparece para reclamar la atención de mi interlocutor. Probablemente llevamos aquí hablando más de media hora. Caleb es un tipo con encanto, en el fondo. Y parece muy molesto de que su amigo nos haya interrumpido, pero yo le digo que nuestro tiempo de tregua ha acabado. Relajarme durante media hora no equivale a olvidar sus verdaderas intenciones. Por mucho que él ahora se haga el bueno.

No ha hecho más que marcharse de mi lado y yo giro sobre mis talones para localizar a mis amigas. Pero me encuentro con un cuerpo musculoso que se pega a mi costado y unas manos que me sujetan las caderas y me pegan contra la piedra de la pared trasera del gimnasio.

—¿Por qué quieres hacerme esto, princesa? —dice, con voz de atormentado—. ¿Por qué...? Joder, por favor —murmura, mientras busca mis ojos.

Siento cada músculo de su cuerpo en tensión, pegado al mío. Mis defensas no son tan fuertes como para resistir esto, así que mi organismo entero ya está respondiendo a su proximidad como siempre suele hacerlo.

—¿Hacerte qué? —respondo, para lo que debo tirar de la poca fuerza de voluntad que me queda—. Eres tú el que desapareció. Eres tú el que te has alejado y has jodido esto, Cam —le recuerdo—. ¿O ahora resulta que tú eres libre para pasearte por ahí del brazo de Jess y yo no puedo ni hablar con un tío?

—¿Qué? —se extraña con el ceño fruncido—. Puedes hablar con quien te dé la gana, de no ser así habría venido a espantarlo antes de que se marchara él solito. Y no te creas que me faltaban ganas —gruñe—. Y no te equivoques, Ashley, no hay absolutamente nada entre Jess y yo. Ojalá ni siquiera tuviera que volver a hablar con ella en mi vida. Pero la cagué, ¿no? ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—No hace falta que la toques ni que vayáis por ahí en plan parejita, por ejemplo —lo acuso, injustamente. Pero es que odio a esa tía y esto me saca de quicio.

—Eso no es así —corrige él—. La única a la que quiero tocar y con la que quiero ir en plan parejita eres tú —asegura repitiendo mis palabras—. Sé que he desaparecido, que te he dejado a un lado y lo siento. Pero no lo he hecho porque no quisiera estar contigo, Ash. Lo he hecho porque pensaba que era mejor para ti...

—No me cuentes cuentos —interrumpo, lo empujo y escapo de su abrazo—. Esta vez vas a tener que hacer algo mejor que secuestrarme contra una pared, o en una despensa, para que te escuche —le advierto.

Se queda ahí plantado mientras yo me alejo entre la gente. Solo quiero encontrar a mis amigas y decirles que me voy a casa. Porque ya he tenido bastante. Y la verdad es que me estoy

ablandando con mucha facilidad y lo único que quiero hacer es perdonarlo y escucharlo y comprenderlo, con tal de que se quede a mi lado. Pero ¿y si mañana vuelve a desaparecer? Entonces, ¿qué?

Mis amigas se han desperdigado por la enorme fiesta y cada una está con su parejita de la noche haciéndose carantoñas. Decido que es mejor molestar a Emily y a Scott, a los que tengo más confianza y que llevan como mil años juntos. Llamo su atención, interrumpiendo un beso apasionado, y sin mala conciencia. Ya seguirán a lo suyo cuando yo me vaya. Emily está suplicando que me quede y diciendo lo bien que aún lo podemos pasar, y todas esas cosas que ella suele hacer, cuando se corta de golpe la música que ambientaba la fiesta. Se oye el pitido de conexión de un micrófono y entonces una voz altísima y clarísima que llega hasta el último puñetero rincón del evento.

—Ashley Bennet —llama Cameron a través de los malditos altavoces.

Nos volvemos de golpe hacia la fuente del sonido y ahí está. Subido en un altavoz enorme. Seguro que todo el mundo puede verlo, esté donde esté. Tiene el micrófono en la mano y parece dispuesto a dar todo un discurso.

—Pero ¿qué coño? —es lo primero que dice Scott.

—¡Estás en una comedia romántica, Ashley! ¡Me muero! —me chilla Emily al oído.

No sé si estaré en una película o no. Lo único que sé es que el tío que está hablándome a todo volumen y delante de todo el mundo es muchísimo más guapo que cualquier actor de Hollywood.

—No sé dónde estás —sigue Cam, con todo el mundo pendiente de él—. Pero espero que así no te quede más remedio que escucharme. Lo que estaba intentando decirte es que me he pasado todos estos días actuando como un capullo, sí. Como un gilipollas, que es lo que soy la mayor parte del tiempo. Estaba intentando protegerte. Bueno, como si me necesitaras para eso, ¿no? O como si yo supiera lo que es mejor para ti, o para los dos. Es obvio que no lo sé. Es obvio que me equivoqué y lo siento. Porque, al final, he tenido una especie de revelación, ¿sabes? Y me he dado cuenta de que, a lo mejor, de tanto llamarte princesa, había acabado por olvidarme de que tú no eres frágil. Tú eres una valiente. Eso es lo que eres. Y me encanta.

»Así que siento haber pensado que no podrías con esto o que te asustarían mis mierdas, o que no soportarías verme hecho polvo. Porque si te hubiera dejado estar a mi lado, no habría estado hecho polvo, Ash. Tú no me dejas caer tan bajo. Y te echo de menos. Te echo de menos, joder. Quiero estar a tu lado, quiero tenerte conmigo. Te necesito aquí conmigo. Y voy a perseguirte. —Cuando dice eso, Emily se agarra a mi brazo, diría que más emocionada que yo, pero no creo que eso sea posible—. Sé que dije que estaba cansado, que no tenía fuerzas. Pero, aunque no tenga fuerzas, no voy a dejar de luchar por ti; aunque a veces piense que no tienes razón, seré yo quien se disculpe; aunque alguna vez me enfade contigo, seguiré queriendo estar a tu lado; y aunque sienta que ya no puedo correr más detrás de ti, no voy a dejar de perseguirte. Porque lo único que de verdad quiero es estar contigo. Entiendo que tengas dudas, muchas dudas. Y

entiendo que haya cosas en las que aún no termines de confiar del todo en mí. Y, si es así, déjame currármelo todos los días para demostrarte que puedes hacerlo, que estoy aquí para ti, que voy a estarlo siempre. Estoy enamorado de ti, jodidamente enamorado, y no hay nadie más que me haga sentir como tú. Nadie en el puto mundo. ¡Oh! Y, fíjate, Tyler no está en esta fiesta, así que no, esto no es para demostrarle nada a nadie. Solo a ti. ¿Ves esto? —pregunta, y levanta el brazo derecho bien alto para mostrar su tatuaje. Lo frota con la mano izquierda que sostiene el micrófono, unas cuantas veces—. No se borra —anuncia, en tono de broma—. Te tengo metida debajo de la piel. Muy metida. Desde mucho antes de meter la tinta.

»Tú dijiste que si podíamos empezar de cero otra vez, ¿te acuerdas? Pero no quiero. No quiero empezar de cero. Porque no cambiaría nada de lo que he tenido contigo. No lo perdería por nada del mundo. Volvería mil veces a cantar en mi coche; volvería a pedirte que bajaras por la celosía para montar un pícnic de alcohol; me colaría en tu casa a cenar con tu madre mientras tú no paras de darme codazos y mirarme mal —sigue, con una risita—. Y no borraré nunca de mi mente la cara de orgullo que tenías después de conseguir escalar esa mierda de pared para principiantes. —Las lágrimas ya resbalan por mis mejillas a la vez que me río bajito con cada una de sus tonterías, con Emily agarrada a mi brazo—. Lo que sentí cuando te cogí la mano al borde del mirador. Ni despertarme contigo a mi lado la primera vez, aunque aún no pudiera tocarte. Quiero bailar contigo en los aparcamientos y brindar con batido de chocolate en lo alto de los edificios. —Me libro del brazo de Emily y avanzo decidida hacia el pie de los altavoces. La gente abre camino a mi paso, obviamente expectantes por ver cómo acaba esto—. No quiero borrar eso, no borraría absolutamente nada, aunque pueda haber dolido. Quiero seguir desde donde estamos. Quiero avanzar contigo. Quiero que estés conmigo en esto, que lo hagamos juntos. Y quiero escuchar a la puñetera Taylor Swift hasta que me sangren los oídos —bromea cuando por fin me ve, llegando hasta él.

Hago una seña a Ryan que está junto a los altavoces para que se acerque y me ayude. Él acude solícito a levantarme sin demasiado esfuerzo para subirme a lo alto del altavoz.

—Tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida, princesa —dice Cam, aún hablando al micrófono, pero mirándome a los ojos, cuando estoy plantada delante de él.

Cojo su cara entre las manos y lo beso mientras se me escapa la sonrisa, con las lágrimas cubriéndome las mejillas. A él se le contagia la sonrisa y la siento en sus labios, completamente pegados a los míos. Me pone una mano en la nuca y la otra, con el micrófono, en la cintura. Me acerca de un tirón, pegando nuestros cuerpos y sin dejar de besarme. La gente está aplaudiendo y silbando. Estoy segura de que Emily se muere. Pero del todo. Y, esta vez, yo también. Me muero de amor. Literalmente.

11

Ours

Cam y yo nos quitamos las zapatillas a la vez, cada una con el pie contrario, de pie en medio de mi habitación en penumbra, sin separar nuestros labios ni un solo segundo. Hemos desaparecido enseguida de la fiesta sin dar explicaciones a nadie después del espectáculo. Ryan ha tenido que bajarme del altavoz, para que no me hiciera daño, y Cam ha bajado de un salto justamente detrás. Y no había mucho más que decirle a nadie después del beso de película que todos los presentes han podido ver con tanta claridad, así que me he dejado guiar por su mano hasta abandonar el tumulto y luego hemos llamado a un taxi para venir a mi casa. Y ahora sí que me alegro de que mi madre y Eric no estén aquí. Porque he conseguido mantener las manos quietas en el taxi, pero desde que hemos atravesado la puerta principal no hay otra cosa que quiera hacer aparte de besarlo y tocarlo por todas partes. Y él no está protestando demasiado por eso. Parece que tampoco tiene más ganas de charla.

Pone sus manos a los lados de mi cuello y me acaricia lentamente la mandíbula con los pulgares mientras suaviza el beso que está teniendo lugar. Sonrío con los ojos cerrados cuando sus labios se separan de los míos para besarme la punta de la nariz.

—Qué bonita eres —piropea, en un susurro.

Abro los ojos para maravillarme con sus preciosos rasgos iluminados por la luz que entra desde la calle por mi ventana.

—¿Qué tal está *Salem*? —pregunto en su mismo tono, para molestarle con el cambio del tema.

Suelta una risita y aprieta sus pulgares contra mis mejillas como castigo por cortar así el rollo.

—Está bien. Mucho mejor. Es un revoltoso y no para quieto, no sé cómo va a acabar curando ese hueso —explica—. ¿En serio quieres hablar de esto ahora? —protesta, con voz melosa, y sustituye una de sus manos por sus labios recorriendo mi cuello.

Aprovecho que no ve mi cara para cerrar los ojos y morderme el labio tragándome un gemido.

—Claro. ¿Por qué no? —sigo picándolo.

Se separa de mi cuello y pone su cara muy cerca de la mía.

—¿En serio quieres hablar ahora? —cambia la pregunta.

Pone las manos en mis nalgas y pega nuestros cuerpos antes de morderme el labio inferior. Yo

pongo inmediatamente los brazos en torno a su cuello y añado algo de lengua a la ecuación. Baja un poco más las manos y cierra ligeramente los brazos en torno a mi cuerpo para levantar mi peso y que mi cabeza quede más alta que la suya. Mis piernas se mueven sin mi permiso enroscándose a sus caderas y, así, da un par de pasos hacia el borde de la cama, cargando conmigo. Pone una rodilla sobre el colchón y se inclina muy poco a poco para no hacerme daño mientras me recuesta y coloca su cuerpo sobre el mío. Esto me encanta. Sentir su peso y su calor, mientras se mueve lentamente para rozarse conmigo, es una de mis sensaciones favoritas. La placa que cuelga de su cadena me hace cosquillas en la piel del cuello mientras me besa. Se la quito con cuidado cuando se separa un poco de mis labios y me la pongo yo, sonriéndole inocentemente.

—Me encanta tu plaquita —reconozco—. Aunque yo la llevé puesta y pegadita a la piel dos días enteros, así que ahora es prácticamente mía —bromeo.

Cam sonríe con ternura, y recorre mi cara y mi cuello con los ojos.

—Es mía —corrige—, pero te la presto —añade, dulcemente, mientras juguetea con la placa que descansa sobre mi pecho.

Me muevo para poder quitármela del cuello y la dejo, con mucho mimo, encima de la mesilla. Luego me vuelvo de nuevo hacia él, que no ha despegado sus ojos de mí ni un segundo.

—¿Qué? —pregunto con media sonrisa ante su insistente mirada.

Me acomodo en el colchón y él se mueve conmigo, encontrando la postura en la que nos sentimos mejor, siempre con él entre mis piernas, claro.

—No me cansaría nunca de mirarte —confiesa.

Acaricia mi mejilla y luego deja descender su mano por mi cuello, roza mi clavícula con dos dedos, pasa la palma abierta por la piel desnuda de mi escote y acaricia mi pecho por encima de la camiseta, sin dejar de mirarme a los ojos. Enseguida noto su mano levantando el borde inferior de mi camiseta.

—¿Puedo? —pide permiso para quitármela.

—Más te vale —advierto y suelta una risita mientras yo me incorporo ligeramente para ayudarlo en la tarea.

En cuanto estoy en sujetador ante él, se quita su propia camiseta de un tirón sacándosela por la cabeza. Bien. Echaba de menos poder admirar las líneas bien definidas de sus músculos. Qué bueno está. Y es todo para mí. Se desliza hacia los pies de la cama antes de que pueda morderle el hombro, que es de lo que me han dado ganas ahora mismo, y besa dulcemente la piel de la parte baja de mi abdomen, justo encima de la cintura de los vaqueros que llevo. Va subiendo lentamente por toda mi línea alba dejando un rastro de besos húmedos a su paso. Suspiro mientras disfruto de todas las sensaciones que me regala, con sus dedos juguetones dibujando círculos sobre mis costillas, al mismo tiempo. Su boca se salta la unión de mi sujetador entre los pechos y me besa el escote, antes de volver a mis labios y pegar nuestras caderas. Yo elevo las mías para aumentar la presión. Mierda, y yo tanto tiempo pensando que no quería que lo tocara

porque no le ponía lo suficiente. No me hace falta tocarlo ahora mismo; su erección es bastante evidente.

—Cam —llamo, en algo parecido a un gemido.

—¿Sí, princesa? —responde con el pulgar de su mano derecha ya jugueteando con el borde de mi sujetador.

—Antes de que esto me frustre, ¿hasta qué base vamos a llegar hoy? —pregunto, y suelta una risita en mi oído con los labios rozándome el lóbulo de la oreja y haciéndome cosquillas.

En vez de responder, cuela el dedo bajo la tela del sujetador para acariciarme el pezón. Siento las descargas de excitación recorriendo mi cuerpo en respuesta directa a sus caricias y muevo las caderas instintivamente buscando el roce con su erección.

—¿Qué tal hasta la tercera? Si tú quieres —se apresura a añadir, en un susurro junto a mi cuello.

Joder. La tercera. Eso significa sexo oral, ¿no? Ahora sí que tengo calor. Respondo con un gemido bastante alto.

—Tomaré eso como un sí —decide, en tono burlón—. No te preocupes, no pienso dejarte insatisfecha.

Para mi decepción, su mano abandona mi pecho, pero enseguida se me pasa el disgusto cuando me doy cuenta de que es solo para desabrocharme los pantalones. Levanto las caderas para que le sea más fácil quitármelos y él los deja caer al suelo, de rodillas a los pies de la cama y me mira bien por un momento. Casi me da vergüenza estar en ropa interior tumbada en la cama, bajo su hambrienta mirada. Así es como me mira. Pero, bueno, solo casi. Cada vez es más difícil encontrar mi vergüenza estando con Cam.

—No lo digas —advierto, al ver que abre la boca.

—¿El qué?

—Que soy preciosa.

Me acaricia las piernas antes de ponerse de nuevo, poco a poco, sobre mí.

—Estás muy buena —decide decir, a cambio.

Me incorporo lo necesario para besarle la boca con ganas. Lo empujo levemente y capta la indirecta, ayudándome a que nuestros cuerpos rueden para colocarme sobre él. Lo oigo gemir bajito cuando me siento encima y muevo las caderas suavemente hacia adelante y hacia atrás.

—Oh, mierda —dice entre dientes, con las manos en mi cintura.

Acaricia mi espalda cuando me inclino sobre él. Me dedico a besar cada centímetro de piel que me parece apetecible entre su cuello y su abdomen mientras nuestros dedos se entrelazan. Cam se deja hacer. Así que decido que es hora de intentarlo de nuevo. Desabrochar sus pantalones, digo.

—Me parece que esto no es muy justo —aviso, juguetonamente—. ¿Por qué yo llevo menos ropa encima que tú?

—De eso nada —responde divertido—. Tú llevas dos prendas. Y yo otras dos —compara.

Sentada sobre él, llevo las manos a mi espalda y desabrocho el cierre de mi sujetador, tirándolo al suelo una vez que me he liberado.

—Joder, Ash —gruñe, y hace amago de incorporarse para tocarme, pero pongo las manos en su pecho, reteniéndolo contra el colchón.

—¿Y ahora qué? —pregunto entonces.

No espero más para soltar el botón de sus pantalones y bajar la cremallera con cuidado. Es la primera vez que me deja ir tan lejos y ya estoy nerviosa ante la novedad de la situación. Y no me aguanto las ganas de tocarlo. Ni siquiera intento bajarle los pantalones antes de meter la mano dentro. Cam suelta un gemido muy sexy y un jadeo cuando acaricio su erección de arriba abajo y de abajo arriba por encima de la tela del calzoncillo. Y ahora ya tengo la respuesta que no quise que Vanessa me diera. Entre Tyler y Cam, ya sé quién la tiene más grande. Joder.

—¿Todavía piensas que no me gustas? —insinúa él, burlonamente—. Mira cómo me tienes.

El modo en que dice esas palabras multiplica mi excitación al instante. Tiro de sus pantalones hacia sus pies, pero tiene que ayudarme un poquito para quitárselos.

—¿Has estado así cada vez que hemos hecho esto? —pregunto, mientras lo acaricio de nuevo y estudio sus reacciones.

—Estoy así cada vez que te veo, Ash —dice, y yo suelto una risita—. No sabes las ganas que tenía de que me tocaras así.

—¿Así? —pregunto yo inocentemente, meto la mano bajo su calzoncillo para poner en contacto piel con piel—. ¿Ya estamos llegando a la tercera base? —lo provoco.

—Tú mandas, preciosa —se rinde, y yo me río al escuchar su tono. Está completamente entregado a la situación—. Pero debería ser un caballero y decir que las damas primero, ¿no? —opina.

Saco la mano de su ropa interior y me recuesto a su lado en la cama. ¿Está diciendo lo que yo creo que está diciendo? Uf, me he puesto nerviosa. Ahora sí. De verdad. Porque eso sí que es completamente nuevo para mí.

—¿Quieres decir...? —empiezo la pregunta, pero no la termino y me muerdo el labio.

Cam se incorpora de medio lado, apoyando su peso sobre un codo, para mirarme bien.

—Has estado en la tercera, ¿verdad, Ash? Sí, tú me lo dijiste —recuerda.

—He estado en la tercera base —aseguro—. Pero digamos que siempre he ido a esa base a trabajar —medio bromeo, para tratar de calmar mis nervios.

—Me estás vacilando —dice Cam y yo frunzo el ceño ante su tono. Parece que le hace ilusión y todo—. ¿Nunca te han hecho sexo oral? ¿Nunca? ¿Nadie? ¿Jamás? —habla sin tomar aliento.

—No. Nunca —digo, un poco cortada.

—O sea que solo has puesto un pie en la tercera —se burla mientras me acaricia un pecho como si no fuera consciente del placer que eso me proporciona—. Y, además, el pie equivocado —pica—. Si quieres, puedo ayudarte con eso —insinúa con voz pícara, y se inclina sobre mí para sustituir el jugueteo de su mano por su boca.

Yo me retuerzo de placer entre sus brazos, sin poder pensar con la suficiente claridad como para contestar.

—Espera —le pido cuando mete una mano bajo la tela de mis braguitas.

Me mira interesado. No saca la mano, pero tampoco la mueve.

—¿A qué? —me consulta—. Yo creo que estás preparada para esto, princesa.

Ahora sí que me está volviendo la vergüenza. De que él sea perfectamente consciente de lo excitada que estoy basándose en lo que palpa por debajo de la última tela que me cubre; y de que no solo quiera meter ahí la mano, sino también la boca. ¿Y si no le gusta?

—Es que no sé... —dudo, pero no termino de ser capaz de exponer mis ideas.

—Solo vamos a hacer lo que tú quieras hacer, Ash —deja claro en primer lugar, muy serio—. Hasta donde tú quieras y como tú quieras. Y si no quieres hacerlo, no pasa nada. Pero te prometo que esto te va a gustar —me advierte pícaramente.

—Ya. Lo doy por hecho...

—¿Entonces?

—No lo sé. Me da vergüenza —tengo que reconocer—. ¿Y si no te gusta a ti?

—¿A mí? Créeme, esto a mí me va a gustar —asegura, muy convencido—. Quiero tocar y besar y lamer cada centímetro de ti —dice, y me da un escalofrío al escucharlo; uno de esos muy agradables—. Y quiero hacerte disfrutar. ¿Qué tal si hacemos una cosa? —propone—. Voy a ir despacio y si hay cualquier cosa que te preocupe o te incomode, solo dime que pare y pararé, ¿vale? —Me muerdo el labio pensando en ello—. Ey, ¿confías en mí? —pregunta.

Asiento al instante, y él me besa en los labios.

—Vale —doy mi consentimiento—. Quiero hacerlo.

—Bien. —Sonríe—. No pienses. Relájate y disfruta —me dice al oído.

Luego empieza un largo camino de besos y juegos de dedos y lengua por todo mi cuerpo. Para cuando su boca alcanza la parte baja de mi abdomen, yo ya estoy deseando que vaya más allá. Sus manos acarician la parte posterior de mis muslos, después de despojarme de la única prenda que me quedaba en el cuerpo, y casi resulta una tortura.

—Si quieres que pare, dímelo —me recuerda. Luego suelta una risita baja—. Pero no vas a querer.

Y la verdad es que tiene razón. Una vez que su boca ha descendido hasta mis partes más sensibles, yo no quiero que pare. Que no pare nunca. Esto es bueno. De lo mejor que he experimentado nunca. Y menos mal que estamos solos en casa porque no estoy segura de que mis gemidos no puedan oírse incluso desde la casa de los vecinos.

El orgasmo me deja extremadamente relajada. Y Cam aparece de nuevo por el cabecero de la cama, con una sonrisa engreída en la cara, y se encarga de abrazarme y prodigarme mimos y caricias mientras me da tiempo a recuperar las constantes vitales y a volver un poquito a la realidad.

—¿Te ha gustado? —me consulta tras lo que puede que hayan sido un par de minutos, o

decenas de ellos.

—Joder. —Es lo único que puedo responder.

Suelta una carcajada muy alta y yo tengo que reírme bajito en respuesta.

—Me lo tomaré como un cumplido —bromea.

—Entonces, lo estás interpretando bien —aseguro.

—Bienvenida a la tercera base —dice, burlón.

—Esta base aún no ha acabado —le pongo sobre aviso.

Y creo que es hora de devolverle el favor. Intento esforzarme al máximo y diría que, por lo que oigo y siento, me está saliendo bastante bien.

Nos quedamos en silencio durante un buen rato, cuando ambos estamos ya satisfechos. Cam está tumbado sobre la espalda, desnudo y completamente relajado, y yo recostada sobre su pecho con mi piel bien pegada a la suya, absorbiendo su calor y con las yemas de sus dedos haciendo dibujitos sobre mi columna vertebral. Los míos hacen lo mismo en su pecho y su costado. Solo por eso sé que aún no se ha quedado dormido. Se mueve con delicadeza para envolverme en un abrazo calentito y baja la cabeza para besarme la sien. Sonrío y emito un sonido bajito que pretende transmitirle lo a gusto que estoy.

—Quédate, ¿vale? —le pido en un susurro cuando me ataca de pronto el miedo de que tenga que volver a su casa a dormir.

—No pienso irme a ninguna parte —responde él, también bajito, pero convencido.

—No quiero encontrarme una notita por la mañana o tendré que matarte —le aviso, en tono de broma.

Se mueve para apartarme de encima de su pecho y acomodarse de medio lado, mirándome de frente.

—¿Sabes lo que vas a encontrarte por la mañana? —pregunta, en ese mismo tono. Casi no me da tiempo a preguntar «¿qué?» antes de que sus brazos me atrapen con firmeza—. Esto —avisa, y empieza a besarme por toda la cara mientras yo río y me retuerzo para que me suelte. Pero no quiero que lo haga, claro. Luego para y se queda serio, con una mano en mi cadera—. Gracias, Ash —dice, en un susurro.

Acaricio su pelo apartándoselo de la cara y, en la penumbra, lo veo cerrar los ojos ante mi caricia.

—¿Me das las gracias por hacerte una mamada? —bromeo, y él sonríe y niega con la cabeza.

—Qué tonta eres —suspira, con cariño—. No, por eso no. Bueno, sí —recapacita después—, por eso también. Ha sido una pasada —admite, con voz pícara—. Te doy las gracias por hacer que me olvide de todo, es como si no existiera nada más mientras estoy aquí contigo.

—No existe nada más —confirmo, cojo su mano y entrelazo nuestros dedos—. Solo tú y yo.

Y esa es exactamente la sensación que tengo mientras los dos nos vamos adormilando en los brazos del otro. Que no existe nada más. Que somos solo nosotros. Ojalá fuera verdad.

Emily me tiende un vaso de café de Starbucks y se sienta a mi lado en la mesa libre que hemos encontrado al sol, en la parte exterior del establecimiento. Le sonrío como forma de agradecerle que haya entrado ella a por nuestras consumiciones y quito la tapa para que mi bebida se enfríe un poco más rápido.

—Vale, ahora habla y cuéntamelo todo, antes de que tu Romeo vuelva a aparecer y te secuestre otros tres días —protesta, y yo suelto una carcajada.

—Oye, oye, eres tú la que se ha pasado dos días fuera de escapada romántica con Scott —le recuerdo—. Es miércoles y no te veía desde el sábado, Em, y esta vez no ha sido por mi culpa. Ya apenas podía respirar contigo tan lejos y pasando de mis mensajes. Supongo que lo habréis pasado muy bien —digo, pícaramente—. Pero he decidido que no vas a volver a ir a ningún sitio sin mí, así que ¿cómo lo hacemos en septiembre cuando nos vayamos a la universidad? —planteo, solo medio en broma.

—No llores, Ash —me responde altivamente—. Que he estado fuera lunes y martes, pero tú vas a largarte el viernes a Eugene hasta el domingo —recuerda—. Y tengo la solución a nuestros problemas cuando tú te marches a Chicago y yo a Portland: se llama FaceTime.

—No es lo mismo.

—No —se muestra de acuerdo con una mueca triste—. Pero nos apañaremos. ¿Te das cuenta de que si cogen a Cam en el equipo después de este fin de semana estará a solo dos horas de donde voy a estar yo? —se emociona de pronto.

—Eh, Em —digo, con cara de pocos amigos—, te recuerdo que tu novio se va a Portland contigo y que Cam está conmigo, así que no puedes acostarte con él —dejo claro, en tono de broma.

—¿No? Mierda —dice, y se echa a reír cuando le pego en una pierna—. No es eso, tontita. Lo que digo es que, si él va a la universidad en Eugene, estaremos solo a dos horas cuando tú vayas a verlo, así que podemos vernos a mitad de camino, aunque sea para tomar un café —explica—. Y ahora habla de una vez —insiste—. Te largaste el sábado de la fiesta después de la declaración de amor más increíble que he visto desde la de Justin Timberlake en *Con derecho a roce* —exagera—. El domingo solo apareciste por el chat con las chicas para decir que seguías viva. Y luego yo he estado fuera. Así que empieza desde que salisteis de la fiesta... ¿Qué pasó?

Hablamos durante un largo rato de mis días pasados y de los suyos. De mi domingo perfecto de remolonear en la cama y luego ir por ahí a desayunar y pasar el día en casa de Cam, cuidando de *Salem*. De mi lunes de mensajitos ñoños hasta que quedamos después de su entrenamiento para cenar. De mi martes de echarlo de menos hasta que vino directamente desde el campo de fútbol para cenar con mi familia y echar unas cuantas partidas con Eric y su PlayStation. Mi pobre hermano no ganó el torneo de kárate, pero al menos ayer por la noche le dio una buena paliza a Cam en algún absurdo juego de carreras de coches. Y hoy, gracias a Dios, Emily está aquí para pasar la tarde cotilleando mientras Cameron entrena. Está entrenando muy duro esta

semana. Tiene todas las tardes programadas con el que ha sido su entrenador los últimos cuatro años. Y el viernes por la mañana saldremos en coche hacia Eugene. Son unas siete horas de viaje, así que nos turnaremos para conducir.

—No seas sosa y cuéntame lo que de verdad importa —exige Emily después de darme los detalles de su escapadita con Scott, incluso los que yo no quería escuchar—. ¿Cómo va el tema del sexo? Ya se ha dejado tocar, ¿no? —pregunta, pícaramente—. Solo te haré dos preguntas. La primera es: ¿mano, boca o las dos cosas? Y la segunda es: ¿quién la tiene más grande, Tyler o Cam?

—Las dos cosas. Y no pienso responder a eso —digo con una sonrisita traviesa.

Emily pega un gritito y sacude las piernas, emocionada.

—¡Guau! Tercera base —dice, y suelta un silbidito como si estuviera impresionada—. Y ¿él te hizo...? —No termina la pregunta y vuelve a soltar un gritito—. ¡Jo, Ash! Te gustó, ¿eh? No hace falta que contestes, ya te estoy viendo la cara. —Se ríe a carcajadas cuando me tapo con las manos y me las aparta de un tirón—. Ya era hora de que estuvieras con un tío que no sea un egoísta y te haga disfrutar de verdad. Buf, qué calor —suspira, mientras se abanica con la carta de bebidas que hay sobre la mesa—. Me alegro por ti, tía. Y tampoco esperes que mejore mucho más a partir de ahora —se burla luego—. Esa es mi parte favorita del sexo.

—Ya. A partir de ahora. A saber cuándo llegará eso. Ya sabes que Cam quiere ir despacio —repito—. Y tampoco es que hayamos podido repetir desde el sábado —me lamento.

—Que sí, que sí. Despacio —repite ella con desprecio—. ¿Tú ya quieres hacerlo? Quiero decir, ¿hasta el final? —consulta—. ¿Estás preparada?

—No lo sé —suspiro, al tiempo que me doy mordisquitos en el labio—. Quiero hacerlo. Tengo muchas ganas de llegar hasta el final con él. Quiero que sea él —digo, con convicción—. Pero me da un poco de miedo —tengo que admitir.

—No te voy a mentir, tía. A mí me dolió un montón —confiesa.

—Gracias por los ánimos —bufo al oírla.

Ella suelta una risita y me coge del brazo para tranquilizarme.

—Bueno, pero eso es solo al principio —asegura—. Y después de eso merece la pena. —Me guiña un ojo cuando la miro—. Y Grace dice que a ella no le dolió apenas —compara luego, y se encoge de hombros.

Eso del dolor no me gusta ni un pelo. Y ahora mismo mi miedo ha aumentado un poquito más tras las palabras de mi amiga. ¿Y si duele? ¿Y si me duele mucho? Trato de tranquilizarme a mí misma. Sé que no tengo por qué enfrentarme a estas dudas ahora. Sé que no tengo que decidir nada y que puedo tomarme todo el tiempo que necesite hasta sentirme preparada. Cam ha dejado eso muy claro, por si yo tenía dudas. Él no me va a presionar. Él quiere ir despacio. Y yo tengo un dilema interno porque tengo muchas ganas, pero un poquito de miedo también.

—¡Chicas! Siento llegar tarde —saluda Mia. Coge una silla y la acerca para sentarse con nosotras—. ¿Qué tal, princesa? —se burla de mí con una sonrisita divertida—. Yo también

quiero bailar contigo en los aparcamientos y brindar con batido de chocolate en lo alto de los edificios —repite las palabras de Cam—. ¿Vas a darme un besazo como el que le plantaste a él delante de todo el mundo? —prueba, al tiempo que me guiña un ojo.

—Que te den —suspiro, lo que hace reír a mis dos acompañantes.

—Vengo servida, gracias —insinúa ella—. Aunque no me iría mal un café.

—Perdona, pero ¿qué? —La retiene Emily agarrándola por el brazo—. Nosotras aquí charlando sobre sexo y tú, ¿practicándolo? —Finge estar molesta.

—Bueno, siempre ha habido clases —responde Mia, altivamente—. Chicas —habla, más seria—, creo que Gina y yo vamos a volver —anuncia—. Bueno, sé que vamos a volver —aclara luego mientras nosotras ya la bombardeamos a preguntas—. Estamos como... empezando otra vez.

Y por la cara de tonta que pone al decirlo, yo diría que Blair Wells ya es historia. El problema es que no sé si debería alegrarme por ello o no.

Acabamos de ponernos de pie y nos estamos despidiendo en el punto en el que se separan nuestros caminos de vuelta a casa cuando veo a Tyler pasar por delante de nosotras. Parece que ni nos ve. Corro un par de metros para alcanzarlo.

—¡Tyler! —lo llamo, antes de plantarme a su lado.

Me mira sorprendido. Parece que no me había visto de verdad. No tiene muy buen aspecto. Y me da la impresión de que sus ojos están un poco rojos. Como si...

—Ey, Ash —saluda, con desgana—. Me han contado que hubo espectáculo en la fiesta del sábado, ¿eh? Este Cam siempre ha sido un romántico —dice burlonamente.

—¿Estás bien? —pregunto, preocupada.

Me da la impresión de que no está exactamente sobrio. No sé qué habrá tomado, o dónde, o con quién.

—Bien —repite, y sonríe de medio lado—. Bueno, me he ido de casa, no aguantaba a mis padres. Estoy en casa de un colega —me cuenta, como si fuera una gran noticia—. Mira qué bien. Así no tenemos que vernos por las ventanas, ¿no, vecina? Tengo un poco de prisa. He quedado.

Se va sin despedirse, y yo me quedo en medio de la calle, con la vista clavada en su espalda. ¿Qué demonios le ha pasado ahora? ¿Y qué puedo hacer yo para ayudarlo, si no quiere saber nada de mí?

Hoy me he presentado en el campo de fútbol a media tarde. Aunque ayer hablé con Cam por la noche cuando me llamó al llegar a su casa, ya tengo muchas ganas de verlo. Mañana nos vamos a Eugene y voy a pasar muchas horas con él durante el fin de semana. Pero sigo queriendo más. No me aguanto hasta mañana sin besarlo. Y el entrenador ya se ha ido y él está con Ryan, que le está echando una mano con los pases largos, al parecer. Así que no molesto tanto como si fuera

una sesión de entrenamiento seria. Aparco el Audi al lado de su coche y voy directa al campo. Nada de mirar desde las gradas. Hoy voy a estar más cerca.

—¿Puedo ser cornerback? —pregunto al llegar a su altura, lo que sobresalta a los dos, que discuten algo sobre un pase, de espaldas a mí.

Se giran a la vez. Ryan va vestido con ropa de deporte, pero no con la del equipo. Cam, en cambio, lleva el equipo completo, hasta el casco. Se lo quita de inmediato cuando me ve y me lanza una sonrisa.

—¿Y tú cómo sabes lo que es eso? —se burla, da dos pasos hacia mí para quedar a mi altura.

—Me lo ha enseñado Joe —confieso, y él suelta una carcajada.

—Hola, preciosa —dice, muy cerca, con sus ojos en los míos y contagiándome la sonrisa.

—Hola, precioso —respondo igual.

Me besa y luego los dos miramos a Ryan cuando se nos acerca.

—Hola, preciosa —dice él también, en tono de broma. Me da un abrazo corto mientras me río y lo saludo cariñosamente también—. Ya que está aquí la cornerback, yo me voy —anuncia, burlón.

—No hace falta —me apresuro a aclarar—. No quería interrumpir.

—No, ya habíamos acabado —me tranquiliza el corredor—. Tu novio está listo para el estrellato —vaticina. Choca la mano con Cam y luego se dan un abrazo—. Suerte, tío —le desea —. Va a ir todo bien, ya verás.

—Gracias, colega.

Ryan le guiña un ojo antes de alejarse. Nos grita un «hasta luego», un «dime qué tal va» para Cam y un «pasadlo bien el fin de semana» para los dos.

—Bueno —dice mi chico favorito cuando nos quedamos a solas, con el balón en la mano—. Entonces, ¿has venido a que te enseñe a jugar a fútbol?

—Sí —confirmo con una sonrisa inocente—. Entre otras cosas... —añado, antes de ponerme de puntillas para unir nuestros labios de nuevo.

Mientras nos besamos no paro de pensar en lo que ha dicho Ryan. «Tu novio.» Mi novio. ¿Lo es? ¿Es eso lo que somos? ¿Novios?

—Oye, Cam... —digo, mientras me armo de valor para plantear esa duda—. Eso que ha dicho Ryan...

Me mira y alza una ceja como si de verdad no tuviera ni idea de a lo que me refiero.

—Eso de que eres mi novio —aclaro.

Sonríe de medio lado en espera de algo más, pero yo no digo nada.

—Sí —habla él—. Eso ha dicho.

—Ya. Y ¿es verdad? —pregunto, y veo su sonrisa ensancharse como si mi pregunta le hiciera mucha gracia—. ¿Eres mi...?

Me interrumpe antes de que acabe la frase.

—No te gustan los posesivos, princesa —me recuerda burlonamente. Me muerdo el labio y él

me lo acaricia para que deje de hacerlo—. ¿Tú quieres? ¿Quieres decir que soy tu novio? ¿Ponernos etiquetas? ¿Hacerlo oficial? ¿Dejar de presentarme de una vez como tu amigo Cameron? —pregunta, sin borrar su sonrisa.

Lo miro a los ojos y dudo sobre qué debería decir. Bueno, es Cam, así que no tengo que andarme con tonterías, ¿no? Puedo decir la verdad.

—Sí —digo, y creo que me ha salido un monosílabo demasiado enérgico cuando veo cómo le brillan los ojos, divertidos.

—Uf, menos mal, Ash, porque yo ya les había dicho a todos mis amigos que tú eres mi novia —dice, y no sé si lo dice en serio o en broma, pero tengo que sonreír ante su tono.

Me coge la barbilla con la mano derecha y se inclina para besarme con ganas, como manera de poner el sello a la oficialización de nuestra relación.

—Venga, y ahora plácame —decide, da dos pasos hacia atrás y extiende los brazos a los lados con el balón aún en la mano izquierda—. ¿No has venido aquí a aprender de fútbol? Vamos.

Tengo que reírme ante su tono y me acerco para saltar contra él y golpear su pecho con mi cuerpo. Claro que no consigo demasiado. Bueno, nada. Me alegro de no haberme lanzado más fuerte porque podría haber rebotado y caer al suelo como una pardilla.

—¿Lo he hecho bien? —pregunto, fingiendo estar esperanzada.

—Claro que no —me desilusiona, y lo dice tan serio que yo tengo que soltar una carcajada—. Vamos, esfuérzate un poco más. Tienes que evitar que llegue con este balón a la zona de touchdown. ¿Cómo vas a hacerlo?

Me preparo y vuelvo a lanzarme contra él, empujándolo con mi hombro derecho. A él es como si le rozara una mosca o quizá ni eso. No se mueve ni medio milímetro, pero yo me hago daño en el brazo al chocar con su pecho. Pobrecita yo. Scott tenía razón. No valgo como defensa, tampoco.

—¡Ay! —me quejo, me sujeto el hombro y me froto el brazo un par de veces—. No vale. Es juego sucio. Vas forrado de protecciones y yo no. ¿De qué te ríes? —me indigno al oír sus carcajadas—. No tiene gracia.

Me abraza contra su pecho mientras no para de reír y termina contagiándome.

—Lo siento —consigue decir entre las carcajadas—. Tienes razón. Tengo el pecho más duro de lo normal. ¿Te has hecho daño? —pregunta, y soy plenamente consciente de que intenta ser tierno, pero no puede parar de reírse.

El muy idiota.

—Sí, me he hecho daño —respondo, lo más seria que puedo—. Me has hecho daño —corrijo, para hacerle sentir un poquito culpable, al menos.

—Perdóname, princesa —pide tiernamente.

Pero en un segundo ya ha estallado en carcajadas otra vez y yo lo empujo para liberarme de su abrazo. Sin éxito. Eso aún lo hace reír más. Capullo.

—Hasta aquí ha llegado tu carrera deportiva —sigue burlándose mientras intenta besarme la

cara y yo me retuerzo gritando y riendo.

Le cojo la cara entre las manos para frenarlo y nos miramos a los ojos por unos segundos.

—¿Sabes cómo evitaría que llegues con ese balón a la zona de touchdown? —pregunto, con una sonrisa traviesa.

No le doy tiempo a responder antes de unir nuestros labios. Me concentro por completo en este beso, poniendo en ello cada fibra de mí. Y le doy toda la profundidad posible, y la cantidad exacta de lengua para que se quede con ganas de más y tenga que ser él quien explore mi boca. Cuando pego mi cuerpo por completo al suyo y muevo el muslo para rozarle la entrepierna, ya oigo el balón caer al suelo y sonrío en el beso. Cam levanta mi cuerpo en el aire y, en pocos segundos, estoy volando en sus brazos, y aterrizo sobre su cuerpo cuando él se deja caer de espaldas sobre el terreno de juego.

—Y hasta aquí ha llegado mi carrera deportiva —bromea, en un murmullo, cuando me aparto de su boca y lo miro desde encima de él—. Eso sí que ha sido juego sucio —me acusa.

Esta vez soy yo la que me río con ganas. Cam se incorpora y maneja mi pequeño cuerpo a su antojo para sentarme en su regazo. Y yo apoyo la cabeza en su hombro y me dejo abrazar. Aunque lo prefiero cuando no lleva esas hombreras superduras. Su hombro de verdad es mucho mejor.

—¿Por qué tienes que ser tan idiota? —me meto con él, mientras no paramos de contagiarnos la risa mutuamente.

—Te encanta lo idiota que soy —me recuerda, con chulería—. Y a mí me gustas porque eres muy tontita, Ash —añade, lo que me hace protestar—. Me alegro de que hayas venido —reconoce después, serio—. Necesitaba verte y reírme un poco como me haces reír tú —murmura, pega su mejilla a la mía y aplasta mi cabeza entre la suya y su hombro.

—¿Qué tal va Jess? —pregunto, consciente de que es eso lo que más le preocupa últimamente.

Él no deja de abrazarme ni me deja apartarme, aunque intento hacerlo para mirarlo a la cara.

—Tenía cita con el médico esta tarde —me cuenta, y entonces sí que me aparto para mirarlo a la cara—. Quería que fuera con ella, pero le dije que no podía, que ya iré la próxima vez. No podía perderme el entrenamiento de hoy —se justifica—. No puedo perder esta oportunidad, ¿no? Te lo prometí a ti —recuerda.

Sonrío tiernamente al escuchar cómo lo dice. Sí, me lo prometió a mí.

—¿Es la primera vez que va al médico? —me intereso por el estado de la chica que peor me cae en el planeta Tierra.

—Sí, creo que sí. Se ha hecho como tres pruebas de embarazo en casa, a ver si alguna salía negativa con un poco de suerte —medio bromea—. Pero nada. Así que tenía que ir al ginecólogo para asegurarse de que todo va bien, ya sabes. Vanessa ha dicho que iría con ella. Supongo que aún estarán allí.

—¿Y te ha dicho si ha decidido ya algo sobre lo que quiere hacer?

—No ha decidido nada. Y yo le he dicho que no tenga prisa y que aceptaré cualquier decisión que tome. Tendré que estar a la altura, ¿no? —imagina, y se nota que intenta parecer animado.

Pero su voz lo delata. Y sus gestos también. Y ya lo conozco lo suficiente para saber que está muy asustado. Que piensa que esto le queda grande. Y que no sabe si lo está haciendo bien. O si será capaz de hacerlo bien si Jess decide tener ese bebé.

—Eres el tío más increíble que conozco, ¿lo sabes? —digo, con admiración—. Cualquier tío en tu situación lo primero que haría sería intentar salir corriendo. Eres muy valiente, Cam. Y si alguna vez no te sientes así, no pasa nada. Yo estoy aquí para intentar estar a la altura contigo.

Me besa sin dejarme decir nada más, y yo le acaricio el pelo dejándome envolver por su aroma y su sabor.

—¿Podemos cambiar de tema? —me pide luego, al tiempo que esconde la mirada.

—Claro que sí, pero no sé si este te va a gustar tampoco —advierto, y me mira intrigado, frunciendo un poco el ceño—. Ayer vi a Tyler. —No dice nada y me lo tomo como una invitación a continuar—. No quiso hablar apenas conmigo, pero dijo que se ha ido de casa y que está quedándose con un colega. Me dio la impresión de que iba fumado, o algo así —suspiro—. ¿Tú sabías algo?

Pero en cuanto hago la pregunta, ya soy consciente de la respuesta. No hace falta que hable porque su ceño fruncido y su repentina cara de preocupación hablan por él. No, no tenía ni idea.

—¿Qué pasó el día que me fui enfadada de tu casa? Tyler estaba ahí cuando me fui... —recuerdo.

—Quería hablar conmigo, pero yo no estaba de humor —reconoce—. Le pedí amablemente que se largara. —Alzo las cejas y él hace una mueca—. Bueno, vale, no fue muy amablemente. Le pedí que se largara y punto —corrige.

—¿No crees que ya es hora de que lo hagas? —pregunto, con mucho tacto—. Hablar con él —explico cuando me mira a los ojos—. Lleva tiempo intentando acercarse a ti y tú no quieres saber nada —lo acuso.

—Es complicado, Ash —opta por decir—. Ahora no puedo darle vueltas también a lo de Tyler. —Casi suplica con la mirada, cuando ve que yo voy a decir algo más.

—Está bien —cedo—. ¿Quieres cambiarte y nos vamos a tu casa a cenar y ver una peli con *Salem*? —propongo.

Esboza una media sonrisa, pero no es tan radiante como cabría esperar.

—¿Qué pasa, cariño? —Y creo que es la primera vez que lo llamo así, pero es que me ha salido del todo natural. Es como si llevara toda la vida usando esa palabra.

—Tengo miedo, Ash —confiesa, y yo le pongo las manos a los lados del cuello acariciando su nuca con las yemas de los dedos—. De cómo va a salir esto. De lo que va a pasar. Tengo miedo de cagarla el sábado. Tengo miedo de lo que vaya a pasar con Jessica. Pero sobre todo tengo miedo de que todo esto se pueda interponer entre tú y yo —dice, y me rompe el corazón escucharlo así—. No quiero perderte.

—No me vas a perder —aseguro, y me muevo para poner mis ojos en el punto exacto donde miran los suyos—. Todo lo demás no importa aquí, Cam. Entre nosotros no. Todo lo demás es lo de fuera. Y lo de fuera nunca va a poder meterse en medio, ¿me oyes? Esto es solo nuestro.

Vuelve a besarme más desesperado que antes. Aprieto mi cuerpo contra el suyo y fundo mi boca con su boca para demostrarle lo en serio que voy. Cuando se separa me da la impresión de que tiene lágrimas en los ojos, pero esconde demasiado bien la mirada como para que pueda comprobarlo.

—Anda, vamos —lo animo.

Me levanto de encima de sus piernas y, una vez de pie, le tiendo la mano. Como si fuera a poder con él. Aun así, la coge mientras se levanta. Recoge su casco y su balón y me hace seguirlo hasta los vestuarios. Entro con él y me siento en un banquito mientras se quita la parte de arriba y deja su pecho al descubierto. Mi cuerpo reacciona como le da la gana, aunque sé perfectamente que este no es un buen momento para insinuar que no me importaría meterme en la ducha con él. Luego, abre una taquilla y saca la bolsa de deporte. La deja a mi lado y lo primero que saca es su móvil, para comprobar sus notificaciones. Lo veo ponerse nervioso mientras pulsa la pantalla varias veces. Luego, se queda blanco. Blanco de verdad. O sea, puedo ver perfectamente cómo se le escapa el color de la cara y da dos pasos para sentarse, con la cabeza baja, cerca de donde yo estoy, pero al otro lado de la bolsa. Me levanto y me planto a su lado en dos milisegundos, agachándome con las manos en sus rodillas para mirar su cara.

—Cam, ¿qué pasa? —pregunto, preocupada.

Tengo el corazón a mil y esta vez no es bueno. Parece que haya visto un fantasma o que le acaben de dar una noticia terrible, o que le acaben de decir algo que lo ha dejado totalmente en *shock*.

—Es Vanessa —dice, con un hilo de voz—. Dice que el médico ha confirmado de cuánto está Jess. Las fechas no cuadran. —Alza la mirada y, cuando nuestros ojos se encuentran, puedo sentir el alivio desbordando los suyos—. No es mío, Ash.

Cierro los ojos y apoyo la frente sobre sus piernas por unos segundos. Es como si acabaran de quitarme veinte kilos de peso de los hombros. No puedo ni imaginarme cómo se sentirá Cam. Me incorporo enseguida y cojo su cara entre las manos para besarle la frente, la mejilla, la nariz y me siento en su regazo y lo abrazo por el cuello. Él se aferra a mí y esconde la cara en mi hombro. Lo oigo suspirar aliviado, unas cuantas veces. Cuando vuelvo a mirarlo tiene los ojos llenos de lágrimas y, al encontrarse con los míos, sonríe.

12

Breathless

—¿Lo llevas todo?

—Sí, mamá —respondo por tercera vez.

Pero esta vez sí que creo que es verdad y cierro la cremallera de la maleta, poniéndola en pie sobre el suelo de mi habitación. No hay demasiado que necesite llevar para un simple fin de semana fuera de casa, pero no he dejado de meter cosas «por si acaso». No sé qué voy a hacer cuando tenga que mudarme a Chicago. Tendrán que reservar la bodega del avión solo para mí.

—¿Has metido un pijama? —insiste, mientras me mira desde la puerta de mi cuarto.

—Ajá —me limito a decir, de mala gana.

—Si vas a dormir desnuda que sea por decisión propia y no por falta de vestuario —dice pícaramente.

—¡Mamá! —la regaño, y me tapo los oídos.

—¿Qué? —responde burlonamente, y se acerca hasta mí para quitar mis manos de mis orejas antes de seguir hablando—. ¿Llevas preservativos?

—Otra vez no, por favor —suplico fingiendo un lloriqueo.

—Ashley Bennet, no te creas que tu madre se chupa el dedo —deja claro seriamente—. ¿Dónde vais a dormir?

—Pues en casa del novio de su hermano, creo —repito una vez más.

—¿Y debo suponer que en camas separadas? —pregunta, en un tonito que deja perfectamente claro que eso no se le ha pasado por la cabeza ni por un momento—. Llévate los preservativos, Ashley, que para algo te los compré. No es obligatorio que los gastes este fin de semana, pero es mejor que los tengas y no los necesites a que los necesites y no los tengas.

Finalmente, es ella misma la que mete la dichosa caja de preservativos en el bolsillo exterior de mi maleta. Y yo ya no protesto. ¿Para qué? Quizá debería decirle que no se preocupe por los embarazos no deseados, que Cam quiere ir exageradamente despacio. Y ya hemos esquivado esa bala una vez con todo el tema de Jessica. Pero mejor me lo callo.

Oigo un claxon sonar en la calle, una sola vez. Ese es Cam. Seguro. Cojo mi maleta y cargo con ella hacia el descansillo mientras mamá se encarga de echarme una mano cargando con una bolsa de deporte que también tengo que llevarme. Para cuando empezamos a bajar la escalera, el

timbre ya ha sonado y Eric ha abierto y está hablando animadamente con Cameron. Mi chico me lanza una sonrisa, pero sigue hablando con mi hermano, sin saludar ni nada, hasta que llegamos a su altura.

—¿Es realmente necesario que conduzcáis durante ocho horas? —protesta mi madre al plantarse frente a él—. ¿No podríais coger un avión como la gente normal?

—Es que en el avión no podemos ir cantando, Julia —deja claro Cam, tan serio que hace que mamá suelte un bufido y yo me ría a carcajadas.

—De verdad que sois los dos igual de tontos. No hay duda de que hacéis buena pareja —se mete con nosotros.

Cam sonríe divertido y luego mira mi maleta y la bolsa que mi madre lleva en la mano y alza las cejas.

—¿Dónde vas con todo eso? ¿Es que piensas quedarte a vivir allí?

—Nunca digas que el equipaje de una mujer es demasiado —replico yo, en tono burlón—. Y vámonos, que ya vamos con veinte minutos de retraso sobre la hora prevista —señalo, para molestarle.

—Bueno, he intentado darme toda la prisa que podía, pero es que *Salem* se ha metido hasta tres veces en la maleta —explica.

Sonrío al oírlo mencionar al gatito. Luego paso por su lado, para poder salir y llevar mi maleta hasta su coche, y uno mis labios con los suyos por un momento, antes de seguir mi camino. No caigo en la cuenta de que acabo de plantarle un beso, tan tranquila y como si nada, delante de mi madre y mi hermano, hasta que casi estoy llegando al coche. Mi madre viene detrás de mí, y Cam tampoco ha dicho nada, pero oigo a Eric entonar un «uuuuh», como un idiota.

Cargamos mi equipaje en el maletero del coche. Y tengo que esperar a que mi madre le dé a su favorito todas las instrucciones pertinentes para el viaje. Que si conduce despacio, que si haced un par de paradas por el camino, que si atentos al teléfono que os llamaré para saber cómo vais. Cosas de madre. Cam se despide de Eric proponiéndole retomar sus sesiones de béisbol la semana que viene. Y cuando los dos ya estamos en el interior del vehículo, él al volante, la pesada de mamá aún da unos golpecitos en mi ventanilla. La bajo de mala gana y la miro con paciencia en espera de sus últimos consejos de viaje.

—Cuidadito con lo que hacéis —advierte—. Mucha suerte mañana —le desea a Cam—. Y llamadme en cuanto acabe la prueba para decirme cómo ha ido. Cuídamela —añade luego.

—Sí, señora —responde Cameron al instante, con una sonrisa encantadora.

—Confío en ti para eso. —Le devuelve la sonrisa. Qué tía más coqueta—. Pasadlo bien. Llámame en cuanto lleguéis, ¿vale, Ashley?

—Que sí, pesada.

Aún me besa en la mejilla, una vez más, antes de dejarnos ir.

Cam se pone las gafas de sol mientras conduce calle abajo. Y yo vuelvo a subir la ventanilla y rebusco en mi bolso para sacar las mías y hacer lo mismo. En su reproductor de música está

sonando una canción de Ed Sheeran.

—¿Cuándo volveremos a conectar mi móvil al reproductor? —pregunto, como si me molestara escuchar su música.

—Nunca —dice él, muy convencido—. Lo de escuchar tus ñoñerías era solo mientras quería ligar contigo, Ash. Ahora que te tengo comiendo de la palma de mi mano, no hace falta que sufra con tu horrible gusto musical.

Suelto un bufido indignado, pero ni siquiera suelta una carcajada, como correspondería a este momento. Sé que solo está intentando hacerse el serio. Hasta con las gafas de sol ocultando su mirada, soy perfectamente consciente de que sus ojos sí que ríen. Y cuando la canción acaba, suenan los inconfundibles primeros acordes de *Red* y yo lo miro. Sigue mirando al frente, como si no pasara nada, pero se nota a la legua que está intentando aguantarse la sonrisa.

—¿Has metido a Taylor Swift en tu lista de reproducción? ¿Quién tiene a quién comiendo de la palma de su mano ahora? —lo pico, y esta vez sí que suelta una carcajada.

—No hacía falta declararme fan de Taylor para que pudieras darte cuenta de eso —medio bromea—. He pensado que, en un viaje tan largo, lo justo es que llevemos música que nos guste a los dos, ¿no?

—Has pensado muy bien —lo felicito, y acaricio su pelo apartándole el flequillo de la frente.

Cuatro horas más tarde, soy yo quien conduce y tomo una salida de la carretera sin decirle nada a Cam. Estamos justo donde yo quería, tal y como yo lo había planeado. Esto va a ser divertido. Muy muy divertido.

Lo cierto es que las cuatro horas de viaje que nos ha costado llegar hasta aquí se me han pasado muy rápido, incluso las dos que he estado conduciendo yo. Ir en un coche con Cam nunca podría resultarme aburrido. No hemos parado de hablar, de reír, de bromear y, sobre todo, de cantar. Y ahora ha llegado el momento de la sorpresa que le tengo preparada. No soy la única a la que le puede ir bien eso de superar los miedos, ¿no? Él lo hizo por mí. Me veo en la obligación de devolverle el favor.

—¿Se puede saber adónde vas? —pregunta al verme dejar atrás la carretera principal hacia Eugene.

—Adónde vamos, Cameron —corrijo yo, con una sonrisa traviesa.

—¿Adónde vamos, Ashley? —prueba entonces con esa nueva formulación.

—Es una sorpresa —confieso, lo miro de reojo y ensancho mi sonrisa al volver mi vista a la carretera, tras ver su expresión.

—¿Debería tener miedo?

—Aún no —me hago la misteriosa.

Me echo a reír cuando oigo sus protestas ante mi respuesta.

Y aún me río más mientras tiro de su brazo para intentar sacarlo del asiento del copiloto. Él se resiste bastante porque, cuando he parado delante del enorme pabellón y ha visto el cartel que

decora su entrada principal, ya ha podido hacerse una idea de qué es lo que vamos a hacer. Sí. Vamos a patinar sobre hielo. Se ponga como se ponga.

—Para, para, espera. No puedes hacerme esto —se planta, casi suplica con la mirada—. ¿Para esto te confesé mis mayores miedos? ¿Para que los utilices en mi contra? Mira, tengo el corazón a mil —exagera, coge mi mano entre las suyas y la pone sobre su pecho—. ¿Lo ves?

—Eras tú el que soltaba el rollo ese de superar los miedos, ¿no? Vamos, no seas tonto, esto estará lleno de niños de seis años —me burlo de él—. ¿Qué crees que es lo peor que te puede pasar?

—¿Lo peor? ¿Que me ampute una mano con esas jodidas cuchillas gigantes? —prueba.

Me mira con cara de pocos amigos mientras yo me río a carcajadas ante su dramatización.

—Venga —pido, tratando de ponerme seria—. Te prometo que nadie va a perder ningún miembro hoy —insisto, y le tiendo la mano, de pie ante su puerta abierta—. Hazlo por mí, ¿vale? —Pongo cara de buena—. Déjame ayudarte a enfrentarte a tus miedos.

Lo veo dudar un poco más y finalmente coge mi mano y sale del coche.

—Espero que seas consciente de las cosas que hago por ti, princesa —advierte, muy serio.

Yo sonrío y voy hasta el maletero para sacar la bolsa de deporte que mamá ha metido ahí hace horas. Alza las cejas cuando me ve aparecer con ella en la mano y yo abro la cremallera para mostrarle el interior. Prendas de abrigo. Mías y también suyas.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunta, con el ceño fruncido.

—Ah, tu madre metió unas cuantas cosas tuyas en mi coche anoche, mientras nosotros veíamos la tele —confieso.

—¿Mi ma...? ¿Mi madre? —se sorprende—. ¿Has engatusado a mi madre para hacerme esto?

—Le pareció una gran idea —aseguro, y tiro de su mano hacia el interior del edificio—. Me ha pedido que, si sale bien, luego trabajemos tu miedo a las agujas —le cuento despreocupadamente.

Frena en seco haciéndome parar a mí también. Luego se libra de mi mano y da un paso hacia atrás.

—¿Sabes? Es una pena. Me gustabas mucho, Ashley Bennet —dice dramáticamente—. Yo me largo de aquí.

Corro para plantarme delante de él riendo y, cuando miro su cara, veo que también sonríe. Lo empujo para que avance hasta el mostrador donde tenemos que alquilar los patines.

—No seas gallina. Va a ser divertido, ya lo verás.

Soy yo quien pide los patines y cargo con ellos hasta la entrada a la enorme pista de hielo. Me siento en uno de los banquitos y doy unos golpecitos para que haga lo mismo a mi lado. Obedece, pero no deja de mirarme con gesto de no estar muy convencido de esto. Le tiendo la chaqueta que me dio su madre y los guantes, para que no pase frío. Yo también me abrigo antes de ponerme los patines. Mando un par de mensajes, a mi madre y a la suya, para que sepan que

estamos ya aquí y que tardaremos un ratito en retomar el viaje. Luego, vuelvo a centrar mi atención en él.

—¿Necesitas que te ayude con eso? —Señalo sus pies.

Se ha quitado las zapatillas, pero no ha tocado para nada los patines que he cogido para él.

—No, no. Ya lo hago yo.

Intento contener la risa mientras veo cómo se los pone. Lo pone muy difícil porque no se atreve a acercar la mano a las cuchillas para nada.

—Eh, lo has conseguido —lo felicito—. ¿Lo ves? Vamos.

Entro a la pista y me deslizo unos cuantos metros antes de girar sobre mí misma y volver hasta donde está él. Hay muy poca gente aquí, hoy y a estas horas. Me imagino que la mayoría de las personas normales no piensan en ir a patinar sobre hielo cuando es prácticamente verano. Cam está de pie, justo en el límite que separa el hielo del suelo firme. Saca su móvil y trastea con él antes de enfocarme.

—Voy a hacer un vídeo para Instagram. Para que todo el mundo vea lo que me obligas a hacer.

—¿Quieres que tus miles de seguidores de Instagram sepan que tienes fobia a los patines y que eres un torpe patinando?

—Quiero tener pruebas cuando tenga que denunciarte ante la policía por hacerme perder una mano —bromea—. Y te recuerdo que mañana tengo la prueba más importante de mi vida y que no seré capaz de atrapar balones con una sola mano —exagera.

—Bua, bua, bua —me burlo, mientras patino en semicírculos justo por delante de donde está él—. Deja de llorar, Cameron, y ven aquí de una vez.

Sigue sin parecer muy dispuesto, así que suelto un suspiro cansado y me voy a dar una vuelta completa por la pista, disfrutando de la sensación del frío en la cara mientras aumento la velocidad. Cuando llego de nuevo a su altura, está grabando con el móvil, hablando a la cámara y, de repente, me enfoca. Termino de acercarme exhibiendo mis dotes de gran patinadora, dando una vuelta sobre mí misma y derrapando en el hielo con mis patines cuando paro justo delante de él. Dedico una sonrisa engreída a la cámara. ¿Quién es la torpe ahora?

—¿Vas a venir o no?

—¿Es que no estoy patinando todavía? —Finge sorpresa el muy tonto.

—Cobardica —digo, con una tos mal fingida, tapándome la boca con el guante.

—Perdona, ¿has dicho algo? —Ríe.

—Vamos, cobardica, ven aquí de una vez —exijo, alto y claro esta vez.

—¿Me estás llamando cobardica en mi Instagram?

—Sí. ¿Y? —lo provoco.

Por fin entra en la pista y se acerca torpemente hacia mí. Me río cuando choca contra mi cuerpo y mantenemos el equilibrio como podemos. Cam ya ha cortado el vídeo y se guarda el móvil para concentrar todos sus esfuerzos en no caerse de bruces en el hielo. Yo patino

lentamente a su lado mientras él va pegado a la pared y hasta agarrándose al borde la mayor parte del tiempo. En realidad, hasta me da ternura ver, por fin, cómo hay algo en lo que Cameron Parker no se siente tan seguro como suele aparentar. Por fin hay algo que se le da mal. Por fin hay algo que se le da peor que a mí. Pero no estoy aquí para regodearme en eso, claro. Estoy aquí para ayudarlo a superar sus miedos.

Lo llevo de las manos mientras le doy instrucciones sobre la mejor manera de no perder el equilibrio. Y él dice que todo eso le da absolutamente igual y que lo único que le preocupa es no clavarse la cuchilla en el corazón al caer y morir instantáneamente. Un poquito exagerado. Y el caso es que se cae. Más de una vez. Y yo no puedo parar de reírme, aunque me mire mal o me diga que estoy empezando a caerle un poquito peor que antes. Es todo un triunfo para mí cuando acaba por reírse conmigo. Y después de un ratito, cuando empieza a cogerle el tranquillo, me jugaría el cuello a que hasta se lo está pasando bien.

—¿Crees que voy a llegar a patinador artístico algún día? —me pregunta, al tiempo que se da impulso y extiende los brazos para mantener el equilibrio.

—Algún día... —Prefiero dar una respuesta abierta, para no pillarme los dedos. El tío lo está intentando, pero todavía no se lo ve demasiado suelto—. ¿Me dedicarás tu primer oro olímpico?

—Claro que no. Porque competiremos en la modalidad de pareja, tontita —dice, como si fuera obvio, y se agarra a mi mano al pasar por mi lado y tira de mí hacia él—. Aunque tal vez nos quedemos en la plata porque tú eres un poco torpe, Ash, serás un lastre para mí —me pica.

—¡Eh! —protesto.

—¿Qué? Cargaré gustosamente con ese lastre.

Yo gruño e intento alejarme patinando, pero él no se suelta de mi mano, de manera que termino arrastrándolo por toda la pista, mientras él solo se ocupa de mantener el equilibrio para no hacernos caer a los dos.

—Se acabó el paseo —advierto, al deslizarme hasta el borde.

Cam atrapa mi cuerpo contra la barrera, agarrándose con una mano a cada uno de mis lados. Yo he quedado de espaldas a él y noto su calor cuando se pega a mi espalda.

—No sé cómo lo haces —dice.

—¿El qué? —me veo obligada a preguntar, y quiero girarme para mirarlo, pero está tan pegado a mí que casi no tengo espacio para poder hacerlo.

—Conseguir que me lo pase tan bien con unas armas letales en los pies —confiesa, y yo suelto una carcajada al oírlo—. Es verdad. Lo haces todo fácil, Ash. Y no sé cómo, pero, incluso con estas malditas cuchillas, estoy mucho mejor aquí contigo que en cualquier otro sitio sin ti.

—Eso es porque te encanta el patinaje sobre hielo —me burlo, porque ya noto cómo estoy empezando a sonrojarme ante sus palabras.

—Eso es porque me encantas tú —corrige, y me besa ruidosamente la mejilla—. Eres increíble —susurra después en mi oído.

La mezcla de la emoción de sus palabras con su aliento cálido en mi oreja helada y el tono

susurrado de su voz, me provoca un escalofrío. De los agradables. ¿Quién me iba a decir a mí, hace tres meses, que el capullo de Cameron Parker era el chico más tierno que había conocido jamás?

—En realidad solo te he traído aquí para poder reírme de lo mal que lo pasabas —bromeo—. Y para que veas que hay algo que hago como un millón de veces mejor que tú. Bueno, ya sabes, hago lo que puedo para que dejes de llamarme princesa —aseguro en tono burlón.

—Te quiero.

Se me ahogan las palabras en la garganta cuando lo oigo decir eso. Me quedo con la boca abierta. Dispuesta a emitir sonidos que han quedado reducidos a un silencio solo roto por el retumbar de mis propios latidos. ¿Acaba de decir que me quiere? Es la primera vez que pronuncia esas palabras exactas, aunque me lo haya dejado entrever antes de otras muchas formas distintas. Pero, mierda, esto es importante. Ahora soy yo la que tiene el corazón a mil.

Me giro para mirarlo, provocando la fricción de nuestras prendas de abrigo. Estamos muy cerca, pero consigo hacerlo y quedar de frente a él, que sigue cercándome con sus brazos. Busco su mirada y distingo una sonrisa leve en su boca. Los ojitos verdes le chisporrotean mientras contemplan los míos. Y yo sigo sin ser capaz de hablar. Lo único a lo que alcanzo es a morderme el labio inferior suavemente.

—No hace falta que digas nada...

Pego mis labios a los suyos sin dejarlo terminar de decir lo que quiera que estuviera pensando. Me responde muy dulcemente, pero yo no quiero quedarme ahí y me pego más a él, con una mano enguantada en su cuello y la otra sobre su pecho, tratando de transmitir en un beso apasionado lo que no he llegado a decir con palabras. Pero, a ver, ¿por qué no puedo decirlo con palabras? Me aparto y vuelvo a clavar mis ojos en los suyos. Él los abre lentamente para enfrentarse a mi mirada. Y cuando me reflejo en ese color verde que me encanta desde el maldito primer día, lo siento. Lo siento muy fuerte, muy claro y muy adentro.

—Yo también te quiero, Cam —confieso, a media voz.

Esta vez me besa él. Con mucho ímpetu. Tanto, que cuando me rodea con los brazos para estrecharme en un abrazo, termina perdiendo el equilibrio y se cae sobre el hielo arrastrándome a mí con él. Por lo menos, yo caigo en blandito, justo encima de su cuerpo. Me tengo que reír y oigo cómo él lo hace también, pegado a mí.

—Mierda, Ash. No te habré amputado nada con las cuchillas, ¿no? —bromea.

—Ni siquiera cortan —me burlo.

—Mejor. Porque me gustan todas tus partes, princesa.

Cameron aparca el coche con mucha soltura en un hueco libre al lado de la casa donde vive el novio de su hermano en Eugene. Ha sido un viaje muy largo. Contando con las paradas que hemos hecho por el camino, ya han pasado nueve horas desde que salimos de Sacramento esta

mañana. Pero por fin estamos aquí. Son casi las ocho de la tarde y yo llevo la última media hora del viaje pensando en lo muchísimo que Cam y yo hemos avanzado en esta semana. Desde su declaración en la fiesta del sábado pasado, subido a un altavoz y delante de todo el mundo, pasando por la tercera base y nuestra formalización de lo que pasa entre nosotros etiquetándonos como novios ayer, hasta pronunciar esas palabras que nunca antes le había dicho a un chico, en la pista de hielo. Y es que es verdad. Lo quiero. Lo quiero tanto que hasta escuece un poco.

Antes de apagar el motor, Cam llama a su hermano por el manos libres. De manera que lo oigo decirle que ya estamos debajo de casa de Zack y al otro contestar que están con la perra dando la vuelta a la manzana y que enseguida estarán aquí. Yo me apresuro a llamar a mamá antes de recuperar mi maleta, para que se quede tranquila. Y Cam también llama a la suya, aunque su conversación es más corta que la que mantengo yo. Acabo de colgar y de guardar el móvil en el bolsillo cuando veo a esa versión veinteañera de Cam llegar a nuestra altura y envolver a su hermano en un achuchón. No me queda más remedio que sonreír ante la escena. Creo que yo solo abrazaría así a Eric si hubiera una catástrofe natural, o si se estuviera muriendo, o algo así. Pero Cam también lo abraza a él, igual de efusivo. Dos pasos por detrás de ellos, veo venir a una bóxer que tira de la correa como si le fuera la vida en ello, jadeando a toda velocidad. Y, al otro extremo de la correa, ese chico que conocí solo de vista en el partido en el que Cam se lesionó. La perra se lanza sobre Cam en cuanto su hermano se ha apartado de él, y él parece encantado con que le ponga las patas sobre los pantalones y le babee.

—¡Eh, *Noa*! —la saluda alegremente—. ¿Qué pasa, chica?

—Hola, Ashley —me saluda el hermano de mi novio con una sonrisa—. No sabes cuánto me alegro de volver a verte —asegura.

—Lo mismo digo.

Dejo que me dé un abrazo corto, porque es lo que se lleva en esta familia. Y, cuando me separo de él, veo que Cam ya está abrazando a Zack, aunque *Noa* no para de saltar a su alrededor. Luego, es mi turno para saludar al chico.

—Espero que no te importe que te dé un abrazo, porque sé que nos conocemos solo de vista, pero he oído hablar muchísimo de ti —exagera.

Yo tengo que reír un poco y dejar que me abrace como ha hecho antes Rob.

—Eh, idiota, no la asustes —advierte Cam, en tono de broma—. ¿A ti qué te pasa? —vuelve a hablar con la perra que está olisqueando su ropa concienzudamente—. ¡Ah! —parece comprender—. Huelo a gato, ¿eh? —le dice, mientras la acaricia tras una oreja.

Yo me agacho para saludar también a la tal *Noa*, que, en cuanto me ve a su altura, empieza a mover todo el cuarto trasero excesivamente y se lanza sobre mí intentando lamerme la cara. Jugueteo con ella mientras oigo cómo los chicos hablan entre ellos.

—Así que ahora resulta que volvemos a tener un gato en casa —oigo decir a Rob.

Tengo que intervenir. No lo puedo evitar.

—En realidad, el gato es mío —aseguro, y oigo una risita irónica de Cam—. Lo encontré yo,

solo que vive en tu casa —explico a su hermano, sin hacer caso a sus tonterías.

—¿Sí? Pues eso díselo a mi madre —ríe Robert Parker Junior tras mis palabras—. Ya le ha puesto un chip a su nombre, le ha hecho todos los papeles y le ha comprado un collar y una plaquita con su teléfono móvil por si se pierde —recuenta.

—Anda, subid las cosas a casa para instalaros —nos corta Zack—. La casa es diminuta, pero espero que estéis cómodos. Robbie y yo dormiremos en su cuarto de la hermandad, y os la dejamos para vosotros solos. La única condición es que cuidéis de *Noa* —advierte, y me mira exclusivamente a mí, con media sonrisa, al ver que sigo agachada haciéndole carantoñas a la perra.

—¡Vale! —respondo al instante.

Parece que mi entusiasmo les ha hecho gracia a los tres. Y Cam también acepta gustosamente el trato. Aunque me siento un poco culpable por echar al pobre Zack de su propia casa, si tengo que decir la verdad.

Cam carga con su maleta y su hermano, con la mía, a pesar de mis protestas. Mientras subimos las escaleras, por detrás de ellos, voy hablando con Zack sobre su perra. Aun así, no puedo evitar fijarme en las figuras de los dos hermanos. Son bastante parecidos. Rob es unos centímetros más alto y tiene los hombros más anchos que Cam, pero los dos tienen una espalda que haría suspirar a cualquiera y ese porte típico de jugadores de fútbol americano. Además, el mayor tiene el brazo izquierdo cubierto de tatuajes multicolores, hasta la altura del codo.

La casa es pequeña, tal y como Zack había avisado. Tiene un salón-cocina, una habitación y un baño. Pero a mí ya me parece más que suficiente. Nos limitamos a dejar nuestro equipaje, y yo aprovecho también para ir al baño, antes de volver a salir a la calle, ya que nuestros anfitriones insisten en cenar algo rápido para luego dejarnos tranquilos.

Es Rob quien se encarga de entrar al local para pedir, mientras nosotros nos quedamos en una mesa fuera, con *Noa*. Cam y yo hemos rechazado la oferta de que nos pida algo con alcohol. Creo que los dos estamos cansados del viaje y no tenemos ganas de beber. Y, además, sé que Cam ya tiene la cabeza en la prueba de mañana. Lo dejo con sus pensamientos mientras charlo con Zack. Resulta que él estudió Trabajo Social, pero le interesa mucho el campo de la psicología, así que tenemos mucho tema de conversación. Cuando Rob aparece con las bebidas, Cameron se levanta enseguida para ayudarlo a traer todo hasta la mesa. Y, mientras cenamos, los dos hermanos hablan de fútbol y nosotros seguimos con nuestra conversación paralela. Me están cayendo muy bien estos dos chicos. Y menos mal, porque es obvio que Cam tiene una relación muy estrecha con su hermano.

—No te preocupes. Va a salir bien, gilipollas —oigo a Rob decirle, cuando Zack y yo volvemos a prestarles atención—. Te recuerdo que yo soy el quarterback del equipo, y tú eres mucho mejor receptor que yo quarterback. La temporada que viene jugaremos juntos —predice, y le da una palmadita en el brazo—. Y tienes que ocupar mi habitación en la hermandad cuando yo me mude a vivir con Zack. Esa casa necesita un Parker.

—Vale, no me metas más presión —le pide Cam, antes de dar un sorbo a su refresco—. Tengo ganas de estar en el campo mañana de una vez.

—¡Muy bien! Hablemos de otra cosa —sugiere Zack para distraerlo—. ¿Qué tal habéis llevado vuestro primer viaje largo por carretera como parejita? —pregunta, en tono burlón—. Y lo que es más importante... ¿qué tal el patinaje?

Cam me mira y luego lo mira a él, supongo que extrañado porque ellos sepan lo de nuestra parada para patinar sobre hielo.

—¿Cómo demonios sabéis todo de mi vida? —Finge estar molesto—. ¿Me habéis puesto cámaras?

—Tuve que decirle a tu madre que los avisara de que íbamos a parar, para que no estuvieran preocupados si tardábamos mucho en llegar —admito.

—Esta chica es una joya, Cam. No seas tan gilipollas como hace un par de meses y no la dejes escapar —advierte Zack, divertido—. Se ha ganado a la suegra en dos días... A mí me costó un poquito más.

—Ah, pero tiene ventaja porque es una chica —lo tranquiliza Rob.

—A tu madre eso le da igual. —Sonríe su novio, tras esas palabras.

Yo los miro a los dos, pensando en cómo les afectará a ellos la actitud del señor Parker en el último año. Si Cam está hecho polvo por culpa de su padre, no me quiero ni imaginar cómo lo pasará Rob, al que directamente ha dejado de hablar e incluso llegó a decirle que ya no lo consideraba su hijo. Qué duro.

—¿Quién nos iba a decir que acabaríais así la primera vez que te saludé por teléfono cuando ibas en su coche? —se dirige a mí con una sonrisa—. Me acuerdo perfectamente de cuando me dijiste que estabas ideando un plan para quitar de en medio a la tal Blair. —Suelta una carcajada al mirar a su hermano—. Pensé que te aburrías mucho en tu tiempo libre. Pero fíjate en lo que ha acabado todo eso.

—Fíjate —repite Cam, y me mira con cariño, cogiéndome la mano por debajo de la mesa.

Yo le sonrío en respuesta.

—Ooooh —se burla su hermano—. Oye, ¿y qué tal Tyler? ¿Has hablado con él?

Por como hace la pregunta, me da totalmente la impresión de que piensa justamente como yo. Que esos dos idiotas deberían hablar de una vez.

—Intenté llamarlo anoche, pero tenía el móvil apagado —explica Cam.

¿Perdona? Lo miro con el ceño fruncido y él me mira de reojo al notar mis ojos fijos en él, y luego me clava la mirada más directamente.

—¿Qué has dicho? —pido que lo repita—. ¿Intentaste hablar con él? ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Bueno, porque no ha salido el tema, Ash —trata de justificarse y yo hago una mueca ante sus excusas—. Me dejaste preocupado con lo que dijiste ayer. Lo llamé, tenía el móvil apagado y no hay más.

—¿Vas a hablar con él cuando volvamos? —lo interrogo yo entonces.

—No lo sé. Ya veremos —elige decir, sin comprometerse demasiado.

Y yo no digo más respecto a este tema. Rob tampoco, parece que se siente un poco culpable por haberlo sacado a la luz y provocar nuestra minidiscusión. Y la verdad es que yo estoy bastante preocupada por Tyler. Creo que hablar con Cam lo ayudaría bastante. Pero tampoco puedo ponerle a Cameron esa responsabilidad sobre los hombros. Y, al fin y al cabo, tampoco tengo todos los detalles de lo que ha pasado entre ellos para que estén como están ahora mismo.

Los cuatro y la perra volvemos andando hasta el piso de Zack cuando terminamos con la cena. Ha sido un rato agradable y me han hecho sentirme muy cómoda en todo momento, tratándome como si fuera de la familia e incluyéndome siempre en la conversación. Unas cuantas anécdotas de hermanos nos han tenido riendo un buen rato y siempre me gusta escuchar historias sobre ese Cam del pasado que yo no he conocido. A estas alturas soy más que consciente de que el parecido entre los dos chicos Parker no se limita solo a lo físico. Tienen la misma risa fácil y el mismo sentido del humor.

—Bueno, chicos, nos vamos y os dejamos solos y tranquilos —dice Rob, al tiempo que pone un juego de llaves en las manos de su hermano—. Recuerda que tienes que descansar, que mañana es un gran día, ¿eh? —le dice solo a él, con voz pícara—. Ah, y a ver lo que hacéis, que esa cama no está acostumbrada a sexo hetero —bromea sin cambiar el tono.

Cam le enseña el dedo medio de la mano izquierda haciéndole soltar una carcajada, y yo escondo la mirada sintiendo cómo me sonrojo. ¿Por qué tengo que ser tan tontita? Finalmente, damos las buenas noches y subimos hasta el piso, yo llevando la correa de *Noa*, que no duda ni un momento antes de venirse con nosotros dejando a sus dueños atrás. Para mi sorpresa, se va directita a la colchoneta que tiene a un lado del salón y se hace un ovillo. Con lo nerviosa que es en la calle.

—Creo que necesito una ducha después de tanto viaje —suspira Cam.

Sus palabras me hacen ser consciente de lo mucho que me apetece una a mí también. Se coloca detrás de mí y me masajea los hombros suavemente por unos segundos. Estoy a punto de decirle que voy a la ducha con él. Pero no es nuestra ducha, así que igual no es adecuado. Y, además, él tiene que descansar para la prueba de mañana.

—A mí tampoco me vendría mal una —reconozco, finalmente.

—¿Te importa si me ducho yo primero?

Vaya, parece que lo de ir juntos a la ducha ni se le pasa por la cabeza. Qué le vamos a hacer. Le digo que no, claro. Que se duche él primero. Abre su maleta y saca la ropa que va a utilizar para dormir, para llevársela con él. Tampoco pasaría nada si volviera desnudo a la habitación, no hace falta ponernos pudorosos después de lo que pasó el sábado pasado, ¿no? Yo me muero de ganas de repetir, pero quiero controlarme y dejarlo descansar. Mañana es un gran día, como ha dicho su hermano. Me entretengo sacando algunas cosas de mi maleta, lo que voy a necesitar para la ducha, y mirando el móvil. Hay varios mensajes en el grupo con mis amigas preguntando

cómo va la cosa por Eugene. Las pongo un poco al día y, luego, tengo que abrir la aplicación de Instagram cuando Emily escribe que casi «se muere del todo» con nuestro vídeo. Ahí estamos, Cam, quejándose a la cámara de que parece que planeo matarlo o algo así, y luego yo, patinando como una profesional. El vídeo acaba cuando se ve chocar nuestros cuerpos y se oyen nuestras risas. Tiene un montón de comentarios, sobre todo de los amigos de Cam burlándose de él por sus dotes patinadoras. Y muchísima gente le ha dado al corazoncito que implica que les ha gustado. Yo también le doy. Claro.

Cameron sale de la ducha con el pelo mojado, un pantalón corto de deporte y la camiseta vieja que utiliza como pijama. Aparece en la habitación frotándose el cabello con una toalla y me sonríe cuando me ve sentada sobre la cama. Qué guapo es. Creo que eso ya lo había dicho, ¿no?

—¿Qué tal la ducha? ¿Te sientes renovado? —pregunto, me levanto de un salto y me planto justo frente a él.

Se inclina y me besa la nariz antes de contestar.

—Sí, me ha sentado bastante bien —reconoce—. Toda tuya. ¿Necesitas toalla?

—No, he traído una —señalo mientras cojo el montoncito de ropa que he dejado preparado para cuando él dejara el baño libre.

—Tenía que haberte dicho que no hacía falta —se recrimina a sí mismo—. Zack me dijo que tenía toallas de sobra.

—No importa —aseguro, y me pongo de puntillas para besarlo.

Antes de que pueda retirarme, me rodea con sus brazos y me estruja contra su cuerpo sonriendo contra mis labios. Huele tan bien que me hace olvidar las ganas que tenía de darme una ducha.

—Gracias por venir conmigo, Ash —dice, y me mira a los ojos cuando se aparta un poco.

—De nada, tonto —digo, con una sonrisita—. Todo va a salir bien —aseguro, y le acaricio el pelo mojado con una mano—. No tienes que estar nervioso. —Asiente con la cabeza, pero sé que no se tranquiliza—. Voy a la ducha, ¿vale? Ahora vuelvo.

Le doy otro beso corto en los labios antes de ir al baño.

—Tómate tu tiempo —lo oigo a mi espalda.

Y le hago caso. Me tomo mi tiempo. Intento no mojarme el pelo, aunque algunos mechones se humedecen sin que pueda evitarlo. Y, cuando salgo del baño, voy vestida con un pantaloncito corto y una camiseta de tirantes de pijama. La puerta de la habitación está cerrada y frunzo el ceño al encontrármela así.

—¿Cam? —llamo, sin saber si me está permitido entrar o no.

—Pasa —oigo su voz desde dentro.

Abro despacio y lo primero que me llama la atención es la intensidad de la luz. Es muy baja. Y tintinea. Al entrar me encuentro con toda la habitación llena de velas. Es espectacular, y Cam está en el centro, a los pies de la cama.

—¿Qué es esto? —pregunto, en voz baja, porque casi no me atrevo mucho a levantarla ante el

ambiente de calma que proporcionan las velas.

Cierro la puerta detrás de mí y dejo las cosas que llevo en la mano sobre la maleta, de cualquier manera, antes de acercarme a él.

—Ambiente relajante para antes de la prueba. ¿No te había dicho que me encantan las velas aromáticas?

—¿Te llenas la habitación de velas todas las noches antes de los partidos? —me burlo, mientras miro alrededor.

Debe de haber unas diez velas repartidas por toda la habitación. Sobre mesillas, estanterías y hasta en el suelo. Es muy íntimo. Y muy romántico.

—Solo antes de los importantes —dice, divertido—. Y solo si tengo a una chica preciosa conmigo a la que me apetezca muchísimo ver a la luz de las velas —añade después.

Ni siquiera me ha tocado, pero yo ya noto un cosquilleo extendiéndose por toda mi piel.

—Y eso quiere decir que has encendido velas en tu habitación... ¿en cuántas ocasiones? —pruebo, mientras trato de disimular mi piel de gallina.

—Pues... —Finge pensar y da un paso para que nuestros cuerpos se rocen—. Esta es la primera —confiesa—. Pero quiero que sean infinitas veces más, princesa.

—¿Cómo has preparado todo esto? —lo interrogo, y aparto la mirada porque las piernas ya me tiemblan un poquito—. ¿Has traído la maleta repleta de velas?

—Le pedí a mi hermano que me las dejaran aquí —explica, y yo vuelvo a mirarlo a los ojos.

Así que su hermano y Zack sabían todo esto. Me muero de vergüenza. Bajo la mirada al suelo y me muerdo el labio. No sé ni por qué estoy como un flan, de repente. Vamos, Ashley, que llevas un mes enterito con este chico maravilloso, no te vayas a hacer la tímida ahora. Cam me coge la barbilla con delicadeza y vuelve a alzar mi cara hacia él.

—Quería poder mirarte así, a la luz de las velas, y que fuera como muy romántico cuando te dijera lo que siento por ti, Ash. Pero me has llevado a una pista de hielo y, de repente, estaba hablando sin poder controlarme y me he chafado la sorpresa. Quería que el ambiente me acompañara y ya ves. No soy tan perfecto como me creía en esto del amor.

—Ha sido perfecto —le llevo la contraria—. Esto es perfecto. Tú eres perfecto —digo, y me sale solo, casi sin que me dé tiempo a pensar las palabras.

Cam me besa. Y yo respondo a su beso y deja de importarme al instante que él note lo rápido que late mi corazón, o que tengo las mejillas ardiendo, o que mis piernas apenas son capaces de sostenerme y tiemblo por dentro. Puede darse cuenta porque no me importa ser vulnerable con él. Sé que puedo serlo.

Y es en este preciso momento cuando lo sé. Que estoy lista. Que quiero estar con él. En todos los sentidos. Con todos mis sentidos. Que así sí que es como yo quería que fuera, como lo había soñado. No por las velas. No por el ambiente. Por él. Es él.

Cuelo las manos por debajo de su camiseta para acariciarle los abdominales e, inmediatamente, tiro de la tela hacia arriba para quitársela. Cam me ayuda a hacerlo, pero luego

da un paso atrás y, por cómo me mira, sé que sabe perfectamente lo que estoy pensando.

—Ash —protesta, a media voz—. Yo... no he montado todo esto para...

Me adelanto y le pongo un dedo sobre los labios para que deje de hablar.

—Ya lo sé. Ya sé que no estás intentando seducirme con unas cuantas velas. Ya sé que no me has traído hasta Eugene con esta intención. Y ya sé que quieres ir despacio. Pero yo ya no quiero ir despacio —confieso—. Estoy preparada, quiero hacer esto. Quiero hacer esto contigo —sigo, en un susurro.

Cam pone una mano en mi cintura y puedo notar perfectamente cómo le tiembla. Ahora estamos en igualdad de condiciones. Los dos nerviosos. Los dos vulnerables. Porque podemos serlo.

—Vamos a ir despacio, ¿vale? —pide, con su boca casi rozando la mía.

—Muy bien. Vamos a ir despacio, Cameron. Despacio, pero hasta el final —propongo, mientras acaricio su cuello con la yema de los dedos.

—Llámame Cam, por favor —murmura él, en tono de broma.

—Cam..., por favor... —digo yo en un tono mucho más sensual, miro sus ojos y me muerdo el labio inferior.

—Joder —gruñe, bajito.

Y me besa, suave, pero con intensidad. Y yo me pierdo en su boca y en sus brazos y me dejo llevar. Lo empujo hasta la cama y, cuando se deja caer sobre el colchón, me tumbo sobre él pegando por completo nuestros cuerpos. Su piel está caliente, tersa y huele extraordinariamente bien. Él me acaricia el pelo mientras yo beso su torso, y cuando llego a su ingle, ya puedo notar perfectamente la impaciencia de su erección, escondida en el pantalón de deporte que aún lleva puesto. Me sujeta por los brazos y me obliga a moverme hacia el cabecero para encontrarme con su boca, antes de que me dé tiempo a intentar quitarle la prenda que le queda. Enseguida me hace girar en el colchón para ponerse encima.

Yo me dejo hacer. Sus movimientos son suaves, dulces, muy tiernos, mientras recorre cada centímetro de mi piel con sus labios y me despoja del pijama con mucha lentitud. Es casi una tortura que se lo tome con tanta calma, pero, a la vez, resulta tremendamente estimulante la manera en que me toca y me besa, sin ni siquiera prestar atención a mis zonas más erógenas. No sé cuánto tiempo ha pasado cuando me tiene completamente desnuda frente a él, pero en todos esos minutos transcurridos ni siquiera me ha rozado un pezón. Ni siquiera. Y, sin embargo, estoy increíblemente excitada. Mi piel está en su límite de sensibilidad, por todo mi cuerpo, como si estuviera esforzándose por absorber el máximo de sensaciones. No puedo parar de suspirar con cada nuevo roce, y apenas puedo abrir los ojos. Me siento tan amada que podría explotar de felicidad. Me siento tan segura que ni siquiera puedo comprender cómo una vez tuve miedo de que hacer el amor con él fuera doloroso. Sé que no va a hacerme daño. Vuelve a colocarse sobre mí completamente, sosteniendo su peso con los brazos, uno a cada lado de mis hombros y me

mira a los ojos. Y yo, con la respiración agitada, siento que lo único que voy a querer durante el resto de mi vida es estar con él.

—Te quiero —digo, yo primero esta vez.

Sus ojos exploran los míos durante uno o dos segundos. Y es casi como si pudiéramos detener el tiempo. Ojalá pudiéramos detener el tiempo.

—Yo sí que te quiero, princesa —susurra, y me llega un soplo cálido al corazón con ese apodo—. Te quiero muchísimo. Nunca me había sentido así antes.

Pongo las manos en su nuca para obligarlo a bajar la cabeza y pegar sus labios a los míos. No tarda en reaccionar rozando todo mi cuerpo con el suyo y siento cómo mi piel se enciende contagiada por su calor. Su torso estimula mis pezones, casi sin querer, y siento su erección, todavía bajo la tela, frotando el punto más sensible entre mis piernas. Los dos soltamos una especie de gemido a la vez, en la boca del otro.

—Quítate eso —ordeno, cuando separamos nuestros labios.

Para mi sorpresa, Cam obedece al instante. Mientras se aparta para desprenderse de su pantalón, yo aprovecho para escapar de su lado y acercarme hasta mi maleta en busca de los preservativos que, con tan buen juicio, ha puesto ahí mi madre.

—Eh, ¿adónde vas? —protesta.

Vuelvo a su lado y le enseño la caja, antes de dejarla a mi lado en la mesilla.

—Solo por si acaso —lo calmo cuando veo que tiene intención de decir algo al respecto.

Estoy sentada en la cama, mirando su cuerpo perfecto, desnudo, frente a mí. Pero enseguida se mueve y se coloca a mi espalda, de rodillas sobre la cama, apartándome el pelo de la nuca para besármela y hacerme cosquillas con sus labios. Luego sigue bajando por mi espalda, con los dedos y con la boca. No deja ni un resquicio de piel sin mimar. Yo soy más directa y deslizo la mano hacia atrás para buscar esa parte que hasta ahora había mantenido escondida. Él deja escapar algunos gemidos mientras me deja hacer lo que quiera con su cuerpo, y sigue acariciando el mío, lentamente, haciéndome cosquillas en los costados.

—Ashley —me llama, ahogando un gemido al final de mi nombre—, ¿estás segura de esto?

Me giro hacia él y lo miro a los ojos, sin dejar de mover mi mano sobre la zona más sensible de su cuerpo.

—Estoy completamente segura —dejo claro, muy seria y muy firme. No quiero cagarla ahora que parece que estoy consiguiendo que se decida—. ¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo?

—Hasta que esté seguro de que estás segura —responde.

Luego cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, con un jadeo y una expresión inconfundible de placer en el rostro.

—Estoy segura —repito.

Coge mi cara entre sus manos y me besa con ganas. Vuelve a mover mi cuerpo sin ningún esfuerzo y se coloca encima buscando mis pechos con una mano. De nuevo el tiempo se me difumina mientras disfruto de sus caricias, pero, esta vez, no evita ninguna zona. Al contrario, se

centra bastante en aquellas donde justamente más lo necesito, hasta que sus labios bajan por mi monte de Venus. Yo me dejo hacer hasta llegar al orgasmo, mucho más rápido esta vez que la anterior. Él me envuelve en sus brazos y besa mi sien, mi mejilla, mi cuello, mientras deja que me recupere un poco.

—Eres preciosa —susurra en mi oído, mientras acaricia la parte baja de mi espalda—. Preciosa. Quiero hacerte el amor más de lo que he querido nada en toda mi vida. Te deseo tanto que me vuelve loco. Me muero por estar dentro de ti, Ash —continúa, con los labios pegados a mi oreja. Y mi cuerpo ya está respondiendo a sus palabras, recuperando el punto de excitación previo a mi orgasmo con mucha más rapidez de la que creía posible—. Necesito saber que estás segura al cien por cien —casi suplica—. Necesito saber que tú deseas esto tanto como yo...

Lo obligo a apartarse para poder clavar mis pupilas en las suyas, a la luz de las velas.

—Estoy segura, Cam. Estoy muy segura. Quiero hacerlo. ¿Quieres traer tu tableta y que te lo firme por escrito? —bromeo.

Cierra los ojos y suelta una risita.

—Qué tonta eres —suspira.

—Sí —me muestro de acuerdo, contagiada por su sonrisa.

—Me encantas —dice, con sus ojos en los míos de nuevo.

—Y a mí me encantas tú —correspondo, y lo beso en los labios, lento, muy dulcemente.

Volvemos a besarnos y a acariciarnos mutuamente durante unos minutos. Luego, es él quien se aparta y me mira, aún un poco inseguro.

—Ash, tú no... ¿Tú...? —Intenta decir algo, pero se nota cómo se pone más y más nervioso al no encontrar las palabras.

Estrello mi boca contra la suya para callarlo. Necesito que deje de pensar. Que pare de darles vueltas a las cosas de una vez. Quiero hacer esto. Estoy bastante segura de que los dos queremos. Se pone poco a poco sobre mi cuerpo y volvemos a aumentar la tensión sexual entre los dos en cuestión de segundos. Soy yo la que estiro la mano para coger la cajita de la mesilla y lucho con ella hasta conseguir extraer uno de los envoltorios cuadrados. Se lo pongo en la mano y lo miro significativamente cuando sus ojos buscan mi cara. Cam lo abre con cuidado y casi me dan ganas de soltar un «aleluya», pero prefiero no hacer ni decir nada en este momento, no vaya a ser que se arrepienta. Veo cómo se lo pone, con cuidado. Luego, en vez de colocarse sobre mí de nuevo inmediatamente, besa mi vientre y acaricia mis muslos con las dos manos, metiendo una entre mis piernas para estimularme aún un poco más.

—Cam —digo, a media voz, cuando sus labios suben hasta mi cuello tras pasar un ratito en mis pezones.

Deja lo que está haciendo y centra toda su atención en mí, buscando mis ojos.

—¿Me va a doler? —pregunto, al notar como un pequeño resquicio de miedo, que había quedado ahí acantonado, vuelve a aflorar y se me sube a la garganta.

—No lo sé, princesa —confiesa, con el tono de voz más dulce que posiblemente es capaz de

poner—. Voy a poner todo el cuidado del mundo para que no —promete.

—¿A Vanessa le dolió? —Busco una referencia que me diga que no va a ser tan terrible como Emily lo pintó.

—No quiero pensar en Vanessa ahora mismo, Ash —protesta él.

—¿Le dolió?

—Sí. Un poquito —confiesa al fin.

Y sé que eso de «un poquito» solo lo ha dicho para suavizar. Y que la respuesta verdadera es el sí a secas, sin añadir nada más.

—Cariño, no tenemos que hacerlo ahora mismo —asegura, y empieza a retirarse de encima de mí.

Lo sujeto por la nuca con las dos manos para retenerlo. No. No vamos a parar ahora que hemos llegado hasta aquí.

—No. Quiero hacerlo —insisto, una vez más.

—Estás asustada —adivina él, y me acaricia el pelo.

—No lo estoy. ¿No has visto mi tatuaje? —Me hago la valiente y sonríe con mucha ternura sin dejar de mirar mi cara—. No tengo miedo —digo, y siento que de verdad venzo mi temor al ver cómo me mira él—. Confío en ti.

Apoya su frente sobre la mía y asiente lentamente.

—Y yo confío en ti —corresponde—. Y por eso quiero que me pares en cualquier momento, sea cuando sea, si no quieres seguir, ¿vale? —Yo asiento al instante—. Párame si tienes cualquier duda, y dime lo que necesitas en cada momento, si necesitas que me quede quieto, o que me mueva, o que lo dejemos para otro rato...

—Lo he pillado —lo corto, antes de que sus explicaciones se hagan interminables.

—Vale. —Sonríe un poco—. ¿Quieres ponerte encima? —propone—. Así llevas tú el ritmo y...

—No —decido—. No. Mejor así.

Uno mis labios con los suyos antes de que le dé por ponerse a hablar otra vez. Cede enseguida y noto cómo su cuerpo se relaja en contacto con el mío. Y ese efecto se me contagia rápidamente. Me transmite mucha tranquilidad. Y vuelve a tocarme. Sin parar, y muy acertadamente. Hasta que casi me dan ganas de suplicarle que lo haga de una vez. Cam no para de susurrarme cosas dulces al oído. Eso cuando no me besa, claro. No solo en la boca, sino por todas partes. Hay tantas sensaciones, inundando todos mis sentidos, que eso no me permite centrarme tanto como temía en si duele o no duele. Pero, joder, si duele. Y eso que soy perfectamente consciente de lo cuidadoso que está siendo Cam. Tan dulce y tierno como puede. Me abrazo a él y le muerdo el hombro, esperando que pase la parte mala. Y, en solo unos segundos, seguramente menos de los que a mí me parecen, lo siento completamente dentro de mí, moviéndose muy lento hasta quedarse quieto. La sensación es indescriptible. Ahora que ha dejado de doler. Se aparta de mi cuello para mirarme a la cara. Parece bastante preocupado.

—¿Estás bien? —pregunta, con el ceño ligeramente fruncido—. Cariño —murmura.

—Estoy bien —aseguro—. Estoy bien.

—Ash... —empieza a protestar, aún quieto.

—Ya está. Estoy bien —insisto—. Sigue. Sigue, Cam, por favor.

Obedece moviéndose con mucha delicadeza y sin dejar de mirarme a la cara. Yo noto cómo mi propia expresión se relaja. Y hasta se me escapa un gemido y sonrío. Creo que no puedo controlar muy bien mis emociones en este momento. Cam me besa la frente y después la nariz, antes de volver a mirarme sin parar de moverse en mí.

—Te quiero —dice una vez más.

—Y yo —respondo al instante—. Y yo.

Me agarro a sus hombros y volvemos a besarnos en la boca. Dejo de pensar al instante. Ya no puedo pensar. Solo sentir. Solo disfrutar. Solo ser uno con el chico del que estoy absoluta y completamente enamorada.

13

Superman

Siento la claridad del día a mi alrededor mientras voy despertando al estado consciente por la mañana. Antes de abrir los ojos, estiro el brazo palpando el colchón vacío que queda a mi lado en la cama. Cam no está aquí. Me desperezo y miro alrededor, con los párpados entornados para acostumbrarme poco a poco a la luz. La puerta de la habitación está cerrada. Los restos de las velas, repartidos por todas partes, y mi pijama y el de Cameron, en el suelo. Su maleta está revuelta, lo que me da a entender que no se ha ido de aquí desnudo. Intento agudizar el oído para captar cualquier sonido que haya en el piso, pero solo me llega el silencio. Ni agua corriendo en la ducha, ni ruidos de cocina en la preparación de un delicioso desayuno, ni patitas de perro resonando en el suelo. Ha debido de levantarse para sacar a *Noa* a la calle.

Salgo de la cama y me pongo su camiseta antes de abrir la puerta del cuarto. Efectivamente, *Noa* tampoco está. Me meto en el baño para hacer pis y asearme un poco. Es temprano. Creo que demasiado. Aún quedan más de dos horas para la prueba de Cam. Me pongo nerviosa al pensar en ello. Casi como si fuera yo a la que van a someter a examen. Sé que Cam va a hacerlo bien. Mucho mejor que bien. Pero no puedo evitar que se me contagie su nerviosismo. Porque deseo con todas mis fuerzas que esto salga bien. Porque sé que él lo desea también. Más que nada. Tengo que controlarme para transmitirle solo seguridad y confianza, y nada más. Nervios fuera. Ni un solo atisbo de duda.

Estoy enjuagándome la boca tras guardar el cepillo de dientes en el neceser, cuando oigo la puerta. Y las patitas de *Noa* caminando de un lado a otro del salón. Parece emocionada. Creo que es su hora de comer o algo así. Escucho la voz de mi chico hablándole, pero no llego a entender lo que le dice. Y cuando yo salgo del baño, él ya está en la puerta de la habitación. Me mira sorprendido y yo le sonrío al ver que lleva dos vasos de café y una bolsa, que seguro que contiene bollería recubierta de chocolate. Ya me conoce.

—No, Ash. ¿Qué haces despierta? —protesta, exagerando la desolación en su voz.

—¿Qué pasa? —pregunto, con media sonrisa.

Me acerco para besarlo, pero se aparta y entra en la habitación gruñendo para sí mismo. ¿Qué mosca le ha picado ahora? Entro tras él y cierro la puerta, para evitar que *Noa* aparezca en

cualquier momento dispuesta a devorar nuestro desayuno también. Lo veo dejar la bolsa y los cafés sobre una de las mesillas.

—Se suponía que tenías que seguir durmiendo hasta que yo estuviera aquí otra vez —me echa en cara.

—Oh, lo siento. Me olvidé de leer el manual de instrucciones —me burlo de él—. ¿Qué demonios te pasa?

—Soy un capullo —suspira, y extiende los brazos hacia los lados, derrotado—. No tenías que despertarte sola hoy. Ese no era el plan. Después de lo que pasó anoche... —deja en el aire, y parece bastante frustrado.

—¿Qué pasó anoche? —lo pico, en tono burlón.

Me mira muy serio, parece que esta vez no le hacen gracia mis jueguecitos. Vuelvo a acercarme hasta quedar justo frente a él.

—No he pensado ni por un momento que te hubieras ido a comprar tabaco y no fueras a volver jamás —bromeo—. Has ido a sacar a *Noa*, a comprarme el desayuno..., me parece más que bien, siempre que esa bolsa tenga chocolate dentro —advierto.

Sonríe de medio lado.

—No. No está bien —insiste—. Creía que me iba a dar tiempo a todo, ¡si tú siempre duermes un montón! Tenía que estar en la cama contigo cuando te despertaras, abrazándote. Así es como tenía que ser la mañana siguiente.

—¿La mañana siguiente a qué?

—No me vaciles —me pide, y me da la impresión de que se siente bastante mal de verdad.

—Vale, vamos a rebobinar —decido—. Voy a dormir otra vez.

Me quito su camiseta levantando los brazos por encima de mi cabeza y, cuando la tiro a un lado, veo cómo mira él mi cuerpo desnudo. Me trago una sonrisa mientras me vuelvo a colar entre las sábanas. Me acurruco de medio lado y me hago la dormida. Pero tarda mucho en venir, así que tengo que abrir los ojos y mirarlo con reproche, metiéndole prisa.

—¿A qué esperas? No voy a tardar mucho en despertarme —bromeo—. Ah, y quítate toda esa ropa, cuando me dormí estabas desnudo —añado, como sin darle importancia.

Vuelvo a enterrar mi cara en la almohada y sonrío cuando oigo la fricción de su ropa al ir cayendo al suelo. Murmura algo así como que estoy «muy muy loca» antes de colarse bajo las sábanas, a mi espalda. No tarda nada en abrazarme por detrás y el contacto de su piel con la mía me hace sentir bien al instante. Me aparta el pelo de la cara con mimo antes de besarme la mejilla, muy suavemente. Yo hago un ruidito de protesta, como si me estuviera despertando justo en este momento y lo oigo reír bajito, en mi oído izquierdo. Giro la cara para poder mirarlo y sonrío sin abrir los ojos del todo.

—Buenos días —susurro, y echo un brazo hacia atrás para acariciarle la nuca.

Me besa el cuello y me acaricia el vientre, antes de devolverme la sonrisa.

—Buenos días, princesa —responde a mi saludo—. Creía que no ibas a despertarte nunca. Ya

estaba a punto de anunciar al mundo que el invierno durará seis semanas más —bromea.

—¡Eh! —protesto, lo que le hace reír—. ¿Antes no dormía lo suficiente y ahora soy una marmota? No sabes cómo me alegro de que estés aquí al despertarme. Acabo de soñar que me despertaba y te habías ido a por café, ¿tú te crees? ¿Después de lo que pasó anoche?

Me besa en los labios para callarme y yo sonrío contra su boca, girando el cuerpo sin separarme para quedar de frente a él y abrazarme a su torso.

—Mientras tú dormías yo he paseado a *Noa*, he comprado el desayuno y me he licenciado en Derecho. ¿No te da vergüenza? —bromea.

—Ninguna. ¿Qué has comprado para desayunar? Estoy muerta de hambre —aseguro, me incorporo en la cama, con la sábana a la altura del pecho, y me apoyo en el cabecero.

—Un *latte* para la señorita —ofrece, tras recuperar los vasos de la mesilla—. Y... guarradas hipercalóricas de esas que te encantan y nos taponarán las arterias —sigue, al tiempo que me acerca la bolsita.

Me apresuro a abrirla para cotillear lo que hay en el interior. Tiene todo muy buena pinta. Y yo tengo mucha hambre.

—Oh, eres el mejor. Mis arterias no tienen voz ni voto ahora mismo —me despreocupo—. ¿Podemos comer en la cama? —Me inquieto por un momento, con un croissant relleno de chocolate ya camino de mi boca.

—Claro que sí. Tendremos que lavar las sábanas de todas formas —deja caer, como quien dice que hace buen día.

Y yo noto cómo se me sube el calor a las mejillas ante la insinuación. Lo miro de reojo y él hace lo mismo, con una sonrisa divertida. Cómo le gusta burlarse de la inocente que aún vive en mí. Aunque cada vez quede menos de ella.

No dice nada más al respecto. Y me cuenta cómo ha ido el paseo con *Noa*, y a qué perros se han encontrado, y lo que ha hablado con la chica que le ha servido los cafés. Yo acabo de terminar el mío cuando suena su móvil con la entrada de un mensaje, en la mesilla. Deja los restos del desayuno a un lado y lo consulta.

—Es mi hermano. Dice que pasan a recogernos en hora y media —me cuenta.

Luego suspira al tiempo que deja el móvil donde estaba. Y yo aparto mi vaso vacío de café para centrar toda mi atención en él.

—¿Estás nervioso? —pregunto, a pesar de que la respuesta es más que obvia.

—Un poquito —reconoce, y respira hondo de nuevo.

Me coge la mano y juguetea un poco con ella distraídamente mientras mira al frente, sin fijarse en nada en particular.

—Oye —llamo para captar su atención—. Todo va a ir bien, ¿vale? No tienes que pensar en esto como en un maldito examen dificilísimo. Solo tienes que hacer lo que haces cada día. Y se te da muy bien hacerlo. Solo tienes que jugar como si estuvieras con Ryan antes de ayer entrenando —ejemplifico.

Sonríe levemente y niega con la cabeza.

—Ryan me las estaba lanzando de pena antes de ayer —medio bromea.

—Estoy aquí —le recuerdo cuando vuelve a quedarse serio—. Y, pase lo que pase, estoy muy orgullosa de ti.

Me mira con mucha intensidad y me acaricia la mejilla dulcemente.

—Eso significa mucho, princesa. Gracias por venir.

—Deja de decir eso de una vez —lo regaño.

—Vale. —Sonríe—. Estoy bien. Es difícil no estar nervioso, solo eso.

—Bueno, a lo mejor yo puedo hacer algo para ayudarte con eso, ¿no?

Aparto las sábanas y me siento en su regazo, completamente desnuda, antes de buscar sus labios. Aún tenemos hora y media antes de tener que ir al campo de fútbol. Mejor si la aprovechamos.

Al final, tenemos que darnos prisa para estar listos cuando Rob nos avisa de que llegan en diez minutos. Menos mal que vienen avisando de la cuenta atrás. Ya deben de imaginarse lo que pasa aquí. Juego un poco con *Noa* mientras espero a que Cam acabe en el baño. Enseguida lo oigo salir y va a buscar a la habitación las cosas que necesita llevarse. Sonrío cuando lo oigo estallar en carcajadas. Justo lo que yo me esperaba. Aparece enseguida delante de mí, con la sonrisa aún incontrolable, una ceja alzada y la mano izquierda en el aire para mostrarme el billete de cincuenta dólares que he dejado en su mesilla cuando él se ha metido en el baño.

—¿Qué es esto? —pregunta, divertido.

—Dijiste que solo aceptarías mis cincuenta pavos del viaje al lago Tahoe si antes había sexo, ¿no? —le recuerdo, perfectamente consciente de que no hace falta que le refresque la memoria. Estoy segura de que lo ha pillado en el instante en que lo ha visto.

Se acerca hasta mí y me coge por la cintura con un brazo, al tiempo que cuela el billete con cuidado en mi escote, con la otra mano.

—¿Sabes?, creo que puedo hacerlo gratis, princesa —dice, en tono burlón, antes de besarme.

> Tía, me tienes en ascuas, cuéntame. ¿Qué tal va el viajecito de amor? ¿A qué hora juega Cam? ¿Cuándo sabréis algo? ¿Tienes novedades que contarme? Una casa para vosotros solitos toda una noche, si no ha habido al menos tercera base, te desheredo, le dejaré todos mis bienes a Mia que es más golfa que tú.

Niego con la cabeza al leer el mensaje de mi mejor amiga, aquí en la puerta de los vestuarios del enorme campo de fútbol americano de esta universidad. Cam ya está listo para salir, pero el entrenador del equipo de los patos acaba de presentarse en el vestuario para hablar con él antes de la prueba. No sé si eso es bueno o malo. Rob y Zack están también aquí, frente a mí, apoyados en la pared mientras esperamos. Parecen bastante relajados. O a lo mejor es que yo estoy muy

muy nerviosa y cualquiera parecería tranquilo en comparación. Tecleo en respuesta al mensaje de Emily para distraer un poco mi mente.

> Estamos en el campo, la prueba es ya, están a punto de empezar. Espero que le den una respuesta pronto porque a mí me va a dar algo del estrés. Y respecto a las novedades, solo puedo decirte que, definitivamente, el segundo polvo es mejor que el primero. Ya te contaré.

Tras enviarlo, pongo el móvil en silencio. Soy perfectamente consciente de que, si lo dejo en vibración, acabará por volverme loca.

La puerta del vestuario se abre y el hombre que charlaba con Cam sale de lo más tranquilo. Me mira directamente a mí y me dedica una sonrisa, antes de hablar.

—Anda, pasa —me da permiso, con un tono ligeramente burlón.

Luego le da una palmadita en el brazo a Rob y le dice algo, pero yo ya no me quedo a escucharlo. Entro en la sala donde Cam ya está preparado. Está de espaldas a mí, y tiene el casco en la mano, listo para saltar al terreno de juego. Se gira al oír mis pasos y casi me deja paralizada con su imponente imagen. Madre mía. ¿Va a resultar que esas malditas franjas negras que se pinta debajo de los ojos son mi fetiche? La manera en que me hace sentir verlo así me traslada inmediatamente a aquel partido hace más de un mes, cuando nuestras miradas se cruzaron mientras yo lo observaba desde las gradas. Esta vez tiene que salir bien. Por favor, que salga bien.

—¿Estás listo? —pregunto, al ver que él no dice nada.

—Listo —asegura, y transmite mucha más confianza en sí mismo que esta mañana o ayer por la noche—. Ven aquí.

Yo obedezco. Doy tres pasos hasta quedar delante de su cuerpo y alzo la mirada para buscar sus ojos desde esta posición. Estoy a punto de desearle suerte cuando baja la cabeza para besarme suavemente. Se me cierran los párpados mientras respondo a sus labios.

Un carraspeo en la puerta abierta hace que nos separemos de inmediato. Yo escondo la mirada, ligeramente avergonzada, pero a Cam parece darle completamente igual que su hermano acabe de pillarnos en pleno beso y se dedica a frotarme la nariz con el pulgar, lo que asumo que hace para borrar los restos de pintura negra que se me han transferido de su pómulo. En cuanto aparta el dedo, yo me froto un poco más, solo por si acaso, y lo veo sonreír ante mi gesto.

—Venga, sal de una vez, que empieza la juerga —le mete prisa Rob.

Cam asiente, pero me lanza una última mirada antes de moverse.

—Suerte, supongo —digo yo, convencida de que no la necesita.

Me guiña un ojo. Luego sale decidido del vestuario y se coloca el casco en la cabeza.

—Vente conmigo, Ash —invita Rob, al tiempo que señala el camino.

Lo sigo por el pasillo que lleva hasta el campo, pero nos desviamos a la derecha antes de salir a la luz del día. Luego subimos unas escaleras y en unos pocos segundos ya estamos en las

gradas. Zack está sentado casi a pie de pista, y nosotros nos sentamos a su lado. Rob queda en medio de los dos. Me muerdo el labio ansiosamente mientras observo todo. Hay mucha gente en el campo, por lo menos quince personas, diría yo. Uno es el entrenador. El resto parecen jugadores, o al menos van equipados como si fueran a jugar. Y justo frente a nosotros cuatro hombres sentados tranquilamente al borde de la pista. Localizo a Cam enseguida, está con el entrenador y con cinco jugadores más y parecen estar planeando la jugada con la que van a empezar este simulacro de partido. No me doy cuenta de que estoy agitando la pierna a toda velocidad hasta que Rob me pone la mano sobre el muslo, repentinamente, para frenarme.

—Perdón —murmuro.

—Nerviosa, ¿eh? —se burla un poco—. No te preocupes. Lo va a hacer bien —dice, aparentemente muy convencido—. Mejor que si me hubieran dejado a mí lanzarle los balones... No me gusta ponerle las cosas fáciles —bromea.

—Ya. No, si ya lo sé. Pero tengo ganas de que acabe de una vez. Antes de que me salga una úlcera —exagero.

Robbie suelta una carcajada. Y yo no puedo evitar sonreír. Qué parecidos son los dos. Es increíble.

—Oye, Ashley, espero que no te importe que te pregunte algo mientras esperamos a que empiecen a jugar —dice, y me pongo tensa al instante—. Así te olvidas de tantos nervios.

—Déjala en paz —suspira Zack, a su lado—. Bastante tiene con aguantar a un Parker. No te pongas en plan hermano mayor pesado.

—Calla —le pide él, y lo empuja ligeramente con el hombro—. Seguro que a Ashley no le importa que tengamos una charla, ¿verdad, Ashley?

No me da mucha opción a negarme, si hay que ser sinceros. Tengo que decir que claro, que no me importa charlar, aunque el modo en que no para de repetir mi nombre y esa manera de decir «tengamos una charla», como si más que una charla fuera un interrogatorio, me ponen un poquito nerviosa.

—La primera vez que mi hermano me habló de ti te presentó como una fan incondicional de Tyler. Diría que rayando la locura..., obsesión —prueba otra palabra cuando Zack le pega un codazo—. Bueno, le venías muy bien para su plan, claro. Lo entiendo. Y entiendo que hay montones de chicas por ahí colgadas de Sparks. Os va mucho el rollito de chico malo. Lo pillo —expone los antecedentes—. Imagino que ya lo sabes: Cam y yo hablamos mucho. De todo. De casi todo —corrige luego, supongo que para dejarme creer que conservo un resquicio de intimidad con mi novio—. Así que sé perfectamente lo que le pasó a Cam contigo. La pregunta es: ¿qué te pasó a ti con él?

Mierda. Qué buena pregunta. Ojalá yo misma lo supiera, ¿no? ¿Qué me pasó con Cam? ¿Cómo me pasó? O, lo que es más, ¿cuándo empezó a pasar? Desvío la mirada casi involuntariamente hacia donde Cam sigue planeando jugadas o discutiendo el juego o lo que quiera que sea que están haciendo. Ni siquiera puedo verle la cara con el casco puesto, pero el

corazón me da un saltito solo con captar su silueta. Si esto no es amor es que he estado viendo las películas equivocadas toda mi vida.

—Lo que me pasó a mí con tu hermano es que lo conocí —digo, y me sorprendo a mí misma con la firmeza de mi respuesta—. Lo conocí y ya era imposible no enamorarme de él.

—Muy buena respuesta —se pronuncia Zack inmediatamente—. Doscientos puntos para Ashley. Apúntalos en su cuenta. Ashley doscientos, Robbie cero. —Finge anotar en el aire.

Rob le sujeta la mano para que deje de hacer el idiota.

—Me caes muy bien —sigue tras callar a su novio, dirigiéndose a mí—. Y eso que no todo lo que he oído de ti ha sido bonito —se burla—. Pero espero que entiendas que como hermano mayor tenga que pedirte que te portes bien con él. Está muy loco por ti —lo delata—. Y no lo ha pasado muy bien antes de conocerte..., bueno, supongo que después tampoco —dice, en tono de broma, pero sé perfectamente que lo que dice es verdad—. No creo que ayude el hecho de que el tío por el que has estado colgada toda la vida sea precisamente Tyler —insinúa.

¿Y eso qué quiere decir? Bueno, lo entiendo, claro. Tyler, su mejor amigo. Tyler, su mayor competidor, al mismo tiempo. Y Tyler, con el que su novia le puso los cuernos. Ese Tyler.

—Yo... —empiezo, dispuesta a defenderme.

—Eh, atenta, que van a empezar —indica, y señala el terreno de juego.

Como si no fuera él el que ha empezado «la charla», o como si ya no le interesara lo más mínimo. Pero tengo que prestar atención a los jugadores, en cuanto lo oigo decir eso. Y ya he vuelto a ponerme nerviosa por Cam otra vez. Lo veo trotar hasta su posición. Parece que está en su salsa, se lo ve muy desenvuelto y perfectamente cómodo, aunque no haya jugado nunca en este campo.

Noto cómo, a mi lado, Rob se inclina hacia mí y enseguida oigo su voz cerca de mi oído.

—Ah, otra cosa: Cam y yo hablamos de casi todo —repite, una vez más—. Necesito hacerte una observación que espero que no se te ocurra mencionarle a él nunca —avisa—. El idiota de mi hermano estuvo enamorado de Vanessa. Mucho. Estaba muy tonto con esa chica, créeme.

Me echo hacia atrás para mirarlo a la cara con el ceño fruncido. ¿Querrá llegar a algún sitio con todo esto? ¿O solo quiere que me maten los celos? Lo veo sonreír de medio lado ante mi expresión.

—Lo estuvo —insiste, como si no me hubiera quedado ya lo suficientemente claro—. Pero ni una sola vez lo vi mirar a Vanessa como te mira a ti todo el tiempo.

No sé qué decir. No tengo palabras que decir. Esa última frase me ha borrado todas las emociones anteriores de golpe y tengo el corazón a todo gas y las mariposas completamente revolucionadas. Por suerte, no parece que Robbie necesite una respuesta. Vuelve la vista de nuevo al juego para ver cómo lo hace su hermano. Y yo hago lo mismo. No volvemos a hablar.

Cameron hace unas jugadas espectaculares. Incluso para alguien tan poco entendida en fútbol como soy yo. De verdad. Hay incluso un par de veces en que tengo que contener las ganas de ponerme en pie y aplaudirle. Está más que claro que domina el juego. Y, para cuando dan por

terminada la prueba, ya tengo clarísimo que va a ser un sí. Tiene que ser un sí. ¿Quién en su sano juicio lo rechazaría?

Mientras espero pacientemente a que se duche y salga de una vez, decido llamar a mi madre para contarle cómo ha ido la cosa. Aún no sabemos nada, en realidad, pero casi tengo ganas de decirle que está hecho. Está claro que va a ser un sí muy rotundo. Rob ha entrado al vestuario para robarle toda la intimidad a su hermano. Me da un poco de envidia. Ya tengo ganas de abrazarlo y besarlo y decirle mil veces lo bien que lo ha hecho. Zack está escribiendo algo en su móvil, a mi lado, así que me parece el mejor momento para llamar a mamá. Antes de que los hermanos Parker vuelvan a reunirse con nosotros y nos pongamos a parlotear sobre las jugadas de la mañana. Pero cuando miro la pantalla de mi móvil, veo que tengo muchas notificaciones. Un montón. Es Emily. ¿Cómo no? Casi me había olvidado del mensaje que le he mandado antes de silenciar el teléfono. Un par de llamadas perdidas. Y muchos mensajes. Tantos, que los paso por encima leyendo en diagonal, para ser más rápida. «Me muero», «me estoy muriendo», «detalles», «contéstame, cabrona», «dime que es tan bueno en la cama como en mis fantasías», «ya estás haciéndome un informe detallado», «llámame o pierdes a una amiga», «necesito que me lo cuentes, Ash», «es literalmente lo más importante que ha pasado en tu vida», «me estás matando». En fin, Emily en estado puro. Todo con muchas exclamaciones. Le mando un mensaje rápido y escueto, diciendo que la prueba ha ido bien y ahora toca esperar, y que prometo contarle todo cuando nos veamos, pero que ahora no es un buen momento. Luego llamo a mamá. Por fin.

Me despido y cuelgo el teléfono precipitadamente cuando Rob sale del vestuario seguido por un sonriente Cam. Recién duchado, con el pelo mojado, y oliendo escandalosamente bien a esa colonia que usa él. La única pega es que se ha quitado sus pinturas de guerra de debajo de los ojos. Ensancha la sonrisa cuando su mirada se cruza con la mía, y apenas puede dar las gracias distraídamente a la felicitación de Zack, porque yo me doy mucha prisa en pegarme a su torso y buscar sus labios. Por mucho que haya gente delante. Él responde a mi beso poniendo una mano en mi nuca.

—Has estado increíble —le digo al apartarme de su boca solo unos centímetros.

Su hermano y Zack hablan entre ellos y se han adelantado hacia la salida, supongo que para darnos un poco de intimidad. Y Cam esboza una sonrisa engreída, de medio lado, antes de hablar en voz baja.

—¿Hablas de ahora en el campo, o de esta mañana en la cama? —pregunta, burlón.

Pongo los ojos en blanco y lo oigo reír quedamente.

—Las dos cosas —decido decir. Mis padres me enseñaron a no mentir.

—Tú también has estado increíble —repite mis palabras—. Y no me refiero a ahora en el campo, porque los dos sabemos que el fútbol no es lo tuyo, princesa.

—Lo mío eres tú —replico, me pongo de puntillas y estiro el cuello para rozar su nariz con la mía.

—Sí, eso se te da de miedo —murmura, dulcemente.

—Vas a entrar en esta universidad, Cam —digo, mientras le acaricio las mejillas—. Sabes que te van a decir que sí, ¿verdad? Y entonces espero que te disculpes por lo que dijiste de mi regalo —exijo, solo medio en broma.

Se pone serio y pone las manos en mi cintura para apartar levemente mi cuerpo del suyo.

—No lo sé. Ahora toca esperar, Ash.

—¿Te crees que están mal de la cabeza o que son tan idiotas como para dejarte escapar? —me sorprendo, alzando las cejas—. Yo no tengo dudas de lo que van a decir.

—Tú eres muy optimista. —Sonríe mi chico—. Ya lo celebraremos cuando tenga la carta de aceptación en la mano. Antes no.

—¡Qué aguafiestas! Pues entonces vete a casa de Zack a amargarte tú solo un ratito. Yo me voy con ellos a celebrarlo —decido, para picarlo.

Me doy la vuelta y echo a andar, alejándome de él y siguiendo a los otros dos chicos que ya están casi saliendo a la calle. Cam me sigue rápidamente y me abraza por detrás, sin dejar de caminar, obligándome a sincronizar mi paso con el suyo. No dice nada, pero noto su sonrisa pegada a mi cuello mientras apoya la barbilla en mi hombro. Y puede que no quiera cantar victoria antes de tiempo, pero por su actitud yo diría que tiene bastante claro que la suerte está echada... y completamente de su lado.

Rob y Zack nos llevan a recoger a *Noa* y luego salimos de la ciudad para comer en un restaurante alejado que conocen y les encanta. Mi tipo de restaurante preferido, uno de esos en los que los perros son bien recibidos. Y *Noa* tiene agua y unas chuches para compensar la envidia que le damos nosotros con nuestros platos repletos de comida. El hermano de Cam está tan convencido como yo de lo que van a decidir el entrenador del equipo y todos esos hombres que no han perdido detalle de cada una de las jugadas, pero el cenizo de mi novio no nos deja hablar demasiado del tema ni entusiasmarnos con sus perspectivas de futuro.

Y ya es casi la hora de decidir dónde cenar, y estamos de vuelta en Eugene y tomando algo en un *pub*, cuando nos llega la noticia. Suena el móvil de Rob y él lanza una mirada bastante significativa a Cam antes de contestar. Sufro una taquicardia inmediatamente, a pesar de que no haya llegado a decir nada. Su actitud deja bastante claro que quien llama es alguien que trae noticias. Buenas o malas. Estoy segura de que buenas. Y, aun así, no puedo evitar ponerme nerviosa. Y si yo lo estoy, casi ni puedo imaginar cómo está Cam, justo a mi lado. Lo noto en tensión absoluta, se ha quedado prácticamente congelado y con la vista clavada en su hermano.

—¿Hola? —responde el otro al teléfono—. Sí. Hola, Mike. ¿Qué hay? ¿Qué me cuentas?

Pasan unos segundos larguísimos en silencio antes de volver a hablar.

—Está aquí mismo. Sí. Vale..., vale, claro. Muy bien. Gracias, Mike. Hasta luego.

Cuelga el teléfono y se lo guarda en el bolsillo con total tranquilidad mientras nosotros tres lo observamos, ansiosos. Estoy segura de que, si no acabáramos de dejar a *Noa* en casa hace veinte minutos, ella también estaría atenta a lo que Rob vaya a decir a continuación. Él mira a Cam muy serio durante solo un par de segundos. Pero puedo notar cómo está intentando aguantar la

sonrisa. Luego le da una palmada en el brazo y le pone la mano en la nuca para acercarlo bruscamente a él y darle un abrazo, con la sonrisa ya en los labios.

—Enhorabuena, pequeño —le dice, mientras lo estruja un poquito—. Era el entrenador, dice que estás dentro. Te mandan la carta el lunes.

—¿En serio? —oigo dudar a Cam, aun así, antes de separarse de su hermano para mirarlo a la cara.

—Que sí, gilipollas —responde él, y le da un cachete suave en la mejilla.

Por la sonrisa que veo desde mi posición, estoy bastante segura de que el brillo de esos ojitos verdes podría dejarme ciega cuando me mire directamente. Y yo también sonrío. Y espero que llegue mi turno para poder decirle algo. Pero Cam no me da la opción. En vez de dejarme felicitarlo, como cualquier persona normal, él se vuelve hacia mí y coge mi cara entre las manos sin darme tiempo casi ni a respirar y estampa sus labios sobre los míos, con mucha efusividad. Yo no puedo hacer otra cosa que responder y levantar los brazos para rodear su cuello y estrecharlo contra mí.

—¿Puedo decir «te lo dije»? —pregunto, como puedo, tras llenar los pulmones de aire al separarnos.

—Claro que no —protesta, con una risita—. Di cualquier otra cosa.

Yo también sonrío. Y desenrosco mis brazos de su cuello para acariciarle los bíceps lentamente mientras lo miro a los ojos.

—Estoy muy orgullosa de ti —elijo entre todas las cosas que quiero decir. Y son muchas.

Vuelve a besarme. Un beso más corto y más casto esta vez. Los dos sonreímos cuando escuchamos las burlas de Rob y Zack acusándonos de ser unos ñoños. Y luego dejo que Cam se despegue un poco de mí para que Zack pueda felicitarlo también. Y darle un abrazo.

—¡Ahora sí, cervecita para todos! —decide Rob, y se va hacia la barra sin darnos tiempo a decir nada.

Y eso que Cam y yo habíamos pasado del alcohol en la primera ronda. Pero la ocasión lo merece, ¿no? Su hermano vuelve enseguida con cuatro botellines de cerveza. Hacemos un brindis por los patos y la universidad de Oregón antes de dar el primer sorbo. Y luego Rob vuelve a sacar su teléfono anunciando que va a llamar a su madre de inmediato. Es él quien habla con ella primero y, no lo dice claramente, pero, para cuando le pasa el teléfono a Cameron para que le dé la gran noticia, estoy bastante segura de que la señora Parker ya sabe perfectamente que ha sido un «sí». Me la imagino muy emocionada. Mientras Cam habla con su madre, yo aprovecho para enviarle un mensaje a mamá con las maravillosas novedades. Y luego escribo en el grupo de mis amigas para contárselo también.

—¿Vas a llamar a papá? —Es lo primero que pregunta Rob cuando su hermano le devuelve el teléfono tras colgar con su madre.

Tanto Zack como yo miramos a uno y a otro, tensos ante la mera mención de ese señor. Cam niega casi imperceptiblemente con la cabeza.

—No —se pronuncia en voz alta—. No, ya se lo contaré.

Se ha quedado serio. Así que le estrujo la cintura y me estiro para besar su mejilla, para distraer su atención de nuevo.

—¿Me firmarás una camiseta cuando seas el más famoso de la NCAA? —pregunto, en tono burlón.

—Me sorprende que sepas lo que es la NCAA. ¿Te lo ha enseñado Joe? —prueba, metiéndose conmigo, tras soltar una carcajada.

—¡Claro que no! —me defiendo, indignada—. Me lo ha enseñado Scott —tengo que reconocer cuando me mira con una ceja alzada.

Vuelve a soltar una carcajada, aún más alta, Y me rodea los hombros con un brazo para estrujarme contra él. Yo sonrío dejándome achuchar e intercambio una mirada con su hermano, que me dedica una sonrisita breve y una inclinación de cabeza. Me lo tomo como un agradecimiento por hacer sonreír a su hermano entre la sombra que genera su padre.

Un par de horas después ya hemos cenado y acabamos de entrar en el local de un amigo de Zack para tomar una cerveza más antes de irnos a casa. Hay tanto que celebrar que tenemos excusa, aunque yo dudo que vaya a ser solo una más. Y todo el mundo sabe lo que me pasa cuando tomo más de dos cervezas.

—¡Un billar! —Me emociono al ver la mesa de juego vacía, a un lado de la puerta.

Los tres chicos se vuelven a mirarme, sorprendidos por mi arrebato.

—¿Una partidita, chicos? —propongo, con una sonrisa inocente.

Ojalá hubiéramos jugado al billar en nuestra segunda cita oficial, pero ahora es mi momento para patear el culo de perdedor de Cam en la revancha.

—Pero, Ash, ¿tú sabes jugar al billar? —lo duda el muy idiota.

—Bueno, no lo sabrás si no juegas. —Me cruzo de brazos, molesta por su comentario.

—Los Parker somos imbatibles en juegos de bar —bromea Rob, pero es obvio que se lo tiene tan creído como su hermano pequeño.

Yo miro a Zack y alzo una ceja y él niega lentamente con la cabeza como desaprobando la actitud de nuestros novios.

—Perfecto, entonces no os dará miedo jugar contra nosotros —adivino, y me encojo de hombros.

—¿Qué? ¿Nosotros dos contra vosotros dos? —trata de dejar claro Rob, señalándose y señalándonos.

—¿No os atrevéis? —me burlo.

—Ash... —empieza a protestar Zack, pero le pongo una mano en el brazo para que no diga nada y confíe en mí.

—Ashley, lo que yo dije es que tenías que ser valiente, no temeraria —me pica Cam, y yo le dedico la sonrisa más falsa que tengo.

—¿Sí o no? —insisto.

—Cerveza para todos y eso está hecho. Será una partida muy corta, voy a pedir botellines pequeños —bromea Rob.

Se aleja hacia la barra mientras nos pide a Cam y a mí que vayamos sacando las bolas. Zack se va tras él. Mi chico se acerca y parece que tiene la intención de ponerme una mano en la espalda para caminar hasta el billar, pero yo me aparto y echo a andar sin dejar que me toque. Se va a enterar. Pulso el botón para que salgan las bolas y cuando están todas listas, pongo el triángulo sobre el tapete y le pregunto a Cam si tengo que ordenarlas de alguna forma en concreto, haciéndome la tonta. Sonríe de medio lado dejando claro que no se ha tragado lo de mi ignorancia, y ni siquiera me contesta. Colocamos las bolas entre los dos, empujándonos el uno al otro con el cuerpo de forma juguetona para ganar más espacio frente al juego. Luego, retiramos el triángulo y yo cojo un taco de los que están colgados de la pared.

—Ya que es usted tan experto en este juego, ¿le importaría enseñarme algún truquito antes de empezar, señor Parker? —pido, con voz seductora, y coloco mi cuerpo justo delante del suyo, de espaldas a él.

Cam entra al trapo rápidamente y me rodea con los brazos desde atrás, pegándose a mí y susurrándome al oído cómo debería coger el taco, mientras acaricia mis brazos y mis manos, dirigiéndome. Me recuerda tanto al día que me llevó a conducir la moto de Tyler que me pongo nerviosa, como una tonta, como si aún estuviéramos en ese punto de tontear sin admitir nuestros sentimientos. Cierro los ojos y pierdo un poco la firmeza en mis manos que sujetan el taco cuando noto sus labios en mi cuello. Y su cuerpo está muy pegado al mío.

—¿No prefieres que juguemos en equipo tú y yo? —me dice al oído, pero con tono burlón.

—¿Tienes miedo de enfrentarte a mí?

—Por favor... —Se ríe, muy seguro de sí mismo—. Como quieras. Pero ¿qué me llevo si gano? ¿Acceso ilimitado a contemplar tus tetas?

Echo la cadera hacia atrás de manera que mi culo roce intencionadamente y con descaro su bragueta. Da un respingo y me da la impresión de que se traga un gemido, para no darme esa satisfacción.

—No me gustaría condicionar eso a que tú ganes esta partida, Cameron —me pronuncio.

—Si gano esta partida vas a tener que dejar de llamarme Cameron —decide, burlonamente.

—Si pierdes esta partida vas a tener que dejar de llamarme princesa —contesto yo al instante.

—Ni de coña. Eso no me lo jugaría por nada del mundo, princesa. —Menudo tonito canalla, con los labios justo en mi oreja izquierda.

Vuelvo a restregarme contra él, exactamente igual que antes pero un poco más lento. Gime contra mi oído, muy bajito. A mí se me pone toda la piel de gallina.

—Vámonos a casa —sugiere, y se mueve disimuladamente, él contra mí esta vez.

Yo suelto una risita. Rob y Zack están volviendo hacia nosotros, cada uno de ellos cargado con dos botellines de cerveza.

—Céntrate en el juego, Cameron —aconsejo, burlona.

—Cabrona —susurra en mi oído justo cuando los otros dos llegan a nuestro lado.

Y yo suelto una carcajada, me aparto de él y cojo el botellín que Zack me tiende. Le doy las gracias y le paso el taco que yo tenía, antes de acercarme a coger otro para mí. Doy un trago a mi cerveza antes de hablar.

—¿Queréis romper vosotros? —ofrezco a los hermanos Parker cuando ya se han equipado con un taco cada uno.

Dejo el botellín en un estante que hay detrás de mí. Rob hace un gesto con la mano que me da a entender que nos ceden los honores.

—No, por favor, las señoritas primero —dice, y le lanza una mirada divertida a Zack, que gruñe al escucharlo.

Solo consigue hacerlo reír. Con esas carcajadas de los Parker que son irritantemente adorables.

—Ashley, dime que sabes lo que haces, porque me muero de ganas de que esos dos muerdan el polvo —pide mi compañero de partida, y yo le sonrío con superioridad.

—¿Quieres romper?

—No, no. —Se libra rápidamente—. Las señoritas primero —repite las palabras de Rob, en tono de broma.

—Muy bien. Antes de nada, dejemos claro cómo queréis jugar —ofrezco a los dos hermanos mientras coloco la bola blanca para poder dar mi primer golpe—. ¿Se anuncia bola y tronera?

—¡Venga ya! —exclama Cam—. No te creo. Lo haces para acojonarnos —adivina, y esta vez soy yo quien me río—. Dale de una vez y no chulees tanto.

—Dijo la sartén al cazo —murmuro, y me inclino sobre la mesa para buscar el mejor ángulo de tiro. Antes de golpear la bola vuelvo a mirarlos—. ¿Vamos a lo que surja o preferís que os diga ya si vamos a ir a por lisas o rayadas?

—Se acabó —se pronuncia Rob antes de que a Cam le dé tiempo a decir nada—. Anunciamos bola y tronera.

—No me jodas... —se lamenta Cameron, y se tapa los ojos con una mano.

Yo sonrío satisfecha al haber logrado picar al mayor de los Parker.

—Muy bien. —Miro las bolas antes de volver a hablar—: Jugamos con rayadas. Bola once a la tronera de la esquina. —La señalo con el taco.

—Ni de coña —suspira Cam.

—¿Qué nos habíamos jugado, Cameron? —pregunto burlonamente.

—Tira de una vez.

Sonrío de medio lado y me vuelvo a colocar en la mejor posición antes de golpear la blanca con fuerza. Las bolas rebotan unas con otras y salen en todas direcciones repartiéndose por todo el espacio de juego. Por supuesto, no meto la bola once en la tronera de la esquina. Ni en ninguna otra. Pero ya contaba con eso. Los dos hermanos empiezan a soltar exclamaciones airadas enseguida, acusándome de ser una flipada y de ir de experta. Y yo me río a carcajadas, dándoles

un poco de su propia medicina. Zack me mira preocupado, pero yo le guiño un ojo, aún no han visto nada esos dos. Rob se pone a mi lado y me empuja con la cadera para apartarme, haciéndome reír aún más. Luego, me acerco a Cam mientras su hermano se prepara para golpear las bolas.

—Ah, no. Pasa de mí, chulita —exige, tratando de mostrarse serio.

—Pero si el noventa por ciento de mi encanto es ser un poco chulita —protesto, lo que consigue sacarle una sonrisa.

Forcejeo un poco con él para que me deje abrazarlo, y finalmente cede y me rodea con un brazo él también. Su hermano juega y mete una de las bolas lisas. Sin anunciar tronera ni nada. Qué aficionados. No tiene tanta suerte en el segundo golpe y le toca el turno a Zack. Mientras, Cam consulta su teléfono.

—¿Ya le has ido con el cuento a tus amiguitas? —Me sorprende, y yo alzo la mirada hacia él para preguntarle con la mirada de qué habla—. Scott y Joe me han escrito para felicitarme por lo del equipo.

Me limito a sonreírle. Y él hace lo mismo. Su teléfono no ha parado de recibir mensajes en el último par de horas. Parece que las buenas noticias vuelan. Enseguida se aparta de mi lado cuando llega su turno. Miro cómo se mueve, cómo se concentra en su jugada. Cada día me gusta más. Haga lo que haga. Es inevitable. La bola que golpea se queda a solo unos milímetros de caer en la tronera.

—¡Joder! —se lamenta, frustrado.

—¿No eras tan bueno en esto, Cameron? —me burlo al pasar por delante para jugar yo.

—Deja de llamarme Cameron de una vez —protesta, entre dientes.

Oigo a su hermano reírse.

—¿O qué? —provoco.

Me da una palmada en el culo y me vuelvo indignada. Suelta una carcajada y se encoge de hombros al ver mi cara. Voy a decir algo, pero luego decido que es mejor no caer tan bajo como para eso. Se acabó la tregua. Juego tres golpes seguidos con tres bolas rayadas entrando limpiamente en tres troneras diferentes. El cuarto lo utilizo para golpear la bola que Cam había dejado al borde y sacarla de ahí, para no dejársela tan fácil.

—Vale, ¿cómo coño lo has hecho? —se desespera Cam tras mi última jugada.

—Os he dicho que soy muy buena al billar —le recuerdo, tranquilamente.

—¿Dónde has aprendido eso? —Decide cambiar la pregunta.

—Ah, bueno, algo me enseñó Tom —reconozco.

Cam suelta un bufido al oírme y yo lo miro interesada por su reacción.

—¿Tom, del grupo de teatro? —prueba, y yo alzo las cejas esperando lo que sea que quiera decir—. Odio a ese tipo —murmura, de mala gana.

—¿Ah, sí? —me sorprendo, con una risita al escuchar cómo lo dice—. ¿Y eso por qué?

Me mira significativamente y yo no cambio mi mirada, invitándolo a responder. Niega con la

cabeza como si fuera obvio y yo muy ingenua.

—Odio a todos los tíos que han salido contigo antes que yo, Ash —aclara—. Y más si te han enseñado a jugar al billar.

Oigo cómo Rob y Zack se descojonan con su confesión. Qué tonto.

—La vena celosa de los Parker. Siempre aparece cuando menos te lo esperas —bromea Zack.

—¿Vas a jugar de una vez, Robert? —lo pico cuando veo que está a punto de responder en vez de centrarse en lo que está haciendo.

Me mira con los ojos entornados. Luego, mira a Cam.

—Lo siento, pequeño. Vas a tener que cambiar de novia —avisa, muy serio.

—La novia no se cambia, Robert —se burla también mi chico, al tiempo que me abraza por detrás y los dos nos reímos ante la cara de su hermano.

—¿Cuál es vuestro problema con vuestro nombre completo? —pregunto—. Yo no tengo problema en llamarme Ashley. ¿Y tú, Zackary?

—A mí me encanta mi nombre —colabora él.

Rob hace un gesto con la mano para indicar que pasa de nosotros y luego se dispone a golpear las bolas.

—Qué guapa estás, Ashley —me dice Cam al oído.

Justo después puedo notar cómo su móvil empieza a vibrar en el bolsillo de su pantalón.

—Sí que debo de estar guapa —bromeo en voz baja, pícara—. Mantén esa cosa dentro de tus pantalones, Cameron.

—Qué idiota eres —suspira él, y se ríe contagiado por mis carcajadas mientras saca el móvil.

Se queda serio de golpe cuando mira la pantalla. Pulsa un botón del lateral para parar la vibración sin cortar la llamada. Y luego lo devuelve a su bolsillo.

—¿Qué pasa? —pregunto, intrigada.

—Era Tyler —confiesa, y yo pongo cara de sorpresa—. Ahora no quiero hablar con él. Ya lo llamaré cuando volvamos —decide, con desgana.

No digo nada. Sé que es mejor no meterme en lo que pase entre esos dos. Tienen que arreglar las cosas poco a poco, a su propio ritmo. Sé que al final acabarán por hacerlo.

Seguimos jugando al billar durante un rato largo. Yo añado a mi talento natural para este juego un poco de picardía y decido ser lo más sexy posible en mis movimientos cada vez que noto los ojos de Cam fijos en mí, que es casi todo el tiempo, para desconcentrar a mi adversario. El único problema es que su hermano es mejor que él y, en su caso, mis truquitos no funcionan. Pero estoy bastante segura de que funcionan con Cam. Sobre todo, cuando se acerca a mí para susurrarme al oído:

—Eres jodidamente sexy, señorita Bennet. Y estás jugando muy sucio. No sabes cómo me estás poniendo.

Y el modo en que lo dice me enciende a mí al instante. Y no es que lo esté pasando mal con nuestros dos acompañantes. Para nada. Pero de repente solo tengo ganas de despedirnos de ellos

de una vez y quedarnos a solas. Así que procuro darme prisa en ganar la partida. Rob quiere la revancha. Es bastante más competitivo que su hermano, por lo que veo. Pero Cam alega que está cansado después de un día tan largo y con tantas emociones, así que no tardamos en irnos a casa.

Los cuatro sacamos a *Noa* a dar un pequeño paseo y luego ellos se marchan. Y nos quedamos solos. Por fin. *Noa* se va a su cama en cuanto entramos en casa. Y Cam cierra la puerta y me arrincona contra la pared. Busca mi boca sin decir ni una palabra. Y yo tiro del borde de su camiseta para deshacerme de ella cuanto antes.

—Espera —me frena cuando la prenda ya está en el suelo—. Te has bebido dos cervezas y media, Ash. No quiero aprovecharme de una chica borracha —me pica.

—Entonces deja que una chica medio borracha se aproveche de ti —propongo, y cuelo la mano por la cinturilla de su pantalón.

Ya no vuelve a protestar. Menos mal.

Cuando ya estamos acurrucados desnudos debajo de las sábanas de la cama tras hacer el amor, Cam besa mi hombro y suelta una risita.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Estaba pensando que esto se nos ha ido de las manos muy rápido, Ash. No podemos hacerlo tanto. Vamos a tener que dosificar —medio bromea.

—¿Dosificar? De eso nada. A mí cada vez me gusta más —reconozco, y me tengo que reír cuando lo oigo reír a él—. Tampoco es para tanto, ¿no? Lo hicimos anoche, lo hemos hecho esta mañana y ahora —recuento—. ¿Eso es mucho?

—Me pasaría todo el día en la cama contigo —confiesa, y separa un poco nuestro abrazo para buscar mis ojos—. Todo el día entre tus piernas. Pero habríamos jugado otra partida de billar si no llega a ser porque somos unos viciosos —bromea—. Eso no puede ser...

—Puede ser —le llevo la contraria—. Esto es nuevo para mí. Necesito experimentar. —Me hago la inocente y él sonríe de medio lado—. Tienes que ayudarme con eso.

—Espero que te haya gustado lo que hemos experimentado hoy —dice, pícaramente.

—Me gusta todo lo que tú me haces —confieso, sin poder evitarlo. Luego, me muerdo el labio, un poco arrepentida de ser tan estúpidamente sincera a veces.

—Soy un amante extraordinario —alardea, en tono altivo.

Cierra un poco más sus brazos en torno a mí para que no pueda apartarme, cuando empiezo a protestar por el comentario. Me besa la nariz y entonces decido perdonarle su actitud engreída. Los besos en la nariz son de mis favoritos.

—Lo que no sé es si a mi madre le hará tanta gracia cuando vaya a revisar mi maleta y vea que faltan cuatro preservativos de la caja que ella metió ahí... —dejo en el aire, como quien no quiere la cosa.

—¿Qué? —Noto hasta cómo se le tensan los músculos de los brazos y sonrío para mí misma —. ¿Cómo que tu madre? No. No, no, Ash. Eso no está bien —aclara, lo que me hace reír—. ¿De qué te ríes? Sabes que tu madre me quiere como a un hijo —exagera, y yo bufo en respuesta

—. Después de esto no me va a mirar con buenos ojos. ¡Y lo que es peor!, se lo dirá a tu padre... Puedo vivir con eso mientras está en Japón, al otro lado del mundo, ¿sabes? Pero cuando vuelva, tu padre va a matarme.

Yo río muy alto al oír eso.

—¿Qué? No te rías.

—Eso es muy machista, Cameron Parker. Y mi padre no es tan machista como tú —le dejo claro.

—No es machismo, es una realidad. A los padres no les gustan los tipos que se acuestan con sus hijitas. No seas inocente, Ashley Bennet, tu padre me va a odiar. Además —dice, de pronto, al caer en la cuenta—, no hemos gastado cuatro preservativos, solo tres —me recuerda.

—Aún no ha acabado el fin de semana —replico yo, con una sonrisa pícara. Pone cara de no estar muy convencido—. Con esa cara da bastante la impresión de que no te gusta hacerlo conmigo.

Pega su frente a la mía mientras niega con la cabeza lentamente.

—Me encanta hacerlo contigo, princesa. Es lo mejor que he hecho en toda mi vida —asegura —. Pero vamos a tener que comprar una caja de condones nueva para darle el cambiazo a tu madre.

—Olvídalo —le pido, y guío su mano hasta mi pelo para que me haga caricias.

Obedece al instante a lo que yo le pido con mis movimientos y me acaricia el pelo muy suave y me besa la frente.

—Ha sido un buen día, ¿no? —pregunto, con los ojos cerrados.

—Ha sido un día genial —se muestra de acuerdo.

—¿Estás contento? —sigo, y abro los ojos para buscar el verde de los suyos.

Sonríe levemente y asiente.

—Mucho.

Está a punto de decir algo más cuando me adelanto a sus intenciones.

—No vuelvas a darme las gracias por venir contigo o te juro que cojo tu coche y me largo. Y te dejo aquí —amenazo.

Ríe bajito ante mis palabras.

—Ha sido muy importante para mí.

—Tú también me has hecho muchos favores durante este tiempo, así que deja de dar las gracias. No tienes que hacerlo.

—Ash..., el sexo no cuenta como favores —me pica, con un tono muy burlón.

—Idiota —lo acuso, y me retuerzo para pegarle con las dos manos.

Él se queja y se ríe a carcajadas al mismo tiempo. Tengo que reírme con él. No me gustaría estar en ningún otro lugar del mundo ahora mismo. Estar acurrucada riendo en la cama con Cameron Parker debe de ser lo más parecido al paraíso que hay. Riendo. O gimiendo.

—Te quiero —dice, cuando consigue controlarme y tiene su frente pegada a la mía y sus ojos

clavados en mis ojos.

—Te quiero —repito yo en el mismo tono que ha usado él.

Y es lo último que le digo antes de quedarme dormida pegada a su cuerpo caliente esta noche.

El domingo salimos de vuelta hacia Sacramento bastante después de comer. Me da pena que se acabe nuestro fin de semana. Ha sido perfecto. Justo en eso estoy pensando con la vista perdida en el atardecer que se dibuja en el horizonte al otro lado de la ventanilla. Cam conduce. Y yo estoy rememorando todas y cada una de las veces que me ha dicho «te quiero» este fin de semana. Y cómo me hace sentir.

Estamos a poco menos de una hora de casa cuando el móvil empieza a sonarme en el bolso. Lo recojo de debajo de mi asiento para sacar el teléfono, convencida de que será mi madre. Cam baja la música que suena en este momento por los altavoces para que pueda hablar tranquila. Pero cuando miro el identificador de llamadas veo que no dice «mamá» sino «Vanessa».

Descuelgo y saludo, un poco extrañada. No he sabido nada de ella en todo el fin de semana. De hecho, sé bastante poco de ella desde que estuvimos juntas en la fiesta del fin de semana pasado. Pero cuando oigo su voz al otro lado de la línea, sé inmediatamente que algo va mal. Muy mal.

Le pido a Cam que se desvíe a una zona de descanso y pare el coche en cuanto veo un cartel que indica que hay una a medio kilómetro. Me tiembla el cuerpo entero mientras Vanessa sigue hablando a través de mi móvil. Cameron no dice nada, pero noto sus miradas de reojo constantemente hasta que se desvía al área de descanso. Cuelgo justo cuando él para el motor.

Nos miramos por unos segundos.

—¿Qué pasa, Ash? —Tiene que ser él el primero en hablar porque yo no encuentro las palabras.

Tiene el ceño ligeramente fruncido y parece muy preocupado. No debo de tener muy buena cara. Me tiemblan las manos y apuesto a que tengo la piel del rostro blanca como el papel. Miro sus ojos verdes alternativamente, buscando ese oasis de paz que siempre han conseguido transmitirme. Pero sé que, cuando hable, él va a estar como yo. O peor.

—Es Tyler —digo, en un susurro, que es lo más alto que puedo hablar—. Ha tenido un accidente con la moto.

14

Safe and sound

Cam conduce en el más absoluto de los silencios. Ojalá pudiera saber lo que está pensando. Yo tampoco tengo ganas de hablar, la verdad. Estoy muerta de preocupación. No paro de comprobar el móvil una y otra vez para ver si Vanessa llama o escribe. Pero nada. Menos mal que Cam no ha aceptado mi oferta de conducir yo hasta el hospital. Mi cuerpo sigue temblando y no sé si sería capaz de mantener el control del vehículo tan bien como lo hace él. Lo miro de reojo una vez más. Sigue con la misma expresión. Con la vista clavada en la carretera, con las manos sosteniendo el volante con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos, y con la mandíbula apretada. Yo apenas he podido contestar a ninguna de las preguntas que ha hecho, porque Vanessa no lo ha hecho tampoco cuando he preguntado yo. «¿Está bien?», «¿qué ha pasado?», «¿cuándo?», «¿por qué?». Por qué. No entiendo nada. Y solo he podido decir lo que Vanessa me ha dicho a mí previamente: que una de las animadoras hace voluntariado en el hospital y que la ha avisado de que acababan de llevar a Tyler a urgencias. No sabía mucho más. Troy y ella estaban de camino. Imaginaba que Cam estaba conduciendo y por eso me ha llamado a mí. Mi chico ha tardado unos segundos muy muy largos en conseguir hablar. He visto muchas sombras pasar por sus ojos verdes antes de que volviera a clavarlos en la carretera para poner rumbo al hospital. Y sé que no haber respondido ayer a su llamada es tan solo una de las tantas cosas que lo están consumiendo por dentro. Ojalá supiera qué puedo decir para tranquilizarlo. No hay nada que pueda hacer en el estado en el que estoy yo misma. Hasta me mordisqueo la uña del pulgar mientras veo las luces de las farolas desfilar al avanzar por la calle.

Giro la cabeza hacia él de nuevo cuando noto que su mano roza la mía. Ahora sujeta el volante solo con una mientras con la derecha entrelaza nuestros dedos. Me da un apretón. Pero no dice nada. Ni siquiera despega la vista de la calzada. Yo le devuelvo el apretón. No hacen falta palabras para que nos quede claro lo que queremos decir.

Mi móvil suena con la entrada de un mensaje justo en el momento en que Cameron me suelta la mano para poder maniobrar y aparcar el coche en el parking de visitantes del hospital donde trabajan los padres de Tyler. Lo consulto lo más rápido que puedo.

—Es Vanessa —informo a Cam, al mismo tiempo que él pone el freno de mano—. Dice que acaban de decirles que está bien. Está en una habitación. Está bien —repito para que le quede

claro el mensaje.

Cam gira la llave y la quita del contacto, y luego apoya la frente en la superficie del volante expulsando de golpe el aire de sus pulmones. Yo apoyo la cabeza en el respaldo del asiento, aliviada. Pero aún tengo el susto en el cuerpo. Necesito ver a Tyler y asegurarme de que está bien. Acaricio el pelo de Cam y me suelto el cinturón para poder inclinarme hacia él y besarle la nuca suavemente. Cuando se incorpora y me mira me parece distinguir lágrimas en sus ojos a pesar de la penumbra reinante en el aparcamiento. Me rodea los hombros con el brazo y me atrae hacia él. Escondo la cara en su hombro y él hace lo mismo conmigo.

—Vamos —lo animo, tras depositar un beso sobre la tela de su camiseta en ese punto.

No dice nada. Asiente y se aparta. Bajamos del coche uno por cada lado, pero espera a que yo lo rodee y esté a su altura para cogerme firmemente de la mano y avanzar a mi lado. Antes de que nos haya dado tiempo a entrar suena mi teléfono. Es mi madre, y contesto y le explico en apenas treinta segundos lo que ha pasado y que ya estamos en Sacramento pero que no sé a qué hora volveré a casa. Ella empieza a preguntar y a preocuparse y a lamentarse por el pobre Tyler y cosas de esas que haces incluso cuando la persona accidentada te cae fatal. Tengo que cortarla, y prometer que la llamaré después, cuando me encuentro un cartel de que se prohíben los móviles justo delante de mis narices. Tiro de la mano de Cam hacia la puerta de un ascensor. Él se deja dirigir. También soy yo la que pulsa el botón de la planta que me ha indicado Vanessa en su mensaje. Pero una vez estamos en el largo pasillo es Cam quien me lleva de la mano, y no sé muy bien cómo sabe adónde tiene que ir, hasta que veo a la señora Sparks apoyada en la pared junto a una puerta. Parece que él la ha visto primero.

—Cam —murmura la mujer en cuanto se percata de nuestra presencia.

Se separa de la pared y da dos pasos hacia nosotros para abrazar a Cameron. Él tiene que soltar mi mano para corresponder al abrazo. A la madre de Tyler se le nota de lejos que ha estado llorando. Mucho.

—¿Cómo está? ¿Está bien? —pronuncia él las primeras palabras desde que hemos salido del área de descanso.

—Está bien —suspira la señora Sparks, separa su abrazo y se seca los ojos con el dorso de las manos—. Para lo que podía haber sido... —añade, ahogando un sollozo—. Unos huesos rotos y poco más. —Luego me mira y sonríe como puede, pero le sale una mueca más bien—. Hola, Ashley —me saluda, con cariño—. Pasad a verlo si queréis, Vanessa y Troy acaban de entrar hace un minuto. Voy a bajar a tomar un café con Henry, que acaba de irse.

Cam asiente y, mientras ella ya se aleja por el pasillo, me señala la puerta con la cabeza para que entre yo primero. Ni me molesto en llamar.

Vanessa y Troy vuelven las cabezas a la vez al oír la puerta, de pie junto a la cama. Entre los dos, veo la figura de Tyler sobre un montón de almohadas. No tiene muy buena pinta. Para nada. Tiene el mentón algo amoratado y un corte feo sobre la ceja derecha. El brazo derecho en un cabestrillo y se adivina un vendaje bastante abultado bajo la sábana donde parece estar su pierna

izquierda. Sus ojos color avellana se encuentran con los míos, y Vanessa y Troy se hacen a un lado para permitirme colarme entre los dos a grandes zancadas, sentarme al borde de la cama y abrazarme a él con cuidado. Me rodea con un solo brazo, claro.

—Estoy bien —dice, casi sin voz, antes de que me dé tiempo a preguntar nada—. Ojalá la moto pudiera decir lo mismo —trata de bromear.

—Nos has dado un buen susto —advierto, y me aparto para mirarlo a la cara.

Intenta esbozar una media sonrisa.

—Lo siento. Créeme que no era mi intención pegarme una hostia con la moto.

Y voy a decir algo más, pero me doy cuenta de que él ya está mirando detrás de mí. A Cam.

—Tío... —dice, en tono conciliador.

—¿Qué ha pasado? —Es lo primero que dice Cameron, con voz neutra. Tyler parece tener intención de contestar, pero él no le da tiempo—. Estabas borracho, ¿no? —Su amigo solo responde apartando la mirada—. Eres idiota —escupe Cam, visiblemente muy enfadado—. Eres un jodido idiota.

—Cam... —intervengo, para calmarlo.

—¿Qué coño te pasa por la cabeza? —sigue él, sin escucharme siquiera y alzando la voz.

—Vale. —Se interpone Troy, y empuja el pecho de mi chico con las dos manos para hacerlo retroceder hacia la puerta—. Vale, tío. Vamos a salir de aquí.

Lo saca de la habitación enseguida, y Vanessa suelta un suspiro muy alto, como desaprobando la actitud de Cam. Pero yo lo entiendo. Lo entiendo porque he visto cómo ha venido hasta aquí en el coche. Y seguro que, de todos nosotros, ha sido el que más preocupado estaba. Incluso más que yo.

—Os dejo solos un momento, ¿vale? —decide Vanessa.

Sale rápidamente de la habitación, dejándonos solos a los dos. Yo miro a Tyler en silencio durante dos segundos y eso ya es suficiente para que él esconda la mirada.

—Es eso, ¿no? Estabas borracho.

—Bueno, sí —admite él—. Un poco. Y algo más...

—¿Coca? —adivino.

—Solo una raya —dice, como si eso fuera poca cosa.

—Tyler... —suspiro, con lástima.

—Lo siento, Ash —murmura.

—No, no lo sientas por mí —advierto.

—Cam tiene razón, soy un jodido idiota —repite sus palabras—. Menos mal que estaba solo, y menos mal que no me he llevado a nadie por delante.

—Y menos mal que no te ha pasado nada más que esto —completo—. Podrías haberte matado —le recuerdo, por si no se le había ocurrido pensarlo o su madre no se lo ha dicho ya.

—Estoy vivo —señala.

—Ya te veo —medio bromeo yo—. Pero ¿qué ha pasado con la terapia familiar, con tus

buenas intenciones, con el programa de adicciones? ¿Lo mandas todo a la mierda así?

Tyler baja la mirada. Clava los ojos en la sábana que le cubre el cuerpo hasta la cintura. Parece que no está orgulloso de sus malas decisiones. Y siento que haya tenido que llegar hasta este extremo para ser consciente de eso.

—No es tan fácil...

—Ya. Claro que no —admito—. Pero ¿sabes qué?; que largarte de tu casa, apartar a tus padres y alejarme a mí no hace las cosas más fáciles, sino todo lo contrario. Tienes que apoyarte en la gente que te quiere. Y el que te pasa la coca no creo que te quiera demasiado.

—¿Quién me quiere, Ash? —pregunta, con un hilo de voz. Cuando alza la mirada y se encuentra con la mía veo que tiene los ojos llenos de lágrimas—. ¿Mis padres? Mis padres están hartos de mí, no paro de causar problemas desde el mismo momento en que me llevaron a su casa. Entonces, ¿qué? ¿Tú? —prueba, y por su tono diría que tiene muchas dudas al respecto, y a mí se me llenan los ojos de lágrimas igual que los suyos—. ¿Cam? —Emite un sonido que suena a derrota.

Le pongo una mano en la mejilla con cuidado de no hacerle daño, solo para que no desconecte su atención ni su mirada de la mía.

—No seas así —le pido—. ¿Tienes idea de lo preocupado que está Cam por ti ahora mismo? ¿Y yo qué? No sigas jugando al papel de víctima, Tyler. Tu madre estaba llorando en el pasillo. Troy y Vanessa han perdido el culo para venir hasta aquí en cuanto se han enterado, y Cam y yo también. Hemos venido todo lo rápido que hemos podido, porque necesitábamos ver que estabas bien. Porque estábamos preocupados por ti. Porque te queremos. Eres tú el que no quiere verme, el que no quiere saber nada de mí, ¿no? Lo siento mucho, porque sigo estando aquí. Yo no me he ido y, siempre que quieras que esté, voy a estar. Pero ninguno de nosotros podemos perseguirte y obligarte a dejar de hacer estupideces. No podemos encerrarte ni vigilarte. Y si quieres ayuda vas a tener que pedirla.

—Necesito ayuda —reconoce. Aparta la mirada, y creo que es para que no pueda ver sus lágrimas—. No quiero estar así, Ashley. No quiero ser así —casi solloza—. Quiero ir a la universidad, quiero jugar al fútbol, quiero dejar de ser un capullo que les jode la vida a todos sus amigos. Y quiero estar vivo —añade al final, y me araña un poquito el corazón.

—Estás vivo —confirmo—. Y vas a hacer todas esas cosas. Recuerda que puedes ser quien tú quieras ser.

—Tú siempre viendo la parte buena —suspira, pero sonríe de medio lado—. Siento cómo me he portado las últimas semanas. Siento haberte pedido que te alejaras de mí, Ash. Ya sabes que cuando me porto como un gilipollas no me gusta que tú estés delante —medio bromea—. No fue por ti y no... no fue por Cam. Aunque nos diéramos de hostias en la fiesta de Vanessa. No fue cosa suya. Fue por mí.

—No importa, Tyler —lo tranquilizo—. No importa siempre que dejes de ser imbécil y podamos volver a ser amigos —pongo condiciones.

Me coge la mano sobre la cama, con su brazo bueno.

—Cam es un tío muy afortunado —murmura, con voz queda.

—Tío, no me tires los trastos con la pinta que tienes ahora mismo, estás que das pena, esto no va a funcionar —bromeo, burlona.

Sonríe, todo lo que puede sin hacerse daño, y me da un apretón en la mano a modo de castigo por mi comentario.

—Idiota —suspira, y yo río bajito—. Hablo en serio. Me jode decirlo, pero creo que sois perfectos el uno para el otro —admite, con una mueca—. Pero no se lo digas a él, negaré haberlo reconocido hasta mi último aliento.

Yo sonrío. Me inclino sobre él y le beso la mejilla con mucho cuidado. Cuando me aparto, veo que ha cerrado los ojos. Al abrirlos busca los míos, pero sé que nuestra conversación ya se ha terminado. Que ahora mismo no tiene más tiempo para mí. Que hay otra persona con la que necesita más hablar.

—Quieres hablar con él, ¿no?

Tyler asiente casi imperceptiblemente.

—Si es que quiere hablar conmigo... —lo duda.

—Claro que quiere —aseguro, convencida al cien por cien de mis palabras—. Voy a buscarlo, ¿vale?

Aprieto su mano antes de levantarme del borde del colchón y soltarlo. En cuanto tengo la mano en el pomo de la puerta vuelvo a oír la voz de Tyler a mi espalda.

—Ash —me llama, y giro la cabeza para mirarlo de nuevo—. Gracias.

Le dedico una sonrisa leve, pero no digo nada más. Abro la puerta y salgo de nuevo al pasillo cerrándola tras de mí. Solo unos metros más allá veo a los tres amigos sentados en unas sillas de plástico. Los tres me miran a mí, pero yo centro mi atención solamente en Cam.

—Quiere hablar contigo.

Se levanta al instante. Se acerca hacia la puerta de la habitación y cuando lo tengo frente a mí puedo ver que tiene los ojos ligeramente rojos. Como si se hubiera aguantado las ganas de soltar unas lagrimitas. Se queda quieto cuando le pongo una mano en el pecho al estar a la misma altura.

—No necesita una bronca ahora —le recuerdo suavemente—. No seas muy duro con él, ¿vale?

Cameron se inclina para darme un beso corto en los labios, pero no dice nada ni me da a entender que vaya a tomar en cuenta mi consejo antes de empujar la puerta y entrar en la habitación, volviendo a cerrar tras él.

Yo me acerco para sentarme con Vanessa y Troy. Mi amiga tiene la cabeza apoyada en el hombro de su novio y juguetea con su mano, que tiene sujeta entre las suyas. Yo me dejo caer sobre la silla que Cam acaba de desocupar, justo al otro lado de la jefa de animadoras.

—¿Crees que es una buena idea? —pregunta Vanessa, que se vuelve a mirarme. Le devuelvo

la mirada y alzo una ceja, para que se explique mejor—. Lo de dejar a esos dos solos en una habitación. Sé que Tyler está convaleciente, pero no me jugaría un brazo a que no vayan a partirse la cara otra vez.

—No van a partirse la cara. Y ya es hora de que hablen.

—Eso digo yo —se muestra de acuerdo Troy—. Anda, nena, devuélveme mi mano que voy a ir a sacar un café de la máquina —pide, y espera a que Vanessa se aparte para levantarse—. ¿Queréis algo?

—No, gracias, Troy —respondo yo.

Como para comer o beber algo. Tengo el estómago completamente cerrado. Vanessa también rechaza la oferta y nos quedamos unos segundos en silencio cuando su chico se aleja hacia el final del pasillo. Luego, ella se coloca ladeada en su silla, para mirarme con comodidad.

—¿Qué tal el fin de semana? —pregunta, como quien no quiere la cosa.

—Bueno, muy bien hasta ahora —reconozco.

—Ya —se limita a decir. Cuando la miro veo que se está mordiendo el labio como si dudara sobre decir algo o no—. Y, oye, ¿qué tal con Cam? ¿Estáis bien?

Se me forma una sonrisa bastante tonta, cuando la oigo preguntar eso con tanta prudencia. Bueno, claro, es que tampoco había vuelto a hablar con ella apenas desde la fiesta del sábado. Imagino que ya podrá hacerse una idea, después de la declaración de Cam encima de un altavoz de la que fue testigo todo el mundo. Pero no me importa confirmárselo.

—Sí, estamos bien —respondo a la pregunta.

Ella sonríe levemente también.

—Bien. Menos mal. Cam ha estado bastante inaccesible últimamente —acusa a su amigo.

Ya, que me lo diga a mí. Por suerte, parece que está volviendo a salir el sol en su vida, y él está empezando a ser tan él como siempre. Ese Cam que me encanta.

No decimos nada más, ni podemos cotillear sobre el fin de semana, porque Troy llega con el café y vuelve a sentarse a su lado.

Pasamos un par de minutos en silencio antes de que los padres de Tyler aparezcan juntos por el pasillo. La señora Sparks casi no nos presta atención y se va directa hasta la habitación en la que está su hijo, entrando sin llamar. Cam no tarda mucho en salir después de la interrupción, justo a tiempo para oír al señor Sparks decirnos que deberíamos irnos a casa porque Tyler tiene que descansar.

Yo me pongo de pie para recibir a mi chico cuando se acerca hasta nosotros. Esos ojitos verdes, que antes estaban enrojecidos de aguantarse las lágrimas, ahora lo están porque ha llorado. Y se le nota. Le acaricio la mejilla y él gira la cara para besarme la palma de la mano, con los ojos cerrados. Luego, vuelve a abrirlos para enfrentar mi mirada.

—¿Te acerco a casa?

Acepto inmediatamente. Tampoco hacía falta que lo preguntara, o sea, mi maleta está en su coche, no creo que pensara dejarme tirada aquí para que me cogiese un autobús. Nos despedimos

de Vanessa y de Troy en la puerta del hospital cuando ellos se desvían para ir a buscar el coche de ella. Solo quiero estar a solas con mi chico y abrazarlo y que me deje consolarlo, y pensar que solo estar a mi lado ya puede hacerle sentir mejor. Pero no me da tiempo ni a cogerle de la mano porque en cuanto nos quedamos a solas le empieza a sonar el móvil y él abre el coche con la llave, a distancia, para que yo pueda ir subiendo, antes de contestar.

—Hola, mamá —le oigo decir—. Sí, sí, estamos bien. Lo siento, se me ha pasado llamarte, hace un rato que hemos llegado, pero estamos en el hospital. No, no. Mamá, tranquila, nosotros estamos bien. Tyler ha tenido un accidente con la moto. Sí, está bien. Se ha roto un par de huesos —recuenta por lo bajo—. Ya lo sé. Sí, las motos las carga el diablo —repite lo que le dice su madre, me mira y pone los ojos en blanco, haciéndome sonreír—. Ya nos han despachado de aquí, así que acerco a Ashley a su casa y voy para allá. Llego en media hora o así, ¿vale? Ya te cuento todo luego. Vale. Vale. Oye, llama a Robbie y dile que ya estamos aquí, ¿puedes? Vale, gracias, mamá. Sí, te veo ahora —se despide.

Vuelve a meter el móvil en el bolsillo de sus vaqueros y se monta al volante más deprisa de lo que lo hago yo en el asiento del copiloto.

—Cam... —empiezo cuando estoy acomodada a su lado.

—Ponte el cinturón —me recuerda, cortándome.

Arranca. Me da la impresión de que no quiere hablar. Así que obedezco y me pongo el cinturón. Y respeto su silencio. Conduce con la música sonando suave a través de los altavoces. Dejo que piense. Supongo que después de tanto tiempo tan cabreado con él, ahora necesita unos minutos para pensar en lo que sea que acaba de hablar con Tyler.

En menos de veinte minutos ya ha parado frente a la puerta de mi casa. Y apaga el motor y se suelta el cinturón. Así que yo me desabrocho también y lo miro, en espera de lo que quiera decir. Gira la cabeza, que tiene apoyada en el asiento, para mirarme.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Estoy bien. ¿Y tú? ¿Estás bien? —le devuelvo la pregunta en un tono que deja bastante claro que tengo mis dudas al respecto.

Aparta la mirada y me da la impresión de que se lo está pensando durante unos segundos. Luego vuelve a buscar mis ojos y asiente lentamente con la cabeza.

—¿Y si llega a pasarle algo más que esto? —Empieza a abrirse por fin—. ¿Y si llega a ser peor y yo sin hablarle?

—Tyler está bien, Cam —recuerdo, dulcemente—. Va a estar bien. Los «y si» no importan. No sirven de nada.

—Es mi mejor amigo desde hace cuatro años —señala, como si yo no lo supiera—. Es el único con el que siempre he hablado de todo..., con el que me entendía... —sigue, y sé que puede volver a soltar una lágrima en cualquier momento—. Sé por qué estaba tan enfadado con él. Lo sé. Me acuerdo. Y antes parecía tan importante, Ash. Y, en realidad, podría haberme sentado a hablar con él hace días. Hace semanas. Y solucionar esto. Pero a mí no me dio la gana. Yo no

quería saber nada de él porque estaba celoso. —Suelta una risita irónica después de decir eso—. Pero ¿y si hubiera sido peor? ¿Y si llega a ser peor y yo ni siquiera le cogí el teléfono ayer porque no me apetecía hablar con él?

Baja la mirada y sé que lo hace para ocultar las lágrimas. Cojo su cara entre las manos y lo obligo a mirarme al tiempo que paso mis pulgares por el borde de sus ojos para secarlos.

—Tú no lo sabías, cariño. Nadie podía saber que iba a pasar algo así. La gente se enfada todos los días. A veces por tonterías, pero eso solo se ve con el tiempo. El problema es que nunca sabes cuándo va a ser la última vez que vas a tener la oportunidad de hablar con una persona, ¿no? Pero esta no ha sido tu última oportunidad, así que puedes arreglarlo ahora, ¿vale?

Asiente y se inclina para besarme en la boca, muy suave. Respondo a sus labios y le acaricio el pelo de la nuca, con mimo.

—¿Puedo saber lo que habéis hablado en esa habitación a solas? ¿Habéis estado lloriqueando como unos sensiblones? —me burlo un poco para destensar el ambiente.

Suelta una risita y se aparta de mí, negando lentamente con la cabeza y pasándose una mano por la cara.

—Ashley, estoy llorando, joder, no me hagas reír ahora —protesta.

Me inclino hacia él y le beso la mejilla ruidosamente. Me abraza para impedirme el movimiento cuando empiezo a retirarme.

—Estás muy feo cuando lloras —me meto con él, susurrando en su oído—. Si sigues así ninguna chica querrá acostarse contigo —sigo, y lo oigo reír cada vez un poco más, junto a mi oído.

—Eres tonta —me acusa, y se separa para mirarme a la cara.

—¿Sí? —finjo sorpresa.

—Tonta e increíble —asegura, mucho más serio, antes de besarme los labios de nuevo.

—Tonta e increíble —repito, y asiento con la cabeza tras el beso—. Voy a poner eso en mi descripción en Twitter —bromeo.

—Buena idea. Te representa a la perfección —me pica.

—Te quiero —suelto, sin haberlo pensado antes siquiera y mirando esos preciosos ojitos verdes. Él sonríe, sin enseñar los dientes, como si ya lo supiera—. ¿Qué me dirías si fuera la última vez que pudieras hablar conmigo, Cameron?

Él piensa durante unos segundos y luego asiente, como si ya lo tuviera claro. Me mira a los ojos y se pone muy muy serio.

—Te diría: «Déjame tocarte las tetas por última vez, princesa» —responde, y trata de mantenerse serio, pero se le escapa la sonrisa cuando me ve hacer una mueca.

—¿Sabes lo que te diría yo?

—«Déjame tocarte la...»

Le tapo la boca con una mano y siento el cosquilleo de su risa en la palma.

—No —lo desilusiono—. Diría: «Eres un capullo adorable, Cameron Parker» —recito, y

aparto la mano de su boca lentamente.

Está serio y me mira como si le acabara de decir que le han tocado un millón de dólares.

—Me encantaría que esas fueran las últimas palabras que oyera en mi vida. Grábalo en mi tumba —exagera.

Y yo estampo mi boca contra la suya y lo beso con ganas esta vez. Él responde igual y me abraza contra su cuerpo, de manera muy íntima.

Al final tengo que recordarle que le ha dicho a su madre que pronto estaría en casa y bajarme del coche, a pesar de sus protestas, para que se vaya de una vez. Y eso que no quiero que se vaya nunca. Se baja conmigo, para ayudarme a sacar la maleta.

Mamá sale de casa en cuanto nosotros pisamos la acera. Eso me hace sospechar que ya lleva un rato pegada a la ventana, esperando el mejor momento para interrumpir. Y me abraza y me besa con mucho ímpetu, y repite lo preocupada que estaba porque, claro, cuando oyes que cosas así pasan tan cerca, concretamente a los vecinos, pues ya te crees que tu hija también va a tener un accidente en cualquier momento. Luego, abraza a Cam también, como si fuera su hijo perdido. Y no para de repetir cómo se alegra de que a nosotros no nos haya pasado nada. Qué mujer tan exagerada.

Menos mal que enseguida se vuelve hacia casa, arrastrando mi maleta, para dejar que nos despidamos como es debido.

—Sin contar con lo de Tyler, este ha sido el mejor fin de semana de mi vida, Ash —asegura Cam, en voz baja, con las manos en mis caderas.

—Lo mismo digo, guapo —correspondo, con una sonrisita.

Me besa por última vez y luego lo despacho, pidiéndole que me mande un mensaje cuando llegue a casa. Creo que todos estamos un poco paranoicos después del accidente de Tyler.

Cuando entro en casa paso por el salón a saludar a Eric, pero pronto subo a mi cuarto imaginando que mi madre ha subido allí mi maleta. Cuando llego me la encuentro ahí, con la maleta abierta de par en par y sacando la ropa para lavar como si mi intimidad no fuera una cosa sagrada. Carraspeo para llamar su atención y dejar claro que no debería estar revolviendo mis cosas. Pero en cuanto se gira hacia mí, me arrepiento. De haber llamado su atención. De haber subido a mi habitación. De haber dejado mi maleta en sus manos. Hasta de haber vuelto del viaje. Porque tiene una caja de preservativos entre las manos. Justo la misma caja que salió enterita de aquí el viernes pasado. Y a la que ahora le faltan cuatro preservativos. Ni más, ni menos.

—Ashley —habla la mujer que me dio la vida, en un tono tan calmado que casi me da escalofríos—. Creo que tienes algo que contarme, jovencita.

—¡Ashley! ¿Puedes ayudarme a organizar un poco esto, por favor? —me grita mi madre desde el sótano cuando paso por delante de la puerta abierta al salir de la cocina.

No. Ordenar la basura del sótano es lo que menos me apetece ahora mismo. Miento. Lo que menos me apetece ahora mismo es ordenar la basura del sótano a solas con mamá. Porque lleva cuatro largos días hablando de sexo seguro. Y haciéndose la colega. Y pretendiendo que compartamos confidencias que no tengo la más mínima intención de compartir con ella. Bastante le he contado ya. Debería estar contenta. Las madres de mis amigas aún no saben si ellas siguen siendo vírgenes o no. Se lo imaginarán. Pero no lo saben. Mamá tiene demasiada información sobre mi vida sexual. Y me parece bien, pero no hace falta pasarse, así que hasta aquí han llegado las confesiones. Y si me está llamando a mí para que la ayude, mientras Eric está tirado en el sofá jugando a los videojuegos, eso solo puede significar que quiere que hablemos a solas. Y no. No puedo con más en la misma semana.

Miro el reloj y lanzo una maldición por lo bajo. Aún queda una hora hasta el momento en que he quedado con Cam en recogerlo en su casa para ir a cenar con mis amigas. Una hora me deja tiempo de sobra para un nuevo interrogatorio de mamá.

—¡No puedo! —contesto al asomarme a la escalera para devolver el grito—. ¡Me voy en diez minutos!

Me alegro de haberle dicho que había quedado con mis amigas, pero no haber especificado la hora. Eso me da margen para la mentira piadosa.

—Vaya, hombre —la oigo refunfuñar—. Vale, vale. Pásalo bien. ¡Eric! —grita de nuevo—. ¡Baja a ayudarme a organizar este desastre! —Cambia entonces de víctima.

Suelto el aire que estaba reteniendo en los pulmones en espera del beneplácito para librarme de ayudarla. Sonrío satisfecha mientras subo corriendo la escalera. Ahora tengo que salir de casa en diez minutos si no quiero que me pille en mi mentira y no pueda volver a librarme de tareas indeseadas nunca más.

Le mando un mensaje a Cam para preguntar si le importa que me pase un rato antes por su casa, que necesito salir de la mía ya. Me cambio de ropa apresuradamente mientras espero su respuesta. Después de la cena seguro que vamos a tomar algo, o a bailar un rato. Así que, una vez que me he puesto mis vaqueros ajustadísimos y una camiseta blanca ancha sin mangas que tiene estampado «Don’t Stop» en letras negras, y cuyo costado casi me llega a la cintura, con lo que deja ver los laterales de mi sujetador negro y también mi tatuaje, me lo pienso mejor. Escribo en el grupo de mis amigas para ver qué se van a poner ellas, no vaya a ser que vayan a ir vestidas de gala y yo acuda como una pordiosera. Emily es la primera en contestar y dice que vaqueros y zapatillas. Mia dice que llevará su vestido de mariposas, que es bastante informal, pero que seguro que Grace se pone el vestido de Cenicienta. Antes de que pueda leer la réplica de Grace, que ya está escribiendo, me llega un mensaje de Cam.

> Puedes ir a mi casa cuando quieras, pero creo que *Salem* aún no ha aprendido a abrir la puerta, así que mejor no te vayas tan lejos. Estoy con Tyler, en la casa de al lado. Pásate.

Me acerco a la ventana y me asomo para cotillear un poco. Ahí están, en el jardín. Tyler en

una hamaca, con la pierna en alto, y Cam sentado en el césped, a su lado. Los dos están mirando hacia aquí y me saludan a la vez, con la mano. Qué idiotas. No respondo a su saludo y me aparto de la ventana de inmediato. Me calzo las Converse turquesas y corro hacia el baño para peinarme bien y darme un poquito de color en las mejillas y un pelín de rímel en las pestañas. Nada de pintarme los labios. Al final siempre acabo perdiendo todo el color contra los labios de Cam antes de poder lucirlo, así que no merece la pena. Una vez que estoy satisfecha con mi aspecto vuelvo a mi habitación y recojo el bolso, que me cuelgo al hombro. Cojo las llaves del Audi de encima de la mesa y me las meto en el bolsillo. Luego, recupero el móvil y leo los mensajes que han seguido mandando mis amigas, discutiendo sobre quién es la más pija de todas nosotras. Grace dice que va a llevar pantalones, y que la dejemos tranquila con su exquisito gusto por la moda. En fin, suficiente información para mí. Espero no desentonar.

Bajo corriendo la escalera y les pego un grito a mi madre y a mi hermano para despedirme. Me contestan los dos, pero Eric suena muy enfadado. Creo que piensa que debería ser yo la que estuviese pringando en el sótano. Mala suerte, hermanito. Y menos mal que mi madre está encerrada ahí abajo, si no, no podría haberme puesto esta camiseta. Aunque no creo que me vaya a ser fácil ocultarle lo de mi tatuaje mucho más. Tengo unas ganas horribles de bañarme en la piscina.

Atravieso el jardín para unirme a esos dos chicos tan guapos que están en la casa de al lado. Tyler sigue en la misma postura, pero ahora Cam está de pie y le está contando algo mientras gesticula, escenificando lo que quiera que esté narrando. Tyler se ríe. Me enternece un poco el corazón el verlos así, tan amigos. Ya era hora. Los días pasados no han sido nada fáciles para Cam en lo que respecta al tema de mi vecino. Lo he visto pasar por todas las emociones posibles y no poder decidirse por ninguna. Supongo que siempre han tenido sentimientos encontrados, esos dos. Una especie de amor-odio alargado en el espacio y el tiempo. O más bien amor-competencia. Sé que mi chico ha tenido que trabajar mucho, pero mucho, sus emociones para poder llegar a este punto de nuevo con Tyler. Y no están como hace dos meses, aún no, pero sé que están en el camino para conseguirlo. Cameron ha ido todos los días al hospital. El lunes, cuando operaron a su amigo de la fractura de tibia y peroné. El martes yo lo acompañé en su visita. Y ayer, antes de que mandaran a Tyler a casa por fin. Y hoy está aquí. No me los imagino diciéndose que se echaban muchísimo de menos, como hicimos Emily y yo en su día, pero creo que no hacen falta palabras para que los dos sepan que eso es justo lo que el otro sentía.

—Hola —saludo, al llegar a su altura.

—Hola, Ash —dice Tyler en primer lugar.

Cam se gira hacia mí y me dedica una sonrisa bastante irresistible. Y yo dudo por un momento si debería besarlo o no, aquí, delante de Tyler. Pero no me da mucha opción a pensármelo, la verdad.

—Hola, princesa —dice, sin cortarse un pelo, y luego me da un beso corto en los labios, rápido pero firme.

—Princesa —se burla Tyler, imitando a su amigo—. Vaya cursi estás hecho —se mete con él.

Cam le enseña el dedo medio de la mano izquierda, y Tyler se echa a reír, y luego se queja porque le duele el costado. Mi vecino se mueve un poco en la hamaca para dejar un hueco un poco más amplio junto a su pierna escayolada.

—Anda, siéntate, princesa —sigue, con ese tono de burla, hablando conmigo esta vez.

Le dedico el mismo gesto que acaba de dedicarle Cam y esta vez se ríen los dos. Estoy a punto de recordarle su uso del apodo «muñeca», pero me contengo a tiempo. Mejor callarme. Acepto su oferta y me siento. Lo beso en la mejilla y le pregunto cómo está, solo para escuchar otra vez sus quejas sobre el dolor y sus lloriqueos acerca de su moto. Parece que eso es lo que más le duele. Su moto. La operación de la pierna salió bien y en un par de meses estará como nuevo, o eso dicen. El hombro le duele un poco, pero ya no lleva el brazo inmovilizado. Y tiene un montón de contusiones que deben de doler. Pero, en fin, podría haber sido peor.

—¿Te ha escrito Ryan para invitarte a la barbacoa del sábado? —me pregunta Cam, tras volver a sentarse en el suelo, justo delante de mí.

—¿La barbacoa del sábado para celebrar que Tyler ha vuelto a nacer? —recito las palabras exactas de Ryan, con media sonrisa—. Sí, algo he oído.

—Entonces, vas a ir, ¿no? —habla Tyler, tomando el relevo.

—Depende. —Dejo todas las posibilidades abiertas, por si acaso.

—¿De qué? —preguntan, prácticamente los dos a la vez.

—Le he preguntado si iba Jessica y ha dicho que es probable. Así que de eso depende. Si va ella, yo no voy.

Y sé que sueno como si tuviera tres años, pero es que me da exactamente igual. No tengo ninguna gana de verle la cara a esa tipa. De verdad. Me siento mal por ella y su situación actual, pero, después de todo lo que ha pasado..., de todas sus jugarretas y sus mentiras, no quiero tener nada más que ver con alguien como ella. Ojalá le vaya bien, pero me parece que es mejor para las dos que yo no esté ahí para verlo.

Sé que Cam y ella han vuelto a hablar, tras enterarse de que el bebé no podía ser de él, y mi chico me contó que Jess estaba hecha polvo y confundida, y que, por primera vez, parecía sincera cuando le dio las explicaciones que los dos se debían. Yo no quise que me contara mucho más. Cam es demasiado bueno, y tal vez yo no sea tan capaz de perdonar y olvidar como parece serlo él. Otra razón más para amar a Cameron Parker.

—Ah, Jessica Harris, qué gran persona, ¿eh, Ash? —me pica Tyler, divertido al escuchar el tono en que yo lo he dicho.

Al menos hay alguien que está de acuerdo conmigo acerca de Jessica Harris.

No tardamos demasiado en despedirnos de Tyler y coger el coche de mi padre para ir hasta el centro comercial donde hemos quedado con mis amigas. No importa llegar un poco pronto si eso nos permite un ratito de estar a solas besándonos en el coche. Y eso es lo que hacemos. Cameron está especialmente guapo esta tarde. Puede que como todas las tardes. Lleva vaqueros y

zapatillas deportivas, y una camiseta verde que hace un juego perfecto con el color de sus ojos. No hablamos demasiado. O casi nada. Y, al final, la hora en que hemos quedado casi nos pilla desprevenidos porque, cuando tenemos los labios pegados, yo ya no soy consciente de la velocidad a la que pasa el tiempo.

Mis amigas vienen vestidas exactamente como habían dicho que lo harían. Y Cam se integra al instante con Joe y con Scott y nos dejan cotillear un poquito a solas mientras esperamos a Mia, que viene con Gina y llega un poco tarde. Cenamos en el sitio que Scott había reservado y luego Gina propone ir a jugar a los bolos. Y soy una pésima jugadora de bolos, pero lo paso tan bien que ni me importa. Además, Grace es peor que yo, y eso siempre consuela.

Son más de las diez cuando aparcamos los coches frente a aquel club donde fue el concierto del hermano de Gina. Esta noche no hay música en directo, pero, aun así, hay bastante gente en el local. Los chicos se piden algo de beber y enseguida se alejan hacia una pantalla enorme que retransmite un partido de baloncesto. Y Gina dice que nos quiere dejar a solas para que critiquemos a nuestras parejas y que esta noche le toca unirse a los chicos, así que se va con ellos a hablar de deportes. Yo tengo un vaso con Coca-Cola en la mano y estoy mirando a Cam como si no hubiera nada más en el mundo porque él está hablando con Joe y se ríe, y echa la cabeza hacia atrás, y está tan guapo que no me quedan neuronas para atender a ninguna otra cosa. Sobre todo, porque me acuerdo de la última vez que estuvimos aquí. De lo mal que estábamos los dos. De lo que pasó en su coche en la vuelta a casa y cómo me hizo sentir.

—Tierra llamando a Ashley. —Oigo la voz de Mia justo a mi lado—. Si sigues babeando así por él no se fijará en ti en la vida —se burla.

—Ja, ja —me limito a decir yo, con pocas ganas.

—Y ahora que estamos solas, chicas —empieza Emily, y ya sé por dónde va a ir la cosa. La conozco demasiado—. ¿Qué tal si brindamos por la virginidad perdida de Ash? —propone al tiempo que levanta su vaso de tónica.

Las otras dos tontas levantan también sus vasos entre risas. Y tengo que ceder, claro. Y brindar con ellas.

Durante cerca de una hora bailamos y hacemos el tonto. Gina vuelve con nosotras, aburrida del baloncesto. Y los chicos también terminan uniéndose a la diversión. Me encanta ver cómo Cam interactúa con todos ellos. Con Scott y con Joe, que ya son muy colegas suyos desde hace tiempo. Con Gina, la prima de su ex, pero encontrándose ahora en un contexto completamente nuevo. Y con mis amigas. Sé que las tiene a todas de su parte. Incluso a Mia, con lo enfadada que estuvo con él hace solo un par de semanas. Y sobre todo a Emily..., a Emily la tiene totalmente en el bote. Sé que, si se le ocurriera guiñarle el ojo, ella se moriría del todo. Pero, bueno, tengo que quererla tal y como es. Con sus locuras. Tampoco es que me sorprenda lo integrado que se ve a mi chico con la gente que más especial es para mí. Al fin y al cabo, él encajaría en cualquier sitio. Es un encanto. Tiene don de gentes. Es imposible resistirse.

Y resistirme es precisamente lo que no puedo hacer cuando él desaparece un momento para ir

al baño. Así que lo sigo. No entro, que tampoco estoy tan desesperada. Pero lo espero en la puerta. Cuando sale parece sorprendido de verme ahí, pero no le doy mucho margen para reaccionar. Me pego a sus labios enseguida. Me pongo de puntillas y me cuelgo de su cuello y él rápidamente rodea mi cintura con los brazos y me estruja un poquito.

—Gracias —le digo cuando me separo de sus labios.

Alza las cejas.

—¿Por qué?

—Por ser así —respondo, con la vista clavada en sus ojitos—. Por ser tan encantador y tan adorable, y por hacerte amigo de los chicos y por llevarte bien con mis amigas... —recuento.

Me pone un dedo en los labios para que me calle y ensancha la sonrisa cuando se lo muerdo suavemente.

—No es ningún esfuerzo, Ash. Scott es genial y Joe también es un buen tío —reconoce—. Y me caen muy bien tus amigas. No tienes que darme las gracias por quedar con ellas, no es un sacrificio para nada.

—Ya. —Me muerdo el labio.

Si es que no puede ser más perfecto. Imposible.

—Lo que sí es un sacrificio es que estés así de increíblemente buena esta noche y me tenga que aguantar las ganas de meterte en el baño ahora mismo y hacerte gemir muy alto —dice con una voz ronca extremadamente sensual.

Mi cuerpo se activa inmediatamente en respuesta. Mierda. Me tiene donde quiere. Y es obvio. Demasiado. Aunque no importa, ¿no? Es Cam. Y sé perfectamente que no va a utilizar eso en mi contra. Sino todo lo contrario.

—No te lo tengas tan creído —respondo, en tono burlón—. Tampoco me haces gemir tan tan alto.

Sonríe de medio lado y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Aún tengo mucho que aprender —admite—. Y quiero saberlo todo de ti, princesa. Todo lo que te gusta, y cómo te gusta.

—Y yo quiero saber lo que te gusta a ti —correspondo.

—A mí me gustas tú —deja claro antes de enredar su mano en el pelo de mi nuca y acercarme a sus labios de un tirón.

Y creo que está todo dicho, por el momento. Grace y Joe se han ido hace ya unos cuantos minutos, así que creo que no pasa nada porque yo sea la siguiente en desaparecer. Estoy segura de que mis amigas lo entenderán. Y estoy más segura cuando, un ratito después, mientras Cam me besa el cuello y acaricia mis costados a través de las aberturas de la camiseta, abro un poco los ojos y las veo. Justo enfrente, a espaldas de Cam, y están mirando lo que hacemos sin ningún disimulo. Emily y Mia se ponen a hacerme gestos obscenos en cuanto se dan cuenta de que han captado mi atención. Las muy idiotas. Y lo peor es cuando Gina y Scott se unen a ellas. Menuda

pandilla. Les enseño mi dedo corazón sin dejar de acariciar la nuca de Cam con la otra mano y los veo reírse. Estúpidos.

Quería irme sin despedirme siquiera, pero Cam no me ha dejado. Qué bien educadito él. Así que hemos pasado a decir adiós a los cuatro que se quedaban. Y se han burlado de mí un poquito más, cuando Cam no miraba, claro. Ahora estamos en mi coche y Cam acaba de sugerir que vayamos a casa de su padre, que parece que vive mucho más en San Francisco que aquí.

—Me encanta tu tatuaje, es muy sexy —murmura mientras yo conduzco.

Estira la mano para acariciarlo suavemente y yo lo aparto de un manotazo.

—Estoy conduciendo —advierto—. No me distraigas.

—Vale —cede, con una risita, y se coloca recto en su asiento, sin mirarme—. Pero ¿puedes no conducir como una abuela y pisar un poco el acelerador? —me pica.

—Yo no conduzco como una abuela —protesto.

—Si me hubieras dejado conducir a mí, ya estaríamos allí. Tengo un poco de prisa por que retires eso que has dicho de que no te hago gemir tan tan alto —me imita.

Solo la expectativa ya me tensa por completo el abdomen. Joder, voy a pisar un poco más el acelerador. Total, la calle está vacía a estas horas.

—No llevo condones. —Es lo primero que se me ocurre decir.

Pero es que es verdad. No se me ha ocurrido coger. Tampoco planeaba que la noche fuera a acabar así, por muchas ganas que tuviera. Quedan menos de dos horas para mi hora límite de llegada a casa. Así que a lo mejor sí que tengo que conducir un poco más deprisa.

—Yo llevo uno en la cartera. —Me sorprende Cam—. ¿Qué? —pregunta cuando lo miro de reojo—. Soy un chico precavido. E imaginaba que intentarías seducirme —añade, con ese tonito burlón que suele utilizar únicamente para molestarme.

Pero esta vez no me molesta. Porque me alegro de que sea un chico precavido.

Aparco en la puerta de la casa de su padre, y Cam me guía directamente hasta su dormitorio. Creo que los dos tenemos un poco de prisa. Se nota por la velocidad con la que las prendas de ropa van cayendo al suelo. Pero es que, claro, es difícil encontrar un momento de intimidad así con nuestras madres revoloteando por casa todo el día.

—¿Te acuerdas de la primera vez que estuve aquí contigo? —pregunto, ya en ropa interior, entre beso y beso, de pie delante de la puerta cerrada del cuarto.

—Ah..., ¿esa fuiste tú? —me pica.

—Gilipollas —murmuro contra su boca, y él se ríe a carcajadas, contagiándome enseguida.

Pero no es reírme precisamente lo que estoy haciendo bastantes minutos más tarde, sentada sobre su regazo, a los pies de la cama. Esta postura es nueva para mí. Cierro los ojos y pongo las manos en su pelo al tiempo que él cubre uno de mis pezones con su boca, sin dejar de moverse en mí. Sus manos me sostienen firmemente por las caderas, con los dedos clavados en mis nalgas, ayudándome a seguir el ritmo que yo marco. Y ya ha tenido que pedirme que vaya un poco más despacio un par de veces. Pero me siento a punto de explotar de placer, y necesito

dejarme llevar de una vez, así que hago un pelín más bruscos mis movimientos. Cam no protesta. Yo echo la cabeza hacia atrás y me besa el cuello, más rudo de lo que ha sido con anterioridad. Un poco más y...

Me freno en seco cuando oigo un ruido fuera de la habitación. Me ha parecido totalmente como si se cerrara de golpe la puerta principal de la casa. Siento los ojos de Cam fijos en mi cara y lo oigo tomar aliento y sé que está a punto de decir algo como «¿qué pasa, princesa?». Pero no le da tiempo.

—¿Cam? —llama una voz masculina desde el salón.

Y esta vez lo hemos oído los dos. Muy claro.

—Mierda —sisea él, y me aparta de encima rápidamente—. Mi padre.

Lo dice como si necesitara que me lo aclarara. Como si yo no me hubiera dado cuenta ya. Bueno, está bastante claro que es su padre, ¿no? Me levanto lo más rápido que puedo y empiezo a recoger mi ropa del suelo frenéticamente. Sé que estoy más roja que un tomate. Y tengo el corazón retumbando en mi pecho, tan alto que creo que el señor Parker debe de estar oyéndolo desde el salón.

—¡Voy, papá! Un momento —le pide, en un grito.

Es mucho más rápido que yo. Aún estoy luchando con el cierre de mi sujetador cuando él ya se ha vestido de cintura para abajo. Hasta se pone las zapatillas, sin desatar los cordones. Me lanza una mirada de disculpa mientras yo lucho por meterme en mis pantaloncitos superajustados. Sale poniéndose la camiseta y cierra la puerta para dejarme intimidad. De repente, ya no tengo tanta prisa. Lo último que quiero en el mundo es salir y encontrarme cara a cara con el padre de mi novio después de que nos haya pillado montándonoslo en su casa.

Pero supongo que tampoco puedo quedarme toda la noche aquí encerrada. Me pongo la camiseta y me siento a los pies de la cama para ponerme las zapatillas. Oigo sus voces atravesando la puerta, pero no entiendo lo que hablan. Me aseguro de tener el aspecto más presentable posible antes de salir a escena. Me muero de vergüenza. Y entiendo mejor que nunca la expresión «tierra, trágame». En cuanto abro la puerta lo escucho todo con mucha más claridad:

—¿Esto es lo que haces cuando yo estoy en San Francisco? —oigo decir al señor Parker, seriamente.

—Claro que no. Es que... —está intentando justificarse Cameron.

La escena no ayuda mucho. Se ha vestido, sí, pero tiene la camiseta arrugada y no tan bien colocada como debería, y el pelo revuelto. Y, por si fuera poco, mi bolso está tirado en uno de los sofás, y las llaves de mi coche a unos centímetros de distancia del resto.

Mi chico no dice más, porque su padre centra por completo la atención en mí, así que se vuelve un poco para mirarme, también.

—Vaya —dice el hombre, con una sonrisita casi burlona—. Tú debes de ser la famosa Ashley, ¿no?

La famosa Ashley. ¿Eso quiere decir que su hijo le ha hablado de mí? No sé muy bien qué

decir y dudo antes de estrechar la mano que me tiende.

—¿Sabe tu madre que usas mi casa como picadero? —vuelve a hablar con Cam, en un tono más bajo.

Parece como si creyera que así yo no puedo escucharlo o algo así. Miro bien a ese hombre que tanto hace sufrir a mi chico. Siempre me lo he imaginado con un aspecto amenazante, con un aura negra o algo parecido. Pero la verdad es que se parece bastante a sus hijos. Es más o menos de la misma altura que Cam, moreno, con algunas canas aquí y allá. Tiene una cara afable y su aspecto no es nada intimidante. Incluso dadas las circunstancias. No me lo imagino diciéndole a Rob por teléfono que no lo considera su familia. O prometiéndole a Cam cosas que luego nunca cumple. Pero no hay duda de que lo hace.

—Papá —protesta él ante la pregunta—. No digas «picadero» como si me trajera aquí a cualquiera todos los días —advierte.

—No, claro. —Sonríe su padre, de medio lado—. Ashley —dice, dirigiéndose a mí—. Lamento que las circunstancias no sean las más propicias para conocernos. ¿Qué tal si os invito a los dos mañana a comer y hacemos las presentaciones como es debido? —propone.

Yo miro a Cam, que está poniendo cara de incredulidad absoluta y, por lo que detecto, parece que no le apetece en absoluto aceptar la propuesta. Pero es que su padre me está mirando a mí. Y yo no puedo decir que no así como así.

—Claro. Estaría muy bien —digo, educadamente.

Lo cierto es que siento cierta animadversión por el hombre que tengo delante. Y lo que menos me apetece en el mundo es una incómoda comida con él mañana. Aun así, no hay nada que pueda hacer. Estoy condenada a acudir.

—Estupendo. —Se da por satisfecho, dedicándome una sonrisa antes de volverse de nuevo hacia su hijo—. ¿Te quedas a dormir aquí hoy?

—No —rechaza Cam—. No, ya nos vamos.

—Bien. Te llamo mañana para decirte dónde he reservado —responde su padre, con tono relajado.

Cam coge mi bolso y las llaves de mi coche y me lo pasa todo antes de señalarme la puerta.

—Ve arrancando el coche, ahora voy —me da indicaciones, con voz suave.

Asiento y respondo a media voz al «Encantado, Ashley» que me dedica su padre antes de que pueda salir de la casa.

Cam se sube al asiento del copiloto dos minutos después.

—Lo siento, Ash. —Es lo primero que dice, incluso antes de que me dé tiempo a mirarlo con cara de pocos amigos.

Escondo la cara entre las manos y lanzo un suspiro muy largo.

—Dios, qué vergüenza —me lamento—. ¿Es que no sabías que iba a volver?

—No, se supone que no volvía de San Francisco hasta mañana por la tarde —se defiende Cam.

Niego con la cabeza y arranco el coche para alejarme de allí cuanto antes. Pongo rumbo a casa de Cam, a la de su madre, y recorremos unos cuantos metros en silencio.

—Bueno, pues ya has conocido a mi padre —suelta, despreocupadamente.

Y me hace gracia el modo en que lo dice, así que me río. Y él se ríe conmigo. Y acabamos riendo los dos como un par de idiotas durante cerca de un minuto. Sin poder parar.

—Tenías que ver la cara que has puesto —me burlo de él—. «Mierda, mi padre» —lo imito burlonamente.

—¿La cara que he puesto yo? ¿Y la cara que has puesto tú? —me la devuelve él—. Parecía que acababas de vivir un *poltergeist*.

—¿Es tu venganza por lo de mi madre contando los preservativos que faltaban en la caja? —bromeo.

—No, no, esa aún te la debo —corrige.

—Ya verás cuando mi padre vuelva de Japón. Te vas a cagar... —amenazo, por mi parte.

Lo dejo en casa y bromea un poco más sobre lo que debería ponerme mañana para comer con su padre. Quedamos en que me llamará para darme los detalles en cuanto los tenga y que pasará él a buscarme con su coche. Antes de que me vaya me hace prometer que le voy a mandar un mensaje en cuanto llegue a casa.

Mi móvil suena con la entrada de un mensaje cuando estoy aparcando en el garaje. Me imagino que será él, impaciente por saber si he llegado o no. O mandando un mensajito ñoño. Simplemente diciendo que me quiere. Eso es algo que hace mucho cuando hace tan solo unos minutos que acabamos de decirnos adiós.

Quito la llave del contacto y recupero el teléfono para consultarlo. Pero no es Cam. Es Vanessa. Casi a la una de la madrugada.

> Tengo un conflicto de lealtades bastante importante aquí, pero las dos sois mis amigas y me veo obligada a hacer de intermediaria. ¿Podemos vernos mañana? Jess quiere hablar contigo.

15

Bad blood

Abro el sobre que me tiende Cam mientras él ya conduce hacia el restaurante donde hemos quedado con su padre. Estoy un poco nerviosa por la comida. No es precisamente lo que más me apetece para el día de hoy el pasarlo con ese señor. Pero supongo que puede que esto sea importante para mi chico, así que me aseguro de no poner mala cara en ningún momento. Ya las he puesto todas con mamá mientras elegíamos la ropa que debía ponerme para un encuentro tan importante. Ni que decir tiene que mi madre se ha partido de risa cuando le he contado la historia de cómo conocí al señor Parker. Al principio no quería contarle lo que pasó anoche, claro. Porque solo me faltaba que ella se piense que, cada vez que salgo de casa para ver a Cam, vamos a acabar en una casa vacía. Pero ya se imaginaba que íbamos a tener algún tipo de encuentro sexual, según dice ella, porque somos jóvenes y estamos enamorados, y prefiere que tengamos algún lugar en el que estar a solas antes de que lo hagamos en el coche. Qué moderna es mamá. Al final, me ha ayudado a decidirme por un vestido adecuado para la ocasión. Creo que estoy bastante presentable. Mucho más que eso, por lo que dice Cam. Saco el folio plegado en tres que mi novio tiene tanta prisa por que vea y sonrío en cuanto veo el membrete de la Universidad de Oregón en una de las esquinas superiores. La oferta de los patos. La leo por encima, aunque sé perfectamente lo que dice.

Me estiro todo lo que me permite el cinturón de seguridad y lo beso en la mejilla varias veces, con mucho entusiasmo. Él se ríe.

—Ashley, por favor, que estoy conduciendo —me recuerda para calmarme un poco, en tono burlón.

—Ahora ya es oficial. ¿Ya te lo crees de verdad? —pregunto, y se limita a sonreír con la vista fija en la carretera—. Le habrás pintado el ojito al *daruma* para darle las gracias por conseguirte esto, ¿no? —lo pico.

—Claro que no —dice, muy serio—. Te estaba esperando a ti para eso.

Sonrío enternecida al oírlo. Menos mal que ha tenido en cuenta eso de esperarme. No querría perderme pintar ese ojo con él por nada del mundo.

Cuando llegamos al lugar donde hemos quedado con su padre, tengo que volver a preguntarme si mi aspecto es el adecuado. Tampoco es que Cam vaya vestido con traje ni nada.

Lleva sus chinos azules y una camisa blanca, pero con zapatillas. Y yo voy con mi vestido arreglado pero informal y con sandalias con cuña. Pero es que este restaurante tiene aparcacoches. O sea, en serio, un tipo de uniforme que coge las llaves del coche de Cam y se lo lleva. Madre mía, yo no había estado en un sitio así en mi vida. Y seguro que es carísimo.

Cameron me pone una mano en la parte baja de la espalda para guiarme hacia el interior, con una sonrisita burlona pegada a los labios ante mi cara de incredulidad. A él no lo pilla de nuevas, claro. Imagino que no es la primera vez que está aquí. Habla con el *maître*, sin apartar su mano de mí y el hombre nos deja pasar indicándonos el camino hacia la barra, donde el señor Parker ya nos espera. Nos dedica una sonrisa al ver que nos acercamos. Está bebiendo algo de color ambarino con hielo en un vaso corto de cristal. Va vestido con vaqueros, pero lleva zapatos y camisa y una americana. Me pregunto si no se estará muriendo de calor. El caso es que es un hombre atractivo. Me imagino que Cam será muy del estilo cuando tenga su edad, aunque bastante menos gilipollas, así que es buena señal que me lo parezca.

—Hola, chicos —saluda cuando llegamos a su altura.

Le da un abrazo corto a su hijo y una palmadita en el hombro antes de centrar su atención en mí. Me tiende la mano y me la estrecha, justo como anoche, pero luego, en vez de soltarla, se la lleva a los labios y deposita un beso en el dorso. Menudo canalla. Me da la impresión de que es un auténtico don juan.

—Es un placer volver a verte, Ashley. Estás muy guapa —piropea, con media sonrisa—. ¿Queréis algo de beber mientras nos preparan la mesa?

Intenta convencer a Cam de que tome una cerveza, pero él lo rechaza y pide una limonada. Y yo pido té helado. Porque necesito tener algo entre las manos para saber qué hacer con ellas, más que porque realmente me apetezca. Una vez que tenemos nuestras bebidas, el señor Parker vuelve a centrarse en mí, para preguntarme si me gusta el restaurante que ha elegido y si había estado aquí alguna vez antes. Me da bastante la impresión de que le satisface que mi respuesta a eso último sea negativa. Como si tuviera el monopolio de los restaurantes exclusivos de la ciudad.

No tardan en avisarnos de que la mesa está lista y el padre de Cam apura su bebida antes de dirigirse hacia donde el *maître* nos señala. Cameron y yo nos llevamos nuestras bebidas y él me coge de la mano y me da un apretón, sin decir nada, justo cuando llegamos a la mesa. El señor Parker me aparta la silla y todo, como un auténtico caballero. Y yo le doy las gracias, pero miro de reojo a Cam, que está poniendo cara de no estar muy contento con la actuación. Un camarero nos trae tres cartas enseguida y pasamos unos segundos en silencio estudiándolas. Estoy sentada a la derecha de Cam y justo enfrente de su padre, en una mesita cuadrada. Me intimida un poco que cada vez que levanto los ojos de la carta tenga que encontrarme con los de ese hombre. Y, por cierto, los tiene de un verde muy parecido al de su hijo. Cam se inclina hacia mí para hablarme al oído, mientras su padre ya está preguntando al camarero algo acerca de los vinos.

—Pide lo que quieras —me tranquiliza, y casi pienso que me está leyendo la mente.

—Es muy caro —protesto, a media voz.

—No se va a arruinar —responde, en un tono burlón no tan alegre como debería.

—Ya, pero...

—¿Ya lo sabéis? —nos interrumpe el señor Parker, que mantiene al camarero a la espera.

Cam me mira y alza las cejas, y yo pongo cara de duda, pero aun así mi chico va y dice que sí, para meterme un poquito más de presión y que no pueda darle demasiadas vueltas al precio, supongo. Así que primero pide su padre, encargando también una botella de vino y una de agua. Luego, pide él y, finalmente, yo decido copiarle y pedir lo mismo, para asegurarme de que no me paso con mi elección.

—Bueno, Ashley —dice el señor Parker en cuanto el camarero nos recoge las cartas y se retira—. ¿A qué se dedican tus padres?

Me parece una pregunta un poco fuera de lugar para romper el hielo. A lo mejor simplemente porque ya venía predispuesta a que este hombre no me cayera demasiado bien. Pero es que no sé si tiene mucho que ver a qué se dedican mis padres con el hecho de que yo esté saliendo con su hijo. Me suena un poco elitista. Pero tengo que contestar, ¿no?

—Mi padre es piloto. Y mi madre estudió Periodismo y escribe una columna semanal en *The Sacramento Bee*, así que trabaja en casa desde que nací yo —le cuento.

—Eres la hija de Peter y Julia Bennet —dice él, y no suena como una pregunta, pero, aun así, asiento—. Un buen hombre tu padre —añade, y parece satisfecho con lo que descubre sobre mí —. Le eché una mano con unos negocios hace unos años. Vaya, y ahora nuestros hijos saliendo juntos. Qué pequeña es esta ciudad. ¿Y qué haces el año que viene? ¿Vas a la universidad? Tu padre me dijo una vez que querías ir a Stanford, ¿no?

Menuda memoria tiene el hombre. Para lo que quiere, claro. Para acordarse de su hijo, cuando él más lo necesita, parece que no le funciona tan bien.

—Pues sí, eso quería, pero no he entrado —respondo, y me doy cuenta de lo despreocupada que sueno al decirlo. Parece que Stanford ya ha dejado de doler. Noto la pierna de Cam pegándose a la mía por debajo de la mesa y me siento arropada, aunque no esté tan afectada como pensaba que estaría—. Iré a la Universidad de Chicago el próximo curso.

Enseguida se interesa por lo que voy a estudiar, y por qué esa carrera, y todas esas cosas de las que les gusta hablar a los padres. Pero a mí no se me ha pasado desapercibido el mohín que ha hecho con los labios cuando he dicho que no había entrado en Stanford. Lo he visto perfectamente. Cam interviene bastante en nuestra conversación, siempre intercediendo en mi favor, por supuesto. Y, cuando ya estamos comiendo, su padre pregunta por cómo empezamos a salir juntos y yo dejo que sea Cameron quien responda a las preguntas complicadas. Que yo ya he tenido que contestar bastante a mis propios padres. A pesar de que no se muestra desagradable en ningún momento, no termino de sentirme cómoda con este hombre. Debe de ser por mis prejuicios acerca de él. O porque ayer nos pilló echando un polvo en su casa...

En general, la comida no está yendo mal. Tengo que reconocerlo. Pero no es que el hombre

esté demasiado pendiente de Cam, tampoco. La verdad es que estamos centrando casi toda la atención en mí. Y, aunque lo entiendo, no me parece muy justo. Porque Cam acaba de recibir su carta de la Universidad de Oregón, y eso es importante, ¿no? Bueno, y también porque nunca me ha gustado ser el centro de atención. Cuando el señor Parker pregunta si me gustaron las vistas desde la azotea del US Bank Tower, siento que me pongo un poco roja al instante. Y tengo que contestar que son impresionantes, claro. Ahora sí que tengo ganas de alejar la conversación de mí. Así que aprovecho mientras nos sirven los postres para susurrarle a Cam al oído si no piensa contarle a su padre lo de la oferta de los patos. Me da la impresión de que duda. Bastante. Pero finalmente asiente y saca el sobre doblado del bolsillo de atrás de su pantalón.

—Papá —llama su atención antes de tendérselo—, me ha llegado esto hoy.

Parece muy nervioso cuando se lo da y tengo que fruncir el ceño al notar lo tenso que está. ¿Por qué? Son buenas noticias. Debería estar deseando compartirlas con su padre. Yo estaría deseando compartirlas con el mío, al menos. Pero sé bien que la relación que Cam tiene con su padre es complicada ahora mismo. El señor Parker deja su cucharilla en el plato para coger el sobre y abrirlo. Lo veo alzar una ceja mientras lee el papel. Luego vuelve a doblarlo y lo guarda de nuevo, manteniéndose serio, para devolvérselo a su hijo. Cameron lo recupera y lo mantiene en su mano. El hombre coge la cucharilla de nuevo, con toda tranquilidad, para seguir con su postre.

—Los patos de Oregón —dice, y niega un poco con la cabeza—. Bueno, está bien que tengas opciones —deja caer, como sin darle importancia.

—¿Opciones? —repite Cam en forma de pregunta.

—Los de Florida State han hecho una temporada mejor que la de los patos, van a colocar muchos jugadores en la NFL —se limita a responder su padre como si con eso todo quedara explicado.

—En Florida no puedo estudiar lo que yo quiero —rebate Cam, en un tono levemente apagado.

—Pues estudia otra cosa. —El señor Parker encuentra la solución, sin ni siquiera mirarlo—. Si llegas a la NFL...

—No quiero jugar en la NFL.

Yo tengo el corazón en un puño y me arrepiento de haberle sugerido que le contara lo de los patos, pero es que tenía que hacerlo tarde o temprano. Este señor es un capullo de primera, y ahora no me queda ninguna duda al respecto.

—No digas tonterías —sigue, sin querer escuchar a su hijo—. Si jugaras en un buen equipo universitario como el de Florida, podrías llegar a fichar por algún equipo de primera sin problemas, incluso quizá en el Florida podrías llegar a jugar de quarterback.

Eso me duele hasta a mí. Puede que me duela a mí más que a Cam, pero viendo la expresión de su cara creo que vamos los dos más o menos a la par.

—No me escuchas, papá —protesta, a media voz—. No es que no pueda llegar a la NFL, es

que no quiero llegar a la NFL. No quiero pasarme ocho años jugando al fútbol y tener que retirarme a los veinticinco. No es eso lo que quiero.

El señor Parker le presta más atención entonces. Vuelve a dejar la cucharilla en el plato y lo mira seriamente.

—¿Y qué es lo que quieres? —pregunta, con media sonrisa burlona que me da ganas de coger mi vaso de agua y tirárselo a la cara. Menos mal que mis padres me enseñaron un poquito de autocontrol—. Estar fuera del campo mientras otros hacen las cosas importantes. ¿Eso?

—¿Importantes para quién? —rebate Cam, y me siento bastante orgullosa por su salida y por cómo lo dice.

Su padre niega con la cabeza y hace un gesto con la mano para terminar la discusión.

—Ya hablaremos de esto cuando hayas tenido tiempo de pensarlo —resuelve—. Entiendo que no te sientas del todo bien, no estás en la mejor posición, pero eso no importa ahora porque no tienes que jugar de receptor toda tu carrera. Si entras en el equipo de Florida puedes llegar a quarterback en la siguiente temporada y...

Menuda fijación tiene el tío. Con el maldito equipo de Florida y con ser un puñetero quarterback. Intento contenerme, de verdad que sí, pero, de repente, me sorprendo a mí misma oyendo mi propia voz que interrumpe su discurso. Y ellos también parecen sorprendidos cuando dirigen la mirada hacia mí, los dos al mismo tiempo.

—Con el debido respeto, señor Parker, no creo que ser quarterback o receptor tenga nada que ver en el asunto. Y no sé si ha visto usted los partidos del equipo del instituto este año —digo, aunque sé perfectamente que no lo ha hecho—, pero, en mi opinión, el quarterback no hace mucho más que recoger el balón y pasarlo, y Cam ha sido la verdadera estrella del equipo, sin lugar a dudas. No veo por qué la figura del receptor no le parece una buena posición. —Planteo el debate.

Cam me da una patadita floja por debajo de la mesa. Pero es que no me voy a callar. Vaya, es que no puedo.

El señor Parker está mirándome interesado y me sonríe en un gesto bastante condescendiente.

—¿Entiendes de fútbol, Ashley?

—Pues no. No tengo ni idea de fútbol —reconozco, y él hace una inclinación de cabeza, pero lo que me transmite a mí es un «no hay más preguntas, señoría»—. Pero me paso el día oyendo hablar a gente que sí que la tiene. Y todos dicen que Cameron es el mejor jugador del equipo, así que suponía que estaría usted muy orgulloso de su hijo, señor —dejo caer, como sin darle importancia.

—Claro que sí —se pronuncia él—. Y, precisamente porque es mi hijo, quiero el mejor futuro para él. No pretendas que alguien que lleva un mes con él y no tiene ni idea de fútbol sepa lo que es bueno para su futuro mejor que yo —ataca.

—No le hables así —interviene Cameron, con la voz firme y mirando a su padre desafiante.

Él lo mira por un segundo y luego sonríe un poco. Niega con la cabeza lentamente antes de

volver a mirarme a mí.

—Perdóname, Ashley —dice, pero no me parece demasiado sincero. Enseguida vuelve a mirar a su hijo—. Toda esta tontería de los estudios y los patos y la Universidad de Oregón es cosa de tu hermano, ¿no? —Suelta un suspiro cansado.

—¡Vaya! Me sorprende que te acuerdes de que tengo un hermano —gruñe Cam.

Y ahí sí que tengo que contener el aliento por unos segundos. Esto se les puede ir de las manos muy rápidamente. Y no es solo que yo no quiera ser testigo de ello, es que no quiero que Cam tenga que pasar por esto con su padre.

—Cuidado con lo que dices, Cameron —advierte el señor Parker—. No vamos a discutir delante de Ashley —lo frena entonces—. Vamos a pedir unos cafés y a hablar de cosas menos serias. Hablaremos de la universidad y de tu futuro otro día, más tranquilos. ¿Queréis café?

Llama al camarero y así termina con la discusión que venía formándose sobre la mesa, pero no con la tensión. Cam está apretando fuerte el sobre que aún tiene entre los dedos y, mientras su padre habla con el camarero para pedir los cafés y la cuenta, yo estiro el brazo hasta alcanzar el papel y se lo quito con delicadeza, aprovechando para acariciarle la mano. Me mira y yo le sonrío levemente tratando de transmitirle mi apoyo, y guardo el sobre en mi bolso para devolvérselo después.

—Siento que hayamos tenido este momento un poco desagradable, Ashley. No creas que siempre somos tan gruñones —trata de bromear el padre de mi chico cuando ya tenemos los cafés delante—. No me gustaría que te llevaras una mala impresión —añade, y me dedica media sonrisa encantadora.

A mí me parece un falso y exactamente igual de capullo a como me lo venía imaginando. Pero no puedo decir eso. Más bien, no debo decir eso. Así que me muerdo la lengua. Pero no me quedo callada.

—Claro que no —lo tranquilizo, con la misma sonrisa falsa que luce él—. Tiene usted unos hijos maravillosos, señor Parker —alabo, utilizando el plural a propósito—. Encantadores, educados y, sobre todo, muy buenas personas. Imagino que todo eso lo han aprendido en casa.

«Pero no de usted.» Eso último no lo digo en voz alta, por supuesto. Pero ahí queda dicho. Y, por lo menos, yo me he quedado medio a gusto.

Me monto en el asiento del copiloto del Honda en cuanto el aparcacoches le devuelve a Cam sus llaves. Aún me hierve un poco la sangre por culpa de ese maldito Robert Parker, que lleva americana y zapatos y tiene un par de negocios prósperos y solo por eso ya se cree mejor que los demás. Pero creo que ponerme a criticar a su padre no es lo que necesita Cameron ahora mismo, así que decido dejar que sea él quien diga algo. Solo que no lo hace. Conduce en silencio. Como siempre que acaba de ver a su padre, está taciturno. Respeto su silencio solo durante un par de manzanas. Luego, me puede la impaciencia, y tengo que hablar:

—¿Estás bien? —pregunto, porque no se me ocurre otra cosa que pueda decir ahora mismo.

—Sí.

Y no dice nada más. Ni sonríe. Ni me mira. Ni despega su vista de la carretera. Y no me suena muy convincente.

—¿Y si vamos a tu casa y pintamos ese ojo ahora? —propongo, con voz alegre, para intentar animarlo un poco.

—¿De verdad crees que tengo que dar las gracias? —gruñe de mala gana.

Abro ligeramente la boca, sorprendida por lo que oigo y, especialmente, por el tonito con el que me está hablando. Entiendo que este no es su mejor momento. Porque tiene un padre que es un jodido capullo. Tenía que haberle tirado ese vaso de agua por encima. Por lo menos.

—Cam —lo llamo, seria—, para. Aparca ahí. —Señalo a un lado de la carretera.

—¿Qué? —se sorprende—. Ashley, no...

—Para el coche —insisto, y utilizo la voz más severa que puedo encontrar para que se dé cuenta de que voy muy en serio.

Gruñe un poco más, pero me hace caso y se echa a un lado de la calzada para poder parar el coche en la línea de aparcamientos. Tengo que ser yo la que gire la llave y pare el motor. Y, cuando lo hago, por fin se vuelve un poco en el asiento para mirarme. Quito la llave y la guardo en mi mano, para que le quede claro que vamos a tener una conversación, y que no va a acabarse hasta que yo lo decida. Saco el sobre de mi bolso y se lo tiendo. No hace ni siquiera amago de cogerlo, así que lo agarro por la muñeca y se lo pongo en la mano, de un golpe seco.

—Mira, no quería decirlo —empiezo mi discurso—. No quería decirlo, pero es que no me puedo aguantar. Tu padre es un gilipollas —suelto, y siento como si me quitara un peso de encima al pronunciar las palabras en voz alta—. Lo siento —añado, y me encojo de hombros—. Me parece que lo es o, si no lo es, se comporta como si lo fuera. Y, a lo mejor, yo no tengo ni idea de fútbol ni de lo que es mejor para ti ni de nada, pero tú sí. Tú tienes muy claro lo que quieres. Y eso es lo que tienes que hacer. Así que si ahora vas a encerrarte en ti mismo y dejarme en mi casa y pasarte tres días rumiando lo mal que te hace sentirte la relación que tienes con él en este momento, pues vale. Hazlo. Dime que estás bien cada vez que te pregunte y trágatelo todo tú solo. Pero no cambies tus sueños. No dejes de hacer lo que de verdad quieres hacer con tu vida. Y no me digas que no tienes nada que agradecer porque que te fichen los patos e ir a la Universidad de Oregón a estudiar Medicina Deportiva es por lo que llevas luchando todo el año.

Echa la cabeza hacia atrás para apoyarla en el asiento y sopla hacia arriba para apartarse un mechón rebelde del ojo.

—Ya —murmura, con la vista clavada en el parabrisas—. Ya lo has oído, Ash, se supone que quiere lo mejor para mí, ¿no? Es mi padre. ¿Y si me estoy equivocando?

—No dudo de que quiera lo mejor para ti. Solo que tengo la impresión de que no sabe muy bien lo que es. El único que sabe lo que sientes y lo que quieres eres tú, Cam —le hago ver—. Así que no te estás equivocando si no quieres jugar al fútbol, no te equivocas mientras hagas lo

que creas que te va a hacer más feliz. Oye, los padres siempre quieren lo mejor para los hijos, pero hace tiempo que descubrí que no siempre tienen razón —sigo, cuando lo veo dudar—. ¿O tú crees que tu padre tiene razón en todo? ¿Crees que sería mejor para tu hermano dejar a Zack y casarse con una chica de buena familia?

Cam resopla al oírme, pero lo veo sonreír un poco al final, cuando me mira de reojo y ve que yo lo hago.

—Claro que no.

—Entonces, tu padre no siempre tiene razón —concluyo.

—Supongo que no —tiene que admitir—. Es que tiene muchos grandes planes y muchos sueños para mí, para mi vida, para mi futuro. Y siento que últimamente no paro de decepcionarlo —se lamenta.

Dejo las llaves del coche en mi regazo para poder colocar las manos en sus mejillas y obligarlo a girar la cara para mirarme.

—Esos planes y esos sueños son suyos, no tuyos. Y esta es tu vida, no la suya.

Acerca su cabeza a la mía y uno nuestras frentes, descansando por un momento en esa postura.

—¿Cómo haces que todo parezca tan fácil y tan obvio? —medio protesta.

Le acaricio el cuello y sonrío, cerca de su boca.

—Es que solo se ve lo difícil que algo es cuando lo miras desde dentro. Desde fuera todo parece muy fácil —explico—. Sé que no lo es, Cam. Y sé que no quieres decepcionar a tu padre y que tienes dudas y que te afecta mucho lo que piense él. Pero si haces lo que de verdad quieres hacer y lo que te haga feliz, estoy segura de que él, al final, lo entenderá —vaticino.

Y trato de sonar muy convencida, aunque no lo estoy en absoluto. No, porque ese señor lleva más de un año sin aceptar que su hijo mayor está enamorado de un hombre, así que no puedo asegurar que vaya a entender que Cam también se aleje de sus planes.

Asiente lentamente y deja que le bese la comisura de la boca y, después, la nariz.

—¿Qué dice tu madre? —le pregunto entonces.

—Mi madre está encantada con la idea de que me vaya a Eugene —reconoce—. Pero solo porque prefiere tener a los dos hijos en el mismo sitio para solo tener que preocuparse del índice de delincuencia de una ciudad —bromea.

—Vale, entonces, somos tu madre, tu hermano, Zack y yo —recuento, me aparto de él y voy levantando dedos de la mano izquierda según voy enumerando—. Ah, y tú. —Levanto uno más —. Por la Universidad de Oregón. Y... —levanto un solo dedo de la derecha—... tu padre por Florida. Ganamos nosotros —dejo claro, en tono burlón.

Sonríe un poco, sin enseñar los dientes y de medio lado, antes de tirar de su cinturón para poder inclinarse más hacia mí y atrapar mis labios con los suyos. Enredo mi mano en el pelo de su nuca y me muevo hacia él para hacerle la postura más cómoda sin dejar de besarlo.

Nos interrumpe la musiquita de una llamada en mi teléfono móvil. Aunque me resisto al

principio, termino separándome de él para sacarlo del bolso y consultarlo. Es Vanessa. Cuelgo sin contestar.

—Es Vanessa —informo a mi chico—. Pero puede esperar a mañana. Así que... ¿qué? ¿Me llevas a ver a *Salem* y le pintamos el dichoso ojo al muñequito de una vez? —propongo.

Le tiendo las llaves del coche de nuevo y él las coge, con una sonrisita.

—Tus deseos son órdenes para mí —recita, burlón.

Para cuando llegamos a su casa yo ya le he mandado un mensajito a Vanessa para decirle que hoy no puedo quedar con ella y que ya hablaremos mañana en la barbacoa en casa de Ryan. No me ha contestado. Cameron abre con su llave y lo veo fruncir el ceño al comprobar que la puerta estaba cerrada con doble vuelta, lo que significa que su madre ha salido, probablemente.

—¿Mamá? —llama al entrar, aun así.

Nadie responde a su llamada, pero en apenas unos segundos tenemos a *Salem* maullando a nuestros pies y restregándose contra las piernas de Cam, primero, y luego contra las mías. Todavía lleva un vendaje en la pata trasera pero ya la apoya casi con normalidad.

—Hola, gatito —saludo yo enseguida, y lo cojo en brazos para hacerle carantoñas.

Me huele el mentón y tarda solo décimas de segundo en empezar a restregar su naricita fría contra mi cara. Es tan adorable este pequeño.

—Mamá te ha dejado aquí abandonado, ¿eh? —le habla también Cam mientras le rasca el cuello.

Lo siento ronronear, se estira, y se mueve para apretarse contra la mano de Cameron.

—Voy a coger el *daruma* y las témperas —anuncia—. ¿Puedes poner un periódico viejo de esos que hay en el mueble bajo la tele extendido encima de la mesa? —me pide mientras ya corre escalera arriba.

No espera mi respuesta. Yo miro los enormes ojos de *Salem* y sonrío. Bueno, no ha sido para tanto. Sé que no se ha olvidado todavía de lo que ha dicho su padre, pero ya está dispuesto a pintar ese ojo y aparentemente convencido de seguir con sus propios planes. No puedo pedirle mucho más. Dejo al gato con cuidado sobre el sofá y hago lo que Cam me ha pedido. Para cuando vuelve, el escenario ya está listo y deja todas las cosas sobre el papel de periódico. Ha aprovechado el viaje a su cuarto para quitarse la camisa y ponerse una camiseta. Se sienta en el suelo, frente a la mesa baja, y tira de mi mano para invitarme sin palabras a sentarme entre sus piernas. Me rodea con sus brazos en cuanto estoy acomodada y me besa la unión entre el cuello y el hombro, suavemente.

—Vamos allá —le meto prisa.

—Vamos allá.

Me apoyo en su pecho, relajada, y él destapa la témpera de color negro y hunde el pincel en ella.

—No quiero meterte presión, pero tienes que dejarlo igual que el otro —medio bromeo cuando coge el muñequito con la mano derecha.

—¿Porque un muñeco *daruma* bizco no es válido en la cultura japonesa de la buena suerte? —se burla, cerca de mi oído.

—No lo sé, pero no creo que quieras arriesgarte.

—Tienes razón. Deja que me concentre —dice, burlonamente.

Me callo, con una sonrisa en la boca, mientras miro cómo pinta el ojo con mucho cuidado. Una vez hecho, deja el muñeco sobre la mesa. Nos quedamos callados un par de segundos, contemplándolo. Me acuerdo perfectamente de cuando pintó el primer ojo. De lo bien que me sentí recostándome sobre su pecho. De las ganas que tenía de que me dijera que pasara de mi cita con Tyler y que me besara. De cómo lo había echado de menos durante mi semana en Japón. Sigue oliendo igual de increíblemente bien. Sigo sintiéndome de la misma manera al recostarme sobre su pecho. Y sigo teniendo unas ganas locas de que me bese. Aunque haga menos de media hora que nos hemos besado con ganas. Yo sigo queriendo más.

—¿Sabes? No es solo al muñeco a quien le tengo que agradecer todo esto —dice Cam, en voz baja, pegado a mi oído.

Voy a protestar una vez más y a decirle que deje de dar las gracias como un idiota o me largo a mi casa. Pero, entonces, me atrapa con su brazo derecho y lleva el izquierdo con el pincel hacia mi cara, pintándome una raya negra en la mejilla.

—¡Eh! —protesto, y trato de darle un manotazo.

Se ríe a carcajadas, tira el pincel sobre la mesa y me estruja con fuerza con los dos brazos. Me retuerzo protestando, pero tengo que reírme, también.

—El mejor regalo de mi vida —asegura, con la voz más burlona e irritante que es capaz de poner.

—Eres idiota —bufo, pero aún sonrío.

Eso solo consigue hacer que se ría todavía más. Cuando deja de hacerlo, sigue abrazándome con fuerza y pega su boca a mi cuello.

—Lo mejor de mi vida, princesa.

Y ahora lo dice muy serio, con un tono tan dulce que me hace estremecer. Giro la cara hacia él y busco sus labios. Libero mi brazo izquierdo para echarlo hacia atrás y poner la mano en su nuca. Así tenía que haber acabado esto la primera vez que tuvimos el muñeco *daruma* delante. Es un beso muy dulce, pero a la vez muy íntimo. Y nos hemos besado tantas veces ya que debería dejar de sentir que me tiemblan las piernas y se me nubla la vista cada vez que lo hacemos. Pero es que no. No. Las mariposas revolotean exactamente igual que la primera vez. Y mi cuerpo no ha aprendido a reaccionar mucho mejor de lo que lo hacía entonces, tampoco.

Nuestro beso se ve interrumpido por *Salem*, que se pone a trepar por nuestras piernas y luego sube por mi cuerpo para acercar su cabeza a las nuestras. Nos hace cosquillas con sus bigotes y tenemos que separarnos, riendo.

—Veo que mamá te ha entrenado bien —bromea Cam, y acaricia su cabecita.

El gatito escapa de su caricia y va hacia la mesa para olisquear todo lo que hay por allí. Mi

chico se apresura a cerrar la témpera y a envolver el pincel para que no pueda lamer la pintura. Y yo saco el móvil para poder sacarle fotos a esta criatura tan adorable. Y esta vez me refiero al gato. Lo grabo cuando, de pie sobre nuestras piernas, da toques con la pata delantera al *daruma*. Cam y yo tenemos que reírnos al ver cómo no para de golpearlo y el muñequito siempre vuelve a su lugar.

—¿Puedo publicar esto en Instagram? —pido permiso, tras enseñarle el vídeo.

Se ven nuestras piernas, bien pegadas, y al gatito golpeando el muñeco, en *boomerang*.

—Claro que sí. ¿Y yo puedo publicar esto? —pide, y me enseña una foto.

Una de entre todo el montón que nos hicimos el fin de semana pasado. Y en esta no se ven nuestras caras. Es mi costado, con el tatuaje y su brazo apoyado justo encima, cubriéndome el pecho y dejando su *Smile* a la vista. En realidad, es solo una foto de un poco de piel y dos tatuajes, pero creo que es bastante obvio para cualquiera que la vea que yo estaba desnuda cuando se sacó. Al menos de cintura para arriba. Aun así, me encanta la maldita foto.

—Publícala —doy permiso, y él alza una ceja al mirarme, inseguro—. En serio, es muy artística —medio bromeo.

Yo publico mi vídeo y lo titulo «Salem», añadiendo un corazón tras el nombre del gatito. Y etiqueto a Cam. Él publica nuestra foto y la titula simplemente con un corazón, y sin etiquetas. No creo que hagan falta, todo el maldito mundo sabe ya que, si bien yo odio los posesivos, Cameron Parker es enteramente mío.

Un rato después llega su madre y nos pilla en pleno pulso sobre la mesa del salón. En realidad, Cam tiene el codo sobre la mesa y la mano en el aire y yo estoy intentando tumbársela desde el otro lado, con mis dos manos y todas mis fuerzas, pero no consigo demasiado. Pobre de mí.

—Hola, chicos —saluda la señora Parker con un par de bolsas en la mano—. ¿Se puede saber qué estáis haciendo?

—Ashley está intentando demostrar lo floja que es —se burla Cam—. No sufras, Ash, yo te protegeré si algún día las cosas se ponen chungas —me pica.

—Cameron, que va de cachas y le estoy bajando los humos —alardeo yo, prácticamente a la vez.

Cam suelta una carcajada al oírme.

—De verdad, que estáis los dos igual de locos —murmura la madre de mi novio—. Hola, tesoro —saluda entonces al gato, mucho más cariñosa—. ¿Qué tal la comida con tu padre? —pregunta a su hijo, al terminar de hacerle carantoñas a su mascota.

—Bien —responde Cam automáticamente.

La veo poner los ojos en blanco y me mira a mí.

—¿Qué tal la comida con su padre, Ashley? —Decide entonces buscar la verdad por otro lado.

—Bien —respondo yo, aunque un poco menos convencida.

—Cameron, ¿puedes ir al armarito del garaje y buscarme la licuadora esa que me regaló tu tía? Voy a darle un poco de uso. Ashley, cariño, ¿me echas una mano con esto? —Señala las bolsas y echa a andar hacia la cocina esperando que la siga.

Estoy segura de que ella ya sabe perfectamente que los dos hemos captado de lejos sus intenciones. Librarse de Cam y hablar conmigo a solas para que le cotillee lo que ha pasado en realidad con su exmarido. Yo le dedico una sonrisa tranquilizadora a Cam antes de irme tras su madre.

—Pero ¿por qué tienes la cara pintada de negro? —Es lo primero que pregunta la señora Parker en cuanto estamos a solas en la cocina.

—Tu hijo —suspiro yo sin dar más explicaciones y me froto la mejilla inútilmente.

Sonríe de medio lado como si le pareciéramos monísimos, por un momento. Luego vuelve a quedarse seria y me pone una mano en el brazo, para crear intimidad, antes de preguntar.

—En serio, ¿cómo ha ido el encuentro con Robert? ¿Cameron está bien?

Asiento y le pongo una mano en el brazo yo también para tranquilizarla.

—Está bien —aseguro—. Su padre es un poco...

Y no termino la frase, pero tampoco hace falta porque ella me hace un gesto que me da a entender que lo ha pillado a la primera.

—Tienes buen ojo, a mí me costó años darme cuenta —medio bromea, pero la noto bastante triste a pesar de sus esfuerzos por disimular—. Me consolaba pensar que, por lo menos, era un buen padre para nuestros hijos. Pero es que ahora...

—Cameron está bien —repito, al tiempo que busco sus ojos.

—Me alegro de que estés con él, Ashley —confiesa, me da una palmadita en la mano y me mira con afecto.

Cam entra en la cocina unos segundos después y deja la caja de la licuadora en la encimera.

—Aquí tienes tu excusa para librarte de mí, mamá —dice irónicamente. La señora Parker le sonríe y lo besa en la mejilla ruidosamente—. Oye, Ash —habla conmigo entonces—, estaba pensando en si te apetecería ir a pasar un rato al parque a ver si nos encontramos con *Drako*. Me iría bien un rato de perros babosos...

Ayudo a Tyler a acomodarse en el asiento del copiloto de mi coche y luego dejo sus muletas en el trasero. Cuando me monto al volante y arranco, él ya está toqueteando todo lo que llevo en la guantera. Le pego un manotazo y la cierro de golpe para que se esté quietecito y no sea tan cotilla.

—Vaya, qué ruda. La última vez que estuve en tu coche no estabas tan antipática, bonita —bromea, y yo hago una mueca al oírlo.

La última vez que estuvo en mi coche. La última vez que estuvo en mi coche creo recordar que nos besamos hasta que casi se me durmieron los labios. No sé por qué le parece una buena

idea bromear con eso en las circunstancias actuales. En el fondo, son igual de idiotas los dos amigos por los que he estado colgada como una tonta en los últimos meses.

—La última vez que estuviste en mi coche estabas bastante más atractivo que ahora, que estás hecho una pena. —Devuelvo la broma y esta vez el de la mueca es él.

—He estado al borde de la muerte, Ashley —exagera con voz lastimera—. Deberías portarte bien conmigo ahora como hace todo el mundo. —Sonríe de medio lado—. Y sobre todo en un día como hoy en que celebramos que he vuelto a nacer.

—Como si el mundo no tuviera bastante con que hayas nacido una vez... —lo aguijoneo, con la vista fija en la carretera.

Lo oigo reír y sonrío. Lo echaba de menos desde aquel día en que me dijo que me mantuviera lejos de él tras su pelea con Cam. Y me llevé un susto de muerte con su accidente. He estado bastante preocupada por él. Así que tener de nuevo a Tyler como amigo es bastante importante para mí.

—Joder, puto Cam —murmura, entre dientes, aunque distingo un tono divertido en sus palabras—. Antes de que él se metiera entre nosotros nunca habrías dicho algo así, vecina —recuerda, en tono de broma—. Y ya sé que sus intenciones eran puras y toda esa mierda, pero menudo cabrón.

Lo miro de reojo y él sonríe inocentemente ante mi mirada.

—¿Ah, sí? ¿Tenía unas intenciones muy puras? —lo dudo, divertida.

Si él supiera...

—Bueno, sí. Supongo que sí. Cam me lo ha contado todo, Ash. —Me sorprende—. Eh, mira a la carretera, no me conviene tener dos accidentes de tráfico en la misma semana —dice con una risita al notar mis ojos fijos en él. Obedezco y dejo que siga hablando—. Sí, ayer cuando te dejó en tu casa, tuvimos una charla muy sincera él y yo. Así que ya sé lo de vuestro estúpido plan contra la bruja de Blair y todo eso. Es bueno. Tengo que admitir que Blair y yo no nos conveníamos demasiado el uno al otro, a decir verdad, así que Cam solo estaba intentando hacerme un favor. Y, ¿sabes?, si no llega a ser porque el muy imbécil consiguió que tú te enamoraras de él, me habría hecho un favor muy muy grande. El plan le salió redondo al final. Qué capullo. Así que para acceder a algo así debías de estar muy colgada de mí, ¿eh? —sigue con sus burlas—. Buenos tiempos aquellos —suelta, soñadoramente, y ríe cuando yo suspiro.

—El plan ha salido bien para todos si ahora podemos ser amigos y tú dejas de ser un idiota que me ignora por los pasillos del instituto —rebato.

—¿Ignorarte? —repite—. Yo nunca te he ignorado.

—Ya. —Río, sin creérmelo.

—Cam también me contó lo de Jessica —dice, entonces—. Lo que te dijo sobre él y sobre Vanessa y sobre mí. En fin. Esa tía es una mentirosa patológica. No te creas nada de lo que se le ocurra decir. No habrá dicho más de dos verdades en toda su vida. Para empezar, te puedo asegurar que Cam hace mucho que no siente lo que sentía antes por Vanessa. Cuando yo me

acosté con ella ya no lo sentía, así que hace mucho tiempo. Si no hubiera sido así, me habría matado cuando me pilló en la cama con su novia —imagina.

—Ya, bueno, Jessica decía que no lo había hecho porque tenía un plan mejor para vengarse de ti.

—¿Tú crees que un tío que quiere vengarse de otro y dejarlo en la mierda más absoluta mandaría a Ryan a comprobar qué tal estoy y a animarme al enterarse de que tú y yo ya no estamos juntos? —plantea—. Cam es demasiado bueno como para que se le ocurra una venganza tan retorcida. Te lo digo yo, que lo conozco bien. —Lo veo sonreír, al mirarlo de reojo—. Con el buen gusto que tiene Cam para las chicas, no sé cómo se le pudo ocurrir alguna vez en su vida que sería buena idea echar un polvo con Jessica Harris...

—Yo tampoco —me muestro de acuerdo.

Llegamos a casa de Cam enseguida, donde hemos quedado con él para ir más tarde todos juntos a la barbacoa de Ryan. Toco el claxon para que salga a ayudarme con Tyler, que se vale bastante por sí mismo, pero le resulta difícil entrar y salir de los coches sin hacerse daño. Mi chico sale rápido y me sonríe a mí y me besa, antes que nada.

—Eh, tortolitos, menos besuqueos y más sacarme de aquí —protesta Tyler, con la puerta abierta.

—¿Queréis un café? —ofrece Cam en cuanto su amigo está sentado en el sofá con la pierna sobre la mesita—. Soy prácticamente barista, si lo de la universidad falla tengo puesto asegurado de por vida en Starbucks —alardea—. Ya veréis.

Desaparece en la cocina y yo lo sigo con la mirada con media sonrisita pegada a los labios.

—Vaya, qué manera de cagarla la mía —suspira Tyler. Me vuelvo a mirarlo y me sonríe tristemente—. Antes me mirabas así a mí —dice, en voz baja.

—Ya vale —le pido que pare de una vez con sus insinuaciones.

Cameron vuelve poco después con tres tazas de café. Me ofrece una de las que lleva en su mano izquierda y yo la cojo dejando que el calor se transmita a mis manos al instante. Ha dibujado un corazón con la espuma y me derrito un poquito al verlo. Luego deja la otra sobre la mesita y le tiende la última a Tyler.

—¿Me has dibujado una polla en el café, idiota? —se indigna, pero enseguida se ríe y Cam lo hace también, a carcajadas. Es genial volver a escucharlos reír juntos—. ¿Qué le has dibujado a ella? Joder, vaya calzonazos —suspira cuando se lo enseño—. Creo que te has confundido al darnos los cafés —bromea luego, y se siguen riendo como un par de idiotas.

Charlamos los tres sobre cosas sin importancia durante un rato. Cam ha comprado un montón de cosas para llevar a casa de Ryan, tanto comida como bebida. Y, para celebrar que Tyler ha vuelto a nacer, hemos decidido entre todos que nada de alcohol. Así que, por sorprendente que parezca, no hay ni una sola cerveza en la lista de la compra.

—*Salem*. Es que sois la hostia, de verdad. —Tyler habla sobre el nombre del gatito, que se dedica a cotillear todo lo que hay encima de la mesa.

—Mira, ahora tengo un gato cojo y un amigo cojo —lo pica Cam.

—¡Ja, ja! —Tyler ríe el chiste con pocas ganas—. Es un digno sucesor de *Sir Roger*, eso sí —admite al ver que *Salem* no para de intentar tirar cosas de encima de la mesa dándoles golpes juguetones con la patita.

Mi móvil suena con la entrada de un mensaje y lo consulto en cuanto doy el último sorbo a mi café. Es Vanessa. Otra vez. Qué pesada. Y es un mensaje de voz.

Me alejo un poco de los chicos para escucharlo, con el móvil pegado a mi oreja.

> Ey, Ash, estás como ignorándome bastante y, aun así, tengo que insistir porque de verdad que Jess necesita hablar contigo. No quiero que al final se monte un lío en la barbacoa. ¿Por qué no te pasas por mi casa y charlamos tú y yo un rato antes? Anda, por favor. ¿Te vienes?

Pongo los ojos en blanco y todo. Pero es verdad que la he estado ignorando. Yo tampoco quiero que se líe en la barbacoa, y se supone que Vanessa y yo somos amigas, y ella no insistiría en esto si pensara que Jessica solo quiere joderme otra vez, así que lo menos que puedo hacer es darle la satisfacción de escucharla. Además, si no me convence de que hable con la rubia, no tengo por qué hacerlo. Vuelvo hasta los chicos sacando las llaves del coche del bolsillo de mis vaqueros.

—¿Os importa que me vaya por mi cuenta y vais vosotros con tu coche hasta casa de Ryan? —consulto, mientras miro exclusivamente a Cam. Él alza las cejas esperando una explicación—. Vanessa está muy pesadita porque quiere hablar conmigo, voy a pasarme a recogerla por su casa y luego vamos las dos para allí —cuento la verdad a medias.

Ahora, mi chico frunce ligeramente el ceño.

—¿Vanessa? —se extraña—. ¿Y qué es lo que quiere?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Ya te lo contaré luego —prometo.

Me inclino sobre él para besarle los labios a modo de despedida. Luego, beso la cabecita de *Salem* antes de decir adiós.

—¿Y para mí no hay beso? —bromea Tyler.

Le tiro una servilleta arrugada de encima de la mesa y, cuando me voy, aún oigo sus risas detrás de mí.

Conduzco hasta casa de Vanessa tarareando las canciones que suenan en mi reproductor de música. Hasta que aparco frente a su puerta no empiezo a inquietarme por lo que tengan que decirme ella o Jessica. Pero cuando me acerco para tocar el timbre, ya empiezo a preocuparme un poco. Bueno, es como para estar intrigada, ¿no?

Mi amiga me abre la puerta ella misma y le pega un grito a su padre para decir que es para ella. Me coge de la mano y me arrastra hasta su habitación. En cuanto abre la puerta, la veo sentada a los pies de la cama: Jessica se levanta como un resorte y me mira, mordisqueándose el labio inferior.

No. No. Ni de coña. No habría venido de saber que Vanessa me estaba preparando una

maldita encerrona.

Doy media vuelta y vuelvo por donde hemos venido, sin decir ni una palabra.

Vanessa me sigue, repitiendo mi nombre con un cierto matiz de súplica en la voz.

—Soy consciente de que no tenía derecho a intentar engañarte para esto, Ash —sigue, y me agarra del brazo para hacerme frenar la marcha cuando yo ya he dado dos pasos en su jardín—. Pero no tienes ni idea de lo mal que Jess lo está pasando. Y te conozco, sé que si está en tu mano hacer que alguien se sienta mejor, por mal que se haya portado contigo, vas a hacerlo. Jessica necesita sacarse unas cuantas cosas de dentro. Por favor, Ash, dale la oportunidad de explicarse.

Y sé que sigo sin querer hacer esto. Pero ni siquiera Jessica Harris se merece consumirse en su propio infierno.

Así que relajo los hombros y respiro hondo antes de enfrentar la mirada de Vanessa, dispuesta a negociar.

16

Innocent

Me cruzo de brazos y espero a que mi amiga diga algo más que pueda convencerme de que escuchar lo que Jessica tiene que decir es una buena idea.

—Me parece que Jess empieza a creer en el karma —suspira Vanessa—. Y nunca la había visto así, como estos últimos días. No tienes que perdonar lo que hizo, solo quiere que la escuches.

Aprieto los labios y sacudo la cabeza suavemente.

—La última vez que la escuché no paró de soltar mentiras para crear problemas entre Cam y yo —recuerdo—. ¿Por qué voy a creerme que ahora no quiere hacer justo lo mismo que entonces?

Vanessa sonríe de medio lado.

—Creo que ya se ha dado cuenta de que hace tiempo que confías en Cam más que en ella —medio bromea.

—Confío en Cam más que en nadie ahora mismo —aseguro, firme.

Se traga una sonrisa tierna que, a pesar de sus esfuerzos, llega a reflejarse en su cara por unas décimas de segundo.

—Se siente mal por lo que hizo —defiende a la rubia de nuevo—. Me lo ha contado, ¿sabes? Y yo también me siento mal por lo que te dijo, por la parte que me toca, porque la verdad es que muchas de las cosas que sabía las sabía por mí. Fui yo la que le hablé acerca del plan de Cam —reconoce—. No lo hice a malas, y no pensé que tuviera importancia que ella lo supiera o no. Cuando volvimos del lago Tahoe estaba tan rayada porque Cam la había echado a patadas de su cama que tenía que decirle algo para que dejara de darle vueltas. Así que le dije que Cam estaba así contigo por lo de vuestros juicios de Salem. Y lo de si Cam quería acostarse o no contigo... Me oyó hablando por teléfono con él el día en que te largaste tan cabreada de su casa. No sabía qué hacer y me llamó para pedirme consejo, le daba miedo contarte lo de las pruebas de las ETS. Jessica estaba conmigo y oyó todo lo que yo le dije —confiesa—. Y ¿qué más? Ah, sí. Lo de que Cam sigue enamorado de mí es tan absurdo que no puedo ni creerme que ella llegara a decir eso... Jessica sabe perfectamente que eso no es así, sabe todo lo que pasó entre Cam y yo. Él ya no estaba enamorado de mí cuando me acosté con Tyler. Y nunca le haría a Tyler algo como esto

solo por venganza. No tienes ni idea de lo mal que lo ha pasado mientras tú estabas con él —dice, y me pellizca un poco el corazón oír eso—. Yo no paraba de insistirle en que tenía que decirte lo que sentía. Y estaba cabreadísimo con Tyler, Ash, pero si no lo dijo antes no fue porque tuviera miedo de que tú lo rechazaras. Cam es un tío que supera bastante bien ese tipo de adversidades —medio bromea—. Si no dijo nada fue porque no quería joder a Tyler. Pero me parece que eso tú ya lo sabes...

—Ahora sé muchas cosas que siempre debería haber tenido claras —admito.

Soy consciente al decir eso de que puede que Jessica también haya estado equivocada y empiece a darse cuenta, ¿no? A lo mejor yo tampoco merecía la oportunidad de explicarme cada vez que la he cagado y, sin embargo, la he tenido. Ahora es mi turno de hacer lo mismo por ella.

—Está bien —cedo, relajo la postura y doy un paso más hacia Vanessa—. Hablaré con ella. Al fin y al cabo, no toda la culpa es suya. Yo tengo mi parte de culpa por haber pensado que algo de lo que decía podía ser verdad. Y Blair también, por sembrar dudas en mi maldita cabeza, así que...

Mi amiga hace una mueca al escuchar el nombre de la bruja. La entiendo, porque hasta hace muy poco yo tampoco entendía quién era Blair Wells. Ahora, después de todo, siento que la conozco un poco mejor. Nunca será mi persona favorita, pero tampoco todo el mundo es tan malo como parece. No sé si dentro de un rato tendré que aplicar la misma lógica en el caso de Jessica Harris.

—Si dices que Jessica es una mentirosa, no quieras ni compararla con Blair Wells, Ash —dice, en tono burlón—. A mí me dijo que Tyler le había dicho que Troy estaba con otra, pero cuando le pregunté a Tyler me dijo que él nunca había dicho algo así.

—Blair también me dijo que no me fiara de ti —suelto, como quien no quiere la cosa.

Me mira con el ceño muy fruncido.

—¿Qué? ¿Y eso por qué? Blair no sabe absolutamente nada de mí. No he tenido una conversación de verdad con ella jamás.

—Pues ella dice que estás enamorada de Tyler —decido informarla.

Vanessa se echa a reír, bastante alto. Me da la impresión de que lo que acabo de decir le parece lo más absurdo que ha oído en su vida. Luego me mira, seria.

—Por si tú te estás preguntando si es verdad, te diré que no, Ashley. Tyler nunca ha sido el tipo de tío del que yo me enamoraría. Cuando pasó lo que pasó con él, yo quería repetir, eso lo reconozco. Pero solo sexo, nunca hubo sentimientos por parte de ninguno de los dos. Apuesto a que él quería repetir también, pero eligió no cabrear más a su amigo Cam —suspira dramáticamente—. Uno de los grandes problemas que teníamos Cam y yo es que no terminábamos de ser compatibles en la cama —me cuenta, y creo que no quiero saberlo, pero dejo que continúe—: Imagino que a estas alturas ya lo sabes, pero, si no, te lo digo yo: Cam es muy blandito en el sexo. —Y lo dice como si eso fuera algo malo—. Fantástico para el post coito, pero el sexo en sí... —Hace una pausa y luego se encoge de hombros—. A mí me gusta un

poquito más... duro. —Elige la palabra con cuidado—. Y Tyler folla duro. Compatibilidad sexual del cien por cien. Pero no tendría nada más con Tyler Sparks en la vida —termina, con una risita, como si fuera la idea más estúpida del mundo.

No me hacen falta más detalles, así que asiento.

—¿Crees que voy a poder creerme lo que Jessica diga esta vez? —pregunto.

Vanessa me sostiene la mirada, mudando de nuevo su expresión a una mucho más afligida.

—Sí, creo que esta vez sí.

Me adelanto a ella para volver a entrar en la casa, pero no tarda mucho en seguirme los pasos. Me acompaña hasta la puerta de su habitación. Está entreabierta y Jessica no ha vuelto a sentarse, sino que se pasea de un lado a otro retorciéndose las manos de forma nerviosa.

—Eh, os dejo solas, pero estaré aquí mismo, ¿vale? —habla la anfitriona con las dos—. Cuando acabéis nos vamos a la barbacoa, Ash.

Imagino que dirigirse solo a mí para eso último implica que Jess no viene a casa de Ryan para celebrar lo de la segunda vida de Tyler Sparks. Por un momento, me alegro de ello porque eso significa que el ambiente estará mucho más relajado y tranquilo, pero enseguida tengo que recordarme que me he propuesto darle la oportunidad de explicarse, y no es justo que lo haga con mi veredicto ya dictado. No creo que sea posible hacer borrón y cuenta nueva con ella, pero al menos sí puedo intentar aparcar el pasado y dejar marchar el rencor. Si Cam fue capaz de sentarse a hablar con ella y escucharla después de todo lo que ha pasado últimamente, creo que yo también puedo hacerlo.

Vanessa cierra la puerta del cuarto para darnos intimidad. Jessica me observa en un silencio tenso mientras yo doy un par de pasos hasta el centro de la estancia y termino por sentarme en el suelo, con la espalda apoyada en la cama doble.

—Gracias por darme la oportunidad de hablar contigo.

Levanto la mirada para estudiar su cara cuando oigo el hilo de voz con el que dice eso. Es como si la altiva Jessica Harris se hubiera desinflado de golpe, como si alguien hubiera encontrado justo el punto necesario para pinchar la bolsa de aire de su ego. Creo que es la primera vez desde que la conozco que la veo sin maquillar. Tiene unas ojeras oscuras bajo los párpados inferiores y la mirada apagada.

—Te escucho —digo.

Se acerca, despacio e insegura, y termina por sentarse en el suelo igual que yo, a una distancia suficiente como para no hacer esto más incómodo.

—El día que me viste en la cafetería, cuando te dije todo aquello... —empieza, en un tono mucho más bajo del que siempre ha utilizado conmigo—. No voy a justificarme diciendo lo jodida que estaba, Ashley, porque la verdad es que ya había hecho cosas antes contra ti de las que no estoy especialmente orgullosa ahora. Lo que es cierto es que no estaba en mi mejor momento. Acababa de llamar al chico con el que me había estado viendo los últimos meses y

no... Bueno, me dijo que era imposible que el bebé fuera suyo porque había tenido siempre mucho cuidado de no correrse dentro —relata amargamente.

—Sea quien sea, necesita unas cuantas clases de educación sexual —comento, en tono irónico.

Jess se muerde el labio, con la mirada clavada en el suelo, y asiente lentamente.

—Sé la fama que tengo —sigue, y se abraza las rodillas como si buscara hacerse un poco más pequeña—. No diré que no es verdad que tenga una vida sexual activa y que me haya acostado con quien me ha dado la gana cuando me ha dado la gana.

Tras decir eso, alza la barbilla y me mira desafiante como si yo fuera a decir algo o a juzgarla. ¿Qué nos han hecho para que creamos que no podemos tener la vida sexual que queramos sin que la gente hable de ello por eso? Está claro que a los tíos no les pasa y no me parece justo para nada.

—El caso es que hace ya unos cuantos meses que solo he estado con dos tíos, así que los posibles candidatos a padre de este bebé estaban bastante claros —continúa cuando ve que yo no hablo—. Quise aferrarme a la idea de que a lo mejor... Cam y yo solo nos hemos acostado una vez este año, a principios de abril, y pensé que quizá... bueno, los dos habíamos bebido, puede que no se pusiera bien el condón, o se rompió y no nos dimos cuenta... Quería con todas mis fuerzas que fuera de Cam, Ashley. Es el único tío que no me ha tratado como si fuera solo un puto trozo de carne, y eso que siempre dejó claro que entre nosotros no había nada más que sexo. Es el único que se ha preocupado por mí, por cómo estoy, por lo que voy a hacer y si necesito ayuda, incluso después de saber que no es suyo. Es el mejor chico que conozco —suspira, y tiene que llevarse la mano a la cara para poder enjugar una lágrima furtiva que empezaba a deslizarse por su mejilla.

En cierto modo, lo entiendo. También es el mejor chico que conozco yo y, si tuviera que pasar por algo como lo que está pasando Jessica ahora, también querría egoístamente que fuera él quien estuviera a mi lado.

—Tampoco es ningún secreto que llevo demasiado tiempo estúpidamente enamorada de él —murmura mi interlocutora, soltando una especie de risita irónica—. Cam nunca me había hablado mal ni me había dejado tan claro que yo no le gustaba para nada más que un revolcón hasta que apareciste tú, ¿sabes? Te eché la culpa de todo, aunque creo que, viéndolo con un poco de perspectiva, entiendo que él se cabreara conmigo y te defendiera cuando yo me porté como lo hice. Cam es bastante justo, supongo. Y, además, está enamorado de ti, ¿no? Hasta quedó conmigo en las vacaciones de primavera solo para advertirme de que te dejara tranquila y me alejara de vosotros dos. Y eso que aún no erais nada. Pensé que todo era culpa tuya, y también pensé que, si conseguía que te alejaras de él, a lo mejor algún día, con el tiempo, él sentiría todo eso por mí. Pero estas cosas no funcionan así, ¿verdad?: yo no dejo de estar enamorada de él, y él no tiene la culpa de que sienta lo que siento. Así que me imagino que eso quiere decir que tú no tienes la culpa de que él lo sienta por ti y no por mí. Así es el estúpido amor. Sé que no tenía

derecho a meterme en medio, y tampoco a intentar hacerte daño del modo en el que lo hice. Lo siento. Supongo que ya tengo lo que me merezco.

Es como si algo me apretara fuerte el pecho cuando la oigo decir eso último. «Lo que me merezco.» No, claro que no. Sí, alguna vez le he deseado el mal a Jessica Harris. Que se caiga de la torre humana de las animadoras, que le salga un grano enorme en la nariz, o que alguien le tire un batido por encima en medio de la cafetería. Pero no me gusta verla como está ahora mismo. Rota. Deshecha. No se ha portado bien conmigo, pero ¿quién no ha hecho algo horrible alguna vez?

—No. No te mereces estar así, Jess —hablo por fin, y esta vez no hay ni rastro de burla cuando uso el diminutivo de su nombre—. Y tampoco es que esto sea un castigo del universo por tus malas acciones. Es la consecuencia de no haber tomado precauciones en el sexo, y la consecuencia no es solo para ti. Hacen falta dos personas para que pase esto. Cam no es el padre, pero ese bebé sigue teniendo uno y tiene que enfrentarse a esto contigo igual que estaba dispuesto a hacer Cam. No se trata de ser el mejor chico del mundo, se trata de asumir las responsabilidades y no tienes que hacer esto sola.

Se muerde el labio con fuerza y sacude la cabeza. Me da la impresión de que está pensando que soy tan ingenua y tan estúpida como ella ya se imaginaba.

—Él no quiere saber nada de este bebé. Y, al final, soy yo la que lo llevo dentro. Él puede salir corriendo tan lejos como quiera.

—Claro que no —me indigno.

—Claro que sí, Ashley —replica, con un tono de voz más elevado y molesto—. Así es la vida. Seguimos siendo mujeres, al fin y al cabo, y la responsabilidad de lo que pase con nuestro cuerpo tenemos que cargarla solo nosotras.

Suelto un bufido indignado. Entiendo lo que quiere decir, pero no estoy de acuerdo con el maldito concepto. Cuando dos personas deciden acostarse juntas, la responsabilidad de que tu amante esté cómodo, a salvo y seguro, pasa a ser también tuya. Y eso es algo que Cam me ha ayudado a tener muy claro.

—Estar de acuerdo en lo que se hace en la cama es cosa de los dos —opino—, respetar los límites de la persona con la que estás es cosa de los dos, tener sexo seguro también es cosa de los dos, Jessica, no solo nuestra.

—Ahora ya es tarde para que me sueltes la charlita de sexo seguro —gruñe, y esconde la cara en sus rodillas—. Es mucho más complicado de lo que a ti te parece. Y tampoco se trata solo de él y de mí. No quiero hacer daño a nadie más —solloza—. Estoy cansada de ser la mala, estoy harta de mí misma. No paro de joderlo todo, y ahora debería hacer frente a lo que me he buscado yo solita.

—No tienes que hacerlo sola —repito.

—Gracias por escucharme —me corta. Levanta la cabeza y sorbe por la nariz antes de enjugarse bien los ojos—. Pero no vamos a ser amigas y no tienes que portarte bien conmigo,

tampoco. Espero que a Cam y a ti os vaya muy bien. En el fondo, supongo que hacéis buena pareja —añade con desgana.

Me pongo en pie y le tiendo la mano, para ayudarla a hacer lo mismo. Mira mi mano como si le estuviera ofreciendo una bomba. Y no hace amago de cogerla en ningún momento.

—No vamos a ser amigas —repito lo que ella ha dicho—. Probablemente, ni siquiera vamos a caernos bien nunca, pero vamos a tener que soportarnos. No voy a ser yo quien llegue a un grupo para romperlo, y no pienso apartarte de tus amigos. Así que, ¿qué? ¿Te vienes a la barbacoa de Ryan?

Y, para mi sorpresa, Jessica coge mi mano y se pone de pie con mi ayuda y, antes de que me suelte, me parece ver un amago de sonrisa en su boca.

Para cuando llegamos a casa de Ryan el coche de Cam y el del padre de Troy están aparcados en la entrada. En cuanto las tres bajamos del Audi podemos oír las voces de los chicos, más altas de lo que les gusta a los vecinos, probablemente, provenientes del jardín de atrás. Parece que Tyler está dando instrucciones y Troy mandándolo a la mierda y Cam se ríe muy muy alto. No sé si vamos a llegar a comer algo con esos señores encargándose de la barbacoa. Entramos en el jardín y rodeamos la casa para encontrarnos con ellos.

—¡Ey! —saluda Ryan, que justo en ese momento sale por la puerta trasera de su casa con una bandeja llena de cosas para picar—. Llegáis a tiempo, estos machotes no tienen ni idea de hacer unas brasas —bromea—. Hola, guapas.

Besa a Vanessa en la mejilla, y luego a mí. Después, cuando consigue librarse de la bandeja que llevaba entre las manos, abraza a Jessica y la estruja contra su pecho mientras le dice lo mucho que se alegra de que haya decidido venir al final.

Tyler está sentado en una hamaca, con la pierna en alto y un vaso de limonada en la mano. Troy y Cam están abriendo una bolsa de carbón para alimentar la barbacoa.

—Nena, te dije que teníamos que traer el pastel de carne de tu madre como plan B. —Es lo primero que dice Troy, lo que hace reír de nuevo a los chicos.

—Estos tipos no tienen la suficiente categoría como para malgastar con ellos el pastel de carne de mi madre —aclara la animadora—. Es un bien escaso.

Los tres chicos protestan bastante alto, tras sus palabras.

Cam me sonríe, desde la distancia, con las manos ocupadas sujetando el saco que Troy abre con unas tijeras. Si está extrañado de que Jessica haya llegado con nosotras no lo demuestra. Le devuelvo la sonrisa y, en cuanto le quedan las manos libres, aprovecho para acercarme a él. No digo nada. Sujeto su nuca con la mano derecha y fundo mi boca con la suya, sin importarme quién esté delante.

—Uuuuuuuuuuuh —se burla Ryan, al pasar por detrás de nosotros.

Sonrío al apartarme y cojo la mano de Cam que ya está pegada a mi cintura.

—Quiero hablar contigo —le digo en voz baja—. ¿Podrá sobrevivir la barbacoa sin ti un minuto?

—Claro.

Deja que tire de su mano para alejarnos del resto de la gente y me sigue dócilmente.

—Hay que joderse. —Oímos a Troy protestar a nuestra espalda—. Llega y se lleva al chef.

—¡Mujeres! La ruina de los hombres de bien —exclama Tyler, en tono burlón.

—Y de las barbacoas..., también de las barbacoas —apunta Ryan.

Yo sonrío oyendo sus payasadas y oigo a Cam reír bajito detrás de mí. Giramos en la esquina de la fachada de la casa y mi chico se mueve rápido para aprisionarme contra el ladrillo. Con el cuerpo completamente pegado al mío, vuelve a besarme como si hiciera días que no me ve. Cuando se separa, yo me muerdo el labio suavemente, y él me mira con una sonrisita canalla.

—He dicho «quiero hablar», ¿no? —le recuerdo—. ¿Por qué me haces ocupar la lengua en otras cosas?

Ensancha su sonrisa y acaricia mis costados, metiendo las manos bajo la tela de mi camiseta.

—Sabes que no puedo resistirme. —Me guiña un ojo.

—Ya. —Sonrío.

Pongo las manos en sus mejillas y lo contemplo con atención. Mierda, es tan guapo que no me cansaría nunca de mirarlo así.

—¿Qué pasa? —Interrumpe mi momento.

Sacudo levemente la cabeza, con mis ojos en los suyos.

—¿Te he dicho alguna vez que eres el chico más increíble que conozco? —pruebo.

—No sé... A ver, dímelo otra vez para ver si te he entendido bien —pide, el muy tonto.

Ensancho mi sonrisa y acaricio despacio la piel de su mejilla.

—Eres el chico más increíble que conozco, Cameron.

—¿Qué he hecho? —pregunta, con el ceño un poco fruncido, como si necesitara un motivo en especial para decirle esto.

—Solo ser como eres —aclaro—. He estado hablando con Jessica —le cuento después.

—¿De mí?

—Bueno, no exactamente, aunque también de ti, sí —admito—. Vanessa me ha organizado una encerrona para que hablara con ella. Quería... disculparse a su manera, supongo. —Me encojo de hombros.

Cam se inclina hacia mí y une su frente con la mía, me rodea la cintura con los brazos y me pega un poco más a su cuerpo.

—Me dijo que quería hablar contigo, pero pensé que no iba en serio porque..., ya sabes, no le caes muy bien —dice en voz baja, y pone una mueca divertida.

—Ya. El sentimiento es mutuo —dejo claro—. Pero la verdad...

—Lo está pasando mal —completa él por mí.

Asiento, sin separarme ni un milímetro de él. Sí, Jessica lo está pasando muy mal y, en una

circunstancia así, no hay razones para hacer leña del árbol caído.

—Dice que se merece pasar por esto sola —me chivo.

Cam suelta un suspiro y se aparta de mí para mover la cabeza con desaprobación.

—Además de todo, esa tía es una cabezota —se mete con ella—. No hay manera de que diga quién es el padre. Ni siquiera a Vanessa. Aunque, bueno, supongo que eso es normal, porque Vanessa ha amenazado unas cuantas veces con darle una paliza —medio bromea, soltando una risita suave.

—¿Ves como eres increíble? —insisto—. Mira lo que hacen los demás tíos cuando se ven en una situación como esta.

—No generalices —me regaña—. Solo este tío en concreto.

Cameron Parker, siempre callándome la boca. Me gusta más que lo haga con un beso que con una frase que me haga ver lo injusta y prejuiciosa que soy a veces, pero se lo perdono porque suele tener razón casi siempre.

—Vale —respondo.

Pongo los ojos en blanco para reprocharle lo mucho que su comentario ha sonado a regañina y él me besa antes de que me dé tiempo a decir nada más. Le devuelvo el beso, estirándome hasta prácticamente acabar de puntillas y poder rodear del todo su cuello con los brazos y atraerlo lo más cerca posible.

—¿No querías hablar, Ash? —se burla de mi entrega, tras separar nuestros labios solo unos escasos milímetros.

Lo beso de nuevo, y luego me aparto y nos doy más espacio.

—Solo quería contarte lo de mi pequeña charla con Jessica. Ya podemos volver con los demás cuando quieras —concedo, con una sonrisa inocente.

—¿Solo querías contarme eso? ¿Y enrollarnos un rato? —pregunta, pícaro.

Me río cuando atrapa mi cuerpo entre los brazos, me retiene contra la pared y me muerde el cuello con suavidad provocándome un escalofrío demasiado agradable. Oigo su risa queda cuando pega los labios a mi oreja. Y no me parece en absoluto mala idea eso que acaba de proponer.

No tardamos mucho en volver a la parte delantera del jardín con el resto, solo por el qué dirán. Creo que nadie estaba diciendo nada, ya que están por completo metidos en su propia conversación. Tan solo Tyler nos dedica una mirada al vernos aparecer, y enseguida deja de prestarnos atención. Troy está un poco apartado de los demás, encargándose de las brasas, pero Ryan y Vanessa parecen estar teniendo una conversación muy animada con Jessica.

—¡Venga ya! ¿Por qué lo defiendes? —oigo gruñir al corredor.

—¡No lo defiendo! —casi chilla Jessica, sentada en una silla y con los pies sobre el asiento para poder abrazarse las rodillas como ha hecho antes en su conversación conmigo en casa de Vanessa.

—¿Qué movida me he perdido ahora? —exige saber Tyler, desde su hamaca—. Por favor, os

pido que seáis más explícitos en vuestro debate para que todos nos enteremos. Y que alguien me traiga unas palomitas, por Dios —bromea, lo que consigue cortar un poco la tensión.

Vanessa se pone en pie y camina pisando fuerte, enfadada, hacia la pequeña nevera portátil donde los chicos han puesto las bebidas, para coger un refresco.

—Jess no quiere decir quién es el tío que la ha dejado embarazada porque se cree que aún le debe lealtad o algo, aunque él sea un cabrón que la está dejando tirada —explica, sin andarse con rodeos.

—Vale, entonces dejadla tranquila, no tiene por qué deciros nada que no quiera contar —interviene Cam, que tira suavemente de mi mano para llevarme junto a los demás.

—¿En serio? —suspira Ryan—. Tío, hay que hacer algo. No le vamos a dar una paliza, ¿vale, Jess? —vuelve a hablar con ella—. Pero alguien tiene que explicarle que las cosas no se hacen así...

—Habla por ti —interviene Vanessa de nuevo—. Yo le doy una paliza a quien haga falta.

—¡Me apunto! —exclama Tyler, que levanta la mano como si estuviera pidiendo turno de palabra en clase.

—Tú estás para el arrastre, tío, no vas a darle una paliza a nadie —se mete Cam con su amigo.

—No, yo solo voy a mirar. No quiero perderme el espectáculo —bromea el otro.

—¿Dejarías que fuese la dama la que pelee? —le echa en cara Ryan, y señala a Vanessa con la cabeza.

—Eh, igualdad de sexos, chavales —sigue Tyler con su tono burlón—. Y estoy seguro de que la dama le daría más fuerte que cualquiera de nosotros.

Jessica parece muy incómoda con toda esta conversación. Creo que la están presionando demasiado. Pero la verdad es que yo tampoco entiendo por qué no quiere decir quién es el tío con el que ha estado viéndose durante este tiempo. Y si... ¿es un profesor? Eso sí que sería una bomba que entiendo en parte que no quiera soltar.

—Jess, no puedes cargar tú con todo mientras dejas que él siga tan tranquilo sin asumir ninguna responsabilidad. Al fin y al cabo, esto es una decisión que debería tomarse entre dos, ¿no? —continúa Vanessa.

—No —se planta la rubia—. La decisión es solo mía.

—¿Y ya has decidido algo? —pregunta Troy, que solo se acerca a los demás para coger un botellín de agua bien fría de la nevera.

Jessica no contesta. Se muerde el labio aún más fuerte y no entiendo cómo no lo tiene ya lleno de heridas, si desde el momento en que la he visto esta mañana no ha parado de mordérselo.

—¿Es Jeremy? —sigue presionando Vanessa, ignorando a su novio que no vuelve a abrir la boca y desaparece en dirección a la barbacoa de nuevo—. Todo el mundo os vio tontear en mi fiesta de cumpleaños... Me dijeron que habíais desaparecido un rato para buscar una habitación.

—¿Jess y Jeremy? Puto alcohol, siempre me hace perderme lo mejor de las fiestas —se queja Tyler, interrumpiéndola—. Perdona, sigue. —Da pie al ver cómo lo mira ella.

—No me he acostado con Jeremy —aclara Jess, antes de que Vanessa pueda seguir con el interrogatorio.

Tyler vuelve a hablar, llamando la atención de todos y, al parecer, muy entretenido con el chisme que sus amigos le están ofreciendo. Se me olvidaba que hasta su accidente estuvo bastante desconectado del grupo. Aunque tampoco me esperaba que Tyler Sparks tuviera una vena tan cotilla, la verdad.

—Vamos a ver, si puedo decir algo que ayude a desentrañar un poquito el misterio, yo no apostaría por las fiestas. La gente se emborracha y no sabe ni dónde la mete —suelta, tan tranquilo—. Está claro que Cam no dio en la diana en su fiesta de cumpleaños, a pesar de todo. Os lo habría podido decir yo desde el principio, porque así de borracho dudo bastante hasta de que se le levantara —termina, despreocupadamente.

—Gracias, Tyler —dice Cam, con sarcasmo.

—De nada, tío —responde el otro, orgulloso de su intervención.

—La verdad es que yo también tengo mis dudas de que estuviera muy funcional esa noche —reconoce Ryan, con un tono de voz burlón, dispuesto a molestar también a su amigo—. Cuando terminó la fiesta, la mayoría ni nos teníamos en pie, ¿cómo iba a poder follar?

—Gracias, tíos, pero... ¿podríais intentar apoyarme sin insultar mi virilidad? —bromea Cam al oír eso último.

Vanessa carraspea para frenar las estupideces de los chicos. Me parece bien que lo haga, no me gusta para nada tener que revivir aquella fiesta y lo que me hizo sentir ver a Cam con Jessica sentada en su regazo. Y, además, ¿qué pasa con esta gente? Da la impresión de que les parece de lo más divertido llegar a perder el sentido bebiendo. Espero que lo que ha pasado con Tyler y su firme decisión de dejar de beber tanto alcohol tenga efecto en los demás, también.

—Dejad de hacer el idiota, esto es muy serio —pone orden la morena—. Jess, no puedes dejar que haga esto, que escurra así el bulto y que pase de ti cuando esto es cosa suya también. ¿Por qué lo haces? Tú nunca has sido de las que se callan.

Jessica esconde la mirada tanto como puede. Parece que va a echarse a llorar en cualquier momento. Y entiendo la intención de Vanessa, y que no quiere hacer daño a su amiga sino ayudarla, pero creo que no lo está haciendo de la forma correcta. Hasta yo estoy tensa, porque soy una persona muy empática e incluso la tía que peor me cae me hace ponerme en su lugar.

Me obligo a dar un paso atrás y quedarme callada, porque no quiero meterme en medio de esto. Son ellas las que son amigas, yo no voy a intervenir en su discusión. Sea como sea, esta historia ya no va conmigo. Ni conmigo ni con Cam. Pego el costado al de mi chico y él me rodea con el brazo y me estruja un poco contra su cuerpo, los dos a la espera de ver cómo se resolverá todo esto.

—¿Por qué? —vuelve a preguntar Vanessa, tras unos segundos de silencio incómodo—. Pero ¿te das cuenta de lo que estamos hablando? Estás embarazada, ¿qué piensas hacer? ¿Pasar por todo esto sola? Y si lo tienes, ¿vas a hacerte cargo tú sola de todo?

—¡No lo sé, ¿vale, Vanessa?! ¡No lo sé! —grita Jess, y parece que está llegando al límite de su aguante bajo presión.

Ya está llorando. Y Vanessa lanza un suspiro, quizá un poco arrepentida, y acerca la silla a la de su amiga para rodearla con el brazo y poder consolarla.

—Solo quiero que estés bien —murmura, afectada.

—Ya lo sé —solloza la otra—. Es que no puedo decírtelo, Vanessa. No puedo...

La morena niega con la cabeza y le acaricia la espalda con la palma de la mano, despacio.

—¿Por qué no? Tú y yo siempre nos hemos contado las cosas, Jess. ¿Por qué no puedes decírmelo? ¿Quién es? —insiste.

Con lo altiva que era siempre la actitud de Jessica Harris, ahora parece haber encogido. Me da la impresión de que se hace pequeñita, cada vez más, al tiempo que Vanessa habla. Lanza miradas furtivas hacia donde estamos Cam y yo, y Vanessa trata de seguir su mirada cada una de las veces, pero me parece que no tiene muy claro lo que está pasando, tampoco.

La mano de Cam está jugueteando con una de las hebillas de mi pantalón, pero creo que no es consciente de que lo hace. Está igual de atrapado en el drama actual que todos los demás.

—¿Quién es el tío con el que te estuviste acostando, Jess? —repite mi amiga, en un tono más alto que la vez anterior.

—Era yo. —Me sorprende una voz justo a mi espalda.

Joder. Mientras yo pensaba que Jessica miraba nerviosamente en mi dirección, no me estaba mirando a mí. Estaba mirando detrás de mí. Justo detrás. Al tío con el que se acostaba. Al tío que ha dejado que su amigo cargara por un tiempo con su responsabilidad, por otra parte. Al tío que la dejó embarazada.

Al novio de su mejor amiga.

A Troy Cruz.

17

Out of the woods

La voz de Troy diciendo «era yo» es probablemente lo que yo menos esperaba oír hoy. No me lo esperaba para nada. Y parece que los demás tampoco. Y parece que Vanessa tampoco.

Ella se gira y clava los ojos en Troy, atónita. No me extraña. Me imagino que a mí se me quedaría una cara bastante parecida. Debo de tenerla ahora mismo, de hecho.

—¿Qué? —pregunta la morena, a media voz.

—Se acostó conmigo —vuelve a hablar Troy, por si no le habíamos entendido bien del todo la primera vez—. Nena, lo siento... —empieza a disculparse, con voz de muy arrepentido, pero vaya.

Vanessa parpadea un par de veces con la vista fija en él, muda. Luego se gira hacia Jessica, que sigue con la mirada clavada en el suelo. Y, así, pasa la vista de uno al otro como si estuviera aún procesando lo que acaba de descubrir.

—Vanessa —insiste Troy, y da un paso, a mi lado, para acercarse a ella.

—No —lo frena, al tiempo que levanta una mano en el aire—. No... ¿Qué...? —Luego niega con la cabeza, se pone en pie de golpe y echa a andar por donde hemos venido, en dirección a la calle—. ¡Que os jodan a los dos! —grita, sin volverse.

Cam retira su brazo de alrededor de mi cuerpo, rápidamente, y sale corriendo detrás de ella.

—¡Vanessa! —lo oigo llamarla.

Yo también voy. Ni siquiera vuelvo a mirar a Jessica, ni a Troy, pero intercambio una mirada con Tyler, que tiene la boca abierta. Y le doy una palmadita en el brazo a Ryan al pasar por su lado, a modo de despedida.

Cuando llego a la acera, justo delante de mi coche y el de Cam, él acaba de alcanzar a Vanessa y le rodea los hombros con un brazo y la estruja contra su pecho mientras ella ya llora, cubriéndose los ojos con una mano.

—No puedo creérmelo, Cam —la oigo decir, con la cara enterrada en su camiseta.

—Lo sé —murmura él, suave—. Ya está.

—No. Joder —protesta ella, y se aparta de sus brazos y sorbe por la nariz al tiempo que se seca los ojos con las manos—. Soy una idiota.

Entonces me ve a su lado y se le llenan los ojos de lágrimas de nuevo. Da dos pasos hacia mí

y me abraza. Tengo que corresponder a su abrazo y frotarle la espalda como consuelo.

Cameron y yo intercambiamos una mirada incrédula. Menudo drama. Y sé que vamos a tener muchas cosas que comentar y mucha punta que sacarle a esto cuando estemos solos. Pero ahora tenemos que apoyar a Vanessa.

Tyler llega hasta donde estamos avanzando lentamente con sus muletas, justo al tiempo que Vanessa se separa de mi abrazo y acepta un paquete de pañuelos de papel que Cam acaba de sacar de su coche.

—Joder —habla ella de nuevo—. El puto karma...

Y lo dice con tal vehemencia que tengo que soltar una risita. Pero la mía apenas se oye comparada con la carcajada que suelta Cam. Y Vanessa por fin sonríe un poco y deja que el chico de los ojitos verdes rodee sus hombros con un brazo y la zarandee suavemente.

—Yo estoy alucinando... —opina Tyler—. ¿Seguro que esto es estar limpio y sobrio? Las drogas me hacen flipar menos —bromea.

—¿Y si nos vamos los cuatro a mi casa y nos pedimos unas pizzas? —sugiere Cam—. Barbacoa alternativa —nos anima.

Vanessa asiente, antes de sonarse la nariz, y luego me mira.

—¿Puedo ir en tu coche? —Elige.

—Claro que sí —digo, y le sonrío con cariño, antes de cogerla de la mano y apartarla de Cam para guiarla hasta donde he aparcado el Audi.

Intercambio otra mirada con Cam, y él me sonríe a mí. Con ternura. Casi lo puedo interpretar como un «no me puedo creer que seas tan maravillosa y estés conmigo». Así es como quiero interpretarlo, al menos. Enseguida desconecta su mirada de la mía y ayuda a Tyler a montarse en el asiento del copiloto de su coche.

Cuando arranco y salgo a la carretera, siguiendo el vehículo de Cam, Vanessa tiene la vista perdida por la ventanilla y llora en silencio. No sé muy bien qué decir. Nunca me había visto en una situación como esta. ¿Qué le dices a alguien que acaba de descubrir que le han traicionado las dos personas que más quería en el mundo? No puedo evitar pensar en que ella le hizo exactamente lo mismo a Cam, en su día. El karma, sí, como dice ella. Pero los dos no paran de repetir que cuando eso sucedió, su relación estaba prácticamente acabada. En cambio, lo de Vanessa y Troy no parecía estar acabado para nada. Para nada. Al menos, por lo que a ella respecta. Estoy a punto de soltar alguna frasecita hecha como que hay muchos peces en el mar, o que el que engaña solo se engaña a sí mismo, o algo aún peor. Por suerte, Vanessa se adelanta, frenando mi impulso consolador.

—¿Crees que me lo merezco, Ash? —pregunta, tan bajito que casi tengo que pedirle que me lo repita.

—Claro que no —digo enseguida.

Y realmente lo pienso. ¿Hay alguien que se merezca una traición así? ¿Una mentira mantenida en el tiempo? Ni siquiera Blair se lo merecía cuando Tyler y yo nos besábamos en la

cabaña del lago Tahoe. Ni siquiera Blair. Y pienso también en Grace y en lo que pasó con Damon y en cómo no le ha dicho ni una palabra al respecto a Joe. Y creo que todos somos humanos y, a veces, cometemos estupideces, pero siempre está al alcance de nuestra mano ser sinceros. Al final, siempre tenemos elección. Podemos hacer las cosas bien. Y si Jessica lo hubiera hecho desde el principio, nos habríamos ahorrado un montón de drama. Y sí, lo digo egoístamente. Pero sobre todo por Cam.

—No soy la mejor persona del mundo. Es obvio —murmura ella, mientras se seca los ojos con un pañuelo del paquete que Cam le ha dado—. Yo le hice lo mismo a Cam, que es como el tío más decente que he conocido en la vida. Le compliqué las cosas a Tyler cuando los dos estaban medio cabreados. Soy la maldita abeja reina venenosa y, a lo mejor, he pasado de un montón de tíos perfectos solo porque no se movían en mi mundo de jugadores de fútbol y gente popular. Este último año no he sido la mejor amiga del mundo para Jess, seguramente. —Se culpa—. Ella lo ha pasado tan mal por Cam, y yo... yo me he puesto siempre de parte de él, y me he hecho amiga tuya, y puede que la haya descuidado mucho últimamente...

—Vanessa, para —le pido, con voz firme. La miro de reojo y veo que ella me mira también, sorprendida—. Esto no es culpa tuya. Tú no tienes la culpa de que tu novio y tu mejor amiga se acostaran. No tienes la culpa de que se hayan callado hasta ahora. La culpa no es tuya. Es suya.

—Ya lo sé. Eso es fácil verlo desde fuera, Ash.

—Pues míralo desde fuera —aconsejo—. Cuando tú te acostaste con Tyler mientras salías con Cam, ¿fue culpa de Cam? —comparo.

—No. Claro que no —suspira ella.

—No. Pero Cam tampoco es perfecto —le recuerdo—. También tendría sus cosas, y no había hablado contigo de lo que le pasaba, y se había distanciado, y estaba siendo un aburrimiento aquella noche, ¿no? —Utilizo lo que ella me contó—. Y si ves tan claro que eso no justifica lo que hiciste, que no te da una excusa a la que agarrarte, que podrías haber hecho las cosas de otra manera, ¿por qué no ves que ahora es exactamente lo mismo en su caso? Ellos podrían haber hecho las cosas de otra manera. Y si Jessica se ha sentido descuidada, debería haber hablado contigo en vez de acostarse con Troy, y si Troy sentía que las cosas no iban bien entre vosotros, debería habértelo dicho en vez de acostarse con ella. En todas las historias hay muchas versiones. Y cada uno tendrá sus razones para hacer las cosas como las ha hecho, supongo. Pero eso no te carga a ti con ninguna responsabilidad sobre lo que hacen los demás.

—Ya... —dice, y no es que suene muy convencida—. Pero es que Troy...

Ahoga un sollozo y yo le pongo la mano en el regazo, sin apartar la vista de la carretera. La coge con la suya, mientras, con el pañuelo en la otra, se suena la nariz.

—¿Cómo han podido hacerme esto? —pregunta retóricamente.

—No lo sé —respondo, aun así—. Me imagino que ahora parece casi el fin del mundo. —Intento ponerme en su lugar—. Pero vas a estar bien. Ya lo verás.

—Sí, supongo...

Se queda en silencio, sin devolverme mi mano, y yo tengo que conducir con solo una en el volante, mientras nos acercamos a casa de Cameron. Menos mal que su madre trabaja de tarde esta semana. Menudo drama.

—Joder, ¡qué capullo! —grita de repente Vanessa a mi lado, lo que me hace dar un respingo —. Y yo que creía que era el mejor novio del mundo. Menudo cabrón. ¡Con mi mejor amiga!

—Lo sé. Ya lo sé —intento tranquilizarla hablando con voz suave—. Es una guarrada. —Me pongo de su parte.

—¡Una guarrada! —repite ella, suelta mi mano por fin y hace aspavientos—. ¿Y ella? Es que si no llega a quedarse embarazada no me hubieran dicho nada en la vida.

—Bueno, no sabemos si... —intento contradecir esa afirmación.

—Lo que más me jode es que van a tener un bebé precioso —masculla entre dientes.

No puedo evitar que se me escape una risita por la pasión con la que lo dice, como si fuera la peor noticia de entre todo este lío.

—¿Eso es lo que más te jode? —repito.

Ella suelta una carcajada, aunque suena un poco teñida de tristeza.

—Creo que tienen genes que combinan bien y eso es mala noticia para la despechada en la que me acabo de convertir —se defiende, al tiempo que se seca bien las lágrimas con los dedos.

Aparco detrás del coche de Cam en la entrada del garaje, mientras las dos seguimos diciendo tonterías que consigan hacerle reír. Cameron, que ya está ayudando a Tyler a salir de su asiento, mira hacia nosotras sorprendido. Sí, supongo que las lágrimas eran más esperables en todo este contexto. Pero, eh, ¿no era él el que me enseñó que pasara lo que pasara aún nos podíamos reír?

—Vanessa —la llamo, antes de que se baje del coche, y bajo el tono de voz para compartir la confidencia—. Sé que ahora pasarás un tiempo sin querer saber nada de los tíos, pero cuando tengas ganas de volver a salir con alguien, recuérdame que tengo algo que decirte —le digo, con voz pícara—. Conozco a un tío que está bastante loco por ti.

Le guiño un ojo antes de abrir la puerta y bajarme del Audi. Ella lo hace también, muy rápido, por el otro lado, y me sigue corriendo hasta la puerta de casa de Cam, preguntando quién es ese tío. Me hago la misteriosa. Ahora no es el momento. Eso seguro.

—Oye, Vanessa —le dice Tyler, cuando ya está acomodado en el sofá de su amigo—, que, si quieres que le demos una paliza a Troy, dame un mes y estoy listo para darle una hostia —bromea.

Cam suelta una carcajada al oírlo, mientras trastea con su móvil para pedir unas pizzas por internet.

—Tú ten cuidado, que la última vez que te peleaste con un amigo saliste bastante mal parado —se burla, como si no pasara nada.

—¿Qué dices, payaso? Si te arreglé la nariz. Anda, dame las gracias que te he dejado más guapo de lo que estabas —sigue Tyler.

—¿Más? ¿Era eso físicamente posible? —responde Cam, y Tyler suelta un bufido que hace

reír al moreno.

—Cuando me recupere te vas a enterar —amenaza—. A ver si puedes volver a ir de guapo por la vida...

—¿Y por qué dejarlo para más adelante? Ven ahora, cojito —lo provoca, con voz burlona.

Tyler hace amago de levantarse, pero luego se deja caer de nuevo en el sofá y se queja del costado, haciendo reír a Cam a carcajadas. Vaya par de idiotas.

—Ay, de verdad, qué pereza me dais —se mete con ellos Vanessa—. Toda la vida así —me dice a mí, en voz más baja, sentada a mi lado—. No quiero que tengáis ningún problema con Troy, chicos —advierte—. Entiendo que él es amigo vuestro y esto no tiene nada que ver con vosotros, así que, por favor, no cambiéis vuestra relación con él —pide, muy madura.

—¿Me lo dices a mí? —pregunta Cam, distraídamente, aún pendiente de la pantalla de su teléfono—. ¿Es tan amigo mío? Porque, no sé, el último mes me ha tenido bastante jodido, casi me cargo mi relación con Ashley, he estado a puntito de decirle a mi madre que iba a ser abuela y darle el disgusto de su vida, y él no me ha dicho nada. Ya no es que no me haya dicho que él se folló a Jess sin condón, es que ni me ha llamado para preguntarme qué tal lo llevaba. Pero no, tranquila, que no le voy a dar una hostia, que ni vale la pena...

Nos quedamos unos segundos en silencio tras su declaración. Lo ha dicho con la mala leche empapando cada palabra. Y creo que tiene razón. Pero no me gusta oírle ese tono de voz, la verdad.

—Oh, eso significa que yo sí valía la pena, porque a mí sí me diste una hostia. —Tyler rompe el silencio, como si acabara de emocionarse—. Yo también te quiero, tío. Te volvería a dar una paliza otra vez. Y todas las que hicieran falta, hermano —sigue, en tono de broma.

—Gilipollas. —Cam sonríe de medio lado, y deja por fin el teléfono—. Las pizzas están en camino. He pedido familiares por mitades, la favorita de cada uno, para que no os quejéis. ¿Qué os saco de beber?

Qué joya de anfitrión. Y, además, es todo un bombón. Me inclino sobre el brazo del sofá para mirarle el culo mientras va a la cocina. Con disimulo, claro. Veo a *Salem* salir del despacho y caminar estirándose para seguirlo, a ver si le cae algo de comer, seguramente. Alguien acaba de despertarse de la siesta.

Hora y media después ya hemos comido, y Vanessa y Tyler están hablando de todo lo que ha pasado, en el sillón de la casa de Cameron. Vanessa tiene a *Salem* en el regazo. Y yo me escabullo a la cocina, detrás de Cam, que ha ido a tirar toda la basura que hemos generado.

—Ey —digo, suavemente.

Me abrazo a él por detrás, rodeando su cintura con los brazos, y apoyo la mejilla en su espalda. Él me acaricia las manos y coge una de ellas para llevársela a los labios y besarla.

—Menudo día, ¿eh? —murmura.

—Pues sí —suspiro yo—. Aún no me creo lo de Troy —reconozco.

Mi chico se da la vuelta para quedar de frente a mí y poder achucharme. Yo me dejo hacer.

Escondo la cara en su pecho y noto cómo besa mi pelo, con ternura.

—¿Qué hubiera pasado si al hablar con Jessica le hubiera dado por contarte mentiras sobre mí otra vez? ¿Habrías dudado?

Me aparto para mirarlo a la cara. Cuando nuestros ojos se encuentran, sé que él ya sabe la respuesta, pero aun así lo digo en voz alta.

—No.

—Gracias por confiar en mí, princesa.

—Bueno, podría decirse que te has ganado la confianza —aclaro yo—. Ahora mismo no hay nadie en quien confíe más que en ti —confieso.

—Haces bien. —Sonríe de medio lado, con sus ojos clavaditos en los míos—. Porque yo no pienso defraudarte nunca.

—No hagas promesas que no sabes si podrás cumplir, Cameron —advierto, en tono levemente burlón—. Pero si es una declaración de intenciones, entonces tengo que decir que yo tampoco pienso defraudarte —coincido.

Va a decir algo más, pero no le doy tiempo. Me pongo de puntillas y uno mis labios a los suyos durante unos segundos.

—¡Chicos! —oímos llamarnos a Vanessa desde el salón—. Si os estáis besuqueando en la cocina, dejadlo y venid de una vez. Que yo me voy a ir ya a mi casa —anuncia.

Cam sonríe al separarse de mí. Y yo le copio el gesto cuando me coge de la mano y me guía de vuelta hacia donde están nuestros amigos.

—Os agradezco la compañía, los ánimos, y la pizza y los refrescos —dice la jefa de animadoras en cuanto nos ve aparecer otra vez—. Pero ahora ha llegado el momento de que vaya a meterme en la cama a llorar y comer chocolate y escuchar baladas tristes y revolcarme un ratito en mi dolor —dice, y casi suena a broma, pero yo sé que no lo es.

—¿Qué vas a hacer si Troy se presenta en tu puerta? —pregunto.

El tipo la ha llamado ya un montón de veces. Tantas, que mi amiga ha optado por apagar su teléfono. Sin embargo, nadie ha vuelto a saber nada de Jessica.

—Tranquila, tengo un padre con muy mala hostia y dos hermanos mayores. No creo que se atreva a rondar por allí —medio bromea.

—Yo también me voy —anuncia Tyler, y coge una de sus muletas para poder levantarse—. No quiero quedarme aquí de tercero en discordia —reconoce, en tono burlón.

—Te llevo —ofrezco.

Porque no ha dicho nada sobre cómo piensa llegar hasta donde quiera ir, pero es obvio que no se va a marchar cojeando hasta su casa.

—Y yo te acerco a ti —ofrece Cam a su amiga.

Me despido de Vanessa con un abrazo y haciéndole prometer que me llamará si me necesita. No me olvido de aquello que me contó sobre cómo escaseaban las amigas en su escala social. Y, al parecer, Jessica era la única de verdad que había tenido hasta que aparecí yo. Y también le

digo que mañana he quedado con las chicas para desayunar y que, si quiere venir, no tiene más que decirlo. A las chicas les cae bastante bien, sobre todo a Grace, que parece que entre nosotras no encuentra a ninguna interlocutora adecuada para hablar de moda. Pero ella no se compromete. Dice que me llamará y poco más.

La vuelta hasta mi casa con Tyler discurre hablando del bombazo del día. Es que creo que nadie se lo esperaba. Y, cuando dejo a mi amigo en su casa, yo entro en la mía para descubrir que no hay nadie. Mi madre y mi hermano han desaparecido. Pero no me preocupa. Ya volverán. Me quito las zapatillas y me tumbo en el sofá mientras enciendo el televisor y me conecto a Netflix. No había hecho más planes para hoy que esa barbacoa en casa de Ryan, así que supongo que eso me deja tiempo ahora para seguir viendo el siguiente capítulo de la serie que tengo pendiente.

Pero solo he llegado a la mitad cuando suena la llegada de un mensaje en mi móvil.

Tengo ganas de verte.

Es Cam. Y sonrío al leerlo, como una tonta.

Acabas de verme hace menos de una hora.

Veo que está escribiendo, pero, de pronto, deja de hacerlo y se desconecta de la aplicación de mensajería instantánea. En cinco segundos, mi móvil está sonando al recibir una llamada.

—¿No es más bonito decir «yo también me muero por verte, amor», en vez de ser tan racional? —me acusa mi chico, sin darme tiempo casi ni a decir «hola».

—Yo nunca te llamo «amor» —dejo claro, antes de nada, con una risita—. Solo constataba una realidad —me defiendo—. Pero sí que me muero por verte..., amor.

—Paso a por ti en un cuarto de hora —decide, en un tono que no admite discusión—. Acabo de dejar a Vanessa en su casa, así que ahora paso por la tuya y nos vamos a la mía, que mi madre no va a volver hasta tarde —añade, con voz pícara.

—Creía que tenías buenas intenciones —protesto juguetonamente.

—Tengo buenas intenciones. Pienso hacer que te corras tú primero —asegura, con su tono más canalla—. Y, a lo mejor, más de una vez. Si te portas bien. —Pone condiciones.

Me muerdo el labio y cambio mi postura en el sofá, porque es que solo oír eso ya está haciendo que mi corazón vaya bastante más rápido y que el calor invada mi bajo vientre. Uf. Qué ganas tengo de estar con él de una vez. Sobre todo, después de habernos quedado a medias hace dos días, cuando nos pilló su padre.

—Yo siempre me porto bien —contesto, y lo oigo soltar una risita al otro lado de la línea—. Pero no vengas a por mí, tienes que dar mucho rodeo y luego vas a tener que traerme de vuelta. Mejor voy yo con mi coche. Eso sí, cuando acabe de ver el capítulo de mi serie, ¿vale? Te veo en un rato.

Cuelgo sin darle tiempo a protestar y sin que pueda despedirse. Sonrío para mí misma. Que

me espere un poquito. Y que sepa que soy perfectamente autosuficiente. Y espero que cada minuto que pase sin que yo haya llegado a su casa acumule más ganas de mí.

No has dicho «te quiero».

Sonrío al leer el mensaje y contesto, muy rápido.

Te quiero.

Pero él ya no contesta a eso. Capullo.

Creo que he conseguido el efecto que quería, cuando llamo a su timbre y él me agarra por la cinturilla de los vaqueros y tira de mí, para arrastrarme al interior y pegarme a su cuerpo. Cierra la puerta de golpe y me hace retroceder hasta que choco con ella.

—Te estaba esperando, preciosa —dice, con voz profunda y muy cerca de mi boca.

Pero a mí ese tono me hace reír y no excitarme, como supongo que él pretendía. Lo veo sonreír, en respuesta a mis burlas. Me besa sin que yo haya dejado de reír, y sentir cómo él ríe conmigo, cada uno en la boca del otro, es de lo más bonito que voy a tener nunca. Lo sé. Estoy segura.

Parece mucho más relajado cuando me coge de la mano y me lleva con él al sótano. Hay una bolsa de M&M's encima de la mesa y me suelta para cogerla y abrirla.

—Soy un caballero, así que antes de cumplir mis promesas, quiero invitarte a chocolate —bromea, con una sonrisita canalla.

—Perfecto. Para eso venía —lo pico yo, y meto la mano en la bolsita que me ofrece para coger un par.

Nos sentamos en el suelo, con la espalda apoyada en el borde del sofá mientras comemos chocolate y hablamos. Me cuenta lo que le ha dicho Vanessa en el camino hasta su casa, y volvemos a comentar lo irreal que ha parecido todo lo que ha pasado hoy.

—Sabes a chocolate —digo, cuando él me besa.

—¿Eso es bueno? —prueba.

—Me encanta el chocolate —admito, lo miro a los ojos y me quedo un poquito enganchada a cómo brillan ahora mismo.

—Entonces bésame un poco más —propone al tiempo que acaricia mi hombro suavemente.

Ensancha su sonrisa y se acerca a mis labios, rozándolos con los suyos, antes de murmurar, pegado a mí.

—Te quiero, princesa.

Entreabro sus labios con los míos y me muevo rápidamente para sentarme en su regazo, cogiendo su cara entre las manos. Las suyas se posan delicadas en mis costados, pero en cuanto le meto la lengua en la boca, sube la derecha para enredarla en mi pelo y mantenerme cerca. Como si me fuera a apartar lo más mínimo. No pienso separarme ni un milímetro de él. Se mueve manejando mi cuerpo a su antojo y me tumba delicadamente en el suelo, colocándose

encima y sin dejar de besarme. Nos besamos sin cuidado, mordiéndonos los labios y lamiéndonos con ansia, durante el suficiente rato como para que me den ganas de pedirle que vayamos más allá de una maldita vez.

—Es hora de cumplir tus promesas, señor Parker. —Prácticamente gimo mientras oigo la fricción de nuestros pantalones vaqueros al restregarnos el uno contra el otro.

—Acabamos de empezar, señorita Bennet —advierte, burlón—. Un poco de paciencia...

Pero según lo dice pone una mano sobre mi pecho derecho y me pellizca el pezón, suavemente, a través de la tela de mi camiseta y el sujetador. Y yo gimo su nombre, con la boca pegada a su oreja y arqueando la espalda para pegar nuestras caderas todo lo posible.

—Mierda, Ash —dice él, en respuesta—. Me encanta cómo gimes, y cómo dices mi nombre... Eres... tan... jodidamente... sexy..., cariño... —Espacia las palabras mientras me besa el cuello, desde el borde de la mandíbula hasta la clavícula—. Llevas demasiada ropa, seguro que te molesta —dice después, de vuelta al tonito burlón, y me desabrocha el botón de los vaqueros.

Tarda un poco en quitármelos, luchando con ellos y protestando porque los llevo muy ajustados y eso no le pone las cosas fáciles, y yo me río a carcajadas, tapándome la cara con una mano y sin moverme en absoluto para ponérselo aún más complicado. Los deja bajados casi hasta mis tobillos y vuelve a poner su cara a la altura de la mía para morderme la mano con la que me cubro. Me besa brevemente en los labios cuando la aparto.

—Esto no es portarte bien —me pica, y yo suelto una carcajada—. Vale, voy a hacerlo yo solo —se envalentona.

Se pone de pie para tirar de las perneras de mis pantalones hasta que consigue quitarlos del todo. Tengo que reírme de nuevo al ver la sonrisa orgullosa que pone al haberlo conseguido. Luego, se saca la camiseta por la cabeza, y yo me muevo rápido para arrodillarme en el suelo frente a él y tocar su estómago con las dos manos, subiéndolas hasta acariciar la plaquita de plata que lleva colgada al cuello. Me acaricia el pelo con ternura antes de quitársela y pasarla por mi cabeza para que cuelgue de mi cuello ahora. Le beso los abdominales y suelto el botón de sus pantalones.

—Espera —me pide. Y yo alzo la cara para poder mirar la suya—. Ven aquí.

Me sujeta por los brazos para ayudarme a ponerme de pie frente a él. Y volvemos a besarnos en la boca, suave al principio, pero creciendo en intensidad. Y, en un momento determinado, nos movemos a un mismo tiempo para acomodar la postura como si nos comunicáramos telepáticamente, y me coge por las nalgas cuando salto sobre él, colgándome de su cuello y enredando mis piernas en torno a sus caderas.

Nos miramos a los ojos y lo veo morderse el labio. Es lo más sensual que he visto en mi vida.

—Te deseo —susurro, sin dejar de perderme en ese verde tan suyo.

Mantiene un brazo debajo de mi culo y el otro se pega a mi espalda y su mano sujeta mi nuca haciéndome cosquillas. Vuelve a besarme, mucho más rudo ahora. Y no sé desde cuándo yo digo cosas como «te deseo», pero es que con Cameron Parker siempre me da por decir lo primero que

me viene a la mente. Y parece que le ha gustado. Se mueve conmigo encima y sin parar de besarme en la boca hasta que mi espalda choca con la pared.

—¿Te has hecho daño? —pregunta enseguida. Niego con la cabeza, con una sonrisita—. Perdona, no he calculado bien la distancia.

Suelto una risita y se ríe conmigo. Me da por pensar si podrá haber algo más perfecto que esto. Reír con él hasta estando tan excitados los dos, y que me mire con esa ternura incluso en medio de la escena más apasionada, creo que es algo que solo puedo tener con este chico perfecto. Y si no estuviera con él, me pasaría toda mi vida buscándolo.

—Estoy bien —lo tranquilizo, entre las risas—. No dejes de besarme, Cameron —añado, con mi tono más provocativo. Pero cuando va a hacerlo giro un poco la cara y sonrío, traviesa—. ¿Puedo llamarte Cameron? —pruebo.

—Puedes llamarme como quieras —concede, casi en un gruñido excitado.

Y me vuelvo a reír. De nuevo ríe conmigo hasta que funde nuestras risas, y nuestras bocas.

Me lleva hasta el borde del sofá y me lanza sobre la mullida superficie provocando una oleada de carcajadas, una vez más. Pero me quedo seria cuando se coloca poco a poco sobre mi cuerpo y acaricia mis piernas desnudas y llena mi escote de besos húmedos. Pone las dos manos sobre mis pechos y observa cómo encajan a la perfección.

—Me encantan tus tetas, ¿te lo había dicho? —pregunta, medio en broma.

—Medio millón de veces —exagero yo, al mismo tiempo que pongo los ojos en blanco—. Pensaba que te parecerían pequeñas —confieso.

—¿Qué? Son perfectas. Fíjate, el tamaño perfecto para mis manos. —Lo demuestra acomodando su agarre—. ¿Ves? Y mira... —sigue mientras me aparta la camiseta y el sujetador tirando de ellos hacia abajo—. ¿Estos pezones? Del tamaño ideal para mi boca —asegura y pega los labios ahí enseguida, antes de poner su lengua a juguetear.

Yo gimo muy alto. Creo que demasiado. Pero es que me da igual. El tío sabe muy bien lo que hace. Baja la mano izquierda hasta meterla en mis braguitas y yo separo un poco más las piernas para dejar que me toque tanto como quiera.

—Cam, por favor... —Le pido que me toque como sabe que me gusta.

—Pero, fíjate en esto..., aquí, el tamaño perfecto para mi...

Le tapo la boca con la mano antes de que suelte una grosería. Ya lo veía venir por su tono de voz. Se ríe, el muy tonto. Pero luego enseguida vuelve a ponerse serio y me toca justo como necesito, mientras alterna su boca entre mis pechos, mi cuello y mis labios.

Para justo cuando menos debería, y creo que ha sido porque mis gemidos le estaban dejando bastante claro que yo no iba a aguantar mucho más. Voy a protestar, pero entonces habla, totalmente quieto sobre mí.

—Mierda, mi madre.

Y yo no he oído nada, pero me asusto un poco. Poco. No me da tiempo ni a reaccionar porque entonces empieza a reírse a carcajadas, burlándose de mí por habérmelo creído. Lo empujo para

que se quite de encima, fingiendo estar muy enfadada, pero no se mueve para nada. Capullo. Aguanta el chaparrón mientras le pego suave con las manos abiertas y le digo lo idiota que es. Y sin parar de reírse.

—Deja que te compense, anda. —Se hace el bueno antes de besar mi mejilla—. Princesa.

Pronuncia ese apodo del modo más irritante posible. Pero por supuesto que ya no me molesta. Y se desliza hacia abajo por mi cuerpo para quitarme las braguitas con las dos manos y meter su cabeza entre mis piernas.

Se quita los pantalones mientras yo me recupero un poco de un orgasmo muy intenso. Que no le ha costado mucho provocarme, por cierto. Pero, bueno, no alardea de eso, al menos. Lo acaricio por encima del calzoncillo cuando se tumba a mi lado y besa mi hombro con dulzura.

—Oh, no —suspira, tras soltar un gemido—. Los condones están arriba —se queja, y se golpea la cabeza con el brazo del sofá como autocastigo por no haber sido más previsor—. ¡Ahora vuelvo! —asegura, mientras sale corriendo para subir la escalera—. ¡No te muevas!

Sonrío al ver cómo se va, a saltitos, en calzoncillos. Respiro profundamente, satisfecha, y me quito las prendas que aún llevo puestas, para recibirlo en las mejores condiciones.

Vuelve mucho más rápido de lo que esperaba, con un envoltorio de preservativo en la mano. Y esta vez tomo yo el control y me pongo encima. No protesta en absoluto. Me parece que le parece perfecto. Y se deja hacer.

Hacemos el amor en el sofá del sótano. Y luego pasamos un rato haciéndonos arrumacos allí mismo, sin ganas de separarnos. Y sin ganas de vestirnos. No sé ni la hora que es. Ni me importa. Me quedaría toda la vida entre sus brazos, pegada a su piel. Hacer el amor con él es mejor cada vez. Parece que nos vamos conociendo y compenetrando cada vez más en este aspecto. Y hoy Cam me ha pedido que le hable mientras estaba dentro de mí y que le dijera todo lo que quería, cómo lo quería y lo que sentía. Y siempre había pensado que me sentiría incómoda hablando durante el sexo. Pero es que no. Es imposible sentirme así con él. Y escuchar las cosas que él me dice a mí, cuando está excitado, es mejor todavía.

—No me canso de mirarte, Ash. Eres tan bonita —dice, dulcemente, antes de besarme la nariz, mirándonos de frente.

—Eso ya me lo dirás dentro de seis años —bromeo yo—. A ver si te has cansado ya de mirarme o no.

—Ya te lo diré. —Se planta.

Parece muy seguro. Yo beso sus labios, muy suave. Y, justo entonces, oímos la puerta del garaje.

—¡Mierda! —exclama, y se levanta de un salto—. Ahora sí que es mi madre, de verdad.

Yo también me pongo de pie. Le paso los calzoncillos, cuando empezamos a recoger la ropa del suelo, y él me lanza mi camiseta a la cara, riéndose con sus propias bromitas. Nos vestimos a toda prisa, y él recoge todo a nuestro alrededor, para que no quede ninguna prueba de lo que ha

pasado aquí. Enciende la televisión y me hace sentarme en el sofá, para tumbarse y poner la cabeza en mi regazo, como si lleváramos horas así.

—¿Cameron? —oímos a la señora Parker, en el piso de arriba.

—¡Hola, mamá! —saluda, en un grito.

Ella enseguida se asoma a la escalera y le sonreímos y saludamos los dos, inocentemente.

—Hola, Ashley, cariño —habla conmigo en cuanto me ve—. He visto tu coche fuera. ¿Te quedas a cenar?

Para cuando llego a mi casa y me encierro en mi habitación ya es bastante tarde. Mamá me ha dado permiso para cenar allí porque ahora es muy amiguita de Sandra Parker, así que le parece bien que me relacione con ella. Cam se ha ofrecido a hacer la cena mientras su madre se daba una ducha y se relajaba un poco después del trabajo. Así que hemos acabado los dos en la cocina, preparando algo y haciendo mucho el tonto, pero en mi defensa debo decir que la guerra de comida la ha empezado él. Eso es lo que le he dicho a su madre, cuando nos ha pillado manchados de harina. Y Cam me estaba abrazando por detrás y besando mi sien con cariño cuando ella ha entrado en la cocina, así que no ha podido enfadarse mucho con nosotros, porque le hemos parecido muy tiernos, al mismo tiempo.

En cuanto me he puesto el pijama, cojo el móvil y le mando un mensaje.

Me voy a ir ya a la cama, voy a leer un poco.

Ojalá estuviera ahí contigo, te miraría mientras lees.

¿Como un acosador?

Sabes que eso es lo mío.

¿Y no preferirías entretenerte leyendo un libro tú también?

No. Prefiero mirarte.

Ash...
No me cansaría nunca de mirarte...

¿Ya han pasado seis años?

... las tetas.

Gilipollas.

Jajaja jajaja jajaja.

Eres idiota.

Te quiero.

Me encantas.

Voy a hacer una captura de pantalla y mandársela a mi padre.

Noooooo.

Ya verás cuando vuelva de Japón.

Va a matarme.

Da igual.

Habrá merecido la pena.

Princesa.

18

You are in love

—¿Estás nervioso?

Lo pregunto en tono burlón, cuando noto cómo se resiste un poco a la tracción de mi mano, que tira suavemente de la suya. Me giro para mirarle la cara. Hace una mueca, en respuesta a mi pregunta, y tira de mí para que retroceda y me acerque más a él.

—No te burles, princesa —pide, muy serio—. Este es un momento muy importante en la vida de un hombre —dramatiza.

—No te creas, esta tarde mi padre ni se acordaba de que era hoy cuando venías a cenar, así que no parece que signifique tanto para él —bromeo. Hace un mohín con los labios y sonrío—. Ah, ¿te referías a ti mismo con eso de «hombre»? Perdona, no lo había pillado, pequeño, como casi no tienes ni pelo en la barba —lo pico.

Rodea mi cintura con los brazos y me acerca bruscamente a su cuerpo, haciéndome reír. Lo veo aguantarse la sonrisa, como puede.

—Si no tengo pelo en la barba es porque me afeito todos los días, ¿sabes? —se defiende, y yo aún río un poco más fuerte.

Intenta besarme, pero le pongo una mano delante de la cara para impedírselo y apartarlo levemente de mí.

—No creo que quieras que mi padre vea esto si por casualidad le da por mirar por la ventana.

Me empuja suavemente y se aparta de mi lado, dando dos pasos atrás y todo. Yo suelto una carcajada por su reacción y lo veo sonreír.

—Tengo que coger algo del coche —se disculpa, y camina hacia la acera, donde el vehículo está aparcado.

—No irás a subir y salir quemando rueda como un cobardica, ¿no? —le advierto. No puedo evitar dibujar una sonrisa, muy ancha, cuando oigo sus carcajadas en respuesta.

Abre la puerta del copiloto y mete medio cuerpo en el interior del coche mientras parece estar buscando algo. Acabamos de entrar en mi jardín desde casa de Tyler, donde hemos pasado más de una hora, despidiéndonos de él. Mañana ya viaja a Los Ángeles con sus padres para hacer la mudanza antes de empezar el primer curso de la universidad. Es increíble que ya haya llegado el momento. El verano ha pasado demasiado deprisa. Ya es el segundo de mis amigos que se va.

Grace voló a Nueva York hace ya un par de días. Y a mí no me gustan nada las despedidas. Nada de nada. No sé lo que va a ser de mí cuando tenga que despedirme también de Cam, el domingo. Bueno, el sábado por la noche, porque el domingo saldrá temprano por la mañana. Solo nos quedan dos días. Poco más de cuarenta y ocho horas antes de que él se vaya a Eugene. Y ya lo estoy echando de menos. Incluso teniéndolo aquí conmigo.

Precisamente es por eso por lo que papá está en casa estos días. Retrasó las fechas de sus vacaciones este año para poder estar aquí la semana que viene y volar conmigo y todas mis cosas a Chicago y ayudarme a instalarme. Llegó a Sacramento el lunes y una de las primeras cosas que dijo, antes de recuperarse del *jet lag* y todo, fue que tenía muchas ganas de conocer «a ese tal Cameron». Y aquí estamos.

—¿Qué es eso? —pregunto al verlo volver hasta mí, con una bolsa en la mano.

Él no responde. Pulsa el botón de la llave del coche y las luces del Honda parpadean al tiempo que se cierran las puertas. Me hace un gesto con la cabeza pidiéndome que avance hacia mi casa de una vez. Intento quitarle la bolsa, pero sus reflejos son bastante más ágiles que yo y, en un segundo, ya la tiene fuera de mi alcance, por encima de su cabeza. Y yo no llego. Soy muy bajita.

—No es para ti, Ash —advierte, esbozando una media sonrisa.

—Si le has traído un regalo a mi padre tengo que decir que eres el tío más pelota que he conocido en mi vida —exagero, y él ensancha su sonrisa.

—Eso fue lo que te enamoró de mí —se burla.

—Ya te digo yo que no. —Lo desmiento, pero tengo que sonreír—. A mi padre no le gustan nada de nada los pelotas. Pero juégatela, si quieres —le meto miedo.

Tiro del borde inferior de su camiseta para conseguir que me siga hasta la puerta de entrada. Una vez que tengo la llave en la mano, y estoy a punto de introducirla en la cerradura, vuelvo a mirarlo a los ojos, más seria esta vez.

—¿Preparado? —pregunto, y ahora sí que me importa de verdad que no se sienta mal con toda esta situación. Asiente. Pero sé que está nervioso. Ya lo conozco lo suficiente como para saber esas cosas—. No te preocupes, cariño. Le vas a encantar —aseguro.

Asiente otra vez, sin decir nada. Y yo le dedico una sonrisa leve para darle ánimos antes de girar la llave y empujar la puerta para entrar en mi casa. No tengo ninguna duda de que a mi padre va a caerle bien. Ya le cae bien antes de conocerlo. Mi madre le ha dado buenas referencias, claro. Y Eric lo adora. Y yo..., bueno, creo que es bastante obvio, para todos los que me conocen un poquito, lo feliz que me hace a mí Cameron Parker. Y sé que mi padre también va a caerle bien a él. Me da la impresión de que son bastante compatibles.

Nada más entrar, nos encontramos con Eric, que baja los escalones de dos en dos, a toda prisa.

—¡Papá! —grita, sin ni siquiera saludarnos—. ¡Ya están aquí!

El final de su grito coincide con el clic de la puerta cuando Cam la empuja para que se cierre tras él, y también con el ruido que hacen las zapatillas de mi hermanito al aterrizar en el suelo de

la entrada. En respuesta a su llamada, se oye ajetreo en la cocina.

—¡Hola, Cam! —lo saluda Eric al llegar a nuestra altura, ignorándome a mí descaradamente.

—Hola, tío —responde mi chico.

Chocan las manos. Arriba, abajo y chocando el puño. Se creen que están en el Bronx o algo así, estos dos. Vaya par. Justo están en eso cuando mi madre y mi padre aparecen en escena. Los dos juntos. Recién salidos de la cocina. Y mi madre va más o menos como siempre, con una apariencia normal y sin avergonzarme más de lo que es habitual en ella. Pero mi padre... Ay, mi padre. Lo de mi padre es otra historia. Porque lleva una cuchara de palo en la mano derecha, un gorro de cocinero altísimo en la cabeza y otro más pequeño en la mano, y un delantal. Podría no ser tan malo si llevara un delantal cualquiera, de esos que rondan por la cocina. Uno cualquiera, de verdad. Pero lleva el suyo. El que se compró en Italia. Con la imagen de un cuerpo de gladiador con el torso desnudo y muy muy musculoso. Este hombre no tiene remedio. Ni vergüenza. No. La vergüenza nos la deja toda para los demás. Lo veo sonreír levemente al observar cómo Cam choca las manos amigablemente con su hijo pequeño. Bien. Buena primera impresión. Un punto positivo para Cameron.

—Bueno, bueno, bueno —dice mi padre, con la voz más profunda de lo normal como si buscara sonar muy severo, pero lo cierto es que no lo consigue—. Por fin nos vemos en persona, Cameron.

Pongo los ojos en blanco al oírlo. Le pierde montar un buen espectáculo. Se acerca a grandes zancadas y yo noto cómo Cam se yergue a mi lado. Cuadra los hombros. Está intentando mostrar su mejor porte, no hay duda. Seguro que lo consigue.

—Sí, señor —dice, muy formal, y da un paso al frente para saludar.

Papá le tiende la mano, pero enseguida se da cuenta de que lleva la cuchara en ella y se la cambia de mano para poder ofrecerle la derecha.

—He oído hablar mucho de ti —asegura, en un tono levemente burlón.

—Y yo he oído hablar mucho de usted, señor Bennet —se la devuelve Cam con una sonrisa encantadora.

—Por favor, no me trates de usted, me hace sentir viejo —se queja, con una mueca—. Y vamos a ahorrarnos los formalismos, ya que parece que no tenemos mucho tiempo para intimar antes de que tú vayas a la universidad y yo me vuelva con los japoneses —propone—. Llámame Pete.

—Papá... —suspiro yo.

El tío se pasa, en serio. Nadie le llama «Pete». Quiero decir, probablemente nadie en todo el mundo. De verdad.

—Por favor, Peter —protesta también mamá, y lo empuja un poco al ponerse a su altura.

—Vale, vale. —Ríe él, y levanta las manos en el aire para pedirnos paz—. Llámame Peter entonces, que parezca que me tienes respeto —bromea.

Le da una palmadita a Cam en el hombro antes de ponerle a mi hermano el gorro pequeño de

cocinero que llevaba en la mano.

—No le hagas ni caso, anda —propone mi madre tras apartar a papá para plantarse ella frente a Cam. Casi me siento invisible—. Hola, cariño —lo saluda, como si él fuera su hijo una vez más, y lo besa en la mejilla.

—Pinche, a la cocina —le dice papá a Eric.

Se vuelve hacia Cam de nuevo cuando mi hermano ya se aleja obedeciendo sus órdenes.

—He traído algo. —Se adelanta mi novio a lo que sea que va a decir—. Había oído decir que le encanta el café, seño... Peter —corrige antes de que papá pueda volver a regañarlo por ser tan formal—. Mi tío acaba de volver de un viaje a Colombia, dicen que es el mejor café del mundo —alardea de su obsequio. Saca una bolsa de café para tendérsela a mi padre—. He pensado que a lo mejor os gustaría probarlo. —La deja en sus manos, y papá la admira dándole un par de vueltas—. También he traído algo para ti, Julia —se dirige entonces a mi madre, y le tiende una cajita de sus bombones favoritos. Menudo pelota—. Ah, y este libro de parte de mi madre, dice que la ayudó mucho cuando mi hermano se fue de casa —añade, divertido—. Así tienes entretenimiento cuando Ash se vaya a Chicago y deje de molestar por aquí —bromea.

Yo le pego suavemente en el brazo, pero mamá se ríe.

—Eres un cielo —le dice.

En serio. Delante de papá. Yo pensaba que tanta admiración y tanto tonteo se le pasaría en cuanto tuviera a su marido al lado. Pero no. Qué va. No parece que a mi padre le importe, tampoco.

—Me gusta este chico —se pronuncia papá, me mira a mí y señala a Cam con un dedo, antes de guiñarme un ojo—. Tengo que volver al trabajo. No se puede dejar mucho tiempo solo al pinche. No es tan buen cocinero como él se cree —se mete con mi hermano, al mismo tiempo que camina hacia la cocina—. Cameron, ¿nos echas una mano con la cena?

Yo frunzo el ceño, mientras Cam ya asiente y le sigue los pasos.

—Papá —intento protestar un poco.

Me hace callar levantando la mano y cerrando el puño, como si se creyera un director de orquesta.

—Tú no puedes venir, Ashley, lo siento —se dirige directamente a mí, y luego hace una mueca—. ¡Nada de mujeres en mi cocina! —exclama, y desaparece con una mano en el hombro de Cam.

Ay, madre. Acabamos de llegar y ya ha secuestrado a mi chico. A mi pobre chico que estaba muy, pero muy nervioso por conocer a Peter Bennet. Espero que papá se porte bien con él en el interior de esa cocina. Cruzo una mirada preocupada con mamá y ella me sonríe, como para tranquilizarme. Me pasa un brazo por los hombros y me guía hacia el comedor para que empecemos a preparar la mesa para cenar.

—No te preocupes —me dice en voz baja, mientras caminamos—. Tu padre no se lo va a comer —se burla—. Y Cam es suficientemente encantador y descarado como para ganarse a ese

público. Además, Eric está ahí. No hay mayor fan de tu novio en esta casa, aparte de ti —termina, y me pincha con un dedo en las costillas.

Me aparto protestando y le pego en la mano haciéndola reír.

—Creo que te estás olvidando de ti. Tú sí que eres una fan loca...

—Y tu padre también lo será —vaticina con una sonrisita.

Probablemente mamá tenga razón porque lo único que nos llega de la cocina, mientras preparamos la mesa del comedor para cinco comensales, son risas. Oyéndolos desde aquí, da la impresión de que no paran de bromear. Seguro que es así. En eso son los tres igualitos.

No tardan demasiado en volver con nosotras, con la cena ya lista. Mi padre trae un recipiente enorme sujeto con las dos manos y mamá se apresura a colocar bien el salvamanteles para que pueda dejarlo en el centro de la mesa. Eric lleva un cuenco con salsa y una cuchara preparada para poder servirla. Y Cam trae también un par de platos con las guarniciones. Menudo festín ha preparado el chef Bennet, como se hace llamar mi padre los tres días al año que se digna a pisar la cocina. Y mi madre ha insistido en poner la vajilla buena, ¿cómo no? En vez de Cameron Parker parece que nuestro invitado de esta noche tenga sangre azul, por lo menos.

Cruzamos una mirada en cuanto él deja los dos platos sobre el mantel. Intento preguntarle, sin palabras, si todo ha ido bien en esa cocina. Él me sonríe en respuesta y a mí se me contagia la sonrisa, y puede que nos quedemos atrapados en la mirada del otro y con las sonrisas pegadas un par de segundos más de lo que establecen los límites del disimulo porque, para cuando me doy cuenta, papá está mirándonos a los dos con una curvatura en los labios un tanto burlona.

—Ponte tú aquí —le pido a Cam, señalando mi sitio habitual, que queda justo frente al de mi padre, pero es lo que hay si no quiero que nuestros codos no paren de chocar durante toda la cena —. Si no me darán muchas ganas de cortarte el brazo, otra vez —bromeo.

—Ah, no. Yo no vuelvo a ir a patinar sobre el hielo —me pica, lo que me hace reír bajito—. Ya me libré de la amputación por los pelos, no hay que tentar a la suerte.

Aparta la silla que le he indicado, para ocupar ese sitio, y yo me dispongo a sentarme en la que queda entre Eric y él, pero me da la impresión de que a mi hermano no le hace ninguna gracia.

—Eh, no —protesta—. Yo quiero sentarme al lado de Cam —exige, al tiempo que mi padre le quita el gorro de cocinero de la cabeza, para recogerlo.

—Eric, compórtate —advierte mi madre.

—Pues que se ponga Ashley en otro sitio —sigue él con su cruzada particular.

—Cállate —ordeno, y le pego con el puño en el brazo.

Él me la devuelve y yo vuelvo a pegarle, más fuerte esta vez. Mamá pone los ojos en blanco al vernos, pero veo, con el rabillo del ojo, cómo Cam sonríe a mi lado ante el espectáculo.

—Niños, ¿podéis comportaros como si tuvierais diecisiete y doce años, aunque solo sea por hoy que tenemos un invitado? —nos regaña mamá.

Mi padre llega justo a tiempo para salvar la situación y coge el plato y los cubiertos de Eric y

los traslada hasta el cabecero de la mesa para que quede sentado entre él y Cam, presidiendo la cena.

—¡Peter! —protesta mi madre.

—En Japón comemos en el suelo, Juls, déjame estar a gusto en torno a una mesa, aunque solo sea por esta vez —la pica, y hace reír a los dos chicos, pero yo me contengo para que mamá piense que aún queda alguien de su parte.

Ella suelta un gruñido, pero no dice nada más y deja que mi hermano se siente donde le dé la gana, como el niñito malcriado que es. Es mi padre el que empieza a servir la cena. Y el primer plato que coge es el de Cam.

—¿Cómo van los preparativos para la mudanza? —pregunta mi madre directamente a mi chico mientras papá llena su propio plato en último lugar—. ¿Ya lo tienes todo recogido, Cam?

—Bueno, la verdad es que todo no —admite, y yo suelto una risita irónica—. ¿Qué pasa? —finge indignarse mientras me mira con media sonrisa.

—Con «todo no» quiere decir «nada», mamá —le explico yo, y Cam alza las cejas como si le sorprendiera lo que digo—. Es verdad. Lo recogerás todo el sábado por la noche a última hora.

—Lo tengo todo perfectamente controlado. —Suelto una carcajada. Lo oigo reír bajito en respuesta—. Solo tengo que coger la ropa del armario y meterla en la maleta —simplifica todo.

—Pues yo creo que tiene razón —aporta papá—. No sé qué os lleva a vosotras a preparar las maletas con días de antelación. Se mete la ropa, se cierra la cremallera y punto. Además, a esa no le hagas ni caso —añade, y me señala con un gesto de la mano—. Será que ella ha preparado algo para irse a Chicago... —Lo pone en duda—. Cuando vinieron a Japón hizo la maleta en el último segundo y se dejó la mitad de las cosas que quería llevar —me acusa.

—Ya, ya. —Sonríe Cam—. Algo había oído sobre eso.

Me mira de reojo y yo también lo miro a él del mismo modo, pero escondo los ojos enseguida cuando noto que se me sube un poquito el rubor a las mejillas. Porque hablar de si yo hice o no hice mi maleta para Japón a última hora me lleva inevitablemente a recordar su visita de aquella tarde, los jugueteos en la piscina, nuestro beso... y sé que él está pensando exactamente lo mismo.

—Y, bueno, Cameron —vuelve a hablar papá, más formal—. En mi cocina no se habla de temas serios, pero en la mesa sí. Así que dime, ¿qué va a pasar con vosotros ahora que os vais a la universidad? —pregunta, sin preparar el terreno ni nada—. Cada uno a un sitio nuevo, con gente nueva, con vida nueva. No parece el mejor momento para empezar una relación.

—Eso dicen —responde Cam, aparentemente muy seguro de sí mismo—. Pero yo creo que con Ashley cualquier momento habría sido el momento perfecto.

Dejo el tenedor apoyado en el plato y me muerdo el labio mientras lo miro. A lo mejor, hasta se me cae un poquito la baba con este chico.

—Voy a echarla muchísimo de menos, y ya sé que no va a ser fácil, pero cuando las cosas merecen la pena siempre se encuentra la manera de que salgan adelante. Así que no me preocupa

mucho. Estoy seguro de que no voy a encontrar nada que valga la pena más que ella. Iré a verla siempre que pueda. Me he comprado un gorro de lana muy calentito —añade, y me mira de reojo con gesto divertido.

Niego con la cabeza lentamente y pongo los ojos en blanco, sin poder evitar que se me escape la sonrisa.

—¿Qué? —me pregunta, suavemente—. Tiene un pompón.

Suelto una risita leve al oírlo. ¿Estará muy fuera de lugar que le dé el mejor beso de su vida entera aquí, delante de mis padres y mi hermano, y sentados a la mesa con la cena lista? Me contengo, por si acaso. Pero sé que mi familia se tiene que estar dando cuenta de la cara de idiota que tengo al mirarlo, y de la sonrisita que me cuesta controlar.

—Eres idiota —le digo, a media voz.

Y él también sonríe, al oír eso.

—Sí —reconoce, sin ningún pudor.

Papá carraspea para que volvamos a centrar nuestra atención y dejemos de ponernos ojitos, pero, cuando lo miro, me doy cuenta de que le ha gustado la respuesta de Cam y que, en parte, incluso le divierte vernos así.

—Será complicado —avisa, siguiendo su hilo argumental—. Si Ashley ya va a estar ocupada con los estudios, imagino que tú estarás el doble de ocupado entre las clases y el fútbol. ¿Cuándo empieza la temporada? —se interesa.

—El primer partido es el fin de semana que viene. Pero yo aún no juego. Empiezo a entrenar el miércoles y supongo que no saldré al campo hasta octubre, según como vayan los entrenamientos.

Y se ponen a hablar de fútbol. Un tema muy recurrente para ellos, pero a mí ya se me empieza a hacer aburrido. Y más cuando de eso pasan al béisbol y lo que ha aprendido Eric durante este tiempo en que ha tenido a Cam como entrenador. Mi padre se apunta a jugar al béisbol con ellos mañana por la mañana, su último día de entrenamiento programado antes de que Cam se vaya. Y yo me relajo porque, por lo que oigo y veo en esta mesa, Cameron Parker ya tiene a mi padre prácticamente en el bote.

—Veo que eres un deportista nato, supongo que eso se lleva en los genes, ¿no? Lo que no sé es de dónde ha sacado este tipo lo del baloncesto y lo del béisbol —bromea mi padre al tiempo que propina una colleja suave a mi hermano.

—Sí, bueno. —Sonríe Cam de medio lado—. No sé si es cuestión de genes o de que mi padre llevó un balón de fútbol al hospital en vez de un osito de peluche —medio bromea—. Ya me hacía lanzar balones casi incluso antes de que supiera andar. No me quejo, me gusta el fútbol y me ha ido bien, pero no puede decirse que tuviera mucha opción —termina, y se encoge de hombros, como resignado.

—Ya. Supongo que no —se muestra de acuerdo mi padre, con una mueca que indica que empatiza totalmente con lo que oye—. Recuerdo que tu padre no paraba de hablar de lo buenos

que erais jugando al fútbol. Estaba muy orgulloso —revela, y Cam asiente, pero lo veo mucho más serio que antes.

No es buena idea hablar de su padre. No lo es porque hace por lo menos un mes que ni siquiera habla con el señor Parker. Nada. Decidió no llamar él y su padre tampoco ha dado señales de vida. Y, aunque no lo dice, sé lo que eso llega a dolerle. La decisión de no volver a llamar él vino después de una bronca enorme que tuvieron a mitad de julio. Y sé que no fue solamente por el tema del fútbol y la universidad. Lo sé porque Cam no ha querido contármelo. Por eso, y porque su madre sí me ha dicho algo al respecto. Y, al parecer, además de las presiones para evitar la Universidad de Oregón, su padre también intentó convencerlo de otras tantas cosas. Entre ellas, que sería mejor para él mantenerse alejado de su hermano. Y también que podía encontrar una chica mejor que yo. Supongo que no fueron esas las palabras exactas, pero el mensaje fue más o menos algo parecido. Y no sé muy bien si fue porque yo me atreví a contestarle en aquella incómoda comida, o porque no le gustó el hecho de que Stanford me haya rechazado, o si preferiría una animadora con un cuerpo de escándalo y la boca cerrada. Imagino que una combinación de todo ello. Pero, según su madre, esa debió de ser la gota que colmó el vaso. Aunque en el fondo creo que Cam pensaba que el señor Robert Parker acabaría dando su brazo a torcer y llamándolo para verse antes de marcharse él a la universidad. Y eso todavía no ha pasado.

Mi padre sigue parloteando acerca de lo que decía y no decía el padre de Cam sobre sus hijos en aquella época en que al parecer hicieron negocios juntos. Y debe de notar las miraditas que yo le estoy echando, porque me mira de reojo de tanto en tanto y lo veo fruncir cada vez un poquito más el ceño.

—Ashley, deberías haberte sentado en tu sitio esta noche, porque creo que tus pataditas por debajo de la mesa resultarían más efectivas que esas miradas asesinas que me estás echando —suelta mi padre, sin cortarse un pelo.

Niego con la cabeza y escondo la cara entre las manos. ¿Por qué a mí? ¿Por qué a mí esta familia a la que le encanta ponerme en evidencia y que no tiene ninguna vergüenza? Bueno, siempre podría ser peor. No hay más que haber conocido al señor Parker.

—Estoy metiendo la pata, ¿no? —sigue mi progenitor—. El tema de tu padre no es de tus favoritos, por lo que veo...

—Papá —protesto yo.

Qué poca empatía, a pesar de lo que había parecido demostrar antes. Mi madre tiene mucho más tacto. Pero ¿él? Él, cero sensibilidad con los temas espinosos.

Noto cómo Cam me pone la mano derecha en el muslo, para tranquilizarme. Lo miro, pero él está prestando plena atención a la conversación que tiene con papá.

—No pasa nada. La verdad es que mi padre y yo no tenemos la mejor relación del mundo en este momento —admite.

—Lo siento —se disculpa mi padre. Bueno, algo es algo—. A veces, los padres estamos tan

cegados con los planes que nos hemos formado en la mente para nuestros hijos que no sabemos ver más allá y nos volvemos un poco intratables. —Me sorprende—. ¿Es algo así?

—Algo así. —Cam hace una mueca—. La verdad es que el problema es que mi padre no acepta que mi hermano sea gay. Y el resto de la familia no aceptamos que él sea un auténtico capullo.

Lo dice con tanta naturalidad que casi cuesta tomarlo en serio. Pero lo está diciendo muy en serio. Mucho. Y yo le acaricio la espalda lentamente cuando la mesa se queda en silencio por unos segundos. Creo que es la primera vez que lo oigo decir en voz alta que su padre es un capullo. La primera vez que esa palabra sale de su boca y no de la mía.

—Es una tarea difícil darse cuenta de que los padres no son tan perfectos como nos creemos cuando somos niños. —Rompe el silencio mi padre y mira a Cam con simpatía—. Debe de formar parte de eso que llaman madurar —medio bromea—. Y siento que tu padre sea un auténtico capullo, Cam, porque lo cierto es que me da la impresión de que tiene muchas razones para estar orgulloso. No dejes que te haga perder el rumbo, pero tampoco te dejes caer en el odio fácil —aconseja—. Los padres nos equivocamos cientos de veces con nuestros hijos. Solo es cuestión de tiempo que se dé cuenta de ese error.

—Ya. Gracias, Peter —suspira mi chico, y le dedica media sonrisa triste.

Joder con mi padre. De cero empatía a un discursito superenternecedor. Me siento bastante orgullosa de él en este momento. Y muy afortunada. Debo de tener los mejores padres del mundo.

—En fin, no estamos aquí para hablar de cosas tan profundas —dice mi madre. Se levanta y corta la tensión de la situación en un momento—. No sé qué te han hecho los japoneses si tú antes tenías la profundidad emocional de una ameba —se mete con mi padre, en tono de broma —. Voy a por el postre y me contáis adónde y cuándo se van a ir cada uno de vuestros amigos.

Cameron se levanta de inmediato para ayudarla. Y yo hago amago de levantarme también. En esta casa existe una regla no escrita que dicta que quien hace la cena no recoge. Así que se supone que nos toca a mamá y a mí, para ser justos. Aunque esa regla se ha ido perdiendo poco a poco en este año sin papá. Mi hermano y yo somos bastante aprovechados y mi madre demasiado buena. Pero ahora que Peter Bennet está en la casa cualquiera se atreve a reconocer eso. Sin embargo, no llego muy lejos, porque Cam me pone las manos en los hombros para retenerme en mi asiento.

—Deja que la ayude yo —me pide—. Quédate aquí, Ash.

Intento protestar débilmente, pero me da la impresión de que mi madre está de acuerdo y de que a mi padre y a mi hermano les da lo mismo y no van a protestar. Así que me quedo en mi sitio. Por muy extraño que parezca que mamá deje que sea su consentido Cameron Parker quien se encargue de llevar los platos sucios a la cocina.

Y más raro todavía que papá se levante y se vaya para allí solo un minuto después. No sé de lo que estarán hablando, pero tardan en volver y lo hacen los tres juntos. Y yo tengo que

morderme la lengua para no someterlos a un interrogatorio. Porque tiene pinta de que me esconden algo, ¿no?

Tomamos el postre mientras Cam y yo tenemos la tarea de poner al día a mamá de lo que va a suceder en el futuro inmediato de nuestros amigos. Grace ya está en Nueva York, donde va a estudiar diseño. Tyler se va mañana a Los Ángeles, aunque aún no tenía muy claro qué asignaturas cursará este año, pero sí que ya está lo suficientemente recuperado de su accidente como para volver a jugar al fútbol. Cam será el siguiente en marcharse. Y después Vanessa, que va a estudiar marketing en San Francisco. Emily y Scott se irán un par de días después de que lo haga yo. Mia y Ryan se quedan aquí. Ryan va a jugar en el equipo de la Universidad de Sacramento y, por lo que me ha dicho Cam, Troy Cruz también, aunque hace tiempo que yo no tengo trato con él. Al parecer Jessica sigue adelante con su embarazo, pero no tengo ni la más mínima idea de hasta qué punto él se implica o no en el asunto.

Cuando terminamos con el postre, es mi padre el que reclama la ayuda de Cam para terminar de recoger todo en la cocina, y eso sí que me parece raro. Pero no hay nada que yo pueda hacer, sobre todo porque mamá se pone muy seria en su tarea de no dejarme ir a cotillear. Se toman su tiempo ahí dentro esos dos. Y yo, mientras, me retuerzo las manos porque me muero de ganas de saber de qué narices están hablando. Estoy a punto de poner en marcha mi plan para saltarme el control estricto de mamá y conseguir colarme en la cocina, por si tengo que rescatar a mi chico, pero justo entonces los dos aparecen en el salón. Parecen bastante relajados y papá está de muy buen humor. Demasiado.

—¡Familia, vamos a jugar al *Party*! —propone, entusiasmado.

Los tres protestamos al unísono y eso hace reír a Cam.

—¿Qué? —dice mi padre—. Venga, no seáis aguafiestas. Chicos contra chicas. —Intenta buscar la forma de hacerlo más emocionante.

Cameron le apoya en la propuesta, aunque estoy bastante segura de que solo lo hace para hacerle un poquito más la pelota. Y mi padre, que ha sido quien ha tenido la idea, pasa de buscar el juego y colocar todo lo necesario sobre la mesa. En cambio, me coge a mí por los hombros y me aleja un poco de los demás. Yo lo miro interesada cuando para y se pone frente a mí, buscando mis ojos. Tampoco me ha llevado tan lejos así que no debe de ser ningún secreto lo que tenga que decirme. Estoy bastante segura de que todos pueden oírnos si prestan un poquito de atención.

—Ashley, no quiero avergonzarte ni que tengas que acusarme de ser muy sentimental, pero...

—Papá —lo corto—, por favor. No —casi suplico.

Me temo un discursito de los suyos. De esos que da una vez cada cinco años, pero que, cuando lo hace, se toma muy en serio. Casi lo estoy viendo venir. Lo del padre de Cam le ha tocado un poquito la fibra sensible a él también. Estoy segura. Y sé que tiene que decir algo. Pero a mí ya me vale con saber que él me apoya en mis decisiones y pensar que tengo el mejor padre del mundo. No hace falta que lo digamos en voz alta. Es hasta un poco raro.

—No has tenido un año fácil —sigue él, como si yo no hubiera dicho nada—. Sé que han pasado muchas cosas. Y ya sé que tu madre lo maneja todo muy bien, aunque yo no esté. Pero necesito que sepas que, aunque yo no esté aquí físicamente, sí que lo estoy.

Cierro los ojos y asiento, un par de veces.

—Papá, ya lo sé.

—Puede que me necesites, o puede que no, porque por lo que veo te las has apañado bastante bien. Has tomado buenas decisiones. Y has elegido al chico adecuado —dice, en voz un poco más baja, como si no quisiera que Cam se enterara y fuera a ser capaz de negar haber dicho eso incluso delante de un tribunal—. Y en cuanto a Stanford...

—Ya. Ya vale —le pido, porque yo soy una tía muy dura hasta que mi padre se pone sensible. No quiero que me abra las compuertas y acabemos los dos lloriqueando como idiotas.

—No quiero que te lo tomes como un fracaso, Ash —dice, suavemente, y me acaricia la mejilla con el dorso de la mano—. No lo es. Es un fracaso para ellos que han dejado escapar a la chica más maravillosa que ha querido estudiar jamás en su universidad —casi bufa, y yo sonrío un poco ante su tono—. Necesito que tengas muy claro lo orgulloso que estoy de ti, cariño. Te prometo que no podría estar más orgulloso...

Me abrazo a su torso, efusiva, antes de que se me escape alguna lágrima. Mi padre me rodea con los brazos y me besa la frente. Y sé que es prácticamente imposible ser más afortunada que yo.

—Gracias, papá.

Y al abrir los ojos veo que Cam nos mira de reojo con una sonrisita enternecida en la boca. Estoy segura de que ha oído lo que mi padre me ha dicho. Al menos en parte. Se da cuenta de que lo he visto y me guiña un ojo, sin intentar disimular lo cotilla que es ni nada. Yo le sonrío en respuesta. Luego, me aparto un poco de papá, que también tiene una sonrisa preparada para mí.

—Te quiero, cariño —me dice finalmente, y me acaricia las mejillas con los pulgares.

Y yo le devuelvo la sonrisa y asiento.

—Y yo a ti, papá.

Me estiro para echarle los brazos al cuello y nos abrazamos por unos segundos antes de que yo le bese la mejilla.

—Anda, vamos a jugar al *Party* —digo yo esta vez.

Se nos hace más de medianoche jugando y, al final, decidimos dejar el premio desierto, aunque el equipo de las chicas es bastante superior, sin lugar a dudas. Nos hemos reído tanto y tan alto que los vecinos deben de pensar que hemos estado fumando hierba o algo así. A lo mejor los Sparks ahora nos culpan a nosotros de haber sido una mala influencia para Tyler. Y Cam ha estado completamente en su salsa. Pero es que, claro, entre que tiene don de gentes y que no hay nada que le guste más que hacer un poco el payaso, jugar al *Party* era la actividad perfecta para él. No se ha cortado ni un pelo, y la verdad es que papá y él se han entendido a la perfección.

—¿Estás cansada? —me pregunta mi chico, cerca de mi oído, cuando ya está dispuesto a

marcharse y me ve ahogar un bostezo.

Lo miro, y sé que debo de tener cara de sueño, así que no merece la pena hacerme la dura. Asiento un par de veces y a él se le dibuja una sonrisa tierna en la cara. Me rodea los hombros con un brazo y me estruja contra él y me besa la sien, con dulzura. Cuando miro a nuestro alrededor ya veo cómo nos mira papá. Vaya con Peter Bennet, nos tiene completamente vigilados. Supongo que es su función como padre. Pero cuando su mirada se cruza con la mía, me sonríe. Como si le gustara lo que ve.

Acompaño a Cam hasta el coche dejando atrás las burlas de mi familia al completo, que ya están diciendo que si salgo con él para besuquearnos tranquilos, que si soy una ñoña, que qué enamoradita estoy... en fin, tener familia para esto. Pero Cam sale muy sonriente y yo no puedo evitar que se me escape la risa ante los comentarios que dejamos atrás al salir al jardín. Papá y Eric se han asegurado de quedar con Cameron mañana para ir a jugar al béisbol, antes de dejarlo marchar.

—Perdónalos, son bastante idiotas los tres y su único objetivo en la vida parece ser avergonzarme a mí.

Cam suelta una risita y me coge de la mano mientras avanzamos hasta donde el Honda está aparcado.

—De tal palo, tal astilla, dicen —recita, antes de volverse hacia mí para mirarme a la cara, con una sonrisa divertida—. Pero no han dicho ninguna mentira, Ash. Lo cierto es que me acompañas hasta el coche para poder besuquearnos y que estás muy enamoradita —me pica, burlón.

—Lo cierto es que sí —concedo yo, más seria.

Nos miramos a los ojos por unos segundos y, cuando él ya está empezando a acercar su cara a la mía para besarme, me vuelvo hacia la ventana del salón. Los dos vemos perfectamente cómo se mueven las cortinas cuando alguien las suelta de golpe y pongo los ojos en blanco mientras Cam ríe.

—No ha sido para tanto, ¿no? —Vuelvo a centrarme en él, cuando decido que me da igual si mis padres tienen la nariz pegada a la ventana o no—. Has sobrevivido a mi padre. Y eso que llevas meses diciendo que en cuanto volviera de Japón te iba a matar.

—Tu padre es genial, Ash —reconoce y yo asiento, dándole la razón—. Tienes mucha suerte con tu familia, ¿lo sabes?

—Sí. Sí, ya lo sé.

—Y también tienes mucha suerte de tener un novio tan guapo como yo —alardea después, lo que rompe el clima de seriedad que acababa de imponer.

Le golpeo el pecho y él suelta un par de carcajadas.

—Sí que te crees muy guapo —me meto con él.

—Eh, tú no paras de decírmelo —exagera, y yo hago una mueca que lo hace reír de nuevo—. Y yo soy un tío muy muy, pero que muy afortunado de que tú quieras estar conmigo —declara

entonces mientras acaricia mi pelo suavemente.

—Sí que lo eres —medio bromeo.

Esta vez dejo que me bese cuando se inclina hacia mí para unir nuestros labios. Rodeo su cuello con los brazos para estrujarlo cerca de mi cuerpo. Y me da exactamente igual quién nos vea.

—¿Qué te ha dicho mi padre? —cotilleo en cuanto nos separamos, sin poder aguantarme más —. Habéis estado mucho rato hablando.

—Sí, bueno. Hemos hablado de varias cosas —dice, vagamente—. Hemos estado hablando bastante de mi padre... Y, claro, de ti —añade luego, como sin darle importancia. Pone los ojos en blanco ante la mirada que le dedico—. Ya sabes, Ash, cosas de padres. Que me porte bien contigo, que acabará conmigo si te hago daño, yo qué sé —dramatiza.

—Mentiroso.

Sonríe al oírme decir eso.

—Dice que cuide de ti y que me porte bien contigo porque eres una chica increíble y maravillosa. Yo le he dicho que estoy bastante de acuerdo con él, pero que se ha olvidado de mencionar que también eres un poquito tonta —bromea y ríe cuando le pellizco el brazo, tras sus palabras—. Ah, y me ha dicho que entiende que somos jóvenes, que estamos bastante locos el uno por el otro y que obviamente tenemos sexo de manera habitual, pero que tiene que advertirme que te trate con amor y respeto —dice, ligeramente divertido.

—Dios —suspiro, y escondo la cara contra su pecho. Lo oigo reír ante mi reacción—. ¿De verdad te ha dicho eso? —me lamento. Alzo la mirada para buscar su cara y él asiente un par de veces—. ¿Y qué le has dicho?

Cam sonríe de medio lado. Coge mi barbilla con la mano derecha y alza mi cara para poner la suya muy cerca, perdiendo sus ojos en los míos.

—He dicho que te respeto muchísimo. Y que te amo más que a nada en el mundo.

Me da un saltito el corazón con sus últimas palabras. Vaya tontita estoy hecha. Como si no me hubiera dicho eso nunca antes. Pero es que cada vez que lo dice a mí se me colapsa el organismo y se me pone todo el mundo del revés. Del revés. Que es justo como debería estar.

Esta vez lo beso yo. Suavemente, pero con todas mis ganas. Es que no me cansaría nunca de besarlo así. No quiero que se vaya. Y no me refiero solo a esta noche.

—Tienes que irte —digo, al final, a regañadientes.

—Sí —se muestra de acuerdo, y me da un beso rápido en los labios de nuevo—. Mañana por la mañana no te veré, ¿no?

—No, yo iré con mi madre de compras preuniversitarias —digo, con una mueca.

—Entonces te veo por la tarde, preciosa. ¿Te recojo yo para quedar con Scott y Em?

—Sí. Mejor recógeme tú por si mi padre necesita su coche.

—Perfecto. —acuerda—. Pues hasta mañana.

—Hasta mañana, guapo —digo, en el mismo tono.

Nos sonreímos como un par de tontos mientras doy un paso hacia atrás. Me muerdo el labio, en un gesto medio de coqueteo, medio de timidez, y le doy la espalda. Pero en un segundo me lo pienso mejor. Me giro y él sigue exactamente en el mismo sitio. Me acerco de nuevo para estrellar mi boca contra la suya. Lo noto sonreír en el beso y me rodea la cintura con los brazos, pegando por completo mi cuerpo al suyo y hasta haciéndome arquear ligeramente la espalda hacia atrás en un beso espectacular.

—Buenas noches, princesa —dice, en voz bastante alta, a mi espalda, cuando yo ya me alejo hacia mi casa sin decir nada más.

Me giro un poco y hago una mueca. Él tiene una sonrisa traviesa en la cara.

—No hables tan alto si no quieres que se entere todo el barrio —me burlo.

—Te quiero —dice entonces, más alto todavía.

—Idiota —murmuro yo, y él ensancha su sonrisa—. Yo también te quiero, capullo.

Me lanza la última sonrisa, una de las más canallas de su repertorio, y se monta en el coche al tiempo que yo abro la puerta de casa.

Entro con una sonrisita bastante tonta en la cara, y ya tengo muy claro lo que me espera. Eric ya está burlándose, con sus manos convertidas en muñequitos besucones mientras dice «te quiero» en su tono más agudo e irritante. Y mamá y papá tampoco se quedan atrás con sus tonterías. En fin.

—¿Sabes qué, Ashley? —dice mi padre cuando ya sube la escalera para irse a la cama—. Jamás me imaginé que diría esto cuando me presentaras un novio, pero me gusta ese chico —declara—. Me gusta mucho ese chico para ti.

—Ya te lo había dicho —me susurra mi madre al oído al pasar por mi lado, y me da un apretón en el hombro como forma de dar las buenas noches.

Yo me meto en mi cuarto y me dejo caer sobre la cama suspirando. Al final, la noche ha resultado ser todo un éxito. Y, como siempre, espero hasta que me llega el mensaje de Cam para decirme que ya está en casa, antes de meterme en la cama.

—Mamá, me voy el miércoles, cuenta con que aún nos quedan cuatro días de aguantarnos, por lo menos no nos torturemos con las compras —le pido al tiempo que nos bajamos del coche en la entrada del garaje—. Apuesto a que en Chicago también hay tiendas y así, volviéndonos locas, puede que hasta centros comerciales —me burlo.

Llevamos horas con las compras. Creo que mi madre piensa que me va a ser muy difícil sobrevivir sin ella en otro estado. Puede que me cueste adaptarme al principio, pero me veo capaz de salir a comprar champú yo solita. Eso como poco.

—No te rías de tu madre —me advierte, muy seria—. Y no digas «me voy el miércoles» como si eso fuera una muy buena noticia —protesta—. ¿Qué voy a hacer yo por aquí sin ti?

Sonrío y la abrazo por detrás cuando ella abre el maletero para empezar a sacar bolsas. Me

pega en los brazos, aún molesta, pero no cedo y aprieto mi abrazo hasta que protesta.

—¿Y lo tranquila que vas a estar? Sin discutir, sin gritar, sin tener que ver «ese ultraje a la piel» que llevo en el costado... —repito sus propias palabras el día que vio mi tatuaje por primera vez.

—Calla, calla —me pide, y me pasa unas cuantas bolsas—. Eso ni me lo recuerdes. Como algún día te lo vea tu abuela te va a frotar con un estropajo hasta que lo borre —exagera—. Espero que en Chicago no haya estudios de tatuajes. ¡A saber cómo volverás el día de Acción de Gracias! Con los brazos de colorines y una telaraña en la cara —imagina, y yo estallo en carcajadas hasta que consigo contagiarla.

—Pues Cam también tiene un tatuaje en el brazo y bien poquito que le dices nada —sigo picándola.

—Otro —suspira, tras cerrar el maletero de golpe—. Los dos igual de tontos, ya lo decía yo. Y a él no le digo nada porque no soy su madre, que si no... un guantazo a tiempo... —bromea.

—¿Igual que el guantazo que me diste a mí? —ironizo, porque, obviamente, no hubo ningún tipo de violencia física, aunque considero que se quedó bastante a gusto con los gritos que metió. Bastante a gusto... y sin voz.

—No digas eso, que te oye cualquiera y se lo cree —advierte, como si le escandalizaran mis palabras.

La sigo hasta la puerta de casa, divertida. En el fondo, sí que voy a echarla un poquito de menos cuando me vaya a Chicago. O mucho. Pero, bueno, hay que ir cerrando etapas en esta vida, ¿no? Y ahora me toca empezar una completamente nueva.

Es casi la hora de comer, pero el coche de papá aún no está por aquí, así que supongo que Eric y él siguen en el parque jugando al béisbol con Cam. Mi chico me ha mandado un par de vídeos hace un rato y parecían estar pasándoselo bastante bien los tres. Espero que se den prisa en volver porque la verdad es que, tras la intensa mañana de compras con mamá, tengo mucha hambre. Justo en el momento en que mi madre abre la puerta de casa para que podamos entrar, oigo cómo se pone en marcha el mecanismo de la puerta del garaje de la casa de al lado. Tyler sale andando con una bolsa enorme de basura, para dejarla en el cubo que compartimos y, tras él, sus padres, ya montados en el coche, avanzan hasta la calzada. Suelto las bolsas de golpe en el porche de casa y salgo corriendo hacia donde él está, gritándole a mamá que vuelvo en un segundo.

—¡Ey! —saludo, al tiempo que salto justo frente a él.

—Ey, Ash —corresponde, con una gran sonrisa.

—¿Ya os vais? —pregunto lo obvio.

—Sí. Sí, ya nos vamos. Tenemos unas cuantas horas hasta Los Ángeles —me recuerda—. Menos mal que yo siempre voy preparado para los viajes largos —medio bromea, y me enseña los enormes cascos inalámbricos que lleva colocados alrededor del cuello.

—Ya veo. —Sonrío en respuesta a su comentario—. Bueno, buen viaje y espero tener noticias

tuyas para que me cuentes cómo te va por allí.

—No sufras, Ash —me calma, burlón—. Nos vemos en Acción de Gracias a través de estas ventanas. —Señala nuestras casas.

—Si llega Acción de Gracias y no he sabido nada de ti, voy a tener que matarte —advierto, y él sonríe de medio lado—. Una desgracia, en fechas tan señaladas, pero en fin... imagino que tu madre me entenderá —bromeo.

—Eso si no me mata ella antes —señala, en el mismo tono que uso yo.

Lo miro bien por un momento. Ya no queda ni rastro de las marcas de su accidente. Está tan guapo como siempre. Quizá incluso más. Sigue llevando ese estilo de chico malo que tan bien le sienta, pero ha dejado atrás la fachada. Ya no va de eso. Ya no es un chico malo, ni un rebelde, ni ese idiota que estaba echando su vida a perder y haciendo daño a la gente que lo quería. Ahora es justo el chico que yo siempre supe que podía ser. Justo aquello con lo que yo soñaba. Justo todo lo que yo deseaba. Tyler Sparks. Y, mierda, su nombre no le hace justicia del todo. Desde luego que no. Cuatro largos años loca por él. Aún resuena esa pregunta sin respuesta cada vez que estamos a solas, ese «¿qué demonios nos pasó?». A él le ha costado mucho trabajo, y bastante terapia, llegar a donde está ahora mismo, a aceptarse a sí mismo y poder aceptar a los demás. A sus padres. A Cam. Incluso a mí. Y aún le queda mucho por hacer. Mucho camino por delante. Pero estoy tan segura de que va a conseguirlo que casi le estoy colgando ya la medalla. No puedo evitar pensar una vez más cómo habrían sido las cosas si llega a ser así desde el principio. Si no hubiera dejado de hablarme el día después de nuestro primer beso. Si no se hubiera dejado arrastrar por sus demonios. Si se hubiera dado cuenta de quién podía ser antes de que Cam lo espabilara, usándome a mí para librarse de Blair Wells. Y supongo que nunca lo sabremos. Y, ahora mismo, estoy segura de que tampoco lo quiero saber. No cambiaría a Cam ni por mis mejores fantasías sobre Tyler Sparks. Por muy tentador que sea el tipo que tengo delante en este momento.

Reacciono por fin y me pongo de puntillas, estirándome cuanto puedo para rodearle el cuello con los brazos. Aun así, él también tiene que agacharse un poquito. Y me estruja por unos segundos, antes de soltarme.

—Cuídate, ¿vale? —le pido al separarme, tras besar su mejilla.

—Tú también, Ash. Y abrígate por Chicago —insiste en ese punto, y yo suelto una risita.

Son todos muy pesados con ese maldito cliché. Seguro que, al final, ni hace tanto frío.

—Voy a echarte hasta un poco de menos, ¿no es raro? —bromeo, y lo veo sonreír de medio lado, con actitud engreída.

—Yo supongo que tendré a un par de nenas espiándome desde las ventanas de enfrente, así que será como si nunca te hubieras ido —se burla de mí.

—Eres gilipollas —murmuro, y solo consigo hacerlo reír.

—Tengo que irme —se disculpa, al mirar de reojo el coche donde sus padres lo esperan pacientemente—. Hablamos, ¿eh? Ya me contarás cómo va el aterrizaje en Chicago.

—Claro. Nos veremos algún día, ¿no, vecino?

—Nos veremos algún día —confirma—. Y nos volveremos a encontrar algún día, Ashley Bennet —añade, con un tono de voz totalmente diferente, que me llega mucho más profundo, al igual que sus ojos clavándose intensamente en los míos. Coge mi mano y se la lleva a los labios, depositando un beso suave en el dorso antes de soltarme—. Algún día.

Me dedica una última media sonrisa y se va, dejando las palabras en el aire y a mí plantada en medio de la acera.

«Algún día.»

19

I know places

—Vas bien, Ash. Tienes un apoyo para el pie izquierdo justo un poco más abajo. Un poco más. Ahí. Muy bien, peque —va animándome Cam mientras yo estoy trepando por el nuevo rocódromo que el padre de Scott ha montado en su tienda.

La tienda de deportes de aventura más grande de la ciudad. Y si antes ya lo era, ahora es sencillamente enorme. Porque este verano ha estado cerrada por reformas, y es que compraron el local colindante también, y es precisamente ahí donde han montado el rocódromo que nosotros estamos estrenando. La nueva tienda no abre sus puertas hasta el fin de semana que viene, pero creo que es buena idea que alguien pruebe antes las instalaciones. A veces, está muy bien ser amigos del hijo del dueño, ¿no? Lo bueno de esta tienda, y al parecer lo que les encanta a Scott y a Cam, es que no hay cabida en ella para deportes sin riesgo. Y, aunque yo me he pasado un buen rato insistiendo en que el fútbol americano debería considerarse un deporte de alto riesgo, parece que los chicos no comparten mi idea. Así que ahora mismo estamos en la zona de escalada, con todo lo necesario para practicarla. Pero no es la única zona que hay en la tienda, este establecimiento es casi como si se tratara de una reserva natural encerrada en el interior de un edificio. La decoración está muy bien elaborada, no solo en lo que respecta a la montaña que Emily y yo estamos escalando ahora, sino que también hay cuevas, un mini río y hasta un túnel de viento. Cam dice que es prácticamente el paraíso, aunque yo ya tengo bastante claro que él prefiere una montaña de verdad antes que un rocódromo de interior. Por muy bien que esté.

—Estoy demasiado gorda como para subir mi culo por esta pared, Scott —advierte Emily, a mi izquierda y como medio metro más abajo.

Yo suelto unas cuantas carcajadas al escucharla. Menudo par estamos hechas. Y eso que estamos casi en la zona más sencilla de toda la instalación. Nuestros chicos nos tienen bien sujetas, sosteniendo firmemente las cuerdas desde abajo. Y aun así creo que yo estoy más tranquila que Emily, porque ya he hecho esto alguna que otra vez, en montañas de verdad, y sé que puedo confiar mi vida a Cam en cuestión de cuerdas de seguridad.

—Estás perfecta, canija —responde Scott, desde el suelo—. Y desde aquí se te ve un culo espectacular —se permite añadir, con voz pícara.

Los dos chicos se ríen y yo miro a mi amiga y la veo poner cara de querer matar a su novio,

pero luego cruza la mirada conmigo y las dos ponemos los ojos en blanco a la vez antes de reírnos.

—Venga, sube, que te espero —ofrezco, para descansar un poco, dejo que se tense la cuerda y Cam tenga que sostenerme en el aire, aún sin soltarme de la pared.

—Sí, claro, aquí la flacucha —masculla ella, busca un saliente al que agarrarse con la mano derecha y se da impulso para llegar un poco más arriba—. Recuérdame por qué estamos haciendo esto, Ash —me pide, una vez más.

—Porque tu novio tiene una tienda de deportes de aventura y quería chulear de lo geniales que son sus nuevas instalaciones, y mi novio es un entusiasta de la escalada y de todo el resto de los deportes que implican estar a un solo paso de la muerte —exagero.

—Pues a mí, adrenalina la justita —aclara Emily—. Pero ya estoy cansada y sudando como un pollo. No le veo mucho la emoción.

—¡Qué poco espíritu aventurero! —me burlo.

Y, en cuanto termino de soltar esa frase, mi cuerda se destensa y, como estoy pendiente de cualquier cosa excepto de agarrarme bien, caigo cerca de un metro antes de que la cuerda me frene, manteniéndome en el aire. Y a mi caída la acompaña un grito. Bien alto, además.

—¡Cam! —lo llamo, una vez que asumo que sigo viva, y busco apoyo para los pies y me agarro firmemente con las manos a los salientes—. ¿Qué haces? ¿Estás loco?

Él se está riendo a carcajadas. Como si fuera lo más gracioso que le ha pasado en todo el día. Quizá incluso en toda la semana. Scott se ríe con él. Vaya par de idiotas.

—Concéntrate, princesa —me advierte, cuando consigue controlar su risa—. La cuerda está aquí para salvarte el culo si resbalas, no para que yo te suba en el aire mientras tú te dedicas a charlar —dice, burlón—. ¿O quieres también que te suba un café?

—¡Pues no estaría mal! —responde Emily por mí.

—¡Bájame! —exijo, mientras busco apoyo para el pie derecho un poco más abajo.

Pero él tensa aún más la cuerda para impedir que descienda.

—De eso nada. Hasta arriba —me ordena, y yo alzo la vista y, si antes me faltaba un buen trozo, ahora me falta un buen trozo y un metro más—. Puedes hacerlo, Ash —me anima—. Solo céntrate y deja la charla para cuando estéis abajo —aconseja.

Yo me pongo a refunfuñar en voz baja mientras vuelvo a escalar la altura que he perdido. Oigo a Emily reírse flojito a mi lado mientras me oye imitar a Cam burlonamente. Y gracias a mi enfado, y a la determinación que pongo para callarle la boca al graciosito que se cree el mejor escalador de Sacramento, llego arriba con más facilidad de la que me esperaba. Emily llega unos cuantos segundos después, pero da la impresión de que también se ha puesto las pilas.

La bajada es más fácil que la subida, pero solo porque Cam no afloja la cuerda en ningún momento, a pesar de que yo bajo con todo el cuidado del mundo, buscando apoyos para cada movimiento. Estoy casi en el suelo cuando me suelta y, como es habitual, aterrizo en sus brazos. Me sostiene firmemente por la cintura y luego me deja en el suelo, muy delicadamente.

—Déjame —le gruño, para aparentar que aún estoy enfadada.

Me vuelvo hacia él y me encuentro su media sonrisa burlona. Encima le sigue haciendo gracia, al muy capullo.

—Lo has hecho muy bien, Ash —me felicita.

Me rodea con los brazos e inmoviliza mi cuerpo contra el suyo a pesar de mis esfuerzos por liberarme.

—Eres idiota —lo insulto, y él suelta una carcajada.

—Te encanta lo idiota que soy —recuerda, altivamente, y luego me besa la cara repetidas veces.

Y, mierda, es que es verdad, me encanta lo idiota que es.

—Has intentado matarme, Cameron —lo acuso, burlona.

—¿No te habrás asustado de verdad? —finge sorprenderse—. Sabes que yo nunca dejaría que este precioso culito se estrellara contra el suelo, princesa —dice, en voz baja, con su tonito más irritante.

Y dicho esto, estampa su boca contra la mía con mucho ímpetu y me pone las dos manos en el culo, con todo su descaro, presionando mis caderas contra las suyas. Y yo intento resistirme el primer segundo, o quizá solo la primera décima de segundo, antes de ceder y devolverle el beso con ganas.

—Uy, mira estos, cómo se nota que están empezando —oigo a Emily meterse con nosotros—. Cuando lleven doscientos años juntos como nosotros ya no serán tan empalagosos, ¿verdad, bombón? —consulta con Scott.

—Qué largos se te han hecho estos años a mi lado, Em... —protesta él al escucharla y ella se ríe como toda respuesta.

Cam se separa de mis labios con una sonrisita ante sus comentarios y yo no puedo evitar devolvérsela en cuanto la veo. Vaya pardilla soy en esto del amor. El tío me tiene completamente fascinada, y creo que es más que obvio. Menos mal que sé que no va a aprovecharse de eso.

—Ya puedes quitarme las manos del culo —advierto a media voz, y su sonrisa se ensancha al instante.

—Solo quería dejar claro que siempre estaré aquí para salvarte el culito —asegura, juguetón.

—Te creo. —Decido contentarlo.

Aparta las manos de mi culo y se centra en desatarme la cuerda de seguridad que él mismo se ha encargado de anudar antes, para que pueda quitarme el arnés. Voy a irme de su lado tan pronto como me he deshecho de todo el equipamiento, pero él pone las manos en mi cintura antes de pasar una de sus piernas por detrás de las mías y moverla hacia él, arrastrando mis tobillos por el camino y haciéndome perder el equilibrio. Por supuesto, me sujeta con firmeza por la cintura antes de que pueda caerme y me sostiene en sus brazos con una media sonrisa engreída en la cara.

—Tranquila. Te tengo —alardea, con voz profunda.

Y yo le pego en el pecho con la mano abierta. Luego, lo empujo y me alejo de él. Pero sé que puede ver mi sonrisa perfectamente mientras camino hacia Emily.

—Yo tengo que reponer electrolitos, ¿eh? —avisa mi amiga.

Me coge del brazo y me arrastra hacia uno de los lados de la enorme sala, donde hemos dejado nuestras cosas.

Oigo cómo Cam y Scott ya hablan a nuestras espaldas sobre quién de los dos será el primero en escalar ahora. Parece que no cuentan con nosotras para que les aseguremos como acaban de hacer ellos. ¡Vaya falta de confianza! Casi estoy indignada. Pero, bueno, ya me he encargado de asegurar a Cam alguna otra vez, y él ha tenido que fiarse bastante de mí, así que en esta ocasión dejaré que se hagan los machitos cuanto quieran. Para ser justos, no es que haya ido a escalar con Cam ninguna pared demasiado difícil en este tiempo que llevamos juntos. Las cosas «divertidas de verdad», como dice él, las ha hecho siempre con su hermano. Y Zack y yo preferimos que no nos invitaran a acompañarlos, cuando estuvieron aquí un par de semanas a principios de mes, porque ninguno de los dos somos demasiado entusiastas de las alturas. Salieron a escalar tres días de los diez que Rob y Zack pasaron en Sacramento y, tras ver las fotos de los sitios en los que estuvieron, me alegré todavía más de haberme quedado en casa. No es que yo fuera a intentar escalar ni un par de metros en cualquiera de esas montañas, pero es que solo estar allí viendo a Cam trepando de ese modo podría haber acabado fundiendo mi sistema nervioso. No pude menos que dar las gracias a su ángel de la guarda, sea quien sea, porque no le pasara nada. Y ahora está señalando la zona por la que quiere subir él, y ya me parece una completa locura. La zona de escalada para expertos del maldito rocódromo. A mí me da vértigo solo con mirarla. Hay pliegues y recovecos por todas partes, pero lo peor es que hay zonas donde los agarres están totalmente paralelos al suelo, y demasiado altos. ¿Piensa colgarse de ahí como un mono? Que se encargue Scott de asegurarlo y más le vale que lo haga bien. Yo creo que prefiero no mirar.

Emily me tiende una botella de bebida isotónica tras darle unos cuantos tragos largos. Sí que se ha metido en el papel la tía, se porta como si fuera una gran deportista que acaba de lograr batir su récord o algo parecido. Y tengo que burlarme un poco de su teatrillo, pero aun así acepto la bebida y le doy un par de tragos yo también. No se puede decir que no hayamos sudado la camiseta, siempre dentro de nuestras posibilidades.

—Este novio mío es tonto y por querer hacerse el gallito vamos a acabar en urgencias esta noche —vaticina en voz baja, mientras observa a los dos chicos.

Cam está haciendo el nudo de la cuerda de Scott, quien ya se ha colocado un arnés. Lo hace con tanta soltura que nadie podría dudar de que lleva practicando escalada desde los siete años. Así que parece que va a ser mi amigo el primero en escalar y la zona frente a la que están no es tan complicada como la que piensa escalar Cameron dentro de un rato, pero tampoco es un paseíto, como era la nuestra.

—Si Cam lo sujeta no llegará la sangre al río —me burlo, mientras contemplo a mi chico pasar la cuerda por su descendedor y lo asegura con el mosquetón a su cintura—. Si no he

muerto yo en las veces que me ha llevado a escalar no creo que Scott corra peor suerte —la tranquilizo.

—Tía, ¿cómo lo llevas? —Entrelaza su brazo con el mío y arrastra el culo por el suelo para pegarse a mi costado—. Os queda como un día y medio antes de que se vaya.

—Gracias por el recordatorio, Em —gruño, con ironía—. Bueno, cada uno tenemos que hacer lo que tenemos que hacer, ¿no? Supongo que nos apañaremos —me imagino, y me encojo de hombros, porque no quiero darle demasiadas vueltas al tema.

—Eres superindependiente, Ash —reconoce ella—. Si mi bombón se fuera a otra universidad a tres mil kilómetros de distancia de la mía, me moriría —exagera.

La miro y alzo una ceja, con lo que es ella, siempre aparentando ser tan indiferente con su novio.

—Me moriría del todo. Literalmente y sin opción a resucitar —da más énfasis a su discurso —. Ya sé que siempre voy de dura y de que Scott es un pringado que me encontré un día por ahí y poco más —medio bromea ante mi mirada—. Pero tú sabes la verdad. Yo no sabría qué hacer sin Scott. Te lo juro que no.

Asiento y le doy un empujoncito con el hombro para apoyarla en su expuesta debilidad emocional. Yo sé que no me moriría sin Cam. No voy a morirme. Y no se me va a decolorar el mundo hasta el blanco y negro por no poder verlo a diario, o semanalmente, o incluso una vez al mes. Pero la cruda realidad es que lo voy a echar tanto de menos que va a doler. Y mucho. Y me gusta que Emily piense que soy «superindependiente», pero lo cierto es que si puedo serlo es porque Cam me ha enseñado esa parte de mí misma. Porque esta relación me lo permite. Y sí que hay algo en mí que va a morirse un poquito mañana por la noche cuando tengamos que decirnos adiós. Una pequeña parte. Por lo menos, un poquito.

Seguimos hablando en voz baja entre nosotras, sin apenas apartar la mirada de cómo va Scott en su lucha contra la pared. Va bastante bien, aunque tiene la ventaja de que Cam lo está ayudando mucho desde abajo, dándole consejos y señalando dónde puede encontrar un mejor agarre. Emily y yo hemos empezado hablando de ellos. De los planes que tienen ella y Scott para cuando se vayan a Portland a partir del fin de semana que viene, y de lo que hemos hablado Cam y yo acerca de cómo vamos a organizarnos para poder vernos y mantener esto vivo durante los próximos meses. Luego, cambiamos de conversación y nos dedicamos solo a nosotras, a cómo vamos a hacerlo nosotras, porque si hablamos de echar de menos, lo de separarme de mi mejor amiga durante tanto tiempo y a tanta distancia, por primera vez en la vida, también va a doler bastante. Cuando Scott inicia su descenso tras alcanzar el punto más alto de su ruta, nosotras estamos cotilleando sobre Grace y las cosas que nos ha contado acerca de Nueva York y las fotos que ha mandado. Esa, por el momento, parece que no echa mucho de menos a Joe. El domingo por la noche hemos quedado para cenar con Mia en su casa, y va a ser raro ser tres y no cuatro. Imagino que para Mia es aún peor, porque nosotras nos vamos a un sitio nuevo, con un montón de gente nueva, y ella se queda en Sacramento sin ninguna de sus amigas de verdad. Pero, bueno,

Gina se va a San Francisco, con su prima Vanessa, así que imagino que una u otra se hará un par de horas de viaje los fines de semana.

—Tía, perdona, pero tengo que decirlo —me susurra Emily al oído mientras vemos a Cam colgarse de la pared con un solo brazo—: tu novio está muy bueno.

La empujo con el hombro para apartarla de mí y ella se ríe. No puedo culparla por ser sincera. Es un hecho bastante objetivo que Cameron Parker es un auténtico caramelo. Y más viendo cómo se le ajusta esa camiseta que lleva mientras se le tensan los músculos de los brazos en la escalada. Y justo mientras estoy absorta en el perfecto contorno de su cuerpo y en la forma en que adapta sus extremidades a las exigencias de la pared por la que sube, me ataca un pensamiento mucho más negativo. Como una jarra de agua helada por la espalda. «No vas a poder ver esto todos los días.» No voy a poder. No voy a verlo todos los días. No va a estar más a diez minutos en coche de mi casa. No va a estar a un mensaje de «necesito verte» y un cuarto de hora de espera. No va a aparecer en mi puerta sin avisar solo para traerme un café una mañana cualquiera. No voy a poder besarlo a diario. No me va a envolver en sus brazos riendo después de picarme con cualquier tontería, dejándome sentir la vibración de esa risa perfecta reverberando en su pecho. En solo unos segundos se me pasan por la mente todos esos mensajes de texto, todas esas llamadas, que ahora se quedarán simplemente en eso. Me veo a mí misma diciendo que me muero por besarlo, y él tendrá que responder que le pasa lo mismo y que intentaremos vernos lo antes posible, en vez de decirme «yo también, estoy ahí en diez minutos» o «ven hasta aquí ya mismo y demuéstramelo, princesa». Joder, sí que voy a echarlo de menos. Tanto que a lo mejor sí que me muero. Un poco. Literalmente.

Mi tren de pensamientos se detiene, y hasta se detiene unos segundos también mi respiración, cuando lo veo colgando de la parte más horizontal de la pared. Se descuelga de una mano y toma impulso, para mantenerse en el aire antes de agarrarse a otro saliente más lejano con la otra. Oigo a Emily soltar aire también, tras el momento de tensión. Quiero que baje ya de ahí. Que vuelva a suelo firme y mejor bien cerquita de mí. Voy a abrazarlo y no pienso soltarlo hasta que tenga que irse a Eugene el domingo por la mañana. O a lo mejor entonces tampoco lo suelto.

—Eh, si estás intentando impresionar a tu novia no hace falta que te la juegues, chaval —oigo que le dice Scott en tono burlón—. Me parece que ya la tienes suficientemente impresionada solo con guiñarle un ojo. —Se mete conmigo.

Protesto en voz lo bastante alta como para que el novio de mi amiga me oiga claramente. Pero la risa de Cam le quita bastante efecto a mi queja, a decir verdad. El tío aún tiene ganas de reírse a carcajadas colgado del tramo más difícil de su escalada. Menudo capullo.

—Él también va a echarte mucho de menos, Ash —me consuela Emily, me rodea los hombros con un brazo y apoya su cabeza contra la mía—. Mucho, te lo digo yo.

Cuando Cameron por fin baja de las alturas, sin un solo rasguño y muy orgulloso de su habilidad para la escalada, yo ya tengo muchas ganas de que nos quedemos a solas. Quiero ir a su casa y acurrucarnos en el sofá del sótano con *Salem* a ver una peli. O ir a cualquier sitio

tranquilo que nos permita besarnos un ratito en su coche. En realidad, no importa. Cualquier plan que me permita estar bien pegada a él me vale ahora mismo. Pero tengo que entender que Scott y Emily también se han hecho muy amigos de Cam en este tiempo. Mucho. Sobre todo, Scott. Y que es la última vez que están juntos antes de que mi chico se marche. Así que debo procurar no ser demasiado egoísta y compartir sus atenciones un poquito.

Los chicos salen de la tienda para pasarse por la pizzería más cercana y traernos la cena. Y cenamos los cuatro sentados en el suelo de la zona que está dedicada al barranquismo y deportes de aventura en el agua, justo al lado del río artificial que permite probar a pequeña escala el descenso en canoa. Es casi como si estuviéramos en medio del campo, comiendo unas pizzas en una acampada a las afueras de la ciudad. Pasamos la cena bromeando y haciendo planes de escapadas los cuatro para las próximas vacaciones. Ojalá no tuviéramos que esperar hasta Navidad para eso. Me apetece un montón hacer con ellos todas esas cosas de las que estamos hablando.

Scott recoge las cajas vacías de las pizzas y le hace una seña a Emily para que se vaya con él. Cam y yo también nos ponemos de pie y supongo que ha llegado el momento de las despedidas y de que cada pareja se vaya para casa. Pero veo a mi amigo sacar un manojo de llaves de su bolsillo y tendérselo a Cam.

—Os dejo cerrada la verja —le dice, y yo no entiendo nada—. Cierra bien cuando salgáis, ¿vale?

—Vale —responde Cam al instante—. Gracias, tío.

Chocan las manos y Scott le dice que se verán mañana cuando Cameron pase a devolverle las llaves. Y yo estoy a punto de decir algo, de preguntar de qué demonios están hablando y por qué parece que nosotros nos quedamos aquí, pero Emily me da un abrazo y se acerca a mi oído para susurrarme algo.

—Disfruta de esta noche, tía.

Y luego me guiña un ojo al apartarse de mí. Abraza a Cam con tanto afecto que casi me pongo celosa y se despide hasta que ambos vuelvan a Sacramento algún día, probablemente por Acción de Gracias, o hasta que queden a mitad de camino entre sus universidades para tomar algo, un día cualquiera.

Mis amigos se van. Nos quedamos solos y yo me enfrento a la mirada de Cam y alzo las cejas y extiendo mis brazos hacia los lados, en busca de una explicación. Pero él solo sonríe y no dice nada.

—¿Y bien? —Meto un poco más de presión—. ¿Me puedes explicar qué hacemos aquí?

—Hemos venido porque habíamos quedado con Scott y Emily, íbamos a escalar y...

—Hablo en serio. ¿Nos quedamos a vivir aquí? —medio bromeo.

—Ojalá —suspira, y me abraza por la cintura para acercarme a su cuerpo—. Solo tenemos este paraíso para nosotros por una noche, Ash —me desilusiona.

—Ya. Por unas horas, dirás —le llevo la contraria.

Él hace una mueca, como si yo fuera una auténtica aguafiestas, y se aparta de mi lado para dejar las llaves que le ha dado Scott en el montoncito que forman sus propias llaves, su cartera y su móvil, en un rincón.

—Es la última noche que podemos pasar juntos —me recuerda, y se me encoge un pelín el corazón al oírle decir eso—. Mañana mi madre no va a ser tan flexible como hoy. Ya sabes, tendré que hacer la maleta, irme a dormir pronto para madrugar el domingo y todo eso. Deberías llamar a tu madre y pedirle permiso para pasar esta noche conmigo, Ashley Bennet —propone—. Yo creo que lo entenderá.

—Mi madre tal vez —suspiro yo—. Pero ¿quieres que le pregunte a mi padre si puedo quedarme a dormir contigo hoy?

—Claro que no. No se me ocurriría pedirte eso, porque esta noche no vamos a dormir, princesa —informa con voz pícara, y a mí se me pone la piel de gallina en un segundo.

Qué ganas tengo de pasarme toda la maldita noche sin dormir, con él.

—Lo tienes complicado, Cameron Parker —intento mantener mi tono burlón.

—¿Sabes qué? —dice, como si hubiera cambiado de idea repentinamente—. Déjalo. Ya la llamo yo.

Coge su móvil y desbloquea la pantalla, y yo me acerco muy rápido hasta donde él está para protestar. Lo único que faltaba es que llamara a mi madre para pedirle permiso para retenerme con él toda la noche. Creo que se le está yendo un poco la cabeza, a este chico.

—Cam... —empiezo.

Veo por un segundo la foto que tiene como fondo de pantalla, antes de que abra la lista de sus contactos. Somos nosotros dos, el cuatro de julio, viendo los fuegos artificiales con nuestros amigos en el parque de Elk Grove, y yo estaba sentada sobre él y los dos nos estábamos riendo a carcajadas cuando alguien nos la sacó. Creo que fue Ryan. Y puede que no sea la foto en la que más guapos estamos, pero estamos muy felices y muy juntos, y es una de mis fotos favoritas. Mientras estoy pensando en eso, Cam ya ha localizado el contacto de mi madre y ha pulsado la tecla de llamada y el altavoz. En serio. Lo malo no es que tenga su número de móvil entre sus contactos. No. Lo malo es que lo use.

—Hola, Cam. ¿Qué pasa? —responde mi madre al tercer tono, con total naturalidad y como si recibiera llamadas de mi novio casi todos los días.

—Hola, Julia —saluda él, con el mismo tono relajado—. Te tengo en el altavoz para que Ashley pueda escucharnos. Tu hija quería saber si le das tu permiso para que se quede esta noche conmigo. El tuyo y el de Peter, claro —se apresura a añadir, el muy pelota.

Casi tengo la boca abierta con esas confianzas que se está tomando. ¿De verdad acaba de pedirle permiso a mi madre para que me deje pasar la noche con él? ¿Así? ¿Tal cual? ¿Sin poner ni una excusa medio convincente? Yo qué sé, que se nos ha roto el coche, que nos hemos quedado encerrados en la tienda del padre de Scott, que hay un aviso de bioterrorismo y no es aconsejable salir a la calle... En fin, cualquier cosa mejor que «permiso para que se quede esta

noche conmigo». Pero aún alucino más cuando oigo a mi madre reírse suavemente. La mujer se ríe como si le pareciera la idea más encantadora del mundo. De verdad.

—Anda, que no eres tú liante ni nada —dice, con cariño—. Dile a Ashley que mañana la quiero aquí a la hora de comer como muy tarde, ¿me oyes, Ashley? —habla entonces conmigo directamente.

—Te oigo, mamá —respondo, sin creérmelo del todo.

—A la hora de comer como muy tarde —puntualiza la voz de mi padre entonces, a través del altavoz—. Pasadlo bien, chicos —nos desea.

—Sí, pasadlo bien —repite mi madre—. Y no nos llaméis más —medio bromea—. Hasta mañana.

—Gracias. Hasta mañana —se despide también Cam.

—Hasta mañana —digo también yo, en voz más baja—. ¿Cómo has hecho eso? —pregunto en cuanto mi chico ha colgado la llamada.

Sonríe de medio lado y vuelve a dejar el móvil en el montoncito de sus cosas, pero antes me muestra la pantalla para que vea cómo lo apaga.

—Un mago nunca revela sus trucos, ¿no, Ash? —se burla de mí y yo hago un mohín con los labios, desaprobando su actitud—. Bueno..., te lo diré —concede, con una sonrisita—. Ayer charlé con tus padres y les pedí permiso para poder prepararte algo especial esta noche. Tampoco fue tan difícil como me temía, me da la impresión de que tenían bastantes ganas de librarse de ti. Y no quiero crearte un trauma con eso de que los padres también necesitan su intimidad y todo eso, pero tengo firmes sospechas de que han mandado a tu hermano a dormir a casa de Leroy esta noche —me cuenta, en voz más baja, como si fuera un secreto.

Le tapo la boca con la mano y lo siento reír suavemente contra mi palma.

—¿Querías prepararme algo especial? —vuelvo a ese punto y le destapo la boca despacio para darle la oportunidad de responder.

Se ha quedado serio y me mira a los ojos como si pudiera ver mi interior.

—Eso quería —confirma—. Es la última oportunidad que tengo para prepararte una cita maravillosa y que no te olvides de mí en cuanto pises Chicago, ¿no?

—No me olvidaría de ti ni un millón de años —confieso, con el corazón palpitándome fuerte tras las costillas.

Me muero por saber cuáles son sus planes para nosotros a partir de este preciso momento y durante todo el resto de la noche.

Cam me besa, suave, tierno, y nuestros cuerpos gravitan con total naturalidad para acabar pegándonos como si fuéramos polos opuestos de un imán.

—Yo tampoco me olvidaría de ti ni en mil millones de años, princesa. —Sube la apuesta, susurrando pegado a mi boca—. Me gustaría tenerlos para poder pasar cada segundo contigo. Pero vamos a tener que estar un poco lejos durante un tiempo —recuerda, y me acaricia la mejilla con el pulgar muy lentamente—. Y quiero que pienses en esto cuando estemos separados.

En esta noche. Apaga tu teléfono móvil y agudiza tus sentidos, porque acabamos de acampar en medio de la montaña y aquí no tenemos cobertura —dice, teatralmente, y saca mi móvil de mi bolsillo para ponérmelo delante y que obedezca sus órdenes.

Hago lo que me pide con una sonrisa. Tanto mis padres como mi mejor amiga están bien enterados de sus planes para esta noche, por lo que parece, así que dudo que nadie vaya a llamarme en las próximas horas, de todas maneras. Dejo el móvil junto al bolso, en una estantería, cerca de donde están sus cosas y él se acerca a un armario y busca algo en su interior. Saca una especie de mando, como el de un televisor, y pulsa un par de botones. En unos segundos, el sonido de los grillos y de la brisa moviéndose suave entre los árboles nos envuelve, saliendo de diferentes puntos de la enorme tienda. Joder, es que es prácticamente como estar en medio de la montaña de verdad. Tenemos el río artificial a un lado y el sonido del agua corriendo también contribuye a crear ambiente. Cameron sigue toqueteando el mando y enseguida reduce la intensidad de la luz, que se torna ligeramente anaranjada como corresponde al atardecer.

—Cam —suspiro al mirar a mi alrededor—. ¿Qué...? Esto es increíble.

Se coloca justo detrás de mí y me envuelve con sus brazos un momento, pegando el pecho a mi espalda.

—Sabía que encontraría algo en la ciudad que te impresionara más que las vistas desde lo alto del US Bank —medio bromea—. Ahora vas a tener que enseñarme las tetas, Ash. —Le pego un codazo suave en las costillas y se ríe contra mi oído—. Vale, vale, dejamos lo de las tetas para después —decide, en tono burlón—. Sé que es juego sucio lo de utilizar el campo en la ciudad para ganarme el premio, pero, a veces, y solo a veces, está justificado hacer trampas.

—Te perdono —lo tranquilizo, en el mismo tono que ha usado él.

—Uf, menos mal —se burla—. ¿Puedes mirar a ver si aún llevas en el bolso el mechero que metiste para intentar incendiarme la casa con velas el otro día? —pide—. Tendremos que encender alguna lámpara de gas de esas que hay por aquí para poder ver algo cuando nos caiga encima la noche.

Por su tono ya sé que está maquinando algo. Y también sé perfectamente que no llevo el mechero en el bolso. Pero, aun así, me acerco para buscarlo y tenerlo contento. Enseguida me doy cuenta de lo que pasa, en cuanto meto la mano en el interior. Me encuentro en primer lugar con un trocito de papel. Un cuadradito de papel doblado en cuatro. Una notita. Una maldita notita de Cameron Parker y, antes incluso de sacarla, ya me siento como cuando las recibía en clase de biología. Siento la anticipación. Me muero por leerla. Por ver su caligrafía, su firma con una «C» en un trocito de papel dedicado solamente a mí. Lo saco y miro a Cam antes de desplegarlo para poder leerlo. Él alza las cejas como si le sorprendiera tanto como a mí que me haya encontrado una notita en mi bolso. Qué peliculero.

—¿Qué es esto? —pregunto, sin poder evitar que se me escape una media sonrisa.

—No lo sé —dice él, y frunce ligeramente el ceño—. Dímelo tú, Ash. ¿Es que tienes un amigo invisible? ¿Un admirador secreto?

—¿Un novio payaso? —pruebo siguiendo la secuencia y suelta una carcajada, echando la cabeza hacia atrás.

—Tendrás que leerlo para descubrirlo. —Se encoge de hombros.

Y eso es lo que pienso hacer. Despliego el trocito de papel. Es su letra, claro.

Al frío Chicago te vas a marchar,
y debo asegurarme de que no me vas a olvidar.
Así que, princesa, ahora tienes que encontrar
las pequeñas cosas que te debes llevar.
Lo siento, esta vez yo no puedo ayudar.
Coge una linterna y empieza a buscar.
—C.

Cuando me giro para mirarlo, tiene dos linternas, una en cada mano, y me tiende la que tiene en la mano derecha, aguantándose la sonrisa.

—Pero ¿qué es esto? —protesto, y la cojo por no dejarlo ahí plantado con la mano tendida hacia mí.

—¿Cómo que qué? —finge desesperarse ante mi pregunta—. ¡Una búsqueda del tesoro! —exclama, con mucho entusiasmo—. Pero, ¡oh!, debo avisarte... el tiempo corre en tu contra... —Saca de su bolsillo un cronómetro y pulsa el botón para que el tiempo empiece a correr poniéndolo ante mis ojos—. Tienes que completar la búsqueda antes de que nos encuentren —añade, muy serio.

—Antes de que nos encuentre ¿quién? Sabes que no trabajo bien bajo presión, Cameron —advierto, y sonríe de medio lado.

No responde a mi pregunta. En vez de eso, recupera el mando del bolsillo de su pantalón de deporte y pulsa otro de los botones. Por los altavoces suenan aullidos de coyotes. Cam da una palmada, divertido, para que me ponga en marcha.

—¡Joder! —Doy un respingo y él se ríe a carcajadas—. Pero ¿por dónde quieres que empiece?

Enciendo la linterna y paseo el haz de luz a mi alrededor. Tengo que dar un par de vueltas antes de que un destello, en el interior de un kayak que hay colgado de una de las paredes, me llame la atención. Los sonidos que emiten los altavoces siguen siendo los típicos de un bosque cualquiera en la montaña, solo que ahora de vez en cuando se oyen los aullidos de los coyotes. Y no sé si soy yo con mi alocada y cobarde imaginación, pero me da la impresión de que suenan cada vez un poquito más cerca. Corro hasta allí y cojo un pequeño espejito, colocado en el asiento. Tiene otra notita pegada en la parte de atrás, claro.

Recuérdalo cada vez que te mires en un espejo:
La chica más preciosa que he conocido está justo en ese reflejo.
Ahora, atenta, porque tu primer regalo estás muy cerca de encontrar.

Pero a lo mejor tendrás que buscarlo... debajo del mar.
—C.

Miro a Cam durante unos segundos. Él me sostiene la mirada, divertido, pero sin darme ninguna pista, por supuesto. Ahora resulta que el capullo adorable de Cameron Parker se las da de poeta. De poeta, de mago y de organizador de búsquedas del tesoro. Se me enciende la bombilla, como quien dice, de pronto, y salgo corriendo iluminando mi camino con el haz de mi linterna porque cada vez tenemos menos luz en este atardecer simulado. Cam me sigue los pasos de cerca y, menos mal, porque los aullidos de los coyotes me dan un poquito de mal rollo. Llego hasta los estantes donde está colocado todo lo relacionado con el buceo. Si la nota dice «búscalo debajo del mar», me imagino que necesitaré unas gafas para poder verlo, ¿no? Así que voy directa a esa sección y rebusco entre las gafas de bucear intentando no desordenar nada. Bingo. Detrás de un par de ellas hay un paquetito rectangular del tamaño de un cuaderno grande, quizá. Justo delante, en el tubo unido a una de las gafas hay un trocito de papel sobresaliendo de la apertura superior.

—Eres muy lista, Ash —se maravilla Cam y, cuando me giro para mirarlo, me está observando con una sonrisita.

—Y tú eres jodidamente increíble, Cameron. No sé cómo has organizado todo esto... Es una pasada.

—Bueno, no lo he hecho todo yo solo —confiesa—. Primero el regalo —me aconseja cuando ya tengo la notita en la mano.

Cojo el paquetito y me siento en el suelo, con las piernas cruzadas bajo mi cuerpo, para abrirlo. Cam se agacha justo delante y me ilumina con el haz de su linterna para que yo pueda dejar la mía y dedicarme de pleno a desenvolver. Es un marco de fotos, pero de esos que tienen espacios de diferentes tamaños y formas para poner unas cuantas. Y este debe de tener unos diez o doce huecos. Cam los ha rellenado todos. Nuestras fotos haciendo el tonto y besándonos en el fotomatón. La foto que él tiene como fondo del móvil. Una foto de *Salem*. Una de Cam con *Drako,* en el parque. La foto de nuestros tatuajes que él tiene publicada en Instagram. Un montón de fotos. Un montón de recuerdos. Y, probablemente, justo las que yo habría elegido.

—Cam... —empiezo, sin saber muy bien qué decir.

—Los coyotes, Ash —me recuerda burlonamente—. Vamos, sigue. Yo te guardo esto —ofrece, coge el marco con cuidado y recoge los restos del papel de envolver.

Suspiro, fingiendo que me molesta su actitud, y despliego la nota para poder leerla. La ilumino con mi linterna.

Si quieres más, te lo tienes que ganar.
Scott habla mal de tu puntería, pero tienes que acertar.
Debes dar en la diana, solo así te puedes salvar.
—C.

Echo a correr hacia la zona de las armas de *paintball* y *airsoft*. Cuando llego frente a una enorme diana que cubre parte de la pared, veo que todo está preparado allí. El arma que tengo que usar está cargada de pintura y colocada justo en la zona donde debe colocarse el tirador. Me temo que Scott tiene razón, si esto va de tener buena puntería, voy a ser la cena de los coyotes muy pronto.

—¿Crees que necesitarás ayuda, princesa? —oigo el tonito burlón de Cam, justo detrás de mí.

—No, qué va. —Me hago la dura, cojo el arma y trato de descifrar la manera de usarla.

Pero lo oigo reír y enseguida se coloca a mi espalda y me da algunas instrucciones básicas. No es que sea mucho más fácil con solo la luz de su linterna alumbrando. Fallo los dos primeros tiros y, cuando Cam está a punto de prestarme un poquito más de ayuda, me concentro al máximo y le doy. Justo a la diana. La tela de la pared ha quedado llena de pinturas de colores, pero yo estoy muy orgullosa de haberle dado a la tercera. Y sé que he acertado de pleno porque un paquetito cae de detrás de ese punto, hasta el suelo. Cam recoge el arma para que yo pueda ir a por mi premio. Esta vez el paquetito es bastante pequeño, y cuadrado. Lleva una notita pegada a la parte de atrás. Yo vuelvo junto a mi chico antes de abrirlo. El regalito primero.

Lo abro y me encuentro con una caja. Cuando veo lo que hay dentro me llevo la mano a la boca, emocionada, y niego un par de veces con la cabeza.

—Cam, no...

No me deja decir más. Sujeta la linterna bajo su axila derecha y saca el colgante de la caja.

—Espera —pide, y coge el mando para hacer callar a los coyotes—. Necesitamos un poco de tiempo para esto.

Cojo la plaquita, que cuelga de su mano derecha, donde tiene enredada la cadena. Esa cadena de plata con una placa que él lleva puesta tan a menudo. La que le regaló su padre cuando nació y, por detrás, lleva grabado su nombre y su fecha de nacimiento. Y, justo junto a esa, hay otra plaquita, redondeada, y pone «princesa» y tiene una coronita dibujada justo encima. Qué idiota.

—No puedo quedármelo —intento protestar.

—Quiero que la tengas tú, Ash. Sé que te gusta y es lo más mío que puedo darte. Quiero que la lleves. Quiero que me lleves, aquí —sigue mientras me la coloca alrededor del cuello. Pone la mano sobre la placa, un pelín por debajo de la unión de mi sujetador—, cerca del corazón. Princesa —dice ese apodo tras una pausa de un segundo y con tanta dulzura que estoy a punto de derretirme.

—No voy a quitármela nunca —aseguro, al tiempo que busco sus ojos en la penumbra—. La de «princesa» tampoco.

Él suelta una risita y me acaricia el pelo con la mano izquierda, colocándome un mechón detrás de la oreja.

—No llores, tonta —susurra.

—Te quiero —le digo, antes de lanzarme contra sus labios.

Responde a mi beso con ternura, pero, cuando se separa de mis labios, tiene una sonrisita traviesa en los suyos.

—Ahora la notita. Ya solo quedan dos.

Gruño un poco, solo para intentar molestarlo, y recojo mi linterna del suelo para iluminarme y poder leerla.

Te quiero, princesa, eres lo mejor de mi vida.
Pero para tu siguiente regalo, tendrás que subir hasta arriba.
—C.

Mierda, el tío va a hacerme escalar otra vez. Va a hacerlo y no va a tener piedad. Lo miro, poniendo cara de pena, y él solo se ríe y tira de mi mano.

—Vamos —me anima—. No es para tanto.

Volvemos al rocódromo, donde hemos pasado la tarde, pero esta vez me guía directamente a la zona de los niños. Es lo suficientemente fácil, incluso para mí. Y cuando me señala un punto en lo alto de la pared, lo veo. Hay un paquetito justo encima de nuestras cabezas.

—¿No me vas a poner una cuerda ni nada por si me caigo? —pregunto al ver cómo él señala la pared para meterme prisa. Por lo menos nos hemos librado de los aullidos de los coyotes.

—No te vas a caer —responde, con una risita—. Venga, me quedo aquí debajo. Te prometo que te cogeré si te caes.

—Me dejas mucho más tranquila —refunfuño.

Por lo menos ha tenido a bien encender el foco que hay justo encima de esta zona para que vea por dónde voy mientras escalo. Para ser justos, es muy fácil subir esta pared y, antes de lo que me esperaba, estoy arriba. Cam me pide que le lance el paquetito para que pueda bajar con facilidad. Llego abajo enseguida y me tiende mi regalo. Tiene forma rectangular, el tamaño de un álbum de fotos grande, más o menos, y un peso parecido. Esta vez lleva dos notitas pegadas a su superficie.

—Primero la notita. —Señala una de ellas.

La cojo y la despliego.

¿Puedo invitarte un día cualquiera a un café, justo debajo de la puñetera habichuela de Chicago y confiar en que me enseñes la ciudad?
☐ *Sí*
☐ *Tal vez*
☐ *Ni en tus mejores sueños, capullo*

Se me escapa la sonrisa y, cuando alzo la vista para mirarlo, el señorito Cameron me está tendiendo un bolígrafo. No sé de dónde narices lo ha sacado. Y suelto una carcajada. Él sonríe en

respuesta. Lo cojo dispuesta a marcar la opción que elijo y la anticipación ante lo que voy a hacer y su reacción, ya me hace reír antes de poder ejecutar mi idea.

—No, Ash —suplica, al ver mis intenciones—. No lo hagas...

Pero su tono es divertido. Y yo me apoyo sobre el paquetito envuelto para marcar la X justo dentro del cuadradito de la última opción. Cam emite un quejido lastimero, como si acabara de hacerle daño físico, y tengo que reírme, una vez más. Se resiste un poco cuando intento besarlo por toda la cara, como suele hacer él conmigo, pero termina cediendo a los mimos. Y en cuanto deja de quejarse por mi crueldad, abro el paquetito para descubrir lo que hay dentro. Es un álbum, pero no un álbum de fotos normal. Cam ha pegado por todas sus hojas cosas nuestras. Fotos, sí. Pero también notitas, de las que nos pasábamos en clase. Impresiones de capturas de pantalla de algunas de nuestras conversaciones por chat. Entradas de cine. Tickets. Un montón de recuerdos. Gran parte de nuestra historia. No puedo creerme que haya hecho esto para mí. No puedo creerme que haya guardado todas estas cosas. Y la primera notita que hay, pegada al inicio de todo el álbum, es precisamente en la que me preguntaba si podía invitarme a un café y así hablar después de clase. Con mi X justo en la misma respuesta que acabo de marcar ahora.

Estoy a punto de ponerme ñoña otra vez, y es que creo que todo esto lo merece, ¿no? Pero Cam me quita el álbum de entre las manos y me ofrece la otra notita que estaba pegada al papel del paquetito. Me apresuro a leerla.

Emily dice que no te va la espeleología.
Quizá tenga que pedirte que entres, aunque no todavía.
Si este juego quieres acabar,
entre las rocas vas a tener que indagar.
—C.

Vale. Eso es la reproducción de una cueva que hay en la zona de espeleología. Salgo corriendo para allí sin perder tiempo y oigo a Cam venir detrás de mí, riendo suavemente y caminando mucho más tranquilo que yo. En cuanto llego empiezo a palpar toda la superficie de la imitación de roca. Tardo unos cuantos segundos en encontrarlo, pero, al final, lo hago. Es un sobre. Un sobre de papel. Y lleva una notita pegada a su superficie.

—Primero, la notita —dice Cam a mi espalda, y yo casi me sobresalto.

Le hago caso. Tengo que iluminarme con la linterna, porque la luz que hay ahora es como luz de luna y no me permite leer con comodidad.

Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, princesa. Te quiero.
—C.

Me giro hacia él y estoy a puntito de decir algo. Pero me señala el sobre con el mentón,

metiéndome prisa para que mire lo que contiene.

—Ábrelo.

Lo hago y saco lo que hay en el interior. Son billetes de avión. Tres de ida y vuelta de Chicago a Portland, y tres de ida y vuelta de Portland a Chicago. Tienen las fechas abiertas. Lo que significa que solo hay que cerrar la fecha en que se quiera viajar y coger un avión. Levanto la vista de los papeles para buscar los ojos verdes de Cam, aunque tengo que adivinar su color a la luz artificial de luna.

—No tenemos conexión directa, princesa —se lamenta—. Pero conduciría días enteros para llegar hasta ti, así que supongo que dos horas de ida y dos de vuelta hasta Portland no serán un problema —medio bromea—. Son tuyos. Puedes hacer con ellos lo que quieras. Puedes usarlos para venir a verme o para ir a ver a Emily. Y lo mismo con los que tienen la salida desde Portland, puede utilizarlos ella si necesitas que vaya a verte. Aunque la verdad es que me gustaría que tú quisieras que los utilizara todos yo —confiesa, en voz un poco más baja.

—Cam, no tenías que... —Intento encontrar las palabras y se me atascan en el nudo que se me ha formado en la garganta—. Esto te ha costado mucho dinero.

—El dinero no es lo que importa, Ashley —me alecciona—. Quiero que puedas venir a verme siempre que quieras. Quiero que tengas estas cosas. Y quiero...

—Y yo quiero que los utilices todos tú —lo corto, respondiendo a lo que ha dicho antes.

—Te quiero.

Tiro al suelo todo lo que tengo en las manos porque es que ahora mismo todo me estorba. Y las pongo en su nuca y lo acerco a mí para unir nuestros labios con pasión. Necesito transmitirle lo que él acaba de transmitirme a mí, con un tonto juego de búsqueda del tesoro y todos los regalitos que ha preparado. Lo quiero tanto que siento que podría explotar en cualquier momento. Y pensar que no nos queda apenas tiempo para estar juntos me genera una angustia que me atenaza el pecho. No quiero que se vaya. Que no se vaya nunca. Por favor.

—No he terminado todavía —advierte.

—Cam... —intento protestar.

—No te he pedido prestada a tus padres esta noche solo para hacerte recorrer esta tienda y darte unos regalitos —aclara, en tono burlón.

Se aparta de mí para recoger todo lo que hemos dejado por el suelo. Mis regalos, los papeles de envoltorio, las linternas. Y lo aparta todo de donde estamos y lo deja en una esquina, para despejarnos el espacio. Tengo la entrada a esa cueva artificial justo detrás de mí y, a mi alrededor, la decoración de la tienda simula un pequeño claro de un bosque con algunos arbustos bajos. Cam pasa por mi lado hasta la pared que queda justo a continuación de la entrada.

—Ya que te he salvado de los coyotes, vamos a disfrutar de nuestra acampada en el campo como debería ser —vuelve a hablar.

Acciona una palanca de la pared y la luz de luna a la que empezaba a acostumbrarme se torna todavía más tenue. El techo justo sobre nuestras cabezas se ilumina simulando un cielo

completamente estrellado. Y yo tengo que abrir la boca. No sé ni qué decir.

—Sí, yo también creo que el padre de Scott se montó esta tienda para ligar —confirma, justo junto a mi oído, provocándome un escalofrío.

Me río suave. Y mi chico termina de preparar el escenario perfecto acercando una hamaca con colchoneta totalmente reclinable para que podamos tumbarnos cómodamente a contemplar las estrellas.

—No puedo creerme que hayas hecho todo esto —suspiro, una vez más, recostada sobre su pecho.

Sus dedos acarician delicadamente mi brazo haciéndome unas agradables cosquillas.

—Emily y Scott me han echado una mano —reconoce—. Emily decía que era «literalmente» lo más romántico que había visto en su vida —se burla un poco, y yo suelto una risita—. Y la tienda ya tenía de serie todo lo demás.

—Pero ¿cuándo...?

—Vine con Scott el lunes para ver el rocódromo y, cuando empezó a enseñarme todo esto, se me ocurrió que sería perfecto poder prepararte una cita aquí. Ya tenía casi todos tus regalos y ya sabes cómo funciona mi maquiavélica mente —me recuerda, divertido—. Le pregunté a Scott si podía hacerlo y me dijo que sin problema. Y hoy, después de comer con Ryan, me he venido con ellos para prepararlo todo antes de pasar a buscarte.

—Eres el mejor novio del mundo, ¿te lo había dicho alguna vez? —pregunto, y me muevo para poder mirarlo a la cara.

—Algo había oído —alardea—. Pero no estoy muy seguro de que fueras tú la que lo decía —me pica.

Se ríe y me besa cuando pongo cara de enfado por su comentario. No hay nada en el mundo que le guste más que hacerme rabiar.

Pasamos un rato aquí, hablando, bromeando, riendo y besándonos. Casi hasta se me olvida que se va a ir. Casi. De vez en cuando siento un pinchazo agudo en el corazón. Justo cuando me acuerdo.

—Te voy a echar mucho de menos —murmuro, lastimeramente, mientras me abrazo con fuerza a su torso, dejando de prestar atención a las estrellas por completo.

—Eh, esta noche no, princesa —me frena, antes de que esto se convierta en una especie de despedida lacrimógena—. Deja eso para mañana. Esta noche estoy aquí, y tú estás aquí, y no pienso desaprovecharla pensando en lo que pasará mañana, o pasado —dice, firmemente. Asiento, dándole la razón, pero no me separo ni un milímetro de él—. Anda, vámonos a la cama.

—¿A la cama? No me importa que seas tan directo, Cameron, pero no veo nada parecido a una cama por los alrededores.

—Oye, creo que me he ganado verte las tetas esta noche por lo menos dos minutos seguidos —bromea, pícaro—. Y te he dicho que llevo toda la semana preparando esto, Ash. Un poco de fe, por favor.

Su tono es uno de los más irritantes de su repertorio, pero a estas alturas irritarme es casi lo último que hace conmigo este chico. Así que me muevo para permitir que se levante y él me coge de la mano y me guía hasta la entrada de la cueva. Me coloca un casco, que no sé muy bien de dónde ha sacado, de esos que llevan una lucecita en la parte frontal, y la enciende, antes de señalarme la entrada a la cueva.

—Las damas primero.

—¿Estás de coña?

—No. —Sonríe—. Entra.

Tengo que hacerle caso, porque hacerle caso hasta ahora solo me ha llevado hacia cosas bastante increíbles, así que no considero demasiado arriesgado jugármela con esto. Cam me sigue, pegado a mis talones con un par de lamparitas de gas encendidas, una en cada mano. Tengo que agacharme un poco para pasar por algún tramo un poco más estrecho, pero el acceso es fácil y la boca de la cueva lo suficientemente ancha como para que no me genere una sensación de claustrofobia. Enseguida llegamos a una zona más ancha, como un pequeño habitáculo. Cam deja las lamparitas una en cada esquina y lo iluminan casi todo con una luz muy tenue y diría que incluso bastante romántica. Yo apago mi luz y me quito el casco para dejarlo a un lado. En medio del habitáculo hay un colchón hinchable y, sobre él, un saco de dormir doble. Pero eso no es todo porque, encima, hay un enorme ramo de rosas rojas. Precioso. Me acerco y lo cojo, ahogando una exclamación. Huelen muy bien y parecen muy frescas. Llevan una notita, ¿cómo no? La saco de su pequeño sobre, en silencio, para poder leerla. Tengo que esforzarme debido a la falta de luz, pero el esfuerzo merece la pena.

Si tú también crees que conocernos es lo mejor que nos ha pasado,
dilo ya, princesa, y yo querré estar para siempre a tu lado.
Te quiero. — C.
P. D.: Besa de una vez al chico guapo que está a tu lado, Ashley Bennet.

Me giro para mirarlo y él ya tiene sus ojos clavados en mí, con media sonrisa bastante irresistible dibujada en la cara.

—Sí que te crees muy guapo —repito, en tono burlón.

—Sí, lo soy —alardea, alza una sola ceja y me regala su sonrisita más canalla.

Tiro del cuello de su camiseta y lo obligo a acercarse de un tirón para atrapar sus labios con los míos. Mi lengua casi ni me pide permiso antes de ponerse en marcha y buscar la suya como si la echara terriblemente de menos.

—Quiero que esta noche sea la mejor de tu vida —me susurra entre beso y beso mientras acaricia la curva de mis caderas.

—Sí —digo yo, en un murmullo.

—Sí, ¿qué? —pregunta, y pega más nuestros cuerpos.

—Que yo también creo que eres lo mejor que me ha pasado nunca, Cameron Parker.

El eco de nuestros besos, su voz susurrada en mi oído y mis gemidos mezclados con los suyos. Esa es la mejor banda sonora que podría existir, y la única que quiero escuchar el resto de mis días. No tengo ninguna duda, mientras me entrego por completo a él, y él se entrega por completo a mí, sin guardarnos absolutamente nada. Siendo solo uno. Cameron Parker es lo mejor que me ha pasado en la vida.

20

Beautiful eyes

Despierto cuando todavía no ha salido el sol. No sé muy bien qué hora es, pero no creo que haya pasado demasiado tiempo desde la última vez que he consultado la pantalla del móvil. Me estiro para hacerlo de nuevo. Las cinco y cuarenta y siete minutos de la mañana. Justo una hora. Ese es el tiempo que ha pasado desde la anterior vez en que me he desvelado.

Llevo toda la noche dando vueltas. Agotada de no poder dormir. Vuelvo a tumbarme boca arriba sobre el colchón, con los brazos extendidos a los lados y la vista clavada en las sombras que proyectan en el techo de mi habitación las luces de las farolas de la calle. He visto pasar todas las horas de esta madrugada, durmiendo a pequeños intervalos entre ellas. Pero mi organismo no quiere mantener por mucho tiempo el dulce estado de la inconsciencia. Mi cuerpo parece estar empeñado en mantenerme despierta mientras él aún está, mientras puedo sentir su energía a unos tres kilómetros de mí y no a tres mil. Aunque ya no vaya a verlo. Puede que sea precisamente el «adiós» lo que me hace despertarme cada cincuenta minutos. Mis sueños no me dejan descansar esta noche. Ya lo estoy echando de menos, aunque haga solo seis horas que lo vi por última vez.

Casi puedo sentir su respiración en mi cuello al despertar ayer por la mañana, en nuestro escondite en la cueva de la tienda del padre de Scott, como si aún lo tuviera pegado a mí. Tampoco se puede decir que durmiéramos mucho esa noche. La pasamos acurrucados, todo lo juntos que podíamos estar. Acariciándonos. Besándonos. Susurrando promesas. Haciendo bromas. Riendo. Y haciendo el amor. Haciendo el amor completamente entregados, de la manera más tierna posible. Temblando de emoción como si fuera la primera vez. No lo era. No era la primera. Pero era la última. Mi piel aún tiene el vívido recuerdo de todas las sensaciones que él despertó en mí y de todas las que me permitió sentir a través de él. Ahora lo que siente es su ausencia.

Ayer nos levantamos temprano, recogimos todo para no dejar huellas de nuestro paso por allí, y Cam me trajo a casa. Él tenía previsto pasar enseguida a devolverle a Scott las llaves y así luego tener el resto del día para organizar su viaje y hacer las maletas, pero mi padre le pidió que entrara a probar con él el café colombiano en cuanto lo vio en la puerta de casa. Mis padres parecían muy relajados y estaban especialmente cariñosos entre ellos ayer por la mañana, así que

Cam debía de tener razón respecto a que ellos también necesitaban su intimidad. Eric estaba en casa de Leroy. Y no quise saber más. Imagino que ellos también se dieron cuenta de cómo estábamos nosotros, y asumo que no pasaron por alto la sonrisita con la que yo entré en casa. Pero creo que tampoco quisieron saber más. Y mientras estábamos desayunando con mis padres, en la cocina, a Cam lo llamó su padre por teléfono y le pidió que quedaran para comer antes de que se marchara a Eugene. Fue toda una sorpresa. Pero sé que Cam lo necesitaba. Irse sin haber vuelto a hablar con su padre habría sido duro para él. No me ha contado mucho de cómo fue la comida, pero me dijo que su padre se había disculpado y eso ya es todo un paso adelante para el señor Parker.

Yo no lo vi hasta por la noche y aún no había terminado de hacer la última maleta cuando me presenté en su casa, porque después de la comida con su padre, se pasó a tomar un café con Vanessa para despedirse de ella. Yo tendré que quedar con ella antes de irme, también. Las dos hemos tenido un año raro, pero, al final, yo he acabado mejor, al parecer. Ya no habla de Troy, y mucho menos de Jessica, pero me da la impresión de que la jefa de animadoras aún va a necesitar un poco más de tiempo para volver a salir con un tío. Y eso que no le faltan los pretendientes. Eso me estuvo contando Cam mientras cenábamos con su madre, con *Salem* pidiendo comida en la mesa como si se creyera un perro. Lo de los pretendientes de Vanessa, y que ella decía que no quería volver a saber nada de los tíos nunca más. A ver cuánto dura eso.

La señora Parker nos dejó bastante intimidad después de la cena. Eran nuestras últimas horas juntos, así que creo que le pareció lo más adecuado. Y nosotros dedicamos el tiempo a una de nuestras actividades favoritas: ver una peli acurrucados en el sofá del sótano, con *Salem* durmiendo hecho un ovillito, pegado a los dos. Cam también se durmió algún ratito. Y yo estuve a punto de hacerlo, pero no quería perderme nada de esos últimos momentos con él. Ni siquiera verlo dormir. Luego, cuando llegó la hora de irme a casa, me acompañó hasta la puerta del coche de papá. Y desde que abrí el coche con la llave hasta que me monté y conseguí irme de allí, aún pasamos como veinte minutos diciéndonos adiós, prometiendo que nos llamaríamos y comiéndonos a besos. La madre de Cam tuvo que salir a intervenir. A decirnos que dejáramos de ser tan tontos, cuando vio que yo no podía parar de llorar y que su hijo intentaba aguantarlo, pero también se le escapaba alguna lagrimita. Y luego aún nos dio cinco minutos más, para que nos despidiéramos a solas. Tardé más de lo normal en llegar a casa, porque no podía parar de llorar y tuve que conducir un pelín más despacio por mi propia seguridad. Mis padres me vieron llegar hecha un mar de lágrimas, pero nadie se atrevió a decir nada, ni siquiera Eric. Y eso ya es decir. Y me fui directa a la cama. Total, para no poder dormir. Y aquí sigo.

Al menos la primera hora la pasé mandándome mensajitos con mi chico, pero, después, tuve que despedirme para obligarlo a irse a dormir. Tenía que estar descansado para el largo viaje que lo espera esta mañana. Su penúltimo mensaje prometía que me llamaría en cada parada que hiciera, después de que yo insistiera en ese punto, y el último decía que me quería. Que me quería y «buenas noches, princesa».

Tampoco es para tanto, Ashley. Madura de una vez. El miércoles tengo que volar hacia mi nueva vida también yo. Y hasta entonces voy a estar muy ocupada por aquí con todos los preparativos y viendo a toda la gente de la que tengo que despedirme. Así que no va a ser como si me quedara en casa, sentada de brazos cruzados, dedicándome exclusivamente a echarlo de menos. Emily tiene razón: soy una chica superindependiente. Y tengo muchas cosas que hacer. Y voy a estar bien.

Empiezo a medio adormilarme de nuevo cuando la vibración del móvil en la mesilla, con la entrada de un mensaje, me hace despejarme por completo. Me lanzo a cogerlo y desbloqueo la pantalla con tanta rapidez como soy capaz.

> Salgo de casa en cinco minutos. Ya te iré contando cómo va el viaje. Mi madre se ha levantado a hacerme tortitas. ¿Crees que eso significa que me va a echar de menos? Te escribo cuando pare, dentro de unas tres horas. Espero que tengas el móvil en silencio, no quiero despertarte. Te quiero, lo sabes, ¿no?

Me da un vuelco el corazón solo con leer la primera frase. En cinco minutos. Ya se va. Son las seis y veintitrés minutos de la mañana. Muy pronto. Pero tiene muchas horas de viaje y él mismo dijo que prefería salir temprano. Está empezando a clarear, solo un poquito. Enseguida el sol aparecerá en el horizonte. Me doy prisa en escribir un mensaje de respuesta, antes de que se monte en el coche y ya no pueda leerme.

> Estoy despierta. Lo sé. Y yo también te quiero. Conduce con cuidado, ¿vale?

Ya no contesta. Dejo pasar cerca de diez minutos y luego me levanto y pego la frente al cristal de la ventana, observando cómo el mundo se va iluminando muy poquito a poco con el inicio del amanecer. En realidad, no es eso lo que quiero ver. Solo espero verlo aparecer a él, su coche, pasando por última vez por delante de mi casa. Solo por pasar por aquí, aunque eso le haga dar un pequeño rodeo. El mundo exterior está prácticamente en silencio y yo abro la ventana y apoyo los codos en el alféizar, sacando casi medio cuerpo fuera. Las mañanas empiezan a ser más frescas a finales de agosto. Y esta lo es. Se me pone la piel de gallina cuando se mueve una brisa ligera, pero no me resulta desagradable. Me viene bien el aire después de dar tantas vueltas en el calor asfixiante de mi cama las horas pasadas.

Y entonces aparece. El Honda blanco llega con el motor ronroneando suavemente y para justo en el punto más visible desde mi ventana, entre mi casa y la de Tyler. Hace parpadear las luces, en vez de tocar el claxon, esta vez. Y Cam se baja del asiento del conductor cuando yo ya tengo medio cuerpo fuera de la ventana para bajar por la celosía. Estoy descalza y llevo un pantalón de pijama ridículamente corto y una camiseta de tirantes, pero eso es lo que menos me importa ahora mismo. Mis pies aterrizan sobre el mullido césped justo cuando Cameron Parker entra en

mi jardín. La hierba está mojada con el rocío de la mañana. Corro hacia él, que se queda quieto para esperarme y me abre los brazos. Y en cuanto llego a su altura me abrazo a su cintura y apoyo la cara en su pecho. Rodea mi pequeño cuerpo y me pone una mano sobre el pelo, estrechándome contra él. Ninguno de los dos decimos ni una sola palabra. El abrazo dura más de un minuto, puede que dos. Luego Cam me obliga a separarme, muy lentamente, y coge mi cara entre sus manos antes de inclinarse para besarme en los labios con mucha dulzura. Y está a punto de apartarse cuando yo me pongo de puntillas para presionar sus labios con más fuerza y cuelo mis brazos entre los suyos para abrazarme a su cuello. Nos besamos con ganas, sin cuidado y separándonos solo lo necesario para tomar aire antes de volver a estrellarnos, a fundirnos, con toda la necesidad que ahora mismo sentimos los dos.

—Ash, vas a quedarte helada —dice, al final, en tono levemente preocupado.

—No —niego lo evidente.

Me estiro cuanto puedo para abrazarme a su cuello muy fuerte y apoyar la barbilla en su hombro. Él corresponde justo como debe, con sus brazos en torno a mi cintura y besando suavemente la piel de mi hombro. No quiero soltarlo nunca. Ojalá no tuviera que hacerlo.

—Tengo que irme —trata de razonar, con la cara entre mi pelo.

—Me voy contigo —decido decir yo, como si tuviera cinco años o algo así, pero él responde con una risita suave... y un poco triste.

—No puedes, princesa —me desilusiona. Me aparta lentamente y nos miramos a los ojos—. No quiero verte llorar —me avisa, con el ceño fruncido y en tono estricto.

—No, señor —concedo, y le dedico una sonrisa, para que vea que voy en serio.

—Venga, vuelve a la cama. Hace frío.

Eso dice, pero él está en manga corta y no parece que sufra demasiado. Va con ropa cómoda para conducir. Un pantalón de chándal, zapatillas y una camiseta de fútbol. Tiene el pelo revuelto sobre la frente y está tan guapo como siempre. O quizá más.

—Está bien —accedo, de mala gana. Solo porque tiene que irse y porque cuanto antes salga, antes llegará y podré respirar tranquila porque ya no está en la carretera—. Ten cuidado. No corras, y para a descansar dos veces, por lo menos. Y avísame de cómo vas, ¿vale?

Pone los ojos en blanco sin poder aguantarse la sonrisa.

—Sí, mamá —concede, burlón.

—Idiota —suspiro, pero luego lo beso como si no acabara de insultarlo—. ¿Me llamas cuando llegues?

—Ash...

Tiene razón, debería callarme y dejarlo irse ya. Pero, para ser justos, no es que él parezca tener muchas ganas de separarse de mí, tampoco. Me sujeta por la cintura y me obliga a caminar de vuelta hasta justo debajo de mi ventana, siguiéndome los pasos.

—Vale, vale —cedo, y levanto las manos en son de paz cuando estoy delante de la celosía—. Pero ¿puedo darte algo para que te lleves para el camino? —pregunto, juguetona.

No responde, pero lo veo sonreír cuando me vuelvo hacia él. Y enredo una mano en el pelo de su nuca para atraerlo hacia mí y atrapar sus labios con los míos, en un beso profundo, concienzudo y con mucho sentimiento, en el que pongo la cantidad justa de lengua y algún mordisquito, para dejarlo con ganas de más.

—A lo mejor me da tiempo a uno rapidito antes de salir —murmura, pegado a mis labios, y suena muy canalla.

Cojo su cara con una mano haciéndole poner la boca como un pez, a modo de castigo, y se ríe suave. Vuelvo a besarlo, rápido esta vez.

—Tendremos que dejarlo para la próxima vez que nos veamos, así lo cogeremos con más ganas.

—Yo siempre tengo unas ganas horrorosas de ti —deja claro, con media sonrisa—. Anda, sube —me pide después, y señala la enredadera.

Asiento y me giro para empezar a trepar de vuelta hasta mi ventana.

—¿Vas a quedarte aquí debajo? —pregunto cuando solo he escalado un peldaño.

—Para salvarte el culito si te caes, princesa —justifica.

Suelto un bufido con el que solo consigo hacerlo reír bajito. Subo un poco más y siento cómo me da una palmada en el culo. Lo miro indignada, pero niego con la cabeza y trato de esconder mi sonrisa cuando me encuentro con la suya. En escasos segundos estoy encaramada a mi ventana y me cuelo dentro antes de volverme y apoyarme en el alféizar, mirándolo desde lo alto.

—Ey —llamo su atención, en voz muy baja para que mis padres no me oigan, aunque él no se ha movido ni un milímetro y tiene la cara alzada hacia mí, sin dejar de observarme—. Nos vemos pronto, ¿vale? —Asiente un par de veces—. Adiós, Cameron Parker.

Se mueve, pero no para alejarse. Se encarama a la celosía de un salto y trepa por ella en apenas dos segundos, llegando hasta mí y poniendo sus ojos justo a la altura de los míos. Yo me estoy riendo, pero él no respeta eso para poder besarme. Y lo hace con pasión, como lo harías si te dijeran que es la última vez que vas a ver a la persona que amas y que solo tienes un beso para decirle todo aquello que no puede quedarse sin decir. Por lo menos, a mí es eso lo que me transmite.

—Te quiero —dice, en un susurro, pero muy claro, cuando sus ojos verdes vuelven a estar clavados en los míos.

—Estás loco. —Sonrío—. Y yo también te quiero, pero tienes que irte de una vez.

—Me voy. —Se muestra de acuerdo—. Voy a echarte de menos, princesa.

Me parte el corazón el modo en que dice la última frase. Sé que es verdad. Y yo también voy a echarlo de menos a él.

—Iré a verte en octubre para el primer partido en que salgas al campo —prometo, con el corazón protestándome bien alto detrás de las costillas.

Sonríe de medio lado y estoy a punto de poner los ojos en blanco, porque lo conozco bien y sé que se está preparando para decir alguna estupidez. Los ojitos le brillan divertidos antes de

hablar.

—Mierda, no voy a librarme nunca de ti —se queja, con una mueca.

Y yo, en vez de protestar, lo único que siento es que voy a morirme de amor. Literalmente. Porque no hay ni una sola cosa de él que no me guste. No. Que no me encante. Pero son sus ojos los que atrapan los míos por completo ahora mismo. Ese brillo divertido, ese color verde con mil matices diferentes que me enganchó desde el primer día. Debe de tener los ojitos más bonitos del maldito mundo entero.

Me acerco a su cara y pongo mis labios a escasos milímetros de los suyos, mezclando nuestras respiraciones, antes de susurrar:

—Ni en tus mejores sueños, capullo.

Bad Ash 3. Respira

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto, María Pascual Alonso, 2022
© Editorial Planeta, S. A, 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
CROSSBOOKS, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2022

ISBN: 978-84-08-25531-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

